



**MUJER AL BORDE
DEL TIEMPO**

Marge Piercy

Mujer al borde del tiempo, de Marge Piercy, es una de las novelas más aclamadas de su género. A menudo se la compara con otras fantasías feministas de los setenta, como *Los Desposeídos*, de Ursula K. Le Guin, o *El Cuento de la Criada*, de Margaret Atwood. Un clásico de la ficción especulativa que por fin se traduce al castellano, cuarenta años después de su publicación.

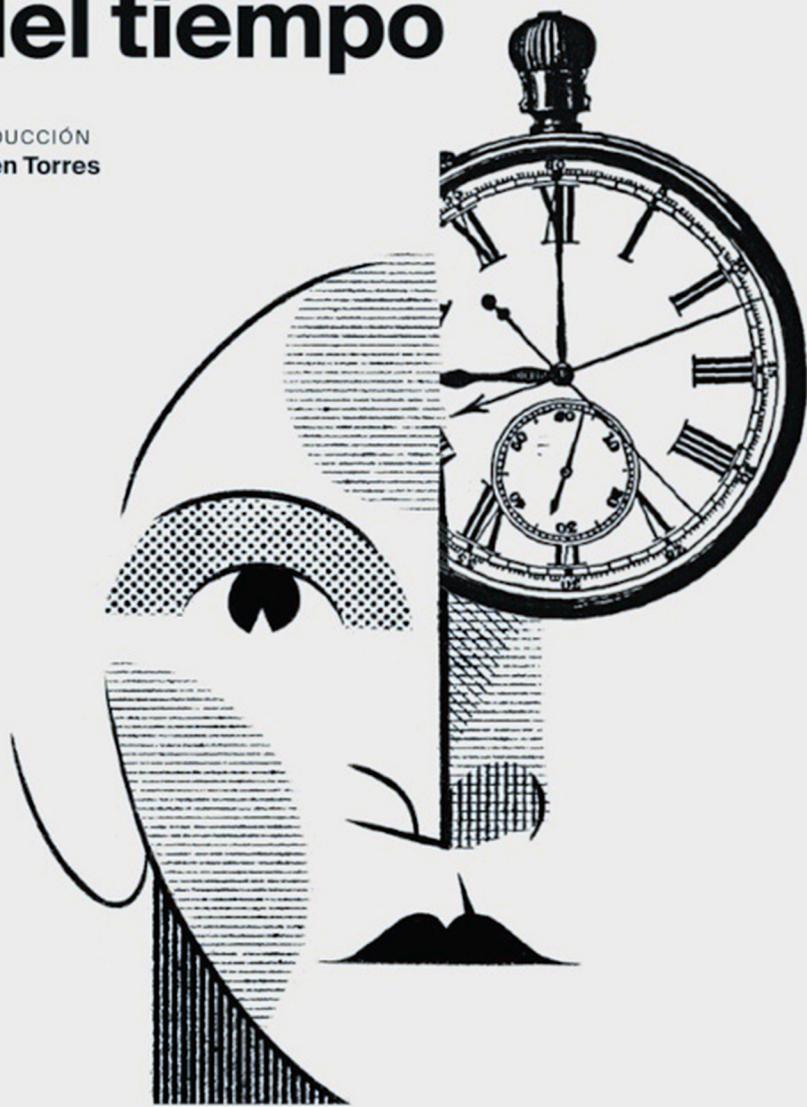
Esta novela es una transformadora visión de dos futuros y de cómo uno u otro pueden llegar a hacerse realidad. Por un lado, un tiempo de equidad racial y sexual, de dignidad medioambiental, un tiempo en el que es posible alcanzar una realización personal sin precedentes en una sociedad socialista anárquica. Por otro, la posibilidad de un resultado muy distinto: una sociedad de explotación grotesca en la que las fronteras entre personas y mercancías han quedado definitivamente borradas, en una simple exponenciación del capitalismo actual *ad infinitum*.

Tan desgarradora como profética, esta obra de referencia se dirige hoy a una nueva generación para la que estas opciones pesan más que nunca.

**Marge
Piercy**

**Mujer al borde
del tiempo**

TRADUCCIÓN
Helen Torres



Marge Piercy

MUJER AL BORDE DEL TIEMPO

Título original: *Woman on the Edge of Time*

Marge Piercy, 1976

Traducción: Helen Torres

Ilustración de cubierta original: Carla Berrocal

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

UNO. Connie se levantó

DOS. La primera vez

TRES. Connie estaba encerrada

CUATRO. La primavera en el pabellón

CINCO. Connie se sentó en la galería

SEIS. –Ahora escúchenme bien, señoras

SIETE. Liebre se alzaba como una torre

OCHO. El lunes

NUEVE. Nos trasladan

DIEZ. El lunes llegó como un golpe seco

ONCE. Ya tenemos la firma

DOCE. Al despertar

TRECE. –¡Pero usted dijo

CATORCE. Liebre se fue

QUINCE. –¡Aala!

DIECISÉIS. Connie era un objeto

DIECISIETE. Llevaba una semana

DIECIOCHO. –Mírenla, ahí va

DIECINUEVE. Ese lunes

VEINTE. Extractos de la historia clínica

AGRADECIMIENTOS

NOTAS DE LA TRADUCTORA

CRÉDITOS

ACERCA DE LA AUTORA

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN INGLÉS (2016)

¿Por qué escribir una novela como *Mujer al borde del tiempo* ambientada en el futuro? El objetivo de escribir sobre el futuro no es predecirlo; no intento ser Nostradamus. El objetivo de este tipo de relato es influir en el presente a través de la extrapolación de tendencias actuales, sean de avance o de retroceso. A nadie se le da realmente bien predecir. Si fuéramos mejores prediciendo lo que pasará dentro de un año, o de aquí a unos meses o unas semanas, nuestra tasa de divorcio sería igual a cero, no nos involucraríamos en relaciones estúpidas y nadie perdería dinero en la bolsa ni en las carreras. El objetivo de crear futuros es hacer que la gente pueda imaginar qué quiere y qué no quiere que pase, y quizás hacer algo al respecto.

Mujer al borde del tiempo se publicó por primera vez hace cuarenta años y empezó a gestarse tres años y medio antes. A principios de los años setenta, había un gran fermento político y un gran optimismo entre quienes deseábamos un cambio, una sociedad más justa y más igualitaria, con más oportunidades para todas las personas, no solo para algunas.

Desde entonces, las desigualdades se han incrementado enormemente. Mientras escribo estas líneas, hay más personas pobres, hay más personas con dos o tres trabajos solo para ir tirando, más personas cuyos ahorros y cuyo futuro han sido eclipsados por problemas de salud o por haber perdido el trabajo. Hay personas sin hogar en todas partes, no solo el hombre o la mujer solos abandonados a su suerte o la vagabunda empujando un carro de supermercado, sino familias enteras con sus criaturas. Las hijas e hijos normales y corrientes tienen menos oportunidades de ir a universidades normales y corrientes; y si pueden ir, cargarán con grandes deudas durante el resto de sus vidas. La mayoría de los empleos que permiten a las personas tener una vivienda y la esperanza de una vida mejor para sus hijas e hijos han sido relocalizados fuera del país, donde personas más pobres que quienes están perdiendo sus puestos de trabajo trabajarán lo mismo por cuatro monedas. Los sindicatos que protegían a la clase trabajadora ya casi no tienen influencia y son cada vez menos representativos.

Cuando escribí esta novela, las mujeres estaban haciendo grandes avances en el control de sus cuerpos y sus vidas. No solo se ha perdido ese momento histórico, sino que muchos de los derechos que tan duramente trabajamos para conseguir nos son arrebatados por el Congreso y las legislaturas año tras año.

Pero también tenemos que entender que el intento de arrebatar el control de su cuerpo a una mujer es parte de un intento más amplio de arrebatar todo tipo de control real a la mayoría de la población. Hoy en día, las elecciones están controladas por las multinacionales y por ese uno por ciento que compone la población más rica. Hoy en día, los medios de comunicación son máquinas propagandísticas y los únicos informes de investigación salen en HBO, Comedy Central o Internet.

Los grandes poderes han permitido ciertos logros sociales, pero no económicos. Pronto se habrán legalizado la marihuana y el matrimonio homosexual en todos los estados, pero los sindicatos están siendo diezmados y la red de seguridad del *New Deal* y la era Johnson está siendo desmantelada en cada ley, mientras las mujeres se ven forzadas a recurrir a los abortos ilegales que solían matar a tantas de ellas. Hemos alcanzado algunos logros sociales y muchas pérdidas económicas. El poder adquisitivo real de la clase trabajadora disminuye año tras año.

En el apogeo de la segunda ola del movimiento feminista, se crearon algunas utopías: *El hombre hembra*, de Joanna Russ; «Houston, Houston, ¿me recibe?», de James Tiptree Jr.; *Los desposeídos*, de Ursula K. Le Guin; «My Own Utopia» (incluida en *The Ascent of Woman*), de Elisabeth Mann Borgese, y *The Wanderground* y otros textos de Sally Miller Gearhart. Ahora ya no. ¿Por qué? Las utopías feministas nacieron del hambre de lo que no teníamos, en un momento en que el cambio no solo era posible sino también probable. Las utopías vinieron del deseo de imaginar una sociedad mejor, cuando nos atrevimos a soñarlo. Cuando consumimos nuestra energía política defendiendo derechos y proyectos ya conquistados que hoy están bajo amenaza, queda mucha menos energía para imaginar sociedades futuras plenamente detalladas en las que nos gustaría vivir.

Escribir sobre una comunidad fuerte que socializa a niños y niñas e integra a la gente mayor es una respuesta al hecho de que las mujeres vivan en una sociedad en la que muchas madres están solas con sus criaturas, que muchas veces dependen económicamente solo de ellas, y que trata a las mujeres mayores solo un poco mejor que a las mascotas que se ejecutan diariamente en perreras y refugios.

Cada vez nos alejamos más del contacto íntimo verdadero entre las personas. Muchos hombres prefieren la pornografía al sexo real, donde tienen que complacer a una mujer o al menos hacer ver que lo intentan. He leído mis poemas ante públicos en los que los estudiantes estaban

enviando mensajes de texto en lugar de escuchar o reaccionar. Me he sentado en restaurantes a la mesa con «amistades» que estaban jugando con sus teléfonos o sus *tablets*. ¿Cuánta gente ven caminando por la calle a ciegas mientras habla con sus móviles? Según una encuesta reciente, mucha gente afirma hoy que sus amistades más íntimas son sus mascotas o personalidades de la televisión.

También he querido que la novela mostrara una sociedad ecológicamente sólida. Las vidas, las instituciones y los rituales de Mattapoisett ponen énfasis en que somos parte de la naturaleza y responsables del mundo natural. Para imaginar una buena sociedad, tomé prestados elementos de todos los movimientos progresistas de la época. Como la mayoría de las utopías de mujeres, *Mujer al borde del tiempo* es profundamente anarquista y tiene como objetivo reintegrar a las personas al mundo natural y eliminar las relaciones de poder. La familia nuclear casi no aparece en las utopías feministas y ha sido desterrada de esta novela.

Quizás la parte más controvertida de Mattapoisett es la incubadora, ya que muchas mujeres pueden no querer renunciar a la posibilidad de parir. Si volviera a escribir el libro, incluiría un grupo que hubiera decidido parir. En mis notas originales lo intenté, pero durante el largo y arduo proceso de escritura, nunca llegué a dar cuerpo a esa idea.

En lugar del estigma de la prostitución, proyecté una sociedad en la que el sexo era algo que estaba disponible,

aceptado, libre de jerarquías... y completamente separado de los ingresos, el estatus social, el poder. Nada de mujeres trofeo, nada de estar en el armario, ni castigos ni ostracismo por preferir un tipo u otro de amante. Ninguna necesidad de vender o comprar sexo. Ni de quedarse atascada como mi propia madre en un matrimonio sin amor solo para poder seguir adelante. En la distopía de *Mujer al borde del tiempo*, las mujeres son mercancía, están genéticamente modificadas y no tienen poder.

Antes de empezar la novela, leí toda la ciencia ficción utopista que cayó en mis manos, en parte para estudiar las estrategias narrativas que habían funcionado y las que eran demasiado estáticas como para atraer a lectores contemporáneos. También leí al menos la misma cantidad de novelas distópicas; o quizá más. La ciencia ficción de los años cincuenta estaba inundada de miserables mundos posnucleares y holocaustos, y pasé mi adolescencia leyendo una gran cantidad de esos relatos.

El otro género con el que trabajé fueron los viajes en el tiempo. Estaba harta de que los hombres blancos acaudalados monopolizaran ese campo, y no sentía que fueran precisamente el tipo de visitantes que yo querría en una sociedad del futuro realmente buena. Cuando era niña, me di cuenta por primera vez de que ni la historia, tal y como me la explicaban, ni los relatos que me contaban parecían llegar hasta mí. Empecé a arreglarlos. Me dedico a ello desde entonces. Necesitamos un pasado que nos lleve hasta aquí.

De la misma manera, lo que imaginamos como objetivo define en gran parte lo que consideraremos acciones factibles dirigidas a producir el futuro que queremos y a evitar el que tememos.

Pude colarme de manera encubierta en instituciones psiquiátricas de la época gracias a personas que trabajaban allí, con el fin de poder experimentar las condiciones en esos lugares. Muchas personas arriesgaron sus trabajos por ayudarme. Hoy en día, los pacientes mentales son abandonados en las calles sin ningún tipo de apoyo. Aún administramos drogas, pero no ofrecemos suficiente orientación terapéutica, ni alojamientos seguros y cómodos. No ha habido una mejoría.

Siempre me ha interesado ver quién controla la tecnología de la sociedad en un momento determinado. ¿Quién decide que los tranvías y los trenes de pasajeros son obsoletos pero que los coches son importantísimos y nuestras ciudades deben construirse en torno a ellos como si fueran los habitantes primordiales? ¿Quién decide qué tecnología merece ser explorada? ¿Quién dicta las normas sobre lo que es peligroso y lo que es un riesgo asumible? ¿Quién decide que es importante que los contribuyentes subvencionen centrales nucleares pese a que no haya escapatoria posible para quienes viven en los alrededores cuando ocurra el accidente inevitable? ¿En beneficio de quién se deciden explorar determinadas opciones? ¿Quién decide qué se hace

y a quién se hace? El modo en que se toman decisiones de manera justa e igualitaria fue uno de los temas de la novela.

También me interesan mucho los mecanismos interpersonales y socializadores de una sociedad. ¿Cómo se gestiona el conflicto? Una vez más, ¿quién decide, y sobre las cabezas y las espaldas de quiénes recaerán esas decisiones? ¿Cómo gestiona esa sociedad la alienación y la soledad? ¿Cómo gestiona el nacimiento, la crianza y el crecimiento, el aprendizaje, el sexo, hacer bebés, la enfermedad y la sanación, la muerte y la eliminación del cuerpo? ¿Cómo gestionamos la memoria colectiva –nuestra historia– que estamos constantemente reformulando?

La utopía nace del hambre de algo mejor, pero el motor que nos permite imaginar ese futuro es la esperanza. Mi deseo de concretar y dar vida a las ideas para mí más fructíferas de los movimientos por el cambio social: esa fue la génesis real de *Mujer al borde del tiempo*.

Marge Piercy

UNO

Connie se levantó de la mesa de la cocina y caminó lentamente hacia la puerta. Lo he visto o no lo he visto o sea que ahora sí que estoy loca de verdad, pensó.

–¡Soy yo, Dolly! –Su sobrina gritaba en el pasillo–. ¡Déjame entrar! ¡Vamos!

–*Momentito*¹.

Connie giró torpemente la cerradura y después el cerrojo de seguridad hasta que consiguió abrir la puerta de par en par. Dolly entró como una exhalación, la cara sangrando. Connie la cogió, intentando comprobar la gravedad de las heridas.

1 Las palabras en cursiva están en español en el original, salvo los extranjerismos

–¿*Qué pasa?* ¿Quién te hizo esto?

La sangre goteaba de los labios magullados de Dolly, que cogió un manojo de pañuelos de papel apelmazados, marrones de sangre seca, y los manchó de rojo brillante con sangre fresca. Tenía el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón.

–Geraldo me golpeó.

Dolly dejó que le quitara el abrigo de invierno azul ribeteado de piel y dejó caer sus anchas caderas, enfundadas en pantalones rosa, en la silla de la cocina. Ahí Dolly se desmoronó y rompió a llorar. Connie la rodeó con torpeza por los hombros. Las manos le resbalaron sobre el satén de la blusa.

–La silla está caliente –dijo Dolly tras unos minutos–. Dame un pañuelo.

Connie trajo papel higiénico del lavabo que había en el pasillo –el único que tenía– y con sumo cuidado volvió a cerrar con llave la puerta del apartamento. Después echó un poco del café dominicano bueno, el que guardaba para momentos especiales, en el filtro de la cafetera y puso agua a hervir en una tetera.

–Hace frío aquí –gimoteó Dolly.

–Lo calentaré un poco. –Encendió el horno y los fogones de la cocina–. Pronto estará tan caliente como el invernadero en que transformas tu casa... ¿Te golpeó Geraldo?

Dolly abrió la boca por completo y la miró embobada.

–Luu... Luu...

Connie metió el dedo en la boca sangrante de Dolly tan suavemente como pudo. Se le erizó la piel.

Dolly se apartó de un tirón:

–Me rompió un diente, ¿no? ¡Chulo asqueroso! ¿Perderé un diente?

–Creo que tienes uno roto y puede que se te haya caído otro. No sé... No soy dentista. ¡Pero si todavía estás sangrando!

–Está loco, ¡ese cerdo! Me quiere joder la vida. Connie, ¿cómo es que no me dejabas entrar? Estuve gritando en el pasillo un montón.

–No fueron ni cinco minutos...

–Me pareció oír voces. ¿Hay alguien?

Dolly miró hacia la otra habitación, al dormitorio.

–¿Quién iba a estar? Tenía la tele encendida.

–Me duele tanto... Dame algo para el dolor.

–¿Una aspirina?

–¡Pero qué dices! ¡Esto duele de verdad!

–*Hija mía*, ¿cómo quieres que tenga algo? –Connie alzó las manos para mostrárselas vacías, siempre vacías.

–Esas pastillas que te dan, el Estado.

–Déjame que te ponga hielo.

Dolly la había escuchado hablando con Luciente: por tanto, él existía. O Dolly la había escuchado hablando consigo misma. Dolly había dicho que la silla estaba caliente: Connie estaba sentada en la otra silla, enfrente del plato con la cena de huevos y frijoles. No tenía que pensar en esto ahora, con Dolly sufriendo. ¡La historia de aquel hombre era increíble! No, no pienses en eso. Envolvió unos cubos de hielo en un trapo de la cocina y se los llevó a Dolly.

–Esa receta caducó hace un año.

Tampoco es que hubiera tomado los tranquilizantes. Había vendido las pastillas para conseguir algo de dinero extra, para comprar algo de cerdo o pollo una vez a la semana, y jabón de lavar. Le costaba creer que alguien pudiera tomar

ese veneno voluntariamente, pero podías pasar cualquier tipo de pastilla en El Barrio. Sin embargo, estaba el incordio de tener que ir hasta Bellevue, ya que vivía cerca de lo de Dolly cuando le habían dado el alta y nunca consiguió que transfirieran su caso.

–¡Consuelo! –Dolly apoyó su mejilla hinchada en el hombro de Connie–. ¡Me duele todo! Tengo miedo. Me dio puñetazos en la barriga, me pegó bien fuerte.

–¿Por qué te quedas con él? ¿Qué tiene de bueno? Con tu hija, ¿por qué tener a semejante *cabrón* alrededor?

Dolly le devolvió una mirada burlona que parecía decir que le daba las gracias por cualquier tipo de comentario que ella pudiera hacer el resto de su vida sobre el bienestar de los niños; ¿o se lo imaginó?

–Consuelo, me siento tan mal. Me siento cada vez peor. Necesito acostarme un rato. ¡Ay! Si me hace perder este bebé, ¡lo mato!

Mientras arrastraba a su sobrina a la habitación, de pronto sintió miedo (o quizás esperanza), de que Luciente aún estuviera ahí. Pero la pequeña habitación solo albergaba su cama hundida en el centro, la silla con el despertador encima, la cómoda, la jarra de vino llena de flores secas y la ventana que daba al conducto de ventilación, cubierta a medias con unas viejas cortinas de épocas mejores.

Desvistió a Dolly con ternura, como si fuera un bebé, pero su sobrina gruñía y maldecía y no paraba de llorar. La camisa de lunares satinada estaba regada en sangre, que se le había colado a través del sostén negro de satén con la pezonera recortada.

–Pero no manchará tu bonito sostén –prometió Connie mientras Dolly se lamentaba por sus ropas, su cuerpo, su piel. Los moretones ya habían empezado a coagularse bajo la aterciopelada piel del vientre de Dolly, en los suaves brazos, en la clavícula.

–¡Mira! ¿Tengo sangre en las bragas? Mira si me ha hecho sangrar ahí.

–No estás sangrando ahí, te lo prometo. Métete bajo las mantas. Oye, Dolly, ¡no es tan fácil perder un bebé! En el sexto mes, si te golpea, quizás. Pero en el segundo ese bebé está más protegido que tú. –Colocó el despertador en el suelo y se sentó en la silla ubicada junto a la cama, para coger la mano flácida de Dolly–. Escucha, tendría que llevarte a urgencias. Al Metropolitan.

–No me hagas ir a ninguna parte. Duele demasiado.

–Pueden darte algo para el dolor. Pediré un taxi pirata. Estamos a solo quince manzanas.

–Me da vergüenza. «¿Qué le ha pasado?»; «Oh, me ha golpeado mi chulo». Iré a mi propio dentista por la mañana.

Me llevas en la mañana. A Otera, sobre el Canal. Lo llamas a las 9:30 y le dices que me atienda enseguida. Ahora sujétame el hielo sobre la mejilla.

–Dolly, ¿cómo sabes que Geraldo no vendrá aquí a por más?

–¡Consuelo! –dijo Dolly arrastrando las palabras–. ¡Sé buena! ¡No me zarandees tú también! Estoy dolorida, quiero descansar. Sé amable conmigo. Dame un poco de *yerba*, está en mi bolso. Encima del paquete de cigarrillos.

–¡Dolly! ¡Estás loca! ¡Ir por ahí con la cara sangrando y droga en el bolso! ¿Y si te para la policía?

–Como si hubiera tenido tiempo de ordenar el bolso cuando me iba... Va, ¡alcánzame!

Mientras hurgaba en el gran bolso de charol de Dolly, figoneando torpemente en la cartera de otra mujer, escuchó unos fuertes pasos subiendo las escaleras. Hombres en apuros. Se detuvo congelada. ¿Por qué? Muchos hombres corrían escaleras arriba y abajo en el edificio durante toda la noche. Pero ella sabía quién era.

Geraldo aporreó la puerta. Connie se quedó inmóvil. En la habitación Dolly gemía y rompió a llorar otra vez.

Geraldo golpeó la puerta con más fuerza.

–¡Abre la puerta, vieja puta! Abre o la tiro abajo. Te reviento la cabeza. ¡Venga, abre la maldita puerta! –Se puso a dar golpes con tal fuerza que la madera se quebró y empezó a ceder.

Iba a tirarla abajo. Ella chilló:

–¡Espera, espera! ¡Voy!

Ni una puerta se abrió en el pasillo. Nadie salió a mirar. Connie abrió los cerrojos y dio unos pasos hacia atrás, antes de que él diera un portazo y la estampara contra la pared. Entró dando zancadas, aporreando la puerta como ella sabía que haría, seguido de un tipo escuálido, más mayor que él y vestido con un clásico sobretodo gris, y también con un corpulento *bato loco* al que llamaban Gomina y que ya había visto antes con Geraldo. Se apretujaron todos en la cocina y Geraldo cerró con violencia la puerta.

Geraldo era el novio de Dolly. Había pasado drogas y le había ido bien, había mantenido a Dolly y a la pequeña Nita, hija del matrimonio de Dolly. Pero ciertas restricciones en el tráfico de drogas lo habían hecho mantenerse al margen después de que lo detuvieran, aunque al final no había cumplido condena. Ahora hacía trabajar a Dolly de prostituta, vendiendo su cuerpo a todos los hombres sucios de la ciudad. Tenía a otras tres chicas a las que probablemente había tenido trabajando todo el tiempo a escondidas. Con Dolly eran cuatro.

Connie lo odiaba. El odio que le tenía fluía por sus venas como jarabe eléctrico. El odio le encendió los nervios como un subidón de anfetaminas. Geraldito era un *grifo* de estatura mediana y piel clara, ojos grises, cabello crespo –*pelo de alambre*– que llevaba en un simétrico peinado afro. Era elegante. Cada vez que Connie se lastimaba la vista mirándole, estaba ataviado con algún traje nuevo de esplendor chulesco. Soñaba con quitarle una de sus anticuadas botas de tacón de piel de lagarto, lustrosas y pulidas, y encajársela en su garganta de mentiroso. Soñaba con arrancarle el gran anillo con un diamante gris del que tanto alardeaba por ser del mismo color que sus ojos, rebanarle la garganta y dejar que corriera su sangre envenenada.

–Tía Consuelo –canturreó–. *Caca de puta*. Vieja chingada. Quita tu maldito culo gordo de mi camino. ¡Muévete!

–¡Fuera de mi casa! Ya le has hecho suficiente daño. ¡Fuera!

–Como que no voy a hacerle daño a esa puta si no se comporta.

Con la parte trasera del brazo, atacando como una serpiente de cascabel, la empujó contra el fregadero. Después se aproximó al salón, bloqueando la puerta de la habitación. Se la pasaba actuando frente a fríos espejos, observándose, puliendo su apariencia.

–Ey, puta, deja de lloriquear. Te traje un médico.

–¿Qué clase de médico? –chilló Connie. Había esquivado su puñetazo y solo se había golpeado con el borde del fregadero. Se acobardó, agachándose un poco–. ¡Un carnicero! ¡Esa clase de médico!

–El manicomio te lo enseñó todo sobre médicos, ¿eh?

–¡Que la dejes en paz, Geraldo! Dolly quiere tener a tu bebé con toda su alma, puede quedarse conmigo.

–Sí, para que la cortes en pedazos, ¿eh, chiflada? Ahora para o Gomina te va a partir la boca.

Geraldo se recostó contra el marco de la puerta, encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo, donde se apagó lentamente, dejando un agujero negro en el linóleo gastado.

–Es hora de levantar vuelo. Traje un médico para que te arregle. ¡Arriba! ¡Muévete!

–¡No! ¡No quiero que me toque! Geraldo, ricura, ¡quiero este bebé!

–¿Pero qué mierda dices? ¿Crees que me mato chambeando para el bebé de algún otro idiota? Ni siquiera sabes de qué color es el gusano que tienes revolviéndose en tu barriga.

–¡Es tu bebé! Lo es. No tomé las píldoras en Puerto Rico.

–Mujer, has tenido tantos hombres dentro, que podrías tener un vagón entero del metro lleno de papis.

–En San Juan no tomé las píldoras, ¡ya te lo he dicho!

–¿Que me lo has dicho? No en esta vida, nena. ¿Qué estuviste haciendo cuando yo estaba ocupado en La Perla, eh? –Se quitó una pelusa del chaleco.

–¡No me quisiste llevar a conocer a tu familia!

Geraldo se había llevado a Dolly con él de vacaciones. Connie estaba convencida de que su sobrina había intentado quedarse embarazada, creyendo que así Geraldo le permitiría dejar de putear. Dolly quería tener otro bebé y quedarse en casa. Como figuras de papel, como figuras de cartón en la escena de un pesebre, una fantasía había empezado a brillar dentro de Connie desde su conversación con Dolly aquella mañana: ella y Dolly y los niños de Dolly vivirían juntos. Volvería a tener una familia, al fin.

Sería más cuidadosa y se portaría mejor que nunca y haría cualquier cosa, cualquier cosa para mantenerse unidas. Nunca tendría celos de su sobrina sin importar cuántos novios tuviera. Dolly podría pasar fuera de casa toda la noche, irse los fines de semana o incluso ir a Florida, y ella se quedaría con Nita y el bebé. Como si alguien fuera a ser capaz de volver a dejarla sola con un bebé. El sueño era

como una de esas muñecas de papel, las únicas que había tenido cuando niña, muñecas con cabellos rubios de papel y rasgos anglosajones y grandes sonrisas de papel. Saber en lo más profundo de su corazón de ceniza que el sueño era absurdo no lo hacía menos valioso. Toda alma necesita un poco de dulzura. Pensó en las barras de caña de azúcar que los niños compraban al hombre que vendía frutas y verduras. Dulce al paladar mientras las mordisqueabas, y después escupías los trocitos de tallo que se quedaban tirados en la calle. Huecos, endebles, dulces en la boca durante apenas un instante. Cañas con las que su abuela endulzaba el chocolate hacía mucho tiempo, allá en El Paso.

–¡Apaga esa maldita tetera! –le gritó Gerald, y Connie pegó un salto y apagó el fuego. El café que nunca había acabado de preparar. La tetera había hervido hasta quedar casi seca. Apagó el horno y los fogones porque ahora hacía un calor sofocante en sus dos pequeñas habitaciones. Cómo había saltado hasta la cocina cuando él había soltado esa orden seca y cortante. Se arrepentía de haberle obedecido automáticamente, sacudiéndose instintivamente ante el grito de una orden masculina.

Su belleza solo lo hacía más odioso. Su cara con los grandes ojos grises, la nariz ancha, su boca llena de crueldad, las manos como largas garras, el porte orgulloso: él era el hombre que había prostituido a su sobrina preferida, su pequeña, el chulo que golpeaba a Dolly y la vendía a los cerdos para que se vaciaran dentro de ella. Que había

robado a Dolly y abofeteado a su hija Nita y que se había llevado el dinero exprimido de la contaminación de la carne de Dolly para pagarse unas botas de lagarto, cocaína y otras mujeres. Geraldo era su padre, que la golpeaba cada semana cuando era pequeña. Su segundo marido, que la había enviado a urgencias con la sangre chorreando entre las piernas. Era El Muro, que la había violado y después la había apaleado porque ella no quiso mentir y decir que le había gustado. Entonces había tenido la fuerza suficiente para salir corriendo, soltar amarras y huir. Al día siguiente había cogido el autobús de la tarde y se había marchado de su casa en Chicago, dejando a su padre y sus hermanas, a las tumbas de su madre y de su primer marido –el de verdad–, Martin. Dolly carecía de la ruda fortaleza que la había salvado a ella en aquel momento.

Pero Dolly tenía a Nita y a un bebé en el horno.

–*Fíjate*, Geraldo –chilló–. Está embarazada de tu bebé. Volvió así de San Juan. Le dije que estaba de encargo la primera vez que la vi, en cuanto llegó. ¿Qué clase de bestia eres para sacrificar a tu propio hijo con ese médico de perros?

Girándose, Geraldo le dio una trompada que la arrojó otra vez contra la cocina. El metal caliente le abrasó la espalda y Connie apretó fuertemente los labios, incapaz de gritar, incapaz de emitir un sonido por lo repentino del dolor. Se hundió en el suelo sin poder moverse o hablar.

–*Putá*, levántate y ven con el doctor Medias, o le digo que te lo haga ahora mismo en esa cama de bruja. ¡Muévete!

–¡No! ¡No!

Dolly se revolcaba en la cama, gritando y sollozando. Geraldo entró en el dormitorio, fuera del ángulo visual de Connie. Ella intentó rodar sobre sus pies. El escuálido médico estaba sentado en el borde de una silla de la cocina. Tendría unos cincuenta años. Sus ropas eran nuevas y clásicas, su comportamiento tenso, y no paraba de dar golpes en el suelo con el pie. Gomina estaba recostado contra la puerta de entrada, fumando un porro y sonriendo.

Connie preguntó en español:

–¿Eres médico de verdad?

–Por supuesto.

No la miró pero le respondió en voz tan baja como había hablado ella. Al escuchar su acento, ella frunció el ceño.

–¿Dónde eres médico? –Se giró sobre un codo intentando levantarse–. Me duele la espalda, se ha quemado duro. Eres mexicano.

–¿Y a ti qué?

–¿De dónde eres?

–Ciudad de México.

–No. De Chihuahua, ¿no?

–Déjame en paz, mujer. Estás buscando problemas.

–¿De ti? Ya tienes suficientes problemas. Practicar la medicina sin licencia. ¿Por qué quieres hacernos daño? Mis padres también son de Chihuahua.

–¡Chihuahua puede hundirse en un pozo!

–El padre de mi sobrina es un hombre de negocios en Nueva Jersey. Tiene un gran negocio de viveros. ¿Te lo ha dicho ese chulo apestoso? Si ustedes le hacen esa cosa, su padre es el que te dará problemas, esa es la verdad.

Dolly soltó un largo y terrorífico gemido que taladró el cerebro de Connie. No había escuchado un grito tan desesperado desde que estaba en el manicomio. Geraldo llamó al doctor Medias. Medias se levantó lentamente y buscó a tientas el bolso que había dejado al lado de la silla. Connie se puso de pie ayudándose con la pata de la mesa, le dio una patada en la espinilla tan fuerte como pudo y corrió al dormitorio. ¡Tenía que detenerlos!

Dolly sangraba por la boca otra vez. La sangre corría a chorros sobre la bata deshilachada con la que la había vestido, sobre la almohada. Dolly intentaba librarse de Geraldo, que la mantenía inmovilizada. ¡Iba a matarla! Con

su perfidia mataría a Dolly y también a su bebé. Dolly moriría desangrada en esa cama.

Connie cogió una botella del rincón, la botella de vino que en su día contuvo borgoña de California y que ahora albergaba flores y hierbas secas, de aquella rara ocasión en que fue de picnic con Dolly, Nita, Luis (su hermano y el padre de Dolly) y su familia del momento. Agitó el jarrón y las nostálgicas hierbas se esparcieron. Después corrió hacia Geraldo, que no tuvo tiempo de soltar a Dolly para defenderse. Le reventó la botella de vino en plena cara. La nariz se le aplastó como un bicho machacado contra el parabrisas. Se cayó contra la pared, vociferando con el lenguaje de la rabia. Connie alzó el jarrón para darle otra vez, pero le cogieron los brazos por detrás. Se giró. Alguien le dio un fuerte golpe en la nuca. Intentó darse la vuelta, pero el puño volvió a alcanzarla y se desvaneció.

Yacía sobre una cama atada con correas, mirando fijamente una bombilla desnuda, las venas inundadas de drogas. ¿Thorazine? O algo peor, más fuerte. Una dosis descomunal. Los tranquilizantes del hospital la golpeaban como una excavadora cuando hacía mucho que no tomaba nada. ¿Prolixin? Cada vez que se hundía en la inconsciencia, la torturaban las abrazaderas que tenía sobre las caderas, los pechos. Estaba atrapada en un fuego en su antiguo departamento de Chicago. Las llamas le lamían la piel. Los

pulmones se le llenaban de humo asfixiante. Intentó una y otra vez quitarse algo que se le había caído encima, escapar. No podía moverse.

Le dolía todo el cuerpo. Le dolía la cabeza. Geraldo y su carnal Gomina la habían golpeado dos veces: la primera justo después de que ella le rompiera la nariz a Geraldo, y la segunda de camino a Bellevue en el coche de Geraldo. Le dolía intensamente el costado derecho y sospechaba que como mínimo tenía un par de costillas rotas. Probablemente Geraldo la había pateado cuando estaba tirada en el suelo. En el coche había vuelto en sí y él se había puesto a darle puñetazos otra vez en la cara, en el pecho, en los brazos. La había golpeado hasta que Dolly le imploró que parara y rompió a llorar y le amenazó con saltar del coche.

Cada vez que respiraba era como si le clavarán puñaladas. ¿Cómo podía conseguir que el hospital le hiciera una radiografía para comprobar si tenía una costilla rota? Hasta el momento nadie había escuchado una palabra de lo que había dicho, lo que por supuesto era habitual. Geraldo era tan condenadamente listo: traerla a Bellevue, por ejemplo, en lugar de al Metropolitan, en la 96. Bellevue tenía antecedentes suyos. Él les había hecho creer que Connie les había atacado a Dolly y a él en el departamento de Dolly, en Rivington. Geraldo no se iba a arriesgar a que no la ingresaran por loca.

El médico ni siquiera la había entrevistado, sino que había hablado exclusivamente con Geraldo, intercambiando solo una o dos palabras con Dolly. Geraldo tenía a Dolly cogida por el codo, con la cara todavía hinchada. Su sobrina había mentido. Dolly la había vendido al Bellevue, ¿y para qué? ¿Por su propio pellejo, ya contaminado? ¿Por la nariz de su preciado chulo? ¿Por la oportunidad de chingar con más clientes? ¿Cómo pudo Dolly estar ahí sentada, gimoteando, y asentir cuando el médico le había preguntado si Connie le había hecho eso en la cara?

Connie se contorsionó de dolor en la cama, a la que estaba sujeta con el margen justo para poder retorcerse. La habían inmovilizado a la fuerza y la habían chutado enseguida. ¡Vale, había estado gritando! ¿Creían que tenías que estar loca para protestar cuando te encerraban? Sí, así era. Decían que la reticencia a la hospitalización era un signo de enfermedad, dando por sentado que estabas enferma, en uno de esos círculos viciosos. La última vez no había luchado; había venido voluntariamente con la trabajadora social, creyéndose su enfermedad. Había venido humildemente, contaminada de autodesprecio, harta de estar viva.

La pantorrilla izquierda se le empezó a acalambrar. Quería aullar de dolor. Anhelaba presionar con fuerza la pantorrilla entre las manos. La bola dura de músculo se puso rígida. Si chillaba, probablemente no la liberarían nunca de la inmovilización forzada. Se habían olvidado de ella, encerrada en ese cuarto de la limpieza hasta que muriera de

hambre. Se había meado encima. ¿Qué podía hacer? Ahora yacía sobre su propia inmundicia húmeda. Al principio fría, asquerosamente fría, ahora cálida gracias a su cuerpo. Y apestosa.

Giró la cabeza, estirando el cuello para ver la rendija de la puerta. Amplia y baja, como una boca. Si al menos viera a alguna auxiliar de enfermería pasando por ahí, podría hacerle una señal. La espalda le supuraba entre los omóplatos, donde se había quemado con la cocina. Los dos camilleros la habían inmovilizado con esmero, la inyección había entrado en sus venas como plomo fundido. Habían plegado unas sábanas aún calientes de la lavandería: vuelta, vuelta, golpe, pliegue. El proceso ya había empezado. La auxiliar de la entrada había sostenido por una esquina su ajada cartera roja de plástico, enmendada con cinta adhesiva, sujetándola como si fuera algo sucio, basura encontrada en la calle. La mujer había desplegado sus frágiles pertenencias sobre el mostrador distraídamente y, como si vaciara un cenicero, las había arrojado dentro de un sobre para guardarlas aparte.

Su cartera, sus llaves, el arrugado papel marrón en el que había estado calculando su presupuesto de abril, su recibo del alquiler, el bolígrafo con el nombre de la empresa que había encontrado en el metro, su peine negro de plástico, su vieja polvera que tanto adoraba con la figura en relieve de un pavo real, que le había regalado Claud por su cumpleaños, seleccionando el «aspecto» del diseño con sus

dedos sensibles, su pintalabios rojo de la tienda de cinco centavos que solo usaba en las grandes ocasiones, reservándolo para cuando se gastara del todo y no tuviera dinero para otro; a menos que Dolly le regalara un pintalabios. ¡Dolly! Que la había traicionado. Abandonado. Vendido como esclava. En el mostrador le habían quitado sus carnés de identidad: el de la asistencia social; el del médico; el de la biblioteca; fotos de Dolly con Nita, de Angelina cuando era un bebé, al cumplir un año de la mano de su padre, Eddie, a los dos años con ella, a los tres cogida de la mano de Claud con esa sonrisa como una canoa, igual que como dibujaba las bocas. No había fotos de Angelina a los cuatro años, o a partir de entonces.

¿Podría Angelina, a través del vínculo de sangre –ese fantasmal cordón umbilical–, sentir el tormento de su madre desde Larchmont o Scarsdale? Le dolían muchísimo la espalda y la pantorrilla; la cara le palpitaba; la costilla la apuñalaba en cada respiración; tenía un hombro herido, pues Geraldo le había torcido el brazo en el asiento trasero del coche hasta que pensó que se quebraría. Tenía la lengua hinchada y la boca llena de sangre como la había tenido Dolly. Un sabor fétido: el de ella misma. El olor de su propio pis le alcanzó los orificios de la nariz. Empezó a llorar. Entonces se atragantó con sus lágrimas y se detuvo aterrorizada. No podía sonarse la nariz. Las lágrimas le caían dentro de la boca. Estaba amarrada como un ave en un día festivo, lista para meterla al horno.

Ese médico. ¿Cómo se llamaba? Bastante joven, con el cabello castaño fino y delicado, peinado hacia atrás, ni corto ni largo. No dejaba de bostezar o de intentar suprimir los bostezos, de manera tal que los músculos de las mandíbulas se le flexionaban de un modo extraño mientras le hacía preguntas a Geraldo y completaba el formulario de ingreso. Geraldo actuaba de manera muy recatada. Tenía buena mano con la autoridad, como correspondía a un buen chulo, respetuoso pero seguro de sí mismo. De hombre a hombre, chulo y médico comentaban su condición mientras Dolly sollozaba. El médico solo le preguntó su nombre y la fecha. Al principio, Connie dijo que era el día catorce y después dijo el quince, pensando que debía ser pasada la medianoche. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente.

–Escúcheme, doctor, ¡a mi sobrina no le pegué! Llévesela a una habitación aparte, lejos de él, y pregúntele si la golpeé. ¡Él fue quien le pegó!

El doctor siguió escribiendo notas en el formulario. Connie era un cuerpo registrado en la morgue, carne para poner sobre la balanza.

Intentó explicarle a la enfermera que le puso la inyección, a los camilleros que la ataron a la camilla, que era inocente, que tenía una costilla rota, que Geraldo la había apaleado. Era como si hablara otro idioma, ese idioma que el amigo de Claud había aprendido y que nadie hablaba: yoruba. Actuaban como si no pudieran oírte. Si te quejabas, lo

tomaban como un signo de enfermedad. «La autoridad del médico se ve cuestionada si el paciente se atreve a emitir una declaración de diagnóstico», había escuchado a un médico decir a un residente, enseñándole a no escuchar a los pacientes. Había pasado por eso la última vez que había estado aquí, cuando había venido con dolor de muelas. Al final, cuando la enfermera y las auxiliares dejaron de interpretar sus quejas como parte de su «patrón de comportamiento enfermizo», se había transformado en un absceso enorme.

Tonta, pobre tonta que se había dejado volver a encerrar. Había saltado al fuego. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué?

Aun yaciendo en una contemplación forzada, encontró esa rabia intacta brillando en su interior. Odiaba a Geraldo y hacía bien. Atacarle había sido muy distinto a transformar su rabia, su pena o la pérdida de Claud, en autodesprecio, en anfetaminas y tranquilizantes, en entregarse a la bebida, al vino, en verse a sí misma en Angelina y abusar de ese ser renacido en este sucio mundo. Sí, esta vez era diferente. Había atacado a alguien que no era ella misma, ni ella misma dentro de otro ser, sino a Geraldo, el enemigo. No se había equivocado al intentar defender a Dolly, la persona más cercana a ella ahora, su sangre, casi su hija. ¿Cómo iba a permitir que Geraldo descuartizara a Dolly? Le había destrozado la nariz, sí; a pesar de todo su dolor, sonrió al ver ese momento. Le había destrozado la nariz y nunca volvería a verse como antes. La última vez que había estado

ingresada había aceptado la condena de la enfermedad, la carga del pesado juicio que ellos dictaban y que ella debía reverenciar. Esta vez no estaba avergonzada. Saldría pronto. Estaría claramente capacitada, sana, íntegra.

¿Cuánto tiempo había permanecido atada a la cama? No distinguía el día de la noche. Se habían olvidado de ella y moriría aquí, en su propio pis. Por momentos no podía soportarlo más y chillaba tan fuerte como podía y clamaba que se abrieran las paredes. Los momentos duraban siglos. Estaba rabiosa. Las drogas hacían que su mente se volviera extraña. La habían cazado, la habían paralizado. Flotaba atrapada como un embrión en alcohol, esa cosa horrible que tenía la gente de Derecho a la Vida en aquella furgoneta estacionada en la calle. La habían atrapado en un momento desprendido del tiempo y que no terminaría nunca, no se acabaría nunca. Estaba fuera de sí. Sí, ahora estaba loca. Cómo podía dudarlo, mojada, recostada sobre su propio pis mientras su cuerpo gritaba y la droga la volvía espesa como el plomo.

Por momentos caía en una duermevela caliente, bochornosa, y en otros el dolor de la espalda o la costilla o la boca la desgarraba a través del sueño y se despertaba enloquecida de pena y llanto. «Por favor, por favor, por favor vengan. Por favor, déjenme ir. Alguien. ¡Por favor!». No llegaba ninguna respuesta. Era una locura. Llorar y gritar y maldecir y chillar no servía para nada. Se estaba adormilando en ese sueño febril sin descanso ni alivio,

cuando la puerta se abrió de par en par. Dos auxiliares entraron y la desataron.

Se arrojó hacia adelante, débil como un hilo. Podía ver en sus caras asco, aburrimiento. Olía mal. ¡Apestaba! La arrastraron por el pasillo como un saco de basura y no prestaron ninguna atención a lo que intentaba decirles.

–Por favor, les ruego que me escuchen. Me golpearon antes de que me trajeran aquí. ¡Me duele mucho la costilla! ¡Por favor, escuchen!

–Entonces yo le dije, a ti te va bien. Tú no tienes que tratar con esos animales todo el día. –La mujer era una robusta rubia teñida que hablaba con un leve acento centroeuropeo–. Lo único que haces es venir dos días y echar unas partidas con los mejores. Para ti es fácil hacer comentarios.

–Los de terapia ocupacional lo tienen fácil. –La otra mujer medía un metro ochenta, era fornida y negra–. Más claro, agua. Es que no vivimos bien, Annette. Aquí no somos más que fuerza bruta.

–Pero Byrd me molesta. Es una mosquita muerta. Ya sabes, vive con un hombre con el que no está casada. Vive con él abiertamente en un departamento en Chelsea.

–Mmmm. –La mujer negra tenía la mirada insípida, evasiva–. Vamos, a la bañera, chalada –le dijo a Connie desde arriba. Comenzaron a quitarle la ropa.

–Puedo desvestirme sola.

–¡Uy, uy, uy, madre mía! ¡Qué desastre! ¿Esta saltó por la ventana o qué?

–Me golpearon. Un chulo. Pero no mío –agregó rápidamente–. Estaba golpeando a mi sobrina. Es él quien me trajo aquí.

–¿En qué lío te has metido? –inquirió la auxiliar negra, empujándola a la ducha como si fuera un perro al que hay que bañar–. ¡Bonitos moretones tienes!

–Olerá mejor cuando salga. Me pregunto cómo pueden vivir así, sin lavarse nunca. Pero es lo que pasa cuando estás enferma –dijo la rubia con altivez–. A lo mejor estuvo durmiendo en la calle, en los portales. A veces los veo por ahí.

Quería gritarles que se lavaba tan a menudo como ellas, que eran ellos quienes la habían hecho oler mal, quienes habían hecho que se ensuciara. Pero no se atrevió. En primer lugar, no escucharían; y, en segundo lugar, podían hacerle daño. ¿A quién le iba a importar?

Como sus ropas apestaban, le dieron un pijama azul tres tallas más grande y una bata de color indefinido. Mala suerte que la hubieran forzado a aislamiento nada más llegar. Si simplemente hubiera entrado en el pabellón por su propia cuenta, habría podido conservar su ropa de calle y más cosas. Aquí un pedazo de papel, un libro, un pañuelo, un trocito de lápiz, una horquilla para el pelo eran objetos de un valor tanpreciado que afuera sería inconcebible, tesoros irremplazables.

Se vio a sí misma caminando de un modo extraño, no solo por los moretones... ¡Ah! Aquella manera que tenía el Thorazine de hacerte andar como un zombi. Ya no podía moverse con rapidez, con gracia, a pesar de lo rellenita que estaba. La auxiliar negra la llevó a la sala de día, una habitación grande y lúgubre ubicada entre el ala de los hombres y la de las mujeres, justo al costado de la puerta cerrada con llave que daba al pasillo y los ascensores. Miró a su alrededor lentamente. Alcanzó a ver un reloj mientras la llevaban a la sala y supo que eran las once de la mañana. No tenía hambre, a pesar de no haber probado bocado desde hacía mucho tiempo. La droga mataba el apetito, la hacía sentir vacía, débil, pero no hambrienta. La costilla la mataba de dolor. Sospechaba que tenía fiebre, y probablemente era así. No podía hacer nada. Su única esperanza era pillar a un médico en mitad de su fugaz ronda por el pabellón o convencer a alguna auxiliar de que realmente necesitaba atención médica. Luego la auxiliar se

lo diría a un médico. Necesitaría días para conseguir ese tipo de relación con una auxiliar, y para entonces ya habría muerto.

Qué caluroso era el pabellón. Un calor vaporoso salía de los viejos radiadores encendidos al máximo. Se tocó la pulsera de plástico identificativa que le habían sellado en la muñeca. Había mujeres con ropa de calle o ropa del hospital sentadas con la mirada perdida a lo largo de las paredes, o mirando fijamente el televisor colocado en un estante al que nadie podía acceder para cambiar el canal o el volumen. Había menos internas que cuando había estado la otra vez, muchas menos. Justo frente a ella, dos mujeres de edad avanzada conversaban animadamente con un marcado acento judío de Brooklyn como si fueran dos marujas chismorreando en un banco de la plaza, en lugar de dos locas en los bancos de plástico de un hospital psiquiátrico. Probablemente solo eran ancianas, no locas. A sus pies una chica joven yacía inmóvil, tapándose la cara con las manos como si fuera un perro echándose una siesta. Había muchas menos ancianas esta vez. ¿Habría un nuevo cubo de basura para las viejas?

Sentados a una mesa de juego, cuatro hombres puertorriqueños jugaban al dominó con trocitos de papel, a cámara lenta por estar fuertemente drogados, como todos los demás. El juego parecía transcurrir bajo el agua. Un niño de unos ocho o nueve años estaba sentado cerca de ellos metiéndose los dedos en la nariz a esa misma cámara lenta,

y en su carita había una mirada tan vacía y desesperanzada que tuvo que apartar la vista. La mayoría de las mujeres estaban sentadas en sillas de plástico enganchadas en hileras de a cuatro contra la pared, pero había más mujeres que sillas. A pesar de que algunas personas eran viejas, otras niñas, otras negras, o morenas, o blancas, todas se veían más o menos iguales y parecían tener la misma expresión. Sabía que en poco tiempo este pabellón, como todos los demás en los que había estado, estaría poblado de fuertes personalidades, una red de romances y pleitos y estrategias de supervivencia. Se sintió agotada de antemano. ¿Quién necesitaba que la instalaran en este desolado limbo para intentar sobrevivir con todas las posibilidades en contra? Ella ya había tenido suficientes problemas, ¡más que suficientes!

–¡A comer, señoras, a comer! ¡A la cola! ¡Vamos, muevan esos culos, señoras!

El comedor estaba situado en un recodo del pasillo dentro del mismo pabellón. Iban de un lado a otro, de arriba abajo en el espacio confinado del baño sin puertas al comedor, de la sala de aislamiento (que aquí llamaban salas de tratamiento) a los dormitorios, de los dormitorios a la sala de día.

El almuerzo consistía en un estofado gris y una ensalada institucional de apio y pasas de uva dentro de una gelatina de naranja. La comida no tenía ningún sabor salvo el dulce

de la gelatina, y tuvo que comerlo todo con una cuchara de plástico. Al menos era comida que no tendría que masticar en su boca sanguinolenta. Los tropezones del estofado eran blandos, restos gomosos y desechos flotantes como restos de un naufragio en un pegamento tibio. Intentó pensar cómo salir de allí, pero su mente era un lodazal.

El almuerzo acabó en quince minutos y luego estaban otra vez en la sala de día, deambulando antes de hacer cola para la medicación. Necesitaba tener la mente clara para tramar cómo salir de allí. Los efectos de la inyección aún no se habían disipado. Entonces su rostro se quedó rígido al ver la taza de papel con las pastillas. *Gracias, gracias*. Era fácil deshacerse de una pastilla, pero no del líquido, que había que tragárselo en el momento. La deslizó debajo de la lengua, tragó el agua y se sentó en una silla anaranjada. No era sensato ir corriendo de cabeza al baño para escupir la pastilla. La mantuvo debajo de la lengua hasta que se derritió la cobertura y empezó a sentir el amargor de la droga.

La hora de visitas era después de media tarde. Sintió una dolorosa punzada de esperanza cuando la auxiliar vino a decirle que tenía una visita. ¡Dolly!

Dolly estaba muy maquillada. No llevaba el abrigo con cuello de piel, sino aquel viejo abrigo rojo con cinturón que Connie recordaba de cuando Dolly se había casado, preñada de Nita.

–¡Dolly, sácame de aquí!

–Querida, todavía no puedo. Ten un poco de paciencia. A mediados de la semana que viene.

–¡Dolly, *por favor! No puedo vivir en este hoyo. Hija mía, ¡ayúdame!*

Dolly prefirió contestar en inglés.

–Son solo un par de días, Connie. No como la última vez.

Estaba recordándole educadamente que estar encerrada en un manicomio era algo a lo que ella debería haberse acostumbrado.

–Dolly, ¿cómo has podido decir que te pegué? ¿Pegarte? ¿Yo?

–Fue Geraldo, él me obligó.

Bajó la voz.

–¿Te has hecho la operación?

–Voy al hospital el lunes. –Dolly se arregló el pelo–. Lo convencí para que no me lo hiciera ese carnicero. Cuesta mucho dinero, pero será una operación de hospital de verdad. No con ese carnicero que se lo hace barato a todas las putas. –Dolly habló con orgullo.

Connie se encogió de hombros, la boca hundida.

–Podrías irte de la ciudad.

–Papá tampoco me dejará tener el bebé, ese viejo... –Dolly se quitó un trozo de cutícula, arruinando la suave línea del esmalte carmín–. Ya se lo he preguntado. Dice que se lava las manos en lo que a mí respecta. Escucha, Connie: si me hago la operación, Geraldo me ha prometido que puedo dejar el negocio. Que se casará conmigo. Celebraremos una boda de verdad el mes que viene, en cuanto me haya recuperado de la operación. Así que ya ves, todo se está arreglando. Es cuestión de una semana.

–Por favor, Dolly, sácame antes de hacerte la operación. ¡Por favor! No puedo soportar estar aquí.

–No puedo –negó Dolly con la cabeza–. Le rompiste la nariz de verdad. ¡Lo van a tener que operar! Costará una fortuna, Consuelo. Está horrible con esas vendas que le tapan toda la nariz, ¡parece un pájaro! ¡Parece un águila loca con ese pico en medio de la cara! –Dolly empezó a reír, cubriéndose la boca con la mano.

Connie sonrió apenada:

–¡Me alegra haberlo golpeado!

–Bueno... –Dolly volteó los ojos hacia arriba–. Supongo que podrán arreglarlo con una cirugía plástica. ¡Lo aporreaste de

verdad! *Mamá*, ¡cómo le diste con esa botella de vino! Pensé que te mataba.

–Ojalá lo hubiera matado yo a él –dijo Connie muy, muy bajo–. ¿Cómo puedes preocuparte por él cuando todavía tienes la cara hinchada de los golpes que te dio?

–Es mi hombre –dijo Dolly, encogiéndose de hombros–. ¿Qué quieres que haga?

–Escucha, ¿puedes traerme algo de ropa y cosas aquí antes de tu operación? –Cuando estés bloqueada, maniobra para sobrevivir. La primera regla de la vida allí dentro.

–Claro. ¿Qué quieres? Te lo traigo mañana, más o menos a esta hora.

Cuando Dolly se marchó, Connie fue al baño y se quedó allí todo lo que se atrevió. Cubículos sin puertas. A pesar del hedor, era un lugar para estar casi sola, algo preciado en el hospital. ¿Cómo iba a gritarle a su sobrina? ¿Para qué? Dolly había preferido creer en Gerald, y si ella intentaba socavar esa creencia, Dolly se alejaría de ella. Entonces no la ayudaría a salir de allí, no le traería ropa ni ninguna de las pequeñas cosas esenciales para que los días vacíos que quedaban por venir fueran un poco más soportables. Juzgaba a su sobrina por elegir a Gerald en lugar de a su bebé aún no nacido y a ella misma; pero, ¿acaso ella no había elegido llorar la muerte de Claud casi hasta morir?

En el exterior, ¿se escurría la lluvia por la Primera Avenida? ¿Se desangraba el sol a través de un turbio cielo encapotado? ¿Era uno de esos raros días azules en que los edificios se alzaban nítidos contra el firmamento? Aquí era la hora de la medicación. La hora de hacer cola por una taza de papel para enjuagarse la boca. La hora de hacer cola para comidas de fécula. La hora de hacer cola para más medicación. La hora de estar sentada horas y horas y horas. La hora de saludar alguna cara negra que reconocías de la vez anterior.

–Ajá, me trajeron hace tres, cuatro días –explicó Connie–. ¿Hace mucho que estás?

–Mi asistente social me trajo el lunes. Igual que la última vez. ¿A ti también?

Connie bajó la cabeza.

–Sí, fue mi asistente social.

Aquí era la hora de sentarse frente a una trabajadora social, la señorita Ferguson, que miraba más los informes que tenía desparramados sobre la mesa que a ella. La señorita Ferguson permanecía sentada firme y de vez en cuando lanzaba una mirada a la puerta.

–No tiene que preocuparse por mí –dijo Connie–. No hice lo que el chulo Geraldo dice que hice. No golpeé a mi sobrina. No le tocaría ni un pelo. A quien golpeé es a él, esa

es la verdad. Solo lo golpeé porque le estaba dando una paliza.

–¿Así fue como ocurrió con su hija?

La señorita Ferguson tenía el pelo castaño claro con rizos en las puntas. Llevaba gafas de abuela y un traje pantalón azul celeste. Le había salido un grano en la punta de la nariz que su mano derecha no paraba de intentar tocar.

–¡Esta vez no fue lo mismo! ¡No es así!

–¿Cómo vamos a ayudarla si no nos deja? –La señorita Ferguson miraba su reloj de pulsera, acomodando los papeles de la carpeta. La carpeta de Connie–. Hace tres años fue ingresada en Bellevue a partir de una recomendación consensuada entre una trabajadora social de la Oficina de Protección de Menores, su asistente de la seguridad social y su agente de la condicional. Estuvo ingresada en el hospital público de Rockover durante ocho meses.

–Dijeron que estaba enferma y yo lo acepté. Una persona muy cercana había muerto y perdí las ganas de seguir viviendo.

–Tiene usted historial de abuso infantil...

–¡Una vez! ¡Estaba enferma!

–Le quitaron la custodia. Su hija Angelina Ramos fue dada en adopción.

–¡Nunca debería haberlo consentido! ¡No entendía lo que estaba pasando! Pensaba que solo se harían cargo de ella, que la cuidarían.

–El psiquiatra designado por el tribunal emitió un juicio clínico según el cual su hija estaría mejor atendida con padres adoptivos.

El grano le crecía a medida que Connie la observaba. La señorita Ferguson no paraba de tocárselo con cautela, apretándolo mientras fingía no hacerlo.

–¡Se equivocaron al quitarme a mi hija! –Vio cómo la señorita Ferguson fruncía el ceño–. Imagínese, quitarle a una su propia hija. Le hice daño solo una vez. Fue algo terrible, ya lo sé. ¡Pero castigarme por eso el resto de mi vida!

La trabajadora social le dirigió una de esas miradas con que los humanos miran a las cucarachas. La mayoría de la gente pega a los niños. Pero cuando dependes de la asistencia social y estás con la condicional y todo el *establishment* del encasillamiento social tiene el derecho de meterse de vez en cuando en tu cocina y abrir los armarios y mirar debajo de la cama y contar la cantidad de chinches y de zapatos que tienes, mejor que no se te ocurra pegar a tu hija ni una sola vez. Niña maltratada y abandonada, había sido el nombre

oficial que le habían puesto a Angelina. Había sido malvada con Angie, había pasado los meses posteriores a la muerte de Claud atiborrándose de tranquilizantes, bebiendo vino tinto barato. Un par de veces se había metido anfetaminas. Pensó que ya nada podía hacerle daño; hasta que perdió a Angelina. Quizás siempre tienes algo más que perder hasta que, como a Claud, te quitan también la vida.

–El conocido que falleció, era su... El carterista negro y lisiado con el que usted colaboraba.

Su cara adoptó de golpe una expresión impenetrable. Te atrapaban haciéndote decir algo y después lo traían a colación en sus interpretaciones para acabar contigo. Para hacer encajar tu vida en un patrón de enfermedad. Ni siquiera había dicho ciego. «Lisiado». No lo era. Era un excelente saxofonista. Era un carterista con talento y traía cosas buenas a casa para ella y su niña. Había sido tan bueno con Angie como si se tratara de su propia hija. También había sido bueno con Connie, un hombre amoroso. El hombre más dulce que jamás había conocido. Como si Claud pudiera resumirse en sus historiales putrefactos, o su dulzura, o su dolor, o su tremenda furia. A él también lo habían matado. En la cárcel había tomado parte de un experimento médico a cambio de dinero, con la esperanza de obtener una reducción de condena. Le habían inyectado hepatitis, la enfermedad había seguido su curso y él había muerto. Su oficial de la condicional, Briggs, no la había

dejado asistir al funeral. Ese bastardo... ¿Acaso pensaba que iban a tramar algo, con él desde el ataúd cerrado?

–El hombre puertorriqueño que usted describe como «chulo» de su sobrina, ¿es también el novio?

–Es su chulo, su proxeneta; es así. Así es como se gana la vida. Tiene otras tres chicas. –Connie se inclinó hacia adelante, dándose por vencida. No intentes ganar ahora, solo sobrevive–. Escuche, por favor, señorita Ferguson, mire mi boca, en el lugar donde me golpeó. ¿Podría por favor mirarme durante un segundo? De este lado. Aquí. Duele horrores. Después de que me derribaron a golpes, me dio patadas cuando estaba tirada en el suelo. Cuando respiro, cada vez, todo el rato, me duele. Creo que... –Estaba a punto de decir que tenía una costilla rota o astillada, pero se ponían desagradables si decías alguna palabra médica–. Creo que tengo algo malo dentro. En el sitio donde me pateó cuando estaba tirada en el suelo.

–¿Quiénes son estas personas que cree usted que la derribaron a golpes? ¿Se refiere a su sobrina, Dolores Campos?

–¡No! Él se presentó con un...

Se dio cuenta de que no quería decir la palabra «médico». Qué precavida tenía que ser con ellos.

–... con un par de colegas, unos matones. Cuando lo golpeé, ellos fueron los que me derribaron a golpes.

–Entonces lo admite, recuerda usted que lo golpeó.

–¡Sí! Estaba aporreando a Dolly.

–Su sobrina dice que usted la atacó.

–A mí me dijo que fue él quien la obligó a decir eso. Pregúntele a ella cuando no esté delante de él. Se lo suplico, pregúntele a ella sola. Tiene miedo de ponerse en contra de Geraldo.

Juntó las manos implorando como si rezara y escuchó cómo su propia voz gemía:

–Por favor, señorita Ferguson, pida que me vea un médico. Me duele muchísimo. Por favor, se lo imploro. Mire mi boca.

–Usted dice que le duele. ¿Dónde cree que siente dolor?

–En el costado. Mis costillas. También la boca. Y tengo la espalda quemada. Esos son los sitios que más duelen. El resto son moretones no más.

–¿En el costado?

–Duele cada vez que respiro. ¡Por favor!

–Bueno, sí que tiene moretones. Está bien, se lo diré a la enfermera. –La señorita Ferguson se acarició el grano, fingiendo que se acomodaba las gafas. Despachó a Connie con un leve asentimiento de cabeza.

Finalmente, el martes le hicieron radiografías, le vendaron la costilla rota y le miraron la boca. La mandaron al dentista con una auxiliar. Se perdió la hora de las visitas, así que no pudo saber si Dolly había salido ya del hospital. Pero vendría mañana, sin duda; Dolly tenía que venir y hablar con ellos para que la dejaran salir. Si conseguía que su sobrina le dijera la verdad al médico, a la enfermera, incluso quizás hasta a la trabajadora social, entonces la dejarían marcharse... Aun calculando que todo el proceso de alta tardase uno o dos días, podría estar fuera el viernes por la noche.

Se sentó en una silla torcida en la sala de espera de la consulta del dentista, con la auxiliar a su lado, leyendo atentamente una revista de astrología. ¡Cómo celebraría su liberación! Sus dos sórdidas habitaciones con el lavabo en el pasillo lucían resplandecientes en su imaginación, amplias y lujosas después del hospital. ¡Puertas que podía cerrar! ¡Un retrete con puerta! Sillas para sentarse, una mesa para ella sola, una tele que podía encender y apagar y poner en el programa que quisiera, su propia cama con sábanas limpias sin olor a pis rancio. ¡Su privacidad y su libertad tan preciadas!

Sí, se levantaría por la mañana cuando ella quisiera y no cuando viniera una auxiliar a despertarla a los gritos. No más Thorazine ni pastillas para dormir, el breve subidón y las interminables profundidades del aturdimiento. Noches de sueño real. Pasaría hambre una semana entera por el mero placer de saborear una naranja de verdad, un aguacate. Nadie le diría lo que tenía que hacer. Caminaría por las calles milagrosamente sin una auxiliar al lado. Respiraría el aire hermoso, vital, contaminado. Caminaría hasta que le dieran ganas de sentarse.

Se pondría a cantar y bailar por la cocina, cantaría canciones de amor a las *cucarachas* y las *chinchas*, ¡sus *chinchas*! Su vida, que había parecido tan andrajosa, ahora se veía como una rosa de terciopelo rojo abriéndose ante ella, aquella rosa que una vez le regaló Claud, que le había encantado por su tacto sedoso, por su fragancia, sin saber que era rojo carmesí. Su vida barata y ordinaria se le presentaba plena más allá de la posibilidad de saborear cada momento. Una vida a rebosar de aromas a café, a maría fumada en los pasillos, a aceite refrito al subir las escaleras de su apartamento de alquiler; a olor a pasto recién cortado y a brotes nuevos en Central Park. Vendedores ambulantes en las aceras. *Cuchifritos*. El ritmo primaveral de tambores de conga inundando las calles.

Esperando en la silla desvencijada de la sala de espera del dentista, la boca se le hizo agua y miró con envidia el café

que sorbía la auxiliar. Café con leche, seguramente dulce. Para dar conversación, preguntó:

–¿De qué signo es usted?

La mujer la miró de reojo.

–Sagitario.

No tenía ni idea de cuáles eran los meses de Sagitario.

–Yo soy Aries.

–Tu signo está chiflado, chica. –La auxiliar volvió a su revista, apartándose un poco.

Pronto estaría fuera. ¡Muy pronto! Tragarse todos los insultos. Quedarse callada. ¡Tendría cosas mucho mejores que un café salido de una cafetera automática! Se prepararía para ella sola aquel café dominicano que había empezado a preparar para Dolly aquella noche. ¡Tenía tanta hambre de comida mexicana! La comida puertorriqueña era diferente. Había aprendido a comérsela, a que le gustara. De hecho, había preparado *salcocho*, *mondongo*, *asopão* y muchos platos con *plátanos* para Eddie, también para Dolly, cuya madre, Carmel, era puertorriqueña. Pero es que ni los ingredientes básicos eran iguales, todas esas raíces (yuca, yautía, taro), el *bacalao* salado, en lugar de la base de maíz y frijoles. Ella se había criado con *pintos* y los puertorriqueños comían más frijoles negros. Había visto algunos restaurantes

mexicanos en Nueva York, pero eran demasiado caros para ella. Qué ridículo vivir en un sitio donde el sabor de la comida de tu tierra tenía un precio que no te podías permitir. Comía más a menudo comida china que mexicana.

Respirar el aroma a libertad sería suficiente. No había sabido conducir la entrevista con Ferguson. Hablaría de conseguir un trabajo. Hasta podía volver a intentarlo. Deambular de oficina en oficina. Quizás se había rendido con demasiada facilidad. Quizás podía llegar a conseguir un trabajo temporal como administrativa. O quizás podría hacer creer a la trabajadora social que lo haría. Les gustaba eso, convencerlos de que ibas a conseguir un trabajo. Pensó en Ferguson y se encogió de hombros. De cualquier manera, cabía la posibilidad de que la próxima vez hubiera otra.

No escribía a máquina desde hacía... ¿cuatro, cinco años? La última vez que la habían ingresado, había solicitado un trabajo como taquígrafa, pero preferían a mujeres más jóvenes. Quizás aquí tenían alguna máquina de escribir para poder practicar. Tenía que calcular las distintas perspectivas. Lo mejor era que se lo creyera ella misma, lo de que podía conseguir un trabajo. Ella, con su historial delictivo y psiquiátrico, una chicana gorda de treinta y siete años, sin marido, sin su hija, sin las ropas adecuadas, con su billetera de plástico gastada en los bordes y arreglada con cinta adhesiva. La ayudante del dentista apareció taconeando para anunciar su turno; la auxiliar la levantó como si fuera una muñeca de trapo y la hizo desfilarse hacia la consulta.

El miércoles y el jueves pasaron como largos, larguísimos trenes de carga hasta que finalmente llegó el viernes. En su pabellón, dos pacientes tenían pases de fin de semana para ir a casa. Otras tres mujeres habían sido dadas de alta. Trajeron sus pertenencias en bolsas y sus parientes se las llevaron. Trajeron a más mujeres. Dolly no vino a por ella. Luego la enfermera, silbando una canción de ritmo latino que había estado sonando en todas las emisoras de radio, hasta en las radios blancas, se detuvo y le habló:

–Muy bien, señora Ramos, arréglese.

–¡Voy a salir! Lo sabía. ¿Voy a salir, no?

–Se va al campo. Árboles y césped, para disfrutar del descanso que necesita.

–¡No me venga con esas! –Se apretó el pecho–. No pueden trasladarme. Solo estoy en observación.

–Su familia quiere que se ponga bien, igual que el médico...

–¡Pero si el médico solo habló conmigo cinco minutos!

–Está usted enferma. Todo el mundo quiere que se ponga bien –dijo la enfermera con dulzura fingida–. ¿No quiere ponerse bien?

–¿Quién ha firmado el ingreso? ¿Mi sobrina?

–Su hermano Lewis. Así no se volverá a hacer daño ni se lo hará a otros. Ha vuelto a ser una chica mala, señora Ramos.

–¿Adónde me llevan?

–Usted coja sus cosas. Ya lo verá. –La enfermera se fue dando pasos largos y silbando esa canción pegadiza de los War que había resonado en El Barrio durante semanas.



La lluvia caía a raudales. El día era frío y húmedo y ráfagas de viento arremetían contra el agua, formando grandes olas que rompían a los costados del autobús ambulancia. Se sentó para poder mirar a través de la ranura, con las ropas que le había traído Dolly. La lluvia tamborileaba en el techo de metal, como agrediéndolo. Bajo el agua. Se estaba ahogando.

Aquí estaba, con la mitad de su vida gastada, a medio camino en el oscuro viaje que la había empujado a las manos de la comadrona de El Paso y la había llevado a través del West Side de Chicago, hasta el Bronx, el Lower East Side y El Barrio. La doncella de hierro la llevaba otra vez a Rockover. Luis había firmado el ingreso. Se había llegado a un acuerdo. Se había negociado una tregua entre los dos hombres sobre los cuerpos de sus mujeres. Luis, que nunca había admitido que su hija mayor fuera puta, pero que la hacía sentirse como una puta cada vez que la tenía en casa. La doncella de

hierro iba rebotando bruscamente, apaleándola. A medio camino de los duros años asignados a las mujeres se vio impedida, atrapada, drogada con el Thorazine que le minaba la voluntad, le volvía torpe el cerebro y drenaba la energía de su cuerpo.

Había perdido algo de peso y el viejo vestido amarillo le quedaba holgado. Tenía los labios y las uñas partidos por la droga y la falta de proteínas. El dentista le había sacado un diente y le había empastado otros dos con un arreglo precipitado. Le dolía la costilla. Llevaba una venda bien ceñida como un corsé bajo el vestido holgado. En la oscuridad artificial de la tormenta de abril, el vientre de la bestia de metal la llevaba a ciegas en su interior.

El autobús ambulancia bajó la velocidad de golpe. Cogía las curvas con brusquedad. Volvía a bajar la velocidad. Presionó el ojo contra la rendija y contempló los árboles llenos de brotes, los setos. A lo lejos pudo ver, a través del velo de las ráfagas de lluvia, las paredes que conocía demasiado bien, aquel lugar de castigo y de pena, donde asesinaban el ser lenta o rápidamente: el llamado Hospital Público de Rockover.

Quizás se merecía un castigo por la locura que nadie había sabido adivinar, las preguntas que nadie había hecho, la historia que nadie le había sonsacado: que durante todo el mes pasado había estado alucinando con un hombre extraño con una nitidez cada vez mayor. Que había soñado

dormida y luego despierta y que al final había visto en la calle ese rostro lampiño de indio.

Entonces las puertas engulleron al autobús ambulancia y se la tragaron mientras Connie dejaba el mundo y entraba en el submundo donde todos los indeseables, los que se atascaban como dientes irregulares en un engranaje, los que no tenían lugar o si encajaban en alguno era a martillazos y a través del piñón que los apretaban, eran transportados para arrepentirse de su terquedad o para perseguir su visión demente hasta el pozo del terror. El autobús galopó dando tumbos con los amortiguadores rotos hacia el interior del asilo que no ofrecía ningún asilo.

Sobre los edificios antiguos, la lluvia caía en largas hebras grises como una cascada sobre las paredes de ladrillo. Mientras le indicaban con sequedad que bajara deprisa, se sorprendió de ver gaviotas en el cielo planeando en círculo, lejos del mar, como hacían en otros basureros. Poco se reciclaba aquí. Ella era la basura humana que llevaban al vertedero.

DOS

La primera vez. ¿Hubo una primera vez? Los sueños empezaron sin duda con un sueño original; sin embargo, la primera mañana que se despertó y recordó, tuvo la sensación de que había más cosas que no recordaba, una sensación de retorno, borrosa pero convincente. Se quedó acostada boca arriba sobre el centro ahuecado de la cama, ese valle que la hacía sentir doblemente consciente de estar sola. Una de sus trenzas se había soltado y yacía enrollada alrededor de su cuello como una cálida serpiente negra.

Casi siempre la sensación de repetición al despertar solía ser un despertar otra vez a las facturas; otra vez al hambre; otra vez al dolor; otra vez a la pérdida; otra vez a los problemas. Otra vez sin Claud, otra vez sin Angelina, otra vez el alquiler, otra vez sin trabajo, sin esperanzas. Pero hoy sentía algo dulce en su aliento matinal. Una luz tenue se

colaba a través de la ventana que daba al hueco de ventilación entre edificios.

–¡No! ¡No, mamacita, no lo haga!

Algo cayó estrepitosamente en el piso de arriba. Cerró los ojos.

¿Qué iba a la deriva bajo la superficie lisa del sueño? El rostro de un hombre joven, la mano tendida. ¿Señalaba algo? ¿Intentaba coger su mano? Un hombre joven de estatura mediana con brillantes cabellos negros hasta los hombros, rasgos indios. Aún más que los de ella. Ojos muy juntos, oscuros y con forma de frijoles negros. Nariz larga. Pómulos bien afeitados, piel de apariencia suave como la suya... en otra época. Ya no más. Aquella suave piel de bronce como melocotón al tacto, con una pizca de oro. ¡Qué hermosa había sido su piel! Los chicanos hoy día eran más propensos a considerar hermosa la piel morena que cuando ella tenía esa piel perfecta. *La gente de bronce*. La depresión le subió por la garganta como una niebla; se dio la vuelta, empezó a toser. La tos la sacudió con violencia. De viaje por una carretera secundaria en la cabina de la camioneta del Tío Manuel, con el polvo que iban dejando atrás como una enorme serpiente emplumada, durante kilómetros y kilómetros de tierra reseca. Buscó a tientas el paquete aplastado; aún uno, dos cigarrillos. Lo encendió, aspiró el dulce humo, tosió más y después, bajando los pies al suelo, se levantó. Se le nubló la vista, después se le despejó. El

suelo estaba frío. Se enfundó torpemente los zapatos desgastados en los lados de tanto usarlos. Le encantaría tener zapatillas, sí, ridículas zapatillas de peluche. Entonces vislumbró unas pequeñas zapatillas de bebé rosadas en los pies de Angie. Regalo de Luis, que se hacía llamar Lewis. ¡Capullo! Mi hermano el anglo. Angelina siete años, cuatro meses, veintidós días... ocho horas. Aspiró el humo con fuerza, rompió a toser y entró lentamente en la cocina, para enfrentar el día que ya sangraba en los bordes. Recoger, limpiar, ordenar, dejar perfectas las superficies ajadas. Su asistente social, la señora Polcari, venía hoy.

Desayunó un café suave y dulce en el que remojó un trozo de pan rancio, la última costra de pan que quedaba en la casa. Después hizo un cuidadoso cálculo de su presupuesto, que volvía a calcular cada vez que regresaba del súper con precios más caros. Se había quedado con hambre, pero engañó al estómago con el viejo truco de tomar dos tazas de agua caliente, que se llevaron el agradable sabor de su último trago de café. Después limpió sus dos pequeñas habitaciones a fondo, lentamente. Hizo la cama y la dejó tan lisa como pudo, y hasta quitó del interior de la hermosa botella de vino algunas de las hierbas y flores secas con el tallo roto. Eran recuerdo de aquel picnic en que Nita, que recién empezaba a caminar, se había quedado dormida en sus brazos, ya agotada. Connie ardía sentada sobre la manta, transfigurada por sostener a ese bocadito de cara colorada y dulce respirar. Una mariposa negra y anaranjada se le

había posado en el brazo y ella se había quedado tan quieta encorvada alrededor de Nita que, por un instante, la mariposa se mantuvo batiendo las alas, abriendo y cerrando esas puertas llenas de luz.

A las once, la llamada a la puerta. La señora Polcari era delgada, con el pelo castaño corto hasta las mejillas, terso como un bol de madera bien pulido. Hoy llevaba unos pendientes de plata con pequeñas piedras verdes que parecían jade. Grandes ojos avellana con largas y curvadas pestañas miraban sorprendidos desde detrás de unas gafas con montura dorada. Una vez le había preguntado a la señora Polcari por qué no llevaba lentes de contacto y había sido recompensada con una mirada gélida. Pero es que unos ojos tan lindos... Si tenía el dinero, una joven bonita como ella, ¿por qué no? Sus grandes labios como fruta madura ofrecían un destello de dientes blancos y perfectos en las escasas ocasiones en que sonreía. Juvenil, femenina, a la moda, como esas chicas universitarias que solía ver cuando trabajaba para el profesor Silvester. La señora Polcari olía a Arpege.

Hoy la señora Polcari intentaba convencerla de apuntarse a un programa de formación que parecía más bien la gran idea de alguien para producir trabajo doméstico barato sin necesidad de importar mujeres de Haití.

–Ay, no sé –dijo a la señora Polcari–. Cuando se está sin trabajo durante tanto tiempo, ¿quién te va a querer?

–Limpiar la cocina de una mujer blanca estaba al final de la lista entre las cosas que haría para sobrevivir.

–Es usted demasiado... negativa, señora Ramos. Fíjese en mí. Volví a trabajar después de que mis hijos fueran a la escuela. Durante todos esos años no trabajé.

–¿Cómo es que tuvo hijos tan joven? ¿Se casó en el bachillerato? –Qué raro que una mujer blanca hubiera tenido hijos antes de los dieciocho.

La señora Polcari hizo una mueca.

–No me adule, señora Ramos. No me casé hasta los veintiséis. Mi madre estaba segura de que sería una vieja solterona hasta la tumba.

–Entonces, ¿qué edad tienen sus hijos, señora Polcari?

–El mayor ahora tiene diez, el más pequeño acaba de cumplir ocho.

Así que debía tener al menos unos treinta y seis.

Cuando la señora Polcari se fue, se miró en el espejo que había sobre el fregadero, tocándose las mejillas. ¿Cómo se mantenían tan jóvenes? ¿Tomarían pastillas? Algo las mantenía intactas durante muchos más años, a esas mujeres de pelo limpio que olían a Arpege. Las mujeres estudiaban en la universidad y conseguían trabajos limpios y se casaban

con hombres profesionales y vivían en casas llenas de máquinas y bordeadas de césped. Ella no se había visto así de joven desde... desde antes de que naciera Angelina.

Tenía envidia, sin duda, pero también la amargaba la sensación de que la estaban estafando, y la vergüenza, la vergüenza de ser mercancía de segunda clase. La que se deteriora con rapidez. Mercancía deficiente. «Nosotras nos deterioramos tan pronto», dijo al espejo, sin demasiada certeza sobre a quién se refería con «nosotras». Su vida no era pródiga en «nosotras» significativos. Una vez escuchó a una asistente social hablar sobre la gente de Puerto Rico –o «esos», como se les conocía popularmente en esa clínica (y otras clínicas similares de Texas)– diciendo que «esos» envejecen más rápido y mueren jóvenes, por lo que la estudiante que estaba haciendo su trabajo de campo no debía sorprenderse de algunas de sus enfermedades, como la tuberculosis. Le recordaba a Luis hablando sobre el pez tropical que tenía en su sala de estar, casamiento tras casamiento: ¡Oh! Se mueren fácil, estos tetras neón, cuando se vacía la pecera, te compras otros y ya.

Al menos su orgullo adusto siempre la hacía limpiar para la señora Polcari, que no estaba sujeta a las mismas leyes físicas, la misma decadencia, la misma devastación ante la erosión del tiempo. Por más que la señora Polcari la mirara con condescendencia, como un caso con mal historial, un caso social, Connie no permitiría que encontrara ni una mota de suciedad en la silla sobre la que fuera a posar su pequeño

trasero, ni una mota sobre la mesa en la que a veces accedía a tomar una taza de café instantáneo sin azúcar.

Después de dos días de fregar suelos para la ciudad (programa de asistencia social), se levantó bien temprano con un típico dolor en las lumbares, pero se sorprendió sonriendo por el sueño. *La madrugada*, una palabra que siempre le dejaba miel en la boca. Ese dulce sabor. La cara del joven indio sonriendo, llamándola con gestos, con una curiosidad amable. No tenía el porte de macho de los hombres de su familia, ni la fuerza descomunal de Claud, ni la tensa agresividad de Eddie. Pero sus manos, al sujetar las de ella, no eran suaves. ¿Se daban la mano? Qué absurdo. Cálidas, callosas, con un leve aroma químico.

–¿Cómo debería llamarte? –había preguntado la voz. Una voz aguda, casi afeminada, pero agradable y sin rasgo de acento.

–Connie –había dicho–. Llámame Connie.

–Mi nombre es Luciente.

Raro que ella hubiera soñado en inglés. *Me llamo Luciente*: brillante, resplandeciente, lleno de luz. Raro que no hubiera dicho Consuelo a alguien obviamente México–americano. *Me llamo Consuelo*.

–Ven –le insistió, y entonces recordó el tacto de esa mano cálida, amable, callosa, sobre su brazo desnudo. Intentando arrastrarla hacia él.

Casi siempre soñaba en inglés, aunque a veces aún tenía algún sueño en español. Hacía años había intentado averiguar qué clase de sueños tenía en cada idioma, durante sus casi dos preciados años en el instituto de estudios superiores donde había tomado un curso de psicología. No debería haberse alejado tímidamente del joven de voz aguda, agradable, con manos de trabajador. Debería habersele acercado sigilosamente y haberle restregado los grandes senos contra su pecho. Hasta en sus sueños se quedaba sin nada. Se frotó el brazo distraídamente, en el lugar donde él la había tocado con su mano cálida. Con persuasión. Se había aficionado a soñar con chicos jóvenes. Quizás al hacerse vieja los chicos de su alma soñadora se volvían más jóvenes y más lampiños, delgados como cerillas.

Se dio vuelta, empezó a toser, atragantándose con la flema. Maldiciendo, escupió en un pedacito de papel higiénico y buscó el paquete aplastado sobre la silla. Se quedó petrificada. Sus dedos. Ese aroma. Se olió el brazo. Sí, su piel desprendía la misma sustancia que los dedos de Luciente. Se le erizaron los pelos de la nuca.

¡Idiota! La volverían a encerrar. Igual es que había metido el brazo en algún sitio, probablemente limpiando aquella oficina, y soñó con eso, como cuando transformas el sonido

de una alarma en el tañido de una campana. La flema que había expulsado era marrón. Tenía un poco de sangre de la garganta, eso era lo que debería preocuparla. Estaba demasiado nerviosa como para dejar de fumar, aunque sabía que le estaba haciendo daño. Bueno, daba igual, la arrollaría un taxi antes de que pudiera morir de cáncer. Un atracador le reventaría la cabeza. Tendría un cáncer por comer la basura que se podía pagar con el escaso dinero de la asistencia social.

Su vecina, la señora Silva, golpeó a la puerta momentos después de que volviera de la compra, de comprar dos rollos de papel higiénico, pan, plátanos, espaguetis, huevos. Habría preferido una hamburguesa, pero no le alcanzaba el dinero para comprar carne. Su sobrina Dolores, Dolly, la mayor de Luis, de su primer matrimonio, estaba al teléfono en lo de la señora Silva. Luis se había casado muchas veces y tenía hijos de cada mujer. Su preferida era Dolly, de veintidós años, regordeta y dulce como un camote confitado. Cuando Dolly necesitaba contactar con ella, llamaba a la señora Silva.

Dolly le pidió que fuera a la calle Rivington y ella cogió su viejo abrigo verde y su ajada cartera de plástico y se encaminó al metro. En el expreso que iba al puente de Brooklyn, tuvo un golpe de suerte. Al entrar al vagón vio un bolígrafo debajo de un asiento y, cuando lo probó, funcionaba. Era de tinta azul y llevaba el nombre de una empresa de bolígrafos. Hacía meses que no tenía uno que

funcionara. Tenía que escribir sus cartas con lápiz. Ahora escribiría con tinta, como debía ser. Esa noche escribiría a sus dos hermanas con el nuevo bolígrafo. Lo metió cuidadosamente en la cartera antes de cambiar al tren QJ, comprobando que la cinta adhesiva todavía estuviera bien puesta para que no se cayera. También cogió un ejemplar del *Daily News* que un hombre había dejado en su asiento.

En Delancey con Essex se dirigió al norte, hacia Rivington, desmesuradamente consciente de que Norfolk estaba una manzana más arriba, donde había vivido un año con Angelina en una sola habitación, aquel mal año después de que metiesen a Claud en prisión. Esa habitación era como una caja de dolor. Se la había conseguido Dolly después de que la echaran del apartamento que compartía con Claud, tres grandes habitaciones con baño propio a solo dos manzanas del parque Mount Morris. En aquel entonces, Dolly vivía con su marido en Rivington, donde vivía ahora con su hija Nita, y la presencia ocasional de su asqueroso chulo, Geraldo. Allí estaba la *bodega* donde Connie solía pedir fiado hasta que le llegara la paga; y la licorería que conocía demasiado bien, con estanterías y más estanterías llenas de vino dulce barato.

Hacía un calor sofocante en el apartamento de Dolly, como siempre. Nita estaba comiendo en una silla de bebé que empezaba a quedarle pequeña, acabando un pudín de coco instantáneo, metiéndoselo casi todo en la boca en el momento en que entró Connie.

–*¡Ahora comes como una santa!* –Connie se encorvó sobre su sobrina nieta–. *¡Qué bien come ya! ¡Qué niña tan buena! Regálame una sonrisa, Nita. ¡Hazme los ojitos! ¿Sí? ¡Qué preciosa!*

Dolly tenía la cara hinchada por las lágrimas. Se levantó la manga de la blusa para mostrar un moretón.

–¿Un cliente te hizo eso?

–¡Me lo hizo Geraldo!

–¿Por qué lo aguantas? Es un desgraciado, no tiene remedio.

Dolly suspiró y se lio un porro con el papel con sabor a regaliz que tanto le gustaba.

–¿Te acuerdas cuando al volver de San Juan me dijiste que estaba preñada?

Connie asintió, aceptando el porro. Mientras soltaba el humo, dijo:

–Tú ya lo sabías. Estabas desesperada por tener un bebé.

–¡Y todavía lo estoy! Fui, me hice una prueba de esas. No me vino desde que fuimos a San Juan.

–¿Y qué dijo la prueba?

Dolly se dio unas palmaditas en la barriga.

–Ayer se lo dije a Geraldo. Empezó a chillarme, que si era de un cliente, que si... ¡Y empezó a pegarme!

–Me pone enferma... Te hace ir con hombres y después te menosprecia por ello. Es su bebé. Volviste de Puerto Rico con ese bebé. –Lo había sabido ni bien había visto a Dolly.

Dolly se levantó.

–Los clientes son trabajo. No lo menosprecies, saco buen dinero. No los traigo aquí, me lo monto en hoteles o en donde Geraldo. ¡Mira, todas las mujeres se venden! Jackie Onassis se vende. Así que...

–¿Y...? ¿Qué tal es hacerlo con ellos?

–Es un trabajo –Dolly aspiró el humo, frunciendo el ceño. Los minutos se espesaron entre las dos. Al cabo de un rato, se sorbió la nariz–. Te odias, y odias al cliente. Todavía no he conocido a una mujer que no odie a cada uno de sus asquerosos clientes.

–Deja a ese desgraciado, *carita*, déjalo. Qué te importa. No te llega a la suela de los zapatos.

–Es listo, Connie, su mente funciona así –chasqueó los dedos–. Tiene estilo. Las otras putas son capaces de hacer el pino para conseguir que las mire cuando pasa por ahí... Yo

pensé, ¿por qué no tener un bebé con él? Así podría retirarme. Y será como antes, pero mejor. Un hombre te respeta más si tienes un hijo suyo. ¿Por qué no?

–Entonces, ¿en Puerto Rico dejaste de tomar las pastillas?

–Las dejé aquí. Ni siquiera las metí en el bolso. También pensé que traería buena suerte, un bebé hecho en la isla. ¡Quiero tener este bebé, Connie!

–¿Por qué no? Un hijo único es solitario. ¿Por qué no tener otro? Eres una buena madre. Deja a ese cabrón y ten el bebé.

–¡Él no me deja! ¡Dice que tengo que hacerme un aborto!

–No. –Connie dio un puñetazo sobre la mesa. Un gesto raro en ella. Dolly miró fijamente—. ¡Tenlo! Dile que se muera de sobredosis y venda su cuerpo al ayuntamiento como cebo para ratas. Vente a vivir conmigo. Te ayudaré con los niños. Me encantaría, ya sabes que es verdad...

Sonó el teléfono. Era un cliente. Dolly salió corriendo al baño para arreglarse la cara y recomponerse. Connie le dio un beso, mimó un rato a Nita y de mala gana se dirigió escaleras abajo. En la calle, un viento húmedo y cortante proveniente del East River le arañó la cara. Se ciñó el viejo abrigo verde. Ya no tenía forro. Se sentía floja y colocada por la hierba, demasiado fumada para enfrentarse al metro. Decidió ir caminando hasta la parada de Spring Street y

tomar el local hacia la parte alta de la ciudad, aunque tendría que andar unas diez manzanas.

En un parque infantil en Elizabeth, unas niñas jugaban al escondite inglés. Caminó encorvada contra el viento, sin decidirse a acercarse y pararse a mirar, pero de repente se vio apoyada sobre la valla. La mayoría tenía la piel oscura, la edad de su hija. Angie habría sido una de las de piel más clara, de las más bajas. Eddie, su padre, había sido bajo y de piel clara. Podría haber sido aquella delgada y ágil con el cabello oscuro y la piel color crema y una enorme sonrisa que decía: «quíereme». Esa a la que pillaban y se tiraba de los pelos montando un escándalo. ¡Sí, la niña que se tira de los pelos sería la mía!

Dos hombres que empujaban una carretilla sobre la acera la miraron, uno le dijo algo al otro entre risas. Las lágrimas le caían por las mejillas. Pinche droga poniéndola sentimental. Connie la loca. Empezó a caminar mientras la calle se inflaba ante ella como una vela. Intentó secarse la cara con las mangas del abrigo. Se le caían las lágrimas de los ojos irritados, grifos imposibles de cerrar. Cálidas y húmedas sobre las mejillas. Giró en Prince y se sentó en un portal, sobre un escalón de cemento empotrado en la entrada de un edificio de *lofts*. Tras ella, la puerta era grande como la de un granero. Extendió el periódico para poner el trasero sobre él. Nadie alrededor. Cogió unos trozos de papel higiénico y se sonó con fuerza. Cualquiera pensaría que había amado a su hija.

Una sombra sobre ella. Empezó a levantarse, pero esa mano estaba ahí extendida, otra vez.

–¿Qué pasa? Estás llorando. ¿Te he asustado, Connie?

Más bajo que en su sueño, solo unos centímetros más alto que ella, de pie, se inclinó hacia ella, la cara de luna, los ojos de frijoles negros, esa amable sonrisa.

–¡Me estoy volviendo loca! Pero podría ser la droga. Muy potente...

–Estoy aquí. He estado intentando llegar a ti. Pero te asustas, Connie. –Luciente sonrió. Era realmente afeminado. ¿*Mariquita*?

–¿Qué quieres de mí? –Cuentos infantiles de miedo sobre *brujos*, hechizos, demonios. Todo mentiras, pero ¿cómo había podido este chico colarse en sus sueños?

–Solo hablar. Que te relajes y hables conmigo.

–¡Ja! Nunca nadie quiere hablar conmigo. Ni siquiera mi asistente social, la señora Polcari. La deprimó.

Connie se levantó con rigidez, sacudiéndose la culera del viejo abrigo, y lo esquivó mientras doblaba el periódico. Con su brazo rozó el de él. Sin duda era real, su brazo se notaba musculoso a través de la chaqueta de cuero. El estómago se le contrajo de miedo. El Muro y la manera en que la

esperaba. En aquel entonces, ella era joven y apetitosa como un pollo asado. Ahora era lo que Geraldo siempre la había llamado: un saco, un saco lleno de pena y problemas. Ansiaba desesperadamente un cigarrillo pero tenía miedo de abrir el bolso delante de él, le sería tan fácil darle un tirón... Mientras él caminaba a su lado con paso elástico y relajado, Connie mantenía la cartera de plástico escondida debajo del periódico, entre el codo y el cuerpo del lado opuesto al de él. No, no tenía pluma al andar. Caminaba con pie firme y gracia gatuna. Se movía con gracia y autoridad al mismo tiempo. En el bolso llevaba diecisiete dólares, algunos centavos y dos billetes de metro, también su carné de la seguridad social y las llaves del apartamento. ¿Cómo recuperaría los diecisiete dólares? Podría incluso robarle su pequeña tele para empeñarla. Le quedaban dos semanas para recibir su próxima paga, si es que llegaba puntual.

No iba vestido como alguien que viviera en la calle. A pesar de no llevar nada nuevo ni llamativo, su ropa era bastante buena y estaba bien hecha. Botas grandes y pesadas como las que llevan los jóvenes, pantalones negros parecidos a los vaqueros, una camiseta roja que pudo entrever por el cuello, una chaqueta de cuero gastada pero bonita, que en lugar de distintivos de bandas o clubes lucía en las mangas un estampado de cuentas y conchas. No llevaba guantes y vaya si recordaba sus manos... Le hubiera gustado cogerle la mano y llevársela a la nariz. Tenía la piel manchada, pero no de nicotina. ¿Qué tipo de trabajo dejaría las manos

moradas? Como el tinte que se usa para estampar el grado de calidad de la carne.

Connie endureció el tono de voz.

–¿Cuánto tiempo piensas seguirme?

–Preferiría hablar contigo en tu casa, si me permites.

Luciente dio un paso atrás en el momento en que un camión pasaba ruidosamente. Se tapó la nariz.

–No. ¿Por qué haría una cosa así? ¿Quién eres?

–Ya sabes mi nombre, Connie. Luciente.

–Chico listo. ¿Qué quieres de mí?

Con los ojos llorosos, él sacó del bolsillo un pañuelo grande y alegre, con un sofisticado estampado, y se secó los ojos llorosos con toques delicados.

–Eres una persona extraordinaria. Tu mente es extraordinaria. Eres lo que llamamos una persona captadora, receptiva.

–¿Te gustan las mujeres mayores? –Había escuchado hablar de gente así pero nunca se lo había creído. Tenía miedo pero también estaba intrigada.

–¿Mayores? –Luciente rio–. Claro, solo mujeres mayores de setenta. Tendré que esperarte. Dime, ¿tanto miedo doy? Yo en realidad no soy persona captadora, soy lo que llaman persona emisora.

No dejaba de mirar fijamente los coches que pasaban, los edificios a izquierda y derecha, arriba y abajo, como un jíbaro que acabara de bajar del avión; como su abuela, que se lanzaba a la calle en el centro de El Paso persignándose, negándose a mirar los coches, y dejaba la acera atrás precipitadamente, como si se zambullera en aguas profundas.

Está loco, pensó. Eso es lo que pasa. Apuró los pasos hacia la estación de metro.

–Estoy yendo demasiado deprisa con demasiadas cosas, pero ¿por dónde comenzar para que comprendas? Así te relajas y empiezas a interver. Una persona captadora tiene la mente y el sistema nervioso abiertos, receptivos, con un alcance fuera de lo común... Es un tránsito muy difícil de explicar. –Pasó un *jet* y se detuvo a mirarlo boquiabierto hasta que un edificio le obstaculizó la vista–. Para explicar algo exótico, la cosa y el vocabulario con el que hablar de la cosa tienen que transmitirse a la vez... Su vocabulario es muy pobre cuando se trata de describir estados mentales, habilidades mentales y actos mentales...

–¡Estuve dos años en un instituto de estudios superiores! No vengas a decirme nada sobre mi pobre vocabulario solo porque sea *chicana* y viva de ayudas. ¡Apuesto a que he leído más que tú!

–Me refería al vocabulario de ustedes, en plural, perdona. Una carencia que permanece en nuestro lenguaje, aunque hemos reformado los pronombres. Por «su» lenguaje me refería al tiempo de ustedes, su cultura. No intentaba chicotearte. Créeme, Connie, tengo mucho respeto por ti. Hemos estado intentando establecer contacto durante tres meses antes de arriesgarme con tu mente. Tienes una capacidad extraordinaria para captar. En nuestra cultura tendríamos una gran admiración por ti, cosa que supongo que no pasa en esta, ¿no?

–¡Su cultura! ¿Pero en qué andas, en una de esas bobadas del orgullo de *La Raza*? ¿Lo del viaje a las raíces aztecas y todo eso?

–Ahora me falta vocabulario. –Luciente intentó cogerla del brazo, pero ella lo esquivó–. Tenemos que esforzarnos por comunar, porque tenemos unos marcos muy distintos de lucidar. Pero que nos «veamos» mutuamente, ¡eso fijo que me da onda, cierto! –Dos taxis frenaron en seco en la esquina a punto de chocar. Luciente se puso a balbucear.

–¿De dónde eres entonces? ¿De los altos Andes?

Luciente hizo una mueca.

–En espacio no tan lejos. De la bahía de Buzzards.

Cada vez que llegaban a una calle, Luciente parecía casi perder el control. Seguro que se había escapado del psiquiátrico de Bellevue. Suerte la de ella. No dejaba de mirar calle arriba y a los lados y luego intentaba controlarse. Estaban casi en la Sexta Avenida cuando él dijo:

–Mira, tengo que irme. Este lugar me enerva. El aire es inmundo. El ruido me sacude hasta los huesos. ¡Admiro tu compostura! Piensa en mí cuando estés en solitario, ¿sí?

–¿Y por qué iba a hacerlo? ¡Estás chiflado, loco como un somorgujo, como dicen aquí!

Luciente esbozó una sonrisa radiante, apretándole la mano en su puño cálido y seco.

–¿Alguna vez has visto un somorgujo, Connie? Lo loco es el sonido que emiten. Son pájaros de aspecto simple pero gráciles que planean con solo la cabeza fuera del agua. Como las tortugas, nadan bajo. Quizás pueda mostrarte somorgujos cuando migran... ¡No me temas! Siento que tienes enemigos, cierto, pero yo no lo soy... ¡Necesito tanto tu ayuda! Pero no intento hacerte ningún daño. –Y con esa frase Luciente desapareció abruptamente.

Hasta que no estuvo dentro del vagón, apretujada, no se atrevió a acercarse cuidadosamente a la nariz la mano que él había sujetado. Sí, ese aroma químico. Tuvo miedo.

Se bamboleó en pie entre la gente que tenía a derecha, izquierda y detrás, apretando la cartera y el *Daily News* contra el pecho con una mano, mientras que con la otra apenas alcanzaba la correa de arriba. Luciente tenía razón con lo que había llamado su parte... receptiva. Le pasaban cosas que le daban náuseas. Nunca hablaba mucho de esos sucesos; solo un poco a Dolly, que consultaba a videntes y compraba hierbas en la *botánica*, a pesar de hablar español casi tan mal como su padre, Lewis, que se enorgullecía de haberlo olvidado. A veces Connie se daba cuenta enseguida de cosas de los demás que no tenía por qué saber. Supo que Luis iba a abandonar a una de sus mujeres antes de que él lo decidiera. Su esposo Eddie la había llamado bruja más de una vez; por ejemplo, cuando había estado con otra mujer y llegó a casa con esa presencia y el orgullo y la culpa titilando a su alrededor como pequeñas llamaradas de azufre.

–¿Quién te vino con ese chisme? ¡Esas mujeres chismosas! ¡Lo único que hacen en todo el día es escuchar mentiras!

–¡Tú me lo has dicho! ¡Tú mismo me lo has dicho ni bien entrar!

Sabia no era. Nunca había podido predecir, ni para ella ni para los demás. Había intentado leer la fortuna y siempre se equivocaba, y sabía de corazón que solo estaba adivinando. El otro suceso no era algo que ella hiciera a voluntad, no más que la voluntad que podía tener de ver una rata escabulléndose por el pasillo. La información le entraba como le entraba el sonido por las orejas. Muchas veces, cuando Eddie estaba a punto de golpearla, lo presentía y se cubría antes de que él alzara la mano para lanzarle un puñetazo. Si eso era un don, no veía qué bien le había hecho. Cuando Eddie iba a golpearla, la golpeaba igual. A lo mejor tenía un instante para levantar un brazo y cubrirse la cara, pero si la derribaba a golpes le dolía igual. Sus moretones eran igual de dolorosos y humillantes. Sus lágrimas eran igual de amargas.

Saber que Eddie había estado con otra mujer no había hecho que él la amara, no le había devuelto a su piel ese fuerte toque picante que lo había atraído durante un tiempo, no había hecho que él quisiera llevarla en brazos a la cama. Solo significaba que ya no tendría el consuelo que sentía en las pocas ocasiones en que él la trataba con dulzura, solo porque quería algo de ella. Leer el menosprecio que sentía por ella había transformado el amor en ácido en sus venas. Había conseguido que su matrimonio durase un poco menos de lo que podría haber durado.

Le habría venido bien algo de la resignación de su madre. Cuando luchaba contra su duro y amargo destino, parecía

que solo era para acabar más golpeada, más humillada, y para quedarse más pronto sola –después de que Eddie saliera por la puerta–, sola con su hija Angelina y sin hombre, sin trabajo, sin dinero, embarazada del bebé que tuvo que abortar. Era tarde para un aborto, estaba de más de tres meses, y había sido muy duro. Cuando el médico le dijo que era un niño, tuvo una amarga sensación de victoria. De hecho, había ido al bar donde solía ir Eddie, había entrado con decisión y se lo había dicho. Entonces él la había golpeado por última vez.

Persona captadora, así la había llamado el *cholo*. Lo despectivo de la palabra la crispaba, y dejaba en su mente una huella de orgullo herido, como el rastro de una babosa. Como los negros llamándose mutuamente *nigger*. Le enfadaban los aires de Luciente, su hermoso acento con ese tono agudo de voz. «Por “su” lenguaje, me refería al tiempo de ustedes, tu cultura...». ¿Qué tramaba? ¿Qué esperaba sacar de ella? Si lo que quería era su cheque de la asistencia social, con un golpe en la cabeza le bastaba. Estaba asustada. Había conseguido que borrara a Dolly de su mente, haciéndole sentir envidia por las penas de Dolly, antes de verse en este misterio que seguramente escondía una maldad normal y corriente, como una cucaracha debajo de un plato.

Receptiva. Como pasiva. Consuelo la mexicana sumisa, vestida de negro con los ojos abatidos, la que nunca hablaba si no le dirigían la palabra. Su madre arrodillándose frente a

la virgen negra. No era que su madre, Mariana, hubiera vivido como una campesina. Mariana había crecido en un pueblo cerca de Namiquipa, Los Calcinados, y había emigrado con su familia a Texas para trabajar en el campo. En El Paso, Mariana había conocido al padre de Connie, Jesús, y había parido a los tres primeros hijos que sobrevivieron: Luis, el primero y el más importante; luego Connie; después su hermano Joe, su favorito, que murió justo después de salir de la prisión de California, el más cercano a ella en edad y temperamento. Y en derrotas.

Cuando Connie tenía siete años se mudaron a Chicago, donde llegaron Teresa e Inez, y el último hijo varón, nacido muerto. El bebé casi arrastra a Mariana con él. Mariana no se recuperó nunca. En el hospital le quitaron el útero. Más adelante eso se transformó en una maldición que Jesús le echaba en cara: ya no era una mujer. Una carcasa vacía.

Agotada, se arrastró escalones arriba en Lexington con la 110. *PASAJES SEGUROS* podía leerse en la ondeante marquesina. Era un sueño. Bajó la mirada y se vio con un maltrecho abrigo verde. Estaba esterilizada, ella también. Le habían sacado el útero en el Metropolitan después de que llegara sangrando por el aborto y las palizas de Eddie. Le habían hecho una histerectomía completa, innecesaria, porque los residentes querían practicar. Nunca más tendría que temer un vientre hinchado; nunca más tendría la esperanza de un bebé. Una rabia inútil la atravesó como una granizada, y giró la cara sin mirar, siguiendo un aroma

agradable. *Cuchifritos, jugos tropicales, frituras.* Cruzó Lexington a la altura del local anunciado como COBRO DE CHEQUES, VALES DE COMIDA, FACTURAS DE SERVICIOS, donde cobraba sus cheques de la asistencia social. Oficina de correos de Hell Gate.

Sentía las rodillas como chicles, le dolían las lumbares. Un viento procedente del East River le golpeaba la cara. El oscuro ferrocarril, como murallas de una ciudad antigua, los coches corriendo por túneles subterráneos. El hogar era al menos un refugio, como el de un ratón en su agujero. Meterse dentro y derrumbarse. Sin embargo, ahí tampoco estaba a salvo de Luciente, igual que en su apartamento de Chicago no había estado a salvo de El Muro, a quien le bastó chantajear al portero para conseguir las llaves. «He vivido en tres ciudades», pensó mientras giraba hacia la Calle 111 con sus tres líneas rectas, que ahora veía desde abajo. Unos niños jugaban en la calle: Escuela Primaria 101; las madres iban a buscar a sus pequeños a la guardería de la iglesia con forma dentada que estaba frente a ella, la Metodista Española. Tambores por todas partes. Era primavera, aunque apenas podía creerlo; retumbaba el sonido de la salsa tanto como el estruendo del tráfico: el latido rugiente del gueto.

Se recordó a los quince años en la cocina del apartamento sin pasillo del Near West Side, en Chicago, apoyada con firmeza en el fregadero, vestida con vaqueros y un suéter

rosa fluorescente. Podía recordarse a los quince y todo era igual, solo que más ruidoso, más preciso.

–¡No voy a crecer como usted, *Mamá!* Para sufrir y servir. ¡Nunca vivir mi propia vida! ¡No lo haré!

–Harás lo que hacen las mujeres. Pagarás la deuda con tu familia de sangre. Y ojalá ames a tus hijos tanto como los amo yo.

–¡Usted no quiere a las chicas igual que a los chicos! Todo es para Luis, y para mí, nada; siempre ha sido así.

–¡No me alces la voz! Se lo diré a tu padre. Hablas como las hijas esas de los mafiosos.

–Soy buena estudiante. Voy a ir a la universidad. ¡Ya verá!

–¡Los libros te están poniendo enferma! ¿La universidad? Ni siquiera Luis puede.

–¡Pero yo sí! Conseguiré una beca. No me quedaré tirada y enterrada en la rutina de la familia, ¡la familia, la familia! ¡Estoy harta de esa palabra, *Mamá!* Nada más en la vida que tener bebés y cocinar y cuidar la casa. *Mamacita*, créame; *óigame*, *Mamá*, ¡yo la amo! Pero yo voy a viajar. ¡Voy a ser alguien!

–Para una mujer no hay nada que ver más que problemas. Ojalá nunca me hubiera ido de Los Calcinados. –Mariana

cerró los ojos y Connie pensó que estallaría en lágrimas. Pero solo suspiró—. He visto cientos y cientos de kilómetros de un país extraño lleno de gente extraña y violenta. Ojalá nunca hubiera llegado a ver la carretera que salía del pueblo en que nací.

De su madre había heredado la apariencia maya de la cara, la barbilla pequeña, la nariz sensual, los ojos almendrados. Esa cara que había viajado lejos, siempre en tercera clase. Sabía que la familia de su madre era originaria de Campeche, cerca de Xbonil. Los problemas los habían empujado hacia el norte, y más al norte, y al norte una vez más, generación tras generación arrastrándose rumbo al norte hacia el frío, hacia el cautiverio; los *desmadrados*: separados demasiado pronto de la madre, o hijos de madres que no podían criarlos. Su propia madre había muerto cuando Connie tenía veinte años, el año de su primer aborto. Año sangriento. A los quince, a los diecisiete, le había gritado a su madre como si el rol de la mujer mexicana que nunca se sentaba con la familia, que comía después como una sirvienta, lo hubiera inventado ella. Había enumerado a gritos cuánto mejor sería su vida, hasta que vino su padre y le hizo sentir la fuerza de sus puños. Sí, igual que las profesoras a las que tanto admiraba en la secundaria, ella no se casaría hasta que fuera vieja, incluso hasta los veinticinco. Como la señora Polcari, solo tendría dos hijos y los tendría siempre aseados como niños de anuncio. Esas bellas habitaciones, esos hombres de apariencia limpia que llevaban trajes, esos preciosos bebés

higiénicos, nada que ver con Teresa o Inez cuando le tocaba cambiarlas y limpiar la comida que habían desparramado.

Sin embargo, recién ahora entendía, subiendo las escaleras de entrada de su casa, cuánto había deseado la aprobación de su madre. Su consuelo. Había querido que Mariana la acompañara en su búsqueda de conocimiento y de una forma de vida mejor. Nunca había recibido mucho amor maternal, había crecido con hambre de maternidad. Ser amada como lo era Luis. Solo la niña más pequeña, Inez, había tenido algo así. Después de que le hubieran robado el útero, Mariana había prodigado su afecto a la más pequeña.

Entonces, ¿quién era la tonta en verdad? ¿Ella a los quince años llena de planes y de fuego, o la mujer de treinta y siete que había abandonado toda posibilidad de hacer planes? La desesperación la había manchado con una estela sombría y le había arrebatado todos sus planes y sus ideales de manual.

En el buzón encontró una carta de Teresa, casada, cuatro hijos, que vivía en Chicago, unos cuantos kilómetros al oeste del apartamento de su infancia. Teresa vivía cerca del antiguo aeropuerto de Midway, en una casa pequeña de una calle con casas como cajas idénticas. ¡Que Connie se burlara era una absurdidad! ¿Acaso ella no vivía en una chabola maloliente? Teresa le decía, con sus grandes letras todas del mismo tamaño: «El pequeño Joey está enfermo con un resfriado y dolor de garganta otra vez, el pobre. Parece que

es una detrás de otra. Odio verlo tan enfermo. Laura también lo tuvo pero no tan grave, es grande para su edad y bien fuerte. El doctor dice que a lo mejor le tienen que sacar las amígdalas. Espero que no, no solo por el gasto, aunque es carísimo, sino por lo doloroso que es. Que los niños tengan que ir al hospital. He estado yendo a misa siempre que he podido, salvo muchas veces que no puedo salir de casa por los niños. No quiero tener que llevar a Joey al hospital y dejarlo ahí.

»El cumpleaños de Marilyn es el 28 de abril, sé que te acuerdas. Lo que más le gusta son las muñecas con el pelo de verdad, de ese que puedes lavar y peinar...».

Connie dejó la carta sobre la mesa de la cocina. A ver, ¿qué pensaba Teresa que podía hacer ella? No podía conseguir dinero para ningún tipo de regalo. No había tenido dinero para un regalo de cumpleaños ni de Navidad desde que los habían arrestado a Claud y a ella, hacía casi cuatro años. Teresa se había casado joven, en la secundaria, y no había trabajado nunca. Su marido conducía un autobús. A Connie le gustaba recordar a sus sobrinas y sobrinos, y cuando trabajaba solía enviarles regalos dos veces al año, a los dos, y llevaba juguetes y ropas bonitas a las distintas familias de Luis, todas convenientemente afincadas en el área metropolitana de Nueva York. La esposa número uno –Carmel, de Puerto Rico– estaba en el Bronx. La número dos –Shirley, la italiana– estaba en Staten Island. La número tres –Adele, la blanca, anglo y protestante– estaba con Luis en

Bound Brook, Nueva Jersey. Ojeó el resto de la carta en busca de catástrofes y decidió leerla detenidamente más tarde. Le urgía volver a salir, cansada como estaba. Si se acostaba se deprimiría aún más. Encendió la luz de la cocina. La tarde se volvía densa en las calles ruidosas.

En el refrigerador encontró frijoles pintos con salsa de chile; aún podían comerse. A los frijoles recalentados les añadiría un par de huevos fritos. Estaba cansada de los huevos, tenía hambre de carne. ¡Cómo le gustaría hundir los dientes en una chuleta de cerdo! La boca se le hizo agua con una vana esperanza. Encendió el pequeño televisor en blanco y negro que se pasaba el día cargando de la habitación a la cocina. Las noticias. Escuchó a medias; lo había puesto con el volumen bajo. El aparato le hacía compañía, era una voz humana, o casi humana. Solía dejarlo encendido incluso cuando cocinaba o leía. Era su familia, le dijo una vez con ironía a la señora Polcari, que la había mirado desconcertada.

Removió los frijoles lentamente mientras esperaba a que hirviera el aceite de la sartén para echar los huevos. No tenía ninguna prisa. ¿Por qué iba a tenerla? Abajo en la calle la tarde zumbaba al ritmo de tambores agudos y graves, una marejada creciente de trapicheos de sexo y drogas, el esfuerzo de jóvenes y no tan jóvenes por apuntarse un tanto, por chingar. A fuego lento, con leves burbujas elevándose en el aire denso, el sexo y el tráfico animaban El Barrio. En miles de encuentros –accidentales, accidentales a

propósito, clandestinos, citas y cortejos— los hombres recogían a las mujeres en las esquinas, los portales, los apartamentos familiares, las parejas bajaban escaleras deterioradas hombro con hombro, iban a restaurantes y al cine y a los bares y a bailar. Mujeres que sin dinero hacían milagros frente a espejos borrosos, arrugando la frente en un gesto de concentración, mientras esperaban la llegada de los hombres. Parejas que se subían a coches y se lanzaban hacia la noche. Parejas que compraban costillas asadas y *chicharrones*, que llevaban cervezas y cajas de comida chino-cubana escaleras arriba rumbo a sus habitaciones. Hombres que se encontraban con sus traficantes y sus narcos, o no los encontraban y se convertían en cenizas. En las terrazas se soltaban palomas que revoloteaban en círculos, como pañuelos limpios volando entre las chimeneas donde los críos se excitaban y se chutaban y paquetes y dinero pasaban de mano en mano.

Esa energía de las calles la acariciaba con una electricidad estática. Anhelaba dirigirse hacia alguien. Deseaba tener alguien a quien poder visitar, alguien con quien encontrarse, alguien que viniera a verla; ansiaba ser tocada y abrazada. ¡Hacía tanto! Quizás nunca más.

¿Para qué vivía? Los frijoles se estaban pegando al fondo de la cazuela; bajó el fuego y los removió. ¿Para proteger a Dolly? ¿Podía proteger a Dolly, en verdad? ¿Por la fantasía de recuperar a su hija algún día? Que ya no la reconocería. Esta es la mujer de quien el tribunal creyó conveniente

separarte, tu madre mala, loca y criminal. Cuánto había llorado Angelina. Tan pequeña, tan delgada, y tantas lágrimas. Tantas lágrimas.

«Soy demasiado orgullosa para suicidarme. Demasiado orgullosa para ver cómo me muero de una sobredosis», dijo en voz alta. Subió el volumen de Walter Cronkite y se sentó a cenar con él. No es que él fuera a cenar con ella por voluntad propia, pero encajado en su televisor con su cara pública ocupando la pantalla, no tenía otra elección. «¿Un poco de Chile, Walter?». Extendió un tenedor con los dientes doblados. ¡Ojalá! Si al menos tuviera un vaso de vino tinto. Hasta una cerveza sabría bien y difuminaría los bordes afilados, pero solo tenía Coca Cola de marca blanca, y más bien poca. Hubo una época en que compraba el *New York Times* cada noche, cuando trabajaba como secretaria (secretaria-amante digamos) del profesor Silvester de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, un corto período de tiempo –como sus casi dos años en el instituto de estudios superiores– en que había sido feliz. Había conseguido el trabajo al poco tiempo de llegar a Nueva York desde Chicago. Le encantaba ser secretaria (deberíamos decir, secretaria-amante-chica de los recados-lavandera-criada-asistente de investigación) del profesor Everett Silvester. Era civilizado. Si cerraba los ojos en el punto exacto, era casi donde quería estar.

«De hecho, me recuerdas al profesor Everett Silvester», le dijo a Eric Severeid, y quitó el volumen. Eric ponía caras de

pescado en la tele y ella sonrió mientras rebañaba los huevos y los restos de frijoles con una costra de pan. Eric había estado hablando pestes de los sindicatos, diciendo que eran unos avariciosos. A Everett Silvester le gustaba echar pestes del mundo, a una cosa por vez. Una pelea se colaba por la pared desde el apartamento de al lado, una pelea en español sobre un tema de dinero. Volvió a subir el volumen a pesar de que ahora salía la publicidad de una compañía petrolera en donde se veía un océano repleto de peces cantarines. Finalmente extendió su *Daily News* y le echó una ojeada.

UNA JOVEN DISPARA A UN MÉDICO

EN UNA DISPUTA AMOROSA EN L.A.

Sonrió, apoyando la pequeña barbilla en la mano. Se vio a sí misma entrando decidida en el apartamento de Everett en Riverside Drive y sacando una de esas pistolas baratas de una andrajosa bolsa de la compra. *Ay Mamá*, cómo se asustaría; se cagaría en los pantalones de terror. ¿Le pedirían los periodistas que se sentara sobre la mesa mostrando las piernas? Sería sórdido pero bastante satisfactorio meterle unas cuantas balas, a su antojo y con meticulosidad económica, al profesor Everett Silvester del Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, a quien le encantaba tener una secretaria hispanoparlante, es decir, una nueva cada año, a la que echaba cuando se iba de vacaciones de verano. Él las

llamaba a todas *Chiquita*, como la marca de bananas. Desde entonces le habían pasado por encima tantos años que tal vez el profesor Silvester no la reconocería, la confundiría con alguna otra secretaria latina sexi de algún otro año. La rabia de los débiles no desaparece jamás, profesor, solo le sale algo de moho. Enmohece como un hermoso queso azul en la oscuridad, volviéndose más fuerte y más interesante. Los pobres y los débiles mueren con su rabia intacta y probablemente esas rabias continúan creciendo en la oscuridad de la tumba como las uñas y el pelo.

Ay, tendría que estar pensando en Dolly. Dolly tenía que dejar a Geraldo; ¿y qué haría para ganar dinero? Intentar sacarle dinero a Luis era como exprimir jugo de naranja de un sujetapapeles... Dolly y ella vivirían juntas. Este lugar les quedaría pequeño, pero alejaría a Dolly de Geraldo y después podrían buscar un apartamento juntas. Dinero. ¿Cómo conseguir dinero? Volvería a despertarse en una casa con niños. Ayudaría a Dolly durante el embarazo y cocinaría y limpiaría y le frotaría la espalda. Pero ¿confiaría Dolly en ella? Dejar a tus pequeños con una maltratadora, ¡qué vergüenza! Así la haría sentir Luis. Carmel sacudiría el pelo de un lado al otro con altivez, un poco celosa, un poco aliviada. Carmel trabajaba en un salón de belleza y siempre llevaba el pelo de algún nuevo color fluorescente, con unos rizos que parecían las virutas de colores que adornaban las cestas de Pascua, pero se pasaba diez horas al día de pie en medio de chorros de aire caliente, tardes incluidas, solo para

ir tirando. Muy poco era lo que sacaba de Luis, a quien había amado de verdad pero nunca había conseguido que se casara con ella legalmente. Había sido su pareja de hecho, un casamiento consensuado que toda la familia había considerado un matrimonio perfecto hasta que los abogados de la familia de Shirley demostraron que no había existido nunca.

Una vez, cuando Connie tenía diez años, su padre, Jesús, les había traído cestas de Pascua, pequeñas canastas de la tienda de cinco centavos llenas de celofán triturado y grajeas púrpuras y un conejo de chocolate envuelto en aluminio. Esta noche le vendría bien algo dulce, un conejo de chocolate, incluso unas grajeas púrpuras. Encendió su cigarrillo de después de cenar e hizo *zapping* por todos los canales. Nada. Tosiendo desde lo más profundo de su pecho, pasó las páginas arrugadas del periódico, buscando algo que le llamase la atención.

Se sentía tan sola, tan consciente de estar sola este viernes a la noche con la primavera colándose entre los edificios, que cuando se hubo fumado el cigarrillo hasta el filtro, apoyó la cara sobre el codo doblado y cerró los ojos. Olor a tinta de periódico. Le había pedido que pensara en él. A saber qué quería... Matarla, y entonces todo se habría acabado por fin. Cerró los ojos y trató de no pensar en nada mientras ante ella pasaban restos de aquel día como fogonazos de luz. La cara de Dolly frunciendo el ceño con preocupación. Después vio aquella cara india. No le importó.

Pasiva. Receptiva. Aquí estaba, abandonándose otra vez a la voluntad más fuerte de un hombre más. Dejándose utilizar, esta vez ni siquiera por algo tan simple como sexo, comida o consuelo, sino por algo turbio. Algo que solo podía ser malo. A pesar de todo, se vio a sí misma concentrándose en esa cara, esperando.

Quizás una vida puede estar tan hecha jirones que hasta el desastre te hace señas para que te acerques; solo que esta vez lucía un rostro distinto a la habitual mueca agorera. «Ven, pues, Luciente. ¿Ves?, esta vez puedes venir sin que esté dormida o colocada». Había encontrado una nueva forma de estar loca. Después de todo, ya no tenía una niña pequeña a la que castigar por ser su hija.

Aun así, dio un respingo cuando una mano intentó darle un golpecito en el hombro.

–Gracias, Connie. Mucho más fácil así.

–¿Más fácil para qué? ¿Para robarme? ¿Para matarme?

–Se levantó, echándose el pelo hacia atrás.

Luciente cogió la silla donde siempre se sentaba la señora Polcari.

–Por favor, me avergüenzas. No entiendo qué hago para asustarte. Dime cómo hacer para que sientas menos... ansiedad.

–¿Cómo? Pues muy fácil. ¿Qué quieres? ¿Cómo entras aquí?

–Obviamente esto de poner un mantel sobre el compost no está haciendo ningún bien. Intenta creerme. Lo digo sabiendo que no lo harás. –Luciente rio como un niño, enseñando una hilera de sólidos dientes de marfil–. No soy de tu tiempo.

–Claro, eres de Marte y viniste en un gran platillo verde. Lo leí en el *Enquirer*.

–¡No, no! Soy de Mattapoissett, un pueblo de Massachusetts. Solo que vivo allí en 2137.

Connie se rio por la nariz. Se tiró el cabello hacia atrás.

–Y viniste hasta mí volando en tu máquina del tiempo.

–¡Sabía que pasaría esto!

Luciente se encogió de hombros y alzó los brazos con desesperación. Esta noche llevaba un anillo con una piedra azul con el que jugaba dándole vueltas y vueltas al hablar.

–En realidad... no estoy aquí.

–¿No me digas?

–Tú y yo ¡estamos en contacto! No estás alucinando. Si alguien más puede verme, eso no lo sé. Francamente, este...

contacto es experimental. Es incluso, cachái, potencialmente peligroso; para ti y para mí, quiero decir. Por favor, no te asustes otra vez. Estás más contenta cuando te pones sarcástica.

–A ver si lo entiendo. Eres del futuro y has escogido visitarme a mí, naturalmente, en lugar de al presidente de Estados Unidos, porque soy una persona importantísima y maravillosa.

–Cierto que no hubiéramos escogido a esa persona por motivos políticos, según entiendo la historia de tu tiempo. ¿Alguien que toma decisiones en un sistema jerárquico? ¿El *Establishment*, lo llaman? Eso ya lo sé, a pesar de que no soy estudiante de su historia. En realidad me dedico a la genética de las plantas.

–¡Coloración de células! –Connie le señaló las manos. En su primer año del instituto de estudios superiores había tomado un curso de biología.

–Estoy trabajando en una cepa de calabacines resistente a una mutación de un tipo de barrenador que puede penetrar tallos bastante resistentes cultivados hace quince años.

–¿Tienes título universitario? –Quizás no la golpease ni le robase y se limitase solo a una esclavitud refinada, como el profesor Silvester.

–¿Qué es eso?

Se miraron mutuamente en una confusión compartida.

–Donde se va a estudiar. Para obtener un grado –espetó Connie.

–¿Un grado de temperatura? No... como sociedad jerárquica, ¿tienen ustedes grados de rangos? ¿Como lores y condes? –Luciente parecía abatido–. Lo de estudiar, lo entiendo. Yo, cabalmente, ¡estudié con Rosa de Ítaca! –Hizo una pausa esperando algún elogio, después se encogió de hombros, un tanto alicaído–. Obviamente ese nombre no significa nada para ti.

–Vale, ¿adónde vas a estudiar? A la universidad. ¿Y qué te dan si consigues terminar? Un título de grado. –Connie encendió un cigarrillo.

Luciente se puso de pie de un salto y retrocedió:

–¡Eso sé lo que es! Te lo imploro, apágalo. Es venenoso, ¿no lo sabes?

Ella lo miró boquiabierta. Parecía aterrorizado, como si sostuviera una bomba; estaba tan asustado que su mano buscaba a tientas detrás de la espalda el picaporte de la puerta. Desconcertada, apagó el cigarrillo; una vez que desapareció el humo, él se aproximó cautelosamente a la mesa agitando las manos descontroladamente.

–Estudiamos con cualquier persona que pueda enseñarnos. Empezamos a aprender en nuestra aldea, naturalmente. Pero después del nombramiento vamos adonde sea necesario para aprender, aunque solo si no se sobrepasa la cantidad de personas que pueda asumir quien enseña. Esperé dos años hasta que Rosa me aceptó. Adónde vas depende de lo que quieras estudiar. Por ejemplo, si me atrajera el cultivo oceánico habría ido a la isla de Gardiners o a Woods Hole. A pesar de que vivo cerca del mar, soy una persona más de plantas de tierra. –Luciente se dio con las manos en las mejillas–. ¡Parloteando sobre mí! Distráigo. Debe haber algún lugar por donde empezar; quizá pueda descubrirlo, aunque sea por accidente. Bueno, al menos ya no me temes.

–Entonces, ¿quieres cola? ¿O un café quizás? Vino no tengo. Cerveza tampoco. A menos que los refrescos también te asusten...

–Nada, gracias. Comí antes de venir. –Esbozó una amplia y tímida sonrisa, tocándole la mano–. Además, confieso que me da miedo comer aquí. ¿Verdad que no son ciertos esos cuentos de terror de nuestra historia? Que la comida de ustedes estaba llena de químicos venenosos, nitritos, residuos hormonales, DDT, hidrocarburos, benzoato sódico; que comían comida saturada de conservantes...

–¡Algunas personas, como yo cuando tengo algo de dinero, cocinamos muy bien! Yo te cocinaría un plato que te morirías de ganas de repetir.

–No tenía intención de herir tus sentimientos, Connie. No tengo duda de que muchos de los relatos que escuchamos son burdas exageraciones. Como la idea de que ustedes –no me refiero a ti, particularmente– tiran la mierda en el agua potable.

–¡Nunca escuché semejante tontería! –Connie se puso de pie con impaciencia y abrió el grifo del fregadero–. Esto es agua potable. –Luego lo arrastró del brazo y lo condujo por el pasillo. Luciente permaneció inmóvil con aprensión hasta que ella dijo–: No hay nadie.

Entonces él se escabulló nerviosamente tras ella mientras ella abría la puerta y le enseñaba el lavabo. Ojalá estuviera más limpio. Le dio un poco de vergüenza. El resto de la gente que lo usaba no lo limpiaba nunca, y ella maldecía mientras limpiaba por todos ellos una vez a la semana. Tiró de la cadena del lavabo como demostración.

–¿Ves? Cae y se lo lleva todo.

Siguiéndolo de regreso al apartamento, se mordió los labios con satisfacción mientras cerraba la puerta como hacía siempre: primero la cerradura de tambor, luego el cerrojo de seguridad Fox con la barra de metal que encajaba

en el suelo. ¡Al fin se apuntaba un tanto! Entonces se dio cuenta de que su reacción solo tenía sentido si era tan inocente y tan idiota como para creer en el cuento de hadas de Luciente.

–¡Así que eso es un retrete! –Luciente se rascó la cabeza, haciendo volar sus largos y espesos cabellos negros–. ¡No puedo creerlo! Entonces todo es verdad.

–¿El qué es verdad? El agua sale del grifo del fregadero. Luego usas el retrete y el excremento se va.

–¿Y la basura? ¿Adónde van a parar los desechos de la comida?

–La meto abajo en los contenedores. Créeme, alguna gente de por aquí la tira desde la ventana. Pero ¿por qué vivir rodeado de tu propia basura? Sería capaz de llevarla hasta el centro y ponerla en el ayuntamiento, para enseñarles a mejorar su sistema de recogida de basuras. En los barrios blancos, ya te digo yo que no se ahogan en su propia basura. En verano, ¡cómo huele! Allí en los departamentos de los blancos, tienen un portero que recoge la basura en el pasillo. O si no, tienen un montacargas, que es un pequeño ascensor, y la basura baja hasta el sótano, y ahí el portero la recoge.

–¿Portero es el nombre de la tarea? ¿La persona que hace el trabajo de devolver la basura a la tierra?

-La mete en contenedores que hay en la calle y el ayuntamiento viene y se la lleva.

-¿Y qué hace el ayuntamiento con ella?

-La quema.

-¡Todo es verdad! -Gritó Luciente atónito. En un tono más bajo, añadió-: A veces sospecho que nuestra historia está infectada de propaganda. Muchas personas de mi generación y más aún de la de Liebre sospechan que la Era de la Avaricia y el Desperdicio está... burdamente exagerada. Pero, ¡quemar el compost! ¡Tirar la mierda en el agua que beberán otros seres corriente abajo! ¡Es el agua en la que han de vivir los peces! ¡En ríos cuyos estuarios y ciénagas son eslabones de toda la cadena alimenticia del litoral! ¡Ya verás cuando les cuente a Abeja y Liebre! Nadie me creerá. Esto demuestra que puedes ser lo bastante inteligente como para ver el escalón intermedio y caerte de cabeza de un salto.

-Muy bien, sabelotodo. ¿Qué hacen ustedes con su mierda y su basura? ¿La mandan a la luna?

-La mandamos a la tierra. Hacemos compost de todo lo compostable. Reutilizamos el resto.

Connie frunció el ceño. Estaba intentando engañarla.

-¿Hablas de... excusados?

–¿Excusados? ¿Te refieres a estar exento? –Luciente puso cara de desesperación–. Se supone que no tenemos que bombardearlos con tecnología, pero esto es más de lo que puedo lucidar. –Levantó su reloj pulsera al oído para ver si funcionaba, moviendo los labios.

–Quiero decir como en lo de mi *Tío* Manuel en Texas, por ejemplo. Eran demasiado pobres como para tener tuberías. Tenían una letrina. Con moscas zumbando encima. Te sentabas sobre una tabla con un agujero y caía al suelo.

–Esa es la idea de un modo muy primitivo; quiero decir, rudimentario. Por supuesto que ahora –me refiero a nuestro tiempo– el compost se hace de manera centralizada, por grupos de viviendas, y, una vez que es seguro, se utiliza para cultivar.

–¿Intentas decirme que vienes del futuro? Mira, en cincuenta años se tomará la comida en píldoras ¡y ya nadie cagará!

–Eso se intentó al final de tu siglo: comida petroquímica. Tremendo desastre. Piensa cómo sufría la gente en tu tiempo al cambiar a una dieta con exceso de refinados: cáncer en el colon.

Connie soltó una risita.

–Pones una cara tan seria cuando hablas de comida y mierda que me recuerdas a Shirley, la segunda esposa de mi hermano Luis. Es fan de Adelle Davis.

Luciente negó con la cabeza con tristeza, los expresivos ojos oscuros humedecidos por la melancolía.

–Se me lució para esto, pero la mitad de veces no encuentro la puerta para entender lo que dices. –Se peinó los gruesos cabellos hacia atrás con los dedos–. Trabajé un semestre con otras nueve personas que eran emisoras expertas. Cierto que somos un plato variado. Hay una persona que cría pavos, una que ensaya con embriones, una buceadora de vivero acuático, una coordinadora de vuelo, una ritualista, una mentalista, una telemetrista, una cultivadora de escudos y una que estudia ballenas azules. La persona más joven tiene dieciocho y la mayor sesenta y dos. Desde la Bahía James hasta Poughkeepsie, toda nuestra región. Nos llaman el Proyecto Manhattan: es una broma basada en un grupo que...

–Sé lo que hizo el Proyecto Manhattan –dijo Connie con fría dignidad–. ¿Qué es lo que andan intentando hacer volar por los aires? ¿Todo?

–Es una chanza, sabes, porque ese fue un punto de inflexión en el que la tecnología se volvió una amenaza en sí misma... Porque somos una movilización de autoconocimientos... ¿mentales? Somos quienes viajamos

en el tiempo por primera vez, cierto, ¡aunque en realidad no es que esté viajando a ningún lugar!

–Como el pájaro que vuela en círculos cada vez más pequeños hasta que se mete en su propio culo.

–Tenemos esa chanza también. –Luciente sonrió radiante–. No debemos enfriarnos mutuamente. Si eres paciente a pesar de que avance dando tumbos, tendremos éxito en intervernos y comprendernos. Alía –la persona que estudia las ballenas azules– me contó que después de pasar meses con ellas, solo puede autoconocer las emociones o los mensajes más simples. Esas largas óperas épicas que constituyen su principal pasatiempo siguen siendo un código cifrado para per. Después de una generación entera comunicando con el pueblo Yif no transmitimos más que código digital. Consideramos al pueblo Yif como suprarracional, un mundo de gente matemática; y quizás es también así como nos visionan... En fin, si tú y yo chupamos paciencia, ¿podemos fracasar y no aclarar nuestro contacto? Solo hemos estado con esto unas pocas semanas, y mira qué claro y sólido estamos hablando. ¡Si lo trabajamos, oiremos cada vez mejor!

–¡Trabajarlo! –Connie rio entre dientes, recordando al profesor Everett Silvester en la cama, trabajando en el sexo. El cuerpo de Connie era un problema que él iba a resolver. El profesor hablaba siempre en términos de

aprobar/suspender-. ¡Estás loco! ¿Lo sabes, no? Como si yo no lo estuviera también...

-¿«Loco»? No, en realidad nunca fui capaz. Liebre enloqueció a los trece y otra vez a los quince...

-Pero ¿quién es Liebre?

-Con Liebre somos compas de miel. También con Abeja. Liebre y Abeja también son famis... ¿de mi familia? Si trabajamos en esto, espero que te conozcan pronto. Aunque te rías de mí por hablar así de ello. Mi trabajo es terciopelo para mí. Y esto también me fascina. -Luciente le cogió las manos y se las apretó.

-¡El segundo mejor puesto para las ballenas azules y los Yif, sean quienes sean!

-No para mí, de verdad -le aseguró Luciente, afirmando vigorosamente con la cabeza-. Te veo como un ser con muchas llagas, heridas, rabia sin descargar, pero una buena persona y abierta a la gente de par en par.

-¡Ja! ¿Sabes que soy una perdedora por partida doble?
-Connie se liberó las manos de un tirón.

-Enciclopedia: define perdedora por partida doble.

Esta vez vio que lo que ella había tomado por un reloj de muñeca no era solo eso, o no lo era en absoluto. Luciente no

lo levantaba hacia el oído para escuchar si funcionaba, sino porque la cosa hablaba en un tono apenas audible.

–¿Qué es eso?

–Mi cóner. ¿Conexión informática? En realidad también es una computadora, mi apéndice de memoria personal. No sigo muy bien lo que dices, pero yo cabalmente he hecho cosas de las que me arrepiento. Cosas que han hecho daño a otros seres. He estropeado experimentos...

–¡En estropear cosas soy experta!

Alguien aporreó la puerta. Luciente se puso de pie de un salto, mirando rápidamente alrededor.

–¿Quién es? –gritó Connie.

–¡Soy yo, Dolly! ¡Déjame entrar! ¡Rápido!

Luciente le dio un beso en la mejilla antes de que ella pudiera esquivarlo y salió a grandes pasos de la habitación, diciéndole apresuradamente por encima de su hombro delicado:

–¡Hasta pronto! Raspa cuando estés libre.

Se quedó de pie un momento para recomponerse. Dolly aporreaba la puerta y gritaba. Era un momento curioso para presentarse en casa de Connie, un viernes a la noche,

cuando ella siempre tenía que trabajar. Mientras abría el cerrojo de seguridad, Connie sintió cómo se evaporaba la presencia de Luciente. Sacudió la cabeza como un perro saliendo del agua. Una vez Eddie había estado colocado durante veinticuatro horas después de fumarse una hierba impresionante...

Dolly entró como una exhalación por delante de ella, chorreando sangre de la boca partida.

TRES

Connie estaba encerrada en aislamiento, sentada en el suelo con las rodillas recogidas junto al pecho cerca del radiador con fugas, saliendo lentamente de una ingente dosis de drogas. El cuerpo débil, diluido, inútil; aún sentía náuseas, le dolía la cabeza, tenía los ojos y la garganta como papel de lija, la lengua hinchada en la boca seca. Al menos ahora podía pensar. Ya no sentía el cerebro como un bulto aplastado en la base del cráneo, y el lento, helado peso del tiempo empezaba a avanzar poco a poco.

Ya sus labios estaban partidos, la piel agrietada por los tranquilizantes, las entrañas como piedras, las manos temblorosas. Pero había dejado de toser. Los sedantes parecían suprimir la tos crónica que le hacía escupir flema sanguinolenta. La llegada había sido tan dura, tan lúgubre. La primera vez aquí, había tenido pánico al resto de

pacientes: violentos, locos, animales fuera de control. Había aprendido. Era al personal a quien tenía que vigilar. Pero la desesperación de estar encerrada aquí otra vez había vuelto a hervir en su interior hacía dos mañanas, cuando los pacientes de su pabellón se habían puesto en cola para recibir su dosis de Thorazine líquido, y ella se había negado. Las pastillas podía tirarlas por el retrete, pero no podía librarse del líquido, y eso era una tortura. Había luchado ciegamente hasta que le metieron una inyección que la derrumbó.

Dejarse llevar así había hecho que la machacaran más duramente. Todavía estaba en aislamiento, después de que le inyectaran una dosis cuatro veces más fuerte que la dosis contra la que había luchado. El cautiverio se expandía frente a ella, una sala sin puertas ni ventanas, bostezando bajo la tenue luz de unas bombillas. Seguramente moriría aquí. Su corazón iría latiendo cada vez más lentamente hasta detenerse, como un reloj sin cuerda. Al pensar eso, el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. Observó la sala, vacía salvo por el colchón y unas manchas extrañas, nombres, fechas, palabras garabateadas de cualquier manera en la pared con sangre, uñas, trozos de lápices, mierda... ¿Cómo había llegado a este lugar tan desesperado?

Con la cabeza recostada contra la pared, pensó que esta vez sería peor: la última vez había creído estar enferma, se había revolcado en autocomplacencia y autodesprecio como en un manantial de aguas sulfurosas, despellejándose viva.

Todos esos expertos sentados en línea frente a ella, un jurado vestido de blanco médico y negro judicial: trabajadores sociales, asistentes sociales, consejeros escolares, psiquiatras, médicos, enfermeras, psicólogos clínicos, oficiales de la condicional..., todas esas caras frías y astutas la habían atrapado y atado entre sus redes de jerga adornada con diminutos anzuelos punzantes que le habían atravesado la carne y habían vertido en ella un lento veneno debilitador. Estaba marcada con los estigmas sangrantes de la vergüenza. Había querido cooperar, ponerse bien. A pesar de lo mal que se sentía, se tiraba en un rincón y gemía y gemía, derribada por la culpa; eso también era parte de estar enferma: demostraba que era una enferma más que una mala persona. Rezar cien Padrenuestros. Decir que entiendes lo enferma que estás y que quieres aprender a superarlo. Que quieres dejar de portarte mal. Hablar en el grupo de terapia de los martes (pero no demasiado y nunca sobre el personal ni sobre lo abominable que es este lugar) y ofrecerte voluntaria para limpiar a los pacientes incontinentes.

–Como madre, sus acciones son vergonzosas y descontroladas –había amenazado la trabajadora social, enfadada y aburrida a la vez.

Angelina estaba sentada en una silla de oficina con las piernas colgando sin tocar el suelo mientras chupaba un lápiz del escritorio de la trabajadora social. Connie quería quitarle el lápiz. Intoxicación por plomo: ¡nunca chupes

lápices! Pero no se atrevía a tocar a su hija delante de la burócrata de Protección de Menores. Angelina ya lo había chupado y obviamente quería seguir; tener algo para chupar era un gran acontecimiento para ella. Esta tarde la enviarían a un centro de protección de menores mientras Connie esperaba una «resolución del caso». Su caso había sido resuelto, de acuerdo. «Abuso intencional con daños en la persona o la salud de un menor de edad», habían dicho, pero también habían dicho que ella no era responsable de sus actos. No dejaban de repetir lo hermosa que era Angelina, y Connie sospechaba que en parte demostraban su sorpresa por que su hija tuviera la piel tan clara.

–No será difícil colocarla, aunque tenga cuatro años –escuchó que decía la trabajadora social a un oficial de la condicional–. No parece... quiero decir, podría ser cualquier cosa.

Eso era en lo que la gente blanca se fijaba con su niña, pero Angelina se parecía a ella, sin duda: la anchura de su sensual nariz aguileña maya, la boca pequeña, ahora enfadada mientras hacía pucheros, el mentón delicado, los ojos negros como almendras brillantes. De hecho, lo que Connie veía cuando miraba a su hija era una pequeña dosis de sí misma. Ella misma encogiéndose de miedo en una silla, gimoteando. Ella intentando proyectar su diminuta barbilla hacia adelante y soltando un gruñido rabioso como si fuera un mono: «¡Lo haré, lo haré, lo haré, yo también lo haré!». Ella empezando de nuevo una vez más con las mismas

probabilidades que antes de llevarse unas cuantas patadas en los dientes.

Después de que Claud muriera de hepatitis en Clinton, lo había llorado en un frenesí de sedantes y alcohol que la había dejado demacrada, zambulléndose en el olvido y deseando estar muerta. Se había quedado sentada en una silla durante semanas, dejando que Angelina llorara y chillara hasta dormirse, hambrienta y muerta de miedo. Connie se había desgarrado con las uñas, con pastillas, con botellas, con falta de comida y con todos los venenos posibles menos el suicidio explícito, hasta que tuvo una pesadilla y una tarde se despertó temblando de sudor tirada en el sofá, justo bajo la ventana de la calle Norfolk, con las luces azules del techo de un patrullero.

Soñó que Claud renacía: que su dolor por el duelo lo había arrastrado fuera de la tumba y había conducido su alma sin descanso hasta el cuerpo de un bebé. Incluso ahora, al salir de su madre yonqui, sacaban a Claud al mundo ya adicto, y allí estaba esperándolo la olla mal colocada al borde de la cocina que lo dejaría ciego y sellaría su rostro para siempre a la luz del mundo. Reformatorios, jurados, condenas inferiores a seis años para niños con delitos federales, esas despreciables sentencias indeterminadas de entre sesenta días y seis años, todas esas instituciones que lo penalizarían por ser negro y ciego y sobrevivir. Todo el desprecio y los garfios del mundo lo estaban esperando para arrancarle su dulce carne a pedazos. Mientras Claud se embutía en el

cuerpo inquieto del bebé, mientras lo forzaban al interior del pequeño cuerpo y del terror indecible, la maldecía.

Se despertó fría de sudor en el sofá, con dolor de espalda, y lo primero que escuchó fue el llanto de Angelina. Angelina estaba de pie a unos tres metros de distancia, en la única habitación del apartamento, chillando y golpeando la pared con rabia, dando patadas a la mesa de metal. Connie, colocada y con resaca, se arrastró fuera de la cama y se dio cuenta de que tener un bebé era un delito, que quizás esos bastardos que la habían esterilizado para practicar, por diversión, tenían razón. Que ella se había parido a sí misma una y otra vez, y que era un delito nacer pobre tanto como lo era nacer morena. Había hecho que una nueva mujer creciera donde ella había crecido, y eso era un delito. Entonces se levantó del sofá dando tumbos y vio que Angie, al dar patadas a la mesa, a la pared (cada golpe como un martillazo en su cabeza dolorida) les había hecho un agujero a los zapatos, baratos y gastados. Eran los únicos zapatos que tenía, ¿dónde demonios iba Connie a conseguir otro par? Angie no podía ir sin zapatos. En ese momento, vio frente a ella el intrincado laberinto de conversaciones con su trabajadora social, las explicaciones, los ruegos y formularios en triplicado y cuadruplicado, los viajes a la oficina de la asistencia social para esperar todo el día, primero en el frío de fuera y luego dentro, haciendo cola por siempre jamás, todo por un miserable par de zapatos

baratos que reemplazarían al miserable par de zapatos baratos que Angie acababa de destrozar.

–¡Niña de mierda! –gritó, y la golpeó. Golpeó demasiado fuerte. Fue a parar al otro lado de la habitación y se estampó contra la puerta. El brazo de Angie golpeó contra el pesado cerrojo de metal y se fracturó la muñeca. Ese momento duró un segundo. Las consecuencias perdurarían hasta que exhalara su último aliento.

Mientras se sentaba despatarrada contra la pared de la lúgubre celda de aislamiento, las lágrimas le caían sobre el regazo, empapando el vestido amarillo, desteñido de tantos lavados. Lágrimas por la muerte de Claud, lágrimas porque Angelina había sido adoptada por una familia blanca de los suburbios donde crecería como su preciosa y exótica hija. ¿Recordando qué?

¿Por qué la había traicionado Dolly? Bueno, ¿por qué ella había traicionado a su propia hija? Se había deshecho de Angelina ante el dolor de haber perdido a Claud. Debería haberla amado mejor, pero para amar tienes que amarte tú, eso lo sabía ahora, especialmente para amar a una hija en la que te ves a ti misma renacida. Despatarrada contra la pared, cogiéndose las rodillas, intentó concentrarse en el dolor de la vieja herida que nunca había acabado de curarse, bloquear el recuerdo.

Entonces tuvo esa sensación de que alguien se aproximaba, como si alguien estuviera de pie detrás de ella deseando aparecer, esa presencia rozando su conciencia. La sensación fue al mismo tiempo una molestia y un alivio. Se pasó la manga por la nariz, a falta de otra cosa, con una mueca de asco ante su aspecto desaliñado. Odiaba tanto estar sucia... Se sentía horrible; hinchada por las drogas; la piel muerta, ajada; los labios secos, partidos; los cabellos sin vida, sucios y opacos por un sudor febril. Tenía la garganta inflamada y el dolor de cervicales era constante.

¿Vanidad ante una alucinación? Si podía imaginárselo a él con tanta claridad, ¿por qué no podía imaginarse a sí misma limpia y hermosa? Al menos, una alucinación en condiciones le haría algo de compañía, así que cerró los ojos, se recostó contra la pared y dejó que la presencia la llenara. Estuvo así durante unos diez minutos, la cabeza reclinada hacia atrás y los ojos bien cerrados.

–¡Connie, al fin! ¡Cierto que han pasado como tres semanas!

–Esta es la primera vez que soy yo misma desde la primera noche.

–¿Somos responsables de que estés aquí?

Tardó en abrir los ojos.

–No.

–¿Cierto? ¿No estás decorando el asunto?

Connie le describió brevemente la noche de su internación. Cuando abrió los ojos vio a Luciente consultando el reloj que susurraba.

–Se me está haciendo difícil comprender –dijo Luciente con su nervioso tono de voz–. También podría ser Yif. Tu fami tiene compa de miel que abusa de per y que... ¿vendió a tu hermana?

–Su chulo, Geraldo. Y es mi sobrina, no mi hermana. ¡Geraldo es un cerdo! No quería que ella tuviera a su hijo.

Luciente parecía profundamente avergonzado. Se pasaba la mano por la boca mientras se balanceaba de cadera en cadera, acucillado frente a ella.

–Mmm... Sé que ustedes comían un montón de carne. Pero ¿era algo común alimentarse de personas? ¿O se trata de esclavitud, que pensaba ya había sido eliminada en tu tiempo?

La urgencia por llorar aún le quemaba los ojos.

–A veces no tenemos otra cosa de la que alimentarnos que de las otras personas y nuestro dolor... ¿A qué viene lo de la carne?

–Pero ¿cómo es que este Geraldo vende la carne de per y también la de los cerdos?

–¡Ella se prostituye! –Ante su absoluta incomprensión, ella resopló y dijo con dureza–: Puta. Ramera. Prostituta.

Luciente se puso a jugar con otra vez con el dispositivo que llevaba en la muñeca hasta que Connie estiró el brazo para que parara. Tenía huesos pequeños, apenas un poco más pesados que los de ella.

–¿A quién le hablas con esa cosa?

–¿Mi cónner? Se conecta con una enciclopedia, una computadora de conocimiento. También con almacenaje y transporte. Puede servir como altavoz–localizador. –El rostro de Luciente cambió de repente. Sonrió–. ¡Oh! Tiene que ver con el sexo. ¿Prostitución? ¡Leí sobre esto y también vi una obra de teatro sobre una persona que vendía su cuerpo para alimentar a su familia!

–Supongo que en tu lugar nadie se vende, ¿no? Como dicen que pasa en la China roja.

–No compramos ni vendemos nada.

–Pero la gente se va a la cama, imagino, ¿no? –Connie se puso de pie, abrazándose el pecho mientras echaba sus cabellos ajados hacia atrás–. Supongo que como estás vivo y

te dieron a luz, todavía hacen la cosita, ¿no?, cuando no están demasiado ocupados con sus computadoras...

–Dos afirmaciones no se cumplen. –Luciente le regaló una amplia sonrisa–. Cierto que nos acoplamos. No por dinero, ni por un trabajo. Por amor, por placer, por aliviarnos, por costumbre, por curiosidad y por lujuria. Igual que ustedes, ¿no?

Como un rayo de sol en su celda, él parecía tan humano, ahí en cuclillas, que se escuchó a sí misma preguntándole medio cohibida:

–¿Te gustan las mujeres?

–¿«Todas» las mujeres? –Luciente la miró con el ceño ligeramente fruncido por la confusión–. ¡Ah!... ¿para el acoplamiento? En verdad, el enganche más intenso de mi vida fue con una mujer llamada Diana: el fuego que me templó, como dice Liebre en un poema. Pero era una atadura, sabes, nos obsesionamos. Malo para crecer. Nos recortamos mutuamente. Aunque aún amo a Diana y a veces nos juntamos. En general me han gustado más varones.

–Lo imaginaba.

¿Por qué eso la entristecía? Él no había demostrado ningún signo de interés sexual, salvo por todas esas palmaditas y las cogidas de manos. Pero ¿no debería satisfacerla algo que era producto de su imaginación? Quizás el estar loca se

construía siempre sobre el autodesprecio y, por tanto, ella imaginaba, naturalmente, a un marica.

–Estás muy sola aquí, y acabo de ponerte triste. De verdad, no sigo fórmulas rígidas y me gustas. –Luciente le cogió las manos entre sus palmas cálidas, secas, callosas–. ¿Qué es este lugar? Parece como si estuvieras encerrada. He visto holos sobre las prisiones y campos de concentración de tu tiempo. ¿Es este uno de esos lugares?

–No, preferiría estar en la cárcel. A no ser que estés por tiempo indefinido, al menos sabes cuándo vas a salir. Pueden retenerme aquí hasta que salga con los pies por delante. Es un cubo de basura para locos: un hospital psiquiátrico.

Luciente consultó su muñeca.

–¡Ah! ¡Un manicomio! Los tenemos. –Miró a su alrededor–. Pero parece... horrible. Es bajoneante.

–¿Los de ustedes son sofisticados?

–Abiertos al aire y agradables, cierto. Aunque nunca estuve en uno.

–¡Súper! –Ella retiró las manos.

–Pero Liebre sí, justo antes de que nos uniéramos, y hace ya tres años que somos compas de miel. Abeja y yo somos

amantes desde hace doce años, ¿no es raro? No marchitarse durante tanto tiempo. Y Diana enloquece cada dos años. Tiene visiones. Su tierra tiembla. Se viene abajo. Emerge y se pone a trabajar otra vez con una pasión encauzada... Pero tengo que decir que, en verdad, a mí no me pareces loca. Sé que yo nunca me vine abajo, tengo, mmm, los pies planos... soy demasiado de tierra, así que está más allá de mi experiencia. Abeja dice que soy la persona menos receptiva de nuestra base, y persona tiene que gritarme al oído para comunicarse... No es mi intención fisgonear ni hacer acusaciones, pero ¿de verdad estás loca?

–Aquí dicen que creer que no estás enferma es un síntoma de enfermedad.

–¿Estás enferma?

–Enferma. Loca.

–No usamos esas palabras con el mismo significado. –Luciente inclinó la cabeza a un lado–. ¿No será que estás aparentando? De verdad, nunca me vine abajo, pero he estado muy cerca de Diana cuando persona estaba muy metida dentro de sí y... tú pareces demasiado coherente. Quizás estás cansada, ¿incapaz de hacer frente a las cosas durante un tiempo? Es algo que a veces también nos pasa.

–Yo creo que no me pasa nada, aparte de verte a ti: ese es el mayor síntoma de locura en que puedo pensar.

–No, yo estoy en contacto contigo, realmente. –Luciente echó un vistazo a la habitación con el ceño fruncido–. Este lugar me bajonea. ¿Quieres ir a dar un paseo?

–La puerta está cerrada. ¿O es que tienes la llave?

–No un paseo aquí o ahora. Querría invitarte a mi hogar para una pequeña visita, digamos ¿de una hora?

–¿Te refieres de la forma en que vienes aquí?

–¿No te gustaría visitar mi aldea?

–Me gustaría ver cualquier cosa que no fuera estas cuatro paredes inmundas, créeme. Pero ¿podré volver? –Lanzó una carcajada–. ¡Y qué me importa! ¡Mejor quedarme atrapada en cualquier lugar antes que pudrirme aquí dentro!

–Desafortunadamente, no puedes quedar atrapada en mi tiempo. Cualquier falta de atención rompería el contacto. –Luciente se incorporó con gracia y le tendió la mano para que la agarrara–. Como he comentado ya, la aparición no es una presencia física, pero es... como si lo fuera. Ahora veremos si funciona este truco. Tengo que confesarte que no tengo ni la más mínima idea de si puedo realmente meterte en nuestro tiempo. Pero lo peor que puede pasar es que abramos los ojos y aún estemos en esta habitación anodina. ¡Solo apta para almacenar maquinaria!

–Deberías probarla durante veinticuatro horas. Al final acaba contigo.

–Entonces, ¿por qué has venido aquí? Parece inapropiado.

–No vine andando, puedes estar seguro. Fui arrastrada aquí a gritos. Mi hermano Luis me encerró.

–Nuestros manicomios son lugares donde la gente se retira cuando necesita caer en su interior: desmoronarse, seguir adelante, tener visiones, escuchar voces proféticas, darse contra la pared, revivir la infancia..., entrar en contacto con el ser enterrado y la mente interior. No hay nadie que no pierda partes de sí, o que no tome decisiones que acaben mal... ¿Cómo puede otra persona decidir por mí si ha llegado el momento de desintegrarme, de volver a integrar mi ser?

–Aquí te meten si tu familia u otra gente no te quiere cerca, en resumen. –Finalmente estiró la mano y dejó que Luciente la ayudara a ponerse en pie.

–La primera vez se supone que es la peor, pero francamente, somos los primeros contactos en intentarlo. Sea como sea, esa es la teoría, si te sirve. Ahora viene la práctica, SASA.

–¿Sasa? ¿Es el nombre de alguien?

–SASA: Sinsentido Adentro Sinsentido Afuera: ese es el lema en cada cóner. Significa que tu teoría no es mejor que

tu práctica, ni tu cuerpo mejor que tu nutrición. Tu enciclopedia solo produce la información y desinformación con que la han alimentado. Y así. –Luciente la atrajo delicadamente hacia él y la sostuvo entre sus brazos hasta que sus frentes se tocaron–. Se supone que eres una captadora excelente y que yo puedo emitir una señal muy potente... Como dice la gente, con teoría y un clavo, ¿el clavo ya lo tienes?

Presionada contra Luciente a regañadientes, nerviosa, sintió el tacto áspero de la tela de su camisa y... ¡pechos! Dio un salto hacia atrás.

–¡Eres una mujer! No, una de esas operaciones de cambio de sexo.

–Si te pones a saltar, nunca lo conseguiremos... Por supuesto que soy hembra. –Luciente pareció disgustarse.

Miró fijamente a Luciente. Ahora podía empezar a verlo/verla como mujer. Mejillas suaves y lampiñas, gruesos cabellos negros hasta los hombros, y la misma cara amable con rasgos indios. Connie dijo con una pizca de sarcasmo:

–Eres bien musculosa para ser una mujer.

Rabiosa, giró sobre sus talones y se alejó unos pasos. Una tortillera, por supuesto. Aquel bar en Chicago adonde iban las tortilleras chicanas a jugar al billar y maldecir como hombres, haciendo comentarios sobre las mujeres que

pasaban. Aunque nunca la habían hecho sentirse amenazada como lo haría un grupo de hombres: después de todo, debajo de la ropa no eran más que mujeres, igual que ella.

–No tengo una fuerza fuera de lo común. –Luciente tenía el rostro arrugado por la confusión. Mantenía las manos extendidas hacia Connie con intención de atraerla hacia sí–. Estoy en la media. Hacemos más trabajo físico que la mayoría de la gente de tu tiempo, creo. Es más sano, además de que ustedes peña se pasaban el tiempo quemando todos esos combustibles fósiles... Pareces sorprenderte de que sea hembra.

Connie se sentía como una idiota, y decidió no contestar. En cambio, se dirigió lentamente hacia la puerta cerrada con su mirilla y luego hacia el radiador. Luciente habló, se movía con ese aire de autoridad fresco y desenvuelto que Connie asociaba a los hombres. Luciente se sentó, ocupando más espacio del que abarcaría una mujer. Se sentaba en cuclillas, se despatarraba, caminaba a zancadas, sin pensar nunca cómo exponía su cuerpo. Era muy difícil andar con dignidad en el diminuto espacio que quedaba entre la pared y el colchón lleno de manchas. Connie ya no le tenía ni una pizca de miedo a Luciente.

–Por favor. –Luciente se le acercó y con sumo cuidado colocó un brazo alrededor de los hombros de Connie–. No entiendo qué es lo que pasa. Intentémoslo. Ni siquiera

hemos llevado a cabo nuestro experimento. ¿De verdad quieres quedarte aquí todo el día? ¿No te bajonea?

–Hasta decir basta.

Se puso de pie torpemente y dejó que Luciente la atrajera hacia sí y que apoyara la frente contra la de ella. Muy pocas veces había abrazado a otra mujer con todo su cuerpo, y se le hacía difícil relajarse. Podía sentir cómo se concentraba Luciente, cómo la invadía ese cono de energía. Le recordaba la olvidada intensidad de un hombre que quería... algo (el cuerpo de ella, su tiempo, su consuelo), que se le echaba encima y quería agarrarla y arrojarla debajo de él. Pero estaba agotada, abatida, y se rindió. ¿Qué tenía que perder?

A pesar de que podía sentir en Luciente una impaciencia contenida, la mujer la sostuvo con delicadeza. Una energía orientada a la actividad movía a esta genetista de plantas que, como una diosa de la fertilidad, tenía pechos bajo la tosca tela de su camisa de trabajo roja. Una mujer a la que le gustaba: eso también lo sentía. Una ignorante benevolencia, de contornos difusos, la acarició.

Entonces sintió sal en el aire, olor a marisma. Una brisa onduló el trapo raído que era su vestido, helándole las pantorrillas. Piedras bajo sus pies. El graznido de una gaviota, a la que se sumaba otra volando encima de su cabeza. Luciente aflojó las manos.

–¡Libre hogar! ¿Te quedarás de pie ahí todo el día con los párpados cerrados a cal y canto? ¡Mira!

¿Cohetes, rascacielos hasta la estratosfera, un mundo de gente topo a miles de metros de profundidad, cúpulas de cristal dominando los cielos? Se resistía a ver ese mundo. Voces próximas, lejanas, risas, pájaros, muchos pájaros, el ladrido de un perro a lo lejos. ¿Y eso? ¿Era...? ¡Sí!, un gallo cantando a mediodía... Eso la obligó a abrir los ojos. ¿Un gallo? Miró temerosamente a Luciente, cuyo rostro se abría por completo en una sonrisa triunfal.

–¿Dónde estamos?

–¡Podrías intentar mirar a tu alrededor! Aquí es donde vivo. –Luciente la cogió del brazo y giró rápidamente a su lado–. Esta es nuestra aldea. Unas seiscientas personas.

Lentamente miró a su alrededor. Vio... un río, edificios pequeños y sencillos, extrañas estructuras como pájaros de patas largas con velas impulsadas por el viento, algunos edificios grandes color terracota y amarillo y una bóveda azul, edificios irregulares, ninguno más grande que un supermercado pequeño de los de su época. Los objetos con forma de pájaro eran las cosas más altas que veía a su alrededor y eran apenas más altos que un pino. Un puñado de estructuras toscas de forma extraña y repletas de vides verdes. Ni rascacielos, ni puertos espaciales, ni atascos de tráfico en el cielo.

–¿Estás segura de que fuimos en la dirección correcta?
¿Hacia el futuro?

–¡Este es mi tiempo, sí! Cierto, ¡mira qué bonito es!

–Vives en una aldea, dijiste. Perdida en una zona rural de las afueras. Digo que, si fuéramos a una ciudad, ¿sería más... moderna?

–No tenemos «grandes» ciudades, no funcionaban. Pareces decepcionada, Connie.

–No es como lo imaginaba.

La mayoría de edificios eran pequeños y estaban esparcidos aleatoriamente entre árboles, matorrales y jardines, contruidos con madera reciclada, ladrillos viejos, piedras y bloques de cemento. Muchos estaban profusamente decorados y cubiertos con vides. Vio bicicletas y gente a pie. Había ropa tendida cerca de un gran edificio... ¡Camisas al viento tendidas al sol! A lo lejos, unas vacas pastaban más allá de una bóveda azul, vacas comunes y corrientes de color blanco y negro y blanco y marrón comiendo hierba común y corriente del otro lado de una cerca de piedras. Cultivos intensivos de verduras que empezaban entre las cabañas y se perdían a lo lejos. En un terreno elevado, cerca de ellas, un anciano de piel oscura se afanaba entre unas plantas que parecían espinacas.

–¿Conque pudo cruzar, eh? –dijo el anciano a Luciente.

Luciente le preguntó:

–¿Puedes ver a la persona del pasado?

–Claro. Me hice reajustar la vista el mes pasado.

–¡Pos! –Luciente se giró, dando saltos de emoción–. Hicimos bien en tener cuidado en tu tiempo. Puede que sea visible allí también, ¡y eso podría traer peligro!

–¿Por qué no es peligroso para mí que me vean aquí?

–Todo el mundo sabe por qué estás aquí.

–Todo el mundo menos yo. –Los techos de las chozas (no podía llamarlas de otra forma) eran extraños–. ¿Qué hay en los techos? ¿Una especie de claraboya?

–Contenedores de agua de lluvia y energía solar. Nuestras viviendas están elevadas sobre el suelo por las filtraciones: las capas freáticas están cerca de la superficie. Esto es casi un humedal pero no tanto, así que se puede construir aquí. Te mostraré otras aldeas, diferentes... Supongo que, comparado con tu tiempo, hay menos que ver y oír. Aquella vez que anduve por las calles de Manhattan, ¡pensé que ensordecería! En cierto modo, casi podríamos envidiarte..., ¡aquellos tiempos de tanta abundancia, tanto derroche, tan llenos de cosas!

–No son tan abundantes para mí.

–¿Eres lo que se llama «pobre»?

Connie reaccionó con enfado; pero enseguida hizo un gesto de desdén.

–He tenido mis épocas bajas durante un tiempo. Una racha de momentos difíciles.

Luciente le rodeó la cintura con un brazo y la condujo delicadamente por un sendero. Un pollo altanero, seguido por otro, cruzó pavoneándose el sendero hecho de piedras ensambladas con un diseño de discretos colores naturales. A los lados crecían flores amarillo mostaza. Tulipanes apenas crecidos esparcidos por el suelo como estrellas brillantes.

Percibió el tufo durante un instante antes de verlas.

–¡Cabras! *Jesús y María*, este lugar me recuerda la casa de mi Tío Manuel en Texas. ¡Vaya banda de espaldas mojadas! Cabras, pollos correteando por ahí, un montón de cabañas hechas de trozos de casas de verdad y de la basura de los blancos. ¡Lo único que falta es un par de coches viejos sobre unos ladrillos en el patio! ¿Qué pasó? ¿La gran guerra con bombas atómicas que tanto predecían?

–¡Pero es que nos gusta así! Ay, Connie, ¡pensábamos que a ti también te gustaría! –Luciente parecía triste, su cara hizo un mohín–. Lo cambiaríamos si no nos gustara, cómo no. Siempre estamos cambiándolo todo. Como suelen decir, lo que no está vivo, muere... Me la paso citando homilías.

Liebre dice que mis palabras salen en chispis. –Luciente contempló su mirada de desconcierto–. Los componentes en miniatura para circuitos que vienen empaquetados, ¿sí? Liebre quiere decir que vienen todos en el mismo paquete. –Luciente aún fruncía el ceño con preocupación.

–Entonces, ¿tienen algunas máquinas? ¿No es nada religioso o algo así?

–Cierto, ¡tenemos máquinas! –Luciente le dio unos golpecitos a su cónor. Se la veía más segura en su ambiente–. Cuando veas más, te gustará más.

El brazo que rodeaba a Connie la apretaba afectuosamente mientras caminaban; con el otro brazo, Luciente señalaba, saludaba, gesticulaba y hacía posturas. Hablaba más alto y más rápido.

–Criamos pollos, patos, faisanes, perdices, pavos, gallinas de Guinea, gansos. Cabras, vacas, conejos, tortugas, cerdos. Mattapoissett es famoso por sus tortugas y gansos. Pero nuestra principal fuente de proteínas viene de las plantas. Cada región intenta autoabastecerse.

–¿Auto qué?

–Autoabastecerse. Ser lo más autosuficientes posible en relación con las proteínas.

Luciente se detuvo de pronto y puso con firmeza las dos manos sobre los hombros de Connie.

–Se me acaba de ocurrir, pero acabo de pensar en algo importante. Tienes razón, Connie, somos gente campesina. Todas las personas aquí somos campesinas.

–¿Progresar hacia el pasado? De acuerdo, es mejor vivir en medio de un prado verde que en la calle 111. Pero tanto esfuerzo y tanta lucha para acabar con las mismas ataduras. Atados al hogar en una granja. ¡Otra vez de peones! Otra vez en la misma pila de estiércol con diez pollos y una cabra. Así es cómo se ganaban la vida mis abuelos, ¡una vida pobre y sucia! Me deprime.

–Connie, espera un poco, ten un poco de confianza. Creemos firmemente en nuestros modos de hacer. Déjame que te muestre... ¡no! Deja que nuestro hacer se revele a sí mismo. Deja que la gente se abra y se despliegue... Piénsalo así: había muchas cosas buenas en la vida que llevaban nuestros ancestros en este continente antes de que llegara el hombre blanco con sus conquistas. Mucho se trajo que fue útil. Ha llevado un largo tiempo reunir lo bueno antiguo con lo bueno nuevo en algo más bueno aún... Te estás congelando. Vamos a buscarte una chaqueta. Luego tienes que venir a conocer a mi familia a la hora de comer.

–No voy a encontrarme con un puñado de desconocidos con este vestido asqueroso del manicomio. ¡Ni hablar! Además, no tengo hambre. El Thorazine me quita el apetito.

–Eso podemos trabajarlo más tarde. Quizás podamos enseñarte a controlar los efectos de la droga... Pero en cuanto a la ropa, ven, cogeremos algo y también una chaqueta. Tengo la sensibilidad de la sal de roca, como dicen Abeja y Liebre. Así que ven a mi casa un momento y encontraremos algo.

Luciente la guio a través de un laberinto de senderos y cabañas y pequeños jardines en los que personas, que debían ser mujeres porque llevaban bebés a la espalda, plantaban semillas. Pasaron rápidamente por una hilera de invernaderos y estanques cubiertos, hasta llegar a una cabaña cerca del río donde, alimentándose entre las algas, había patos salvajes mezclados con patos domésticos. Se aproximaron a la colina con los objetos en forma de araña, que debían ser molinos dando vueltas. Volvió a recordar los molinos de las llanuras secas, de los ranchos sin red eléctrica. La cabaña estaba construida con bloques de cemento antiguos, de contornos suaves por la erosión, cubiertos por un gran rosal trepador que comenzaba a mostrar ramilletes rojos de pequeñas hojas arrugadas.

–Lo he cultivado yo. ¡Espera a verlo florecer! Se llama Diana. Grande, robusto, blanco con manchas rojo oscuro y un intenso aroma almizclado, resistente a temperaturas

bajo cero. Es popular en Maine y New Hampshire porque es muy resistente para ser una enredadera. Es un taxón que reconstituí de una *Rosa rugosa* utilizando linaje de Molly Maguires. ¡Ay, cómo me enrolló! ¡Vamos!

La puerta estaba abierta y solo tenía un cerrojo del lado de dentro. Unas ventanas a ambos lados iluminaban la habitación. Los muebles de cerezo y pino parecían macizos: un gran escritorio, una amplia mesa de trabajo y una cama grande sobre la que había una colcha de lana, un poco desarreglada y colgando de una de las esquinas. El suelo era de madera y estaba cubierto por dos alfombras tejidas de colores brillantes, con un diseño de caras asomando como frutas tropicales entre el follaje. Dibujos y pinturas infantiles enganchadas aquí y allá, esquemas y gráficos pegados en las paredes con algún tipo de material. Evidentemente, a Luciente le gustaba el rojo, el dorado y el marrón café.

–¿Aquí viven tres personas?

–¿Tres? No, este es mi espacio.

–Pensé que vivías con dos hombres. Esos Abeja y Liebre de los que siempre estás hablando.

–Somos compas de miel. Algunas personas usan el término «médula» para nombrar las relaciones más íntimas. Otras piensan que esa distinción es mala. Debatimos. Yo, por mi

parte, utilizo médula, porque pienso que significa algo real. Abeja, Liebre, Nutria, son mi médula...

–¡Otro amante!

–No, Nutria es compa de mano, no de almohada. Tenemos una relación íntima desde los dieciséis años. Tenemos una gran cercanía política...

–Pero si no vives con nadie más, ¿el resto con quién vive?

Luciente parecía un poco en *shock*.

–¡Tenemos nuestro propio espacio! ¡Solo los bebés comparten espacio! Ciertamente, he leído que la gente solía vivir amontonada. –Luciente se estremeció–. Connie, un espacio propio. ¿Cómo se puede vivir de otra manera? ¿Cómo meditar, pensar, componer canciones, dormir, estudiar?

–¿Nadie vive con su familia? ¿Y qué pasa con las criaturas? Las madres tienen que vivir con sus hijos.

–Vivimos «entre» la familia. Hoy conocerás a todas las personas de mi familia y de mi médula, salvo a Abeja, que está en turno de defensa hasta el mes que viene. Todo el resto de mis famis andan por aquí, creo... –Luciente abrió una puerta corredera y cogió unos pantalones y una camisa–. Si no te gusta cómo te quedan, coge lo que quieras.

Me han dicho que ustedes tienen tabús sobre el cuerpo... Esperaré afuera mientras te vistes.

Ya sola, Connie se enfundó las ropas rápidamente. Luciente era más alta y tenía los hombros un poco más anchos, pero Connie tenía más anchas las caderas y el trasero, así que al principio no podía cerrar los pantalones. Hasta que encontró un ajuste en las costuras que permitía achicarlos y agrandarlos, hacerlos más cortos o más largos. Una mujer no tendría que dejar de usarlos si engordaba o perdía diez kilos. Bueno, al menos habían inventado algo nuevo en este futuro de puebluchos en el quinto pino. Una vez que se hubo puesto la camisa, observó a su alrededor. Junto al escritorio había una pantalla en la pared. ¿Un televisor? Curiosa, presionó el botón de encendido.

–Buena luz, ¿deseas visual, comunicación o transmisión? Has olvidado activar el botón de solicitud –dijo una voz de mujer. Como Connie se quedó mirándolo, acabó repitiendo exactamente las mismas palabras, y se dio cuenta de que era una grabación.

Presionó T de transmisión, o eso creía. En la pantalla empezaron a aparecer nombres de artículos o charlas, obviamente sobre genética vegetal. A medida que la pantalla lanzaba destellos de títulos incomprensibles, leyó los otros botones. Uno decía PREC, así que lo probó. Apareció una descripción similar a una pequeña reseña bibliográfica y permaneció ahí durante dos minutos.

INTENTOS DE AUMENTAR EL CONTENIDO NUTRICIONAL
EN GRANOS DE INVIERNO (TRITICALE SIBERICA)
TEMPORADA CORTA ADECUADA CULTIVOS NORTEÑOS SIN
PERDER RESISTENCIA A INSECTOS Y AL TIZÓN. RUMBO
PROMETEDOR. INFO CULTIVO COMPLETO. JAMES BAY
CREE, GRUPO PATO NEGRO, 10 PP. 5 DIC. 2 PH.

Sintiéndose observada, apagó el dispositivo con sentimiento de culpa y retrocedió bruscamente. Entonces vio un inmenso gato de pelo largo color melocotón: se había levantado del alféizar de la ventana, una especie de estante construido del lado de dentro que alojaba una hilera de plantas y quizás también al gato cuando tomaba el sol. Se le acercó con pasos largos y aire intencionado, saltó a una silla y la miró de frente, expectante. «¿Miau? ¿Miou?». El gato cerró los ojos, desvió la vista y la volvió a mirar. Repitió el gesto unas cuantas veces, cada vez más despacio, haciendo pausas para atravesarle el rostro con su mirada color ámbar. Connie estaba un poco asustada. ¿Pensaría que era una especie de ratón gigante? ¿Esperaba que le diera de comer? Al final, el gato resopló, saltó de la silla y, de una manera que a Connie le pareció deliberada, dio la vuelta y se dirigió ostentosamente hacia la ventana soleada. Aunque mantuvo las orejas apuntando en su dirección.

Al abrir la puerta de la cabaña, encontró a Luciente agachada como un peón sobre el áspero césped, observando una pequeña mariposa azul oscuro. Le daba la impresión de que podía pasarse todo el día ahí agachada.

Bueno, qué esperaba del futuro, se preguntó Connie. ¿Cielos rosas? ¿Robots desfilando? ¿Gente a control remoto? Supongo que volamos en pedazos y hemos vuelto a la edad oscura y tenemos que empezar desde el principio otra vez. Se detuvo un momento, debilitada por una tristeza que no supo nombrar. Un mundo mejor para los niños: esa había sido siempre la fantasía; que por mal que fueran las cosas, al final mejorarían. Pero si Angelina tenía una hija, y esa hija una hija, este sería el mundo donde nacerían de aquí a cinco generaciones: ¿cuán diferente era en realidad del México rural con sus aldeas polvorientas en medio del desierto?

–Es una Celastrina ladon –dijo Luciente–. Las hormigas las ordeñan.

–¿Tienes niños?

–Menores de doce, cuarenta y nueve en nuestra aldea. Estamos manteniendo una población estable.

–Me refiero a ti: ¿tú tienes hijos?

–¿Yo? Sí, dos veces. Además, soy lo que llaman vinculante, es decir, madro las criaturas de todas las personas. –Cogiéndola del brazo, Luciente la condujo hacia la bóveda azul que había llamado comidero–. Démonos prisa. Te he hecho un volante de visitante, por si conseguíamos llegar. Madro a Aurora. También madré a Neruda, que está esperando para estudiar vivero vertical. Persona empezará

en otoño; me emociona mucho. Natural, ya no madro a Neruda, no desde el nombramiento. Nadie cuando es joven quiere que le hagan de madre. –Mientras tanto, Luciente la hacía andar a buen paso a lo largo del sendero de piedras hacia la translúcida bóveda azul.

Connie esperó para hablar.

–Entonces, ¿qué edad tienen tus hijos?

–Neruda tiene trece. Aurora siete.

Entonces Luciente debía estar al menos en la treintena.

–¿Y quién es el padre? ¿Tu amante Abeja o el otro?

–¿Padre? –Luciente alzó la muñeca, pero Connie la detuvo.

–Papi. Papá. ¿Entiendes? Progenitor masculino.

–¿Cómo? ¡Ah! No, no, ni Abeja ni Liebre. Compas de miel casi nunca son comadres, si no hace falta. Así a las criaturas no les afectan los malentendidos amorosos.

–¿Comadres?

–Ahora conocerás a mis comas; con Aurora estamos Nutria y Lucero.

Entraron a una habitación que ocupaba la mitad de la bóveda y estaba llena de grandes mesas con unas quince

personas cada una, la mayoría vestidas con ropas de trabajo corrientes como las que llevaba Luciente, los niños en versión pequeña. Los pantalones, las camisas, algunos monos o túnicas eran de casi todos los colores que podía nombrar, muchas desteñidas por el lavado y el tiempo, aunque las telas parecían resistentes. Aunque parecían hablar todos a la vez, no había ruido. La escena era mucho más alegre y animada de lo que solía permitir un rancho institucional. Una niña estaba trepando a un banco para contar una historia, gesticulando con ambas manos. Al fondo, un hombre con bigote gimoteaba abiertamente sobre su plato de sopa y a su alrededor todo el mundo le daba palmadas en el hombro y le animaba con grandes aspavientos. La gente discutía acaloradamente, riendo y haciendo bromas, y un niño cantaba en voz muy alta en la mesa más cercana a la puerta. Realmente, esto podría ser el comedor de un manicomio, por cómo la gente se sentaba desnuda con sus emociones brotando a flor de piel, pero aquí había un nivel muy alto de energía. El pulso de la habitación era positivo aunque un poco abrumador. Se sintió como si la zarandeasen. ¿Por qué no era más ruidoso? Algo absorbía el sonido, enmudecía los gritos y el farfullar de las conversaciones, el chirriar de las melodías y las risas, los llamados, el estrépito de cubiertos y platos, el arrastrar de sillas por el suelo, hecho de madera tradicional, normal y corriente, por lo que podía observar. A menos que fuera algún tipo de imitación muy bien hecha. No podía creer la cantidad de cosas que parecían estar hechas de madera.

Algunos paneles del techo de la bóveda eran transparentes y otros translúcidos, aunque desde afuera no había notado la diferencia.

–No hay necesidad de que el interior se vea desde afuera. El comidero tiene que estar bien insonorizado; para que durante las fiestas nocturnas, los festivales, a nadie que no quiera continuar la fiesta le cueste dormir. Los marcos con borde azul se pueden quitar. Hasta aquí llega una brisa del río; cuando hace mucho calor, retiramos los paneles.

Luciente se dirigía a una mesa en la otra punta, en donde todo el mundo, a excepción del niño más pequeño, dejó de comer para observarles mientras se acercaban.

–Por unos paneles se puede ver y por otros no, porque hay a quienes les agrada sentir más cobijo mientras comen y hay quienes, como yo, prefieren verlo todo. El comidero es un hogar para todo el mundo. Un lugar cálido.

Sobre los paneles translúcidos había diseños pintados o impresos (Connie no era capaz de distinguirlo) de una gran variedad de estilos y niveles de competencia, desde sofisticadas pinturas abstractas, paisajes y retratos hasta lo que debían ser dibujos infantiles.

–¿De dónde vienen esos dibujos?

Luciente la miró con sorpresa.

–¿Las paredes? Bueno, de todo el mundo, o de algunas personas. Yo no jugueteo con eso. Soy parte del sesenta por ciento al que no se le da bien. Descubrimos que todas las artes recaen en la población con una proporción de 40/60, da igual si hablas de baile, composición o escultura. La misma curva. Yo, por mi parte, ¡toco los tambores maravillosamente!

¡Como una niña! No podía imaginar a ninguna mujer de la edad que seguramente compartían diciendo en El Barrio o en cualquier otro lugar donde hubiera vivido: «Yo, por mi parte, ¡toco los tambores maravillosamente!». De hecho, eran como niños, todos vestidos con esos monos unisex, sentados en esas grandes mesas de jardín de infantes comiendo grandes platos de comida y bromeando.

–Entiendo que quieras ver el dibujo de tus propios hijos, pero ¿no se harta el resto de gente?

Habían llegado a la mesa a través de un mar de aroma a especias que le había hecho revivir el estómago. Había dos espacios vacíos con unos bonitos platos de cerámica gruesa de colores ocres, vasos de cristal más bien pesados y cubiertos de una sustancia suave que no era ni plata ni acero inoxidable, y quizás ni siquiera metal. Una persona joven –¿esbelto, esbelta?– se levantó de un salto y abrazó a Luciente, luego tendió los brazos a Connie, frenó el gesto y la invitó con una sonrisa radiante.

–¡Conseguiste cruzar! ¡Ya verás cuando todo el mundo se entere!

–Bueno, ya. ¿Nos guardaron almuerzo? Estoy adelgazando por segundos –dijo Luciente, abrazando a su vez a la –¿el?– joven.

Las sentaron en sus sitios sin dejar de darles palmadas. Connie sintió que los nervios la paralizaban. Entre manos y dedos, abrazos y caricias, se toqueteaban constantemente. En cierto modo volvió a recordarle su infancia, cuando todas las emociones parecían encontrar una salida física, cuando tanto el amor como el castigo se manifestaban directamente en la piel.

Grandes fuentes de comida pasaban de mano en mano: un pan de maíz de harina gruesa con una capa de crema pastelera y una cubierta crujiente que parecía de trigo; mantequilla, pero no en barra, sino en una pila de color claro, dulce y cremosa; miel en un jarro abierto, oscura, con un aroma embriagador. La sopa contenía abundantes alubias, zanahorias, unas verduras blanquecinas que no pudo identificar: sabrosa y con un toque de curry. La ensalada estaba hecha de brotes verdes, cebolletas y hierbas, aunque muy condimentada, con muchas hojas incorporadas a un aceite con sabor a nuez y un vinagre que sabía a salvia. Buena comida, buena en el estómago y el paladar. Comida agradable.

Luciente iba diciendo los nombres de todos, aturdiéndola. Nadie parecía tener apellidos.

–¿Ustedes tienen un solo nombre? ¿Y el que viene después?

–¿Al morir? –Barbarrosa, un hombre de ojos azules y barba roja, alzó las cejas mientras la miraba–. Retornamos con el nombre que tengamos en ese momento.

–Apellidos, quiero decir. A ver, mi nombre es Consuelo Ramos. Connie, para abreviar. Consuelo es el nombre que me pusieron al bautizarme, mi primer nombre. Ramos es mi apellido. Cuando nací me llamaba Consuelo Camacho. Ramos es el nombre de mi segundo marido: de ahí que sea Consuelo Camacho Ramos. –No mencionó Álvarez, el apellido de Martin, su primer marido, por simplificar.

Se miraron entre sí. Muchos adultos y niños consultaron los coners de sus muñecas. Finalmente, Luciente dijo:

–No tenemos nada equivalente.

Se sintió bloqueada.

–Entonces supongo que tienen números. Supongo que tienen un solo nombre porque sus nombres reales, sus identificaciones, corresponden al número que les asignaron al nacer.

–¿Por qué tendríamos que tener un número? Podemos distinguirnos fácilmente.

La persona joven alta e intensa la miraba fijamente. Liebre, había dicho Luciente: con lo cual era un hombre. Tenía una mata de rizos castaños, las mangas enrolladas de la camisa de trabajo azul claro dejaban ver en cada uno de sus delgados brazos una gran cantidad de pulseras de plata y turquesas hechas a mano.

–¿Pero y el gobierno? ¿Cómo los identifica?

–Cuando nací, mis madres me llamaron Peonía...

–Peonía suena a nombre de chica.

–No entiendo. Fue el nombre que escogieron para mí. Cuando llegué a la edad del nombramiento, escogí mi propio nombre. No importa cuál fuera. Pero cuando Luciente me trajo de regreso a la tierra después de mis altos vuelos, me convertí en Liebre. Ya ves. Por mis patas largas y mi apetito voraz y mi gran pene y la manera en que voy dando saltos por la pradera de nuestra vida en común. Cuando Luciente y Abeja me hayan reformado lo suficiente, me volveré a cambiar el nombre a Gato al Sol. –Imitó con su cara delgada una imagen perfecta del gato anaranjado de Luciente apretando los ojos–. Pero ¿para qué tener dos nombres a la vez? En nuestra aldea solo tenemos una persona llamada

Liebre. Cuando voy de visita a algún otro lugar, soy Liebre de Mattapoissett.

–¿Se cambian el nombre siempre que quieren?

–Si lo haces muy a menudo, nadie recuerda tu nombre –dijo Barbarrosa solemnemente, con sus modales de director de escuela–. A veces la gente joven lo hace durante los primeros años después del nombramiento.

La persona mayor de piel oscura –¿una mujer? A Connie le confundía no tenerlo claro– a la que habían presentado como Sojourner dejó escapar una risita.

–Se la pasan probando etiquetas nuevas y sofisticadas cada semana hasta que nadie es capaz de llamarles otra cosa que no sea ¡Ey, tú!, o ¡Compa! Así hasta que poco a poco se les pasa.

–De acuerdo, pero tienen esas cosas en las muñecas. En algún lugar hay una gran computadora. ¿Cómo los reconoce?

–Mi propio anexo de memoria está en mi cónor –dijo Luciente. Transportando la enciclopedia, solo tienes que pedir lo que quieres.

–Pero ¿y qué pasa con la policía? ¿Y con el gobierno? ¿Cómo los localizan si no paran de cambiarse los nombres?

Una vez más, un gran alboroto de confusión y búsquedas en los coners recorrió la mesa, con la mitad de la gente consultando entre sí.

–¡Esto es complicado! –La anciana llamada Sojourner negó con la cabeza–. Lo de gobierno creo que lo cacho. Luciente puede mostrarte gobierno, pero hoy no hay nadie trabajando allí.

–Quizás la próxima vez. Intentaré estudiar sobre esto, pero es muy difícil –se quejó Luciente.

–Tendríamos que estudiar también, para ayudar a Luci –dijo una niña.

–Mientras tanto, ¿quizás podrías preguntar algo más fácil? ¿Dijiste algo sobre las pinturas?

–No importa. Solo que me parecía gracioso que cuelguen lo que hacen los niños. Quiero decir, todo el mundo quiere ver los dibujos de sus hijos, pero a nadie le interesan los de los hijos de los demás.

Un hombre rubio, delgado, Lucero, la miró con perplejidad.

–Pero es que las criaturas son de todo el mundo.

–Siempre estamos cambiando los paneles –dijo Liebre–. Por ejemplo, digamos que yo hago uno y luego me resulta

rancio. Hago otro. O si todo el mundo se cansa de uno, lo conversamos y lo cambiamos. Yo hice aquel gran namelon del río, al este, porque la gente quería.

Luciente dejó el tenedor en la mesa.

–¿Qué pasa, Connie?

–Connie está agotada –dijo Liebre–. Gente extraña, peña haciendo preguntas a la vez, y todo eso manteniendo el contacto. Ustedes se creen que captar no drena la energía.

Luciente la rodeó con el brazo.

–Pareces abatida. Recuerda que esta comida no te alimenta.

–¿Por qué no? –Se sentía entumecida de cansancio y la habitación le daba vueltas–. Noto el sabor.

–Como en un sueño. Experimentas «a través» de mí. Será mejor que regresemos.

–Antes termina tu almuerzo. –Las voces parecieron flotar sobre ella y se le cerraron los párpados.

–Este agotamiento me preocupa. Tengo que enseñarte unos ejercicios...

–Aquí no. No puedo pensar. Demasiada gente.

–¡Vamos! Dame el brazo. Volveremos de visita. Esto es solo una falsa primavera, un principio, como un deshielo en enero. Ahora tienes que regresar.

Se sintió pesada, los pies caminando como si vadease entre arena. Al abrirse camino por entre las mesas, Luciente parecía preocupada. Finalmente, al alcanzar el camino de piedras, Connie balbuceó:

–Ropas. Tengo que cambiarme.

–Tu cuerpo está donde estaba, con la misma ropa. Entiende, no estás realmente aquí. Si me dieran un golpe en la cabeza y cayera inconsciente, digamos en estado delta, volverías instantáneamente a tu tiempo...

Luciente la rodeó en un firme abrazo, con las frentes de ambas tocándose. Estaba demasiado agotada como para hacer otra cosa que no fuera dejarse caer en la concentración de Luciente, como en una corriente de aguas rápidas que se agitaban por debajo de ella. Apareció apoyada en la pared de la celda de aislamiento. Las lágrimas se habían secado en la manga del vestido desteñido. Se acostó enseguida sobre el colchón desnudo manchado de orina y se quedó dormida.

CUATRO

La primavera en el pabellón de violentos solo era más invierno, salvo cuando conseguía engañar apenas las pupilas poniéndose de pie para mirar por la ventana alta, fuertemente enrejada. Los radiadores todavía bombeaban ráfagas de calor al aire, transformado en un caldo fétido gracias al olor a desinfectante y a cuerpos rancios. El dolor y el terror teñían el aire del Pabellón L-6. El dolor volvía plateado el aire; cuando iba cayendo en el sueño de la droga, el dolor salpicaba desde las camas vecinas. Sin embargo, la primavera acabó llegando al Pabellón L un miércoles de abril.

Estaba sentada cerca de la clínica, con la esperanza de hacer algún trabajito para gorrear unos cigarrillos. Al ser una

de las pacientes funcionales, se llevaba bien con el personal auxiliar, excepto con una zorra pelirroja, malvada y racista que trabajaba los fines de semana. Se entendía especialmente bien con una de ellas, doña Fargo. Se le parecía en el color de la piel, la estatura y la edad, pero era negra y libre, tan libre como podía serlo una mujer con su sueldo y seis hijos en casa.

–Me gusta lo de doña –le dijo Fargo con una amplia sonrisa a la que le faltaban dientes–. Porque tengo seis hijos y ningún hombre fijo, y eso me hace quedar mal. Doña me sienta bien.

Fargo le hablaba casi humanamente. Cuando estaba trabajando, Connie solía esperar cerca de la clínica acristalada y a veces Fargo le pedía que barrierá el suelo o que llevara a una mujer al baño o que sujetara a una paciente para darle una inyección o que acompañara a una paciente que estaba recuperándose de un electrochoque. Después le daba unos cigarrillos extra.

Odiaba estar cerca de la sala de electrochoques. Le daba pánico. A algunas pacientes del pabellón L-6 se las llevaban regularmente al electrochoque. Si una mañana no te daban de desayunar, ya sabías lo que te tocaba. Te llevaban en silla de ruedas por el pasillo y te inyectaban algo para dejarte inconsciente y te chutaban cosas que te dejaban los músculos gelatinosos, tanto que se te paraban los pulmones. Te quedabas a un pelo de la muerte. Entrabas en tu muerte.

Luego te metían un voltaje que te destrozaba el cerebro y te dejaba el cuerpo arrasado por las convulsiones. Después te daban oxígeno y te dejaban volver a la vida, a la vida de alguien, revuelta, débil, babeando, de regreso después de haber probado el sabor a muerte chamuscada, con partes de tus recuerdos quemados para siempre. Un poco de daño cerebral para empujarte hacia el buen comportamiento, descarga a descarga. A veces funcionaba. A veces alguna mujer olvidaba lo que tanto la había asustado, aquello que tanto le preocupaba. A veces alguna mujer acababa aterrada de que volvieran a quemarle la cabeza, y volvía a casa con su familia y lavaba los platos y limpiaba la casa. Quizás después, al cabo de un tiempo, recordaría y se rebelaría y entonces la volverían a enviar para hacerle barbacoas en el cerebro. En los pabellones traseros, los zombis se quedaban recostados después de los electrochoques, con el cerebro tan afectado que no recordaban nada, riendo nerviosamente como hacían los pacientes lobotomizados viejos.

Aquel miércoles, Connie esperaba sentada, optimista, pero Fargo estaba muy concentrada chismorreando con otra auxiliar negra. Connie había subido una vez para pedir fuego (la única manera en que los internos podían conseguir una cerilla era mendigándola) y le habían dicho que esperara un minuto, querida; y de eso hacía media hora. Otras cuatro pacientes esperaban con sus pequeñas peticiones. Había aprendido a no acercarse dos veces. Sobre su regazo estaba extendido el periódico del día anterior, regalo de Fargo por

haber limpiado un vómito, pero ya lo había leído entero, incluidos los anuncios legales, los nacimientos y las esquelas. La señora Martínez se le aproximó, primero buscando su mirada y luego bajando los ojos en un gesto que de repente le recordó al gato anaranjado de Luciente. Habían pasado ya varias semanas desde que había estado en contacto con el futuro, aunque casi cada día sentía la presencia de Luciente pidiéndole que la dejara entrar. Aquí, en el pabellón para violentos, tenía miedo de permitir el contacto, porque tenía que ir con sumo cuidado. No estaba nunca sola, ni siquiera en los lavabos sin puertas, nunca libre de vigilancia.

La señora Martínez estaba de pie casi frente a ella, un poco hacia un lado, fijando con anhelo la vista en el periódico; le dirigió una mirada suplicante y enseguida miró para otro lado. Hacía meses que la señora Martínez no hablaba. El personal auxiliar la trataba como a un mueble. Muchos de los insociables tenían su propia forma de hablar sin palabras con cualquiera que estuviera dispuesto, y Connie nunca tenía mucho problema en darse cuenta de lo que quería la señora Martínez. Le dio el periódico.

–Claro, ya lo he leído. Pero me lo devuelves, ¿sí? Para sentarme encima. –Un periódico como ese podía ser una buena almohada y no tenía ninguna intención de abandonarlo.

La señora Martínez sonrió, se lo agradeció a Connie con la mirada y, con sumo cuidado, como si estuviera sosteniendo

un bebé, se llevó el periódico a un rincón para leerlo atentamente. Connie decidió no sacar ojo de encima a Martínez y asegurarse de que nadie le quitara el periódico a la fuerza. A Martínez ya la habrían transferido hacía mucho tiempo a un pabellón de pacientes crónicos para dejar que se pudriera ahí, pero su marido trabajaba en la oficina del fiscal del distrito y venía a verla los últimos domingos de cada mes con sus hijos, a los que nunca dejaban entrar, a pesar de que ella se quedaba de pie al otro lado de la ventana y lloraba y lloraba y extendía las manos hacia ellos. Él se la llevaba durante las vacaciones, pero siempre, después de uno o dos meses, la traía de vuelta.

Connie estaba observando cómo Martínez pasaba las páginas lentamente, cuando frente a ella pasaron dos camilleros con una mujer esposada a una camilla rugiendo en protestas ahogadas. Estaba completamente cubierta por una sábana y solo se le veía el pelo, largos cabellos caoba con coágulos de sangre fresca. Su voz se alzaba por debajo de la sábana, elevándose como un águila furiosa batiendo sus alas color caoba.

–¡Sibila! –gritó Connie y se incorporó a medias. Enseguida se calló. No revelar nada. Vio cómo la metían en aislamiento a la fuerza y escuchó el golpe cuando la estamparon contra la pared. Su cuerpo alto y huesudo chasquearía las vértebras, corcovearía con rabia hasta que la dosis empezara a hacer efecto y ya no se pudieran mover.

Sentada en silencio, Connie juntó las manos sobre su regazo. Sibila estaba aquí. La invadió una lenta calidez. Aquí se había sentido sola, ya que a muy pocas mujeres del pabellón L-6 les quedaba algo de energía para relacionarse, en su angustia de lidiar con mami, papi, la muerte y la materia prima del miedo. Ojalá los camilleros no hubieran golpeado demasiado duro a su amiga y ojalá Sibila se tranquilizara y saliera pronto de aislamiento. Tenía que intentar enviar un mensaje a Sibila desde el otro lado de la puerta cerrada. Las pacientes no tenían permitido comunicarse con las que estaban en las celdas de aislamiento.

Se habían conocido la última vez que había estado aquí, y en la extraña infancia crepuscular del asilo, con sus avances y sus degradaciones, sus privilegios y sus castigos, su aire triste y monótono de escuela primaria, las habían confinado dos veces en el mismo pabellón el tiempo suficiente para hacerse amigas. Cada paciente se elevaba y caía entre los sombríos círculos del infierno ganando y perdiendo privilegios, sufriendo confinamiento en los pabellones para violentos, obligadas a soportar electrochoques, archivadas entre los cánceres vivientes de los pabellones de crónicos, recompensadas con estatus de convalecencia, recibiendo permiso para realizar tareas domésticas no remuneradas y asistir a clases de danzaterapia; pero en dos ocasiones Connie y Sibila se habían sentado a descansar en el mismo

escalón y habían hablado durante horas y horas con el corazón en la mano.

Aquí la única virtud que contaba era la paciencia. «Los pacientes sobreviven gracias a la paciencia», imaginó que bordaba en un pequeño dechado, al estilo del «*Dios bendiga nuestro hogar*». Una semana entera se le estuvo carcomiendo el alma hasta que soltaron a Sibila de aislamiento.

Esa mañana se sentó lejos de la clínica en busca de privacidad. Cuando entró Sibila, alta y demacrada, Connie solo la saludó con la mirada. De nada servía suponer demasiado ni imponerse. A veces los locos se trataban entre ellos con delicada cortesía. No quería inmiscuirse en una desesperada batalla interna o en un bucle mental. Sibila le devolvió la mirada, recorrió toda la extensión del pabellón en un acto precavido de reconocimiento y dejó caer su largo cuerpo a su lado.

–¡Hola, vieja amiga! ¿Cuándo volvemos a juntarnos, cuando relampaguee, cuando truene o cuando llueva?

–A mí me parece un buen día, Sibila, ahora que vuelvo a verte.

–Digo que somos dos brujas. ¡Imagínate lo que podríamos hacer con un aquelarre entero!

Sibila estaba convencida de que era una bruja, que podía curar con hierbas y proferir hechizos de magia negra y blanca. La última vez habían tenido una discusión sobre esos términos. Connie le había dicho a Sibila que decir que la magia negra era para lo malo y la blanca para lo bueno era racista. Al final, Sibila había accedido a llamarlas magia roja, a la de la venganza de sangre, y verde, a la de la sanación y el crecimiento. Se preguntaba si Sibila lo recordaba, o si había regresado a los viejos términos.

–¿Cuánto tiempo llevas dentro esta vez? ¿Lo sabes?
–preguntó.

–Acabo de llegar. Estaba hechizando a un juez. –Sibila extendió las manos, elegantes y huesudas, con las marcas blancas de los anillos que siempre le quitaban mientras ella protestaba hecha una furia–. Me los quitan porque sienten el poder que tienen. Ahora están en un microondas, los están bombardeando con rayos para destruir su poder. Cuando los recupero, me lleva semanas recuperar su potencia. –Con delicadeza, Sibila tocó un bucle del pelo de Connie–. ¿Acabas de llegar?

Sonrió a Sibila y empezó a contarle su historia.

–Esta vez no hice nada de lo que me avergüence, aunque, igual que tú hechizando jueces, quizás no fue muy inteligente pelearme.

Su relato las acompañó en la cola para la cena y mientras cenaban lo que, según Sibila, era estofado de sapo, durante la cola de la medicación de antes de acostarse y en el espacio de tiempo muerto hasta que se apagaron las luces.

–Mañana es tu turno de ponerme al día.

–Uy, eso llevará al menos una semana –prometió Sibila.

Sibila era su mejor amiga mujer a excepción de Dolly, que era familia carnal, pero como vivía en Albany nunca habían conseguido verse fuera del hospital. Sibila estaba loca, desde luego, pero Connie no tenía ningún problema para hablar con ella. Sí que era cierto que la perseguían por ser una bruja practicante; por contarles a las mujeres cómo curarse y por alentarlas a dejar a sus maridos; por ser esbelta y alocadamente elegante y medir un metro ochenta descalza, con sus pies largos y de empeine alto; por tener una voz fuerte y penetrante y una espalda que no se encorvaba y un mal genio que se erguía en su interior, dando latigazos como la cola de una leona. Sibila no dudaba en agarrarse a puños con quien fuera necesario: tenía la ancha frente cruzada de arriba abajo por una cicatriz que acababa en una marca blanca sobre la ceja izquierda. Había perdido un incisivo y tenía una calva en la cabeza que sabía encontrarse cuando quería enseñarle a Connie el sitio en el que un auxiliar le había arrancado el pelo, la vez anterior a la última vez que la habían ingresado a la fuerza.

¿Por qué le gustaba tanto Sibila? Su corazón entraba en calor cuando veía su largo cuerpo retorciéndose de rabia. Sibila tenía los pómulos altos y las mandíbulas cuadradas, nariz altanera y ojos color pardo oscuro. Afuera lucía un maquillaje estrafalario y se delineaba los ojos de negro, pero dentro no la dejaban acercarse a su preciado kohl. Por encima de todas las cosas, Sibila era una guerrera y luchaba contra quienes la amenazaban, en lugar de odiarse a sí misma. No se rechazaba a sí misma, no se había vendido a ningún hombre. Connie adoraba la manera en que luchaba y no se rendía, ni cedía, ni se dejaba quebrar; al menos no todavía. Lo único que podía ofrecer en este lugar era haber conseguido sobrevivir hasta aquí, hasta ahora.

Hablaban con pasión, sentadas contra la pared una junto a la otra, a veces interrumpiendo el flujo de la conversación durante media hora o una hora entera, a veces hablando entre dientes por las comisuras de la boca como si fueran niñas conversando en la escuela. Demasiado alboroto o un placer demasiado evidente por su mutua compañía acarrearían un castigo. El hospital calificaba a Sibila como lesbiana. En realidad, no tenía vida sexual.

–¿Quién quiere ser un agujero? –le preguntó Sibila–. ¿Quieres ser un simple agujero en el que la gente se restriega o mete cosas? En cuanto al sexo, me recuerda la única vez que me di el lujo de ir al dentista. Ahora bien, cuando lo miras claramente desde fuera, Consuelo, con cierto desapego, te das cuenta perfectamente de lo vacuo

–va–cu–o, lo pronunció, encantada con el sonido de las vocales– vacuo que resulta, y cuánta sordidez conlleva.

–Pero la gente lo hace todo el rato, Sibila. –Se rio–. Algo debe tener, ¿no?

–¡Consuelo! –Sibila pronunció su nombre cuidadosamente haciendo un considerable esfuerzo con su español–. La gente juega al Rummy y a los Corazones y ya sabemos lo soporíferos que son esos pasatiempos. La gente también hace puzles. A las auxiliares les gusta que hagamos puzles; creen que eso significa relacionarse con la realidad, las muy tontas. Todas las que en este momento están en contacto –su palabra clave para cuando las internas estaban receptivas al mundo exterior– han leído cada palabra del periódico ese que tienes debajo. Sé que tú también, hasta las páginas de deportes, ¡aunque no distingues el tenis del fútbol!

–Es verdad, cuando la gente está aburrida... tiene más ganas de sexo. Es como las bromas sobre la larga noche invernal de los esquimales. Cuando no tienes nada que hacer, tú eres tu propio juguete. Y mira cuánto... se tontea por aquí.

–Creo que nos han enseñado a desear sexo cuando nos sentimos infelices o nos falta algo. Pero casi siempre lo que queremos es otra cosa, algo superior.

–Para mí, el sexo es más fuerte de lo que dices –dijo Connie con cierta tristeza–. Aunque creo que muchas veces nos conformamos con sexo cuando lo que queremos es amor. Y que muchas veces queremos amor cuando lo que necesitamos es otra cosa, como un buen trabajo o la oportunidad de volver a la escuela.

–La gente habla demasiado sobre el sexo –dijo la señora Perlmutter, con la mano dentro de la bata para pacientes, tocándose uno de sus senos.

En algunas raras ocasiones, en los días buenos, el hospital mental le recordaba al centro de estudios superiores al que había asistido durante casi dos años antes de que la dejaran preñada. La similitud radicaba en las conversaciones serias, el tiempo libre para discutir sobre Dios, el Sexo, el Estado y la Bondad. Aparte de los estudiantes universitarios, ¿quién en el mundo se la pasa sentado filosofando? Afuera, podían pasar días enteros sin llegar a tener ni una conversación sesuda. Sibila era una persona inteligente, no de la forma en que lo era Claud, que sabía mucho de la calle, sino una persona que pensaba cómo eran las cosas y cómo podrían ser. ¿Quién hablaba con ella cuando estaba fuera?

En el Pabellón L-6 todos los días olían igual, se veían igual, sonaban igual. Las pacientes iban rotando según sus ciclos privados de noche y día, contactando y alejándose, anegadas por las drogas duras. Había dejado de ser la favorita de Fargo, porque pasaba mucho tiempo con Sibila.

Hoy era viernes, un día peligroso, un día de puertas que se abrían y se cerraban.

Un médico vino al Pabellón L-6, un doctor bastante joven, de cabellos claros y ojos celestes inyectados en sangre. Llegó dos horas después de que el médico hubiera hecho la ronda a toda prisa, hablando solo a la enfermera y las auxiliares, mientras las pacientes que ese día estaban en contacto lo iban persiguiendo reclamando su atención, un cambio en la medicación, autorizaciones, privilegios, un cambio de pabellón. Llamándolas perros de caza, las auxiliares se ponían en medio interrumpiéndoles el paso. El médico paliducho le mostraba a Fargo unos papeles y ella y la enfermera repasaban con él los historiales de las pacientes, en cada uno de los cuales había comentarios capaces de mandar a Connie a la sala de electrochoques o colocarla una o dos casillas más cerca de las puertas de entrada.

Hasta las pacientes que no hablaban, las que se suponía que no estaban en contacto, sabían que algo pasaba. La excitación se alzó como un viento caliente y seco y las mujeres empezaron a cotorrear. La señora Martínez se arrastró sigilosamente hacia un rincón y apretó la cara contra la pared. Joan empezó a hablar de aquel modo que el personal llamaba «una ensalada de palabras» sobre su madre y Dios y el FBI.

–Vienen y vienen y no paran de venir. Ráscalo del techo. Chica mala. ¡Mala! Cómetelo para desayunar. Toc, toc, quién

anda ahí. Vertical hacia arriba y táchalo. Doble cruz. Entra y sal. Por todas partes, puf, sucia. Chica sucia. Toc, toc. Es un pájaro sucio. La paloma lo hizo. Mala, mala, ¡te lo comiste otra vez! Todo sale. Toc, toc, toc. Panecillos de cuaresma. Te golpean otra vez. Te golpean el trasero. Caliente, dolorido. ¡Mala otra vez! ¡Mala! –Su voz se alzó en un alarido de furia sin que cambiara la expresión del rostro.

–¿Qué crees que estará buscando el joven inquisidor? ¿Hoy toca cazar brujas con jeringas? –preguntó Sibila entre dientes.

De hecho, tanto el médico como Fargo las miraron fijamente y ellas se callaron. Connie se giró, pero cuando volvió a lanzar una mirada cautelosa hacia la clínica, los dos seguían observándola. ¿Habían estado actuando de forma demasiado íntima? Fargo se acercó rápidamente y levantó a Sibila de un brazo. Sibila intentó zafarse, pero Fargo la sujetó con destreza. Cuando Sibila enloquecía era capaz de soltarse fácilmente hasta que la inyectaban, pero ahora su cautela era más fuerte que su rabia. Se incorporó y se quedó mirando al médico fijamente desde su fina nariz, dejándole claro al instante que le sacaba cinco centímetros.

–¿Te lo pasas bien visitando el zoo? ¿Quieres ser veterinario cuando seas grande? –susurró.

–Esta se pasa un poco –dijo el médico–. No creo que valga.

Fargo soltó a Sibila con eficiencia, apartando las piernas de debajo de ella, y alzó con fuerza a Connie.

–Esta se está portando bien. Colabora un poco. Intenta superarlo. Pero está todo el día con esta bocazas.

–¿Algún brote últimamente?

–No desde que la trajeron a mi pabellón. Era bastante salvaje cuando llegó, pero la enderezamos.

El médico se giró y Fargo soltó a Connie. Floja de pies a cabeza, sintió los huesos como cuerdas mojadas. Se desplomó de rodillas y se cayó bruscamente junto a Sibila. Empezó a hablarle, pero Sibila la hizo callar y se arrastró más cerca del cubículo acristalado, donde el médico y Fargo volvían a inclinarse sobre la carpeta de historiales. Finalmente salieron; la puerta exterior se abrió con el estrépito habitual.

–De acuerdo, laven a esa el lunes a la mañana y llévenla con el doctor Redding... ¡Ah! ¿Habla inglés? Quiero decir, ¿tiene un nivel razonable?

–Claro, no hay problema, doctor Morgan. ¿No se lo hubiera dicho yo desde el primer momento si no fuera capaz de hablar?

–De acuerdo. La laven y la bajan rápidamente, el lunes temprano.

Sibila y ella se miraron en medio de un pabellón que hervía de tensión. Sibila susurró:

–Lo único que alcancé a descifrar fue el nombre de ese médico... Nunca lo había escuchado: doctor Redding esto, doctor Redding aquello... Y la frase: «sujeto apto».

–¡Oh! ¡Oh! –balbuceó Joan. Saltó de la cama y corrió como un rayo para descifrar la expresión de Connie–. ¡Toc, toc! ¡Cuidado! –Joan salió disparada de vuelta a su cama y completó la rutinaria pantomima de encerrarse con la que esperaba sentirse protegida.

–¿Qué crees que me van a hacer el lunes?

Sibila negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

–Les gustas porque eres pequeña. Confían en que podrán zarandearte fácilmente.

Tenía miedo pero estaba alerta. ¿Se trataría de una nueva terapia? No solían sacar a los pacientes del L-6 para la terapia de grupo, la única que había en el hospital. Si fuera para hacerle un electrochoque, no montarían tanto alboroto. Quizás estaban probando alguna droga nueva, como habían hecho con Claud. Otis, el amigo de Claud, decía que en una institución estatal de Willowbrook habían transmitido la hepatitis, la asquerosa enfermedad que había matado a Claud, a un grupo entero de niños. Un médico había inyectado a unos niños que no habían hecho nada

malo salvo haber nacido no muy listos, y recibió una buena recompensa por ello. ¿Qué le harían a ella?

I

El lunes por la mañana la sacaron del Pabellón L-6 para llevarla al otro lado del recinto, donde estaba el edificio central del hospital, el verdadero hospital dentro del manicomio. Normalmente era un edificio tranquilo con escaso personal, pero parecía que habían reformado una de las plantas. Apenas consiguió ver a unos veinte pacientes, hombres y mujeres, que esperaban sentados en el pasillo, antes de que Fargo tirara de ella para llevársela.

–Ahora te me portas bien. Voy al váter del personal. Te me quedas quietecita sin armar jaleo.

Fargo la colocó al costado de los lavabos blancos y aseados, donde había un dispensador de jabón líquido que funcionaba. Se acercó con envidia. Fargo estaba meando. Por encima del dispensador de jabón líquido, del que caían gotas lima-limón, en el espejo vio a una mujer anodina de aspecto extraño. Apartó la vista rápidamente. Afuera, no pasaba un día sin que se mirara al espejo, en los escaparates, en cualquier cosa que reflejara su imagen. El maltrecho espejo de hojalata del baño del L-6 apenas dejaba ver unas ondas distorsionadas.

Su cabello se veía asqueroso: no solo despeinado, desgredado, sucio, sino con raíces blancas que asomaban a los lados de la raya. En cuanto había cumplido los treinta, el pelo se le había vuelto blanco en el centro de la cabeza, como el de una mofeta. Dolly le daba dinero para teñirse, una cantidad que le ocultaba a su asistente social con tanto cuidado como si se tratara de un alijo de droga. Era su vicio secreto, teñirse el pelo, pero también era un pequeño acto de autoafirmación. Mientras su voluntad mantuviera sus cabellos negros como siempre habían sido, como debían ser, aún quedaba algo de la Consuelo que había ganado la beca para el colegio universitario, la que había tenido las agallas de marcharse de Chicago para ir a una ciudad extraña escapando de un violador, la que le había partido la nariz a Geraldo. Sí, estaba orgullosa de ello. Su definición de Connie incluía el pelo negro.

Bueno, al menos ya no tenía sobrepeso, aunque tenía las carnes flácidas. En casa se ejercitaba corriendo arriba y abajo cuatro tramos de escaleras diez veces al día, cada vez que necesitaba algo del súper o de la tienda de golosinas, cada vez que iba a revisar el buzón, a sacar la basura, a comprar un paquete de cigarrillos, a enviar una carta, a la oficina de la asistencia social o a esos trabajos de fregona que le hacían hacer los Servicios Sociales. Cargaba con la compra, la ropa para lavar, la basura. Caminaba muchas manzanas. Aquí su único ejercicio era ser arreada ida y vuelta camino a las duchas.

Pequeñas partículas de piel muerta le daban un aspecto ceniciento. Si al menos tuviera un cepillo, se podría desenredar el pelo, peinarse las matas y los mechones. ¡Ay! ¡Parecía un atado de ropa sucia de la lavandería del hospital!

Fargo la llevó por el pasillo. El médico joven se movía ajetreado por la sala, seguido de una secretaria y más auxiliares. Fargo la entregó a uno de los nuevos auxiliares, un hombre gordo con la cara enrojecida, quien la encajó en una hilera de sillas de plástico verde en las que habían dejado esperando a más hombres y mujeres. Cada vez que se registraba a alguien nuevo, los pacientes que estaban esperando observaban con atención, con la esperanza de identificar algo en el recién llegado que esclareciese su situación.

–¿Sabes para qué estamos acá? ¿Qué van a hacernos?
–susurró a un hombre joven sentado a su lado.

–No lo sé. –Era blanco, delgado, alto y patilargo, con abundantes rizos marrones–. Vinieron a mi pabellón la semana pasada y nos revisaron a cinco. El médico rubio ese y la auxiliar. Solo le seleccionaron a él y a mí –dijo señalando a un hombre negro de baja estatura que estaba a su lado.

–¿Y no dijeron para qué?

–Hemos oído que para algún tipo de pruebas. A mí me parece que esa sala al final del pasillo la han habilitado como laboratorio. La que está pasando las oficinas.

–¿Un laboratorio? ¿Qué clase de experimentos nos van a hacer?

Se encogió de hombros.

–¡Puf! No sé. Sea lo que sea, apuesto a que va a doler –suspiró, peinándose los largos cabellos enredados con manos nerviosas–. Me dicen el Piernas. Este es Orville... ¿No tendrás algo de hierba, por casualidad? Puedo pagar.

–Soy Connie. Ojalá tuviera. La última vez que me ingresaron, había en todas partes.

–En algunos edificios hay, en otros no. En algunos puedes conseguir de todo... En el nuestro, no. Dios, ¿te imaginas los actos de brutalidad que podríamos llegar a cometer si tuviéramos algo de droga? Monstruos como nosotros. ¿Ya estuviste aquí antes, entonces? –Esperó a que ella asintiera–. Yo también. Siete veces en distintos hospis. Una por cada una de las veces consecutivas que he intentado quitarme de en medio. En realidad, solo han sido cinco veces.

–¿Y nunca lo conseguiste? –rio Connie.

–Soy perseverante. A lo mejor es que tengo voluntad de fracaso. Orville, aquí presente, cortó en pedazos a su novia. ¿Has hecho algo así, quizás?

Orville dijo sin expresión (probablemente ya lo había dicho cien veces, como bien sabía ella):

–Estaba cargadísimo de trabajo. Trabajaba de vigilante nocturno y después repartía pizzas los fines de semana. No pude con todo.

–Algo así. –Se abrazó a sí misma–. Le reventé una botella en la cara al chulo de mi sobrina –dijo sonriendo–. No estaba cargadísima de trabajo, simplemente lo odiaba.

¡Qué sentimiento de levedad, como si flotara! ¡Decirlo así, tan sinceramente, y dejarlo colgando en el aire! La sensación de flotar era también como soltar amarras, porque había sido criada y había vivido bajo un código en el que una mujer jamás haría nada semejante, mucho menos hablar de ello abiertamente.

–Por lo que a mí me consta, todos caminamos y hablamos –continuó el joven–. Somos locos funcionales. Todos quebrantamos la ley. Espero que no estén a punto de trasladarnos a algún lugar de máxima seguridad, y no lo digo porque este lugar no sea superhermético.

–¿Tienes historial delictivo?

–Sí... posesión. Pero los loqueros escribieron cosas peores en mi historial. –El chico le dio un golpecito con un codo huesudo–. Ese médico es el jefe. El otro solo es su lacayo.

Estatura mediana, peso medio, pelo castaño, gafas gruesas, bien entrados los cuarenta: el doctor exudaba una prepotencia vigorosa, como si fuera una Harley–Davidson de gran tamaño acelerando por la 111 con un Jeque Salvaje a los mandos. Se frotaba las manos haciendo un ruido alegre, seco y rápido, mientras recorría la hilera de pacientes zarrapastrosos alineados en las sillas de plástico verde, y de su estela emergían el hombre pálido, el doctor Morgan, una enfermera, un hombre con ropas de estudiante, una mujer con un abrigo blanco cuya mano rozaba totalmente por casualidad la del hombre con ropas de estudiante, un auxiliar hombre y una auxiliar mujer, y una secretaria que sostenía un fajo de historias clínicas y páginas y páginas de una documentación que no presagiaba nada bueno. Finalmente, el doctor Redding, como oyó que lo llamaban, cogió unos cuantos papeles y les echó un vistazo, asintió con la cabeza y se los entregó al doctor Morgan.

–Bien, bien. Que empiece el espectáculo. Morgan, Acker y yo haremos la selección, y Patty y la señorita Moynihan nos asistirán. Tendríamos que despachar este lote antes de las dos, porque tengo que volver a la universidad a encontrarme con uno de esos tipos de la fundación.

Todos –a excepción de los auxiliares y la enfermera– se movieron afanosamente tras él, mientras los pacientes miraban a otros pacientes y a la puerta cerrada. Los fueron llamando de uno en uno. Pasó la mañana. No se les había suministrado nada para el almuerzo, que sí habían traído en bandejas para el personal, así que se quedaron aparcados en el pasillo, refunfuñando, los que ya habían sido examinados y los que aún no habían pasado por el trámite.

–No es muy distinto a una típica entrevista psiquiátrica –dijo una mujer de unos cuarenta años, que también comentó que era maestra–. Enseño auditorio –dijo. A Connie le sonó bastante raro, como si hubiera dicho que enseñaba garaje o sala de estar–. Los médicos te hacen las mismas preguntas de siempre. Tienen tus informes delante, así que ya saben las respuestas, o creen que las saben... A lo mejor me están reclasificando, ¡al fin! Van a revisar nuestros casos.

A eso de la una, llamaron a Connie, justo cuando salía el Piernas. Aclarándose la garganta nerviosamente, se sentó en una silla frente a ellos, que estaban alineados al otro lado de la mesa. Médicos y jueces, asistentes y trabajadoras sociales, agentes de la condicional, policías, psiquiatras. El corazón se le salía del pecho, las manos empapadas, la garganta no paraba de cerrársele. No sabía cómo preparar sus respuestas. ¿Qué buscaban? ¿Era mejor caer en la red, o atravesarla? Si al menos lo supiera. Si al menos supiera en

qué consistía la red. Estaba rindiendo un examen sobre una asignatura, y ni siquiera sabía de qué iba el curso.

Al principio, el médico joven que la había seleccionado en el pabellón hizo casi todas las preguntas, y el tipo vestido con una ropa tejana que imitaba las prendas de trabajo intervenía de vez en cuando. El mismo rollo de siempre sobre Dolly y Geraldo, su hija, su época con Claud, su afición a la bebida, su consumo de drogas, su dificultad para conseguir trabajo. Era como cantar letanías en misa. Cuando lo que decía no se ajustaba a sus ideas preconcebidas, continuaban como si no fuera así. Resistencia, lo llamaban, cuando no estabas de acuerdo; pero esta banda no parecía tener mucho interés en si ella tenía o no una buena actitud terapéutica. ¿Qué esperaban escuchar, si es que escuchaban, para empezar? ¡Cómo la observaba el tal doctor Redding! No como si mirara a una persona, sino como si estuviera mirando a un árbol, una pintura, un tigre en el zoológico.

Ahora estaban con lo de su hermano Joe. El espíritu santo del pobre Joe, que había muerto por una úlcera perforada en cuanto salió de la jaula por haber atracado una farmacia. Ahora le estaban preguntado sobre las palizas que le había dado su padre cuando era pequeña. Connie mantenía la cara rígida, sin cambiar el tono de voz. Embotamiento afectivo, lo llamaban... como si ver que unos extraños manosearan los andrajos de su vida como si estuvieran husmeando entre la ropa usada de un mercadillo no fuera lo suficientemente

doloroso como para invocar todas las medidas de control posibles que tuviera a su alcance. Su madre, su padre, su hermano, su amante, su marido, su hija, todos en el punto de mira, evaluados, diseccionados, etiquetados. Con todo, sus caras blancas parecían aburridas. El tipo con ropa tejana, Acker, y la señorita Moynihan, con bata de laboratorio, intercambiaban miradas de coqueteo. Se la podían comer de postre y continuar con otros seis y no eructar jamás. Eran blancos de pies a cabeza, blancos y llenos de agujeros, como el pan de molde.

De repente el doctor Redding volvió a la vida y retomó el mando.

–¿Alguna vez ha sufrido dolor de cabeza? ¿Dolor en alguna parte de la cabeza?

–¿Dolor de cabeza? –¿Y ahora de qué iba esto?–. La medicación me da eso a veces –dijo con precaución.

–¿La medicación?

–Los tranquilizantes.

–Digo en otras ocasiones. Fuera del hospital. ¿No ha tenido dolor de cabeza fuera del hospital, Connie?

Uno de esos médicos de renombre que te tratan como si tuvieras cinco años.

–Muy de vez en cuando.

–¿Cada cuánto?

Connie se encogió de hombros. ¿A dónde quería llegar?
¿Querían probar drogas con ellos?

–A veces me duele la espalda. O los pies. He tenido molestias de mujeres. Pero nunca he tenido problemas con los ojos o la cabeza. Toco madera.

–¿Y en relación con alguno de los incidentes que hemos comentado? Veo que en el incidente en que ejerció violencia contra su hija el expediente menciona que se sentía usted mal.

–Doctor, estaba con resaca. Colocada. Me sentía muy mal. Había estado bebiendo durante tres meses.

–Connie, ¿se está diagnosticando, no? –Parecía sospechar que Connie estaba ocultando sus dolores de cabeza–. ¿Mareos? ¿Desvanecimientos?

–¿Desmayos? No, no me he desmayado en la vida.

–Sin embargo, dice usted que estaba inconsciente la noche que la ingresaron en Bellevue.

–Geraldo y Gomina me golpearon en la cabeza. Gomina me dejó inconsciente, me dio duro.

–¿Recuerda golpes en la cabeza antes de eso? ¿Antes del último accidente por el que fue readmitida en Bellevue?

–Claro, algunas veces.

–¿Puedes describir esas veces?

–No las recuerdo todas... –Hizo una pausa cuando vio que el doctor Redding tomaba nota de aquello con satisfacción–. Eddie, Eddie Ramos, mi marido, a veces me golpeaba en la cabeza.

–Ese es el segundo marido, con el que continúa casada –dijo Acker, el de la ropa tejana.

–No ha firmado el consentimiento. ¿Dónde está? –reclamó el doctor Redding a Acker.

–Paradero desconocido, doctor.

–Supongo que nadie se ha esforzado mucho por encontrar a nuestro boxeador –dijo el doctor Redding con una leve sonrisa–. Connie, ¿recuerda si le han hecho radiografías de la cabeza después de alguno de esos incidentes con su segundo marido?

–No, nunca me golpeó tan fuerte como para ir al hospital a que me hicieran radiografías.

Debían estar de broma. Cuando estaba con Eddie no tenía seguro médico, ¿quién hubiera pagado las radiografías y los médicos? La única vez que la habían ingresado fue cuando había llegado sangrando después del aborto, y aquello tuvo unas consecuencias terribles.

–¿«Tan fuerte», Connie? ¿La dejó inconsciente?

–Claro.

Ya se había dado cuenta en otras ocasiones de que los hombres blancos disfrutaban con las descripciones de mujeres negras y morenas siendo golpeadas. «Hay que tratarlas mal», decía siempre Eddie.

–Háganle una serie de radiografías antes de empezar con el monitoreo del EEG –dijo el doctor Redding al doctor Morgan–. Esta nos servirá en las etapas iniciales. ¿Cuántos sujetos suman hasta ahora entonces?

–Siete, doctor –gorjeó la secretaria.

–¿Solo? Venga, a trabajar. Muy bien, Connie. Llévensela.
–El doctor Redding ya estaba hurgando entre el próximo grupo de expedientes mientras se la llevaban afuera rápidamente y la dejaban otra vez tirada en la silla.

A las dos salió el personal; el doctor Redding parecía irritado.

–Con esto no va a bastar. Necesitamos más. Tenéis que examinar más historiales. Quizás hasta localicemos algunos sujetos en los pabellones de crónicos.

Las primeras consecuencias de esa entrevista empezaron a notarse a lo largo de la semana, cuando dijeron a Connie que tenía que prepararse para un traslado.

–Has tenido suerte, chica. He hablado bien de ti. ¡Aunque fijo que volveremos a verte por aquí! –Fargo la preparó para llevarla del pabellón L-6 a uno más amplio, el G-2.

Sibila le regaló una triste mirada de desesperanza que le recordó a las separaciones entre mejores amigas de la infancia.

–Intenta salir de aquí. Ándate con ojo por un tiempo –le dijo Connie.

–Seré tan dócil como una vaca de plástico –dijo Sibila sin convicción–. Después de todo, no podré salir nunca de aquí si no empiezo a intentarlo, a menos que aprenda a volar. Y este año tengo muchas cosas que hacer.

El pabellón G-2 estaba en el edificio G, igual de antiguo y triste pero en condiciones algo mejores. Era una barraca de ladrillos rojos más cercana al edificio médico donde la habían entrevistado los doctores. Connie se sentó en su nuevo catre y observó el pabellón, intentando calibrar su potencial y sus peligros. La habitación grande donde estaban

las camas tenía muchas ventanas, cuyos alféizares reclamaban camarillas de mujeres como territorio para posarse, mujeres negras en una ventana y blancas en otra. El G-2 era un pabellón cerrado pero muy activo. La gran puerta al costado de la sala de enfermería repiqueteaba constantemente, abriéndose y cerrándose para dejar entrar a terapeutas ocupacionales y a algún voluntario ocasional, y para dejar salir a los pacientes que trabajaban fuera del pabellón. Las sesiones de terapia de grupo se llevaban a cabo en el pabellón dos veces por semana. A los costados de cada una de las cincuenta camas había pequeños armarios, y al final de la sala había instaladas mesas de juegos. A lo largo de uno de los lados de la sala, había una larga galería cubierta con una mampara por la que podían caminar los pacientes. Compartían la sala de día con el pabellón de hombres, una sala oscura con sillas en hileras frente a un televisor con candado. Era raro volver a ver hombres alrededor.

Mientras esperaba en la cola de la medicación, tuvo ganas de cantar de alegría cuando vio las pequeñas tazas blancas con pastillas y los vasos de agua. Se acabó el Thorazine líquido abrasándole la garganta. Se mordió con fuerza las mejillas para mantener un rostro inexpresivo. Este pabellón significaba menos niebla mental. La cola se movía tan lentamente que tuvo tiempo de disimular su alegría, de aplastarla contra un rinconcito donde preservarla intacta hasta tener la oportunidad de examinarla sin riesgos. Sí, aquí

tendría la cabeza más clara. Hoy no. Era nueva en el pabellón y la enfermera la observó atentamente mientras tomaba la pastilla. Después caminó a través de la sala, lentamente como hacían siempre los internos. Recordó cuánto la había horrorizado aquello la primera vez que la habían metido aquí. Era producto de las drogas, de que les dieran tantas; pero también de la falta de un lugar adonde ir y del tiempo pesado como el plomo que tenían que consumir.

Sedada, atravesó los dormitorios hacia la sala de día. Aquí podría caminar y hacer un poco de ejercicio, pero debía tener mucho cuidado de que no pareciera que estaba paseando. Eso era una infracción que se sumaría a su expediente: paciente pasea por el pabellón. Aquí había más que hacer, pero también habría informantes, espías.

Entró en la galería. Hacía mucho frío, pero le dio igual. Había visto de reojo una provisión de abrigo en un armario, cerca de la sala de enfermería, lo que significaba que al menos algunos pacientes gozaban del privilegio de salir al patio. Presionó la cara contra la mampara oxidada y observó con atención los árboles que recién empezaban a sacar hojas nuevas, los bancos, los jardines. Estaría supertranquila, superdispuesta a cooperar. ¡Cuánto ansiaba poder caminar sobre aquel césped! Su traslado al G-2 tenía que ser un pequeño paso hacia la salida definitiva; hacia la amplitud inmensa y libre de la luz del día.

CINCO

Connie se sentó en la galería con una toalla cubriéndole los hombros para darse calor. El helado y lluvioso día de junio olía como un sótano bajo el cielo gris plomizo. Estaba tan contenta de estar afuera, aun en esa galería cuyas mamparas oxidadas teñían de sepia los paseos y los edificios de ladrillos, que no le importaba si le dolía el trasero por lo frías que estaban las tarimas combadas. También la entusiasmaba el placer de estar sola por primera vez desde que había estado en aislamiento. Nadie más había salido a la humedad y al frío.

Se regocijó respirando el aire libre, mirando algo más que cuatro paredes, oliendo árboles en lugar de medicinas y desinfectante y diarrea. La grisura del día la apaciguó. Unos colores estridentes le habrían quemado los ojos. Cada día era una lección sobre cómo los ojos pueden sufrir hambre

de distintas tonalidades, como dorados y rojos; de cómo los oídos pueden sufrir hambre de tambores de conga, del estrépito del tráfico, de perros ladrando, de los partidos de béisbol por la tele, de voces monótonas en español conversando con una emoción creciente, de niños jugando en las calles, esos niños de Puerto Rico con sus voces más rápidas, más duras que las de los chicanos, como si tuvieran más metal en la garganta.

Sintió la presión de Luciente con claridad por primera vez desde que la habían dejado salir de aislamiento: no esas pinceladas de presencia que aparecían y se desvanecían, sino la fuerza sólida de la concentración naciendo a su alrededor. Se resistió. Sentarse en la galería aún era algo nuevo, una suerte de placer convaleciente, como cuando sales de la cama por primera vez después de una larga enfermedad. Sin embargo, sintió la insistencia de Luciente y fue como, ¡oh!, como no querer abrir la puerta a una amiga que sabe que estás en casa. ¿Cómo podía pensar en Luciente como una amiga? Pero había empezado a sentirla así.

–Yo también, en verdad –la voz tomó forma en su mente–. Te extrañé.

–¿Por qué no tomas forma? Aquí no hay nadie más que yo.

–Cierra los ojos. Vamos a mi casa. Hoy, en mi año, hace mejor tiempo.

–¿Ustedes controlan el clima?

–Lo hacían los tiburones en los noventa del siglo veinte... pasado el período. Quiero decir antes de nuestra época. Pero los resultados fueron los desastres habituales. Estuvo lloviendo durante cuarenta días en la Costa del Golfo hasta que casi toda terminó en el mar. A ver, la corriente en chorro fue forzada hacia el sur desde Canadá. Casi provocan una edad de hielo. Hubo cinco años de sequía en Australia. Plagas de insectos... Abre los ojos.

Se encontraban en la cabaña de Luciente con el sol entrando a raudales por la ventana del sur, abierta y cubierta con una pantalla de malla fina.

–¡Aún tienen mosquitos!

–Son parte de la cadena alimenticia. Eliminamos el gen irritante... En relación con el clima, cuando se vuelve muy desastroso, a veces lo ajustamos un poquito. Pero tienen que ponerse de acuerdo todas las regiones. Cuando una región está asolada por la sequía, cachái, normalmente preferimos enviar comida antes que aprobar un cambio de clima. A causa del peligro. Tenemos mucha cautela con los experimentos a gran escala. «En los biosistemas, no todos los factores se pueden conocer»: primera regla que aprendemos cuando estudiamos los seres vivos en relación... ¡Se te ve delgada! –le reprobó Luciente, acercándosele.

–Lo dices como si fuera algo malo. ¿No les parece linda la gente delgada? Estuve un poco gorda durante tres años. Y tampoco es que tenga un aspecto menos horrible que el que tengo en esa casa de locos.

–Liebre es de una belleza esbelta. Abeja es de una belleza grandota. Aurora es de una belleza pequeña. Tilia es de una belleza naranja cremosa. –Luciente saludó con la cabeza a su gato, que estaba erguido, expectante–. Tilia me dijo que eres estúpida, y le expliqué que la gente de tu tiempo no hablaba con los gatos.

Recordó cómo el gato anaranjado se había marchado con aire ofendido. Ahora la miraba fijamente de manera atrevida, con malicia.

–La gente de mi tiempo les habla a los gatos, los perros, los hámsteres. A los periquitos y los peces de colores. La gente solitaria les habla a las paredes. Mira, el manicomio está lleno de mujeres que empezaron a hablarle a la Sagrada Virgen María porque sus esposos no las escuchaban.

–Quiero decir con lenguas de signos. Por ejemplo, Tilia y yo hablamos en lengua de signos basada en signos felinos, pero modificados, porque hay muchas cosas que deben decirse entre gato y humano de forma diferente a como se dirían entre gato y gato.

–¡Oh! ¿Y de qué hablan? ¿Del sabor a ratón crudo?

–La mayoría son simplemente expresiones de afecto, rabia, decepción. Yo quiero, Tilia quiere. Pescado, leche, yogur, salir, paz y silencio, atrapar al ratón, no tocar al pájaro. Cepíllame. Déjame trabajar. Tilia tiene realmente un fuerte sentido de la estética y comenta libremente sobre polillas y hasta sobre los disfraces. La última colcha para la cama, Tilia la aborrecía tanto y la enterraba con tanta persistencia –ese gesto de estar cubriendo mierda– que la tuve que cambiar por otra.

–¿Puedes hablarle ahora? Pregúntale si cree en Dios o qué piensa de la desnudez en público.

–¡No me crees!

–O te estás burlando de mí o estás más loca que yo.

–Te enseñaré cómo conocer a un gato. Los gatos son formales en cuanto a las presentaciones. La última vez me puso verde. Tilia puede expresar vanidad. Si Tilia se tira de un salto sobre mi pecho a primera hora del alba desde lo alto del armario, me queda claro que gato no está satisfecho con mi proceder. –Luciente entornó los ojos, manteniéndolos cerrados durante unos pocos segundos, los volvió a abrir, los volvió a cerrar, repitió toda la secuencia y después señaló con la mirada hacia otro lado–. Así es como conoces a un gato si tus intenciones son amistosas. Si tu intención es hacer daño, por ejemplo, si te aproximas a un gato que está

sobre el cuerpo de un pájaro carbonero, entonces miras fijamente, con furia.

Connie se hundió en la amplia cama, soltando una risita.

–Te ves... ridícula.

–Para un gato supongo que siempre tengo un aspecto ridículo. Criaturas torpes en comparación, caminando como patos con ropa. «¡Ven!». A ojos de animales que comunan a través de olores, colores y lenguaje corporal, hablar es algo ridículo, con toda esa ínfima gesticulación con la lengua y los labios y los dientes... –Luciente puso cara de súplica con los ojos bien abiertos–. Venga, hazlo solo una vez y podremos continuar con el día de exploración. Solo hazlo y quítatelo de encima.

–¿Quieres que le ponga caras a tu gato?

–Solo presentarte. Tilia piensa que eres hostil.

–Mi padre, mi hermano Luis, las escuelas, los jefes, los polis, los médicos y los abogados y las asistentes sociales y los chulos y los propietarios; todo el mundo me ha mandoneado toda la vida. Todo el que podía. ¡Solo faltaba que me atosigara un gato!

Luciente miró hacia atrás sin expresión con los ojos como frijoles negros.

–Persona no debe hacer lo que persona no puede hacer. Vámonos. No –dijo a Tilia y estiró el brazo hacia el gato. Tilia se alejó hacia la salida, levantó una pata y le dio un zarpazo a la puerta. Luciente la abrió para dejarlo salir y en la parte más alejada de la puerta mosquitera el gato se detuvo, enterrando la casa y a sus habitantes con aquel gesto de desdén.

Acompañaron al gato afuera. El rosal de la cabaña estaba en plena floración, su esencia aromatizaba el aire. Las rosas eran exquisitas copas blancas semidobles con los bordes de un carmesí oscuro.

–Tu rosal es precioso.

–Déjame que corte una rosa para ti. –Luciente utilizó la podadera de una navaja multiherramientas–. Para tus cabellos.

–Mis cabellos. Me dan vergüenza. Odio como los tengo.

–¿Por qué no los cambias, entonces?

–Suelo teñir la raya por donde se ponen blancos. Pero en el hospital no puedo.

–Cuando queremos cambiarnos el color del pelo, cambiamos las proteínas. No crece como antes.

Luciente la impulsaba hacia adelante, rodeándole los hombros con el brazo. Con una camiseta sin mangas de un dorado discreto, su cuerpo era obviamente el de una mujer. Connie sonrió para sí misma. Quizás era por las ropas más ligeras, quizás era una cuestión de expectativas... fuera lo que fuera, Luciente ahora parecía una mujer. Su rostro, su voz y su cuerpo parecían ahora de mujer, aunque nada femeninos; demasiado confiada, demasiado poco cohibida, demasiado agresiva y segura y grácil de una manera tan coordinada que era errónea para una mujer; y, sin embargo, una mujer.

–Ojalá pudiera ayudarte con tu pelo –dijo Luciente–. Yo, por mi parte, nunca cambio mi aspecto salvo cuando me pongo elegante para los festivales. Pero mucha de nuestra gente juega con la apariencia.

–Cuéntame sobre eso de ponerles caras a los animales. ¿Lo hacen también con cachorros y ratones y termitas?

–Tenemos una fiesta, el día de Washoe, en que celebramos nuestra nueva comunidad, llamada así por una heroína de tu tiempo: una chimpancé que fue el primer animal en aprender lengua de signos entre especies. Ahora tenemos lenguas de signos rudimentarias con muchos mamíferos. Algunos, como los simios, signan entre sí. La mayoría, como los perros y los gatos, tienen otras formas de comunar y solo usan los signos con nos.

–Dime, ¿qué le dices a una vaca a la que estás a punto de comerle?

–Precisamente. Esto ha cambiado nuestra dieta. Así como la decisión de alimentar bien a todo el mundo. Intentamos el autoabastecimiento en cada región y hasta que las antiguas colonias sean iguales en su producción, la carne de mamíferos supone un uso ineficiente de los cereales. Algunas regiones crían ganado con pastos...

–¿Ustedes nunca comen carne? Debe ser como vivir de la asistencia social.

–Comemos los días festivos, y tenemos muchos. Es una forma de sacrificar el rebaño. Explicamos lo que estamos haciendo. El rebaño lo sabe. Siguiendo el mismo espíritu, en noviembre cazamos durante un corto período de tiempo. Es decir, nuestra aldea caza. Somos del pueblo Wampanoag. Necesitamos experimentar con animales en libertad como presas y predadores, para dar cuerpo al pasado de nuestra tribu cabalmente... Aunque tengo que confesar que nunca cazo. Hay personas que dejaríamos expirar esa costumbre, pero carecemos de los votos para hacerlo.

–¿Son qué? ¿Indios rubios? ¿Indios con barbas rojas?

–Barbarrosa se tiñe la barba, en verdad. ¿No es bonita? Antes era marrón.

–¡Pero tú! Tú te pareces a mí. Mis ancestros eran mayas, ¡pero para nada eran Wampanoag! No hay mucha similitud... ¡Tanta como entre italianos y suecos!

–Somos un surtido de genes –dijo Luciente–. Ahora ya sé adónde iremos. –Se puso a toquetear su cóner–. Buena luz, soy yo, Luciente. ¿Podemos encontrarnos en la incubadora? Estoy con Connie, la persona del pasado. Dile a Roble Blanco que te cubra. Trabajaremos con empeño más tarde. –Se volvió a Connie–. He pedido a Abeja que nos encontremos en la incubadora. Es aquel recién-crecido de color amarillo al este. ¡Tantas cosas que sobrevolar! –Luciente interrumpió su trote al ver que dejaba atrás a Connie, y esperó–. Marca tú el ritmo.

–¿Abeja es tu novio que acaba de dejar el ejército? ¿Ha sido reclutado?

–¿Reclutar? Todo el mundo cumple turnos. Todo el mundo puede usar armas, nos entrenamos para la lucha cuerpo a cuerpo, todo el mundo puede gestionar distintas facetas de operaciones de mayor complejidad. Yo puedo disparar un jizer.

–¿Las mujeres también? ¿Tú tuviste que ir?

–Cierto que fui. Dos veces. Una a los diecisiete y otra cuando tuvimos una gran movi. Luché en ambas ocasiones.

–¿Luchaste? ¿Y no vas a cazar?

Luciente se detuvo y se le nublaron los ojos.

–Una contradict. He pasado por un compost a causa de esto, pero aún permanece. Nunca sabes si estás peleando contra personas o máquinas, cachái: utilizan sobre todo robots o cibernautas. Nunca se sabe... Sin embargo, volvería a ir. En algún momento después del nombramiento, decides si estás a punto para ir.

–¡Ja! Apuesto a que mucha gente decide no ir nunca. ¿O alguien decide por ti?

–¿Cómo podrían? Es como ser madre. Hay quienes nunca madran, hay quienes nunca cumplen turno de defensa. –Luciente frunció el ceño, pasándose la mano a través del espeso pelo negro–. En turno de defensa, tu vida puede depender de alguien. Si persona no quiere estar ahí, persona podría ser descuidada y podrías sufrir. Si persona no quiere ser madre y tú fueras bebé, podría ser que no te amaran lo suficiente como para crecer con amor y fortaleza. Persona no debe hacer lo que persona no puede hacer.

–¿Alguna vez escuchaste lo de ser vaga? Imagina que simplemente no quiero levantarme por la mañana.

–Entonces tendré que hacer tu trabajo además del mío si estoy en tu misma base. O si estoy en tu familia, tendré que hacer tu turno de defensa o tus tareas de cuidado de las criaturas. Eso en un momento me molestará. ¿Quién quiere

sentir que le tienen rencor? A esas personas se les pide que se vayan y quizás deambulan de aldea en aldea sintiendo cada vez más amargura y más autocompasión. Eso nos entristece. –Luciente se encogió de hombros–. A veces, una persona sanadora como mi vieja amistad Diana puede ayudar. Diana la rosa. Una persona sanadora puede andar contigo el camino de regreso y ayudarte a volver a crecer. Significa bajonearse y luego trepar un arduo sendero. Pero la mayoría sana bien. Como tú, Diana capta.

El edificio amarillo era extraño, como una seta de limón emergiendo de la tierra. Decorado con formas de árboles esculpidos, no tenía ventanas y zumbaba ligeramente. Se dio cuenta de que salvo por el chirrido de los molinos de viento, este era el primer sonido a maquinaria que escuchaba aquí. Efectivamente, la puerta las sintió y se abrió, dándoles paso a una antecámara, para después cerrarse atrapándolas en un espacio de luz azulada, entre las puertas interiores y exteriores.

–¿Qué es todo esto? –Se movió nerviosamente de un lado a otro.

–Desinfección. Esta es la incubadora, donde almacenamos nuestro material genético. Donde crecen los embriones.

Las puertas interiores se abrieron con un movimiento rápido, pero hacia un lugar que parecía más un gran acuario que un laboratorio. El suelo estaba cubierto por una

alfombra con estampados azules, y sonaba una música extraña para sus oídos, aunque nada desagradable. Un corpulento hombre negro, tumbado cómodamente sobre un catre estampado con anguilas y lirios de agua, las saludó con la mano.

–Soy Abeja. ¡Sé huésped! Huésped de algo que, por lo que comprendo, fue una pesadilla en tu época.

–¡Bebés probeta!

–Nada de probetas. Pero cierto, aquí es donde nacemos.

–¿Tú también eres un indio Wampanoag?

Abeja sonrió. Era un hombre de constitución fuerte, musculoso, con algo de grasa alrededor de la cintura; se movía más lentamente que Luciente, con la majestuosidad y la calma de una gran nave. Maniobraba plácidamente entre los extraños aparatos, los tanques y las máquinas y los compartimentos cerrados, algo que palpitaba suavemente contra la pared como un gran corazón, los bancos acolchados dispuestos aquí y allá. Abeja era calvo, o bien se afeitaba la cabeza; llevaba arremangadas las mangas de la camisa rosa de trabajo, de modo que en cada uno de sus bíceps quedaba al descubierto un tatuaje, con colores más sutiles y un dibujo más bello que el de cualquier otro tatuaje que ella hubiera visto antes. En su brazo izquierdo tenía una abeja volando, no una imagen como de dibujos animados,

sino parecida en estilo a los dibujos japoneses. En el derecho llevaba una figura que parecía una ola rompiendo.

–Aquí crecen embriones casi hasta el momento de nacer, que es a los nueve meses y dos o tres semanas. A veces esperamos diez meses. Hemos comprobado que un tiempo extra nos da bebés más fuertes.

Presionó sobre un panel y se abrió una puerta corredera, dejando ver a siete bebés humanos moviéndose suavemente cabeza abajo, cada uno en su propio saco dentro de un receptáculo más grande lleno de fluidos.

Connie miró boquiabierta, el estómago también se le puso cabeza abajo. Unos bebés se mecían de arriba abajo en una hilera perezosa. Mamá máquina. Como peces en el acuario de Coney Island. Tenían los ojos cerrados. Un feto hembra de piel muy oscura daba pataditas. Un feto varón de color rosa (podía distinguirlo claramente por su pene extra grande) lloraba. Flotaban lánguidamente en su escuela de niños ciegos. Abeja presionó algo y le indicó con un gesto que escuchara cerca de la mirilla. Latidos de corazón, voces hablando.

–¡Eso no puede ser los bebés hablando!

–¡No! –rio Abeja–. Aunque hacen bastante ruido. Música, voces, el latido del corazón, todos esos sonidos pueden oírlos.

–Luz, Sacco–Vanzetti. ¿Qué tal el vuelo? –dijo Luciente.

Sacco–Vanzetti tendría unos dieciséis años. El pelo castaño lacio trenzado y piel morena, llevaba un uniforme amarillo similar a las ropas de trabajo que llevaban todos.

–¿Esta es la mujer del pasado?

Luciente llevó a cabo las presentaciones.

Sacco–Vanzetti, cuyo sexo Connie no supo adivinar, se la quedó mirando.

–¿Tú diste a luz con tu propio cuerpo?

–¡Sacco–Vanzetti, por favor, no seas torpe! –Luciente hizo una mueca.

–Si te refieres a si he parido un bebé, sí –dijo Connie con determinación.

–¿Hubo mucha sangre?

–Me sedaron, así que, ni idea...

–¿Fue emocionante? ¿Sentiste placer sexual?

–Fue un dolor de mil demonios –dijo Connie cortante, y volvió a girarse hacia la pared con los bebés–. ¿Todos ustedes nacen de esta locura de máquina?

–Ahora, casi todo el mundo –dijo Sacco–Vanzetti–. Tengo que ir abajo a la de tres meses para revisar las soluciones. Estaré en contacto. Si recuerdas más sobre parir, me ondeará escucharlo. –Y se marchó.

Abeja cerró la mirilla de observación.

–El pueblo Wampanoag es la fuente de nuestra cultura. Nuestro pasado. Cada aldea tiene su cultura.

La manera en que recogió la pregunta de Connie como si se la acabara de hacer, la manera en que una pregunta flotaba en él pacientemente hasta que estaba preparado para contestar: el recuerdo de la dulzura y de un dolor punzante. Quizás Connie tenía debilidad por los negros corpulentos y de vientre blando que se movían con aquella inmensa gracia, aunque Claud se movía diferente. Debido a su ceguera, Claud ladeaba la cabeza a un lado. A ella siempre le recordaba a un pájaro. Los pájaros ladean la cabeza porque tienen los ojos a los lados, y Claud veía con los oídos.

–Supongo que porque eres negro. En mi tiempo la gente negra acababa de descubrir el orgullo de ser negra. Mi gente, los chicanos, estaban recién empezando a sentir lo mismo. Ahora pareciera que se ha vuelto a perder.

Luciente empezó a decir algo pero se contuvo.

Abeja esbozó una amplia sonrisa, se dirigió sin prisa hacia otro tanque y abrió la mirilla de observación.

–Tengo compa de miel que vive en Cranberry y tiene la piel negra como la mía y su tribu es Negra–Harlem. Podría mudarme allí en cualquier momento. Pero si vas, no encontrarás a todo el mundo con la piel así de negra, igual que no todo el mundo tiene la misma altura ni los pies igual de grandes. –Hizo una pausa, mirando atentamente a un pequeño embrión, completamente formado y flotando justo a la altura de sus hombros–. En el grancon, el gran consejo, se tomaron decisiones hace cuarenta años para criar una gran proporción de gente de piel más oscura y mezclar los genes de toda la población. Al mismo tiempo, decidimos mantener identidades culturales separadas. Pero rompimos el vínculo entre genes y cultura, para siempre. Queremos que no vuelva a haber una oportunidad para el racismo. Pero no queremos el crisol de culturas en donde todo acaba en un aguachirle. Queremos diversidad, ya que lo extraño genera riqueza.

–Es tan... inventado. Artificial. ¿Hay irlandeses negros, italianos negros, judíos negros y chinos negros?

–Cierto, ¿cómo si no? Cuando creces, puedes apegarte a la cultura de donde has crecido o fundirte con otra. Pero aquella en la que hemos crecido siempre tiene un... un significado dulce para nos.

–Usamos la primera persona del plural –empezó a decir Luciente–, cuando nos referimos a cosas que pasaron antes de que hubiéramos nacido, porque nos identificamos con

esas decisiones. Yo solía pensar que nuestra historia estaba exagerada, pero desde que viajo en el tiempo he cambiado de opinión. –Luciente les condujo hasta el próximo puerto.

–Creo que no quiero ver bebés más... más jóvenes. –El pequeño bebé de tres meses que el médico le había enseñado en la palangana. Le dio un vuelco el estómago–. No me siento muy bien.

–Nos vamos. –Abeja la cogió del brazo–. ¿Quizás es el aire filtrado? El plasma es preciado, cachái. Aquí es donde fluye la vida para dieciséis aldeas, la totalidad del municipio.

Una vez fuera aspiró profundamente el aire salado y se alejó de Abeja. El delicado orgullo herido de Claud, como una orquídea dentada. ¿Qué podía saber un hombre de este ridículo futuro en ese pueblucho aislado donde los bebés nacían de máquinas y la gente parlamentaba diplomáticamente con las vacas, sobre lo que había sido crecer como morena o negra en los Estados Unidos? La pena había afilado a Claud hasta transformarlo en una persona mordaz. Este hombre no era más que un niño en comparación.

–¿Dices que ya no existe el racismo? ¿El Paraíso en la tierra, todos los hijos de Dios son iguales?

–Cada tribu tiene ritos distintivos, pero dios es un concepto patriarcal. –Luciente cogió a Connie y Abeja de los

brazos-. Nuestras famis, nuestras criaturas, nuestras compas son personas de diferentes mezclas genéticas. Nuestras madres también.

-Pero los hijos de Abeja serán negros. Los tuyos serían morenos.

-La piel de Inocente, a quien madro, es más clara que la tuya. -Abeja se detuvo para admirar un sendero bordeado de rosales en flor naranjas, amarillos y blancos cremosos-. No hay un vínculo genético; y si lo hay, no le seguimos el rastro.

-Entonces esa criatura, ¿no es tuya?

-¡Soy madre de Inocente!

-¡¿Cómo pueden los hombres ser madres?! ¿Cómo es posible que un niño sin vínculo de parentesco contigo pueda ser tu hijo?

Se liberó de la mano de Luciente y se giró irritada. El batiburrillo pastoril del lugar empezaba a enfurecerla, los jardines por todas partes, las flores, los malditos polluelos vivarachos correteando entre las piernas.

Luciente la instó a continuar.

-Acompañemos a Abeja de regreso al laboratorio. Donde yo también estaría con el resto de la base de genética

vegetal si no estuviera contigo. Abeja y yo trabajamos en compañía. Quizás por eso hemos sido compas de miel durante tanto tiempo, doce años ya.

–Pensaba que era porque me da demasiada pereza escapar de ti como lo haría la peña en su sano juicio. Nunca he sabido de otras médulas que trabajen juntas en la misma base y duren juntas tanto tiempo.

–Combinamos tan poco que no podemos dejarlo. Connie, flor de manzano, escúchame...

–Uy, cuidado cuando Luci te llama tan cariñosamente.
–Abeja conseguía andar más lentamente que ellas y aun así caminar a la par.

–Fue parte de la larga revolución de las mujeres. Cuando luchábamos por romper todas las antiguas jerarquías. Finalmente hubo aquella cosa que también tuvimos que abandonar, el único poder que habíamos tenido, a cambio de que nadie tuviera poder nunca más. La producción original: el poder de parir. Porque mientras mantuviéramos las cadenas que nos ataban a la biología, nunca seríamos iguales. Y los varones nunca serían humanizados para ser amorosos y tiernos. Entonces todo el mundo se transformó en madre. Cada criatura tiene tres. Para romper el vínculo nuclear.

–¡Tres! ¡Eso no tiene sentido! ¡Tres madres!

De repente pensó en los tres Reyes Magos y el villancico anglo que Angelina había aprendido de la tele. Podía oír la voz aflautada de Angie cantando monótonamente, pero con una monotonía llena de una alegría inmaculada (la seguridad):

Nosotros somos los Tres Reyes de Oregón

llevando regalos que de lejos cargamos.

Las lágrimas le ardieron bajo los párpados. Angelina, Angelina, si hubieras tenidos tres madres como yo, estarías muerta en lugar de haber sido vendida a alguna pareja de vida pulcra de Larchmont. Dijeron que tenías suerte de que te adoptaran a los cuatro años. ¡No entendí lo que habían hecho hasta que salí de ahí! Suerte de que te separaran de mí.

Angelina, niña de mi cuerpo dolorido y sangrante, niña de mi triste matrimonio que nunca me sentó bien, como un par de zapatos baratos con un clavo en la suela. Pero tú sí sentabas bien. La enfermera dijo que tendría que enseñarte, pero enseguida encontraste mi pecho. Te pusiste a chupar al instante. Recuerdo cómo te aferraste a mis pechos con tu pequeña boca fruncida y empezaste a sacar leche, ese dulce placer. Cómo podría alguien saber lo que significa ser madre sin haber llevado nunca una criatura dentro durante nueve meses ni haber sentido su peso bajo el corazón, sin haber parido con dolor y sangre, sin haber dado de mamar. Alguien

que ha sacado su criatura de una máquina, igual que aquella pareja de blancos ricos obtuvo mi carne y mi sangre. Ya hecha y preparada, una niña enlatada, solo poniendo el dinero. ¿Qué podían saber esos de la maternidad?

Estaba sentada contra la pared de la galería, con las lágrimas cayéndole en regueros por las mejillas. ¿Acaso la pena había roto la alucinación? Le daba igual. Los odiaba, esos insípidos monstruos del futuro nacidos en botellas, nacidos sin dolor, multicolores como una camada de cachorros sin los estigmas de la raza y el sexo.

SEIS

–Ahora escúchenme bien, señoras –dijo la señora Richard, agitando un gordo dedo índice–. De este pabellón no sale nadie hasta que no me digan quién escondió esta droga detrás del radiador. ¡Y lo digo en serio!

Era una caja de aspirinas con droga que Glenda había conseguido de su novio del pabellón de hombres. Glenda estaba casada y su novio también, pero nadie se lo echaba en cara. Afuera el asunto terminaría; volverían a estar atrapados dentro del mismo marco del que habían caído, con una nueva capa de miedo que los fijaría a él. A Connie los romances entre pacientes le recordaban a los líos amorosos de la escuela primaria, donde todo consistía en captar una mirada de reojo desde una ventana muy alta,

enviarse notas en un carrito, cogerse las manos fugazmente en la sala común, tocarse durante un instante en la terapia de grupo o bailar juntos en la fiesta de Navidad. A veces corría el rumor de que los pacientes con permiso para salir al patio follaban en el cuarto del almacén o detrás de una valla, pero la mayoría de esos rumores eran pura fantasía. No pasaba igual con el personal.

La señora Richard y la enfermera Wright le recordaban en cierta medida a sus maestras de primaria. Su primera escuela no había sido tan mala. Había ido caminando de la mano con Luis. Todos los niños eran mexicanos y la escuela estaba a una distancia que se podía cubrir andando. No, la escuela primaria que recordaba con escalofríos era la de Chicago.

–Di zapato.

–Sapato.

–Zapato. Ahora dilo bien, Consuula.

–Sapato.

Luis manejaba a la perfección el acento anglo y se lo enseñaba a los demás, dándoles puñetazos hasta que lo decían igual que él. Recibir golpes de Luis en el brazo era mejor que la maestra blanca mirándola con la aburrida certeza de que fracasaría una y otra vez al pronunciar aquel sonido que parecía haberse inventado para avergonzarla.

Luis no les enseñaba a decir «zapato». La palabra que había escogido para su lección, finalmente exitosa, era «desacato».

–¿Puedo ir al baño? Señorita, tengo que ir.

Aquí se acercaba a la sala de enfermería para implorar un pedazo de papel, un lápiz, un cigarrillo, fuego, la oportunidad de hablar un segundo con el médico, permiso para hacer una llamada. Cualquier cosa que no fuera estar atada, drogada hasta las cejas o en silla de ruedas hacia los electrochoques era un privilegio. Alguna tarea fuera del pabellón, poder dar un paseo, una barra de caramelo.

Uno de los privilegios era una excursión al salón de belleza, donde maquillaban a mujeres de su edad para que parecieran exactamente mujeres de su edad maquilladas. No saldría de allí pareciéndose a la señora Polcari. La última vez que la habían soltado, las del salón de belleza la habían arreglado como Carmel, la madre de Dolly, arreglaba a las mujeres puertorriqueñas para las bodas y las fiestas importantes: rellenas y al horno. Lucía un estilo diez años desfasado, cubierta con unos rizos que daban risa y una capa de maquillaje de medio centímetro que enfatizaba cada línea, los párpados verdes, la boca naranja brillante y las pestañas espesas embadurnadas de máscara, como si fueran una marquesina recién estrenada sobre el escaparate de una casa de empeños.

Cuando llegó al hotel de los servicios sociales donde la habían metido los primeros meses –yonquis en los pasillos y diez menores en una sola habitación con un lavamanos atascado– la recibió ese rostro estridente como el de una muñeca vieja y horripilante cubierta por la mugre del viaje. Estirada en la cama, se imaginó al fantasma de Claud tocándole la piel con esos dedos que tanto sabían, esos dedos más rápidos que el resto de su ser y que acababan en bulbos sensibles. Cuánto se habría quejado de lo que le embadurnaba las mejillas.

–Tocarte es como tocar una almohada de satén. Como las sábanas de satén entre las que duerme el rey de los chulos. Voy a pasar todo el domingo tumbao, metiendo mano y llenándomelas de esta cosa tan rica.

Claud hacía el amor como si tuviera todo el tiempo del mundo. Podía no tener ganas durante toda una semana, podía llegar a desaparecer, podía llegar a sentirse demasiado deprimido e irascible. Pero cuando se ponía a hacerlo, se tomaba su tiempo. Amaba a fondo cada milímetro de su cuerpo. Podía acariciarle la piel de seda debajo de los brazos hasta que los pechos empezaban a arderle, jugar con sus senos rozándolos apenas y luego llenarse las manos con ellos y frotarlos con la nariz y chuparlos hasta que le dolía el vientre de deseo. Podía frotar su cosa contra ella lánguidamente, despacio, despacio hasta deslizarse dentro y luego sacarla con sumo cuidado, meterla y sacarla hasta que ella la cogía y la empujaba adentro con

la mano. Después de eyacular, hacía una pequeña pausa pero la mantenía firme. Luego podía seguir y seguir. Podía ser tan paciente y deliberado con ella, moverse con tanta lentitud y desenvoltura que Connie podía entregarse por completo a amarle, a disfrutar sus orgasmos, a sentir sus pieles tocándose, sabiendo que su propio placer se abriría entera y lentamente dentro de ella.

Había ido a un bar en la Segunda Avenida –uno de los pocos en los que la clientela era una mezcla de gente negra y puertorriqueña– buscando a Eddie, que había dejado de pasarle dinero para la niña. Estaba sentada en una mesa sola, deprimida, sintiendo que parecía estar en busca de clientes. Se había fijado en Claud al verlo al fondo del bar tomando unos tragos con unos amigos, igual que se fijaba cautelosamente en todos los hombres que entraban y salían. Tenía un diario abierto frente a ella y bebía muy poco a poco una cerveza tibia, con la esperanza de que Eddie o alguno de sus *compadres* entrara por la puerta.

Después de una corta cháchara con el camarero, Claud empezó a tocar su saxofón: *blues*, espirituales, algunas canciones populares. Estaba encantada. Él tocaba bien, pero estaba encantada porque tenía algo que hacer ahí sentada: podía mirar a ese corpulento hombre negro con gafas oscuras tocando el saxo, mientras ella marcaba el ritmo de la música y se limitaba a vigilar la puerta con el rabillo del ojo. No fue hasta que Claud dejó de tocar y empezó a pasar el sombrero que Connie se dio cuenta de que era ciego. Eso

la cogió desprevenida, así que cuando el músico volvió a su mesa, le devolvió los veinticinco centavos que había dejado en el sombrero y le pidió permiso para sentarse e invitarla a una cerveza, había accedido: para no ser grosera, porque su ceguera la había cogido desprevenida.

Esta mierda de sitio no le ofrecía nada que hacer y le dejaba demasiado tiempo para no hacer nada. Ahí estaba otra vez, melancólica con Claud. No podía soportarlo. Recordarlo la despedazaba en lonchas sangrantes. Hasta matarla.

Diez y media. Se había levantado hacía cuatro horas y el gran acontecimiento había sido esperar en la cola del desayuno durante media hora. En el pabellón era un mal día. La señorita Richard encontró a la chica negra de dieciséis años, Silvia, apoyada contra el radiador con la mitad de la cara quemada. Se la habían llevado a aislamiento, completamente dopada, y lo que fuera que le hicieran no incluiría tratarle la quemadura.

Después la vieja señora Stein salió del lavabo con mierda restregada en el pelo, y mientras una de las auxiliares tiraba de ella de vuelta al lavabo, de repente Sharma empezó a darle puñetazos a Glenda.

–¡Putas de mierda! ¡Sé que te estás tirando a mi marido!
¿Se creen que soy estúpida? ¡Putas de Babilonia! Lo haces

con todos los médicos. ¡Todo el mundo habla de ti, puta! ¡Lo haces con todos!

A las once y media la mitad de las habitaciones de aislamiento estaban llenas y las pacientes hacían cola para una dosis extra de tranquilizantes, repartidos en el formato líquido que quemaba la garganta y la dejaba ronca. Podía sentir las mentes agitarse como álamos en una tormenta a través de todo el pabellón; de vez en cuando alguna rama frágil se quebraba y caía al suelo. Estaban enfadadas por su encierro, sin poder esperar siquiera la llegada de esos cortos intervalos que rompían la rutina y alrededor de los cuales giraba la vida en el pabellón G-2. Se sentó en el suelo desde un lugar en el que, si ponía la cabeza en la postura exacta, podía ver una ventana entera repleta de hojas. Si se sentaba en el ángulo adecuado, no llegaba a ver el resto de edificios y así el verde le llenaba los ojos.

La medicación la hundía, le llenaba la mente de copos de algodón y extraños retazos ardientes de alucinación y recuerdos. Sentía la cabeza hinchada: las cabezas de aquellos embriones flotando en la incubadora, esas cabezas grandes y conscientes flotando boca abajo detrás del cristal. Quería dormir, pero los pacientes no tenían permitido acostarse durante el día.

Por fin pasó algo: hora de hacer cola para el almuerzo. Se acercaron arrastrando los pies mientras las auxiliares las hacían ponerse rectas. Esperaron un buen rato a que se

abriera la puerta. Todos los pabellones del edificio G iban a comer abajo, pero de manera escalonada. Glenda, con la cara hinchada por el ataque de Sharma, se acercó y se puso junto a ella. Connie esperó a ver si quería hablar.

–¿Te ha hecho daño en la cara? –preguntó Connie.

–Nunca me lo hace. Esa es plástico del bueno.

–Sé que Sharma no pensaba en serio lo que te dijo.

–Algo que decirte. Se fue por el pasillo: se la llevaron los auxiliares.

Esperó. Sabía que Glenda estaba hablando de sí misma y tenía algo urgente que decir.

–Venga, vamos –rebuznaba la señora Richard. Les tenía miedo a las pacientes y ellas lo notaban–. Cierren esa fila. ¡Venga, vamos! ¡Una línea recta!

–Ella vio a tu amiga con los pies por delante.

–¿Sibila? –Inmediatamente vio como un destello su cuerpo bajo la sábana, los largos cabellos caoba flotando–. ¿Qué le hacían a Sibila?

–Se la llevaban para quemarla. Santa Juana. Me dijo que te dijera que lo sentía por tu amiga.

–¿Choque? ¿Se estaban llevando a Sibila para hacerle un electrochoque?

–Lo queman todo. Después lo rellenan con cemento.
–Glenda la miró a la cara con curiosidad, luego huyó y corrió a ponerse unos puestos por detrás en la cola.

Quería acostarse. Quería hacerse un ovillo debajo de una mesa. ¿La reconocería Sibila después de aquello? A veces después de los electrochoques los internos no recordaban a sus amistades o sus amantes. Se sentía irascible y frustrada. A Sibila ya le habían dado electrochoques otras veces. «Me han hecho de todo menos colgarme», solía decir. Sibila habría luchado contra ellos, pero la habrían dejado sin sentido, le habrían atravesado el alma con brutales corrientes de voltios. Sibila inconsciente no era más que otra mujer desamparada.

A propósito, salió de la cola en silencio y se sentó sobre su catre. La señora Richard vino trotando hacia ella, su pequeña boca fruncida en una mueca de alarma.

–Señora Ramos, vuelva a la cola. Es hora de su almuerzo.

–¿Por qué habría de estar de pie allí esperando durante veinte minutos? –Intentaba hablar con calmada dignidad pero la medicación le hacía arrastrar las palabras–. La medicación me mareo. Esperaré aquí.

Leyó miedo en los ojos de la señora Richard, que odiaba a las pacientes y a quien las manos le temblaban un poco cada vez que tenía que tocarlas. La señora Richard emanaba un agrio hedor a miedo que a Connie le recordaba el olor a gas escapándose de una hornalla abierta.

–Señora Ramos, está usted confundida. Mucho. Es hora de hacer cola para su almuerzo.

–¿Por qué tengo que esperar de pie? Cuando llegamos no es más que basura. Nadie quiere hacer cola para una basura como esa. –Intentaba hablar con claridad pero le enfurecía sentir la lengua pesada arrastrando las palabras como si estuviera borracha.

–¡Venga aquí ahora mismo! Vuelva a la cola. ¡No está usted cooperando! Todas las demás están esperando en la cola del almuerzo.

En realidad, Glenda se había salido de la fila y vagabundeaba entre los catres. Connie esperó a ver qué hacía la señora Richard, esperando que llamara a la enfermera y la empujaran de vuelta a la cola. Pero su pequeña rebelión tenía que recibir castigo. La metieron en aislamiento. Tirada en el suelo, se sentía una idiota. Pero ¿cómo podía hacer cola para almorzar como una oveja mientras Sibila ardía?

Se durmió unos instantes, un sueño acalorado, intermitente. La sala apestaba a mierda vieja. No buscó por miedo a encontrársela. Golpeó la puerta, con la esperanza de que vinieran y la dejaran ir al baño, pero no apareció nadie.

Estaba sentada en el *Boca de Oro, Comidas Chinas y Criollas*, un pequeño restaurante chino-cubano con reservados para familias en la calle 116. A Claud y a ella les gustaba ir allí. Angie nunca fue de buen comer y en los restaurantes se dedicaba más a lloriquear que a comer. Pero le encantaba el Boca de Oro, en parte por los espaguetis aliñados solo con un poco de mantequilla que le traía el camarero sin que la niña montara una escena, y en parte por un mural que le gustaba. Connie le dijo a Claud que tenía suerte de no poder verlo: *señoritas* dando brincos con imponentes *mantillas*, con un toro que parecía un perro gordo a punto de estornudar.

Se sentaron en un reservado, una familia que en sus diversos colores, tamaños y formas era mucho más real de lo que Eddie, Angie y ella habían sido nunca, con Claud ocupando un costado de la mesa entero y su bastón al lado de Angie para que jugara con él. Connie y Angie se sentaron enfrente; Angie retorciéndose de placer y pidiendo permiso para ir al baño cada cinco minutos. «Tú no puedes ir a nuestro baño», le decía a Claud sin parar. A Angie le fascinaban los baños para hombres y para mujeres y el hecho de que usaran el mismo en casa pero no pudieran

hacerlo allí. Últimamente Angie hacía preguntas sobre lavabos durante horas. A Connie la volvía loca. Cuanto más se irritaba, más la presionaba Angie con preguntas. Tenía el don de sentir en qué momento su madre no quería hablar sobre un tema, y una urgencia vívida y vigorosa de saber por qué.

–Serías una gran poli –le dijo Claud a Angie una vez–. Un comandante detective especial.

Connie se sentía colmada de placer: placer porque tenían algo de dinero, porque estaban juntos, porque estaban siendo una buena familia, porque Angie se estaba comportando y comía sus espaguetis, porque Claud estaba sentado allí ancho, radiante, sólido, cálido. Como un sol, su presencia la iluminaba. Connie comía del plato de Claud, del suyo, mordisqueaba lo que Angie no iba a acabar. Todo estaba picante y sabroso. Era primavera, justo después de Pascua, y Claud le había dado dinero para un vestido nuevo. El vestido era turquesa, ceñido en la cintura, y ondulaba al andar. Claud dijo que era bueno y agradable al tacto. Se había retocado el cabello justo el sábado pasado y se había puesto la mascarilla de aclarado para dejarlo suave para Claud. Era como bañarse en rayos de sol. Dos semanas después los arrestaron.

Estaba en aislamiento, llorando. Claud, Angie. El abogado de oficio le dijo que se declarara culpable para conseguir una sentencia menor y acabó con una sentencia suspendida

como cómplice de un delito de hurto. Pero pasó semanas en prisión antes del juicio y se llevaron a Angie por primera vez a un albergue para menores. Su oficial de la condicional no le permitió ningún contacto con el hombre que ella consideraba su marido. El Estado dijo que su marido era Eddie. Nunca había tenido dinero suficiente para divorciarse por abandono del hogar. Total, ¿para qué? Solo de vez en cuando sentía que el nombre Ramos era una pesada carga, un inmenso tronco muerto que cargaba a sus espaldas. Su grosor era el del cuerpo de hombre delgado pero huesudo, la aspereza de la piel pegada a su espalda. Claud se había abierto con ella, y todo el mundo (el juez, el oficial de la condicional, Luis, todo el mundo) había intentado que se sintiera avergonzada de estar con él. Negro y ciego.

¡No soportaba recordarlo! Se había sentido asqueada por Luciente y Abeja, pero le daba igual. Tenía que salir de aquí. Tenía que apagar sus recuerdos. Intentó abrir la mente, invitar. Durante mucho, mucho tiempo, todo permaneció inmóvil. Nada, solo tiempo que se le enganchaba a la piel como grasa fría.

Al fin sintió algo. Enseguida clamó:

–¡Luciente, déjame visitarte!

La presencia se hizo más fuerte.

–Cachái, quizá también seas persona emisora. ¡Qué mezcla tan poderosa e inusual!

–No me halagues.

–¿Por qué no alabar las fortalezas? Habla bien cuando puedas, y la crítica no picará. Despeja, ahora, despeja con fuerza.

Sintió el abrazo firme de Luciente y estuvo de nuevo en su cabaña.

–Te perdimos de repente la última vez. –Luciente la abrazó–. ¿No te hiciste daño?

–Creo que si recuerdo algo con mucha fuerza se rompe este... como se llame este vínculo.

–Puede ser que dejes de captar cuando tu atención cambia. Supongo que nos acostumbraremos a estas abruptas descorporeizaciones y saltos en el tiempo hacia adelante y hacia atrás.

Luciente llevaba unos shorts y una camisa sin mangas. A Connie le recordaba a una atleta, una jugadora de tenis; salvo que casi nunca eran tan morenas como Luciente. Abeja, que estaba en el borde de la cama, llevaba una larga bata roja y negra cubierta con un fino bordado que le daba rigidez, con una capucha suavemente enrollada que le caía sobre los anchos hombros.

–¡Vamos! –urbió Luciente, con la voz ronca por la prisa–. ¡Rápido! Las comas de Abeja esperan.

Efectivamente: fuera, sentadas en cuclillas con mucho cuidado para no manchar sus trajes, había dos mujeres tan arregladas como Abeja, mujeres que recordó haber visto en la mesa del almuerzo. Una llevaba una camisa larga y unas mallas claras de suave piel de ciervo, con muchos apliques bordados de conchas y plumas; los largos cabellos negros trenzados con tiras de cuero teñidas y atados de manera precaria en forma de torre. Los cabellos castaños de la otra mujer flotaban sueltos, llevaba largos pendientes de filigrana y una bata azul holgada. Con gracia y agilidad, las dos mujeres se levantaron para saludarlos.

Sentada sobre una piedra, un poco apartada, había una chica rubia, sí, de unos trece años. Connie distinguió enseguida que era una niña, porque llevaba una camisa de algodón completamente abierta, como si fuera una chaqueta, de modo que las pequeñas copas de sus senos resultaron visibles cuando se levantó y se giró hacia ellas. La piel de su pecho se veía tatuada. Connie miró con atención. Cuando se congregaron formando un grupo, pudo ver que se trataba de pintura. La chica llevaba pantalones y esa camisa abierta, y tenía una canasta a los pies, que en ese momento levantó de un amplio movimiento para ponérsela como una mochila. También recogió un arco del suelo y se lo colgó del hombro. Connie pudo ver que llevaba la vaina

de un cuchillo en la cintura, colgando debajo de la camisa-chaqueta.

–Aquí Inocente, nuestra criatura. Inocente, aquí Connie, del pasado. –Abeja se giró hacia ella, con un aire majestuoso en sus movimientos–. Hoy es el nombramiento de Inocente. Nutria, Luxemburgo y yo estamos por salir en flotador para ver que aterriza a salvo. Hemos sido madres de Inocente, y este es el fin de la maternidad.

–¡Como si no estuviesen a punto de dar volteretas por librarse de mí! –dijo Inocente sacándole la lengua.

–Lo has adivinado. Hemos planificado abandonarte en la bahía.

–Solo que flotas como una cámara inflable –dijo Nutria, la mujer de la piel de ciervo.

–Si me come un oso, ¡ya verán cómo se bajonean!

Nutria puso un brazo alrededor de Inocente.

–¿Un bocadito delgaducho como tú? ¡Y duro! Como masticar madera de algarrobo.

–¿Es que no quieres ir? –preguntó Luxemburgo, en su vaporoso vestido azul–. Dilo: no te compes. Si el momento no es oportuno, espera. No nos estamos muriendo por que te escapes.

Inocente arrugó la nariz, dando una patada a la piedra con sus pesadas botas nuevas.

–Cierto, quiero ir. No es que me muera de ganas de alejarme de ustedes, peña. Solo que mis dos mejores compas ya son jóvenes. Creo que ya es hora. No paro de soñar con ir. Además, vaya nombre chirriante me pegaron ustedes. ¿De qué se supone que tengo que ser inocente?

–Dijiste que soñaste dos veces con ir –comentó Nutria–. Parece que ha llegado el momento. Nadie siente nunca una certeza *yin-yang*.

–Ni sobre esto, ni sobre cualquier otra cosa en la tierra –dijo Abeja dando una palmada en el hombro de la niña–. Me puedes señalar como responsable. Inocente fue un nombramiento desde el corazón, en parte por Luciente, que habla español. Hacía poco que éramos amantes. En parte me gustaba cómo sonaba, era bonito de pronunciar. Al fin acababa de terminar un período de trabajo de reparación para las antiguas colonias, cuando regresé a casa y me apunté para madrar. Había estado viajando un año por América Latina. Eso hizo que le diera muchas vueltas en la cabeza a todos esos siglos de violación de la tierra, las riquezas robadas, el empobrecimiento, el maltrato y la hambruna de generaciones... hasta ese día en que todo rastro de ese pillaje se haya sanado... Así fue como te nombramos. Ahora te toca a ti mejorarlo. –Abeja dio un paso atrás–. ¿Has afilado el cuchillo?

–Cierto. He comprobado todo. Cantimplora, cuerda del arco, puntas de flecha. –Inocente miró a Connie–: ¿Vienes?

–No lo sé –contestó–. ¿Adónde van en realidad?

–Adonde se ha decidido. –Inocente dejó escapar una risa seca, agitada.

–Abandonaremos a Inocente en una de las áreas salvajes que utilizamos –dijo Luciente–. Así es como hacemos el tránsito de la infancia a ser miembros plenos de nuestra comunidad.

–¿Abandonarla en lo salvaje? ¿Sola? –Su voz subió de tono.

–¡Cierto que sí! –dijo Inocente con indignación–. Si no, ¿para qué, ahora? He estado muchísimo en el bosque.

Connie se volvió hacia Abeja.

–¿Se quedará allí fuera toda la noche? –Tenían que estar locos.

–Una semana. Luego son las personas que per eligió como tías, las que harán de consejeras durante los próximos años, quienes van a buscar a per. Nos no. –Nutria acomodó su elaborado peinado.

–¡Pero no podrán hablarme durante tres meses a partir del momento en que regrese! –dijo Inocente con regocijo–. No lo tienen permitido.

–Para no olvidar que ya no somos madres y que persona es un miembro igualitario. Un trimestre da a cualquiera cimientos sólidos y rompe los viejos hábitos de dependencia –continuó Nutria.

–¿Y si se rompe una pierna? ¿Y si le muerde una serpiente? ¡¿Y si tiene una apendicitis?!

Abeja le sonrió casi con tristeza.

–Asumimos el riesgo. No hemos encontrado otra manera de romper la dependencia sin correr cierto riesgo. A lo que no podemos arriesgarnos es a que nuestra gente permanezca pegada a viejos patrones: esas disputas durante lo que ustedes llaman adolescencia.

–Un rito de paso que no implique ningún peligro se parece demasiado a un regalo como para crear confianza –dijo Luxemburgo con su voz suave, bastante grave.

–Tengo miedo de ir... pero lo deseo, cierto. ¿Cómo es que no me hablas a mí? Solo le hablas al resto de la gente –dijo Inocente a Connie.

–¿Cómo puedes saber en lo que te estás metiendo? ¡Solo eres una niña! –Se dirigió a Abeja–. Es un crimen

abandonarla con animales salvajes y arbustos venenosos y quién sabe qué más... ¿Cómo se supone que comerá y se lavará y se cuidará?

–¡Sé qué comer en el bosque! Tengo doce años y medio, no cuatro. Puedo volar un flotador sin ayuda, ¡pregunta si puedo! Solo hay otra persona de doce años que puede volar un flotador sin ayuda en toda la comarca. No puedes esperar que vaya por la vida con un nombre que no he ganado, ¡un nombre que me engancharon cuando ni siquiera era consciente! ¿Cómo voy a profundizar en mi ser y desarrollar mi propia fortaleza si no puedo averiguar cómo estar en soledad tan bien como cuando estoy en compañía?... ¿Pos?

Luciente cogió la mano de Connie.

–Veo que es extraño para ti. Pero las personas jóvenes de tu tiempo seguían siendo económicamente dependientes mucho tiempo después de que estuvieran listas para trabajar. Nos dejamos en libertad a nuestra gente joven.

Abeja se sacudió los pliegues de la bata.

–Ven a despedirte. Ya es hora. Si quieres acompáñanos en el flotador, o quédate con Luciente y persona puede mostrarte la casa infantil. Tenemos una hora de vuelo. Queremos que Inocente tenga suficientes horas de luz para instalar el campamento, buscar comida y evaluar la zona.

Inocente avanzó a pasos largos y el resto permaneció detrás. Pronto estaban todos paseando juntos, Inocente cogida del brazo con Luxemburgo, que le susurraba al oído precauciones y consejos, mientras Luciente y Nutria caminaban del brazo, Luciente explicando una larga historia sobre el nombramiento de Neruda.

–¿O sea que van a lanzarla con un paracaídas en los bosques y luego huir? –preguntó Connie a Abeja.

–¿Paracaídas? Descendemos, dejamos a per en tierra y marcamos el lugar con una baliza y un gran marcador rojo.

Luciente se inclinó hacia Connie, sonriendo abiertamente.

–Aún no hemos extraviado a nadie. Tienes razón, los accidentes ocurren... Pero ¿por qué intentar controlarlo todo? Pensamos que el control interfiere con el placer y con comunar, cachái, y estas dos cosas son importantes para nos.

–No iré con ustedes. ¡No quiero ver cómo abandonan a una niña!

–Connie, ¿no ves que Inocente quiere ir?

–A los niños se les puede lavar el cerebro para que quieran cualquier cosa. Mi... mi propia hija una vez lloró una semana entera porque quería un hombre mecánico que caminaba; lo había visto en la tele, costaba tanto dinero que no lo podía

creer. ¿Tendríamos que habernos muerto de hambre durante dos semanas para comprárselo y que así dejara de llorar?

–Los veremos partir. Serán más felices en soledad. Es tierno, el final de la maternidad. Comprehendes, nos acompañamos en la ansiedad de los rituales. Los cambiamos, ¡estamos cambiándolos constantemente! Pero dan cuerpo a lo que sentimos como bueno.

Con sumo cuidado Abeja le colocó bien la chaqueta a Inocente.

–No bajes el ritmo ni entres en trance hasta que construyas tu refugio, ¿cachái?

Mientras se aproximaban a una pequeña cuesta, se encontraron con una colina más alta. En una incisión en uno de sus lados había lo que parecía un hangar, con el techo abierto como una caja con la tapa levantada. En su interior, había estacionadas tres máquinas que parecían saltamontes del tamaño de un helicóptero. Sobraba espacio en el hangar, como si se utilizara para guardar más de esas máquinas o alguna otra cosa.

Una mujer rubia con un peto se acercó a ellos desde el flotador que estaba delante. Estaba bronceada, el pelo al rape envuelto en un pañuelo, la nariz enrojecida por el sol,

los ojos grandes y azules y los brazos delgados y prietos embadurnados de grasa.

–Pos, un buen nombramiento, Inocente. ¿Te marchas ya?

–¿Tienes preparado el flotador, Estrella Roja?

–Todo a punto. ¿Vuelas hoy?

–¡Ja! Han dicho que no. ¿Tú que crees?

–Ni siquiera sabes adónde vas, ¿o ya lo has adivinado?

–Si lo adivinase, lo cambiarían.

Poco a poco, otras personas fueron acercándose al hangar desde los campos sembrados, los jardines de cultivo intensivo, el comedero y la incubadora, desde las cabañas diseminadas entre los jardines y los edificios de formas libres que llamaban recién-crecidos. Se acercaba más gente a paso lento desde los muelles del río, en los que divisaba una variedad de barcos de pesca de altura, unos convencionales y otros extraños, equipos de buceo, redes y cabrestantes. Abrazaban a Abeja, Nutria y Luxemburgo, esperaban que Inocente dejara de dar vueltas alrededor de la máquina para poder saludarla. Luciente permanecía con Connie en lo alto de la colina, un poco apartadas. El día transmitía la impresión de las ocasiones especiales, un poco formal pero también familiar, como si un gran clan estuviera despidiendo a alguien que se casa o va a la guerra. Por supuesto que eran

demasiados como para ser una familia de verdad. Ni siquiera su propio clan Comacho, allá en El Paso, sumando fuerzas con el contingente de Chihuahua, pudo congregarse a tanta gente cuando partieron hacia Chicago en su viejo Ford con la promesa de un trabajo en la acería, la última vez que ella había visto tantas personas con vínculos de sangre reunidas en un solo lugar.

Salvo que, por supuesto, esta gente no tenía vínculos de sangre. Aquí nadie sabía lo que eso significaba. Solo actuaban como si lo supieran. Se besaban y abrazaban y Nutria hasta se había puesto a llorar. Finalmente, Inocente dejó de trastear con el flotador en lo que parecía un intento por ocultar su vergüenza para dejar que la gente la saludara. Ni siquiera a ella parecían molestarle los abrazos y las lágrimas. Luciente había dejado a Connie para abrazar a Abeja, y ambos lloraban. Gruesas lágrimas rodaban por las anchas mejillas de Abeja. ¡No se podía imaginar a Claud llorando! Si hasta cuando leyeron su sentencia había sonreído y se había alzado de hombros murmurando entre dientes:

–Mierda, podría haber sido peor. Es duro que te toque cárcel, pero lo haces, y listo.

Una vez más le recordaban a niños, hasta los hombres. Inocente era la única que no lloraba, llena de una impaciencia tenaz.

Sonándose la nariz con un gran pañuelo multicolor, Luciente volvió a trepar hasta donde estaba Connie.

–¡Ay, ay, ay! –suspiraba al andar. Ahora Abeja y Liebre, el chico flaco y desgarbado que también era amante de Luciente, se abrazaban.

–Luciente, a veces un niño tiene que sobrevivir sin sus madres. ¿Y si alguien muere? ¿Y si alguien se va? ¿Qué le pasaría a tu niña si, supongamos, te fueras a California? ¿Aún existe una California, o se hundió en el mar? ¿Tienes permitido ir, o tendrías que quedarte aquí? Sea como sea, ¿podrías llevarte a tu hija?, ¿o tus comadres no te darían permiso?

–¡Ay! ¡Demasiadas preguntas! Ciertamente, puedo ir si quiero. ¿Cómo trabajaría bien, cómo podría contribuir a mi aldea si no quisiera estar aquí? Intentamos no irnos cuando estamos madrando. Pero si me compo tengo que ir, y Aurora se quedaría. Porque irse sería un desarraigo terrible. Luego cuando la criatura tuviera la edad suficiente, persona podría escoger una tercera madre. Si no, hacemos voluntariado. Cada criatura tiene tres. Si morimos, igual.

Luciente volvió a sonarse la nariz, enérgicamente, con el pañuelo de diseño complejo y colores estridentes (un pañuelo de regalo, pensó Connie: apuesto a que la gente aún se obsequia pañuelos cuando no sabe qué regalar).

Las idas y venidas, los saludos y los buenos deseos, los abrazos y los llantos, las palmadas en los hombros y los estrujones y los apretones de manos, todo alcanzaba un vertiginoso punto culminante y Abeja, Nutria y Luxemburgo, con sus lujosas ropas, se montaron en el flotador junto a Inocente. Luxemburgo se puso al mando. Todo el mundo saludaba y gritaba. Canastas con el almuerzo empezaron a pasar de mano en mano y también lo que parecía una botella de champán. «¡Vuelve con un nombre vigoroso!». «¡Hasta pronto, Inocente! ¡Yo voy la semana que viene!». «¡Cuídate!». «¡Que tengas sueños poderosos!». «¡No te fijas en la soledad!». «¡Nos vemos en una semana!».

Finalmente se extendió un artilugio con una bolsa en la borda del flotador, pintado con un diseño de remolinos en tonos pastel, y comenzó a elevarse lentamente, con gracia, en silencio. Planeó unos trescientos metros y luego zarpó, con otro aparato encima que daba vueltas emitiendo unos gorjeos. Surcó el aire silencioso, como un globo, y pronto se perdió de vista. Una vez más Luciente se sonó la nariz con su pañuelo multicolor y se lo guardó en uno de los bolsillos de los shorts, al tiempo que Liebre salía de entre el remolino de gente que ya se retiraba y se acercaba a zancadas para abrazarla. Sí, no eran como los anglos; eran más parecidos a chicanos o puertorriqueños en el tocarse, los niños correteando por todas partes, el ambiente de fiesta y comunidad. Después de todos esos acontecimientos, todo el mundo se marchó con alegría, serenos. Liebre paseaba

lentamente con la mano ahuecada sobre la nuca de Luciente.

–Luciente, ese pañuelo, ¿es un regalo? –preguntó Connie.

–¿Este? Ciertamente, de Aurora para el Día de las Madres. Aurora lo hizo.

–¿Día de la Madre? –rio–. ¡Aún tienen Día de la Madre!

–Tenemos decenas de fiestas –alardeó Liebre–. En honor de personas que han sido grandes libertadoras. Por acontecimientos importantes, como la domesticación del trigo y el maíz. El giro del sol de norte a sur. Luchas famosas... ¿Tu sociedad no utilizaba rituales para dar cuerpo a lo que consideraban bueno? Como sus partidos de fútbol, sus desfiles, sus ejecuciones públicas...

–¡No hacíamos eso! Eso era antes, hace mucho tiempo.

–Pensaba en sus holos primitivos...

–¿Te refieres a la televisión? ¡Al menos teníamos programas normales!

–¿No veían ustedes bombardeos, incendios, apuñalamientos? ¿Tiroteos a personas? En cada grupo, las personas que trabajan en el espectáculo dan cuerpo a ideas de bondad. La gente siempre intenta ser buena según lo que

ven, ¿no? –La mano que tenía libre se movía en gestos amplios.

Iban caminando a pasos largos colina abajo en dirección a la aldea.

–No lo sé. Tenemos una idea religiosa de la bondad: un poco como lo que ustedes llaman bueno, ser amable y considerado con tus vecinos. Pero para ser un buen hombre, por ejemplo, un hombre se supone que tiene que... ser fuerte, aguantar bien el alcohol, atraer a las mujeres, ser capaz de ganar contra otros hombres, tener suerte, ser duro, *macho* le decimos, *muy hombre*... no ser un tonto... no involucrarse demasiado en la relación... buscar ser el número uno... ganar mucho dinero. En fin, para salir adelante pisas a otra gente, como mi hermano Luis. Consientes las acciones de los tipos poderosos y le pasas por encima a la gente que tienes por debajo...

Se encogió de hombros, abatida, mientras pasaban las cabañas repletas de viñas y rosales con pequeños frutos verdes colgando de los huertos de frutales, las peceras cubiertas donde los peces desovaban bajo cúpulas translúcidas. El crecimiento era como un enjambre sobre la tierra.

–¿Bondad? Mi madre era buena. ¿Para qué le sirvió, salvo para morir desangrada a los cuarenta y cuatro años? Con la apariencia de una mujer de sesenta. –Se moría por un

cigarrillo, pero no había visto ninguno por aquí y recordaba el miedo de Luciente—. Nunca he sido capaz de hacer tanto bien como para sentirme bien, ni de hacer tanto mal como para que me sirviera de algo.

Una mujer de más edad se les acercó, extendiendo la mano hacia Connie.

—Soy Roble Blanco. Trabajo en la misma base que Abeja y Luciente. Me han dicho quién eres y, cachái, chismorreamos sobre ti. Pero nunca nos hemos presentado. Mi criatura también se nombró este mes... quiero decir, la que era mi criatura. Ahora es Centellas, y no podemos hablarnos durante otras siete semanas.

—¡Centellas! —saboreó Luciente—. Espero que no nos caiga un verano de nombres titánicos. Relámpago Rampante. Bola de Fuego Estupenda. La Tierra Baila. Las Estrellas se Paran. Heroico Fervor Revolucionario. Mao Susan B. Ferenzi. Libertad Mediante la Lucha Constante.

—Supongo que escogiste Luciente enseguida —canturreó Liebre, tirándole del pelo—. Supongo que eras tan prudente, incluso a los trece, como para no escoger un nombre tonto.

—En realidad me llamaba Luz Blanca cuando salí del nombramiento, como ves no he derivado tan lejos. Pero, debo confesar, pasé por las rarezas habituales. La primera vez que estuve con Diana, me llamaba Artemisa.

–En realidad el gemelo de Artemisa era Apolo. ¿O es que lo que querías era «ser» Diana? –Liebre se puso a su lado, elástico, arrastrando los pies–. Querías la luna, Luci, en lugar de reconocerte como una criatura del pragmatismo diurno.

–Yo durante un tiempo me llamé Pantera –dijo Roble Blanco–. Como si alguna vez hubiera visto alguna, excepto en un holo. Y Liriope, una planta que cultivábamos para controlar la erosión en los lugares donde había habido explosiones, en la época en que recién había llegado a la base.

–Me encanta ese –dijo Liebre–. Liriope... –Dio un pequeño salto hacia adelante haciendo una pose como una planta en flor, con la cabeza hacia atrás, la boca abierta, los brazos formando un arco por encima de la cabeza.

–Venus Atrapamoscas –dijo Roble Blanco–. No te burles de mí. Me acuerdo bien cuando recién llegaste aquí, un nombre te duraba una semana.

–Lord Byron, En la Cresta de la Ola, Luna Oscura, Ganso Salvaje... –canturreó Luciente.

–Un día entré en el comedero y me dijiste que me ibas a dar el nombre de la semana, Chuleta de Cerdo Salvaje. Esa fue la primera vez que me fijé en ti. Ahora mejor que lo olvides... ¡Soy peor que tú! –Dio un salto para ponerse al lado

de Connie—. ¿Nunca tuviste otro nombre? ¿O solo vas cambiándote el segundo nombre?

Iban caminando por un ancho sendero en la ribera de la ría. Cada seis metros había colocados bancos de madera. Roble Blanco se sentó a una mesa, invitándolos a observar el fluir de la corriente, la marea entrando suavemente. Una barca de poco calado sobrevoló las aguas rozándolas apenas, a contracorriente, en dirección al mar.

—Es curioso, pero la manera en que ustedes hablan me recuerda a la gente de... de la institución en la que estoy encerrada... La mayoría del tiempo no hablamos entre nosotros, pero hay... menos barreras que en el exterior. Sea como sea, de alguna manera siempre he tenido tres nombres dentro de mí. Consuelo, mi nombre de nacimiento. Consuelo es una mujer mexicana, sirvienta de sirvientes, silenciosa como la arcilla. La mujer que sufre. La que carga y soporta. Después soy Connie, la que se las arregló para ir dos años al centro de estudios superiores, hasta que Consuelo se quedó embarazada. Connie consiguió algún trabajo decente de vez en cuando y luchó por un subsidio para tener algo de dinero extra para Angie. Me metió en un bus cuando dejé Chicago. Pero fue ella la que se casó con Eddie, pensaba que era una decisión inteligente. Después soy Conchita, mi parte depresiva, mezquina y alcohólica que va a la cárcel, al loquero, que solo ama a hombres inútiles, que hizo daño a su hija...

Cuando se calló de golpe, los demás permanecían en silencio, pero no hacían cara de asustados ni parecían tener un juicio moral. Como siempre, Luciente habló primero.

–Quizás Diana pueda ayudarte a fundir las tres mujeres en una.

–Cuando tenía trece años, tenía algo en mí que me hacía menguar. Las cosas que quería, pensaba que no debía desearlas, así que las alejaba de mí y eso hizo que me acosaran y me amenazaran. –Liebre habló con un tono irónico, pero no era una ironía dirigida a Connie–. Me desgarré mucho, me entristeció pasar por mi nombramiento. Quería regresar a la casa infantil y que mis madres estuvieran listas para consentirme en cuanto las llamara. Empecé a entrenarme para el buceo en vivero acuático, pero no era lo que quería hacer; al mismo tiempo, no era capaz de sentir qué quería hacer en verdad... Tú no crees en el fondo que eres tres mujeres: es una manera útil de hablar de tu vida. Pero yo sí creía que el océano intentaba ahogarme, porque sentía que el entrenamiento me engullía...

–¿Qué te pasó? –le preguntó Connie.

–Enloquecí de miedo. En el manicomio conocí a Bolívar y me ayudó a aprender a decir ese «Yo quiero, yo quiero» primordial. Había jugado mucho en mi infancia con pinturas y holos y me sentía... con más vida. Tuve que hacerlo en el

centro de mi vida. Tuve que llevar mi comp hasta el final y forzarlo. Entonces Bolívar y yo fuimos a estudiar con Marika de Amherst. Luego estudié en Provincetown con Pez Negro. Ya lo ves, soy de esas personas muy necesitadas y siempre que carezco, sumo. La siguiente vez que me desboqué, agarré a Luciente.

–¿Viniste de Fall River? –le preguntó Roble Blanco.

Liebre asintió.

–Vine aquí para estar con Bolívar.

–Salimos ganando –sonrió Roble Blanco–. No por tu eterna disposición al triunfo, pero haces cosas bonitas y holos potentes. En el taller ayer estaba procesando en la pantalla los nuevos tintos de Luciente con el vientre al sol.

–Roble Blanco, me rasguñas –dijo Luciente–. ¿Cómo puedes decir que es mi vientre?

–Persona tiene un buen vientre –dijo Liebre–. Me gustan los vientres bien redondos. Como el tuyo, Roble Blanco.

Estaban coqueteando delante de Luciente y a nadie parecía importarle. Roble Blanco debía de tener unos veinticinco años más que Liebre, aunque eran tan atléticos que era difícil asegurarlo. Roble Blanco tenía abundantes cabellos que llevaba sueltos, pero tenía una red de

profundas marcas de expresión alrededor de los ojos y la boca.

El cóner de Roble Blanco emitió un sonido.

–Aquí Roble Blanco –dijo al cóner.

–Pos, ¿corremos a resolver la prueba nueva hoy o no?
–Una voz cortante salió de su muñeca–. Estamos avanzando muy lento sin Abeja, que tiene libre hasta las tres, y sin Luciente, que tiene libre hasta quién sabe cuándo.

–Volando –asintió Roble Blanco–. ¡Desde que coordina este seis, Corydora mira el reloj como si este pudiera acoplarse con per!

–Nada de chicoteo colegas. Corydora está haciendo un buen trabajo –dijo Luciente–. Aunque persona intente servirme la culpa en un plato porque me hayan reclutado para el proye del tiempo. Está mal que ustedes, peña, tengan que agarrotarse redoblando esfuerzos.

–¿Corydora es la jefa de ustedes?

–Nos coordinamos por sorteo –explicó Luciente mientras Roble Blanco se alejaba con pasos rápidos–. Durante un semestre cada vez.

–¿Por qué hacerlo así? –preguntó Connie–. Algunas personas saben cómo conducir un laboratorio y otras no, ¿no es cierto?

–Cuando decidimos tener la suficiente madurez como para unirnos a una base de trabajo, nos fundimos como miembros plenos. Compartimos las tareas apasionantes y las aburridas. Pensamos que decir a la gente lo que tiene que hacer no es una verdadera habilidad. Ahora, unirse a una base... Algunas personas permanecen donde han estudiado. Otras se marchan para estudiar y luego regresan a casa...

–El lugar es importante para nos –dijo Liebre–. Un sentido de la tierra, de la aldea y la base y la familia. Tenemos raíces muy profundas. ¿No era así la gente de tu tiempo? Eso es lo que me han contado... ya que yo no hago viajes por el tiempo como Luciente. Es un desperdicio enviar a per. Apuesto a que Luciente, en tu siglo, no deja de hablar por los codos y que no observa nada.

Connie se echó a reír.

–En donde estoy ahora, no hay mucho que ver... ¿Tú enloqueciste dos veces?

–Liebre tiene celos de mi designación. Liebre capta como tú, pero ¡persona transmuta todo! ¡Yo siempre escojo personas que captan! –Luciente se miró las manos, grandes y fuertes, con un gesto de desaprobación.

–Me dan celos los dones de todo el mundo. Quiero ser todo el mundo y sentir todo y hacer todo. Esté donde esté, me atormenta el lugar donde no estoy. Mientras no tenga que levantarme demasiado temprano por la mañana para hacerlo todo. –Se estiró con languidez–. La segunda vez que enloquecí, Diana me ayudó. No me cabe duda de que Luci ha hablado sobre Diana. Muchísimo.

–Nos dan celos nuestros respectivos pasados –dijo Luciente con repentina melancolía–. Tendremos que pasar por un compost un día de estos.

–No me intimida pasar por un compost, tanta atención... Diana estaba justo saliendo de su propio viaje a las profundidades, y me ayudó más de lo que puedo expresar con palabras. Solo necesité dos meses y salí con una sanación más poderosa que la primera vez.

–¿Le dices a toda la gente que conoces que has enloquecido dos veces?

Le ofendía su tono relajado, casi presuntuoso. Connie arrastraba consigo aquel hecho radioactivo en Nueva York como una llaga oculta. Saber que la habían ingresado en un manicomio asustaba a la gente, ¡y cómo! No era un riesgo que se pudiera correr en un trabajo. Temían que la locura fuera contagiosa.

Liebre la miró a los ojos con una curiosidad penetrante.

–¿Por qué no? ¿Por qué tendría que ocultarte eso y no el haber estudiado con Marika de Amherst?

–En mi tiempo tendrías vergüenza... Cuando la gente lo descubre, se aleja tan rápido que lo noto enseguida. Estúpidos. Después, si tienen que tratar conmigo, están todo el rato pensando que en cualquier momento me pondré frenética y empezaré a treparme por las paredes o saltaré por la ventana. O no creen en nada de lo que digo.

–La gente de tu tiempo me confunde, porque no parece tener un fuerte autoconocer ni un gran exoconocer. Salvo en las parejas. Díadas inestables, feroces y avariciosas, intentando encarnar el vínculo originario entre bebé y madre. ¡Parece tan trágico y ciego!

Luciente dijo rápidamente:

–Conozco a Connie desde hace un tiempo ya, y no diría que actúa ciegamente. Connie tiene una gran capacidad para responder a quienes rodean a per. No deberíamos parecer arrogantes porque tenemos una sociedad más evolucionada que la suya: ¡venimos de allí, después de todo!

–¡Más evolucionada! –resopló Connie–. ¡Pues yo diría que las cosas han ido hacia atrás!

–Nuestra tecnología no se desarrolló en una línea recta a partir de la de ustedes –dijo Luciente con seriedad, con un brillo en la mirada negra, alegre, alerta de un modo que

parecía buscar la elegancia en sus palabras—. Tenemos recursos limitados. Planificamos de manera cooperativa. No podemos permitirnos malgastar... nada. Podrías decir que ¿nuestra religión, la llamaste?, que nuestras ideas nos hacen vernos en asociación con el agua, el aire, los pájaros, los peces, los árboles.

—Aprendimos mucho de sociedades que la gente solía llamar primitivas. Primitivas en la técnica. Pero socialmente sofisticadas —Liebre moderó el paso, frunciendo el ceño—. Intentamos aprender de culturas que resolvían bien la manera de tratar conflictos, promover la cooperación, madurar, cultivar un sentido de comunidad, enfermarse, hacerse mayor, enloquecer, morir...

—Ya, y todavía se vuelven locos. Todavía se enferman. Envejecen. Se mueren. ¡Pensaba que en unos ciento cincuenta años algunos de estos problemas se habrían resuelto!

—Pero Connie, algunos problemas los «resuelves» solo si dejas de ser humano, si te transformas en metal, plástico, computadora o robot. ¡Como si morir en sí fuera un «problema»! —Luciente se incorporó para echar una última y prolongada mirada a la ría—. Vamos. Abeja me recordó que te mostrara la casa infantil.

—¡No podría decir que no! ¿Una casa infantil?

Sintió que le pesaban las piernas. De repente se encontró de regreso a su cuerpo real, drogado en tiempo real. Un aluvión de tristeza le subió por las caderas y el abdomen. Había, finalmente, algo peor que no volver a ser amada: no sostener nunca más a una criatura entre los brazos. Su criatura. Su carne. Sintió que el cuerpo se le aflojaba, que empezaba a desprenderse lentamente de su conexión con Luciente, de vuelta al asilo. Durante un instante respiró el ambiente caldeado de la habitación cerrada de aislamiento, olió el rancio olor fecal, el tufo a cuerpos enjaulados y temerosos. Luchó como un nadador que se hunde. Lanzó una llamada silenciosa a Luciente: ¡Ayúdame! Durante un largo momento de náusea se difuminó y se quedó suspendida en ningún lugar, aterrorizada, perdida.

SIETE

Liebre se alzaba como una torre sobre ella, mientras la ponía en pie. Su rostro delgado reflejaba la seriedad de su esfuerzo. La sostenía contra sí, aguantándola en un abrazo cerrado con uno de sus largos y huesudos brazos, mientras con la otra mano le apartaba suavemente los cabellos de la frente.

–No te entristezcas. Pequeña Sal y Pimienta, no te nos desvanezcas.

Connie tenía la cara a la altura de la camisa de trabajo de Liebre, que estaba abierta y dejaba ver su pecho bronceado con vello de bronce. Su voz era como un zumbido saliendo de su piel y atravesándola.

–Seríamos imbéciles si no nos diéramos cuenta de que estás encerrada erróneamente. De que allí sufres y entristesces y nadie parece querer ayudarte a sanar. De que te alimentan con drogas que dañan tu cuerpo. Disfrútanos. No te desvanezcas por la pena antigua y regreses a la pena presente. Hospédate aquí un rato.

De manera inconfundible, mientras su voz runruneaba y su mano le frotaba la nuca, urgiéndola a relajarse, ella sintió su erección, el endurecimiento contra su cuerpo. Intentó zafarse, y él la soltó al instante.

–Capto sexualmente. –Él se encogió de hombros–. No te disgustes más. De verdad intentaba calmarte.

–¿Es que no te hace enloquecer de celos? ¿Por qué le dejas actuar así? –preguntó Connie a Luciente, que intentaba controlar un ataque de risa.

–Liebre lo dice de verdad: persona intentaba reconfortarte. Pero persona quiere acoplarse con todo el mundo.

–¡Ah! No con «todo el mundo». No «todo» el rato.

–Solo con la mayoría de gente la mayoría del tiempo. –Luciente la rodeó con un brazo y con el otro abrazó a Liebre–. A la casa infantil.

¿En qué momento una insinuación no era una insinuación? ¿En qué momento artistas de diecinueve años se arrojaban a los brazos de mujeres recién salidas del loquero que les doblaban la edad? Pequeña Sal y Pimienta, vaya forma de llamarla, haciendo mención a su pelo con la veta blanca en la parte donde crecía desaliñado. Eso también le recordaba a su familia de Texas, porque se ponían apodosos ofensivos como Un Brazo y Viejo Zoquete. Los anglos lo encontraban cruel, y Connie había aprendido a aceptar ese tipo de juicios y a esperar de ellos un barniz de cortés rechazo a admitir lo que veían.

–¿Ustedes nunca tienen que trabajar? –preguntó irritada. Iban pasando por invernaderos instalados en la tierra, el sonido de agua cayendo—. Todos esos adultos saliendo disparados para ver a una niña de doce años irse de paseo. Ustedes sí que tienen una actitud de ya se hará *mañana*...

–¡Tenemos una producción muy alta! –dijo Luciente. Sus ojos negros despidieron un brillo de indignación—. Boca de Mattapoisett exporta proteína de lenguado, arenque, pinchagua, tortugas, gansos, patos, nuestro propio queso azul. Manufacturamos chaquetas, edredones y almohadas de plumas de ganso. Somos el centro de incubación de plantas de calabazas, pepinos, alubias y maíz de la zona. Construimos jizers, equipos de buceo y las mejores redes de este lado de Orleans, en el Cabo. Y además exportamos hermosos poemas, arte, holos, rituales ¡y un nuevo estilo de cocinar guisos y sopas de tortuga!

–¿Y por qué nunca nadie tiene prisa? ¿Por qué los niños están todo el rato correteando por ahí? ¿Cómo pueden perder tanto tiempo conversando?

Liebre movió los brazos como las aspas de un molino.

–¿Cuántas horas son necesarias para cultivar comida y fabricar objetos útiles? Además de eso, nos ocupamos de nuestra incubadora, cocinamos en nuestro comedero, cuidamos de los animales, llevamos a cabo rutinas básicas como limpiar, hacer política y encontrarnos. Eso nos deja horas para conversar, estudiar, jugar, amar y disfrutar de la ría.

–Durante los cultivos de primavera, durante la cosecha, cuando vienen tormentas, cuando ataca alguna crisis, Connie, trabajamos, nos agarrotamos hasta caer... La gente vieja cuenta historias sobre cómo solían agarrotarse todo el tiempo. Cuán larga fue la lucha para dar vuelta las cosas y conseguir cambiarlas. Después, lo complicado que fue el *yin-yang* de todo, de la cumbre al mar. –Luciente abarcó con un gesto el paisaje–. Ahora no tenemos que compemos tan duramente en el orditiempo... Después de haber botado los trabajos de decirle a la gente lo que tenía que hacer, cachái, los de contar dinero y moverlo de aquí para allá, los de hacer que la gente tuviera que hacer lo que no quería o los de vapulearles por hacer lo que querían, tenemos un montón de gente para trabajar. Las criaturas trabajan, las personas ancianas trabajan, los hombres y las mujeres

trabajan. Ponemos mucho empeño en alimentar a todo el mundo sin destrozar la tierra, manteniendo su salud y fertilidad. Con la mayoría de gente trabajando a media jornada, nadie se rompe la espalda ni anda cavando de sol a sol como la gente campesina en los antiguos tiempos... Ejemplo, en marzo quizás trabaje unas dieciséis horas. En diciembre, cuatro...

–Has dicho que fabrican jizers, edredones. ¿Dónde están las fábricas?

–Acabamos de pasar por la de almohadas y edredones.

–¿Puedo verla? –Cuando conoció a Eddie, trabajaba en un altillo donde mujeres de habla hispana cosían ropas para niños.

Liebre les tomó la delantera de un brinco y se abrió la puerta. Dentro del cubo opaco de color melocotón claro no vio a nadie. La maquinaria generaba el mayor ruido que había escuchado en la aldea.

–¿Todo esto está automatizado? –exclamó.

–Cierto –contestó Liebre a gritos–. ¿Quién quiere rellenar almohadas? Una vez rasgué una tirándosela a Bolívar a la cabeza. ¡Qué desastre! Se te meten en la nariz. Y las chaquetas acolchadas con plumones, son muy cálidas, sí, pero ¿quién querría rellenar cada porción?

–Primero se rellenan, después se cosen –dijo Connie–. Entonces, ¿nadie trabaja en esta fábrica? ¿Ni siquiera un supervisor?

–Es mecánico –dijo Luciente–. El dispositivo analizador lo supervisa, monitorea y recibe datos de rendimiento constantemente. En operaciones como la incubadora, casi todo está automatizado, pero necesitamos la presencia humana porque los errores son demasiado graves.

–¿Esto va con energía solar?

–No, gas metano de desechos en compostaje.

–*Okey*, pueden automatizar una fábrica entera –dijo ella mientras salían al sol y echaban a andar otra vez–. Entonces, ¿por qué veo a gente cavando entre plantas de brócoli y sacando orugas? ¿Por qué va todo el mundo de un lado a otro en bicicleta o caminando?

–Tenemos tanta energía del sol, del viento, del compost, de las olas, del río, del alcohol, del bosque, del combustible gaseoso... –Luciente los iba enumerando con los dedos–. Eso es una cantidad fija. La fabricación y la minería se hacen mejor con máquinas. ¿Quién quiere ir a las profundidades de la tierra y arrastrarse por túneles respirando polvo de roca y no ver nunca el sol? ¿Quién quiere sentarse en una fábrica cosiendo los mismos cuatro o cinco diseños de edredones?

–Son diez, en realidad –dijo Liebre–. Los he contado.

–Será que has estado en las camas suficientes para saberlo a ciencia cierta –dijo Luciente sonriendo para sí.

Siguieron caminando hacia un grupo de edificios de estilo libre entrelazados con sinuosas curvas que sugerían hileras de huevos, pero con largos bucles diseminados aquí y allá y grandes arcos y arcadas. Este recién-crecido era de color terracota. Unas viñas crecían por el lado sur, con grandes flores aterciopeladas que emanaban olor a clavo. Alimentadores para pájaros colgaban de cada protuberancia, de las ventanas, los postes. El techo estaba salpicado de casas de pájaros y habían construido un palomar, como si la mampostería se interrumpiera con encajes por entre los que revoloteaban y arrullaban las palomas.

Pequeños jardines se alineaban entre los grupos de edificios, verduras y flores entremezcladas, plantas de tomate creciendo junto a rosales y cebollas, pensamientos y habas. Algunos jardines no estaban delimitados y otros estaban bordeados por una fina cerca resplandeciente que recordaba a una telaraña. Más allá de la bahía se iba formando una masa imponente de nubes oscuras mientras se levantaba el viento.

–Huele a lluvia –dijo Liebre–. El día está cambiando.

–Espero que, si llueve, Inocente tenga tiempo de acabar un refugio. –Luciente miró las nubes–. Espero que Abeja y Nutria regresen antes de la tormenta. Lux también, quiero decir, –añadió con culpa.

–Durante mi nombramiento, llovió cada condenado día –dijo Liebre–. Debería haber regresado llamándome Rata Ahogada.

En uno de los jardines de telaraña, un anciano con una mata de pelo blanco y el rostro ajado por la edad, los brazos como leños carcomidos por la sal y el viento, recogía guisantes en una canasta y maleza en otra, mientras dos criaturas de unos nueve o diez años trabajaban a derecha e izquierda.

–¿Cómo es que no están en la escuela? –preguntó Connie–. ¿O es que ya está cerrada por el verano?

–¡Esa es la escuela! –dijo Luciente, acercándola al grupo.

–Esta planta es un bledo, ¿no? –preguntó uno de los niños.

–¿Se puede comer?

–Cierto.

–Presten atención a la forma de la flor de los guisantes. La mayoría de leguminosas tienen flores irregulares con cinco pétalos... Miren: los dos más bajos se unen en una quilla,

como la de las barcas para pescar. Los dos de los costados son como alas expandidas. Luego hay un pétalo encima de todo. La mayoría de leguminosas tienen hojas como estas.

–Alternas. Compuestas. ¿Con estas cosas serpenteantes que se aferran?

–Zarcillos. Algunas en su lugar tienen espinas. Cuando hayamos terminado de quitar la maleza, buscaremos un árbol que haya evolucionado como las leguminosas, que tenga espinas de unos cinco centímetros de largo. –Les mostró el tamaño con los dedos.

Mientras se acercaban paseando, Connie dijo:

–¡Pero así es imposible que aprendan tanto como si estuvieran en una clase con un libro!

–Pueden leer. Aprendemos a leer a eso de los cuatro años –dijo Liebre–. Pero ¿quién quiere crecer con la cabeza llena de datos metidos en cajas? No dejamos la escuela y después vamos a trabajar. Siempre trabajamos, siempre estudiamos. Pensamos que lo que persona piensa que persona sabe tiene que ponerse a prueba todo el tiempo. Compararse con lo que la gente necesita. Nos preocupa mucho cómo se hacen las cosas.

–Cada siete años tienes un sabático –dijo Luciente–. Estás fuera de la producción durante un año y solo eres responsable de asuntos familiares. Hay quienes van a hacer

estudios de campo. Hay quienes aprenden un idioma o viajan. O viven como eremitas en tierras salvajes. O siguen alguna línea privada de investigación. O pintan. O escriben un libro.

Connie giraba y estiraba la cabeza como un cuervo.

–Veo a mucha gente anciana por aquí. ¿Este edificio es como una residencia de ancianos?

Afuera, sobre el primer jardín de césped que había visto, un círculo de niños pequeños estaban apiñados alrededor de una anciana con el pelo recogido en trenzas y cara de águila desafiante. A pesar de su edad, conservaba algunos dientes (demasiado amarillentos e irregulares como para ser dentadura postiza), y estaba contando una historia con un tono de voz elevado, tembloroso y dramático.

–Entonces Fuego Verde vino hacia Terrapene y cuando Terrapene miró, Terrapene cerró su caparazón sin dejar ni una rendija, emitiendo un silbido. Ssssss... –Sus viejas y oscuras manos como garras se transformaron en una tortuga cerrando el caparazón–. Fuego Verde se sentó en silencio, plegando los pies, y esperó. Y esperó. Y esperó. Hasta que al final Terrapene abrió lentamente su caparazón y espió por la rendija.

–Cuando era peque, esa era mi historia favorita –dijo Liebre–. Me imaginaba que cuando tuviera doce años tomaría ese nombre, Fuego Verde.

–La curtida cabecita de Terrapene se asomó bajo el caparazón y sus pequeños ojos rojos miraron fijamente a Fuego Verde. «¿Qué quieres, patilargo?», preguntó Terrapene.

–«Quiero aprender a esconderme como tú» –dijo Fuego Verde.

–«Esconderte es fácil cuando sabes cómo hacerlo» –dijo Terrapene–. «Pero tienes que darme tus patas largas que corren tan rápido, antes de poder aprender a esconderte como yo».

–Fue Safo quien inventó ese cuento hace mucho tiempo. –Liebre observaba a la anciana con admiración–. Ahora mucha gente cuenta esa historia, pero nadie lo hace mejor. En Rompehielos le hice unas grabaciones contándole las últimas variaciones para el archivo de holos. Los cuentos de Safo son poderosos, ¡brillan!

Luciente chasqueó los dedos.

–No contestamos a tu pregunta.

Pasaron por debajo de un arco hacia una habitación con estanterías llenas de libros, pantallas instaladas en huecos

de las paredes, monitores, cámaras, equipos de sonido y materiales de arte. Unas doce criaturas se afanaban por la habitación. Un anciano (¿o era una mujer?) con el cuerpo frágil y enjuto propio de una vejez activa le enseñaba a un niño cómo hacer funcionar unos dispositivos similares a televisores que escupían resmas de papel al tocar un botón. Liebre se acercó a un grupo que manejaba un pequeño proyector de holos para ver qué hacían. Luciente se quedó a su lado, diciendo:

–Creemos que la gente mayor y las criaturas son parientes. Hay más espacio en los extremos de la vida. La cercanía al nacimiento y a la muerte crea una preocupación por grandes preguntas y unos patrones básicos compartidos. Creemos que la gente mayor, por su distanciamiento de los problemas que tuvieron al crecer, pueden tener más paciencia y más tranquilidad para escuchar lo que quieren las criaturas. No todo el mundo que enseña es gente vieja: todas las personas enseñamos. Las criaturas trabajan con nos. Intentamos compartir lo que hemos aprendido y lo que no sabemos... Supongo que, entre nos, crecer es menos misterioso, porque el mundo adulto no está separado. ¿Qué mejor lugar para aprender anatomía que una clínica? ¿Qué mejor lugar para aprender botánica que un campo de maíz? ¿Qué mejor lugar para estudiar mecánica que un taller de reparaciones?

–¿Cómo puede Estrella Roja reparar un flotador con una pandilla de críos revoloteando entre las piernas?

–¿Una pandilla de críos? –Luciente se retiró el cabello con un gesto brusco–. Me desconcierto, lo admito... Pensamos a las criaturas de forma tan diferente que estamos teniendo conversaciones cruzadas, compa... Pedimos mucho a nuestras criaturas, pero... ¿amablemente? No es como el vínculo exclusivo que tenías con tu criatura, por lo que explicas. Tenemos más espacio, más personas que nos aman. Crecemos más cerca de nuestras madres, pero nadamos cerca de famis... o, al menos, de la mayoría... –sonrió Luciente–. Con compas de mano y compas de almohada compartimos criaturas de la casa infantil... Me es difícil autoconocer como sería amar solo a «un» alma y no tener más que «un» alma que me amara.

Deambulando entre las habitaciones, encontró que algunas tenían techos muy bajos, otras se abrían a ventanas ojo de pez, a invernaderos y porches. Algunas se perdían en recovecos y aberturas, pequeñas escaleras. Otras iban a parar a patios llenos de plantas, delicados aparatos, relojes de sol y de agua, mapas estelares y telescopios. Una fuente borboteaba. En ella, tres criaturas desnudas chapoteaban con un cachorro de pelo rizado. Los pájaros saltaban entre las viñas, unas carpas se dejaban arrastrar en un pequeño arroyo que, tras pasar por una habitación donde todo era chirrido de máquinas, desembocaba en un patio en el que se llevaba a cabo un proyecto de construcción, con criaturas de siete u ocho años que empuñaban martillos, garlopas y sierras.

En una habitación oscura que olía a frescor y frío, una niña desnuda escuchaba lo que, según dijo escuetamente, era una sonata para flauta de Bach. Qué a gusto se estaba a aquí... Una habitación cuyas paredes eran mosaicos hechos con botellas viejas. Una habitación de bloques blancos como la nieve con toscas alfombras sobre el suelo. Una habitación en la que una fina pantalla de gasa similar a las verjas de telarañas era lo único que separaba el interior del exterior. Por todas partes, niñas y niños de todas las edades correteaban con sus juegos y sus asuntos, entre adultos, perros y conejos; niñas y niños con lo que, según Luciente, eran poderosos microscopios, espectroscopios, escáneres moleculares, lectores de genes, computadoras, otoscopios, cámaras de holos y de ultrasonido y transmisores que generaban imágenes tan reales que ella no podía creer que el elefante del centro de la habitación no fuera más que una imagen tridimensional, hasta que lo atravesó con la mano. Sin poder contener el corazón que le saltaba del pecho, caminó a través del elefante en el momento en que alzaba la inmensa cabeza con colmillos y agitaba la larga trompa.

–Crees que porque no parimos, no podemos amar a nuestras criaturas –dijo Luciente con voz suave, ronca, cogiendo el codo de Connie con su mano callosa–. Pero sí los amamos, con todo el corazón.

La guardería era una habitación redonda y alta en la planta baja, con un círculo de ventanas y una pequeña cúpula flotante en el cielo raso; había bebés balbuceando, llorando,

escupiendo, haciendo sonidos de arrullo. Una persona joven, con una larga bata verde, holgada y abierta a los lados hasta la altura del muslo, estaba sentada descalza, tocando un instrumento de cuerdas y cantando con una dulce voz de contralto, mientras utilizaba un tablón con pedales para mecer un soporte con cunas. Un niño jugaba con uno de los bebés, haciéndole cosquillas y muecas. Los bebés yacían en cunas bajas, con laterales de listones que se movían sobre unas guías hacia adelante y hacia atrás. Connie contó cinco bebés, incluyendo uno que chillaba frenéticamente, y luego tres cunas vacías, que también se mecían.

Barbarrosa entró precipitadamente, sin aliento.

–Te escucho, te escucho. Casi me haces estallar el cóner, ¡granuja! ¡Vaya par de pulmones! –Alzó al bebé que chillaba–. ¡Se te oye a quince kilómetros, desde el vivero vertical, pequeña bestia peluda! –Se sentó con el bebé en un cómodo banco acolchado cerca de las ventanas y se desabotonó la camisa. Entonces Connie sintió náuseas.

Barbarrosa tenía pechos. No grandes. Pechos pequeños, como una mujer con los senos pequeños temporalmente hinchados de leche. Y así, con su barba roja, su cara de hombre de cuarenta y cinco años con la piel quemada por el sol, el semblante severo, la larga nariz, los labios delgados, se puso a dar el pecho. El bebé dejó de gemir y empezó a chupar con voracidad. Una expresión de sereno regocijo se extendió por el rostro intelectual de Barbarrosa, que

recordaba al de un director de colegio. Él se abstraigo de la habitación, de todo, y se dejó flotar. A Connie le dolieron los pechos de añoranza. ¡Cuánto había disfrutado amamantando! Esa profunda y cálida conexión de dar el pecho que parecía nacer en el útero y desparramarse a través del torso en sus turgentes senos de pezones oscuros. Sus pechos pesados se abrían a la cara de flor de Angelina, el dulce girasol que acunaba en sus brazos. Se había dejado llevar por las corrientes de esa íntima conexión sensual, más calmada, más tierna que hacer el amor, pero igual de enorme y gratificante. Había amamantado a Angelina hasta que Eddie se había empeñado en que parara; durante ocho meses la había amamantado. Angie había sido una niña saludable y regordeta. Fue cuando Eddie la obligó a dejar de darle el pecho cuando Angie se volvió irritable con la comida y se transformó en la niña delgada con cuerpo de gacela de las fotografías.

Estaba enfadada. Sí, cómo se atrevía un hombre a compartir ese placer. Estas mujeres pensaban que habían ganado, pero habían dejado en manos de los hombres el último refugio de las mujeres. ¿Qué tenía de especial ser una mujer aquí? Lo habían abandonado todo, habían permitido que los hombres les arrebataran los últimos resquicios del poder antiguo, sellados con sangre y leche.

–Supongo que lo hacen todo con hormonas –dijo irritada.

–Al menos dos de las tres madres se ponen de acuerdo para amamantar. Del modo en que lo hacemos, nadie tiene suficiente sola, pero dos o tres juntas comparten la lactancia.

–¿Y para qué? ¡No me dirás que no pueden hacer leche en polvo para bebés!

–Pero ¿y la intimidad? Conjeturamos que el enamoramiento y el goce sensual tienen sus raíces en que te hayan sostenido, acurrucado y dado de mamar.

–¿Dónde están los bebés de las cunas vacías? ¿Están enfermos?

–¡Afuera, con madres o con alguien! A menudo, cuando estamos trabajando, llevamos al bebé en una mochila. Toman aire fresco. Cuando acaba la lactancia, toda persona que lo desea se los lleva a pasear.

–Supón que coges el bebé de Barbarrosa y él lo quería. ¿No se sentiría irritado?

–¿Para qué están los coners? Preguntas.

Observó la habitación, azul, limón y verde césped. La luz del sol se fundía a través del círculo de ventanas y una tenue luz vegetal se filtraba a través de la cúpula. En ese momento, las ventanas estaban abiertas a la brisa. La persona de verde

estaba cambiando unos pañales y pasándole un trapo a una cuna. El pañal y el trapo fueron a parar a un conducto.

–Bueno, al menos no están tan locos por la ecología como para lavar pañales.

–Están hechos con hojas de maíz y mazorcas, y hacen compost. Son muy suaves. Toca. Los pañales salían de un largo rollo colgado de un estante que tenía la forma de una serpiente danzando, con muchos cascabeles enganchados. Por encima de las cunas, unos móviles giraban y trinaban. Nada de rosa ni azul, nada de animales de Disney dando brincos, nada de horribles cerditos de dibujos animados ataviados con ropas humanas. La guardería era espaciosa, reconfortante, llena de susurros, cascabeles, tañidos, el sonido del instrumento de cuerda y de las cunas meciéndose. En el asiento, junto a la ventana, Barbarrosa acunaba a su bebé en el pecho. La severidad se había evaporado de su rostro. En parte lo odiaba por aquella placentera alegría a la que no tenía derecho natural; y en parte le gustaba cuando se abría como una margarita ante la boca del bebé que chupaba.

La persona vestida de verde acunaba al bebé recién cambiado y cantaba una nana algo melancólica:

Nadie sabe

cómo fluye

mientras se va.

Nadie va

adonde se alza

adonde fluye.

–¿Dónde está Liebre? –preguntó Connie, dándose cuenta de que se había escabullido en algún momento en el laberinto de habitaciones y patios.

–Fue a jugar. Esta casa seduce.

Nadie escoge

cómo crece

cómo fluye.

Cómo crece

cómo resplandece

en el corazón de la rosa...

Mientras subían unas anchas escaleras de poca altura, las siguió esa canción lastimera y sin fin.

–Solo que en la guardería y entre las criaturas más pequeñas, no hay juguetes –dijo ella de repente.

–La mayoría de lo que tienen que aprender las criaturas, lo aprenden haciendo. Menores de cinco, cierto que necesitan juguetes para aprender coordinación, destreza; practican ternura con muñecas... Estoy buscando a Magdalena. –Con un gesto distraído Luciente pasó el dedo por su cónfer-. ¿Magdalena? Ah, persona está por llegar. Magdalena es inusual. Persona no cambia de trabajos sino que se encarga permanentemente de esta casa infantil. Es su vocación. A veces un don se expresa con tanta fuerza, como la necesidad de Liebre de crear forma y color, como la necesidad de Magdalena de trabajar con criaturas, que conforma una vida. Persona no debe hacer lo que persona no puede hacer: nos habrás escuchado decir esto cientos de veces; pero, igualmente, persona debe hacer lo que persona tiene que hacer.

Una pequeña figura de piel negra aterciopelada –tenía que ser una mujer por la delicadeza de la osamenta–, cuello esbelto, cabellos hasta la nuca con una tracería austera de rizos entrelazados, descendió hacia ellas sonriendo levemente. Bajó las escaleras como flotando, deteniéndose para coger las hojas muertas de unas viñas que crecían a un lado de la amplia escalinata. No era más alta que un niño de diez o doce años.

–Magdalena no tiene familia. Persona prefiere esto. Persona es casta y solitaria entre la gente adulta –dijo Luciente mientras Magdalena se acercaba lentamente hacia ellas.

–¿Quieres decir una solterona?

–No conozco este término. ¿Lo dices con desprecio?

–Ajá, es un insulto. Una mujer que no puede cazar a un hombre.

–Connie, no nos cazamos. Y respetamos a la gente que no quiere acoplarse. Es su manera: la manera de Magdalena.

Magdalena la saludó en un tono de voz que recordaba al canto de un grillo.

–Sé huésped, mujer del pasado. –Le tendió una mano pequeña. Su apretón tenía la calidez del ébano al sol–. Soy Magdalena.

–Eres la única mujer que he conocido aquí con un nombre real. Quiero decir, como el que podría tener alguien de mi calle.

–Es el nombre de una mujer quemada viva por brujería en Alemania hace muchos siglos. Una mujer sabia que curaba con hierbas. Vi a per en el trance de mi nombramiento.

Magdalena sonrió con un destello de marfil en su rostro alerta. Tendría unos sesenta... ¿O quizás más? Tal vez aquí la gente mayor conservaba una fortaleza constante porque se sentían útiles. Cuando pensaba en hacerse vieja siempre se sentía asustada y deprimida, pues la vejez le parecía tan lúgubre como esas máscaras de brujas que los críos compraban en las tiendas de golosinas para lucir en Halloween por las calles de El Barrio.

–Me gustaría saber más sobre los juguetes. Aquí tienen todos esos aparatos. En comparación con sus cabañas, son... sofisticados. Bonitos. Pero no veo muchos juguetes para los niños más mayores. ¿Pueden permitirse conseguir juguetes? No veo a nadie por aquí que sea rico, pero tampoco veo a nadie pobre. Pienso en lo triste que es para familias como la mía que nunca pueden regalar a sus hijas esas bellas muñecas con pelo de verdad, ni trineos, ni bicicletas, ni coches de carreras como los que se ven en los anuncios. Si tuviera una casa infantil, ¡les daría todos los juguetes del mundo! ¡No me reprimiría en nada!

Magdalena le tocó la mejilla.

–Juegan al vivero, a cocinar, reparar, pescar, bucear, fabricar, cultivar plantas, cuidar bebés. Cuando las criaturas no están aisladas del trabajo real, no tienen esa necesidad por cosas de imitación. Estudié sobre el cuidado infantil en épocas anteriores, así que entiendo mejor que Luciente a lo que te refieres. En aquella época, Luciente, tenían muchos

juguetes para enseñar a las criaturas los roles de cada sexo. Se las mantenía en edificios separados durante todo el día y aun después de la pubertad no se les permitía comenzar sus vidas como seres íntegros.

Lentamente descendieron las amplias escaleras hasta el piso inferior y continuaron a lo largo de una galería. Al girar una esquina, en un recoveco que hacía las veces de banco y glorieta, una exuberante enredadera de glicina, vieja y con nudos como músculos, envolvía con abrazo protector un banco de curvada madera que tenía la medida exacta para acurrucarse y hacer una siesta, o leer, o sentarse y autocompadecerse, soñar con los ojos abiertos, imaginar travesías y aventuras, susurrar secretos a la mejor amiga. Allí dos criaturas, un niño y una niña de seis o siete años, habían colgado sus ligeras túnicas estivales en la enredadera, como si fueran banderas, y se esforzaban de manera ostensible por practicar sexo juntos. No daba la impresión de que el intento fuera a resultar en un éxito inmediato, pero ponían un gran empeño en ello.

La niña les lanzó una rápida mirada de indignación. Magdalena arrastró a Connie del brazo, Luciente se alejó aún más rápido. Mientras Magdalena se la llevaba, Connie preguntó:

—¿No van a hacer que paren?

Magdalena le soltó el brazo y lanzó una risotada y, aunque Luciente intentó en un primer momento mantener el rostro sin expresión, empezó a reír con ella. Connie se detuvo, furiosa.

–¡Son bebés! Si estuvieran jugando con... con cuchillos, los harían parar. ¿Pero qué les pasa a ustedes?

Magdalena negó con la cabeza sin comprender.

–Aprenden a usar cuchillos... Mayoritariamente aprenden sexo entre sí. Si una criatura tiene problemas, intentamos sanar, ayudar, pero...

–¡Pueden hacerse daño!

–¿De qué manera? Si alguna criatura actúa con brusquedad, las demás lo solucionan. Si veo que alguien acosa, intento trabajar con esa criatura, las madres y la familia, para fortalecer mejores costumbres.

Luciente le dio un codazo en las costillas.

–Pos, ¿cuando eras pequeña no jugabas a sexo con otras criaturas? ¿Ni una vez?

Connie empezó a caminar más de prisa, frunciendo el ceño. Se reclinó sobre la barandilla del patio.

–Sí, claro.

De hecho, su hermano Luis le había bajado las bragas en la galería y la había tocado con los dedos, tras lo cual le había advertido que no se lo dijera a mamá. No le había gustado lo que le había hecho Luis, que no se había bajado los pantalones, pero le había dado una idea. Ocasionalmente y de un modo más suave, había empezado a jugar con José, su hermano preferido, un año y dos meses menor que ella.

Cuidaba de él a menudo. Luis no tenía que hacerlo y se iba por ahí con sus amigos. Ella cogía a José de la mano y jugaban juntos. El noventa y nueve por ciento de los juegos eran con muñecas de papel, el pato de madera de José, la camioneta de Luis si la había dejado allí, muñecas hechas con flores silvestres, o juegos de la escuela, sentarse en mesas imaginarias a comer sopa de césped y regañar a bebés, o a *charros*, detectives y disparar. Pero de vez en cuando trepaban al viejo coche que estaba colocado encima de unos ladrillos, detrás del gallinero, y se tocaban donde daba más gusto. No necesitaban advertirse sobre no decir nada. Ambos sabían que lo que daba gusto de verdad seguramente estaba prohibido. Era un juego silencioso, placentero, que para cuando se mudaron a Chicago ya había terminado definitivamente. Pero para nada creía Connie que lo que habían hecho le hubiera causado mal alguno.

–*Okey* –dijo lentamente–. Quizás no duela. Pero sé que si hubiera visto a mi hija jugar así, la habría hecho parar. ¡Me

hubiera sentido tan culpable si no...! Me hubiera sentido como una mala madre, una madre horrible.

–Qué interesante... –dijo Magdalena amablemente, con la cabeza hacia un lado–. Nuestras nociones del mal se centran alrededor del poder y la avaricia: quitarles la comida a otras personas, o su libertad, su salud, sus tierras, sus costumbres, su orgullo. No pensamos que el acoplamiento sea malo a menos que implique dolor o que no sea bienvenido. –Se detuvo frente a una puerta cerrada–. Ven. Observa una lección.

En el interior, un niño pequeño, de piel pardo-rojiza y con una gorra metálica en la cabeza que parecía una redecilla de oro, estaba acurrucado sobre una silla de madera. Tenía los ojos cerrados y respiraba lentamente, como si durmiera. Magdalena, con un gesto de su mano diminuta, le indicó a Connie que tuviera precaución. El niño abrió los ojos y se giró hacia una pantalla donde una luz móvil mostraba ondas que se deslizaban a lo largo y ancho de manera uniforme.

–¡Bien, Gorrión! Ahora sin guía –dijo un anciano. Sentado contra la pared, parecía un saco de huesos, y de su enorme cráneo solo colgaban algunos mechones de cabello gris.

–¿Qué está aprendiendo?

–Pulso y presión sanguínea –dijo el niño–. ¿Cómo se inician en tu aldea?

–¿Inician el qué?

–Autoconocimiento –dijo el niño, mirándola perplejo–. ¿Le llaman diferente en el sitio de donde vienes?

Se giró hacia Magdalena, que dijo:

–En tus días una parte de esto se llamaba yoga, otra se llamaba meditación, otra biorretroalimentación y la mayoría no tenía nombre.

–No nos entusiasma el control –dijo Luciente–, pero queremos prevenir las reacciones desproporcionadas: paros cardíacos, indigestión, pánico. Queremos acostumbrarnos a saber exactamente qué sentimos, para no cargar a otras personas con lo que viene del interior.

–Queremos enseñar autoconocimiento y exoconocimiento. –Magdalena hizo un gesto de disculpa y, tras enviar amablemente a las mujeres de vuelta al pasillo, cerró la puerta–. Sentir con otros seres. Captar, donde existe tal habilidad: tan intensa en ti, por ejemplo. Enseñamos a agudizar los sentidos. Conocentrar, descender, alcanzar el delta, ralentizar a voluntad.

–¿Qué diablos es todo eso?

–Estados de la conciencia. Formas de sentir.

–¿Cómo se puede enseñar a alguien a sentir? De un libro puedes aprender las tablas de multiplicar. ¿Pero cómo puedes aprender a amar?

–Pero todas las madres lo han hecho siempre. O han fracasado. –Al observar algo en el rostro de Connie, Magdalena continuó hablando apresuradamente–. Educamos los sentidos, la imaginación, el ser social, los músculos, el sistema nervioso, la intuición, el sentido de la belleza... así como la memoria y el intelecto. ¡Sea como sea, lo intentamos! –Volvió a reírse de ese modo que enseguida contagiaba a Luciente y la hacía sonreír–. Personas aquí en nuestros cráneos huesudos –dijo Magdalena frotando la frente de Connie–, qué fácil sentirse aislada. Queremos que el prosencéfalo, el cerebro anterior, vuelva a echar raíces en una red de conexiones. –Se volvió a Luciente, esbozando una amplia sonrisa–. Aquí vienen Liebre y Aurora. Dicho sea de paso, la criatura de ustedes crece cada vez mejor en las artes de la defensa. ¡Van a ondear cuando vean la próxima demo!

Liebre, el larguirucho patilargo, venía dando saltos por una galería, emitiendo sonidos que parecían relinchos. Una niña de piel morena y oscuras trenzas se agarraba a su cuello; se reía con la boca muy abierta y mostrando sus pequeños dientes. Los dientes ávidos y centelleantes. Brazos agarrados con fuerza. Se aferraba a su nuca y reía y reía y taconeaba las costillas de Liebre con los pies descalzos. Tendría unos siete años, llevaba una túnica estival color lavanda y tenía una costra en su pequeña rodilla, redonda y muy bronceada,

que invitaba a besarla. ¡Cómo reía! Como cascabeles, como campanas cubiertas con fieltro... ¡Cómo reía! Sus ojos marrón dorado encontraron los de Connie. El corazón de Connie dio un vuelco en el pecho. Su corazón se afiló como una daga y luego se detuvo.

–¡Angelina! –gritó, y la voz brotó de su boca como una burbuja de sangre. Entonces se vio otra vez en la celda de aislamiento, aplastada contra una pared, como si la hubieran arrojado allí. Tenía las manos apretadas contra el pecho, que aún se esforzaba por respirar.

¡Angelina! O cualquier niña de siete años con piel morena y ojos dorados. ¿Cómo sabría el aspecto que tenía Angelina después de tres años? No iría descalza en Scarsdale.

De repente aprobó con toda su alma que Angelina estuviera en Mattapoisett, escondida para siempre ciento cincuenta años en el futuro, aunque no pudiera volver a verla nunca más. Por primera vez, su corazón dio su aprobación a Luciente, a Abeja, a Magdalena. Sí, ustedes pueden tener a mi hija, pueden quedársela. A pesar de sus obscenidades y sus gatos parlantes. Allí será fuerte, estará bien alimentada, bien albergada, bien enseñada, crecerá mucho mejor y más fuerte y más lista que yo. Doy mi consentimiento, les doy como recompensa mi cuerpo vapuleado y mi corazón ajado. ¡Cójnla, quédensela! Quiero creer que ella es mía. Se la entrego a Luciente para que sea su madre, se la entrego con regocijo. Nunca estará rota

como lo he estado yo. Será rara, pero será alegre y fuerte y no tendrá miedo. Tendrá lo suficiente. Tendrá orgullo. Amará su piel morena y será amada por su fortaleza y su buen trabajo. Caminará con fortaleza como un hombre, nunca venderá su cuerpo, amamantará a sus bebés como una mujer y vivirá rodeada de amor como un jardín, como esa casa infantil de mil colores. Gente del arcoíris con su extremo fijado a la tierra, ¡se la entrego!

OCHO

El lunes uno de los auxiliares del doctor Redding vino a buscar a Connie, un hombre encorvado de barriga prominente y la nariz con esos capilares sanguíneos rotos propios de un alcohólico. Mientras la enfermera pasaba los papeles para firmar su salida y entregársela al auxiliar, Connie pudo palpar la envidia a su alrededor. No importaba qué fuera a hacer: salía del pabellón. La enfermera Wright se dispuso a coger un abrigo para Connie, pero el auxiliar dijo:

–No te preocupes. Está lloviendo a cántaros. Los llevaré por el túnel.

La enfermera Wright apretó los labios.

–En cualquier caso, mejor será que lleves un abrigo. Puede que la traiga de regreso otro auxiliar.

El abrigo era tan largo que le colgaba hasta las pantorrillas y las mangas le tapaban las manos, pero no era tan tonta como para quejarse. Caminó detrás del auxiliar arrastrando los pies, doblando las mangas para poder cerrarse con las manos el único par de botones sobrevivientes.

Los edificios antiguos estaban unidos por túneles que utilizaban para transportar equipos, suministros y pacientes de un lado a otro. A veces algunos pacientes con permiso para salir al patio merodeaban por los túneles fumando, charlando, flirteando, buscando un lugar oscuro para dormir. El personal de rango superior al de los auxiliares no parecía usarlos jamás.

–Hola, Mack, Tomo. ¿Cómo va? –El auxiliar se detuvo para saludar a dos hombres que arrastraban un carrito cubierto.

–Bien, bien –dijo rápidamente el más bajo con un acento peculiar–. ¿Qué tal tú?

–Hola, Grasas. Tío, este lugar hoy da miedo –dijo el más joven–. Si sigue lloviendo así, van a crecer cinco centímetros de moho en las paredes.

–Odio cuando llueve sin parar –dijo Grasas–. Ey, ¿tienes algo bueno esta semana?

–De todo, colega. Diablos rojos, chaquetas amarillas, arcoíris. Auténtico hachís del Nepal. Coca de primera, de la que no te has metido en la vida. Si no te van los subidones, ¿qué tal un soporífero? Esos te chiflan, ¿eh, Grasas? Un verdadero caramelito, relax total.

El hombre con acento les echó una mirada que dejaba ver cierto desdén y se puso a leer lo que parecía una revista deportiva en japonés, que sacó de un bolsillo debajo del abrigo blanco. Connie esperó vestida con aquel inmenso abrigo mientras regateaban. Los locos son invisibles. Ninguno de ellos sentía ningún temor de que pudiera hacerles daño. De hecho, si se le ocurría intentarlo, solo conseguiría hacerse daño a sí misma. La venganza era cosa fácil para el personal.

–¿Qué hay debajo del mantel? –Grasas dio unos golpes con el dedo a lo que había en el carrito.

–Un vejestorio de crónicos.

Mack levantó la sábana. El rostro profundamente demacrado de una anciana muerta. Sus ojos oscuros, petrificados por la muerte, miraban fijamente hacia arriba con un dejo de rabia. Mack volvió a colocar la sábana, pero se quedó atrapada en su nariz ganchuda. La tuvo que apartar con la mano.

–La palmó ayer a la noche. Hay que llevarla abajo, al departamento de carnaza.

–No sé por qué los médicos quieren cortar a cada loca que se da de baja. Cuando has visto a una, las has visto a todas.

–Algo tienen que poner en el certificado de defunción.

–Paro cardíaco. –Grasas dio un codazo a Mack en el brazo–. Es lo que hay.

–Nos vemos, colega.

Mack comenzó a empujar el carrito y Tomo se apresuró a ocupar su posición, aunque obviamente el aparato era lo suficientemente ligero como para que lo llevara una sola persona.

La última vez que la habían llamado, le habían hecho el examen físico más concienzudo de su vida, y como efecto colateral le habían tratado la vieja quemadura y la habían enviado al dentista para que le arreglara los dientes estropeados. Mientras la llevaban al interior del vestíbulo, observó a los pacientes alineados en sillas como era habitual: el capitán Pomada, el antillano elegante; la señorita Green, la mujer negra chiquita; Alvin, blanco, cuarenta y dos años y quizás la persona más cercana a la verdadera locura que había conocido en la sala; la señora Ortiz, una puertorriqueña delgada y vivaracha que le guiñó

un ojo al verla; y el Piernas, que le había reservado un lugar junto a él.

–¿Qué está pasando hoy? –le preguntó al sentarse.

–Lo que cariñosamente llaman una batería de pruebas. Tests de Rorschach; dibujar una figura humana; completar frases; Escala Wechsler; Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota; etcétera, etcétera, etcétera...

Ella se abrazó los hombros.

–¿Qué nos hacen? ¿Hace daño?

–Solo cuando te ríes... ¡No lo puedo creer! Me han hecho estas pruebas desde que tengo once años. ¿Nunca jugaron a nada de eso contigo?

Ella negó con la cabeza.

–¿Qué me va a pasar?

–Bueno, pues te preguntan si prefieres pilotar un avión o jugar con muñecas. Sigue los estereotipos. Pero ¿por qué tendría que hacer ver que prefiero jugar al fútbol que bailar ballet para que no me cataloguen como maricón? El primer hombre con el que follé fue un auxiliar de Wynmont, una granja privada para sonados a la que me mandaron cuando tenía trece años.

–¡Tan joven! ¿Por qué?

–Mis padres pensaban que estaba averiado, así que me enviaron a que me arreglaran. Ya sabes, como cuando devuelves la cortadora de césped a la fábrica a que la reparen si resultó ser una chatarra. ¿Por qué no hacer lo mismo con un hijo?

–¿Has conseguido averiguar de qué va todo esto?

–Algo de un proyecto de investigación, con nosotros como conejillos de Indias. Pero estoy en ello. Pronto descifraré su juego. A Grasas le gusto.

–Ese doctor Redding... no me gusta. Se siente superior a nosotros. Ni siquiera nos tiene miedo, como los demás..., miedo de contagiarse de algo que tengamos. Nunca se le debe haber ocurrido que a él también se le puede ir la cabeza.

–Pero Morgan sí que tiene miedo. Si lo miras sin apartar la mirada durante un rato, empieza a ponerse de los nervios. Puedes jugar a concursos de miradas con él, ¡se lo cree tanto que quiere ganar! Pero ese Redding, es verdad, va de listo. Mira a través de nosotros como si buscara algo que está más allá, algo que es lo que en verdad busca.

Dejaron a una mujer a su lado como si fuera una bolsa de basura, una mujer alta de piel negra satinada y carnes

enjutas, con los pelos revueltos en un espectacular peinado afro.

–Supongo que somos los ganadores finales del proceso de eliminación –le dijo Connie–. Te vi cuando nos estaban haciendo radiografías, pero no nos hemos saludado. Soy Connie Ramos.

–Alice Culo Azul, cielo. ¿Eres de Puerto Rico?

–No, chicana. Nací en Texas.

–¿De veras? No lo pareces. A mí me parieron en Biloxi, Mississippi. ¿Conoces, estuviste alguna vez?

Negó con la cabeza.

–Crecí en Chicago desde los siete años.

–¿Ah, sí? ¿Sabes qué, chica? Estuve cinco años en el lado sur de Chicago, trabajando como camarera de barra, en el Kit-Kat Club. Lo dejé y me vine a Harlem, con un hombre con el que no tendría que haber ni cruzado la calle, así de estúpida fui.

–Yo vine a Nueva York para escaparme de un hombre al que tenía mucho miedo.

–Mejor razón que la mía, cariño, aunque yo no le he tenido miedo a un hombre en mi vida. Me los desayuno de a dos. ¿Por qué le tenías miedo?

–Él me... me forzó. Me quitó el cheque con mi salario y me dijo que me daría nomás una parte. Sobornó al portero para que le dejara entrar en mi apartamento, o a lo mejor lo amenazó con una navaja, quién sabe... Cuando volví del trabajo –en esa época yo trabajaba en una oficina, tenía un buen trabajo como secretaria de un agente inmobiliario, chicano–, él estaba en mi apartamento.

–Ningún hombre me ha puesto un dedo encima sin que se lo pidiera, porque llevo un pincho, y sé cómo usarlo. He cortado en pedazos a más hombres de los que puedes contar con las manos, cuando no me trataron bien. Si comes mierda, eres mierda, chica. Si un hombre es bueno conmigo, entonces yo soy buena con él. Es algo que todo el mundo sabe de Alice Culo Azul.

–¿Cómo es que te llamas Alice Culo Azul? –preguntó el Piernas, sonriendo por debajo de sus largas pestañas.

–Chico blanco, larguirucho, ¿a que te encantaría saber por qué?

Echó atrás el cuello, suavemente, largo como una torre, y se rio, lo que hizo que los pechos se bambolearan bajo el vestido rojo. Llevaba sus propias ropas, sin duda. Alguna

auxiliar le había hecho coser unos centímetros de la parte delantera del vestido con un hilo del color equivocado, pero seguía siendo más corto y favorecedor que cualquier otro que pudiera verse por aquí.

–Porque soy tan negra, que soy azul... No lo adivinarías ni en un millón de años.

–Este es el Piernas –dijo Connie–. ¿Sabes algo del proyecto este para el que nos están utilizando?

–Papeleo. Nada más. Es lo único que hacen todo el rato. Ya sabes, todo ese tiempo que nos tienen sentados diciendo estupideces en las terapias de grupo, los médicos tienen que pensar cómo escribirlo. Cómo van a echar el sermón en el púlpito, durante la próxima reunión de personal. ¡Vaya tontería!

Llamaron a Alice y se fue caminando lentamente detrás de la enfermera, bamboleando su enorme culo mientras cruzaba la habitación. Un auxiliar sacó a Sibila de la oficina. Connie se levantó a medias. Sibila la vio enseguida y sus ojos intercambiaron mensajes de esperanza. Grasas colocó a Sibila en una silla al final de la fila. En cuanto Grasas se giró y les dio la espalda, Sibila se levantó de un salto y se sentó sigilosamente en el asiento que acababa de dejar Alice, al lado de Connie.

–¡Sibila, qué bueno verte! Escuché que te dieron electrochoques, ¿es verdad?

Sibila se llevó una de sus elegantes y huesudas manos a la frente.

–Tengo unos dolores de cabeza horrorosos. Me cuesta recordar las palabras, los nombres de las cosas. ¡Ayer no conseguía acordarme de cómo se llama la madera esa que hay alrededor de las puertas! Casi lloro de rabia... ¿En qué pabellón estás?

–G–2. No está mal. ¿Todavía estás en el L–6?

–No, D–5. Ojalá estuviéramos en el mismo pabellón. ¿Te dejan salir al patio?

–Aún no, estoy en ello.

–¡Ey, tú! –Grasas avanzó a grandes pasos hacia Sibila–. Te puse al final de la fila. No te me andes escabullendo.

–Es que nos conocemos –suplicó Connie. Su voz adquirió un tono adulator–. Solo estábamos hablando. ¿No dicen que nos hace bien relacionarnos?

–A mí no me engatusas –dijo Grasas–. Sois todas violentas; si no, no estaríais aquí. Haced lo que os digo y nos llevaremos bien. Si no, vais a comer mierda. –Arrastró a Sibila hasta la silla donde la había aparcado la primera vez.

–¿Sois amantes? –le preguntó el Piernas de una manera casi inaudible.

–No, somos muy buenas amigas. La conozco desde la última vez que estuve ingresada. –No le molestó la pregunta, en verdad. Mejor que pensarlo y no preguntar.

–Casi no la incluyen. Creo que al doctor Morgan le dan miedo las mujeres grandes. Pero el doctor Redding le pasó por encima. Dijo que podía manejar a cualquiera de nosotras como a gatitos recién nacidos. Eso es lo que dijo. Un encanto de hombre.

–Mmmmm. –Connie sonrió–. Apuesto a que nunca vio a Sibila peleando como una loca. Hacen falta dos auxiliares para reducirla.

–Me encantaría fantasear con eso. Pero el único que acaba haciéndose daño soy yo.

–Me pasa igual. Bueno, menos con lo que hizo que me trajeran aquí... Oye, Piernas, si de verdad te odias, ahora mismo estarías muerto, ¿no? Así que una parte de ti sí que te ama.

Él rio descontroladamente.

–Vaya postal para el día de los enamorados. Una parte de mí me ama. Firmado, con un poco de amor, el Piernas.
–Descruzó las piernas cuando Grasas vino a buscarlo.

Al día siguiente aún caían trombas de agua en el exterior del edificio y la galería seguía demasiado mojada como para sentarse en ella. Adormilada por la medicación, Connie fue a la sala de día. Sharma estaba de pie frente al televisor, frunciendo el ceño.

–¿Qué pasa? –le preguntó a Sharma mientras caminaba arrastrando los pies.

–Me cago en todo –dijo Sharma. Algo que no habría dicho si las auxiliares hubieran estado por ahí. A las pacientes se las castigaba por comportamientos impropios de una dama–. Me gusta una serie, *Luz azarosa*. Siempre la veo en casa. En fin, que a la una y media fui a pedirle a Richard que desbloqueara la tele y pusiera el canal 5. Esperé durante media hora mientras cotorreaban. Al final dejaron que Lois saliera a hacer su trabajo y sacaron la fregona de donde la tienen bajo llave para dársela a Glenda (¡hasta la fregona guardan bajo llave!). Después la señora Stein tenía una pregunta sobre su medicación. Dijo que el médico se la había cambiado. Discutieron con ella unos diez minutos. Al final lo chequearon. Revolvieron entre sus papeles durante otros diez minutos. Al final estuvieron de acuerdo en que el médico había autorizado un cambio. Después estuvieron un rato dándole vueltas al tema. Para cuando llegó Richard a poner el canal 5, ya había terminado la serie. Hay esa otra mujer que anda detrás del marido de Maggie, quiero ver qué pasa. Es como mi marido: las mujeres siempre andan detrás de él.

Connie balbuceó algo solidarizándose, apenas sosteniéndose en pie. Del aparato salían destellos que invitaban a sentarse en la sombría habitación. Cogió una silla de la parte de atrás y se durmió bajo el peso de las drogas. Estaba hundiéndose lentamente en el sueño cargado del Thorazine cuando sintió la presencia de Luciente y, dando tumbos, fue a encontrarse con ella.

–Aquí también está lloviendo –dijo desilusionada, con la voz espesa.

–Tú no cultivas, Connie, si no, no te sentirías mal por que lloviese. –Luciente la miró con curiosidad–. Estás tan drogada que casi no estás conmigo. ¿Puedo ayudarte?

Colocó sus manos cálidas y secas sobre las sienes de Connie y presionó delicada pero firmemente. Empezó a practicarle una serie de presiones exploratorias en la cabeza.

–Aquí, siéntate en el banco. –Luciente le hablaba en tono bajo y persuasivo–. Relájate, relájate. Así. Ábrete. Así. Fluye conmigo. Relájate.

Sabía que la estaba hipnotizando y sentía que la caja de hierro que le oprimía el cerebro empezaba a levantarse. La pesadez se deslizó por su cuerpo hasta desaparecer.

–Pos, ¿mejor?

Luciente le dio un sombrero de trama tupida para protegerse de la lluvia, lo suficientemente ancho como para cubrirle los hombros y, a diferencia de un paraguas, no hacía falta sostenerlo con la mano. Se dispusieron a caminar a lo largo de los resbaladizos senderos de la aldea.

–Ven, iremos en bici hasta el Cortijo, ¡un hermoso edificio de madera de trescientos años!

Al final de la aldea, más allá de las incubadoras de peces, había hileras de aparcabicicletas.

–¡Pero no voy en bici desde hace años! ¡No puedo!

–Bien. Cogemos un tándem. Yo pedaleo y tú haces lo que puedas.

–¡He visto muchos edificios de madera, Luciente! He visto edificios mucho más antiguos en Texas.

–Querías ver el «Gobierno». Hoy está en funcionamiento.

–¿El gobierno local? ¿Como un alcalde? ¿Un concejo?

Luciente hizo una mueca mientras pasaba la pierna, enfundada en un pantalón ancho, por encima de la bici.

–Échale un vistazo y ya veremos a qué se parece, ¿de acuerdo?

Emprendieron la marcha a lo largo de un sendero pavimentado y siguieron un agradable trayecto que pasaba sobre un alto puente curvado que cruzaba el río, bajo árboles grandes y pequeños, entre rosales que goteaban bajo el peso de la lluvia, sauces, barcas, terrazas con cultivos intercalados de judías verdes y calabazas, y dejaron atrás los límites de otra aldea, marcados con un aparcabicicletas.

–Esto es Cranberry –dijo Luciente, haciendo chirriar los frenos al parar de golpe–. Todo el mundo se la pasa haciendo listas de lo que debería mostrarte. La peña de mi base, mis famis, todas las personas del concejo. Hasta mi batallón de defensa... Estoy entrenando en el suelo y todo el mundo me da listas de lo que debería mostrarte. Aldea con sabor a Harlem negro.

–Veo jardines. Molinos de viento. Gente. Invernaderos. ¿Dónde están las cabañas?

–Abajo. –Luciente dejó la bici al costado de un gran arce y la ayudó a bajar–. Pararemos a por Erzulia. –Usó su cónor–. ¡Zuli! Soy Luci. He traído a la mujer del pasado. Nos encontramos en tu casa para mostrarle una vivienda de Cranberry, ¿favor?

–Claro –dijo una voz que sonaba más a una persona negra de su tiempo que ninguna de las que había escuchado hasta ahora–. Pero me ha llegado una fractura de pelvis muy fea,

una persona vieja de Fall River. Se dejan caer por aquí y lo ven ustedes sin mi ayuda.

–Erzulia y Abeja son compas de miel –dijo Luciente–. Erzulia tiene decenas de amantes. Persona nunca deja rancia a nadie, solo agrega. ¡Ahí arriba! –Señaló un edificio de dos plantas–. El hospital donde trabaja Zuli, el hospital de nuestro municipio. Aquel gran invernadero es donde crían los embiópteros, los organismos unicelulares que utilizamos para las barreras y las vallas.

–¡Organismos! ¡Están vivos!

–Cierto. Se reparan solos.

Mientras caminaban, vio que los patios estaban excavados a nivel de un piso, rodeados de densos setos, casi siempre espinosos: moras, frambuesas... Infranqueables para un animal o un niño. A nivel del suelo, crecían árboles, florecían jardines, serpenteaban senderos, unas hamacas colgaban de los árboles y algunas personas iban trotando o en bicicleta. Pastaban ovejas y cabras, unos polluelos correteaban picoteando el suelo, un gato jugaba con una cría de conejo agonizante. Las placas solares y las tomas de las cisternas de agua de lluvia tachonaban la superficie como si fueran esculturas, algunas decoradas con máscaras talladas, otras festoneadas y con incrustaciones de conchas y mosaicos de cristal.

Luciente la llevó de la mano por unos anchos escalones que giraban hacia un patio sumergido. El patio estaba pavimentado y en el centro había una gran mesa maltratada por la lluvia y el sol, con bancos alrededor y algunas sillas desparramadas. Sobre ella, un juego de ajedrez sin terminar tapado con uno de esos cobertores claros que Connie había visto colocar sobre los grandes pasteles. Las cuatro paredes que rodeaban el patio eran de cristales enhebrados con telas de araña tan finas que resultaban casi invisibles.

–El cristal se puede opacar o ponerse en modo visión unilateral –explicó Luciente.

–¿La casa entera es de Erzulia? –Quizás aquí eran más ricos.

–¡No! Viven en familia. Cada persona tiene su espacio privado, pero también espacio común, para la familia. Para comer, jugar, mirar holis. Las paredes son suficientemente gruesas para que no haya ruido.

Las habitaciones individuales se abrían a patios que servían en parte como pasillos y en parte como espacio común. Los vestíbulos unían habitaciones con otros patios. Luciente la guio a través del laberinto, a veces consultaba su cóner y pedía permiso para abrir una puerta. Atravesaron una cocina donde Luciente imploró que le dejaran probar un picante estofado de mariscos. A esa hora del día, solo estaban ocupadas dos habitaciones privadas. En una, según Luciente,

alguien estaba meditando. Colgado en la puerta, había un cartel de una mano con los dedos levantados.

–Esto es lo que ponen cuando no quieren que entres. Yo le llamo meditar, aunque obviamente podrían estar acoplándose, leyendo, durmiendo o nomás estar de morros.

La habitación de Erzulia daba al oeste. Era espaciosa, con las paredes completamente revestidas de tapices bordados o tejidos, textura sobre textura, color sobre color. La cama era una plataforma elevada a la que se accedía por una escalera, con el espacio de abajo cerrado con tapices que creaban un cueva oscura con cojines, un pequeño altar y estanterías con botellas llenas de hierbas. Los muebles eran de una oscura sustancia nudosa que parecía bambú. Sobre la cama había un extraño vestido azul.

–No deberíamos quedarnos aquí. Este es el atuendo de Erzulia. –Luciente usó la antigua palabra en tono formal.

–¿Es una madre preparándose para un nombramiento?

–Zuli nunca ha sido madre. Safo está muriendo y Erzulia es su amiga. Comparten una perspectiva sobre los ritos antiguos. Zuli practica el vudú como disciplina, como muchas personas en Cranberry, mientras que Safo es creyente de los antiguos ritos indios. Pero comparten una cercanía a... los mitos, los arquetipos.

–¿Safo? ¿La anciana que contaba cuentos a los niños?

–La misma. Persona es gran moldeadora de relatos. Ahora es muy vieja. Para per es ya tiempo de morir.

–¡Oh! –Vio el rostro afilado del cadáver en el túnel–. Me pregunto si está tan segura de que es la hora.

–Su cuerpo se ha debilitado desde el miércoles. A toda fruta le llega la hora de caer. Es una buena muerte si llega cuando estás preparada, ¿no?

Treparon por otras anchas escaleras hasta llegar al campo, donde la lluvia empezaba a amainar y oscuros nubarrones se desplazaban con rapidez, alejándose hacia la bahía. El aire olía a algodón, a limpio.

En el antiguo vestíbulo blanco del Cortijo, con su torre octagonal, unas veinticinco o treinta personas estaban sentadas alrededor de una mesa oval discutiendo sobre cemento, zinc, aluminio, cobre, platino, acero, gravilla, caliza y otras cosas que no llegó a entender. Muchas de ellas parecían mujeres, aunque al escuchar las voces casi siempre se daba cuenta de que había adivinado mal. Sus edades iban desde los dieciséis hasta una vejez extrema. Muy pocas parecían completamente blancas, aunque al estar bronceadas se hacía difícil saber cómo serían en mitad del invierno. Hablaban en un tono normal y no parecían estar soltando peroratas. Detrás de algunas personas sentadas a la mesa había otras, también sentadas, escuchando

atentamente y en ocasiones interviniendo con comentarios y preguntas.

–Tenemos un límite de cinco minutos por discurso. Concluimos que nada que persona no pueda decir en cinco minutos vale la pena que persona lo diga.

Luciente y ella cogieron unas sillas para sentarse detrás de Nutria, a quien al principio no había reconocido, porque llevaba el pelo negro recogido en una única trenza y el cuerpo cubierto con un peto salpicado de sal y lodo. Nutria les lanzó una sonrisa deslumbrante antes de volverse hacia una de las pantallas ubicadas sobre la mesa cada dos delegados, y en la que se veían cifras, parcelas y gráficos sobre los que estaban haciendo comentarios.

–¿Este es el gobierno de ustedes?

–Es el concejo de planificación de nuestro municipio.

–¿Son cargos electivos?

–Escogidos por sorteo. Lo haces durante un año: un trimestre con repre acompañándote, tres años con la persona que te sustituye y seis en solitario.

–Queremos limpiar algunos de los bosques de Goat Hill.

Un mapa parpadeaba en las pantallas dispuestas sobre la mesa. La persona que hablaba, con patillas y un bigote

erizado, bosquejó rápidamente algo sobre el mapa indicando la sección a la que se refería.

–Quisiéramos incrementar nuestro cultivo de trigo sarraceno.

Luciente murmuró:

–Repre de Goat Hill, aldea con sabor a Cabo Verde, río arriba.

–Me suena que atraviesa el área de la cuenca con agua de lluvia. Nadie tiene aquí mucha agua, gente –dijo una persona con el pelo verde.

–Solo teníamos en mente un área de entre veinte y veinticinco hectáreas de bosque secundario. Nuestra región importa demasiado cereal, en eso ya estamos de acuerdo –dijo el del bigote.

–Sin agua no podemos cultivar nada. Nuestros ancestros usaron el agua como si hubiera una cantidad infinita, chupándola de la tierra, ensuciándola y contaminándola –dijo Nutria con indignación–. No tenemos que actuar de manera descuidada con el agua. ¿Qué dice el Banco de Suelos?

–Redirigiré la pregunta.

Luciente se inclinó, acercándose.

–Es repre de Cranberry. Persona es quien comanda hoy.

–¿Quién es esa con el pelo verde?

–Persona es Abogada de la Tierra: repre de los derechos de todo el medio ambiente. A su lado está persona Abogada de los Animales. Esas posiciones no se eligen estrictamente por sorteo, sino por sueños. Cada primavera algunas personas sueñan que son las nuevas Abogadas de la Tierra o de los Animales. Quienes lo sienten así, se juntan y la elección entre esas personas se hace por sorteo.

La computadora emitía destellos de cifras y más cifras en las pantallas. Después de que todo el mundo las hubiera observado con atención, la persona representante de Ned Point habló.

–Los bosques en cuestión son, cierto, la cuenca. Coger esas hectáreas de bosque limitaría nuestra capacidad de almacenar agua potable.

–¿Cómo podemos elevar nuestra producción de cereales si no podemos tomar tierras de bosques de malezas para sembrar? –preguntó el representante de Cranberry.

–Entonces tenemos que elevar la producción de la tierra que tenemos –dijo la persona Abogada de la Tierra–. Estamos empezando a encontrar formas de agricultura intensiva para que el suelo sea más fértil en vez de desangrarse hasta ser polvo.

Nutria aún estaba estudiando la pantalla con su gruesa trenza colgándole sobre un hombro.

–Estos bosques son abedules, cerezos, álamos, pero con un crecimiento de pinos blancos. Será un bosque de pinos en diez años. Su historia tal como sabemos es: bosque en apogeo, limpiado para agricultura, abandonado, malezas en apogeo otra vez, arrasado para viviendas, incendiado y ahora volviendo a ser bosque.

Luciente le murmuró al oído:

–Venimos con las necesidades de cada aldea e intentamos dividir los recursos escasos equitativamente. A menudo tenemos que visitar el lugar en cuestión. El próximo nivel es la planificación regional. Repres escogidas por sorteo a nivel municipal van a la regional a discutir las decisiones más importantes. Las necesidades suben y las posibilidades bajan. Si la gente echa chispas por una decisión, van y argumentan. O negocian directamente con lugares que necesitan los mismos recursos, y llegan a un acuerdo.

Se celebró una votación y la petición de Goat Hill fue rechazada. La persona representante de Marion sugirió:

–Pidamos a una persona cultivadora de granos de Springfield que venga a Goat Hill para sugerir cómo cultivar trigo sarraceno sin limpiar más bosque. En Marion

ondearemos por hacer una celebración para la persona invitada.

Sonó el cóner de Luciente.

–¿Cuánto tiempo? –Connie escuchó que decía, y luego–: Iremos enseguida.

–El puente antiguo es bellísimo –argumentaba un hombre de mediana edad–. Trescientos años de antigüedad, de auténtico hierro forjado. Tenemos una persona artesana muy hábil para dejarlo en perfectas condiciones.

–Ninguna persona en tu aldea morirá porque el puente antiguo no esté. Necesitamos mineral para jizers –dijo una anciana–. El puente es bello, pero nuestra libertad puede depender de los jizers. ¡Cabeza antes que cola!

–¿No se les aconsejó el año pasado buscar aleaciones que gastaran menos mineral? –dijo la representante de Cranberry.

–Estamos trabajando en ello. ¡Como todo el mundo!

La representante de Goat Hill sugirió:

–Para el puente, ¿por qué no usan algo biológico? Se oxidaría menos. Se repararía solo.

–Tenemos que pirarnos –dijo Luciente, levantándola–. Rápido. Iremos en deslizador.

–¿Y qué pasa con la bici?

Luciente la miró perpleja.

–Alguien la usará.

El deslizador resultó ser un objeto mezcla de tren y autobús que se desplazaba sobre una cámara de aire, a unos treinta centímetros del suelo, hasta que se detenía exhalando un profundo suspiro. Se movía a una velocidad moderada, parando en cada aldea, y la gente subía y bajaba con paquetes, bebés y animales, y, en una ocasión, hasta con un inmenso pez espada envuelto en hojas.

Se sentaron en un compartimento frente a un anciano arrugado como una pasa que no paraba de silbar con aire satisfecho, mientras sostenía a un bebé arropado con una manta.

–¿Por qué tienen el autobús así, separado en compartimentos? Entraría más gente si fuera como los autobuses que teníamos, un único espacio grande.

–Así es más fácil conversar –dijo Luciente–. Más cálido.

–¿Eres huésped? –dijo el anciano–. ¿De dónde? ¿O eres nómada?

–Del pasado –explicó Luciente.

–¡Ah! Sí, ya oí, ya oí. Entonces... –La miró con curiosidad.

–¿Dónde vives? –le preguntó Luciente.

–Ned Point, donde me acabo de subir, ¿dónde si no?
Somos askenazíes –explicó a Connie.

–No sé qué es eso.

–Somos el sabor de la judería de Europa del Este. Freud, Marx, Trotsky, Singer, Aleijem, Reich, Luxemburgo, Wassermann, Vittova... ¡eran askenazíes!

–Construyen coners –explicó Luciente–. Venimos de visitar a las personas planificadoras.

–Oye, no entiendo –dijo Connie–. Si trabajadores de una fábrica, digamos que de la fábrica de coners, quieren hacer más coners y las personas planificadoras deciden darles menos material, ¿quién gana?

–Lo discutimos –dijo el hombre–. ¿Cómo si no?

–No hay una autoridad definitiva, Connie –dijo Luciente.

–Tiene que haberla. ¿Quién dice al final si sí o si no?

–Discutimos hasta que cerramos un acuerdo. Simplemente continuamos. Ay, a veces es horrible. Te bajonea.

–Después de una gran batalla política, nos invitamos mutuamente –dijo el hombre–. Quienes han ganado tienen que alimentar a quienes han perdido y darles regalos. ¿Has estado en una reunión municipal?

Connie negó con la cabeza; el anciano emitió un chasquido con la lengua y apuntó a Luciente con el dedo.

–Tienes que llevar a per. ¿Cómo aprenderá sobre nuestro tiempo?

–Cierto –dijo Luciente en tono agrio–. ¡Lo intento! Las decisiones políticas, cachái, como aumentar o disminuir la población, siguen un camino diferente. Conversamos localmente y luego escogemos repre para defender nuestro planteamiento en el encuentro de zona. Luego nos sentamos al completo con holos de transmisión simultánea y la persona repre de cada grupo enuncia el posicionamiento de su aldea. Después regresamos al encuentro local para fusionar nuestra palabra final. Luego las repres discuten una vez más enfrente de todo el mundo. Y al final votamos.

–Ustedes deben pasarse la vida en reuniones.

–*Shalom*. Me bajo aquí –dijo el anciano–. Haz que te lleve a Ned Point. Soy Rebekah y vivo en el costado este de la sinagoga.

Luciente hizo un gesto de saludo con la mano.

–¿Cómo puede la gente controlar sus vidas sin pasar mucho tiempo en reuniones? ¿No se hartan mutuamente?

–Si nos hartamos normalmente hay un motivo. Pero siempre puedes irte, vagabundear durante un tiempo, o encontrar una nueva aldea.

–De acuerdo, supón que no quiero ir a reuniones.

–¿Quién puede obligarte? La gente te preguntará por qué ya no te importa. Compas pueden sugerir que te tomes un descanso o hables con persona sanadora. Si tus famis sienten que las expulsas de tu vida, pueden pedirte que te vayas. Si muchas personas de una misma aldea toman distancia, las aldeas vecinas envían un equipo de personas que ayuden a involucrarse.

–Hace años vivía en Chicago. Me involucré de ese modo. ¡Reuniones, reuniones, reuniones! Estaba tan ocupada, ¡me hervía la cabeza! Tenía muchas esperanzas. Fue después de mi marido Martin... Lo asesinaron. Yo era joven e ingenua y supuestamente era una Guerra contra la Pobreza... Pero no era más que la misma maquinaria política de siempre y nosotros pobres y estúpidos, nosotros... éramos idiotas que pensábamos que por una vez estábamos al mando. Acabamos en el mismo lugar donde habíamos empezado. Repartieron algunos trabajos remunerados entre los llamados líderes comunitarios. Todas esas reuniones. Al final acabé sintiéndome dolida y estafada, nada más.

–Se pierde hasta que se gana: es un dicho que nos dejaron quienes cambiaron nuestro mundo. La gente pobre finalmente unió fuerzas. –Luciente se levantó y se preparó para bajar del deslizador a medida que se apoyaba sobre el césped. Habló a su cóner–. Localiza a Safo.

–Safo está en una carpa cerca del molino –dijo el cóner.

Caminaron por el sendero de la ría hacia el lado sur de la aldea, donde habían instalado una gran carpa. La lluvia amainó hasta convertirse en una fina llovizna, el viento llegaba frío del sur. En la ría, el agua se arremolinaba por el cambio de marea, y no fluía ni en una dirección ni en otra. Sobre un catre, extendido debajo de un techo de lona bajo, yacía la anciana Safo. Llevaba mallas de piel de venado y una túnica gastada que le iba grande, aunque estaba bellamente decorada con plumas bordadas de colores claros. Su rostro, más demacrado que nunca, parecía replegarse desde la punta de su nariz de india. Tenía los labios tan delgados que casi habían desaparecido. El cráneo sobresalía por entre los escasos cabellos, presionando la piel marchita de la frente y las mejillas. Los ojos negros de Safo habían perdido su brillo y Connie no estaba segura de que la anciana aún pudiera ver, aunque giraba la cabeza de lado a lado para seguir las conversaciones. La pesada cabeza daba vueltas cansinamente sobre el cuello diminuto, como una inflorescencia en un tallo seco.

–Safo, estoy aquí, soy Luciente, vine para estar contigo. He traído a la mujer del pasado.

–Luciente, criatura de la tierra y el fuego, como una buena olla. La otra persona no la conozco. Déjalo.

–¿Quiere que me vaya? –susurró Connie.

–No, no –dijo Luciente en su habitual tono elevado de voz–. Persona solo quiere que no la obligue a recordar quién eres.

–¿Ha llegado Golondrina? ¿Dónde está mi criatura? –Su fina voz raspaba el oído.

En cuclillas cerca del catre, Liebre habló a su cóner. Luego contestó:

–Bolívar está en un flotador a cuarenta minutos de distancia. Persona se está dando prisa, Safo.

–Voy con la marea. Golondrina debería apresurarse.

–¡Bolívar, date prisa! Soy Liebre. Safo desea morir pronto. ¿No puedes esforzarte más?

–¡Le doy, amor mío, estoy yendo más rápido de lo que puedo! –La voz masculina sonaba irritada–. Dile a Safo que espere. Persona no tiene paciencia. Estoy teniendo fuertes turbulencias. Y con el viento en contra, ¡y tengo que seguir

subiendo! ¿Te has hartado tanto de mi elegante cuerpo que quieres que lo desparrame por las Berkshires?

–Golondrina siempre llega tarde. –Safo sonrió al cielo raso de la carpa–. Golondrina cree que nada ocurrirá sin per.

Arrodillada junto al catre, había una joven de rostro acorazonado, tez marfileña y lacios cabellos castaños que le llegaban hasta las nalgas. De pronto, se levantó y avanzó hacia Safo. Apoyó la mejilla contra el pecho casi inmóvil de la anciana y empezó a llorar.

–¿Louise–Michel?

–No, no, ¡soy Álamo! ¿No me reconoces?

–¿Álamo? Pero recuerdo a Louise–Michel y a tanta gente que amé... Álamo, no me llores. Quiero irme con las aguas, tranquilamente.

–¡No mueras! Espera. Si me amas, ¡espera!

Un destello de mal genio cruzó el rostro de Safo.

–Si me amas, córtate el pelo. Sí, me enterrarán con tu pelo.

Álamo se levantó y dijo con más compostura:

–Enseguida me lo corto. –Salió disparada.

–¿Por qué has hecho eso, tú, bruja? –dijo Liebre–. Ha sido mezquino.

–Persona me molestaba. Es mi agonía. –Safo yacía respirando con voz ronca–. Además, le hará sentirse mejor. Ya verás.

–¿Quién era Louise–Michel? –preguntó Liebre.

–Amante número dos. Buena amistad. Persona también tenía el pelo largo, pero era fuerte... Murió, accidente de buceo... No debería haber tomado compa de almohada tan tarde. Fue vanidad. Poco tenía que ofrecer... Igual que con Golondrina. Demasiado tarde para solicitar una criatura... Vanidad.

–No es verdad –dijo Liebre–. El poder que hay en ti ha resistido hasta el final. Bolívar lleva dentro de sí una gran parte de ti que amo.

–He inventado unos cuantos buenos relatos, ¿no?

–Te sobrevivirán durante muchas generaciones –dijo Roble Blanco desde los pies del catre.

–¡Luciente! –Connie le dio un golpecito en el codo–. Si se está muriendo, ¿por qué está bajo la lluvia?

–Pero si Safo está debajo de una carpa... Persona quiere morir junto al río.

–Pero ¿por qué no hay un médico? Si estuviera en un hospital, quizás no se moriría, Luciente. Podría vivir más.

–Pero ¿por qué no morir? –Luciente la miró atentamente, mostrando incompreensión en su ancho rostro de campesina–. Safo tiene ochenta y dos años. Un buen momento para retornar.

–¿Van a dejarla aquí tirada a la intemperie hasta que se muera?

–Pero ¿por qué no? –Luciente frunció el ceño con confusión–. Todo el mundo retorna. Llevamos nuestras muertes en la médula: si no sabes eso, tu vida está hueca, ¿no? Esta es una buena muerte. Espero que Golondrina..., ay, Safo ya me ha contagiado. Persona es tan retorcida y traviesa; Safo insiste hoy en usar el nombre de infancia de Bolívar.

–¡Tía Safo! –Una niña pequeña tiraba de su mano flácida–. He venido a despedirme.

–¿Quién es? –Los ojos de Safo permanecieron cerrados–. ¿Quién es esta ardilla que me mordisquea la mano?

–Soy yo, Luna. ¿Ya no nos contarás más historias?

–¡Nunca! Otra persona. ¡Pero no como yo! –Un ligero espasmo la sacudió y le dejó la boca entreabierta.

–Tus historias han creado poderosos patrones en cientos, miles de criaturas –dijo Roble Blanco–. Tus historias han modificado nuestros sueños.

Safo no habló durante un largo rato. Luego dijo:

–Llévenme más cerca del río. No alcanzo a oírlo.

Liebre y Roble Blanco levantaron el catre y lo cargaron. Roble Blanco preguntó:

–Safo, querida, ¿así es lo bastante cerca?

Safo no contestó directamente, sino que torció la cabeza.

–Llévenme más cerca. No lo oigo.

Llevaron el catre lo más cerca que se atrevieron, pero ella continuó quejándose.

–Ha perdido audición –dijo Roble Blanco–. Levanten a Safo con cuidado, vamos a sumergirle los dedos. Persona entenderá.

Liebre la levantó delicadamente, con sumo cuidado, y muy lentamente se arrodilló sin soltarla mientras Roble Blanco cogía la mano de Safo y la sumergía en el agua, sosteniéndola contra la corriente. Los dedos se relajaron, la mano se abrió lentamente.

–Ah... –susurró–. La marea se está retirando.

–Bolívar no lo conseguirá –dijo Roble Blanco en un susurro, a pesar de que Safo ya no podía oírlos.

Liebre balbuceó en su cóner.

–¡Bolívar! Safo se muere ya.

–¡Diez minutos, camarada, diez minutos de nada!

Álamo regresó con los cabellos cortados. Se arrodilló al costado del catre, donde Liebre había estrechado la cáscara vacía que era el cuerpo de Safo. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que Safo ya no podía oírla; entonces colocó su cabello rapado en la mano laxa de la anciana y apretó con fuerza. La mano de Safo sujetó los cabellos y una vez más su boca se retorció en una mueca apenas visible que parecía una sonrisa.

–Álamo, criatura, planta una zarzamora para los pájaros que aman la fruta.

–Safo no durará hasta que llegue Bolívar. –La voz grave de una mujer, penetrante como si la hubieran trabajado hasta lograr un filo letal–. Álamo, siéntate junto al mástil. Acalla tu llanto, me nublas el cono.

–¡Erzulia! ¡Deberías haber venido antes! –dijo Luciente en tono de reproche–. ¿No llevas tus ropas de gala?

–Persona no me mandó llamar. Solo vengo por la muerte. En respeto. Safo está lejos, lejos en el pasado, el antiguo amor.

Roble Blanco dijo:

–Erzulia, ¿puedes contener a Safo hasta que llegue Bolívar?

–Vayan rápido al flotapuerto. Emitan una advertencia de velocidad y traigan a Bolívar en zumbador. Pondré toda la energía en el cono, lo intentaré.

Erzulia no miró a ver si obedecían, sino que se sentó al borde del catre y cogió la frágil cabeza de Safo entre sus negras y alargadas manos. El pelo de Erzulia estaba recogido en docenas de finas trenzas tejidas en una colmena y colocadas sobre su cabeza en forma de bóveda. Su larga falda plisada, de una tela azul de batik con diseños de serpientes y flores, dejaba al desnudo sus pechos y sus hombros, poderosos y torneados. Se le nubló la vista al sujetar a Safo y en su ancha frente comenzó a brotar el sudor. Inmóvil, rígida, se sentó y agarró la cabeza de Safo con fuerza entre los dedos. El sudor empezó a manar, a caerle en regueros por las mejillas, a resbalarle por los pechos cónicos y puntiagudos, un sudor que se evaporaba de su piel haciendo vibrar el aire en torno a ella, como sobre el cuerpo de una corredora de larga distancia.

Luciente habló en voz baja a su cóner.

–Abeja, deberías venir a la carpa. Erzulia está reteniendo a Safo con bloqueo mental hasta que llegue Bolívar.

La voz de Abeja dijo:

–No puedo ir ahora. En mitad de una prueba. Pondré mi cóner en alerta para que me avise cuando aterrice Bolívar y saldré corriendo.

–¡Ten cuidado, entonces! Bolívar siempre tiene un montón de cosas que hacer. Hacer demasiado en solitario todo el tiempo es una forma de arrogancia. Es por eso por lo que persona llega tarde otra vez.

–¡Luciente! Si persona llegara a tiempo, lo verías como arrogante, como si Bolívar pensase que Safo no podría morir sin per. Hasta luego.

–Todo me resulta... gracioso –dijo Connie–. Un atajo de aficionados.

–¿Quién es profesional muriéndose? A cada cual nos toca solo una vez, no podemos practicar. –Luciente le rodeó la cintura con el brazo.

–En mi familia, en México, la gente moría así. Pero en la ciudad la gente pobre muere en hospitales. Los auxiliares ponen una cortina. La enfermera está un poco pendiente si

no está demasiado ocupada... Mi madre murió en el hospital de Chicago... ¡Qué asustada estaba! La vez anterior, cuando estuvo en el hospital, le quitaron el útero.

–No extraemos muchas cosas. Cuando lo hacemos, lo volvemos a cultivar. Programamos las células locales. La curación es lenta, pero después es mejor.

–No he conocido a ningún médico. ¿Cómo es que no hay médicos?

Luciente señaló con el dedo:

–¡Mira! Erzulia es sanadora.

–¡Una curandera!

–¿Lo dices como un insulto? Erzulia trabaja en el hospital en Cranberry. Tienen el hospital de este municipio.

–¿Qué hace en el hospital?

–¡Oh! Persona enseña a gente a sanarse. Opera. Manipulación, alivio del dolor, fusión de huesos. ¡Erzulia tiene mucho talento! Persona ha formado a centenares de personas sanadoras y es pionera en nuevos métodos de fusión de huesos y alivio del dolor. Existe una forma de tratar las fracturas pélvicas en personas mayores que lleva su nombre.

Miró a la mujer alta y negra sentada con las piernas cruzadas sobre el catre, con el sudor cubriéndole los brazos musculosos y los grandes pechos, y no pudo ver en ella a un médico de bata blanca de un gran hospital.

–¿Cómo puede alguien practicar el vudú y la medicina? ¡No tiene sentido!

–Cada uno tiene un sentido diferente, ¿no? ¿Cómo si no?

Connie estaba tumbada en la cama mientras el médico hacía la ronda y, para diversión de los residentes, gastaba bromas sobre los cuerpos de las pacientes, la mayoría negras y puertorriqueñas, a quienes ciertos problemas de mujeres habían arrojado a esta áspera playa blanca, este arrecife estéril y reluciente. Les distribuían formularios de renuncia para firmar, lo bastante imprecisos como para que los residentes pudieran practicar las operaciones que necesitaran. En la cama contigua a la suya había una mujer negra, de diecinueve años y dependiente de la asistencia social a la que habían ingresado por un aborto en la semana catorce y practicado una histerectomía en lugar de un aborto por inyección salina. La mujer estaba en shock por la extracción, lo que la transformaba en una paciente muy tranquila. Nadie se preocupaba por ella, allí postrada con la mirada fija en el techo. A las mujeres con sífilis se las obsequiaba con bromas obscenas. Lo único que decían los médicos cuando alguien se quejaba era:

–Estamos dándole una medicación que lo solucionará.

A los casos interesantes les practicaban exámenes rectales y pélvicos siete u ocho veces seguidas, para que todos los médicos y residentes pudieran echar un vistazo, sin explicar nada en ningún momento.

–Eres una chica muy enferma –le dijo el médico a una mujer de cuarenta años a la que habían perforado accidentalmente los intestinos al quitarle un DIU incrustado.

La rabia empezó a emborronar la escena y se acercó a Luciente en busca de apoyo, sintiendo que el suelo volvía a solidificarse bajo sus pies. De pronto la excitación sopló por la carpa como una ráfaga de viento.

–Bolívar ha aterrizado –gritó Liebre. Se oyó el tañido de una campana.

–¿Qué anuncia la campana? –preguntó.

–La muerte –dijo Luciente.

–¡Pero todavía no está muerta!

–Pero pronto lo estará. –Liebre frunció el ceño–. Sal y Pimienta, no siempre es malo morir, ¿no? ¿Quién quiere estar hecha de acero y continuar viviendo después que toda la gente nacida en tu incubadora, en tu tiempo, tus famis,

colegas y madres, tus compas de miel, ya hayan retornado hace tiempo?

Connie resopló y se alejó. La campana repicaba a través del aire húmedo en oleadas de un sonido profundo. Poco a poco, más personas fueron acercándose de manera desordenada a la carpa, pero manteniendo la distancia con el lugar donde estaba el flotapuerto. Finalmente, se escuchó una alarma muy aguda; un vehículo que emitía luces rojas y flotaba a unos treinta centímetros del suelo se acercó velozmente emitiendo un sonido chirriante. Se detuvo en seco justo al borde de la carpa y se estabilizó con un siseo. Roble Blanco saltó al suelo mientras una persona robusta (la voz había sido masculina, pensó), como de un metro ochenta de estatura, se bajaba por el otro lado del vehículo y se apresuraba hacia la carpa con un andar cimbreado. Bolívar –supuso– llevaba el cabello ensortijado en trenzas tan elaboradas como las de Erzulia, pero su piel era clara y llena de pecas por el sol. Llevaba un... no podía nombrarlo de otra manera: un vestido largo hasta las rodillas, con rayas al bias.

Luciente asintió bruscamente mientras él pasaba como una exhalación.

–Erzulia ha estado reteniendo a Safo para ti.

–¿Por qué no tú? ¡Habrías podido! –le espetó.

-No con la persona del pasado a remolque.

-Ummmm.

Lanzó una breve mirada a Connie, sus ojos gris pálido escépticos y fríos como una roca. Luego corrió hacia el catre, abrazó a Liebre brevemente y puso las manos sobre la cabeza de Safo, junto a las de Erzulia. Al cabo de un rato Erzulia pareció volver en sí y lentamente fue aflojando la sujeción. Rodó fuera del catre hasta el suelo. Mientras Álamo la sostenía, Abeja se aproximó.

-Ahora me llevaré a Zuli. Persona está agotada y necesita dormir.

Abeja se incorporó, colgó a Erzulia sobre los hombros y cargó con ella a lo largo del sendero del río hacia el puente, corriente abajo, silbando bajito mientras se alejaba a paso lento.

Todo el mundo se había apartado para dejar a Bolívar con Safo. Él le sostenía la cabeza flexionando los dedos, moviéndolos, y por primera vez desde hacía quince minutos, los labios de Safo buscaron a tientas las palabras.

-Bien... ¡Aquí! Bien -fue todo lo que dijo. Luego con un ronco temblor exhaló su último aliento y se quedó inmóvil.

Bolívar se incorporó.

–La persona que fue Safo ha muerto.

Liebre le habló a su cóner, repitiendo ceremoniosamente.

–La persona que fue Safo ha muerto.

La campana empezó a sonar más lentamente. Barbarrosa avanzó esquivando a la gente reunida, con una tabla en las manos. La depositó en el suelo y Luciente avanzó para ayudar a Liebre y a Bolívar a levantar a Safo del catre y colocarla sobre la plataforma. Roble Blanco y Álamo, temblando por el llanto, se giraron para abrazarse. Bolívar apretaba con tanta fuerza las manos sobre el hombro de Liebre que tenía los nudillos blancos. Las pecas de sus manos destacaban como manchas de edad. Roble Blanco acariciaba sin descanso la cabeza rapada de Álamo.

Liebre fue una de las cuatro personas que levantaron una de las esquinas de la plataforma y empezaron a cargar a Safo entre las vaporosas hebras de lluvia. Los gruesos cabellos de Álamo yacían como un ramo de hierbas relucientes bajo las manos cerradas de Safo, que descansaban sobre su pecho estrecho. Álamo, Roble Blanco y Bolívar avanzaban torpemente detrás del cuerpo; Roble Blanco con el brazo alrededor de Álamo, Bolívar más adelante, alejado del resto con una dignidad adusta, como si las únicas articulaciones de su cuerpo fueran las de sus rodillas desnudas. Luciente se alineó detrás de los demás, al lado de Connie.

–¿A dónde vamos? ¿A la funeraria?

–La familia, amantes, amistades más íntimas, se sientan junto al cuerpo para aliviar su pena. Después de la cena toda la gente de la aldea se reunirá para un velorio en la gran sala de encuentros donde politiqueamos, miramos holos y celebramos rituales interiores.

–¿Cuándo es el funeral?

–¿Funeral? –Luciente consultó el cóner–. No tenemos de eso. Nos quedaremos toda la noche en vela, en compañía, hablando de Safo. Al alba, cavaremos una tumba y depositaremos allí el cuerpo. Luego plantaremos la zarzamora que quería Safo. Alguien irá a buscar una al vivero de árboles en Marion. Después, antes de ir a dormir, visitaremos la incubadora y señalaremos la intención de iniciar un bebé.

–¿Enseguida? ¡Qué poco corazón! ¡Sale uno y entra otro!

–¿Por qué poco corazón? En una semana, tradicionalmente, cuando hayamos recuperado sueño y trabajo, discutiremos en qué familia debería nacer el bebé y quiénes serán las madres. Empezamos meditando sobre la persona muerta.

–Es que parece... no sé, ordinario. Sin funeral, sin funeraria. Unas paladas y ya.

–Connie, la antigua forma de ustedes, intentar mantener el cuerpo en descomposición, nos parece una barbarie. Fingir que no nos componemos de elementos tan antiguos como la tierra, que no debemos devolver esos elementos a la red de todo lo vivo... Para nos, una buena muerte es la que llega en la plenitud de la edad, sin mucho dolor y con la mente clara. ¡Una vida plena es una vida usada! Persona debe estar cansada... ¡Deberías sentarte en el velorio con nos! Ya verás. Se siente bello, se siente bien. Ya verás qué belleza crea Liebre: persona y Bolívar hacen espectáculos en compañía. Bolívar es ritualista. Yo, por mi parte, actuaré esta noche con mi percusión: por lo que tenemos que pirarnos y regresaremos después de disponer todo en la casa de reuniones.

–¡Algo va mal! –Connie sintió que la sacudía una amenaza–. Suelta, Luciente. ¡Déjame marchar!

–¡Deprisa, Connie!

Luciente dio un paso atrás y Connie se encontró en la silla de la oscura sala de día. La enfermera Wright le estaba abofeteando la cara hasta que le dolieron las mandíbulas.

–Por favor... ¡no!

–Pensé que... estabas ida.

–Me siento muy rara hoy. Creo que me dormí o me desmayé. La medicación... Me siento muy rara desde que me la he tomado hoy.

La enfermera Wright era una mujer maternal de unos cincuenta años, pero demasiado cargada de trabajo. Se había rendido y ahora se limitaba a merodear por el pabellón, dejando que todo el trabajo recayera en sus auxiliares. A Connie le caía bien, pero sentía que no podía contar con ella. La enfermera le estudió los ojos.

–Ummm... Se lo diré al doctor. Quizás te están dando la dosis inadecuada.

–Creo que tengo una sensibilidad a las drogas, quizás –dijo ella con voz sumisa. Su cuerpo aún temblaba por la fuerza de la transición. El corazón se le salía del pecho y la enfermera Wright, cogiéndola de la muñeca, frunció los labios al comprobar el pulso.

–Se lo diré al doctor. Puede que te estén dando una dosis demasiado alta, o quizás no. Ya lo dirá él. Ahora, levanta.

Se incorporó temblando.

–Me siento rara.

–Ahora ven. Es hora de hacer cola para la cena.

NUEVE

–Nos trasladan a un pabellón especial –dijo el Piernas–. Aquí mismo, en el edificio médico.

–¿Quién lo dice? –preguntó Connie. Los rumores habían corrido como la pólvora entre su pequeño grupo durante dos semanas.

–Grasas, el auxiliar del buen rollo. Dice que pronto nos van a trasladar a todos a un pabellón preparado para nosotros.

–¿Hombres y mujeres juntos? ¿Un pabellón cerrado con llave? –Aunque las encerraran bajo llave, al menos podría estar otra vez en el mismo pabellón que Sibila.

–Creo que sí. –El Piernas puso mala cara–. No actúan como si estuvieran montándolo para que estemos sueltos. Recibí una carta muy curiosa de mi padre, diciendo que están muy

orgullosos de que me hayan escogido para participar en un proyecto piloto de atención especial, y que esperan que coopere y me ponga bien. Que tenemos suerte de tener a un médico tan famoso que sale en la revista *Time*.

–¿Redding?

–El mismo. Pero están más impresionados aún con el doctor Argent, que es director de no sé qué instituto.

–¿El doctor Argent? No hay nadie con ese nombre por aquí.

–Me quedé de piedra. Lo que me preocupa es que el hospital ha ido detrás de ellos para que firmaran un permiso.

Connie se acurrucó, intentando armarse de valor. El Piernas tenía sus propias ropas, siempre parecía tener algo de dinero, y hasta cigarrillos.

–Piernas, ¿podrías prestarme algo para llamar a mi sobrina a Nueva York? No he recibido ni una visita desde que llegué aquí. Sé que si hablo con ella, podría conseguir que me trajera algo de dinero y ropas. Están avergonzados, y hacen como si no existiera desde que me encerraron.

–Mis parientes se sienten culpables por haberme enviado a un hospital público. Ellos tampoco vienen, pero me depositan una paga.

El Piernas sacó una pequeña bolsa que llevaba debajo de la camisa. La había confeccionado en el taller de Terapia Ocupacional. Ansiaba fervientemente tener acceso a la TO pero no podía conseguirlo porque la señora Richard había puesto cosas malas en su informe. La TO era solo una hora cada dos semanas (una semana para los hombres y otra para las mujeres) en la que jugaban con arcilla o cortaban cuero, pero era algo que hacer. Obviamente, no era como si una pudiera relajarse allí tampoco, porque la terapeuta también tenía que justificar su trabajo escribiendo un informe («paciente insociable, hizo una mujer con rasgos sexuales sobredimensionados»), pero al menos era algo distinto. El Piernas enganchó nuevamente la pequeña bolsa bajo la camisa y le pasó un dólar disimuladamente.

–Espero que te sirva para algo.

Escondió el dólar en el compartimento secreto, bajo la solapa del fondo de su bolsa-de-la-compra-dentro-de-la-bolsa-de-la-compra (ambas deteriorándose peligrosamente, cada vez más finas y con las asas cosidas y recosidas).

–Gracias, Piernas. Oye, si consigo hablar con ella, vendrá. Tiene que venir.

–No les gustamos, ya lo sabes. Somos la lepra... ¿Sabes qué me hicieron la última vez que me la jugaron con un experimento? Me engancharon electrodos en la polla y me

enseñaron fotos guarras, y cuando se me ponía dura por ver hombres, me daban electrochoques. Sea lo que sea que estén tramando aquí, no puede ser tan doloroso, ¿no?

Mientras estaban sentados esperando a Acker, el psicólogo de los tejanos, para que les hiciera unas pruebas nuevas, Connie se sintió mejor. Tenía una llave secreta al mundo, ¡ojalá esa noche le dieran permiso para usar el teléfono!

El momento para hacer llamadas por teléfono era fijo: después de la cena, antes de la ronda de recuento. Esperó en la cola para pedir permiso.

Sharma preguntó:

–Por favor, ¿puede darme un poco de papel higiénico?

–¿Otra vez? ¿Qué haces en el baño, Sharma?

–Es la medicación. Me da ganas de mear todo el rato, enfermera, de verdad.

–No provoca lo mismo al resto de pacientes. ¿Por qué iba a pasarte a ti? Si no te estuvieras toqueteando, no tendrías tantas ganas de orinar cada cinco minutos. –Le dispensó dos porciones de papel higiénico.

–Por favor, ¿puedo hacer una llamada por teléfono?
–preguntó Silvia.

–¿A quién quieres llamar?

La mujer negra cambió el peso de un pie al otro.

–A mi novio.

–¿Cómo se llama?

–Duster.

La enfermera continuaba a la espera.

Reticente, Silvia añadió:

–Duster MacPhee. Está en Yonkers.

–¿Tienes el dinero?

–Claro que sí, aquí mismo.

–Bueno. El auxiliar de hombres está de servicio en el vestíbulo. –La enfermera actuaba como si le hiciera un gran favor.

–Necesito un par de aspirinas. Esta noche tengo un dolor de cabeza terrible. –Una nueva paciente, la señora Souza, tendió la mano con impaciencia.

–Tu medicación está apuntada en tu historial y no incluye aspirinas –dijo la enfermera de noche.

–Pero me duele la cabeza. No necesito ninguna... medicación. Drogas. Solo una aspirina normal y corriente.

–¿Eres médica, ahora?, ¿vas a automedicarte, Souza? ¿Eso es lo que estás haciendo en el hospital: creer que eres médica?

–No estoy pidiendo morfina, enfermera. ¡Solo una aspirina! Como las que vendemos en la farmacia que tengo con mi marido, ¡hasta en frascos de mil! ¡Aspirinas!

–Cariño, puede ser que tengas una farmacia, me da igual, pero ahora estás confundida. Aquí no eres la que prescribe a los pacientes. ¡Ahora ve a sentarte! ¡Ya! O haré que te seden.

La señora Souza no lo podía creer. Se volvió hacia Connie, la siguiente en la fila.

–¡Solo pedía una simple aspirina para el dolor de cabeza! Se lo voy a decir al doctor.

–Mejor siéntese –dijo ella en voz baja. No podía arriesgarse a agregar nada más. Pasó por delante de la señora Souza y con sus mejores modales de mendiga imploró:

–Por favor, le agradecería muchísimo si me dejara llamar a mi sobrina Dolly Campos en Nueva York, ¿sería posible?

–¿Tienes el dinero?

Ella le mostró su preciado dólar, que la señora Stein le había cambiado en monedas de veinticinco y diez centavos.

–¿Lo ve? Suficiente para llamarla. Por favor. Se lo agradecería muchísimo, enfermera, de verdad.

–Me encantaría saber de dónde sacaste ese dinero, Ramos.

–Es mío. ¿Ve? Por favor. –Volvió a enseñarle las preciadas monedas, calientes en su palma extendida–. Me encantaría poder hablar con mi sobrina, Dolly Campos, en Manhattan. La tiene usted en la lista de familiares, si quiere comprobarlo.

–Anda, ve. Aunque me gustaría saber qué has hecho para conseguir ese dinero. ¿Has ido mendigando centavos?

Había un hombre usando el teléfono de pago y otros cuatro iban delante de ella, Silvia incluida. Todos podían escuchar, aunque el hombre se esforzaba por acercar la boca al tubo mientras lo cubría con la otra. Sin embargo, cuando su mujer lo oía, todos podían oírlo también.

–Entonces ¿cómo es que no lo has traído? No estoy enfadado... No puedo hablar más alto, querida... ¡Entonces vende la maldita casa antes de que la subasten! No importa lo que haya dicho tu hermano... Ahora escucha... ¡No estoy

gritando! Escucha, llama a un agente inmobiliario de verdad, para eso están... No importa lo que él diga, la comisión va incluida en el precio. Si no la venden, no cobran nada, Margaret. ¡Escúchame!

–Oye, date prisa –dijo el chico próximo en la fila–. Tengo que llamar antes de las ocho. ¡Llevas hablando diez minutos!

Toda la cola se retorció de expectación, de ansiedad, por la terrible energía que en todos provocaba el hecho de centrarse tan intensamente en ese objeto negro, esperando a que se comiera sus valiosas monedas. El auxiliar estaba recostado en la pared más alejada, fumando, coqueteando distraídamente con una paciente que profería risitas en nerviosos estallidos mientras fijaba la vista en los zapatos del auxiliar. Dolly podía no estar en casa. Podía estar con un cliente. Podía ser que Geraldo estuviera con ella, y él colgaría. Que contestara Geraldo sería peor que que no contestara nadie, porque eso lo alertaría de que Connie intentaba contactar con su sobrina. ¡Si al menos pudiera llamar de mañana!

El chico estaba hablando con la madre y el padre a la vez, aparentemente cada uno en un aparato distinto. Tendría unos quince años, con un acné que se le había descontrolado en el hospital, una gran barriga, las manos temblorosas sobre el teléfono. Le deprimía ver a un niño con manos temblorosas. Miró fijamente la textura grasienta de la pared de enfrente, como la piel de un lagarto viejo y sucio. Las

botas puntiagudas de lagarto de Geraldo. Él estaría allí, por supuesto, atendería el teléfono. Podía intentar disimular la voz. Si contestaba y ella colgaba al instante, a lo mejor el aparato le devolvería las monedas. No, eso no funcionaría; una vez que él contestara, el dinero se iría y ella habría malgastado una oportunidad.

El chico dejó el teléfono colgando y se alejó con pasos cortos.

–Putá, putá, putá –masculló entre dientes y acto seguido estampó la cabeza contra la pared opuesta. El auxiliar lo agarró del pescuezo.

Silvia cogió el teléfono para hacer su llamada. Detrás de ellas esperaban otras cinco personas. Silvia marcó el número. Daba ocupado. Su expresión decía que no iba a aceptarlo. Marcó otra vez. Comunicaba. Sin decir palabra se puso al final de la cola para esperar otro turno. Su cara mostraba que se estaba preguntando con quién estaría hablando su novio. Su rostro iba nombrando mujeres, inventaba mujeres a las que él estaba a punto de ir a ver, para meterse en sus camas y amarlas, completamente olvidado de su amor por ella.

Connie toqueteó las monedas, se le cayó una de diez centavos, le puso un pie encima y la recogió apresuradamente para no perder su puesto en la cola. Marcó el número con determinación, ni demasiado rápido ni

demasiado lento. Sonó. Tres timbres. Alguien lo cogió. El corazón le salió disparado como un ascensor exprés.

–Hola, residencia de Dolly Campos. En este momento estoy ocupada pero le llamaré en cuanto esté libre. Por favor, deje su nombre y número y responderé su llamada tan pronto como sea posible. ¡Lo prometo! Con cariño, Dolly. Tiene sesenta segundos después de la señal.

Durante un instante no entendió, pero enseguida se dio cuenta de que era un contestador automático. Habló apresuradamente porque ya había perdido algunos segundos:

–Dolly, mi niña, soy yo, Connie, desde el hospital. Por favor, ¡ven a verme! Este fin de semana, o el próximo. ¡Por favor! ¡Tráeme algo de dinero y ropas! Escríbeme. ¡Por favor, Dolly! ¡No me olvides!

Oyó un nuevo pitido antes de que pudiera entrar el «No me olvides», y se quedó hablándole al aire. Colgó el teléfono y se alejó lentamente, aturdida. Una máquina. Del otro lado de la sala, el auxiliar susurraba algo al oído de la paciente, que no paraba de moverse nerviosamente y negar con la cabeza con movimientos apagados.

¿Qué hacía Dolly con un contestador? Seguro que seguía ganándose la vida igual que antes. ¿Esa era la manera que tenía de seleccionar y escoger? ¡Ni hablar! ¡Un contestador!

Se había trabajado al Piernas por un dólar para hablar con una pinche máquina.

El viernes recibió una carta que había sido abierta y leída, manoseada, inspeccionada y verificada por el personal, pero que aún era de ella. De Dolly, en inglés. El personal necesitaba una semana más cuando eran en español; quizás Dolly se había acordado, o quizás lo más probable fuera que no supiera escribir en español.

Querida Connie:

Recibí tu mensaje. ¿Que te pareció mi nuevo contestador automático? ¿A que está genial? Casi me caigo de la silla ☒ escuché tu voz. ☒ (cuando). ¡Así me ahorro perderme llamadas cuando estoy ocupada! Y ahorro plata también.

Nita está cada día más linda, ya veras cuando la veas. Yo estoy bien. Geraldo ese cerdo me dejó tirada con la factura de la operación, todavía la estoy pagando. Tengo un hombre nuevo, estrictamente cuestion de trabajo. Este esta bien, te va a gustar. Se llama Vic, era un jugador de beisbol super pro de verdad, le voy a pedir que me yeve a verte este domingo, no puede ser el sabado por trabajo.

El domingo voy con Nita. Voy a pasar por lo de Papi a buscar tus cosas. No me dices que quieres, te voy a buscar las cosas que mas o menos me parezca que necesitas. Si se

te ocurre algo me llamas otra vez y lo gravas en el contestador automatico .

Te quiero

Dolly

El sábado vibraba como un alambre por la emoción. Estaba pendiente de cada visita. Así que aquel era el marido de Sharma, al que siempre acusaba de dormir con otras mujeres –ese chico raro de mediana edad con cara de dormido que estaba constantemente mirando alrededor con la boca abierta sin llegar a mirar a nadie a la cara–. Sharma se lo presentó cuando ella pasó frente ellos, orgullosa de recibir la visita de su marido, y Connie intentó que la mirara a los ojos, pero él, obstinado, mantenía la vista en su torso, a la altura de los pechos. Desconfió de él al instante. Sí, sintió que ya tenía otra mujer, una que le preparaba el desayuno y le lavaba las camisas y se acostaba en su cama. Pudo sentirlo emanando de él. Sharma también lo sabía. Connie se alejó deprisa.

Los fines de semana eran duros a menos que el paciente tuviera visitas. La puerta cerrada del pabellón no se movía, ni para los trabajadores no remunerados de la llamada terapia industrial, ni para la TO, ni para la terapia de grupo, ni para médicos en sus visitas exprés.

La medicación de la tarde no le hizo efecto. Su adrenalina bullía como un generador en la penumbra del pabellón, quemando el Thorazine y el Seconal como si fueran combustible. Estaba terriblemente alerta y aburrida. ¿Cuántas, cuántas horas tenían que esfumarse hasta que el alba tiñera los altos ventanales? ¿Cuántas horas más del día tenían que pasar como un río de manteca hasta que apareciera Dolly? Tenía que convencer a Dolly de que ya era hora de intentar sacarla de aquí, antes de que Luis firmara esa autorización que querían los médicos. Pero no podía presionar a Dolly; restablecer el contacto era lo primordial. Fuera, en comparación, todo el mundo tenía libertad y poder. El yonqui más pobre, más colgado, jodido, apaleado y hundido de Harlem tenía más libertad, más espacio, más opciones y más dignidad que el paciente más privilegiado de todo el loquero.

Abrió su mente a Luciente y esperó. No pasó nada. El tiempo reptó como una hilera de hormigas sobre sus párpados apretados y nada se movió. ¡Ey, Luciente!, pensó. Oye, ¿dónde diablos estás? ¡Déjame entrar! Se imaginó a Luciente en la cama con... ¿Abeja?

Finalmente una presencia perezosa la rozó.

–Mmm, soy yo..., Luciente. Un momento.

–¿Interrumpo?

–No te esperaba... grogui de vino y marihuana. Espera. Me aclaro y regreso. –El contacto se difuminó.

Se dio la vuelta en el catre con culpa. Se había inmiscuido en el placer de Luciente. Al mismo tiempo, una envidia melancólica le lamió el cerebro. El sábado por la noche era una gran noche en todas partes, hasta en el futuro. Todo el mundo se lo estaba pasando bien, el mundo entero, el universo, todos menos ella, sola y aburrida. Todo el mundo estaba amando a alguien, todo el mundo estaba bebiendo vino y fumando hierba y bailando y sentándose en regazos ajenos y susurrándose en los oídos. Todo el mundo estaba dando el beso de buenas noches a sus hijos y arropándolos y regresando a la gran mesa llena de invitados en la que descansaban los restos de una succulenta cena, *lechón asado*, como en la boda de Dolly, todo el mundo menos ella.

–Aquí estoy –dijo Luciente–. Ya puedes cruzar. Estoy conando.

–Oye, siento haberte molestado. Vuelve a tu fiesta.

–¿Y por qué no puedes venir tú? No lo había pensado, pero... ¿por qué no? Aquí todo el mundo dice que nos encantaría invitarte.

Luciente tironeó de Connie de forma brusca, impaciente, brutal, y de pronto se vio aferrándose a los brazos de ella. Era una noche cálida, iluminada con bombillas que flotaban

a pocos metros sobre sus cabezas, luces como grandes luciérnagas de color pastel, algunas estables, otras parpadeando como luciérnagas, pero todas emitiendo una luz azulada.

Un tumulto de críos pasaron corriendo, chillando y riendo, con serpentinas en las manos que cascabeleaban y repiqueteaban en su corretear, críos con brillantes disfraces de mariposa y los rostros pintados. Dos perros los perseguían, ladrando, uno con cintas trenzadas en una cola enhiesta y tupida.

–Tenemos huéspedes de Cranberry. Ganamos una decisión sobre las rutas del deslizador.

Dio un paso atrás para examinar a Luciente, que llevaba un vestido translúcido de gasa carmesí, con la espalda descubierta y sujeto detrás de la nuca. La falda tenía un corte en diagonal, era bastante corta de un lado y al otro terminaba a media altura.

–Nunca te había visto con un vestido.

–Es mi polilla de noche, lo diseñó Liebre... Un polilla es un atuendo de uso único para los festivales. Están hechos de algas, con tintes naturales. Después los tiramos al compost. No son como atuendos. Los atuendos circulan: como la túnica que llevaba Abeja para el nombramiento, ¿sabes? Los atuendos los sacas de la biblioteca para usarlos una vez o

durante un mes, luego los devuelves para que los pueda usar otra persona. Pero los polillas son galas de uso único. Parte del placer de los festivales es diseñar polillas: estrafalarios, ridículos, algunos para disfrazarte, otros para verte maravillosamente espléndida y que te desee toda la comarca!

–El tuyo debe ser para eso.

Luciente alzó las manos en un gesto de desesperación.

–En un festival, ¿por qué no querer que te miren?

–¿Y qué pasa conmigo? ¿Puedes arreglarme?

–No tengo un polilla para ti. –Luciente parecía desconsolada. Enseguida chasqueó los dedos–. Todo funciona de maravilla. Te pones el polilla de Estrella Roja. Estrella Roja lo encargó pero persona tuvo un accidente recogiendo cerezas y se está curando en Cranberry. Cogemos su polilla del planchador para ti.

Luciente se la llevó tras de sí con un gesto rápido y caminaron esquivando grupos que paseaban por los senderos de la aldea, personas con polillas atrevidos y brillantes, delicados y fantasiosos. Llevaban botellas de vino y se pasaban porros y comían pastelillos que dejaban en el aire un aroma a especias, y tras ellos dejaban un rastro de flores que caían de sus guirnaldas, sus barbas y cabellos. Iban tocando flautas, guitarras, extraños instrumentos de

cuerda de sonido agudo y vibrante, golpeando tambores y portando objetos que despedían sonido, luz, aromas.

Las habitaciones de la casa infantil centelleaban y las escaleras se llenaban de ecos de pasos; risas y chillidos se escapaban volando de cada grieta. Adultos y niños ataviados con polillas jugaban al pilla-pilla con objetos flotantes que se movían sinuosamente y a cámara lenta. En una habitación llena de herramientas y dispositivos, Luciente se dirigió a una máquina.

–Produce el polilla encargado por Estrella Roja.

Lentamente empezó a salir un vestido por una ranura, como si fuera una toalla de papel saliendo de un dispensador. Luciente lo cogió y lo sacudió.

–¡Listo! Póntelo.

–¿Aquí? –Echó una mirada a la concurrida sala.

–Me pondré de espaldas –dijo Luciente con una paciencia exagerada, encogiéndose de hombros de cara a la pared.

El vestido era un objeto vibrante confeccionado con pequeñas burbujas, livianas y apenas entrelazadas que se balanceaban y rebotaban y recogían la luz a medida que se movía. Le caía holgadamente sobre los hombros, pero no tocaba su cuerpo en ningún otro lugar. Se sentía desnuda así vestida.

–Qué ingenioso... –Luciente observó el polilla, dando una vuelta alrededor de Connie–. Maravillosa la manera en que tiembla y se mueve. Te has bañado de suerte.

–¿No es... transparente?

–¿Transparente? Solo un poco. ¡Ven!

En el comidero, muchos de los paneles habían sido retirados para dejar que la brisa proveniente de la ría soplara a través de la sala, donde pequeños grupos aún estaban sentados picando restos de comida, cotilleando, fumando y bebiendo. Una mesa cantaba a coro en un idioma extraño, marcando el ritmo sobre el tablón de madera.

–¿Qué había para comer? –preguntó, con la pasión por la comida propia de los internos.

–¿Quieres sobras? Por supuesto. Te prepararé un plato.

Sopa fría de pepinos aromatizada con menta. Rodajas de una succulenta carne oscura que desconocía en una salsa que sabía a oporto, trozos de algún tipo de raíz similar a la yuca pero menos dulce y con más sabor a nuez... ¿un tipo de calabaza, quizás? Luciente le había dicho que aquí cultivaban calabazas. Una ensalada verde aderezada con alioli. Algo de textura elástica, adobado, picante como el chile, con un extraño sabor a almizcle. Vino tinto joven, suave.

–Recuerda que esto no te alimenta –dijo Luciente apenada, robándole un poco de su plato–. Ya no hay pan. Lo horneamos cada día. Era un pan integral de frutas y se lo devoraron.

–¿Quién cocina? ¿Qué es esta carne? –preguntó entre mordiscos.

–Ganso asado. Nos turnamos. Halcón (la persona que era Inocente, ¿recuerdas?) y yo asamos los gansos. Tenemos una persona chef y cuatro que le asisten cada noche por turnos rotativos.

–¿Y quién limpia?

–Se hace mecánicamente. Nadie quiere lavar platos.

–En mi tiempo tampoco. ¿Funciona de verdad?

–Mejor que la gente, más paciente. Si es para lavar platos, tenemos disposición a gastar una energía preciada.

–¿No podría cocinar una máquina también?

–Cierto. Pero no con inventiva. Ser chef es como ser madre: debe ser voluntario, tienes que sentir el llamado. Yo, cabalmente, no tengo el don y solo ayudo en la cocina. Pero Abeja es chef y en el próximo festín, persona hará el menú y dirigirá el banquete del 19 de julio, día de la Convención Séneca por la Igualdad de Derechos, que fue el inicio de los

movimientos de las mujeres. Yo haré de Harriet Tubman. Doy un gran discurso –¿acaso no soy una mujer?– justo antes de liderar a las esclavas hacia la revuelta y saquear el Pentágono, con un inmensa máquina que producía radiación sobre el Potomac... una máquina industrial militar.

–¡Oh! ¿Es así como ocurrió? –dijo–. ¿En qué siglo fue esa batalla?

–Esa es la esencia de la cuestión, ¿cachái? La historia se comprime un poco. Las criaturas se impacientan si el ritual se prolonga demasiado. Lo que más les gusta es la parte en la que saquean el Pentágono. Todo el mundo se une y luego al fondo hay pastelitos de miel con citas y dichos de mujeres revolucionarias y con historias de sus vidas, así que puedes llenar a la vez la panza y la mollera. Luego todo el mundo se une a la fiesta.

–Eso es solo de aquí a dos semanas. ¿Ustedes tienen un gran festivo cada dos semanas?

–Tenemos unos dieciocho festivos regulares, quizás otros diez más pequeños, y luego los banquetes cuando ganamos o perdemos una decisión y cuando superamos los estándares de producción. Nos gustan los festivos: un tiempo para recordar héroes y heroínas, para liberar tensiones, para pasarlo bien, para honrar la historia que llevó hasta nos...

–¿Como la de Harriet Tubman saqueando el Pentágono?

–Pos, eso da cuerpo a ideas vitales en lucha... La historia que ustedes celebran (todo reyes y presidentes y Colón que descubrió un continente convenientemente vacío que ya había sido descubierto por mucha gente que resulta que ya vivía allí) es igual de legendaria... ¿Te gustó la comida?

–Sea como sea, aquí comen muy bien.

–¡Muy importante! Comida suficiente, comida buena, comida nutritiva. Nos preocupamos mucho de que todo el mundo tenga esto. Connie, hoy nadie, en ningún lugar del mundo, nace con menos en ninguna de las zonas que controlamos. «Ellos» aún tienen las plataformas espaciales, la luna y la Antártida. Por mi parte, mi festivo preferido del año es Creación de Gracias. Entonces ayunamos durante veinticuatro horas y vamos por ahí pidiendo perdón a todo el mundo que hayamos ofendido durante el pasado año. Cae justo al final de la cosecha de otoño, cuando todos nuestros cereales están ya guardados, a excepción de algunas pocas raíces que sobreviven al invierno, y lo que haya en el invernadero. Luego celebramos el banquete y vamos por el comedero compartiendo trozos de pan, comiendo lentamente durante horas. Vino y pavo y... ¡oh! ¡Después es necesario un día más para dormir!

Cuando Connie hubo terminado su tentempié, casi todo el mundo había abandonado el comedero, y ellas los siguieron.

En los altos árboles del exterior de la casa infantil habían colocado muchos columpios, convencionales, de una sola persona, trapecios, columpios para dos y tres personas que eran como jaulas, columpios redondos, columpios en los que se recostaba la gente. Desde todos los columpios y los trapecios, las criaturas y gente de mediana edad y una anciana de largos cabellos blancos atravesaban el aire, llamándose unos a otros como si aquello fuera un bosque lleno de monos.

–Mira a Tecumseh. –Luciente señaló a una niña que colgaba del trapecio sosteniéndose solo con los pies, descalza, dando una voltereta tras otra como si su cuerpo no tuviera huesos–. Tecumseh ganó un primero hoy en gimnasia. ¡Cuánta gracia y fluidez tiene persona!

–¿Cuántos años tiene?

–Dieciséis, creo. Tecumseh esperó hasta hace solo un par de años para el nombramiento.

–Entonces ustedes sí que practican deportes. Dijiste que enseñaban a los niños a no competir, pero ella ganó un primer premio.

–¡Pero por intentar hacer las cosas bien! Eso es divertido... Una criatura jugando sola igualmente intentará hoy saltar más alto de lo que saltó ayer, ¿no? No nos reservamos el festejarnos por hacer algo bien. Queremos sentir... ¿aprecio

mutuo? Es algo para enfatizar, ¿no? Quizás siempre continúa habiendo algo de cooperación, de competición. En lugar de competir por un sustento, por recursos escasos, por comida, intentamos cooperar en todo esto. Competir es como... un decorado. Algo que pertenece a los deportes, los juegos, la pelea, la lucha libre, correr, las carreras, los festivales de poesía, el carnaval...

En el prado cercano a la plataforma del flotador, la gente se entretenía con juegos que implicaban contacto, correr mucho, exagerar y chillar. Algunos eran juegos con cosas, como mullidas espadas plegables, almohadas que derramaban ligeras burbujas al romperse. La gente planeaba con grandes alas tras saltar desde la colina que bordeaba el río, y de vez en cuando alguien caía, aterrizando en el agua y luego nadando hasta la costa mientras se disolvían las alas.

–Ustedes fabrican muchas cosas que se hacen pedazos rápidamente. Hacían lo mismo en mi tiempo. Obsolescencia programada, lo llamaban.

–Las cosas para jugar, los polillas, algunas cosas bellas, las fabricamos para el momento. Las llamamos mariposas. Pero los objetos que fabricamos para uso diario, los hacemos para que duren. Sería una pena utilizar el cobre y el acero escasos en máquinas que apenas funcionan.

–Um... ¿Los artículos de lujo se fabrican para un solo uso y las necesidades para que duren?

–No exactamente. –Luciente se detuvo frente a una pared de cristal en la que se reflejaban para admirar su vestido, girándose como una niña pequeña con ropas nuevas–. Los lujos caen en dos categorías: circulación y uso único. Mira, están jugando a la red. Ahí están Liebre y Bolívar.

Unas diez personas estaban jugando con largas cuerdas luminosas, que fijaban a intervalos de alguna manera y ondulaban de un lado a otro, lo que creaba una gran red de un tenue resplandor en la que la gente quedaba atrapada. A su alrededor, antes de que se dieran cuenta o pudieran zafarse, se formaba una caja, entonces quedaban aparentemente atrapadas hasta que recibían un abrazo de alguien y se soltaban cuando todo el mundo había sido atrapado menos uno. Liebre iba dando saltos entre las hebras, dejando una veloz estela en forma de zigzag.

–Los objetos de lujo de circulación se van pasando entre las bibliotecas de cada aldea: se van agregando bellos objetos nuevos y algunas cosas se desgastan o se rompen. Atuendos, joyas, jarrones, pinturas, esculturas: siempre hay algo prestado a nuestra aldea. Y siempre pasa a la siguiente. Algunas son para uso personal, en banquetes y rituales. Otras son para disfrutarlas en la casa infantil, la casa de encuentros, el comedero, los laboratorios, la fábrica de equipos de buceo. Vamos fuera a dar un paseo.

–Pero hay que devolverlas. ¡Nunca se quedan nada para ustedes! ¿Todo pertenece al gobierno?

–Difundimos el placer, Sal y Pimienta. Piensa, para mi cumpleaños el año pasado llevé una capa de marta cibelina como la Reina de la Noche. He llevado esmeraldas, y durante un mes tuve un Miguel Ángel colgado donde pudiera admirarlo cada día. ¡Todo el placer que pude absorber de esas cosas lo disfruté y lo traspasé para dar placer a otra gente!

Estaban por meter a Bolívar en una caja. Liebre se metió dentro de un salto y los encerraron juntos. Los demás reían y clamaban. Liebre y Bolívar se abrazaron dentro de los límites ficticios de la celda, las paredes de luminosas cuerdas. Connie pudo percibir la insatisfacción de Luciente. Celos como un viento húmedo, podía sentirlo. Se entristeció por Luciente. Así que aquí también tenían celos... Los dos jóvenes estaban vestidos igual, desnudos salvo por unas capas hasta las rodillas que llevaban echadas hacia atrás. Ambos tenían el pecho pintado con una flor muy elaborada: Liebre, una peonía exuberante; Bolívar, una pálida azucena blanca. Luciente olvidó lo que estaba diciendo, olvidó sus bulliciosas explicaciones, y posó una mirada taciturna en Bolívar y Liebre mientras se entrelazaban en la red, sus esbeltos cuerpos abrazándose desnudos bajo los ondulados pliegues de las capas. Bolívar había sido amante de Liebre mucho antes que Luciente; Bolívar era mayor que Liebre, pero mucho más joven que Luciente, que toqueteaba la gasa de su vestido, torpe ante la naturalidad grácil y flexible

común a los otros dos, sintiéndose fuera de la red luminosa de su juego.

Connie cogió a Luciente del brazo, como tantas veces había hecho Luciente con ella, y la condujo con firmeza colina abajo en dirección contraria.

–Muéstrame más. Toda esta gente... ¿Son solo de Mattapoissett y Cranberry?

Luciente la miró de cerca: sus ojos negros decían que entendía el acto de amabilidad de Connie. Luciente rozó suavemente sus labios contra los de Connie.

–No. Era un banquete solo para Cranberry y nuestra aldea; al menos la parte de la comida. Los juegos de la tarde sí son para todo el mundo y esta noche la gente está aquí de todas las aldeas de Boca de Mattapoissett. Quienquiera que desee compartir la fiesta.

Sintiendo que se había entrometido en la privacidad de Luciente, que difícilmente podía evitar cuando estaban ligadas, quiso ofrecer a su amiga un trocito de su propia vida:

–Mañana mi sobrina Dolly me va a visitar por primera vez desde que estoy dentro.

–Sobrina Dolly... ¡Ah! ¡Persona que protegiste de la persona que la vendía en una situación de brutalidad y explotación! Recuerdo. ¿Te entusiasma ver a per?

–Sí...

–Bien. Que el amor fluya entre ustedes. Debes perdonar a Dolly por haberte traicionado, y Dolly tiene que perdonarte por haber intentado salvar a per y fracasar, ¿no?

–Estoy emocionada. ¡Ha roto con Geraldo! Voy a pedirle que se ponga a trabajar en mi fuga. Pronto seré libre.

–Libre. Nuestros ancestros decían que esa era la palabra más bella del lenguaje. –Luciente se detuvo para implorar un trago de vino a Roble Blanco, que llevaba una larga túnica blanca abierta a los lados y una jarra de vino tinto en la mano–. ¡Connie! Cuéntame, ¿cómo es que a ustedes, peña, les llevó tanto tiempo dar el primer paso? Es que a veces parece como si hubieran sido capaces de aguantarlo todo, cachái, cualquier cosa, y pagar hasta los dientes por ello. ¿Cómo es que tardaron tanto en unirse y empezar a luchar por lo que les pertenecía? Es bien fácil saber qué era lo inteligente cuando se mira atrás, pero parece como si la gente hubiera luchado más duramente contra quienes tenían apenas un poco más o, más bien, apenas un poco menos, en lugar de luchar contra la peña que cada vez tenía más y más riquezas.

–¿A quién puedes odiar más que a tu vecino? –Connie alargó la mano hacia el vino.

–Si no me gustara mi vecindario, no viviría aquí.

–A veces nos odiamos entre nosotros, Luciente, más de lo que odiamos a los ricos. ¿Cuándo me he encontrado yo con un ricachón cara a cara? Lo más cerca que estuve de alguien con poder de verdad fue cuando estuve de pie frente al juez que me dictó sentencia. La gente que he odiado, el único poder que tienen es sobre mí. ¡Gran cosa, un poco de poder! Asistentas sociales, chulos, trabajadoras sociales.

–Hay mucho de lo que nos ha llevado hasta aquí que no comprendo –dijo Luciente en voz baja, con el brazo alrededor de la cintura de Connie mientras avanzaban a trompicones colina abajo–. Pero no porque fuera «inevitable», ¿cachái? La gente de tu tiempo que luchó duro por un cambio a menudo creía en el mito de que la revolución era inevitable. ¡Pero nada lo es! Todas las cosas se entrelazan. Solo somos uno de los futuros posibles. ¿Cachái? –La mano de Luciente se transformó en hierro sobre sus costillas. Su tono era serio y penetrante.

–Pero ustedes existen. –Intentó reír–. Así que al final todo funcionó.

–Quizás. El tuyo es un momento crucial. Los universos alternativos coexisten. Las probabilidades chocan y las posibilidades desaparecen para siempre.

–¿De qué estás hablando?

–Estás aprendiendo, ¿cómo no? –Luciente se inclinó para mirarla de cerca–. Nuestro ancestro.

–¡Yo! –Connie soltó una carcajada–. ¡Honorable ancestro! Claro, rézale a mi fantasma. No se olviden del cerdo y el pollo, ¡en grandes cantidades, para los sacrificios!

Cuatro personas mayores tocaban violines y otros instrumentos similares en uno de los grupos reunidos bajo aquellas luces flotantes. Otras escuchaban despatarradas en el suelo. Música más vieja que ella.

–Beethoven –explicó Luciente–. Cuarteto para cuerda en si bemol. La Gran Fuga.

–Otis, el amigo de Claud, solía decir que después de la revolución, toda su Kultura se quemaría en las calles y a todo el mundo le daría igual lo que viniera de Europa.

–No disfrutamos de una sola cultura, sino de muchas. Muchas artes. Todas con su particular autoconocimiento, sus visiones, propósitos y bellezas. Ciertamente parte de lo que heredamos se siente como... cerrado, trivial, hinchado de ego, pose de peña que tenía que atraer a mecenas ricos o necesitaban el apoyo de las corporaciones para poder sobrevivir... pero una gran parte no podemos hacer otra cosa que amarla, Connie.

Detrás de la titilante mancha que formaban las luces flotantes, luciérnagas reales iluminaban intermitentemente

el aire suave con sus encantos. Bajo un inmenso arce había una niña contando hasta cien de cinco en cinco con los ojos cerrados: el escondite, un juego antiguo ya en su infancia. Un juego que ella adoraba de pequeña en las calles calurosas y polvorientas de Texas. Correr a esconderse, quizás sola, quizás con Lupe, su mejor amiga, cuyas anchas trenzas siempre colgaban a los lados de su cara oscura en forma de corazón. Esperar a que las encontraran. El suspenso tironeando de ella con un estremecimiento casi sexual mientras esperaba, o esperaban juntas, riendo nerviosamente y abrazándose fuerte. Lo peor era que no te encontraran, tener que seguir esperando. El propósito aparente del juego (encontrar un escondite tan ingenioso que nadie te encontrara) daba lugar al verdadero propósito: escabullirse y quedar libre. Quizás mejor aún si la encontraba Neftali, alrededor de cuyo afilado rostro de bronce había trazado un anillo de fuego secreto. Sí, generación tras generación el escondite entretejía en su ritual parte de la cara oculta de las vidas infantiles. ¡Voy a escaparme de casa y ya no volverán a verme más! Pero vengan a buscarme. El miedo de que a «ellos» no les importara, de que no se preocuparan, de que no vinieran a buscarte. Esconderse y que después te encuentren y te lleven alegremente con los demás. Así y todo, ella permanecía escondida, con el corazón latiendo a una velocidad absurda, sobre el polvo, bajo la camioneta. ¿Quién vendría? ¿Qué harían?

La niña se dio la vuelta y, de espaldas al árbol, se quedó mirando con los ojos entreabiertos en medio de la oscuridad, dudando mientras se mantenía de pie sobre una sola pierna.

–¡Es ella! –gritó Connie.

–Mi criatura, Aurora. –Luciente habló suavemente entre las sombras–. Dejémoslos jugar.

El polilla era de piel y tenía una cola peluda.

–¿Es una ardilla?

–¡Sí! Persona tiene una fijación por las ardillas últimamente. Otras criaturas dan de comer a los pájaros y tratan de construir sus comederos a prueba de ardillas. Aurora construyó un comedero de ardillas.

Aurora salió disparada hacia los arbustos y un momento después escucharon un grito agudo de descubrimiento. Aurora venía a toda velocidad detrás de un niño que corría como un rayo hacia el árbol casa. Apenas a unos pasos del árbol, ella saltó hacia delante, le hizo un placaje y lo derribó.

–¡Te tengo!

–¡Se la ve tan delicada!

–Buena coordinación. Buenos músculos. Con reflejos rápidos. Aurora trabaja duro en las artes marciales. Deberías haber visto a per luchando esta tarde.

Luciente volvió a emocionarse y arrastró a Connie un poco demasiado rápido hacia donde se estaba desarrollando otro juego, que en este caso consistía en un gran tablero con personas en lugar de piezas. El juego parecía ruidoso y belicoso y se producían furiosos debates entre los jugadores, que llevaban las caras cubiertas con máscaras. Acababan de llegar a uno de los bordes del tablero pintado cuando el cóner de Luciente dijo:

–Nuevo holo en la casa de encuentros. Nombre: Desfile de lo Perdido. Duración: una hora. Comienza: a la hora en diez minutos.

–Es el nuevo holo de Liebre. Y de Bolívar. Han trabajado en él toda la semana.

–¿Bolívar se quedó desde que murió Safo?

–Básicamente Bolívar trabaja en espectáculos. Esta es su aldea, pero persona ha ido más allá de aquí. Tiene que estar disponible para aldeas que quieren rituales, banquetes, desfiles. Bolívar lo hace bastante bien. Cuando trabaja con Liebre, los resultados son bellísimos. –Luciente habló con una justicia forzada, cuidadosamente imparcial–. Liebre a veces hace rituales en solitario, pero casi siempre trabaja en

las artes gráficas. –Caminaron cogidas del brazo hacia la casa de encuentros, un gran edificio largo y de poca altura, como una hogaza de pan.

El interior era más amplio de lo que ella había imaginado, ya que estaba excavado en la colina.

–Para los encuentros solo usamos una parte, así estamos más cara a cara. Se pueden poner paredes en cualquier punto. Este es el mayor tamaño que puede alcanzar.

El techo abovedado le recordaba al planetario, de aquella vez que había llevado a Angie para el espectáculo de Pascua. A Angie le dieron miedo la oscuridad y las estrellas, que parecían venírseles encima, y se había acurrucado en su regazo, enterrando la cabeza y negándose a mirar. Poco a poco, Connie consiguió despertar su curiosidad y se las arregló para que Angie lanzara alguna mirada furtiva hacia aquel centelleante cielo nocturno. También este techo se transformó en un cielo nocturno, con más púrpura que la oscura noche que acababan de dejar, y con una pálida luna verde claro alzándose por el sur sobre una de las puertas de entrada. Lentamente, a medida que la gente se ubicaba sin prisa en sus asientos, lunas de distintos colores se alzaron majestuosas sobre cada una de las puertas: blanca en el norte, amarilla en el este, roja en el oeste y verde en el sur. A medida que las lunas alcanzaban su zenit, las cuatro iniciaron una elegante danza al son de una música que se iba intensificando. Sus formas comenzaron a cambiar de

redonda a oblonga y, de ahí, a creciente, a formas similares a alas de pájaros, imágenes en vuelo solemne; ahora un cortejo de grullas trompeteras dando brincos lentamente, extendiendo sus anchas alas.

Mientras la habitación se llenaba y se cerraban las puertas, las grullas descendieron del cielo raso y devinieron de carne y hueso (aunque Connie ya había entendido que esas vívidas imágenes tridimensionales no eran más que un truco de proyectores y luces). Una voz como la de un pájaro, aflautada, habló sobre grullas trompeteras por encima de la música, hasta fundirse con ella. La imagen se amplió. Una grulla enorme llenó la imagen y luego su cabeza se deshizo entre las nubes y sus patas se transformaron en agua; pequeños puntos blancos y negros flotaban sobre las olas mientras avanzaban hacia ellas: el pato Labrador. Avistado por última vez en 1875 en las afueras de Long Island.

El gran buitre, el cóndor de California, planeaba con sus alas de más de tres metros de envergadura. El águila calva chillaba y llevaba un pescado a casa para llenar los picos de sus inmensos polluelos, torpes en su nido de ramas, en la copa de un pino muerto. El oso pardo se mantenía alejado. La ballena jorobada rodó en círculos y se zambulló y vagó por las tinieblas de las profundidades, entonando sus epopeyas improvisadas según los antiquísimos patrones de su vasta cultura oral... hasta que un barco factoría abrió fuego y su carne tibia fue cortada en trozos allí mismo, para servir de comida a los perros. Capturaron a la última

habitante de piel oscura de Tasmania, derribándola a tiros de una cornisa rocosa. Su cuerpo acabó destrozado contra las rocas desnudas, la última de una rama única y delicada, de cuerpo pequeño, de la familia humana. Las palomas pasajeras oscurecieron el cielo con un revuelo de alas, posándose sobre árboles que gracias a ellas brillaban como delicadas frutas azules y grises, con sus arrullos, la calidez emplumada de sus pechos *beige* y rosáceos llenando el aire. Alarmadas, alzaron el vuelo; el silbido de sus miles de alas batió el aire en un viento que hizo crujir los árboles. Les dispararon, las apalearon, las utilizaron como señuelos vivos, clavadas por las patas a una percha, las arrancaron de sus hogares, las masacraron para alimentar al ganado. Hasta que no quedó ni una, la última hembra murió en un zoo de Cincinnati. Ishi, el último yaqui de California, salió de los bosques donde había vivido solo –el último de un pueblo exterminado– a un mundo en donde ni un alma hablaba su idioma, y murió en el Museo de Historia Natural. Arcaicos leones de piedra agazapados en fila en una Delos barrida por el viento, leones marchando sobre las paredes de azulejos de Babilonia, dieron paso al último de los leones asiáticos, enfermo, famélico bajo un árbol moribundo en una India asolada por la sequía. El cuerpo del león se transformó en las praderas del oeste en las que el general Sherman lideró una campaña de exterminio conjunta contra indios y búfalos. Pilas de cadáveres se pudrían bajo el sol alcalino. El trigo creció entre los cuerpos y el viento levantó la tierra en tormentas de polvo que oscurecieron el cielo. Sin demora se

transformaron en huesos que volaron y el cielo quedó vacío como una calavera.

Los huesos yacían en el polvo. Lentamente fueron echando raíces que se hundían profundamente en la tierra devastada. Lentamente los huesos florecieron en varas que empezaban a brotar. Los brotes crecieron hasta ser un árbol. El roble impulsó con fuerza su raíz primaria hacia las profundidades y desplegó sus inmensas ramas. El árbol se transformó en una pareja humana que se abrazaba, hombre y mujer. Se aferraban, se abrazaban, peleaban, se estrangulaban. Hasta que se atravesaron mutuamente. Aparecieron dos seres andróginos: uno ágil de piel negra, pelo rojo y ojos azules, inclinándose hasta tocar la tierra con las manos; el otro, de figura baja y fornida, con la piel marrón claro, cabellos negros y ojos castaños, extendió por completo los brazos hacia los árboles y el cielo y un halcón se posó en su muñeca. Una red marrón y verde fluía desde sus cuerpos y hacia su interior. Se erguían sobre el hombro de una hormiga gigante. Les crecieron viñedos de las puntas de los dedos. Un enjambre de abejas revoloteaba sobre sus cabezas. Las imágenes de animales se veían reales: no parecían animaciones, sino seres vivos. La última imagen fue una corriente de agua, que se transformó en una grulla al vuelo.

Solo en nos viven los muertos.

El agua fluye colina abajo, atravesándonos.

El sol se refresca en nuestros huesos.

Estamos en unión con todo lo vivo

en una melódica red de energía.

En nos viven las muertes que nos crearon.

En nos viven las criaturas que aún no han nacido.

Respirando el mismo aire

bebiendo la misma agua

comiéndonos la carne mutuamente:

así crecemos,

como un árbol que surge de la tierra.

La grulla voló hacia el cielo raso y lentamente se dividió en cuatro lunas que se dirigieron hacia las cuatro direcciones. La sala se iluminó. Connie vio a Aurora dos filas más adelante, mirando hacia arriba, observando cómo descendía la luna oriental. En su futuro real, ella llevaba muerta cien años o más; era la muerta que vivía en ellos. Ancestro. Sintiendo muy lejos de ese momento, fijó los ojos en el rostro deslumbrado de Aurora. Un terrible deseo de abrazar el cuerpo de esa niña atormentó su carne con el picor eléctrico del ansia. Tocarla con delicadeza. Solo una vez.

Luciente entendió o leyó su mirada. Cuando la sala se iluminó del todo, llamó:

–¿Aurora? ¿Por favor puedes venir un momento?

Aurora miró a su alrededor, las vio y trepó ágilmente por las filas que se estaban vaciando.

–¡Buena luz! ¡Eres la persona del pasado!

–Se llama Connie –dijo Luciente, besando la pequeña oreja que asomaba entre los cabellos revueltos.

–¿Puedo darte un beso? –Le tembló la voz.

Aurora posó en ella una mirada límpida color arena, interrogante. Dudando. El temblor en su voz. Demasiado anhelo. Alarmante para una criatura. Pero finalmente Aurora dijo:

–Bueno.

Connie le dio un beso rápido en la mejilla, ahuecando suavemente las manos sobre sus hombros pequeños. El doble del tamaño que tenía Angelina aquella última vez, pero pequeña aún. De huesos pequeños. Aurora se alejó dando saltos, mirando hacia atrás sin ocultar su curiosidad. Luego se fue detrás de otros niños que también corrían.

–Adiós, pequeña ardilla –le dijo mientras se iba.

–A Aurora le gustan más las ardillas rojas porque son más pequeñas pero más atrevidas.

–Como ella.

Avanzaron lentamente hacia la entrada occidental.

–A los cuatro años, Aurora mostraba mucha timidez. Nos preocupamos. Yo, mis coms. Nos costó que se abriera.

–Pero dijiste que ustedes respetan la diferencia.

–Las fortalezas diferentes es lo que respetamos. No la debilidad. ¿Para qué sirve no involucrarse activamente en la vida? En cualquier caso, se pasa.

Pensó en el asilo.

–A veces no tienes opción.

Fuera, en la noche cálida, la música tintineaba en el aire. En la plaza, frente a la casa de reuniones, estaban tocando seis músicos. La gente empezaba a bailar sola, en parejas, en pequeños y grandes círculos. En el extremo opuesto, Abeja y Erzulia estaban apoyados uno contra el otro, conversando con las cabezas muy juntas. La música sonaba apenas sobre un tempo fuerte y un contratiempo: un ritmo se cruzaba con otro pero impulsando los pies, las piernas, las caderas, los culos, los hombros. Aurora bailaba con los dos niños que

había estado persiguiendo, dando vueltas y vueltas, tirando con fuerza de la tensa cadena de brazos.

–Los niños aún están despiertos. Deben ser las diez y media o las once.

–Trabajan duro. Se levantan temprano cada día salvo después de los festivales. ¿No deberían tener festivos? Cuando no aguantan más, se duermen. Si alguna criatura se queda dormida en el césped porque no puede más, alguien se la llevará en brazos a casa.

–¡Es maravilloso cómo confían en otras personas!

–Sin esa confianza social, ¡qué carga sería tener criaturas! Las criaturas son descendientes de todo el mundo, preocupación y asunto común, el futuro de todo el mundo.

El recuerdo fugaz de una cena con comida para perros. Ella estaba preocupada; no podía permitirse comprar carne desde que habían encarcelado a Claud. Los precios de la comida subían cada semana. En el supermercado tenía ganas de cometer un asesinato, pero no podía ni permitirse un cargo por carterista, ya que estaba en libertad condicional. La única carne que podía comprar era la que venía en latas de comida para perros. Debería haberle dado de comer a Angie de un bol en el suelo. A saber qué metían en esas latas. El mejor amigo del hombre era un gran perro

policía, no una niña morena como Angie. Perros para defenderse de gente pobre como ella.

–Cómetelo, Angie, ¡por favor! Es un estofado muy rico.
–Ella le había añadido chile en polvo, hierbas.

–¿Por qué? –Angie señaló la foto del perro–. ¿Por qué sale la foto de un perro?

–Solo es una foto que le han puesto. Como la de Bugs Bunny en los cereales.

Resultó ser que Angie temía que fuera perro lo que estaban comiendo. No quería comerse un cachorrito, explicó. ¡Ay de mí! «¡Es ternera! Como las hamburguesas. ¡No te daría de comer un perro!». Pero... ¿no lo haría, si encontrase uno barato en venta? Tenía que alimentar a Angie con lo que pudiera encontrar para llenarles el estómago. ¿Qué otra opción tenía?

Luciente la sostenía de los hombros.

–¡Te estás desvaneciendo! Ven. Quédate. Baila conmigo.
–Tiró de ella hacia la plaza.

–¡No sé cómo bailan aquí!

–De la manera que te apetezca. Es por placer.

Dejó que sus ojos se entornaran y su cuerpo empezó a sentir la música. Sin embargo, la alarmaba el hecho de que, al mover las caderas, el polilla, con todas sus pequeñas burbujas, se desplegaba y salía volando, revelando su cuerpo desnudo. Pero nadie llevaba gran cosa en lo que respectaba a ropa. No bailaba desde... la primera vez en el loquero, una triste fiesta de Navidad, parodia de la alegría y el decoro de los anticuados bailes de salón, bailando vals y foxtrot y alguna rumba moderada, dando vueltas y vueltas bajo la atenta vigilancia del personal y las miradas hambrientas de la mayoría que no bailaba. Luciente era mucho mejor pareja de baile que todas las que había disfrutado aquella noche de melancolía y de perdone usted y de algún que otro apretón furtivo. ¡Ay!, nada más triste que mirar alrededor y ver a todos esos pacientes latinos y negros mirarse mutuamente mientras intentaban bailar al ritmo del bugalú, tan colocados de Thorazine que apenas llegaban al arrastrar de pies zombi.

Abrió los ojos cuando la banda empezó a tocar un número más rápido y vio a Bolívar y Liebre bailando. Liebre se movía de manera salvaje, suelta y explosiva. Bolívar parecía demasiado controlado. Hacía bien lo que hacía, pero no tenía inventiva. Se movía con una elegancia calculada. Pero Liebre explotaba a su alrededor. Luciente estaba bailando para Liebre y al ritmo de Liebre, sin mirarlo ni un momento. Estaba actuando y Liebre también era consciente de ella, así como lo era Bolívar, resentido.

Connie animó a Luciente, la instigó. Abeja estaba ahora de pie junto a Roble Blanco, conversando y observando. Erzulia bailaba sola, perdida en un estado de trance apasionado y absorbente en el que solo estaban ella y la música centrada en los latidos de los tambores. Alguien más miraba también, una mujer alta que estaba de pie junto a otras dos en las escaleras que llevaban a la casa de encuentros. Tenía los cabellos recogidos en un turbante blanco, un pecho sin cubrir y los pies descalzos. Alrededor del cuello, llevaba una luna creciente que colgaba sobre el blanco de su vestido. Dejó a las mujeres en los escalones, caminó sigilosamente por entre los bailarines hacia Connie y Luciente y se acercó a esta última por la espalda. Abeja se metió en la plaza y empezó a bailar a su lado. Sonrió a Connie con una expresión divertida que ella no entendió.

La mujer alta se detuvo detrás de Luciente, con los ojos almendrados entrecerrados en una expresión de picardía. Desplegó el turbante y dejó caer los cabellos color caoba libres sobre los hombros, dio unas vueltas al largo pañuelo blanco y, arrojándolo sobre Luciente, la atrapó por la cintura y la empujó hacia atrás.

Luciente perdió el equilibrio, trastabilló y cayó sobre ella. Ahí se quedó, petrificada, con una expresión atontada por la sorpresa.

—¿Qué pasa?

–Tu forma de bailar es tan pícaro como cuando tenías dieciocho años. Aún sin vergüenza, brillando en la oscuridad. Y ese vestido, es puro lujo. Te irás como Safo a los ochenta, ¡todavía mordisqueando amantes jóvenes con avaricia!

–Diana, eres tú. No te metas conmigo. –Intentó girar la cabeza pero Diana la tenía enganchada–. Esta es Connie, la persona del pasado.

–Soy Diana, la persona del pasado de Luciente –dijo Diana con ostentación y una risa profunda que le brotaba del pecho–. Ese polilla me da escalofríos –canturreó, bajando la mirada hacia su larga nariz–. Apesta al mismo sentido del estilo que vistió a Aquiles y Patroclo, ahí arriba.

–¡Diana! –Luciente giró sobre sí dentro del aro del pañuelo y puso las manos en los hombros de la mujer alta–. No has venido a buscarme para hacer criti de mi polilla.

–¿Para quitártelo, quizás? –Diana soltó el pañuelo–. Ven a dar un paseo conmigo... Hace mucho tiempo que no caminamos a solas bajo la luna.

Luciente soltó una risa corta llena de alegría que resonó en el aire.

–¡Tú, farsante! No hay luna esta noche. Y nada de parecer persona sola y abandonada, que estoy viendo en los escalones a tu enjambre de compas de miel echándome unas miradas...

–Siempre tan literal. ¡Y a treinta metros es imposible que distingas la manera en que te miran! La luna la llevo yo, ¡ven!

Abeja le dijo al oído:

–Ahora tendrás que salvarte conmigo.

Luciente se giró hacia ellos y pidió perdón con la mirada, ruborizándose como una niña de quince años. Luego le dio la mano a Diana, se alejaron rápidamente entre los bailarines y se adentraron en la oscuridad.

Connie les vio marcharse, perpleja.

–No soy la mejor pareja de baile del mundo –le dijo Abeja, que estaba a su lado–. Vine a recogerte en cuanto vi que Diana se acercaba para echarse encima de Luciente. Cuando me gusta la música, me gusta dejar que mi mente navegue con ella.

Con ese sencillo consuelo, la cogió del brazo y la sacó sin prisa de la plaza. Su gran mano se sentía cálida y pesada sobre ella: una aceptación afectuosa como la de Luciente, pero distinta a la de Luciente. Porque su brazo se hinchó, se hizo enorme, lleno de sangre caliente con el roce de Abeja.

–No te conozco –dijo ella con la voz entrecortada.

–Solo nos conocemos a través de Luciente.

–Pero me recuerdas a alguien.

–¿Ah, sí?

Divertido, aceptó aquello al instante. Más allá del alcance de la música (lo suficientemente alta en la plaza, pero amortiguada por deflectores situados más lejos), la noche se atenuó hasta no ser más que un conjunto de sonidos pequeños. Alguien cantaba al son de una mandolina. La gente caminaba del brazo, entrelazando hombros y cinturas, hacia unas pequeñas cabañas en las que las luces habían empezado a brillar intermitentemente. Nutria, con los largos cabellos liberados de las coletas y cubriéndola hasta la cintura como una riada de satén negro, estaba de pie bajo una de las luces flotantes, mirando fijamente a una persona joven que le devolvía la mirada. Nutria le acarició la cara con la punta de los dedos y luego rio, sin aliento, como si apenas pudiera respirar. Una persona anciana, borracha, con el rostro enjuto echado hacia atrás y la boca abierta hacia las estrellas, que podían observarse de vez en cuando a través de las luces flotantes, cantaba con un hilo de voz en clave menor:

Cómo amamos,

yaciendo en la misma cama,

mientras nos atravesaba la noche

como agua que corre rauda

hacia los dientes del alba:

Debo dejar ir,

continuar.

Me duele el costado,

el arco ha disparado su flecha

y se rompe el cordel.

Alguien escuchó en la oscuridad y empezó a tocar la canción a través de la campana de una trompeta. Connie se sintió impregnada por el sonido metálico de miel y vinagre. Su mano cogió la de Abeja con más fuerza. Él se la apretó en respuesta y luego la soltó, y ella se sintió avergonzada hasta que él la rodeó con el brazo y la acercó a su cuerpo mientras caminaban aún más lentamente, la cadera de ella golpeando el muslo de Abeja. Ella se quedó muda, sentía la carne pesada y dulzona sobre los huesos. Se sentía desbordada por lágrimas antiguas y por el deseo presente, la memoria de Claud y la presencia de Abeja. Que no era Claud. Pero se lo recordaba. Cuyas grandes manos le aferraban ahora la cintura, el pulgar apenas rozándole el pecho a través del polilla que se abría para dejar paso a su pulgar, caliente y grueso, preguntando y obteniendo la respuesta cuando a ella casi le fallaron las rodillas y aspiró aire y se dejó llevar por un instinto más veloz que la decisión contra él. El pulgar, un mensajero de su miembro, que pudo sentir al volverse

hacia él y presionar el cuerpo contra el suyo en busca de un beso. Mientras sus labios se movían sobre los de ella en un beso paciente, prolongado, sensual, una voz cantaba en tono alegre y ronco:

Qué bien luchar junto a ustedes,

gente de mi base.

Con ustedes trabajo

frente con frente.

Con ustedes siembro maíz,

me trepo a los árboles a coger manzanas.

Qué bueno luchar con ustedes,

amistad de nuestra gran mesa,

madre de mi criatura.

Compartimos la sopa y el pan,

los problemas y las reuniones

que duran hasta el amanecer.

Qué bueno luchar con ustedes.

Un ejército de amantes no puede perder,

un ejército de amantes no puede perder.

Qué bueno luchar por ti, por mí, por ustedes.

–¿Cómo alguien puede cantar sobre luchar en una noche como esta? –preguntó ella apretándose contra su pecho, respirando profundamente.

–En una noche como esta la gente muere en el frente, como en cualquier otra noche –respondió él–. Este polilla estorba con tantas burbujas. –Hizo un gesto hacia la oscuridad–. Aquí está mi espacio. ¿Quieres entrar?

–Sabes que sí.

Connie rio. Se sobresaltó al escuchar esa vieja risa de alegría saliendo de su pecho, esa risa sensual que Claud adoraba sentir cuando sus manos la rodeaban. En los últimos años apenas se había reído, y nunca así.

Avanzaron juntos a tientas a lo largo de un sendero y subieron los dos escalones de la puerta de su casa, que se abrió de un tirón. La puerta mosquitera hizo ruido al cerrarse detrás de ellos. Él tocó la pared a tientas.

–Encenderé la luz.

–No. Por favor. Déjala a oscuras.

No quería ver su lugar, la extrañeza de otro tiempo. Quería estar en el sencillo espacio de una cama, el espacio de un cuerpo contra otro cuerpo, constante en todos los tiempos.

–Como tú quieras. Puedo verte con los dedos.

Ella se asustó al oírle decir eso, como si pudiera leerle la mente, su necesidad, sus recuerdos. ¿Cuánto había absorbido Luciente y cuánto sabía de ella? Aun así, sintió la bondad de Abeja irradiando hacia ella y se relajó, aceptando la situación como aceptaba la brisa que flotaba a través de la ventana abierta.

–¿Qué es eso de ahí afuera? –Un pájaro en la noche.

–Un chotacabras.

La rodeó con el brazo. La llevaba hacia una cama baja y firme cubierta de suavidad, sedosa y adherente pero compacta, como si en ella hubiera un terciopelo satinado. Arrodillándose, Abeja la atrajo hacia abajo y Connie casi se cayó sobre la cama invisible. Él ya estaba desnudo mientras la ayudaba a desprenderse del polilla y se acurrucaba junto a ella, la vastedad de su cuerpo ocupándolo todo. La aterciopelada conmoción trascendental de la piel contra la piel. Dejó caer la cabeza. Se aferró a la espalda de él llenándose las manos. Lentamente, él empezó a dar forma a su cuerpo en la oscuridad, pintándola con cada roce hasta que cada ventana de su piel resplandeció desde dentro.

Una vez más, la noche le ofrecía una boca grande y generosa para su garganta arqueada, los pechos le ardían como hogueras, el vientre se ondulaba bajo sus manos. La cabeza se sentía diferente, suave como una roca cálida. Carne donde no había habido carne. Piel suave contra sus muslos al posar él su cabeza, labios y lengua dentro de ella en ese lugar donde solo Claud había hecho eso antes, haciendo que el placer cayera húmedo y ella se disolviera en él aun antes de que él apartara la boca y subiera y entrara en ella. Se sintió tan plena. Su propio sabor salado y pegajoso en la boca de él. Nunca se había imaginado que volvería a sentir ese peso, el de otro cuerpo pesado sobre todos los rincones de su piel, las lenguas entrelazadas y moviéndose al ritmo de sus sexos. Tan bueno, tan bueno, cada uno de los dedos de Connie sobre sus grandes y firmes nalgas, cada uno de sus dedos, vivos hasta las yemas hundiéndose en su carne sedosa. Se sentía inmensa, hinchada de placer, tan sensible a cada movimiento de su pene cabalgando dentro de ella que sentía que ella también se hundía dentro de él. Sentirse una vez más moviéndose con él, íntegra, llena de él, abierta y palpitante, sentir una vez más cómo él la inundaba con la riada febril de su orgasmo, aferrarse con fuerza a él, aún lo bastante grande, y sentir cómo se movía para ella, llegando más adentro para incrementar el contacto, una vez más sentir su placer cada vez más profundo, desparramándose como un acorde que se toca en todas las octavas a la vez, se sostiene, se toca de nuevo y se mantiene ahí, ahí, hasta desvanecerse lentamente en todos sus matices.

Sus manos se relajaron y lo soltaron. Él fue yendo más despacio dentro de ella, esperó, se detuvo. El peso se acumuló sobre ella. Fueron despegándose, deslizándose suavemente hasta separarse, uno junto al otro. Cuando ella abrió los ojos, apenas pudo distinguir objetos, el contorno de una mesa, una silla con algo colgando encima. Afuera, las hojas ondeaban en los árboles con un sonido húmedo.

–Pronto debo regresar. Duerme. Nos despiertan temprano cada día. Para nada.

–Cada vez, cuando te vas, nos lamentamos. Nos entristece no ayudarte.

–Esto ha ayudado. –Se incorporó sobre un codo–. Pero... ¿cómo puedo estar aquí sin Luciente?

–Luciente está ayudando.

–¿Ayudándonos...?

Él pasó suavemente sus nudillos por las mejillas de Connie.

–¿Cómo si no? ¿Cómo si no podríamos estar aquí tú y yo?

Ella se sentó con la espalda recta y se envolvió con la manta.

–Consciente de nosotros... ¿en la cama?

–Sal y Pimienta, no seas tonta. Aquí todo el mundo se preocupa por ti. Pero eres de una sociedad con muchos tabúes. Es más fácil que yo te abrace por nos.

–Ahora me dirás que esto lo tenían planificado.

–No, no. –Abeja dejó escapar una risita, acariciándole el hombro–. Pero comunamos en una buena dirección mutua.

–Ella... tú... me devolvieron a Claud por una noche.

–Yo no soy Claud. Quizás me parezco a Claud. Quizás me muevo como per. Tú lo sientes así. –Su voz se volvió un murmullo–. Quizás yo soy potencialidades en per que no pudieron florecer en tu tiempo. Pero también soy yo, Abeja, amistad de Luciente, amistad tuya.

Ella le rozó el pecho con los dedos.

–Claro. Sea como sea que lo hayas hecho, signifique lo que signifique, estuvo bastante bien. Ya sabes.

Por la mañana se sintió grogui y con resaca cuando el hilo musical se oyó por el sistema de altavoces y la voz masculina anunció que era hora de que las pacientes se levantaran. Mientras esperaba de pie en la fila para las duchas, un recuerdo sensual sonó como una melodía en sus muslos, su vientre. Las manos de él sosteniéndola, su boca, su peso, la grandeza de su cuerpo, la suavidad de su hermosa piel. La alegría destrozó a navajazos la escoria de la mañana. Se

sentía adormecida, la fatiga gimoteaba en su cerebro, pero no le importaba. Por una vez el día tenía atractivo. El día tenía una forma que prometía esperanza, la tarde era una colina con buenas vistas hasta cuya cima subiría lentamente.

No era impaciencia lo que sentía mientras esperaba en la cola para la habitual bazofia del desayuno: gachas de avena descoloridas y una taza racionada de café amargo máspreciado que la droga. El día entero se amoldaría a la llegada de Dolly, pero anhelar era sentirse plena. Conservó el recuerdo de la noche, demasiado rico aún para derrocharlo, una golosina que podía chupar y chupar durante toda una semana y no gastarla.

¿Podía hablarle a Dolly sobre Abeja? Podía referirse a él como si fuera un paciente con el que estaba flirteando. ¿Cómo sería el nuevo hombre de Dolly? Con él debía estar en una posición mejor de la que había tenido con Geraldo. Aunque, por lo que decía la carta, debía ser su chulo. ¿Cómo podía gustarle un chulo? Parásitos del sudor de las mujeres. Piojos del cuerpo. ¿Por qué Dolly aún hacía la calle? Deudas, dinero, su hija Nita que alimentar.

¡Sin reproches! Que fluya el amor: Luciente saludando con su mano callosa. Connie se peinó su pelo hirsuto una y otra vez. Esa horrible raya blanca del medio. Qué marchita se veía, qué cenicienta la piel. Dolly, tan joven y rolliza y jugosa, ¿cómo se aguantaría las ganas de escapar cuando viera a su tía? Mujer loca con pelos de mofeta envuelta en un vestido

desteñido de talla demasiado grande, arrastrando los pies para ir a su encuentro como algo que hubiera salido reptando de las paredes.

La señora Yoshiko, la auxiliar de los fines de semana, le trajo un pintalabios rojo brillante. La señora Yoshiko, exactamente de su misma altura, le colocó entre risas unos broches en el pelo para que luciera diferente y un poco mejor.

–Ahora mejor. –Hablabo poco inglés pero a veces sonreía y otras las miraba a los ojos cuando ellas hablaban.

Después de comer se sentó a la mesa de juego a jugar al Rummy con la señora Stein y perdió muchos de los trocitos de papel blanco que arrancaban de una revista para usar como dinero. Esperó. ¡La una! Empezaba la hora de visitas. Nadie para ella.

¡Por supuesto que no podía esperar que Dolly llegara a la una! Se tardaban dos horas en llegar hasta aquí desde Nueva York. Más si había mucho tráfico. Un domingo de verano, digamos unas tres horas. Si había un atasco, ¡tres horas y media! No podía empezar a esperar hasta... a ver: supongamos que Dolly se había levantado a las diez. A las diez y media si había trabajado la noche anterior. Digamos las once. No saldría de la casa hasta el mediodía. Su novio la pasaría a buscar. Digamos a las doce y media. Por lo tanto

no podían llegar hasta casi las cuatro. Empezaría a permitirse esperar a Dolly a las tres y media.

Aun así, cada vez que sonaba el teléfono en la sala de enfermería, cada vez que escuchaba repiquetear el cerrojo de la puerta, se quedaba petrificada, las cartas se volvían borrosas. Deseó y esperó y observó a los otros visitantes ir y venir. La tarde se desangró. Ya no podía seguir jugando a las cartas. Caminó de un lado a otro tan lentamente como podía obligarse a caminar, atravesando el dormitorio hasta la sala de día, de un lado a otro de la galería. Cada vez que sonaba el teléfono o repiqueteaba la puerta, volvía corriendo precipitadamente a la sala de enfermería para quedarse allí de pie, nerviosa, esperanzada, anhelante.

A las cinco todo acabó. Echaron a la última visita. Dolly no apareció.

DIEZ

El lunes llegó como un golpe seco. Al final, el Piernas tenía razón y se la llevaron a un nuevo pabellón, montado como una sala normal de hospital dentro del edificio médico. Un tabique de madera contrachapada separaba a las mujeres de los hombres, con una puerta que en ese momento estaba abierta. Las puertas exteriores del pabellón estaban cerradas con llave. Había menos comodidades que en el G-2: no tenía galería, ni sala de día separada con televisión. El Grasas aún estaba con ellos, pero la auxiliar parecía desconocer la disposición de las cosas en el recinto hospitalario y se quejaba a voz en cuello de que tenía que levantarse a las cinco y media para llegar hasta ahí. La señora Valente era una mujer robusta con algún defecto en la

lengua o el paladar que la hacía hablar con una voz amortiguada, maltrecha.

Sibila ya estaba allí, afincada en la cama con las largas piernas cruzadas esperando a ver qué pasaba. Había dejado un albornoz sobre el catre de al lado para reservárselo a Connie, que lo cogió agradecida. Cerca de la sala de enfermería había una cama con los bordes levantados. En ella yacía una mujer negra con la cabeza cubierta por un gran casco blanco hecho de vendajes y un artilugio enganchado arriba de las vendas, como si fuera un gorro de metal.

–Esa es Alice Culo Azul –susurró Sibila–. ¡Mira lo que le han hecho!

–¿Qué pasó? ¿Tuvo un accidente?

–No lo creo. Qué estrafalario, ¿no?

Connie echó un vistazo al pabellón.

–¿Estás segura de que es ella?

–Leí el nombre en el historial que está a los pies de su cama, Consuelo.

–¿Está inconsciente? –Divisó una máquina con patas al costado de la cama.

–No. Me hizo una mueca cuando entré, que es por lo que leí el nombre en su historial. Me dio vergüenza no haberla reconocido, así que dije «hola»; y ella dijo: «¡Mira lo que me han hecho!». No lo dijo exactamente así, pero esa fue la esencia de sus expresiones terrenales.

–¿Qué dijo que le hicieron?

–Valente me quitó de en medio antes de que pudiera preguntar.

–Parece como si le hubieran reventado la cabeza. A lo mejor intentó escaparse. Connie miró atentamente los altos ventanales, asegurados con barrotes.

–Valente no sería tan bruta como para dejar daños visibles... Un calcetín con un jabón dentro, eso es lo que las auxiliares usaban conmigo.

El Piernas se acercó a la puerta de entrada.

–¡Pst...! ¡Connie!

–Piernas, todavía no puedo devolverte el dinero. Mi sobrina no vino el domingo. Pero vendrá el próximo fin de semana –se apresuró a decir.

–Me trajeron el viernes. Alice ya estaba en cama, toda vendada. Me dijo que se la llevaron en ambulancia a la ciudad, y allí la operaron y después la trajeron de vuelta.

–¡Ay! ¿la golpearon?

El Piernas negó con la cabeza.

–Le hicieron algún tipo de operación. Le metieron agujas en el cerebro.

–¿Estás hablando en serio? –Quizá el Piernas estuviera loco. Pero eso no evitó que a Connie le temblaran las piernas–. ¿Qué tipo de agujas? Fue capaz de hablar con Sibila.

–Sí, sí, claro que habló... –dijo Sibila muy altanera–. Se la veía mejor que si le hubieran dado electrochoques.

–No me creéis, ¡pero ya veréis! –Quebradas las alas de su dignidad, el Piernas regresó al sector de los hombres arrastrando los pies.

«Agujas en el cerebro...». Sonaba como una fantasía delirante, como los hornos microondas de Sibila que calcinaban la magia. Glenda insistía en que el electrochoque era un torno de dentista. Quizás a Alice le habían dado un chute en la cabeza, una nueva droga que se inyectaba directamente en el cerebro... Eso también sonaba muy loco. Esas drogas nuevas que probaban les dejaban los riñones como rocas, o la lengua hinchada y negra, o hacían que les salieran costras en la piel, o que se les cayera el pelo a manojos, como el relleno de un sofá viejo. Quizás una droga inyectada directamente en el cerebro podría transformarlos

en zombis igual de rápido que si les diesen demasiados electrochoques.

Este pabellón era peculiar, porque era como la sala de un hospital. El hospital mental siempre le había parecido una broma patética; aquí no se curaba nada. La primera vez que la ingresaron, había ansiado lo que llamaban salud. Había conservado la esperanza de que alguien la ayudara. Había tenido la certeza de que en algún lugar de aquella cosa a la que llamaban hospital había alguien que se preocupaba, alguien con respuestas, alguien que podría decirle qué le pasaba y la ayudaría a forjar una vida mejor. Pero cuando la presionaban era para que pidiera las cosas por favor y que se pintara los labios y se sentara a una mesa a jugar cartas, para obedecer y trabajar limpiando las casas del personal a cambio de nada. Para apartar la mirada de los trapicheos y los abusos. Para que se quedara callada cuando los veía golpear a otros pacientes. Para fingir que la violación en el cuarto de la ropa de cama no era más que la fantasía de una paciente.

Pero este era un hospital de verdad; aunque antiguo, era real. Había quince mujeres en esa ala. Su cama era de esas que suben y bajan, más cómoda que cualquiera en la que hubiera dormido en años, desde que había sido la amante–secretaria–chica de los recados–sirvienta–muchacha de la limpieza del profesor Silvester. Sintiéndose una veterana, sonrió a Sibila mientras empezaban a calcular cómo se las arreglarían aquí, qué

espacio había, el margen de beneficios que podrían exprimir.



El martes a la mañana la confinaron en la cama, como si estuviera enferma. Los médicos vendrían por la mañana. El lunes por la tarde los habían enviado a hacerse una batería de exámenes: sangre, orina, reflejos..., todos bajo la cuidada atención del doctor Morgan. Redding no se había presentado. Daba clases en algún lugar. Estaba conectado con algo llamado INPNY. Era un hombre importante. Connie estaba empezando a sentir que su presencia era de mal agüero. Mejor si estaba ocupado en algún otro lugar. Con otros. Había otros. Pacientes en el hospital de la ciudad. Insatisfactorios, de algún modo. Los pacientes ambulatorios se escabullían. No podía uno fiarse de ellos. Sus familias se entrometían. Pero ellos, arropados ahora en camas dispuestas en hileras, iban a ser más satisfactorios por alguna razón.

Dormitaba en su cama, atontada por las drogas. Temprano por la mañana, le lanzó una invitación a Luciente. Se sentía tímida, avergonzada. Intentó abrir su mente y enseguida sintió la respuesta de Luciente. Qué fácil había sido escapar a Mattapoissett. No volvía exhausta. Como si su mente hubiera desarrollado músculos, podía atraer fácilmente a Luciente, podía saltar dentro y fuera de su tiempo.

La familia de Luciente estaba en el comedor, sentada alrededor de una mesa: Abeja, con la cabeza inclinada hacia atrás, ofreciéndole una amplia y luminosa sonrisa: a su izquierda, la anciana Sojourner; Barbarrosa; Nutria, con largas trenzas que hacían que pareciese china; el hombre rubio y delgado llamado Lucero, inclinado sobre Aurora; Liebre, observando uno de los paneles decorados con una mueca soñadora; Halcón, hurgándose la nariz con aspecto reconcentrado; Luxemburgo, a punto de decir algo y recordando de pronto que ya no era madre de Halcón y que aún estaban en el tabú del silencio. Desayunaban cereales integrales, nueces, semillas de girasol, arándanos, yogur. La leche sabía deliciosa, como en casa de su abuela. La maestra decía que la leche cruda te hacía enfermar; la abuela decía que te ponía fuerte. Había infusiones en grandes teteras humeantes.

–¿Ustedes no toman café?

–Al empezar las reuniones. A la mitad, cuando duran mucho. Igual con el té. –Luciente bostezó–. Cuando nos levantamos muy temprano, de prisa, para la cosecha.

–¿Pero no lo toman cada día?

Abeja se movió como para contestar, pero Barbarrosa ya tenía lista una respuesta.

–Café, té, azúcar, tabaco, todos ocupaban tierras necesarias para alimentar a los habitantes locales, que en cambio pasaban de hambre. Ahora, hay algunas pocas tierras que se utilizan para ciertos lujos globales, pero la mayoría las destinamos a cultivos necesarios. Imagina el sistema de plantaciones, gente muriéndose de hambre, mientras grandes *fincas* en manos extranjeras producían para los países ricos cultivos comerciales que daban un líquido sin valor alimentario, malo para los riñones y el corazón si se bebe en exceso.

–¡Yo no podría enfrentarme al día sin café! Esto es lo peor que he escuchado sobre la forma de vida de ustedes.

Todos parecían abatidos y hasta Liebre dejó de mirar fijamente al panel que tanto lo ofendía. Cinco personas empezaron a hablar al mismo tiempo sobre proteínas y subdesarrollo y la creación del hambre, hasta que Aurora clamó:

–¡Gente! ¡Escuchen! Tuve un sueño esta mañana.

El resto de conversaciones cesaron. Aurora se pavoneó ante tanta atención y se puso seria. La cabeza de Lucero se inclinó sobre ella como un pálido sol.

–Soñé que volaba al pasado. Volaba a aquel río y conseguía que la central nuclear no matara a todo el mundo en Filadelfia.

–¿Fue un sueño con los ojos abiertos o mientras dormías?
–Nutria le dedicó una sonrisa escéptica, arqueando las cejas.

–Bueno, estaba medio durmiendo.

–No hay nada de malo en los sueños de ojos abiertos –dijo Sojourner con voz aflautada–. Querer salvar vidas es un buen deseo.

–Todo el mundo ha estado muy pesado últimamente con lo de conectar con el pasado. –Luciente intercambió un mirada irónica con Nutria–. Yo cabalmente soy culpable. Ambas sonrieron.

–Magdalena dice que es importante –insistió Aurora–. ¡Dice que podríamos desaparecer de repente!

Abeja, cuya mirada Connie había evitado cuidadosamente, habló con una voz que retumbaba desde lo más profundo de su pecho:

–Plantar habas correctamente es importante. Ahumar pescado para que no se pudra. Almacenar comida al vacío. Pelear bien, como hiciste el sábado. Tomar buenas decisiones en las reuniones. Ser amable.

–¡Pero otras cosas son más importantes! –Aurora sacó su pequeña barbilla–. Quiero hacer algo muy importante. Como volar al pasado para que todo salga bien.

–Nadie puede hacer que las cosas salgan bien –dijo Halcón, con la nariz recta arrugada por la indignación–. Pasa la miel.

–Nadie es inútil. Nadie controla. –Sojourner tenía el rostro plano y curtido y una mirada pícara resplandeciente de placer–. No podemos hacer que las cosas resulten en el pasado. Solo podemos hablar a quienes escuchan –dijo, guiñando un ojo a Connie.

–¿Hay muchos de nosotros? –preguntó Connie–. ¿Vienen muchos aquí?

–Mmm... ¿qué? –Luciente había vuelto a bostezar–. ¿Quiénes vienen? Hasta ahora solo cinco. Es extraño. –La mano de Luciente dibujó cajas en el aire–. La mayoría de las personas a las que llegamos son hembras, mayoritariamente en hospitales psiquiátricos y prisiones. Encontramos personas cuyas mentes se abren por un instante, pero en cuanto hay un primer contacto real, retroceden de terror.

–¿Por qué nos contactan? Dijiste que lo entendería pero olvidé pensar en ello. Para mí son como unas vacaciones del hospital.

Una oleada de malestar corrió por la mesa.

–Es difícil de explicar –dijo Abeja, frunciendo el ceño–. Se supone que nadie puede comentar avances científicos contigo. Podría ser peligroso: para ti, para nos. La gente de ciencia de tu tiempo era tan... ¿infantil? Educada con esmero

a lo largo de unos estudios que empezaban pronto y nunca se preguntaban por las consecuencias, nunca consideraban el vasto alcance de sus posibles efectos, nunca se preguntaban en beneficio de quién...

–Pero yo no soy científica. ¿Qué quieren de mí?

Sus ojos se encontraron con los de Abeja y se retiraron como si la hubiera quemado, una imagen fantasma de color negro en su retina. ¿Y si todo esto tenía un precio? ¿Y si querían algo de ella? Algo, cualquier cosa... Tuvo una imagen difusa de sí misma regresando con un arma de contrabando, una bomba oculta en un cepillo de dientes. ¿Por qué habían sido tan amables con ella si no querían algo? En su regazo, bajo la mesa, sus manos, cubiertas de un sudor frío, se buscaron.

Barbarrosa se aclaró la garganta.

–Podríamos decir: en ciertos momentos cruciales de la historia... hay fuerzas en conflicto. Hay desequilibrio tecnológico. Hay demasiado poder en muy pocas manos. Hay futuros alternativos que son igualmente probables, o casi... y eso afecta a la... la forma del tiempo.

No le gustó que la sermoneara: le recordaba a otros hombres, autoridades de su tiempo, aunque era evidente que en este contexto él no estaba por encima de los demás.

–Pero tú existes. –Connie aún esperaba el precio, el aguijón.

–Quizás. Quizás no. –Luciente sonrió, los ojos acuosos y tristes–. No está claro. Estamos luchando por existir.

–No entiendo –dijo ella con resentimiento.

–Mueves la mano. Saludas. ¿Entiendes cómo lo haces? –Barbarrosa sonrió también, pero sus ojos azules le pedían que escuchara–. ¿Cómo una decisión en tu cerebro consigue activar tu mano? Y sin embargo, la mueves.

Su mirada recayó en Aurora, que hacía pucheros desde su silla.

–Ojalá pudiera hacerte volar al pasado conmigo. De visita. Resolverías mis problemas de algún modo. ¡Me harías tan feliz! Pero no adonde estoy encerrada. ¡No!

Esa niña en silla de ruedas de camino a los electrochoques, su fino cabello castaño pegado al cráneo por el sudor, sus ojos contemplando el techo, tan abiertos que un anillo blanco le rodearía las pupilas.

–Aurora, no es malo querer ayudar, querer trabajar, apoderarse de la historia –dijo Luciente, levantándose para acariciarla–. Pero querer hacerlo en solitario no es tan bueno. Traspasarle la historia a alguien como si fuera un pastel que acabas de hornear.

Connie volvió la vista hacia Abeja, sentado al otro lado de la mesa; era la primera vez que le devolvía la mirada.

–¿Están realmente en peligro?

–Sí. –Su gran cabeza asintió amistosamente–. Tal vez nos fallen.

–¿Quiénes?

–Ustedes, la gente de tu tiempo. Tú individualmente quizá no logres entendernos o luchar en tu propia vida y tiempo. La gente de tu tiempo podría fracasar y no luchar en comunidad. –Su voz era cálida, casi como si estuviera flirteando, pero sus ojos le decían que estaba hablando en serio–. Tenemos que luchar para llegar a ser, para seguir existiendo, para ser el futuro que acontezca. Por eso hemos conectado contigo.

–Quizás yo deje de existir si no vuelvo a mirar cómo están las cosas del otro lado... ¿De qué sirve lo que yo pueda hacer? ¿Quién podría tener menos poder? Soy una prisionera. Una paciente. Ni siquiera puedo llevar una caja de cerillas o tener mi propio dinero. ¡Esta vez escogieron a la peor salvadora posible!

–Las personas poderosas no hacen revoluciones –dijo Sojourner con una amplia sonrisa de dientes amarillentos.

–¡Oh! ¡Revolución! –dijo ella con una mueca–. Peces gordos marchando con uniformes de imitación. Por lo demás, grandes discursos y difamaciones. Mucho ruido en las calles para que luego no cambie nada.

–¡No, Connie! Es el pueblo el que descubrió el método de trabajo y de cultivo intensivo que practicamos. ¡Es el pueblo el que cambió el modo en que la gente compraba comida, educaba a las criaturas, iba a la escuela!

Nutria estaba tan entusiasmada que, al inclinarse tanto sobre la mesa, una de sus gruesas trenzas se metió en el yogur. Mientras argumentaba, Halcón cogió la trenza, la sacó del yogur y la limpió con una servilleta de tela sin que Nutria se diera cuenta. Halcón sonreía. Su sonrisa aún decía madre. Durante un instante su mirada se posó melancólicamente sobre Aurora.

–El que creó nuevos sindicatos, se negó a pagar las rentas y a ir a la guerra, escribió y educó y elaboró discursos.

–Pero estalló una guerra de treinta años que culminó en la revolución que instauró lo que tenemos ahora. O no la hubo y nos no existimos. –Luciente alzó las manos, los ojos inmensos, riendo.

–No estás muy habladora esta mañana –dijo Connie con cautela. ¿Se sentiría Luciente dolida por lo suyo con Abeja?

–Oh, Luciente aún tiene un poco de mareo, cachái –dijo Nutria con burla–. Liebre y yo tuvimos que ir anoche en delegación a por persona desde Boophis para hacer la limpieza.

Liebre pareció despertarse y saludó con la mano como respuesta. Tenía restos de pintura y algo brillante en los brazos, como si no hubiera limpiado mucho.

–Lleven a Connie al museo –dijo Luxemburgo–. Después persona podrá entendernos mejor, y también nuestra historia.

–¡No! –Luciente despertó del todo–. Las directrices establecidas en el grancon por unanimidad piden que no haya detalles históricos en este proye.

–¿Cómo puede una persona entender sin entender?

–Ese argumento le corresponde al encuentro –dijo Luciente con firmeza–. Espero que lo declames allí, Luxemburgo. Hasta entonces, ¡nada de desenfoces!

–Pos, acabas de sacudir a Luciente hasta que despertó –dijo Liebre riendo–. A la carga en batalla justa con las normas del grancon entre los dientes.

Luciente se frotó las mejillas, avergonzada.

–¿Quizás podríamos tomar café esta mañana? Vendría bien un poco con toda esta cháchara sobre el tema.

–¿Deberíamos enviar una nota de queja a Diana de Boophis? –preguntó Nutria, y todo el mundo rio, disfrutando de poder avergonzar a Luciente.

I

El doctor Redding ya había llegado al pabellón cuando ella se deslizó de regreso al otro lado. Nadie prestaba atención a Connie. Podría haberme quedado más, pensó arrepentida, pero las cosas parecían interesantes. El doctor Redding, el doctor Morgan, Acker, el psicólogo, la señorita Moynihan, el técnico de EEG y hasta la secretaria, Patty, y también los auxiliares, estaban congregados alrededor de la cama de Alice.

–Quiero que hoy por la mañana prestéis mucha atención, y que durante los próximos meses de este proyecto tengáis en mente la demostración de la que vais a ser testigos hoy. Espero ver efectos inmediatos en cuanto a un mayor nivel de confianza entre el personal –dijo el doctor Redding con frialdad.

Las orejas enrojecidas del doctor Morgan sobresalían por entre su pelo fino y pálido. Encorvado parecía más pequeño. La infelicidad emanaba de él como un hedor pestilente. Reinaba el silencio en el pabellón de mujeres.

–No esté tan seguro, doctor Listo –dijo Alice, sonriendo por debajo de la montaña de vendas–. Ese doctor gordo pendejo tiene miedo. Me tiene miedo a mí. Cree que se la voy a morder. –Alice cerró los dientes de golpe en un mordisco fingido. Debajo de las sábanas contoneó su cuerpo esbelto.

–Observe, Francis –dijo cordialmente el doctor Redding–. Los pacientes reconocen el titubeo. Usted se mostraba reticente a incluir a Alice en el experimento por la misma violencia que la transforma en un sujeto apto. Sus miedos son infundados. Un escaso control de los impulsos ha llevado a este sujeto a involucrarse en repetidos encontronazos con la sociedad. Esa carencia ha entorpecido su desarrollo, pero nosotros podemos darle el control que necesita.

–Lo que dice es que hago lo que me da la gana. ¿A usted no le gustaría saber a veces qué es lo que tiene ganas de hacer? El señor Barbita, aquí presente, también tiene un control escaso de los impulsos. Lo hace con la señorita Bata Blanca Pantaloncitos Cortos. Por qué no van todos a tomarse una a mi cuenta y me quitan esta mierda de la cabeza.

Un bochorno estremeció a todos, y les hizo encorvar la espalda como hierba, como hierba doblegada por el viento. Enseguida se infundieron fuerzas mutuamente, reunidos alrededor de la cama de Alice, y en silencio decidieron fingir que no la oían. Acker murmuró algo sobre «patrones de hostilidad aleatorios». Se apiñaron alrededor de una

máquina que escribía con ocho bolígrafos a la vez sobre un papel que se iba apilando en el suelo como un acordeón.

–Cuánto papel –dijo Alice, alzando la voz–. Parece que un rollo de papel higiénico se volvió loco, ¿no? ¿Cuántos árboles gastamos esta mañana, eh?

Redding extendió el brazo y miró su reloj.

–Argent y el superintendente Hodges estarán aquí en un momento. Esperemos. Y el equipo de filmación.

Morgan y Moynihan hablaban en voz alta sobre agujas hipodérmicas. Todo ese tiempo los bolígrafos seguían escribiendo y el papel seguía cayendo al suelo en su ordenada diarrea. Redding tomó una decisión.

–Enfermera, hora de quitar esas vendas. Señora Valente, tráiganos café y charlaremos en la sala de conferencias hasta que nuestros invitados lleguen a la fiesta, ¿de acuerdo?
–Salió rápidamente, con su séquito detrás.

La enfermera empezó a quitarle a Alice las vendas de la cabeza. Con precaución, Connie y Sibila se fueron acercando muy lentamente hasta que Connie exclamó:

–¿Es verdad que tienes agujas metidas en la... cabeza?

–No. Electrodo, los llaman.

Connie miró con expectación mientras el cráneo rapado iba surgiendo del envoltorio. Como Abeja.

–¡Pero no se ve nada!

–Están dentro, chica. ¿Qué esperabas, que me dejaran como un alfiletero? ¡Son idiotas, pero no tanto!

–Alice, si son electrodos, ¿dónde están los cables?
–preguntó Sibila con precaución.

–Qué anticuada eres. No llevan cables. Usan una radio pequeña, ¡y eso también te lo meten!

–Venga, basta ya, a callar –dijo la enfermera de repente–. Ya es suficiente. Silencio en la sala. Estáis molestando a esta paciente.

–No sé cómo podríamos molestar a Alice. Nosotras no somos las que le han metido una radio y unos electrodos en la cabeza –dijo Sibila con altivez.

–Ahora silencio, si no os doy un chute que os deja fritas –dijo la enfermera, con las manos sobre las caderas.

Ya de regreso en sus camas, Sibila susurró:

–La enfermera no nos contradijo sobre lo de los electrodos. ¿Será verdad?

–Pero ¿para qué?

–Control. Para convertirnos en máquinas y que les obedezcamos –susurró Sibila.

¡Tenía que ser un disparate! Estaban locas, esto tenía que ser producto de su imaginación. Deseó haberse quedado en Mattapoisett.

A las once, el personal estaba de regreso con otros dos médicos y un equipo de filmación. Uno de los recién llegados era el superintendente del hospital, al que reconoció de la fiesta de Navidad de su anterior ingreso. El doctor Samuel Hodges era un hombre de un metro ochenta de estatura que estaría en los cincuenta y largos; tan solo le quedaba un aro de encrespados rizos canosos que le rodeaba la rubicunda calva como una corona de laureles. El otro hombre era mayor y lucía un sedoso pelo blanco, un bronceado radiante y un refinado traje gris muy coqueto, aunque de corte conservador. El doctor Redding y el doctor Hodges lo llaman Chip, pero el doctor Morgan lo llamaba doctor Argent. El doctor Redding le preguntó qué tal había ido en la isla de Saint Peter, y le mencionó al superintendente, como al descuido, que la familia del doctor Argent tenía una isla en las afueras de Georgia. Anotándose tantos.

–Una isla muy pequeña –dijo el doctor Argent–. Solía servir de refugio a esclavos fugitivos. Ahora, es refugio de médicos esclavizados fugitivos.

No hablaba como los demás; al principio pensó que quizás era inglés, y por momentos su voz le recordaba a los Kennedy cuando hablaban por televisión. Llevaba el pelo blanco un poco largo y sea cual fuera su ubicación se convertía en el centro de la sala. Redding se dirigía a él con un deje de inseguridad que hacía que su voz sonara untuosa. Una ocurrencia burlona hizo subir una carcajada a la garganta de Redding y allí se mantuvo en suspenso, como una pequeña luz de alerta.

–Iremos filmando ocasionalmente durante los próximos dos meses –dijo Redding al doctor Hodges–. Ventajas: registro *in situ* de procedimientos y respuestas de los pacientes. Con posibilidad de editarse para una película que podremos utilizar para recaudar fondos y con fines educativos. Sin necesidad de un equipo especial de luces.

–La luz aquí está al límite –dijo una persona del equipo–. Cuando estemos en el pabellón del INPNY le conseguiremos una película mejor.

–¡A mí no me apuntes con esa cámara! –Alice se zafó de la enfermera y se agitó en la cama.

–Por supuesto, puedo calmarla en cualquier momento, pero prefiero proceder según lo programado –dijo el doctor Redding.

El doctor Hodges le hizo una pequeña reverencia, indicándole que podía continuar.

–Doctor, es su cabeza –dijo disculpándose la señora Valente–. La hemos rasurado. Está rapada. Ya sabe, le da vergüenza... que la fotografíen calva.

Miraron perplejos a Valente. A Connie aquello también la avergonzaba. A primera vista, Valente le había caído mal, por su corpulencia y su dificultad para hablar. Pero, en realidad, Valente las veía como personas; veía a Alice como una mujer que no debería ser humillada públicamente. Valente continuó, balbuceando con dificultad:

–Quizá podríamos conseguir unas pelucas.

–Patty. –El doctor Redding se dirigió a la omnipresente secretaria con un gesto de cabeza–. Consiga un surtido de pelucas para las mujeres, para usar mientras les crece el pelo.

–¿Para cuándo las quiere, doctor? –Patty parecía escéptica. Era una mujer esbelta, siempre con trajes sastre verde menta o rojo cereza, con el corto cabello rubio y grandes y redondas gafas azuladas que se le resbalaban por la nariz.

–Alice es solo una demostración. No empezaremos con el resto hasta que estemos en el instituto. Digamos de aquí a dos semanas.

Entonces se lo harían a todos. Se lo harían a ella, fuera lo que fuera... A ella también.

–Charlie, si me permite el atrevimiento –dijo el doctor Argent–, ¿por qué no empezar con ella de pataleta? Después de todo, esto va de violencia irracional.

–Tiene toda la razón. –Redding rio entre dientes, con cara de sentirse eclipsado–. Faltaría más. Venga. A grabar.

–Un momento, doctor. Estamos poniendo los micrófonos a punto. Que siga a lo suyo y estaremos con vosotros en unos minutos.

Alice siguió a lo suyo, desde luego. Consiguió tirarse de la cama con mucho esfuerzo y fueron necesarios los dos auxiliares y la enfermera para obligarla a acostarse. Mientras tenía lugar el forcejeo, el equipo empezó a filmar, con un micro colgando por encima de la cama, mientras el cámara, mascando chicle impasible, sacaba a Patty de en medio para conseguir un buen ángulo.

–¡Bienvenidos a la casa de monos del zoo! –aullaba Sibila.

Para entonces ya estaban activas todas las pacientes, algunas hablando en voz alta entre ellas o al aire; la señorita Green, boca abajo tapándose la cabeza con la almohada; Tina Ortiz, observando, toda ella una contracción de furia. Los hombres se amontonaban en la puerta para mirar. Alvin salió disparado a la sala para golpear la puerta de entrada

con ambos puños. Gragas lo cogió por debajo de los sobacos y lo llevó de vuelta a su cama. Alvin no volvió a aparecer; probablemente lo habían noqueado con tranquilizantes.

Redding, con un micro al cuello como si fuera un colgante, daba una lección sobre amperajes y voltajes sin interrumpirse.

–Estimularemos los puntos del uno al diez en la amígdala izquierda con 0.9 miliamperios, duración del pulso de 100,1 microsegundos, ondas cuadradas bidireccionales durante cinco segundos.

Sonaba como un técnico de la compañía telefónica haciendo un informe. Alice resollaba, soltando una diatriba de insultos. Uno de los del equipo de filmación apagó su micrófono. Los dos auxiliares se prepararon para actuar, conteniéndola. El doctor Argent seguía de pie con las manos juntas detrás de la espalda y los labios fruncidos como si fuera a empezar a silbar, observando la escena con una mirada de vivo interés. De vez en cuando, se balanceaba sobre la punta de los pies. El doctor Hodges, que se mantenía un poco alejado, miró su reloj de reojo. Al final, mandó a Patty a que le trajera una silla.

–La disfunción cerebral local que vemos en esta paciente ha generado un descontrol esporádico. Creemos que este tipo de agresión intensa e injustificada puede controlarse, e incluso curarse. En lenguaje vulgar, algo funciona mal en el

circuito eléctrico: algunos cables están cruzados en el tablero de la amígdala. Cuando hay un cortocircuito, como si dijéramos, se despierta una violencia irracional en la paciente.

El doctor Argent hizo una mueca, incómodo, como si fuera a decir algo, murmurando para sí mismo. Al final dijo en voz baja:

–Quizás deberíamos dejarles las analogías a los poetas, Charlie.

–¿Listo, Acker? ¿Morgan? ¿Moynihan? Venga, vamos. –Redding se volvió hacia el director del equipo de filmación–. Podéis filmar lo de los ordenadores en el instituto. Aquí solo estamos improvisando.

–En la ciudad, caballeros –dijo la señorita Moynihan al equipo de filmación–, os podemos mostrar los procedimientos completos. Tenemos los mejores equipos.

–A ver, no hay muchos hospitales públicos en el país donde podáis llegar tan lejos –dijo el doctor Hodges, irritado.

–Chip, ponte para la foto –imploró Redding, y juntos se movieron hacia los laterales de la cama–. Enciende el micro. Alice, ¿cómo te sientes hoy?

–Desgraciado cabrón, ¡déjame levantarme! ¡No soy un conejillo de Indias!

–¿Puedes censurar algunas partes? Vale. –Hizo un ademán como si estuviera dirigiendo una orquesta–. Alice, ¿cómo te sientes ahora?

Alice se relajó de repente. Su rostro cambió con una expresión de sorpresa. No contestó. Dejó la boca abierta, luego la cerró.

–Soltadla –dijo Redding a los auxiliares.

Los auxiliares parecían incómodos y no la soltaron. Grasa se quejó:

–Doctor, esta es como una serpiente de cascabel: ataca rápido. Puede cogernos por sorpresa.

–Hombres de poca fe –empezó a decir Redding esbozando una sonrisa–. Déjenla. Apártense.

Los dos auxiliares se apartaron de Alice con cautela. Ella permaneció acostada, inmóvil.

–¿Cómo te sientes ahora, Alice?

Alice movió la cabeza de un lado a otro. Empezó a sonreír.

–Me siento bien. Me siento muy, muy bien.

–Cuéntanos lo que sientes, Alice.

–Me gustas, chico. Ven aquí. Acércate a Alice. Cómo me gusta esto. Ahora eres bueno conmigo.

Redding rio entre dientes.

–¿Veis? Como robarle un caramelo a un niño. Muy bien. Ahora, auxiliares, sujetadla.

Intercambiando miradas de confusión, los auxiliares cogieron a Alice, que se retorció y reía nerviosamente.

–He dicho que la sujetéis. ¡Con cuidado! –ladró Redding.

Un momento después, el rostro de Alice se descompuso en un gruñido; se levantó dando un respingo y lanzó toda su ira contra Grasas. La enfermera tuvo que subirse a la cama para someterla.

–Ahora, soltadla otra vez.

–¡Doctor! No podemos.

Pero Alice cayó hacia atrás y empezó a reírse nerviosamente.

–Veréis, gracias a los electrodos podemos provocar casi cualquier tipo de emoción y estado de ánimo: ¡la reacción de pelea o huida, euforia, calma, placer, dolor, terror! Podemos monitorear e inducir reacciones a través del radiotransmisor microminiaturizado que se encuentra

debajo del cráneo. Creemos que por medio de este procedimiento podemos controlar los ataques de violencia de Alice y mantenerla en un estado mental equilibrado. La radio irá suministrando información y telemetría directamente al ordenador una vez que estemos en el instituto, y Alice podrá caminar libremente por el pabellón. Con esto concluye nuestra pequeña demostración preliminar.

Mientras comenzaban a recoger, el cámara dijo:

–Esto es bastante impresionante, doctor. ¿Puede encenderla y apagarla así todas las veces?

–¿La luz se enciende cuando le das al interruptor?

Mientras el equipo de filmación salía de la habitación, Redding se volvió hacia su público.

–Bien, Sam, Chip, ¿qué os parece? ¿Interesante?

El doctor Argent le regaló una sonrisa irónica, colocando la mano en su hombro.

–Vaya maestría escénica. Debe controlar sus ganas de fanfarronear. Me recuerda a Delgado y su toro. Ya sabe, el que hace que un toro cargue contra él a la vista de todo el mundo y luego lo frena en seco.

–A veces hay que mostrar las cosas lisa y llanamente para que la gente las acepte. No hay ningún truco detrás. Podemos controlar la violencia.

–También creo que debería considerar el uso de electrodos para provocar calma, somnolencia. ¡No estamos haciendo películas porno, Charlie!

El doctor Hodges se aclaró la garganta, incorporándose con rigidez.

–Fue interesante, sin duda. Pero no es rentable. Lo que se tarda con el ordenador. El *hardware*. Una dosis suficiente de drogas psicoactivas frenarían su violencia igual de rápido.

–Sam, escucha: con un ordenador del tamaño del PDP-10 ¡se podrían monitorear los resultados de cada uno de los pacientes de este zoológico! Los tranquilizantes hay que administrarlos varias veces al día. Sin embargo, de esta manera los pacientes acabarían yéndose, regresando con sus familiares, volviendo a hacer las tareas de la casa y al trabajo o ingresando en una residencia. El estado tiene pocos recursos económicos y nos presionan mucho para que los saquemos por la puerta giratoria. Pero luego en los periódicos se arma un gran alboroto por los pacientes que andan sueltos por ahí. Aquí tienes la respuesta. Después del desembolso inicial, el costo es más que competitivo. Ya sabes, Sam, que no podéis curar a tanta cantidad de pacientes, por más que lo deseéis y a pesar del duro empeño

que ponga el personal en la tarea. Pero con estas nuevas técnicas, se puede conseguir una curación real. En lugar de un almacén para disfuncionales sociales, estarás dirigiendo un hospital. Ese es el motivo por el que la legislatura financió el proyecto, Sam. Ese es el motivo por el que tú mismo te convencerás cuando llegue el momento.

El doctor Argent se dirigió lentamente hacia la puerta, dejando que los demás le siguieran.

–¿A que es persuasivo, Sam? Así he terminado yo, metido hasta el cuello en este asunto de los artefactos.

–Bobadas –dijo Redding, pero en voz muy baja–. Ahora que se está usted retirando, quiere participar en el proyecto más fascinante que ha surgido en años. Siempre ha querido hacer historia, Chip.

–Hmmm –dijo el doctor Argent, y todos se marcharon.

Por encima del estruendo de la batalla Connie dijo a Sibila.

–¿Van a meternos una máquina en la cabeza?

–¡Pobre Alice! –Sibila movió la cabeza disgustada–. ¡Debe sentirse tan humillada! Imagínate, haciéndole el juego a ese fascista nomás porque toca un botón.

–¡No quiero que me hagan eso! –La voz de Connie se inundó de terror. Se aclaró la garganta–. Tiene que haber una forma de detenerlos. ¡Si al menos viniera mi sobrina!



El jueves por la noche invocó la presencia de Luciente. No podía dormir y no tenían permitido hablar después de apagarse la luz. No ocurrió nada. Volvió a intentarlo. Presionó a ciegas en dirección a Luciente, deseando desesperadamente hablar con ella, contarle lo que estaba pasando. Quizás ellos sabían de qué iba este asunto de las radios en el cerebro, las agujas y el control, y sabían cómo luchar contra ello. Por un momento sintió algo, la sensación de una persona sorprendida, grogui y excitada a la vez por algún tipo de droga, o algo así. Durante un instante vio una plataforma de plástico iluminada desde abajo, bajo una cúpula transparente rodeada de una extraña niebla amarilla. Mujeres con las piernas completamente pintadas con lo que parecían capas y capas de esmalte que brillaba y resplandecía cuando se movían muy cuidadosamente, posando en extravagantes posiciones sosteniéndose sobre una sola pierna como las cigüeñas, manipulando pequeños narguiles y brillantes frascos. Hombres vestidos con uniformes plateados. Caras blancas todas ellas. Pánico. ¿El suyo? ¿De la otra mujer? Luego sintió a Luciente y volvió a estar en la cama estableciendo contacto con el futuro. Sintió que Luciente respondía lentamente, y también alguien más.

–Sé huésped –dijo una voz gutural. No era la presencia de hacía un momento. Y aún seguía sintiendo a Luciente.

–Connie, mi rosa –dijo Luciente con debilidad–. No puedo retenerte hoy. Pero estoy aguantando hasta que se encargue Parra. Abre tu mente a per. Parra emitirá esta noche si quieres venir.

–¿Estás enferma, Luciente?

–No, no te preocupes. Deja que Parra emita.

Pasaron diez minutos y unos momentos de náusea yendo a la deriva, mientras le llegaban fogonazos de las mujeres cigüeña, antes de que pudiera aparecer en la casa de encuentros. Parecía un edificio diferente. Diez personas estaban sentadas en una pequeña habitación alrededor de una mesa con forma de rosquilla; casi la mitad eran familiares de Luciente. Reconoció a Halcón, Barbarrosa, Liebre y Sojourner. La persona con la voz profunda que la había ayudado a venir de manera tan accidentada era una mujer joven, rolliza, de baja estatura. A pesar de que Parra parecía lo suficientemente fuerte como para subir una escalera con ella a cuestas, ambas tenían aproximadamente el mismo tamaño y la misma complejión. Parra tenía el pelo corto y oscuro y la cara ancha. En el brazo izquierdo llevaba una pulsera con un arco iris de cuentas.

Bolívar parecía tenso, sentado con la cabeza entre las manos, mirando a un punto fijo con los ojos grises inyectados en sangre. Luciente estaba sentada frente a él al otro lado del círculo, hecha un manojo de nervios. Las manos encogidas ante ella sobre la mesa, los nudillos como montañas nevadas en miniatura. Luciente le sonrió con poca convicción y se pasó la mano por la frente.

–Este año soy persona jueza del pueblo de Boca de Mattapoisett, y esta noche arbitro –dijo Parra.

–¿Esto es un juego?

–No, estamos haciendo un compost. –Parra se volvió a la mesa–. Hagan unos neuros mientras explico. Parece que necesitan relajarse.

Alrededor de la mesa rosquilla, todos empezaron a murmurar una especie de cántico (sin hacer ningún esfuerzo por cantar al unísono) con los ojos cerrados, inclinándose levemente hacia atrás y luego hacia adelante.

–Luciente y Bolívar no están comunando. Congenian mal. Chispas y baches. Esta noche intentamos comprender esa hostilidad y ver si podemos eliminar el detonante.

–¿No tiene la gente permitido no gustarse?

–No es bueno cuando comparten médula. Liebre tiene cercanía con Luciente y Bolívar. Ese entrechocar tensa a per.

Compiteen por su atención. Son mutuamente exigentes con sus formas de actuar. Ya les hemos hecho crítica por esto, pero la situación se disipó por poco tiempo. Cuando hacen crítica mutua, no se sostiene bajo escrutinio como honesta, sino como autocomplaciente. –Parra sonrió con ironía.

–¿Y si después del complot siguen sin soportarse?

–Liebre quizás decida no verles durante un tiempo. Se les enviaría a un vagabundeo temporal. Se les podría imponer invisibilidad. Recurrimos a eso después de graves disputas. O, a veces, cuando la gente deja de ser compas de miel, una de las partes siente amargura.

Parra la miró a la cara con ojos que le recordaron a los de Luciente. En la antigua tierra habría pensado que eran parientes. Tuvo la fugaz esperanza de que esa similitud hiciera a Parra empatizar con Luciente.

–Imponemos el tabú de suegra... ¿extraído de prácticas antiguas? Personas no tienen permitido hablar la una de la otra o entre sí durante dos meses. Ese período de tiempo habitualmente relaja el entrechocar. Además, es un incordio tal que con frecuencia cada una de las partes está deseando que acabe para poder volver a hablarse. Se vuelve ridículo. Esto también ayuda.

Connie hizo una mueca.

–¿Es que no tienen otras cosas de qué preocuparse que no sean cuestiones personales? ¿Por qué tendría que importarles que Luciente y Bolívar se caigan bien? ¡Qué manera de desperdiciar esos recursos de los que tanto les gusta hablar!

–Primero, no necesitan caerse bien para comportarse con cortesía. Segundo, creemos que muchas acciones fracasan debido a tensiones internas. Hay individuos que han ofrecido en sacrificio naciones enteras para su conquista simplemente por vengarse de alguien que creían que les había perjudicado. Hay individuos que han dedicado vidas enteras a obtener venganza. Hay gente que ha escogido la derrota antes que la victoria, mérito de su enemigo. El tejido social significa mucho para nos. En la infancia aprendemos una historia sobre un antropólogo que le pidió a una persona del pueblo *pawne* que definiera la valentía. Persona dijo que Nube Blanca era la persona más valiente que había conocido porque cuando Oso Sonriente la difamó, Nube Blanca le regaló un caballo. ¿Y qué tiene eso de valiente?, preguntó el antropólogo. La persona *pawne* dijo: Nube Blanca solo tenía un caballo.

Alrededor de la mesa todo el mundo se estiraba y se recostaba en sus asientos.

–La comunidad es algo valioso. Eso es lo que estás queriendo decir.

–Exacto –asintió Parra, esbozando una amplia sonrisa.

–¿Eres jueza? ¿Puedes dictarles sentencia?

–Esta noche soy árbitro. Estoy aquí para asegurar que el grupo hace crisis de cada parte de manera justa. Puedo señalar injusticias. Observar otras tensiones que puedan surgir, nublando los problemas, cargando las reacciones. Alguien que no sea de la aldea debe hacer de árbitro.

Connie frunció el ceño ante esta mujer baja, rolliza, que se llamaba a sí misma jueza. Era más joven que ella y no más imponente, desde luego.

–¿Eso es a lo que te refieres con ser jueza? ¿Un arbitraje?

–No. Actuamos en caso de que haya perjuicio.

–¿Y si robase algo?

–No tenemos mucha propiedad privada. Probablemente te daría lo que me pidieses. Pero si te llevases algo, todo el mundo te haría regalos. Pensaríamos que nos querías comunicar tu abandono y sentimiento de pobreza. Intentaríamos hacerte sentir bien, sentir que te queremos.

–¿Y si le hago daño a alguien? ¿Qué pasa con la violación, el asesinato, con darle una paliza a alguien?

–Nos entrenamos en la autodefensa. Tenemos formación en el respeto mutuo. De hecho, nunca he sabido de ningún caso de violación, aunque he leído sobre ello. Nos parece... particularmente horrible. Asqueroso. Como el canibalismo. Sé que ocurre y que ocurría en el pasado, pero resulta increíble.

Se imaginó a sí misma dando un paseo nocturno bajo las estrellas. Se imaginó andando sin prisa por algún camino del campo y que solo sentía una leve curiosidad al ver a tres hombres acercándose. Se imaginó haciendo dedo y subiéndose a cualquier coche que quisiera llevarla. Se imaginó abriendo la puerta de casa, sin miedo, para ver si alguien necesitaba ayuda.

–¿Nadie amenaza a nadie con una navaja? ¿No hay peleas entre amantes? ¿No hay celos? No intenten colarme eso. –Su voz adquirió el tono estridente del escepticismo.

–Asaltos, asesinatos, de eso aún tenemos. No tan comunes como se dice que eran en tu tiempo. Pero ocurre. La gente aún se enfada y ataca.

–Entonces, ¿qué hacen? ¿Los meten en la cárcel?

–Lo primero, preguntamos a persona si actuó intencionalmente, si persona «quiere» asumir responsabilidad por ese acto.

–Supón que digo: «No, no sabía lo que estaba haciendo, jueza».

–Entonces trabajamos en la sanación. Intentamos ayudar para que persona nunca vuelva a hacer algo que no tenía intención de hacer.

–Supón que digo que no estoy enferma. Le di un puñetazo en la cara porque se lo merecía, y me alegro de haberlo hecho.

–Entonces diseñas una sentencia. Quizás el exilio, o trabajar en un lugar apartado. Pastoreo de ovejas. Vivir a bordo de un barco. Servicio espacial. A veces las personas que han cruzado el límite fraguan buenas ideas para el desagravio. Puedes contribuir a algún experimento o unirse a alguna actividad peligrosa.

Connie la miró fijamente.

–Me estás diciendo que cuando le reventé la cara a Geraldo, ¿yo tendría que decirles qué hacer para el... «desagravio»?

–¿Cómo si no? –Parra le devolvió la mirada–. Tu víctima, la persona que hiciera de jueza y tú lo decidirían. Si matas, entonces la familia de tu víctima escogería fami para negociar.

–Si mato a más personas, entonces ¿me alisto como marinera o pastora de ovejas?

–¿Te refieres a una segunda vez? No. La segunda vez que alguien usa la violencia, nos rendimos. No queremos estar vigilándonos ni encarcelándonos mutuamente. No tenemos intención de vivir con gente que escoge la violencia. Las ejecutamos.

–Supón que digo que no lo he hecho.

–Eso ocurre. –Parra hizo un gesto con la mano–. Por sorteo se escoge a alguien para investigar. Cuando la persona que investiga cree haber encontrado a quien ha cruzado el límite, tenemos un juicio. Nuestras leyes son sencillas y no necesitamos a personas que hagan de abogadas ni de acusación. El jurado decide. Se negocia una sentencia entre todas las partes.

–Eres latina, ¿no?

–¿Latín? ¿La lengua antigua?

–¿Hispanoparlante?

–*Sí, del sur de Río Grande, Texas del Sur. Pero hace cinco años que vivo en el pueblo boricua Lola Rodríguez de Tió.*

–*¿De veras? ¿De Texas? Yo también. Nací en El Paso. Entonces... pues... en Texas, ahora... ¿quién tiene el poder?*

–Somos una región autónoma. –Parra parecía un poco confundida–. *Todo el mundo, claro, como aquí, como siempre, ¿no?*

–Pero, ¿todos ustedes hablan español?

–Como primera lengua, *claro que sí, ¿cómo si no?*

–¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido hasta aquí?

–Para estudiar con María de Lola Rodríguez. *Es experta sobre ríos. En mi región tenemos todavía problemas terribles con los ríos, que estaban envenenados por completo en tu época.* He estado estudiando durante cinco años. María dice que puedo regresar a mi *pueblo* en un año, *para ayudarlos. Tengo muchas ganas de volver.* Echo de menos a mi gente, ¡ay, me hacen tanta falta! Y los inviernos me quemán los dientes.

–*¡Ojalá pudiera ver Texas ahora!*

–*¡Por supuesto! ¡Alucinarías!* –Parra la cogió del hombro–. ¡Si vieras cómo resplandece lo que hemos hecho con adobe en los últimos cuarenta años! Y comemos mucha carne, ¡no como aquí, que creen que una vaca flacucha es una *fiesta!* Tenemos un sistema de pequeñas clínicas maravilloso en todas las regiones. En *mi departamento* criamos diferentes tipos de verduras resistentes *a la sequía.* *Verdad, puedes preguntar a Abeja o Luciente...*

Parra se giró hacia la mesa y su rostro cambió rápidamente de expresión. Se dirigió a la sala:

–¿Comenzamos de nuevo? –Enlazó a Connie por el brazo, la llevó a una silla y le presionó suavemente en el hombro mientras la hacía sentar.

–Siento que el trabajo de Bolívar enfatiza el individualismo, pone el estilo por encima del yin y el yang. Cuando Liebre trabaja con Bolívar, siento una escasez política en su trabajo, que nunca percibo cuando persona trabaja en solitario. –Luciente estaba sentada con las manos plegadas.

–Esta criti es demasiado general para ser útil –dijo una persona gorda con voz grave–. ¿Cómo puede Bolívar responder a un chicoteo tan vago?

–En su último holo, la imagen de la batalla era un hombre y una mujer abrazándose y luchando a la vez, que acababa en la imagen de dos seres andróginos. Sin embargo, la fuerza que destrozó tantas razas de seres, humanos y animales, solo era sexista en su origen. Su manifestación era la avaricia con ánimo de lucro.

–La criti de Luciente es justa –dijo Barbarrosa–. En verdad, no había pensado en ello. Pero me parece que el holo debería haber relacionado la avaricia y el desperdicio con los sistemas políticos y económicos.

La anciana de los ojos negros y brillantes, Sojourner, negó con la cabeza.

–¡Cada pieza de arte no puede contener todo lo que la gente quiere decir! He visto cometer ese error durante sesenta años. Nuestra cultura en su conjunto debe decir la verdad íntegra. ¡Pero no así cada objeto! Eso es mentalidad de eslogan, como si hubiera ciertas palabras sagradas que siempre tienen que mencionarse.

–Pero ¿debemos satisfacernos solo con medias verdades?
–preguntó Barbarrosa.

–A veces una imagen irradia muchas verdades posibles –dijo Bolívar–. Luciente parece fijarse demasiado en el contenido y aplicar nuestra política común con demasiada rigidez.

–Nuestra política común deja espacio suficiente para el desacuerdo –dijo Luciente–. Me gusta hablar con claridad sobre las distinciones políticas.

–Una imagen poderosa dice más de lo que puede enumerarse. No puede explicarse íntegramente de manera racional –dijo Liebre–. ¿Qué significado tiene una melodía?

–Así y todo, un trabajo tiene un significado general sobre el que podemos estar de acuerdo o no –dijo Luciente.

–Nuestra historia no es un conjunto de axiomas –dijo Bolívar lentamente, con firmeza–. Supongo que veo la división original del trabajo, aquella primera dicotomía, como lo que luego posibilitó una división entre personas desposeídas y propietarias, impotentes y poderosas, trabajadoras y gozadoras, víctimas y violadoras. La separación patriarcal cuerpo–mente transformó el cuerpo en máquina y al resto del universo en un botín que la voluntad podía manejar a su antojo y sin freno, utilizando, descartando, destruyendo.

Luciente asintió.

–Sin embargo no puedo ver a machos y hembras como igualmente condenables, porque unos tenían poder y las otras eran propiedad. Nada de lo que hicieron ustedes habla de eso.

–¡Nos tienes a nos! –Liebre alzó las cejas–. Así es.

–Lo que hicimos fue hermoso –dijo Bolívar–. ¿No te conmovió? Un holo se compone de imágenes de una hora. No tienes suficiente respeto por la belleza, Luciente.

Sojourner dijo:

–Luciente se inclina mucho en dirección a un valor y Bolívar en dirección a otro. Sin embargo, en lugar de observarse mutuamente con placer y pensar cuán rico es el mundo gracias a las diferencias, se juzgan mutuamente. Qué

tontería. Podrían enriquecer la comprensión entre ustedes a través de Liebre, que siente atracción por las dos posiciones... ¡así como por todo lo que se mueve!

–No creo que los holos que hice con Bolívar sean mejores o peores que los que hago en solitario. Creo que Luciente los ve más críticamente –dijo Liebre.

–Todo el mundo te debemos criti, y es una pena que la de Luciente haya esperado hasta ahora para salir. Te estamos fallando como artista de la comunidad que eres –dijo Barbarrosa–. Si no te hacemos criti, ¿cómo vas a crecer?

La persona gorda habló.

–¿Qué temas, Luciente, para observar tan cuidadosamente cuando trabajan en conjunto? ¿Qué es lo que te incomoda?

Luciente se cubrió la cara con las manos, frunciendo el ceño con concentración. Pasaron unos largos cinco minutos. Connie miró furtivamente a Parra, que presidía la mesa sin entrometerse. Sintió la melancólica certeza de que no llegaría a ver la nueva Texas del Sur, departamento de Río Grande, que había visto nacer a esta mujer con una confianza y una dignidad tan puras a una edad tan temprana de su vida.

–No lo sé con certeza –dijo Luciente, lentamente, descubriéndose el rostro–. Creo que, a veces, Bolívar busca

recrear aquel tiempo anterior en que Liebre y Bolívar no se separaban nunca, médulas recíprocas... Para mí, eso es caer en un tiempo ahora pasado, cuando crecer significa ir hacia adelante. Siento que se atan mutuamente.

–¿Como lo hacían Diana y tú? –Liebre arqueó las cejas.

–Quizás eso es lo que temo...

–Pero Diana y Bolívar tienen dones diferentes. La intensidad en la que caemos conjuntamente nos permite mantener nuestra intimidad a pesar de estar semanas sin vernos. Nuestra intimidad siempre ha estado centrada en el trabajo. Aun en nuestros momentos de mayor intensidad y apareamiento, nos hemos volcado hacia afuera y abocado a la comunidad.

–Verdad, Luciente –dijo Sojourner–. Tu unión con Diana te impedía trabajar bien. Aunque nunca trabajaron en conjunto, tú te alimentabas de Diana y Diana de ti.

–Bolívar también se incomoda –dijo Halcón vacilante–. Bolívar se mete mucho con Luciente, y ridiculiza a per. Así es como Bolívar se venga de Luciente o castiga a per o lo que sea.

Una persona canosa con el rostro profundamente curtido y sentada al lado de Bolívar esbozó una amplia sonrisa.

–Es verdad, ¿cómo si no? Bolívar supera a Luciente en astucia. Bolívar es inteligente, tiene una gran agilidad mental. Luciente habla mucho, pero no tiene astucia. Luciente no puede devolver los golpes lo bastante rápido para ganar batallas verbales. Ahora bien, Luciente analiza políticamente las cosas con mucha más minuciosidad que Bolívar. En Boca de Mattapoissett, todo el mundo sabe que se incorporó a Luciente al proye «Remonte» no solo por su capacidad para emitir, sino por su solvencia política. Persona puede rep a nos de un modo claro y justo. Pero Luciente utiliza esa fortaleza política como arma contra Bolívar. Ustedes se combaten mutuamente con sus propios dones. ¿Bastante perverso, no? –La persona canosa sonrió ampliamente, mirando a Luciente y luego a Bolívar.

–Entonces Bolívar también tiene miedo –dijo Parra–. Vamos demasiado deprisa. Preguntemos a Bolívar qué es lo que teme.

–Si soy el pasado de Liebre, cuánta fragilidad... Luciente es el presente. El pasado desaparece. La salud es Luciente, el crecimiento es Luciente... ¡según Luciente! Sin embargo, Liebre y yo trabajamos bien en conjunto. ¿Por qué eso significaría ir hacia atrás? Nos amamos de manera diferente a los veinticinco y a los diecinueve que a los diecinueve y los trece, pero...

Liebre dijo a Luciente:

–Nunca has dejado de amar a alguien que hubieras amado, y lo sabes. ¿Por qué no puedes autoconocer cómo lo siento yo? Tú no piensas que te has marchitado para Abeja aunque hayan pasado años.

Sojourner miró a Bolívar entrecerrando los ojos.

–Imaginemos que ganas esta pequeña guerra, entonces tendrás a Liebre solo para ti. Luciente se va. Liebre no puede viajar contigo todo el tiempo sin abandonar su taller. Liebre acaba de apuntarse a defensa y maternidad. ¿Cómo puede persona combinar la maternidad con una vida errante como la tuya? Estás aquí como mucho una semana al mes.

–Nunca he intentado hacer que Liebre me acompañe en los viajes todo el tiempo. Solo algunas veces nos es cálido trabajar en conjunto.

–Pero lo que más le retiene a Liebre en Mattapoissett es su trabajo, más que Luciente, ¿no? –dijo la persona gorda.

–Cierto –asintió Bolívar–. Liebre tiene más atadura con el lugar. Cuando viajábamos, persona siempre se ponía irritable. Duerme mal, le nace un temperamento mezquino, y me chicotea.

–Luciente –continuó Sojourner–. Supón que ganas tu guerra contra Bolívar reduciéndole ante la mirada de Liebre. ¿Dejarás a Abeja y pasarás todo tu tiempo libre con Liebre?

¿Abandonarás el proye «Remonte» o tu trabajo en la base genética para trabajar con Liebre como lo hace Bolívar?

–¡No es eso lo que quiero! –dijo Luciente con fervor–. ¡Bolívar no me respeta!

–¿Respetas a Bolívar? –preguntó Parra con interés.

–Por supuesto que sí.

–¿Por qué?

–Persona es gran artista.

–Luciente y Bolívar, siéntense cara a cara dentro del círculo. Mírense a los ojos. Luego guardemos silencio unos minutos. No sé si deberíamos continuar o dejar que conversen entre ustedes. El motivo de la fricción parece residir en la falta de sintonía entre ustedes: no tienen amistad pero sí un contacto permanente. Necesitan un tiempo para hablar. Para deliberar sus criticas y sus elogios en privado.

Luciente y Bolívar movieron la mesa y se sentaron cara a cara en el centro, donde se observaron mutuamente con vergüenza y desazón. Connie se giró hacia Parra y dijo suavemente:

–Algo me intriga. Parece como si todo el mundo tuviera mucho cuidado en decir lo que para mí es obvio: que Liebre

y Bolívar son... bueno, los dos son hombres. Es algo homosexual. Algo así podría incomodar más a una mujer.

–Pero ¿por qué? –Parra la miró como si estuviera realmente loca–. Todo acoplamiento, toda relación de amistad se da entre machos biológicos, hembras biológicas, o ambos. Este no es un conjunto útil de categorías. Tendemos a dividir a la gente por lo que se les da bien y mal, sus fortalezas y debilidades, sus dones y sus carencias.

Se sintió como si se hubiera dado con la cabeza contra un muro ciego. Sin embargo, Parra la fascinaba. No tendría más de veintiuno o veintidós años y, sin embargo, hacía de jueza del pueblo. Médica de ríos. Aquí, ella misma podría ser una persona así. Sí, ella estudiaría cómo arreglar el paisaje saqueado, curar ríos atorados de basura. Curar el suelo desgastado por la búsqueda de beneficios rápidos con cultivos comerciales. Entonces sería útil. Se gustaría a sí misma, como se había gustado durante el breve período en que se había involucrado en el timo de la guerra contra la pobreza. La gente la respetaría. Allí va Consuelo, dirían, doctora del suelo, protectora de ríos. Sus hijos estarían orgullosos de ella. Sus amantes no la rechazarían, no morirían en prisión, no serían asesinados en plena calle, como Martín.

Cómo lo había custodiado en la morgue, temblando de rabia (sí, rabia) porque estaba muerto sin motivo. Porque todo el mundo era pobre y el verano era caluroso y los

ánimos se caldeaban y los hombres sin trabajo demostraban que aún eran hombres en los cuerpos de otros hombres, en los cuerpos de las mujeres. Los dos tenían veinte años cuando se casaron. Martin la había curado de la crueldad del chico anglo que la había dejado preñada y después había huido espantado, diciendo que ella no podía demostrar nada. Connie le había contado a Martin la verdad, y aun así se había casado con ella. Los dos tenían veintiún años cuando él murió. Una cuchillada en el corazón. Era tan hermoso.

Las lágrimas le anegaron los ojos en un arrebató y luego cesaron. Estaba tumbada en la cama del hospital. Un repiqueteo de risas llegaba desde la sala de enfermería.

–¡Te pillé con los pantalones bajados, nena! ¡*Gin!*

–¡Joder! Me pillaste con un montón de reinas y jotas.

Martin llevaba muerto casi la mitad del tiempo que ella llevaba viva. ¿Para qué llorar ahora? Sin embargo, lloraba su muerte como si acabara de ocurrir, pensando que en el futuro habrían vivido poco uno junto al otro: medio siglo. Allí, él habría tenido el respeto que deseaba, el respeto cuya ausencia le atormentaba como una sed rabiosa. La había amado lo suficiente como para casarse con ella mancillada por otro hombre, pero no lo suficiente como para echarse atrás ante un desafío, un insulto, una amenaza. Allí Martin podría tener respeto, dignidad, trabajo y ocio. Una vida.

Martin la había admirado por aquellos meses de estudios superiores pagados con sangre. En Mattapoissett, ella también habría gozado de respeto. Y de posibilidades para estudiar.

–Mira –decía una voz de mujer en la sala de enfermería– solo nos quedan una o dos semanas más aquí atrapadas. Luego volvemos al edificio K, y volveremos a ser cuatro para el *bridge*. Me canso de jugar al *gin* cada noche.

–No sé por qué, cariño. Siempre me ganas. Si no fuera porque jugamos a un centavo el punto, ¡me habrías desvalijado!

ONCE

–Ya tenemos la firma de tu hermano en el formulario de autorización –le dijo Acker, rascándose la barba cuadrada–. Pero queremos que tú también nos des tu autorización. Queremos asegurarnos de que entiendes cómo vamos a ayudarte. Queremos tu más sincera cooperación. –Sus ojos color chocolate con leche se posaron sobre los de Connie.

–¿Así se sienten menos culpables por lo que nos están haciendo? –Malhumorada, se dejó caer sobre el borde de la cama. Acker siguió molestándola.

–¿Qué estamos haciendo? Darte una oportunidad para que salgas del hospital. Para llevar una vida mejor. Para acabar con estos episodios de violencia destructiva. Eso como objetivo a largo plazo. Como objetivo a corto plazo,

vamos a sacar a todos nuestros pacientes de este hospital público y mudarlos a uno en el INPNY: un bonito pabellón de investigación. No sabes lo que es estar en un hospital mental bien equipado. No hay dormitorios colectivos. Podrás compartir habitación solo con tu amiga Sibila. Buena comida. Y, como está en pleno Manhattan, tu familia podrá visitarte.

–Y tendré la oportunidad de que me revuelvan los sesos como le hicieron a Alice.

–En dos meses Alice estará en casa, Connie. Si nos abandonas, ¿crees que estarás en casa en dos meses?

–Sí. No me estaba yendo tan mal.

–No volverás al G-2. Si te trasladan de aquí, volverás donde te encontramos: al L-6, el pabellón de violentos. Con comentarios en tu historial sobre lo poco cooperativa que has demostrado ser.

Connie se puso de cara a la pared y dejó de hablarle; al cabo de unos minutos, Acker salió de la habitación. Volvería.

Finalmente, el domingo, vino Dolly. Entró en la sala y se acercó dando brincos para abrazarla, luego se separó y la sostuvo a un brazo de distancia.

–¡Cuántos kilos has perdido, Connie! ¡Qué maravilla! Es como esas granjas para adelgazar a donde van las pinches ricas.

–No se le parece mucho. –Connie sonrió–. ¿Ha venido Nita?

–No la dejaron entrar. Está afuera con Vic. Ven a la ventana así la saludamos.

Abajo, un hombre alto, de complexión fuerte y vestido con ropa de color blanco crema sostenía a Nita de la mano. Ambos miraban a una mujer que buscaba algo entre el césped y Vic se reía y daba codazos a Nita.

–¡Nita, Nita! –gritó Connie desde la ventana, pero Nita no la oía. Lo único que logró fue que la auxiliar del fin de semana la hiciera callar. Connie obedeció con reticencia, estirando la cabeza hacia la niña.

–Dolly, se te ve hermosa –dijo cuando se apartó de la ventana–. ¿Tú también adelgazaste?

Dolly se había teñido el pelo de un rabioso rojo-anaranjado. Llevaba un traje chaqueta, sin mangas y de color verde y amarillo brillante, y no se había quitado las gafas de sol.

–Oh, *carita*, te pagan más si pareces anglo, ¿sabes? Y a los que tienen dinero les gustas más si estás flaca. Geraldo, ese

cerdo, me dejó con deudas y sin dinero. Me rompo el culo yendo pa arriba y pa abajo hasta que pague mis deudas.

–Dolly, quítate las gafas. No se te ve la cara. Es como hablarte desde el otro lado de una pared.

Poniendo morros, Dolly se quitó las gafas, haciendo un gesto de dolor ante la luz. Un leve cosquilleo recorrió la nuca de Connie.

–Sin embargo, querida, todo va bien para mí y los míos, déjame que te cuente. Me está yendo muy bien sin ese mandón. Trabajo bien duro pero los resultados ya se están viendo y gano más dinero que nunca, mucho mejor que con Geraldo. Escucha, Connie: ¡la semana pasada saqué cuatrocientos! ¡En una semana! ¿Qué te parece? –A Dolly le salían las palabras como un torrente.

–Dolly, ¿me has podido traer algo, por casualidad?

–¿Cómo me iba a olvidar? Quiero decir, cómo iba a olvidarme de contarte. Y sí, me acordé de traerte. Escucha: le di a la pinche vieja del mostrador treinta dólares para meter en tu cuenta. Ahora, si extiendes la mano como quien no quiere la cosa, te paso disimuladamente otros cinco para extras. Este lugar no tiene pinta de ser un hotel de lujo, pero puedes comprarte algo para animarte un poco.

Connie extendió la mano y Dolly puso un billete doblado dentro.

–¿Y mi ropa? ¿Me has podido traer algo de ropa?

–Papá dijo que estabas en el hospital y que no necesitabas ropa de calle. Así que te traje dos batas, una vieja que tenías y una de las mías especiales, con encaje negro hecho a mano, para que no te dé vergüenza ir con ella por el hospital. La llevaba cuando me operaron, ¡me deprime verla! –Dolly parloteaba como si nada pudiera deprimirla–. También decidí traerte unos vestidos. ¿Qué saben los hombres de lo que necesitan las mujeres? Veo que llevas un vestido, si se le puede llamar así. Te vendrían bien algunos vestidos nuevos, Connie. Has perdido tantos kilos, que no sé si estos te irán bien.

–El turquesa es de hace mucho tiempo. De cuando estaba con... Claud. Me irá bien.

–Si me das tu nueva talla, puedo comprarte un vestido bonito, del largo que se lleva ahora... Escúchame: le di a la pinche vieja del mostrador treinta dólares para ti, y si extiendes la mano, te daré otros cinco dólares extra.

–¡Dolly, ya lo has hecho!

Dolly estaba doblando el billete.

–Vamos, ¿no lo entiendes? Estira la mano de manera natural, como si no pasara nada.

Mareada, Connie estiró la mano y Dolly le dio otro billete de cinco. Bueno, le iría bien. Miró fijamente a los intensos ojos de Dolly: tenía las pupilas demasiado grandes, demasiado brillantes.

–¿De qué vas colocada?

–¿Yo? Como siempre, un poquito de esto, un poquito de aquello...

–Vas de algo más que un poquito...

–Tengo que mantenerme delgada, *carita*. El dinero está en los anglos y a ellos le gustan flacas y que parezcan norteamericanas. Te pagan más si pareces anglo, sabes. A veces digo que tengo madre española y padre irlandés, y que por eso tengo este hermoso pelo rojo. Hasta los pelos de abajo me teñí de rojo: Connie, ¡no te lo puedes imaginar! Se rio nerviosamente.

–¿Vas de anfetaminas?

–Un poquito, de vez en cuando, para mantenerme delgada. ¿Quién aguanta a esos tarados? Me vuelven loca. Son todos unos cerdos. Pero me va mucho mejor sin el pendejo de Gerald, ¿sabes? Este, Vic, era jugador de béisbol, de verdad. –Volvió a reír nerviosamente–. Jugó una temporada con los Indians de Cleveland, aunque nació en el Bronx, como yo. No está mal, Connie, y es puramente profesional. Es un buen hombre de negocios. No estoy loca

por él, pero así mucho mejor, ¿sabes? Estaba loca por Geraldo, ¿y qué saqué de aquello aparte de un montón de problemas?

–¿Es idea de Vic que te metas ese veneno? Te va a matar.

–Escucha, Connie, ¡tengo una figura fantástica! Mírame. Peso 53 kilos, ¿te lo puedes creer? Y la semana pasada, ¿sabes cuánto saqué?

–Cuatrocientos dólares –dijo ella con ironía.

–¿Cómo adivinaste? No está mal, ¿eh? Ropas bonitas, cosas lindas para mi bebé. Mamá se queda con Nita de martes a sábado y después la recojo el domingo y la tengo hasta el martes a la mañana.

–¿Carmel se la queda toda la semana?

–¿Qué otra madre tengo? Claro, se la queda Carmel. Así va mejor.

–Dolly, esto no está bien. Te quedaste sin bebé, solo ves a tu hija los fines de semana como si fueras su tía, y te estás metiendo ese veneno que te quema el alma.

–No seas tonta, *tía*. Se te olvida cómo es el mundo, aquí encerrada. Ahora estoy al mando, sé lo que estoy haciendo. Y la semana pasada, ¡hice cuatrocientos dólares!

–Dolly, por favor. ¡Sácame de aquí! ¡Te lo suplico! Haz que me suelten. ¡Habla con ellos!

–*Hermana*, ¿cómo puedo hacer algo así? Luis firmó los papeles. No tengo nada que ver con esto. Tienes que hablar con papá para que te suelten.

–Por favor, Dolly, haz algo, te lo suplico. Mira este pabellón. Nos están operando. ¡Nos están metiendo agujas en el cerebro!

–¿Sí? –Dolly miró alrededor vagamente–. Papá dice que son médicos famosos de la universidad. Que van a ayudarte de verdad, para que no tengas que volver más. Dice que vas a estar en un hospital en Washington Heights. Podré ir a verte todo el rato. Es difícilísimo llegar hasta aquí, ¿sabes?

–Dolly, ¿crees que necesito una operación? Mírame.

–Connie, ¿acaso soy médico? ¿Y yo qué sé? Al menos esto está limpio, no es tan deprimente como la otra vez.

–No quiero su ayuda, Dolly. ¡Quiero irme a casa! Escucha: trabajaré. ¡Dile a Luis que haré lo que sea! Dejaré que me explote en su vivero. Puedo encontrar algún trabajo temporal de oficina. ¡Díselo a Luis!

–No deberías seguir compadeciéndote de ti misma, Connie: ese es tu problema. Podemos superarnos a nosotros mismos si tenemos voluntad. ¡Fíjate en mí! Después de que

el cerdo de Geraldo me dejara arruinada, sin dinero y con muchas deudas, no me quedé llorando. Lloré, claro, pero después salí y me busqué un chulo blanco. He perdido diez kilos, ¿sabes? Me controlé, ¡y llevo semanas sin ganar un kilo! Me teñí el pelo de la cabeza y –bajando la voz con coquetería– hasta me teñí los pelos de ahí abajo. Digo que soy de madre española y padre irlandés. A veces digo que mi madre era una *contessa*.

–Creo que eso es italiano.

–No, es español. Como sea, son clientes, ¿qué saben ellos? Gano un montón de dinero. La semana pasada...

–Dolly, por favor, ¡escúchame! –interrumpió Connie, al borde de la desesperación–. Me van a operar. Mira a esa mujer de la esquina, la negra, Alice. Eso es lo que me quieren hacer. Al menos déjame ir a casa un fin de semana. Para comer comida de verdad. Para verte, a ti y a Nita. Por favor, Dolly, habla con ellos.

–Claro, amor. Cuando estés en Nueva York, puedes venir a visitarme. Un fin de semana no me va muy bien, pero ¿a lo mejor un domingo juntas? Vic ha sido amable al traerme, pero no creo que pueda hacerle venir muchas veces. Sabe lo que vale el dinero. Antes era jugador de béisbol profesional de verdad, en el equipo de los Indians de Cleveland. Un chulo blanco es mejor que un hermano, Connie. Mero negocio, pero trae buenos clientes. Empresarios, clientes,

comerciales... Cuando salgas, te conseguiré algo de dinero y te ayudaré a instalarte en un apartamento bonito. Papá se llevó tus cosas a un trastero, tiró un montón. Pero te guardé algunas cosas, fotos y cosas que sé que no querrías tirar.

Se quedó de pie junto a la ventana mirando a Dolly salir del edificio y a Nita soltarse de la mano de Vic y correr hacia ella para abrazarla por las caderas. Dolly señaló la ventana y Nita, con expresión confundida, saludó obediente con la mano mirando hacia el edificio. Se marcharon, Vic y Dolly hablando a la vez. Connie se quedó mirando por la ventana mucho tiempo después de que hubieran desaparecido.

Recordó algo que el doctor Redding le había dicho al superintendente Hodges: habían gastado cinco mil monos antes de empezar a practicar esas operaciones en pacientes. Gastado. Le había escuchado decir que había querido trabajar con prisioneros (por creer que los resultados serían más espectaculares) pero se había montado tal escándalo alrededor de tres pequeños procedimientos psicoquirúrgicos en Vacaville, California, que su equipo había decidido trabajar con enfermos mentales. «Al fin y al cabo –había dicho, con su mejor sonrisa irónica–, los llevaron a juicio y los sensibleros armaron un escándalo mediático por tres operaciones, mientras que el Hospital Infantil de San Francisco practica cientos de ellas con terapia sónica y sondas térmicas, la mayoría a mujeres neuróticas y niños intratables, y nadie dice ni mu».

Es decir que, después de los cinco mil monos, los estaban gastando a ellos, de uno en uno. Se dirigió con decisión hacia Sibila.

–Sibila, van a acabar con nosotras. Es la muerte, no importa qué nombre le den.

Sibila se sentó, cruzó las piernas y la miró con ojos inquisitivos.

–Es verdad que este pabellón está bajo llave. Pero esta zona del hospital tiene una seguridad muy relajada en comparación con los pabellones antiguos. Sé que podría largarme de aquí, si consiguiera salir de este pabellón.

–¿Cómo? Comemos aquí, dormimos aquí. Ni siquiera hay una terraza.

–Si les hago creer que me pasa algo.

Las manos de Sibila se alzaron y flotaron en el aire, gráciles y vulnerables como palomas.

–Te mataría la viruela antes de que movieran un dedo.

–¿Lo intentarías si lo intento yo?

Sibila bajó la mirada. Flexionó los dedos, suspirando.

–¿Sin dinero?

–Tengo diez dólares. Con eso podríamos comprar un billete hasta algún sitio. Después podríamos hacer autoestop. El Piernas dice que las mujeres siempre consiguen que las lleven. Eso una vez que nos escapemos del hospital. La gente de por aquí es muy desconfiada.

–Nos cogerían antes de llegar a una estación de buses.

–Es verano. Podríamos dormir en el bosque y caminar todo lo lejos que pudiéramos. No pueden controlar todas las estaciones de autobuses de cada ciudad. Por favor, Sibila, ¿nos iremos si lo planeo bien?

–Desde los últimos electrochoques, no tengo energía.

En efecto, al contemplar la cara de Sibila se dio cuenta de lo delgada y consumida que estaba, con esa palidez común en todas las internas.

–Pero podríamos ayudarnos. Podríamos animarnos mutuamente... Mi sobrina no puede ayudarnos, está en otro planeta. Pero si conseguimos llegar a Nueva York, nos dará dinero, sé que lo hará. La impresionarás un montón, Sibila. Le gusta la astrología y le encantará lo de la brujería.

–Si lo hubiéramos hecho antes... cuando estábamos en el L-6. Estoy cansada, Connie, me siento débil. Me quitaron toda mi energía. El único poder que me queda se consume en mantener alejadas las vibraciones malignas de este pabellón.

–¡Si nos escapamos estaremos a salvo!

–¡Diez dólares! Con eso no llegaríamos lejos. Tenemos que comer. Cuando nos cojan, ¡nos castigarán, no tendrán compasión!

–Da igual, Sibila, ¿qué pueden hacernos, de todas formas?

–Señaló con un gesto la cama de Alice.

–Al menos solo te lo hacen una vez. –Sibila bajó la mirada–. ¿Seguro que es peor que los electrochoques? ¡Todavía me cuesta acordarme de un montón de cosas que sé que antes sabía!

–Sibila, estás a punto de ser una... paciente antigua. –Frente a ella podía ver los pabellones de crónicos, filas y filas de camas de metal llenas de mujeres drogadas, sin esperanza. Un silencio mortal–. ¡No dejes que acaben contigo!

Sibila sonrió, fría como un rayo de luna.

–No puedo hacerlo. No me he curado. Mi orgullo es fingido... Pero te ayudaré.

–Te castigarán si me ayudas y consigo escaparme.

Sibila encogió de hombros.

–No como te castigarán a ti cuando te traigan de vuelta.

–Se lo pediré a otra persona.

–¡Ni se te ocurra! ¿No somos amigas? ¿No crees que mi lealtad sirve para algo? –Sibila se incorporó–. A lo mejor, si al final te escapas, veré las cosas de otra manera. Desde luego, el plan más inteligente para escaparte es hacerlo con mi ayuda. Después, cuando estés a salvo, ya me ayudarás tú a mí.

Esa noche, cuando se apagaron las luces, Connie se quedó llorando en silencio.



Quizás Luciente pudiera ayudar. Cuando pudo contactar con ella, estaba nadando en el río con Liebre, los dos buceando y saltando y chapoteando. Luciente se arrastró hasta la orilla, con los cabellos pegados a la cabeza y el cuerpo desnudo y chorreante. Connie se giró rápidamente en el momento en que Liebre salía del agua trepando entre las hierbas.

–Ahora nos vestimos, Connie. ¡No te escondas!

A Luciente, obviamente, le hacía gracia. Liebre y ella se secaron con grandes toallas y fueron corriendo a casa de Luciente, mientras Connie los seguía muy despacio. Iban por delante riendo a carcajadas, y se sintió desplazada e incómoda. ¿Cómo iban ellos a poder ayudarla?

Avanzó con pasos cansados sendero arriba. Cuando abrió la puerta de la choza de Luciente, estaban haciendo la cama, a medio vestir.

–Nuestra familia se reunió anoche –explicó Liebre–. Me apunté para la maternidad y el servicio militar. Pero todo el mundo decidió que debía preocuparme por cumplir el turno de defensa antes que dedicarme a la maternidad. Sé que tiene lógica, pero me siento como si me hubieran partido en dos. Deseo mucho más la maternidad que irme seis meses adonde sea que esté perturbándonos el enemigo ahora.

Luciente la observaba de reojo con el entrecejo fruncido.

–¿Qué pasa, Connie?

Cuando terminó de describir el pabellón y el proyecto, Luciente se quedó callada. Se sentó sobre la cama hecha a medias, con las manos sobre las rodillas separadas.

–Demasiado pronto. No augura nada bueno.

–¿Es tan, tan malo? Ya me lo imaginaba. Estoy asustada.

Liebre, confundido pero interesado, se acurrucó contra una almohada a su espalda. Luciente frunció el ceño.

–Es la carrera entre la tecnología, al servicio de quienes tienen el control, y la insurgencia, formada por quienes quieren cambiar la sociedad en nuestra dirección. En tu

tiempo, las ciencias físicas dieron pie a la tecnología armamentística. Pero el momento crucial, creemos, está en las ciencias biológicas. Control de la genética. Tecnología de control del cerebro. Vigilancia del nacimiento a la muerte. Control químico a través de neurotransmisores y drogas psicoactivas.

–¡Luciente, ayúdame a escapar! –Con la mano temblorosa, tocó el brazo fibroso de Luciente–. Antes de que me hagan eso.

Luciente se estremeció.

–¡Arrancarte un ojo para sacar una pestaña! ¡Ni siquiera tenían una teoría de la memoria! Su arrogancia... me aturde. –Resopló.

–¿Pueden ayudarme? Por favor.

–¡Claro que podemos! –dijo Liebre, dándole un golpecito en el hombro, pero Luciente daba vueltas por la habitación con la cara crispada.

–No puedo interferir en el pasado, Connie –dijo lentamente–. Pero puedo aconsejarte. Eso es libre como el viento. Como decimos, nadie lo pide y todo el mundo lo obtiene.

–Pensé que podría fingir una enfermedad que diera tanto miedo que les hiciera sacarme del pabellón y entonces podría escapar.

–Tienes que ser capaz de generar y mantener una alta temperatura. Podría enseñarte, pero llevaría tiempo. Debo comentar estos problemas con mi proye de viaje en el tiempo.

Luciente se dirigió hacia el aparato de televisión, manipuló unos discos y habló a su cóner. En un momento, estaba reunida con varias personas. La mayoría salían en la pantalla mientras hablaban, pero un par estaban aparentemente demasiado lejos del aparato y solo hablaban a través del cóner. Connie se esforzó por escuchar, pero la mayoría de las discusiones eran en una jerga extraña sobre transitar, marcon lento y rápido, flumenguar, alcanzar el delta.

–Siento molestarles. Supongo que tenían pensado estar a solas –dijo Connie a Liebre, con su largo cuerpo hecho un ovillo.

–Es como en mi nombramiento. Cada vez que doy un paso, me pincho. Quiero volver donde estaba. Bueno, en realidad no. Pero hoy necesito a Luci, necesito un claro interver de quién soy y qué deseo. Siento como si me hubiera perdido, un poco de bajón.

–¿No quieres cumplir tu turno de defensa?

–Cierto que sí. Me apunté para ir. Solo que después de tomar una decisión, me siento como si hubiera adelgazado. Como si acabara de perder ocho seres de los que hay en mí.

–Suspiró, contorsionándose nervioso sobre la cama y lanzándole una mirada torva a Luciente, que continuaba con la tensa discusión en el aparato de televisión.

Luciente tenía el ceño fruncido cuando se giró hacia ellos.

–Todo el mundo coincide en que tu pase es urgente. Pero nadie confía en que puedas aprender a controlar la temperatura corporal en una semana. Marat recomienda apendicitis aguda, una enfermedad común en tu tiempo, que no siempre iba acompañada de fiebre y puede falsearse fácilmente.

–¡No sirve! –dijo Connie–. No la considerarían tan urgente. ¿Para qué sacarme del pabellón? Esperarían a que viniera el médico. El mejor momento para escapar es en fin de semana, porque hay menos personal. Además, Luciente, la apendicitis no es contagiosa. Y de todas formas nunca nos creen cuando decimos que nos duele algo.

–Pos, ¿y daño cerebral? Simular inconsciencia es fácil. Podría enseñarte a entrar en delta en unas pocas sesiones.

–Déjame pensar. –Al girarse, Connie casi tropezó con un objeto apoyado en la pared–. ¿Qué es esto?

–¡Cuidado! Es un arma. No pude devolverla hoy. Tuvimos práctica al mediodía.

Connie la rodeó con cuidado.

–Estoy intentando pensar. Quizás...

En el cóner de Luciente se oyó una voz alta y de tono exigente.

–Aquí Corydora. Pensé que estabas planeando probar los resultados de Tennessee.

–Esta noche. Lo haré esta noche después de la cena.

–Pensé que teníamos reunión de municipio sobre la controversia del Modelado.

–Cierto. Lo haré entre la cena y la reunión. Prepararé todo.

Luciente hablaba con serenidad. Connie podía notar que se sentía bajo mucha presión. Hablaba al cóner en una postura patosa, como si la hubieran pillado de improviso, con las piernas como si estuvieran apuntaladas y paseando una mirada calculadora entre Liebre y Connie.

–Lucero, ¿puedes llevar a Aurora a que le miren la dentadura? Estoy hasta el cuello. –Luego habló a Aurora–. Mi flor de manzano, Lucero te llevará a Goat Hill. Te veré en la cena y mañana tú y yo trabajaremos en los campos altos.

De repente, Connie vislumbró a la madre de su madre: una campesina vestida de negro con el pelo tan estirado hacia atrás que parecía querer castigarlo. Con ocho hijos, casi cuarenta nietos, vacas y cerdos y pollos, no perdía su expresión de calma contenida mientras le caía encima una crisis tras otra. Había que alimentar a todo el mundo, consolar a todo el mundo, curar a todo el mundo, cada uno recibiría un trozo de sí misma. Luciente tenía algo de ella, pensó Connie, pero con más control y menos desesperación suprema.

–Creo que quiero aprender a hacerme la muerta... o a estar inconsciente, como sea. Te lo haré saber seguro mañana.

–Preguntaré a Magdalena por la mejor forma de enseñarte –dijo Luciente, y sonrió a Liebre–. En una hora más o menos le pregunto. Mañana a la mañana, dulce Connie, rózame y empezamos.

Avergonzada, Connie rompió el contacto de inmediato.

–Tina, por favor. Vigila por nosotras. Quiero hablar con Sibila, solo un minuto. *¿Momentito?*

Tina asintió, mirándolas con curiosidad. Quizás pensaba que eran amantes. En cualquier caso, se colocó cerca de la puerta para observar a las auxiliares mientras Connie le susurraba a Sibila:

–¿Fingirías que te peleas conmigo?

Sibila rozó la mejilla de Connie.

–¿Por qué no?

–Luego irán a por ti. Te castigarán.

–A lo mejor me sacan de este pabellón. Afuera conozco las reglas. Soy una veterana.

–O a lo mejor te lo hacen antes.

–A lo mejor la persona más triste será la última a la que se lo «hagan». Como en el corredor de la muerte.

Empezó a pasar con Luciente todo el tiempo que podía robar sin arriesgarse, estudiando cómo controlar su sistema nervioso. Por la mañana, Luciente paseaba con Abeja y Roble Blanco, deteniéndose ante el gran tablón de la plaza, frente a la casa de reuniones, para leer las noticias, poesías, proposiciones y quejas más recientes.

Contigo

Buen acople: vadearía

las cálidas aguas

y me derretiría como un terrón de azúcar.

¡QUIENES NO LIMPIAN LOS EQUIPOS DE BUCEO
MERECEAN AHOGARSE!

¿Vales menos que un calabacín?

¡Vota por el MODELADO!

Inicio de clases de fertilizantes bacterianos,
martes 8 p. m., invernadero Amílcar Cabral.

Se necesita violonchelista, cuarteto música antigua.

Razón: Puccini, Goat Hill.

ARTISTAS AMBULANTES:

artistas de Goose Creek de visita esta semana.

Martes: BARONES LADRONES (sátira histórica);

viernes: QUIÉN SABE CÓMO CRECE (drama sobre el
Modelado);

sábado: CUANDO EL TIEMPO SE DESHILACHA (drama de batalla en la Estación Espacial Beta).

–¿De qué va toda esa cuestión del Modelado? –preguntó Connie mientras leían los anuncios.

–Las personas pro-modelado quieren intervenir genéticamente –murmuró Abeja–. Actualmente, solo identificamos problemas, buscamos defectos de nacimiento, genes con una predisposición a ciertas enfermedades.

–Las personas pro-modelado quieren seleccionar atributos –dijo Luciente–. Es una batalla a nivel del grancon.

–¿Y ustedes qué piensan? –preguntó ella con curiosidad.

Roble Blanco dijo:

–Oh, nosotras tres somos personas pro-mezcla. Es el otro bando. No creemos que las personas puedan saber objetivamente cómo debería constituirse la gente. Creemos que es una sobrecarga de tensión.

Luciente señaló:

–Mira, ahí está mi anuncio. Dos personas firmaron ayer por la noche. Pero necesitamos cinco por lo menos.

Connie leyó el anuncio.

–¿Por qué quieres aprender chino?

–Desarrollan un trabajo interesante en mi campo. En mi próximo sabático, viajaré allí.

–¿Tú también irás, Abeja?

–Qué va... Viajé demasiado cuando trabajaba en reparaciones en las antiguas colonias. ¡No quiero volver a trasladar el cuerpo! Me cansé muchísimo... No, en sabático quiero seguir una línea de investigación que nuestra base decidió no continuar. Una decisión estúpida...

Connie se giró hacia Luciente.

–¿De verdad irás a China sin él?

–¿Cómo si no? Durante medio año. Persona no huirá.

–¡Ay! Pero sin ti para discutir día y noche, mi cerebro se transformará en una medusa. Cuando regreses me habré transformado en pro-modelado. ¿Quién me mantendrá dentro de lo políticamente correcto? ¿Quién me hará rumiarlo todo?

Roble Blanco había comenzado a canturrear una canción que Connie había escuchado cantar en toda la aldea últimamente:

Algún día el pasado morirá,

sanará la última herida,
se descompondrá la última basura y será tierra fértil,
el último desecho radioactivo será silencio
y no correrá más veneno
en las entrañas de la tierra.

Dulce tierra, descanso en tu regazo,
tomo prestada tu fortaleza,
te gano cada día.

Abeja cantaba con su voz profunda y grave y Luciente se sumaba armónicamente en elevado contralto; cantaron hasta que llegaron a la puerta de la base donde trabajaban.

Un día las aguas correrán claras,
el salmón subirá como un trueno corriente arriba,
las ballenas expulsarán sus chorros en la orilla,
y no habrá más bombas
en las profundidades del océano.

Dulce tierra, descanso en tu regazo...

Abeja y Roble Blanco entraron, aún cantando, mientras Luciente se acucillaba sobre el parterre de césped de la entrada para darle otra lección.

Más tarde, Roble Blanco salió y se les unió y fueron todos a trabajar a los campos altos, donde tenían los cultivos experimentales de calabacines y frijoles de Lima de temporada corta. Se detuvieron en la casa infantil para invitar a Aurora a venir con ellos, y Roble Blanco cogió un bebé para llevarlo a pasear y tomar el sol. Mientras comprobaban los cultivos y tomaban medidas y notas, Luciente continuaba con Connie y sus lecciones. Aurora se había vuelto muy curiosa acerca del pasado y no dejaba de interrumpir con preguntas, hasta que Luciente dijo con firmeza:

–Calla ahora o vete, Aurora. Connie tiene que resolver cómo escapar del lugar malo que retiene a per contra su voluntad. La semana que viene, si Connie se escapa, persona contestará a todas las preguntas que puedas preguntar.

Aurora calló. Connie dijo:

–Es la primera vez que escucho a alguien de aquí decir que no... ya sabes, disciplinar a un niño.

–Tengo que explicar. Aurora debe comprender la situación. Y sus preguntas tendrán su momento.

Se sentía como si fuera ella, no Aurora, quien estaba presionando a Luciente, zarandeándola de un lado a otro, molestando con sus impertinencias como un cachorro ladrador. Entendía que intentaba aprender algo realmente sencillo; algo que cualquier criatura de seis años aprendía a hacer a voluntad. De hecho, ese verano un niño, durante su nombramiento, se había herido de gravedad con unas rocas y, hasta que llegó el rescate, había permanecido en una especie de hibernación, para lo cual había ralentizado tanto sus constantes vitales que apenas estaba vivo. Que una persona de seis años pudiera entrar y salir de delta y bajar el delta no mejoraba nada el humor de Connie. Con gesto adusto, se dedicó laboriosamente a sus lecciones.

Luciente miró la hora.

–A mediodía me encuentro con Bolívar. Nos comeremos un bocadillo a la orilla del río y comunaremos... ¡o lo intentaremos! –Luciente esbozó una sonrisa irónica.

–¿Te cae mejor, mami? –preguntó Aurora, inclinando la cabeza.

–Lo intento. Con escollos, cierto, pero lo intento. Bolívar también. Pero parecemos el perro y el gato.

–¿De qué hablan? –preguntó Roble Blanco.

–De la infancia –dijo Luciente con una leve sonrisa–. De momento, es lo único que hemos encontrado en común, además de Liebre.

–La mitad de la gente que he visto hoy está bostezando –dijo Connie.

–¡Oh! –gimió Luciente–. Nos quedamos hasta pasada la medianoche discutiendo sobre la cuestión del Modelado. Tomamos café dos veces. Nos vamos a tomar una noche libre para recuperar sueño y luego volveremos a reunirnos mañana a la noche para discutir sobre el posicionamiento de nuestra aldea. Barbarrosa y Luxemburgo están del otro lado, cachái –dijo a Roble Blanco–. Habrá que trabajarlo.

↓

Guardó los diez dólares de Dolly debajo de la plantilla del zapato y convenció a Valente para que le dejara aguja e hilo para arreglar sus vestidos. En otro pabellón, el hecho de que estuviera cosiendo sería considerado una buena señal (un interés femenino en arreglar la ropa a su medida le hubiera hecho ganar puntos), pero aquí no le importaba a nadie. Solo la amabilidad de Valente determinaba si podía obtener lo necesario para arreglarse la ropa y que la gente no se la quedara mirando. La gente por la calle.

¡Qué miedo le había dado salir de su pequeño apartamento para internarse en las mugrientas calles de El

Barrio, que parecían hervir a fuego lento! Entonces sí que estaba loca. Ahora se arrastraría a cuatro patas por Lexington con tal de ser libre.

El sábado por la noche hizo un pequeño atado con sus dos vestidos extra y algunos artículos básicos y a las ocho empezó a empujarlo a través de las rejas de la ventana para que cayera abajo, sobre el seto de ligustrina. Estuvo diez minutos haciendo fuerza entre los barrotes. Odiaba pensar cómo quedarían los vestidos cuando los recuperara. ¡Ojalá no lloviera! Hacía dos semanas que no llovía. Mientras forcejeaba con el atado, Sibila continuaba en la sala de enfermería, donde había causado una pequeña conmoción, no lo suficiente como para que la castigaran pero sí como para absorber la atención de la auxiliar del turno nocturno del sábado.

–¿Por qué no podemos socializar con otros pabellones? En mi antiguo pabellón, cada pocas semanas pasábamos como mínimo un rato agradable con la visita de otro pabellón. Nos daban jugos de sabores y galletas. Aquí no nos dan nada. Ni siquiera podemos ver películas. No tenemos terapia ocupacional. No vamos a danzaterapia. Ni siquiera podemos participar en terapia industrial. La última vez que estuve aquí, trabajaba en la lavandería. ¿Por qué esta vez no? Este pabellón es retrógrado, eso es lo que es. ¡Ni siquiera tenemos terapia de grupo! ¡Debemos ser los únicos pacientes funcionales en todo el hospital que no vamos a terapia de grupo al menos una vez por semana! –Sibila

gesticulaba con la altanería propia de una gran dama, arqueando las cejas, la voz, los hombros, extendiendo un brazo majestuoso con gestos audaces y arreglándoselas para mirar de soslayo los avances de Connie.

Connie terminó de pasar el paquete y corrió al baño, donde extrajo del sujetador un pequeño trozo de metal que habían arrancado de la cama de Sibila. Lentamente se hizo un corte en el muslo hasta que empezó a sangrar, luego recogió la sangre en uno de los vasitos de papel para la medicación, que había reservado con mucho cuidado. Diluyó la sangre en un poco de agua para que no se coagulara demasiado deprisa, regresó corriendo y arrojó el arma de metal sobre la cama de Sibila. Después puso la taza de papel con la sangre cerca de la pata de la cama. Sibila frenó en seco su perorata, y salió del pabellón al más puro estilo Bette Davis.

–Buenas noches, Lady Sibila –vociferó la auxiliar de noche–. Esta noche te vamos a dejar tiesa.

Connie interceptó a Sibila y se chocó contra ella.

–Mira por donde vas, gorda estúpida –dijo Sibila.

–¡Mira a quién empujas, bruja raquítica! Siempre hablando de más. Te crees mejor que las demás. ¡Pero no eres más que una puta loca!

–Díselo, a ver si se entera –dijo la auxiliar, riendo.

-Tu vocabulario es igual que tú, ¡salido de una alcantarilla!
-chilló Sibila.

-Al menos no me imagino que puedo volar. ¡Te dieron tantos electrochoques que tienes los sesos como tostadas quemadas!

-¡Uuuuuu!

Sibila voló hacia Connie. Cogió el trozo de metal de diez centímetros y lo sacudió en el aire, donde todo el mundo pudiera verlo. Empezó a apuntar a Connie con él. Algunos amagos aterrizaron sobre Connie hiriéndola de verdad; Connie respondía a los golpes con uñas y puños, agitando brazos y piernas. Tina Ortiz se dio la vuelta y fue corriendo a la sala para sumarse. Al final, Sibila le dio un golpe en la cabeza, levantando el puño lo mejor que pudo. Connie se derrumbó al instante, cayó al lado de la cama y buscó a tientas la sangre para derramársela en la oreja, tras lo cual se atravesó con los dedos la suave membrana mucosa de la nariz hasta que empezó a sangrar. Después, entró en el estado de inconsciencia que había estado practicando. Podía oír, pero aparte de eso estaba noqueada. Sibila dio una patada a la taza de papel y la envió debajo de la cama en el momento en que llegaban la enfermera de noche, la auxiliar y Tina, que gritaba:

-¡Jesús y María! ¡La has matado, tú, bruja blanca!

Dieron una intravenosa a Sibila y otra a Tina. El Piernas había abierto la puerta de la sala de hombres y aullaba aterrizado.

Le dieron la vuelta a Connie y la pincharon, después ataron a Sibila, que ya se desmayaba por los sedantes. Pusieron a Connie sobre la cama. La enfermera de noche le levantó los párpados y la auscultó, le abofeteó las mejillas.

–Bueno, supongo que lo mejor será pedir una orden y llevarla abajo a rayos X. Puede ser una fractura. ¿Quién está hoy de guardia? Probablemente el doctor Clausen. Ese listillo de Redding nos va a despellejar vivos si le pasa algo a alguno de sus preciados cerebros, te lo digo. Mete aquí a un puñado de los casos más violentos del hospital sin la seguridad suficiente y, ¿qué espera? Mejor llamo y veo si el doctor Clausen está dormido. Mientras tanto, despierta al camillero. Dile que la lleve abajo a rayos–X hasta que veamos si encontramos a alguien que se haga cargo. ¡Mierda! ¿No podían hacer esto un lunes por la noche? ¡Malditas animales! Dales a todas un chute extra.

El camillero que la depositó sobre una camilla y la empujó por el pasillo hacia el viejo y chirriante ascensor estaba aburrido, medio dormido, irritado. «Qué asco», no paraba de decir entre dientes. Nadie tenía prisa. Aparcada en la puerta de la sala de rayos X, notaba cómo los minutos supuraban lentamente mientras escuchaba al auxiliar y la enfermera, que no hacían más que ir de aquí para allá

quejándose. Al final, la enfermera se fue a llamar por teléfono y el auxiliar a la máquina de café del piso de arriba, con un dólar que la enfermera le había cambiado en monedas.

En cuanto el camillero se fue, se bajó de la camilla. Se limpió la sangre lo mejor que pudo con una sábana. Aún le sangraba la nariz. Después apretó el paso hacia la sala más cercana, intentando abrir cada puerta por el camino. En un armario encontró un abrigo de los que usaban los técnicos. Todos los laboratorios y las oficinas estaban cerradas con llave. Un armario escobero estaba abierto, pero no le servía de nada. Finalmente dobló una esquina y vio una puerta que daba al exterior. Tenía una señal que indicaba que si se utilizaba como salida saltaría el sistema de alarma. «¿Qué puedo hacer? ¡*Santa María!* ¡Ayúdame ahora, solo por una vez!». La atravesó con decisión y empezó a sonar la alarma, violentamente, lo suficientemente fuerte como para que la oyeran en todas partes, en todas.

No tenía ni idea de a qué parte del edificio había salido. Empezó a dar vueltas con rapidez, buscando sus ropas, pero las luces exteriores se encendieron y abandonó la tarea y echó a correr. Quizás pudiera ocultarse en algún lugar hasta el alba, hasta que se relajara la búsqueda, y después volver a por sus ropas. Si al menos hubiera planificado mejor la manera de coger su atado. Atravesó los jardines tan rápido como se lo permitían sus cortas piernas, saltando los setos bajos, esquivando los bancos. Pronto estaría todo el mundo

buscándola. Estaba fuera, ¡estaba fuera por primera vez desde abril! Corría, jadeando terriblemente, tosiendo, bajo el tajo de la luna creciente, lo bastante afilada para cortarse con ella. Blanca como el trozo de metal con el que Sibila había simulado atacarla. Resplandeciente como la libertad. Mínima, como sus posibilidades. «Bella luna, madre, dama de los cuernos, ayúdame. Luciente, la que brilla, como mi amiga, ayúdame».

Pero la afilada guadaña de la luna se burló de ella. Le decía con una voz dramática como la de Sibila que ella había ideado un plan, sí, pero lo había hecho como una loca, sin pensar en el paso siguiente a la huida. Espantada porque las primeras puertas estaban cerradas, había abierto la puerta exterior que había hecho saltar la alarma. Debería haber seguido intentándolo con cada puerta de cada pasillo hasta encontrar una salida segura.

Podría ser que no encontraran las ropas atrapadas en el seto de ligustrina. Si se escondiera, durante el día, podría caminar despacio como cualquier otra interna a través de los senderos, deambular cerca del hospital y coger el paquete. Otra voz en su interior decía: corre, pon tierra de por medio. Escapa y preocúpate por tus ropas luego. Tienes diez dólares. Compra, pide, roba ropas. Pronto será lunes. Alguien hará una colada. La ropa estará colgada al sol. ¡Corre! La voz le decía que si no aprovechaba esta oportunidad, si no saltaba a la oscuridad, si, como Sibila, esperaba el momento perfecto, el momento perfecto nunca

llegaría. Alice no había intentado escapar, y ¿qué peor castigo le habían dado que transformarla en un juguete, una marioneta, un mono de laboratorio?

Decidió continuar y olvidar su atado. Una sirena aullaba en los alrededores. Partidas de búsqueda, la policía: todos irían tras ella. Sabía en qué lugar saltar los muros. Merodeó entre los edificios, a lo largo de los setos. Daba gracias por haber estado aquí antes, por haber tenido derecho a salir los últimos días de su última estancia y así conocer el terreno. Trepó y saltó al otro lado. Traqueteando con sus zapatos baratos cruzó al otro lado de la calle. Se agachó detrás de un arbusto, jadeando. Esperó a que se le relajara la respiración. Tosió una y otra vez y escupió. Usó la bata blanca para limpiarse la sangre de la cara. Sacó el manojito de billetes del zapato y los metió en el bolsillo de la bata.

En cuanto el dolor de las costillas aflojó, se levantó y caminó a lo largo de la calle. Vio faros aproximándose. Cada vez que venía un coche, se escondía entre los arbustos. Caminaba a paso rápido. Antes de llegar al primer cruce de calles, más allá del área del hospital, cuatro coches pasaron junto a ella. Uno era de la policía. Todos ellos habían pasado demasiado despacio como para ser meros conductores circulando. Imaginó la descripción: loca peligrosa fugada. En el cruce se detuvo, mirando con atención la amplitud de pavimento sin protección. Luego echó a correr repiqueteando sobre el asfalto desnudo. Ahí estaba la autopista estatal. Debía seguirla, pero tenía miedo de

caminar por el arcén. Alcanzar un sitio cubierto llevaría demasiado tiempo. Bajó gateando a la cuneta que corría a los lados. Cuando se aproximaba un coche, se arrojaba al suelo boca abajo. En cuanto el coche desaparecía, se levantaba y volvía a trotar rápidamente. Le dolían los moretones, le escocía el corte en el muslo y ya le ardían los pies. Casi no había caminado durante los últimos meses y tenía los pies sensibles; el cuerpo flojo y débil por la mala alimentación y la falta de ejercicio. Estaba agotada. Ansiaba echarse en la cuneta. El sueño surgiría lentamente a su alrededor, el sueño surgiría alrededor de su cuerpo dolorido como agua caliente llenando una bañera, sí, agua caliente, limpia, dulce, surgiendo lentamente, cada vez más hasta cubrirla de una agradable tibieza. Se había puesto de rodillas, la cabeza inclinada sobre la gravilla. Se obligó a levantarse y a continuar andando.

De acuerdo: no podía correr ni trotar más. Pero podía caminar. Un paso, dos pasos. Pie derecho, pie izquierdo. Una marcha sonaba en su cabeza, de las que la gente cantaba cuando entrenaba en la milicia, una canción que, según decían, era del tiempo que llamaban las Luchas de la Guerra de los Treinta Años.

Déjame vivir al sol

los años que me quedan,

déjame caminar bajo la lluvia

los años que me quedan.

Vivir lo suficiente para revelar mi amor

a todos los que amo.

Vivir lo suficiente para cocer un ladrillo

para la casa que compartimos.

Déjame luchar como un tigre

y dejar algo tan bello

como un caracol luna

en la playa compartida.

Las palabras le vinieron a la mente y se puso a tararear mientras caminaba. Pie derecho, pie izquierdo. Con la cabeza inclinada a un lado, observó el cielo sin nubes. Casi encima de su cabeza brillaba una gran estrella roja. Un poco hacia el norte, aún alta en el cielo, reconoció la Osa Mayor. Hacia el oeste y un poco más abajo, colgaba una hoz de estrellas. Ojalá recordara cómo encontrar la Estrella del Norte. Su padre le había enseñado cuando era pequeña.

Salir de la autopista estatal sería más seguro, pero si lo hacía no tenía idea de cómo llegar a la próxima ciudad. Volvió a pasar un coche de policía, alumbrando perezosamente con los focos ambos lados de la carretera. Se

tumbó boca abajo sobre las altas hierbas de la cuneta, agradecida de que no hubiera llovido desde hacía días. Un mosquito se posó sobre su pierna y le chupó la sangre pacientemente mientras ella esperaba recostada a que pasara el coche de policía. Al llegar al siguiente cruce, corrió bajo los altos y potentes reflectores y se dio cuenta de que su vestido verde estampado estaba manchado de barro. Se veía menos aceptable que nunca. Había una gasolinera en la esquina más alejada del cruce, sin luz y cerrada hasta la mañana. Probó a abrir las puertas de los baños. La de los hombres estaba abierta.

Sangre en la cara. Parecía la víctima de un accidente. No se atrevió a dejar la luz encendida, pero se sentó a descansar con un montón de toallas húmedas y se limpió, quitándose todo el barro que pudo del vestido. Echó mano de una gran pila de papel higiénico y de algunas toallas de papel y se las escondió en la bata, que se puso encima del vestido para protegerlo. Era blanca y podía llamar la atención, pero si estaba demasiado sucia no conseguiría pasar desapercibida cuando llegara el momento de subir al autobús. En el bolsillo de la bata encontró un fajo de pañuelos de papel, un paquete de mentolados Kools con cinco cigarrillos y una caja de cerillas. Le dio la vuelta sobre la mano con reverencia. Durante cuatro meses le habían prohibido la posesión de este objeto que era a la vez un arma peligrosa y un fragmento de dignidad: una caja de cerillas. La parte delantera tenía la imagen de un hombre sonriente con un

maletín. La invitaba a volver a la escuela y estudiar por correspondencia para lograr una carrera brillante. Incluso sin un título de bachiller podía llegar a ganar \$\$\$\$\$\$ preparando declaraciones de la renta, una vez realizado un curso por correspondencia de solo ocho semanas.

Deseó poder volver a la escuela. En el tiempo de Luciente todo el mundo estudiaba tanto tiempo como quería. Tomaban cursos todo el tiempo en grupos de cuatro, cinco y seis. ¿Qué estudiaría ella? Apenas sabía por dónde querría empezar. Era una mujer ignorante; a veces Luciente le daba lástima por tener que explicarle tantas cosas, porque ¿qué sabía ella? Se levantó a regañadientes del suelo de baldosas. El baño apestaba menos que los baños del hospital. Era maravilloso usar un baño sola, sin nadie que la mirara. Cerrar la puerta del retrete. Maravilloso lavarse la cara, las manos, el cuerpo y los pies cuidadosamente en el lavamanos. Tenía los pies hinchados, pero se aliviaron después de remojarlos. Cogió el pedacito de jabón que quedaba y lo envolvió cuidadosamente en una toalla de papel.

A pesar de que estaba ansiosa por volver a internarse en la oscuridad y alejarse del cruce, revisó los coches aparcados detrás del garaje por si habían dejado alguna llave en el arranque. No había ninguna. Sin embargo, en uno encontró un mapa del estado; en otro, un par de gafas de sol (¿para ocultarse, quizás?), y alguien había dejado una chaqueta tejana en el maletero de un antiguo Thunderbird blanco. Se la probó. Mejor que la bata de laboratorio. Se arremangó y

trasladó los diez dólares, los cinco cigarrillos, las preciadas cerillas y el mapa a los bolsillos de la chaqueta tejana. Después dobló la bata y la plegó bajo el brazo.

Entonces, como un torbellino, el pánico empezó a levantarse en su interior por haber pasado media hora en la gasolinera, y empezó a correr por la cuneta de la autopista. El cansancio la debilitaba. Mientras corría, y luego disminuía la velocidad hasta caminar, por momentos se adormilaba y soñaba. Dolly y ella tomando *café con leche* muy dulce en la cocina llena de vapor de Dolly. Nita sentada en su regazo, acurrucada. Le dejaba a Nita morder un trocito de su rosquilla, mojada en el dulce café con leche.

Un coche. Se tiró al suelo a ciegas y se dio en el brazo contra un objeto cortante. Se mantuvo acostada, con el brazo dolorido, mientras el coche pasaba lentamente. Algo oxidado. Por suerte no se había cortado; solo le había amoratado la piel. La chaqueta la había protegido. Avanzó arrastrándose y luego se levantó vacilante. Caminó y caminó. La luna se hundió entre los árboles. Pasaban camiones. Pasó tanto tiempo tirada en la cuneta como de pie caminando. Se tambaleó. Se volvió a caer.

En la siguiente intersección esperó, mirando hacia ambos lados ante ese tramo de la calzada. En aquel lugar había habido una gasolinera, pero ahora estaba cerrada y se habían llevado los surtidores. En la esquina más cercana a ella, había un puesto de frutas con las persianas bajadas y

cerradas con un candado. No había forma fácil de entrar. Detrás del puesto había frutas y verduras desparramadas en la basura, no aptas para vender. Una rata marcaba territorio, pero al acercarse Connie se alejó sin prisa hacia las altas hierbas. Tenía miedo de fisgonear. Qué olor. Frutas y verduras podridas. Se le revolvió el estómago. Sacudió la cabeza con fuerza. Tenía que comer. Se obligó a revolver entre la basura hasta que rescató algunas zanahorias, un repollo amarillo, unos plátanos negros pero comestibles y algunas patatas con brotes. La chaqueta tejana les dio cabida, menos a los plátanos, que se comió mientras continuaba la marcha.

Le apestaban las manos. Paciencia. Espera. Por la cuneta más alejada al cruce corría un pequeño riachuelo. Agua en medio de la sequía. Se quitó los zapatos e intentó vadearlo, pero el agua apestaba y el fondo era un fango resbaladizo. Decidió caminar del lado de la cuneta más alejado de la carretera, nerviosa, porque esconderse era más difícil y le costaba más trabajo avanzar. Altas hierbas le raspaban las piernas y la hacían andar más despacio. Se sentía visible cuando veía faros o escuchaba un motor y se agachaba entre los pastos altos de atrás del riachuelo.

Tenía los pies en carne viva. Cuando se sentó sobre una piedra, descubrió que tenía un agujero en la suela. Intentó hacer un parche con papel higiénico, pero creó un bulto que le hizo una ampolla en el pie. Ya no podía seguir caminando

y el cielo empezaba a clarear. Tenía que alejarse de la carretera.

Iba cojeando entre el riachuelo y una alambrada de púas, con unos cultivos del otro lado, y aunque no veía escapatoria, se obligó a seguir. El aire era gris, aguado como la sopa del hospital. Apenas tenía energía para tirarse al suelo cuando se acercaban los coches; de hecho, para su espanto, un coche la sorprendió por detrás sin que ella lo viera hasta que la adelantó. Por suerte no estaba buscándola, porque no bajó la velocidad en ningún momento. Estaba demasiado agotada para continuar, pero no veía ningún lugar donde ocultarse. Intentó caminar más rápido con sus últimas fuerzas y los pies supurando, a través del aire que la traicionaba, escaseando más a cada paso. Forzó a sus piernas doloridas y sudadas a continuar, piernas hinchadas, amoratadas, tambaleándose junto a la cuneta contaminada con las aguas que fluían indolentes en la misma dirección desconocida.

Vio una zona boscosa del otro lado de la carretera. Tenía que volver a vadear las fétidas aguas y luego trepar por el terraplén de la carretera y echar a correr para ponerse a salvo. Pero ya no podía correr. Fue rengueando a lo largo del arcén, vasto y gris en la penumbra. Le costaba una eternidad levantar sus pezuñas de plomo y arrojarse hacia adelante. Tenía los pies empapados de sangre y fluidos a causa de las ampollas reventadas. Cruzó el ancho pavimento con marcas de frenadas y derrapes. Al final, se arrojó del otro lado del

terraplén sin detenerse a mirar, porque escuchó el ruido de un motor. Aquí no había agua. Aterrizó sobre una pila de botellas rotas y, ya sin fuerzas, rodó sobre ellas. Encorvada, empezó a abrirse camino, tirándose sobre el vientre cuando se aproximaba un coche. Cada vez había más claridad. Ahora podía distinguir fácilmente en la lejanía una manzana de distancia, y podían verla a ella. Llegó al primer árbol ralo del bosquecillo. Una alambrada de púas corría a lo largo de este lado de la autopista, pero encontró un lugar donde, utilizando un atado de hierbas y su bata blanca, pudo empujar los alambres oxidados hasta conseguir saltar por encima. Luego se abrió camino a ciegas a través de la maleza, hasta que estuvo fuera de la vista de la carretera. Se derrumbó.

Algo reptaba por su pierna. Se arrancó una garrapata y la lanzó lejos. Se levantó. Con la carretera detrás, se aventuró entre la maleza hacia unos árboles más altos. Se detuvo en una arboleda de altos pinos blancos de plumoso follaje y algunos robles jóvenes que crecían a un nivel más bajo. El suelo estaba cubierto de pinochas color caoba, hermosas y con un aroma delicioso. Escogió un rincón bajo un árbol alto y extendió la bata. Recostándose con la cabeza encima de la bata, se durmió casi enseguida, precipitándose al espeso sueño del agotamiento.

DOCE

Al despertar, Connie se quedó recostada un momento, confundida. Sentía el cerebro inflamado. La cabeza le dolía como si hubiera tenido una conmoción cerebral. Tenía las piernas agarrotadas, doloridas, irritadas por las picaduras. El sol se alzaba bien alto en el cielo de poniente. Y ella aún era libre, todavía era libre. Se sintió un poco embriagada y desconcertada por tanto espacio.

Se sentó y se frotó las piernas. Tenía los pies hechos un desastre. Los zapatos habían empezado a destrozarse, las suelas se estaban despegando. Se puso de pie con rigidez y los colgó de una rama para que se secaran. Si al menos consiguiera parecer un poco más aseada... Si tuviera un peine... Si su vestido estuviera más limpio... Las ropas marcaban una gran diferencia en cómo te veía la gente. A menudo era lo único que veían. Un vestido limpio, arreglado,

y podría abrirse camino y escapar. Pero con su sucio vestido verde y la chaqueta tejana de hombre que había cogido, o con la bata blanca como segunda opción... Connie, entristecida, negó con la cabeza.

Tras sacarse un repollo del bolsillo, le quitó las hojas amarillentas exteriores y empezó a mordisquearlo, mientras se le encogía el estómago. Lo más sólido que había recibido para procesar durante meses había sido estofado. Masticó el repollo durante un largo rato. Después se puso a roer las zanahorias. Aunque no podía decirse que esto fuera una comida, era mejor que nada. Soñó con pan y *café con leche*... con todos los panes de Nueva York. Panes franceses horneados en largas flautas. Panes negros de centeno de las panaderías judías. Luego *tostadas, tortillas*. El pan de cuchara que a Claud le gustaba que preparara. Los grandes y humeantes *pretzels* que vendían en carritos por las calles, mientras los vendedores se calentaban las manos sobre el fuego.

Volvió a recostarse sobre el tronco de su pino, intentando pensar qué hacer. Las escasas verduras le habían aliviado la sequedad de garganta, pero tenía que encontrar agua y comida. No podía abandonar su escondite hasta que oscureciera; mientras tanto, descansarían los pies. Aún tenía diez dólares, tenía un mapa de carreteras, era libre. El bosque olía de maravilla. La luz se filtraba entre los troncos y caía oblicua sobre ella a través de los pinos; debajo, las pinochas eran blandas y fragantes. Pero no tenía la menor

idea de cómo buscar agua y comida. No podía comerse un árbol. Con la cabeza apoyada sobre el tronco, observó a unos pequeños pájaros revoloteando de aquí para allá, mientras otro más grande picoteaba entre las pinochas, buscando insectos.

–¡Luciente! –convocó.

–¿Qué tal vuela? Finalmente he pillado el error en nuestro experimento. Me quedé casi toda la noche sin dormir, trabajando, pero lo pillé. ¿Has escapado?

–Sí.

–Bien. Ven. Hoy tomaremos un sumergidor y visitaremos los viveros de cultivo vertical.

–Mejor ven tú aquí. Necesito ayuda.

Luciente se acercó, mirando alrededor nerviosamente.

–Lo admito, lo prefiero del otro modo. Tu tiempo me asusta. Además, ¡tiene más sentido para ti existir en el futuro, donde al menos podrías ser un recuerdo, que para mí andar husmeando en el pasado, donde no tengo derecho a estar!

–¡No importa! –dijo Connie–. Tú te entrenaste para sobrevivir en el bosque. Como los *boy scouts*. Y bien, aquí estoy. Me están sangrando los pies. No tengo nada para

comer excepto patatas crudas, ¡y no sé distinguir un árbol de otro!

–¡Oh, un ejercicio de bosque! No lo he hecho desde que llevé unas criaturas hace dos años. Cuando Aurora casi confunde cicuta con una zanahoria silvestre.

–¿Fue un examen que no aprobó?

–¿Examen? No te sigo. Una es venenosa, la otra es comestible.

Connie rio débilmente.

–Espero que aprobases el examen.

–Yo, por mi parte, no solo he estudiado este tipo de cosas sino que las he enseñado también, es lo que te digo. ¡No sientas ansiedad! –Luciente echó un vistazo a su alrededor con un entusiasmo fugaz–. Antes que nada, el pino blanco es comestible aunque no sabroso. El cámbium. ¿Tienes un cuchillo?

–¡Luciente! Solo tengo cerillas porque las encontré. En el hospital comemos con cucharas de plástico. También tengo una. –Se la entregó.

–De acuerdo. Primero buscaremos herramientas. En esta Era de Avaricia y Desperdicio, seguramente podemos encontrar algo útil que haya sido descartado.

–¿Es que no se tira nada en tu tiempo?

–¿Se tira adónde? El mundo es redondo.

Con precaución regresaron despacio hacia la vegetación que bordeaba la carretera y se adentraron entre las hierbas y los matorrales. Había una gran cantidad de latas de cerveza y refrescos desparramadas, y etiquetas de botellas de gaseosas. También encontraron botellas y frascos intactos y algunos pedazos de cristal utilizables.

–Luciente, tengo sed. Necesito agua urgentemente.

–Buscaremos a toda prisa. ¡Ah! Esto me recuerda a la chatarrería –dijo Luciente con alegría, escarbando entre las hierbas y de vez en cuando arrancando una con una sonrisa de placer–. Cuando tenía quince años fui en una brigada de trabajo a las ruinas de Providence, donde estábamos demoliendo antiguas estructuras.

–¿Con bolas de demolición? Lo he visto en Harlem.

–Quitamos todo de pieza en pieza: tablonces por un lado, ladrillos por otro, para reutilizarlos. Cierto que ese trabajo es tedioso pero también tiene algo de satisfactorio. Solíamos cantar y contar historias mientras lo hacíamos. Acampábamos en los antiguos almacenes y edificios de apartamentos. Comíamos alrededor de fogatas y nos invitaban a comer en aldeas cercanas, querían mostrarnos lo bien que cocinaban. Pero teníamos que improvisar,

teníamos que permanecer alerta. Esos edificios antiguos..., algunos estaban bien contruidos, pero la mayoría habían sido contruidos de manera irracional, incluso peligrosa. Teníamos que trabajar con mucho cuidado, y así y todo nos hacíamos daño. Las vigas viejas estaban oxidadas. Las paredes se derrumbaban debido a las filtraciones. Estructuras que parecían sólidas en realidad estaban huecas. Los cimientos estaban enterrados a solo unos metros, por lo que la estructura quedaba sin soporte cuando se erosionaba una pendiente. A veces llegábamos a capas de estructuras bajo estructuras, huesos y baratijas. Entonces llamábamos a la persona arqueóloga que trabajaba con la chatarrería y trabajábamos bajo su dirección, tamizando y raspando lentamente. Al menos eso era un cambio. Trabajé seis meses en ese proyecto de chatarrería hasta que me rompí una pierna. Estaba esperando para estudiar con Rosa de Ítaca, que tenía una gran cantidad de estudiantes. –Luciente iba identificando distintas hierbas mientras avanzaba a gatas–. Hierba gallinera. Buena cruda o cocida. Ajá, verdolaga. No, aquella. Es una suculenta, se distingue fácilmente. No te preocupes, revisaré todo lo que cojas. Solo las hojas interiores de los dientes de león a estas alturas; las otras ya estarán correosas y amargas. Lo mismo con la endibia.

Iba descalza gateando detrás de Luciente a través de la maleza. A seis metros de distancia, los coches y camiones pasaban zumbando a ochenta kilómetros por hora. A veces un coche pasaba más despacio y las dos mujeres se

quedaban paralizadas. La maleza las ocultaba, pero no se arriesgaban a que las hojas se movieran sospechosamente. El día era caluroso y las hierbas cercanas a la carretera estaban llenas de polvo y olían a humo.

–Sin duda tienen un alto contenido en plomo –dijo Luciente frunciendo el ceño–. Mira, aquí hay zumaque. Cogeremos un poco de corteza para tus pies.

A pesar del dolor, empezó a sentirse bien mientras avanzaba torpemente detrás de Luciente. Ir escarbando entre la maleza la hacía sentir como una niña de seis años jugando en los prados cercanos a su casa. Le dolían las piernas y la espalda, tenía los brazos y las piernas llenos de cortes, las muñecas y los tobillos plagados de picaduras de mosquitos. Sin embargo, se sintió absurdamente feliz recogiendo las hierbas que Luciente iba señalando. Tanto ejercicio le hizo toser muchas veces y escupir.

–Estar sin Thorazine me hace toser mucho.

–Sería mejor si tosieras más, no menos, así eliminas toda la porquería de los pulmones –dijo Luciente–. Ahora siéntate bajo tu árbol y descansa. Te volvieron débil en ese hospital loco. Iré en busca de agua. Masca la hierba gallinera mientras esperas.

Dio un mordisco con cautela e hizo una mueca.

–Puaj. Sabe a pasto.

–Te sentará bien y te aliviará la sed. Mi dulce cereza, no te prometí que encontraría un ganso asado entre la maleza. Come, ponte fuerte y podrás ir a casa y cocinar una rica comida.

Connie se recostó sobre el pino blanco que se había convertido en su hogar, masticó la hierba gallinera, que sabía exactamente como había esperado que supiera un puñado de hierbas, y siguió masticando y masticando hasta que se la tragó. No era peor que la comida del hospital, en verdad, solo un poco más rara. El sol había descendido hasta la altura a la que solía desaparecer por detrás del edificio administrativo contiguo al hospital. Eran alrededor de las cuatro. Le daba igual. Estaba demasiado agradecida de estar fuera, incluso en aquella zona boscosa y con los pies en carne viva, como una vaca esperando a pastar por el prado. Se sentía tan feliz como se sentiría una vaca rumiando. Sabía que ese aturdimiento, esa sensación de que podría dormir sin parar, provenía de estar sin medicación. Ojalá Luciente encontrara agua. El líquido fétido de la cuneta probablemente la mataría. Bueno, mascar las hierbas ayudaba. Luciente había encontrado algunas cebollas silvestres que le hacían fluir más saliva y le aliviaban el dolor de garganta. Se dio cuenta de que sus manos tenían tendencia a temblar. El temblor pareció empeorar a medida que pasaba el día. La abstinencia de Thorazine y barbitúricos. Ayudaría tener agua. Pero una extraña tranquilidad la colmaba. Sentía espacio alrededor del

cuerpo, el espacio de la privacidad y del poder de decisión. Comparándose con una vaca, se sentía más humana que desde... ¡oh!, desde que había estado con Claud.

Cuando le había hablado de Claud a Luciente, a ella le había impactado que fuera carterista. Habían robado entre multitudes bien vestidas, hombres de negocios, mujeres que compraban en la Quinta Avenida. En su interior, se sentía orgullosa de haber aprendido esas habilidades, de haberle sido útil a Claud. Se ganaban la vida, podían comer fuera, en el barrio, y comprar ropas y poner guapa a Angelina siempre, como debía ser. Dinero para ir al dentista. Dinero para un sofá nuevo pagado puntualmente a plazos; era de marca Naugahyde, igual que los de cuero, y a Claud le encantaba estirarse sobre él.

Sentir orgullo. ¡Oh!, se había permitido sentirlo brevemente cuando había ido a la escuela de estudios superiores en Chicago a estudiar para maestra. Cuánto había estudiado, desparramando los libros sobre la mesa de la biblioteca (demasiado ruido en casa). No tenía máquina de escribir y, por más que pusiera un gran cuidado en escribir sus artículos, eso hacía que sus evaluaciones fueran más bajas. Le había llevado un año entero aprender a escribir a máquina en el bachillerato, y había conseguido un trabajo como mecanógrafa. Le había pedido a su jefe quedarse hasta más tarde para poder escribir a máquina los artículos de la universidad, pero él reaccionó con suspicacia, como si quisiera quedarse dando vueltas para robar algo. Chuck, de

su curso de Historia Americana, le dijo que podía usar su máquina si pasaba también sus artículos. Tenía una máquina de escribir eléctrica de las modernas, pero no sabía usarla. Ella pensó que la petición era sospechosa, pero aceptó el trato. Vaya trato. Un bebé en su vientre a principios de mayo y el final de su escolarización, su orgullo, su esperanza.

Casada con Martin, un año después, había vuelto a sentir orgullo. Aplastó un mosquito que, aposentado sobre sus delgadas patas, estaba a punto de hundirle el aguijón en el muslo. Pero no orgullo de sí misma. No. Se sentía carcomida por la vergüenza después de que Chuck, su novio anglo, la hubiera abandonado. Después de haber tenido que dejar la escuela, después de que la echara su familia, después de haberse gastado todo lo que tenía en un aborto de seiscientos dólares practicado sin anestesia. Ni bebé, ni marido, ni diploma, ni hogar. Ni nombre. Nadie. Mujer echada a perder. *Chingada*.

El amor de Martin le había dado valor. Había temido la pérdida de su amor cada día. Pasaba las horas con ese miedo, andando sobre los límites del decoro como sobre una cuerda floja, bajando la mirada ante otros hombres, hablando solo cuando le hablaban. Lo había amado. Cuánto lo había amado. Había sido fácil. Era hermoso, su cuerpo como sol fundido, bronceado y dorado, su cuerpo cuya fortaleza y gracia estaban equilibradas como en un gran felino. Era esbelto casi como una chica (aunque jamás se hubiera atrevido a decir eso, porque expresar ese

pensamiento habría hecho que lo perdiera para siempre) y masculino en su agilidad, en su tenso control muscular. No le extrañaba que Parra le hubiera hecho recordarlo. Martin había sido hermoso, con su cara de tristeza y su gracia, sus ojos como ríos marrones con algo que se movía cautelosamente en sus profundidades. Esa sonrisa que se abría como una caja de luz. Sus manos nerviosas como pequeños pájaros que revolotearan ágilmente entre las ramas de los pinos. Solía partir cerillas en dos mientras se sentaba a conversar en la mesa de la cocina. En el loquero, los internos también lo hacían, en las raras ocasiones en que conseguían una cerilla. Pero él lo hacía solo para mantener las manos ocupadas. Tenía un coche, sí, un Mustang de color oro, y los sábados se quedaba en la calle lavándolo y puliéndolo con esmero. Después de que lo mataran, la empresa lo embargó. ¿Qué podía querer ella de ese coche, el carruaje de su orgullo?

Con Martin había sentido orgullo con un temblor similar al que ahora le provocaba la abstinencia, orgullo de su amor, pero temor a perder lo que no se merecía. Sentía que él era como prestado; siempre había pensado que lo perdería por otra mujer que no llegara a él mancillada. Pero fue la calle la que se lo llevó.

En aquel extraño momento lo recordó en paz: su joven esposo. ¡Cómo la hubiera visto él ahora, vapuleada y gastada! Si se le apareciera de repente, parecería tan joven como Liebre. De todo lo que ella había perdido, él era la

dulzura que menos podía permitirse llamar de entre los muertos, de entre el cubo de basura donde arrojaban a los pobres, porque ya no era una compañera para él. Pero una vez, una vez lo había sostenido entre sus brazos, flexible, fibroso y caliente, se había estremecido debajo de él, tímida y temblorosa. Mucho tiempo atrás. Lo había amado tanto. Como debería haber amado a su hija.

Cuando Luciente regresó, caminando ágilmente sobre las pinochas, Connie la saludó diciendo:

–Ojalá Aurora estuviera con nosotras.

Luciente frunció el ceño, sentándose.

–Miedo a intentarlo. Miedo por per... No quiero decepcionarte.

–Solo un ratito. Una hora. Media hora. ¿Quién puede molestarnos aquí en el bosque?

–Ummm. Me da miedo.

–¡Tendremos cuidado! Tengo muchas ganas de verla. Deja que venga hasta nosotras. Solo un ratito.

Todavía con el ceño fruncido, Luciente masculló:

–Se lo preguntaré.

Unos minutos más tarde Aurora estaba de pie bajo los pinos vestida con un peto azul. Sus cabellos estaban más cortos, su piel bronceada, y llevaba en el brazo una venda limpia que parecía sellada a la piel.

–¿Qué te pasó en el brazo? –preguntó Connie.

–¡Ah, eso! –Aurora estiró el brazo con aires de importancia–. Me lo hice buceando.

–¿Buceo en el río?

–No, en la bahía. Mi grupo de estudio fue a visitar los cardúmenes. Después hicimos buceo libre y me raspé. –Aurora observó atentamente a su alrededor–. Parece un bosque normal. ¡Pensé que habría ciudades, accidentes, chimeneas industriales, gente mendigando, contaminación!

–Hay mucha contaminación –dijo Luciente–. Hay una carretera pavimentada cerca de aquí con motores de combustión interna corriendo por encima, y está cubierta de desechos peligrosos.

–¿Por qué querías que viniera? –preguntó Aurora a Connie–. ¿Por qué me miras así?

–Soy tonta. –Se descubrió disculpándose–. Me recuerdas a mi hija. Me la arrebataron.

–¿Hija? ¿Qué es eso?

–Mi pequeña. Te pareces a mi pequeña. Se llamaba Angelina.

–Magdalena dice que solo puedo quedarme unos minutos. ¡No puedo regresar sin ver algo! Mamá, ¿no hay nada que ver por aquí?

–¡De acuerdo! –suspiró Luciente–. Reptemos hacia la carretera en silencio y sigilosamente, como el antiguo pueblo wamponaug, y te enseñaré un verdadero autocoche.

–¡De verdad! –Aurora se abrazó–. ¡Eso está supergenial! ¡Qué ganas tengo! Ciertamente son peligrosos, ¿no? Quiero decir, ¡mataron a millones de personas!

–Pero en silencio –advirtió Luciente.

Aurora balbuceaba de entusiasmo.

–He estudiado sobre ellos. Los vi en un holo. Cómo la sociedad entera estaba construida en torno a ellos, ¡pavimentaron toda la tierra para que circularan y se instalaran justo en medio de donde vivían! Todo el mundo tenía que tener uno. Y todo el mundo salía en sus autocoches privados para ir a algún sitio al mismo tiempo y se atascaban en embotellamientos y respiraban veneno y se enfermaban. Y sin embargo, la gente amaba sus autocoches como a su familia. ¡Conducían rápido hasta que se gastaban y chocaban y se rompían y se quemaban y se destrozaban y

así y todo preferían conducir sus autocoches a cualquier otra cosa! ¿Ahora puedo ver uno?

–Pero era agradable ir en ellos –dijo Connie a la niña, sin atreverse a tocarla. Su pequeño brazo moreno con las vendas donde se había hecho daño en la tierna piel–. Podías subirte a un coche para ir de excursión al campo cuando querías.

–Pero ¡había tanta gente en tu tiempo! ¿Cómo podían conducir al mismo tiempo sin chocarse entre sí?

El Mustang dorado de Martin.

–A veces, cuando eres joven, ¡ay!, conducir un coche, un descapotable, quizás, con la capota bajada y la radio encendida, una canción con ritmo... te hace sentir en la cima del mundo. Te sientes tan... ¡viva! ¡Tan hermosa!

Madre e hija la escudriñaron perplejas.

–A menudo nos sentimos bien –protestó Luciente–, pero normalmente tiene que ver con trabajar, como cuando encontré el fallo en nuestro experimento. O cuando estamos en compañía en el comedero conversando por las mañanas, contándonos los sueños. O después de la sesión de criti con Bolívar, cuando sientes que el resto te ama y se preocupa y que vivimos en conexión y debemos luchar por hacer todo mejor en compañía. Cuando Abeja estuvo contigo, sentías placer. ¿Qué tiene que ver eso con los objetos?

Fueron serpenteando entre la maleza lo más cerca posible de la carretera para que Aurora pudiera espiar.

–¡Oooh! –dijo cuando pasó un camión como un rayo–. ¡Apesta!

–¡Shh! –Luciente dejó caer una mano de advertencia sobre su hombro delicadamente torneado.

–¿Cómo nos van a escuchar, si hacen tanto ruido? –Pero Aurora lo susurró.

–Mira, un coche –dijo Connie–. El rojo. Es un Chevy Vega.

–¿Cómo es que la persona de dentro tiene las ventanas subidas con este calor? ¿Tiene miedo de algo? –preguntó Aurora.

–Probablemente tenga puesto el aire acondicionado: una máquina que enfría –dijo Connie, estudiando el pelo y las orejas de Aurora.

–¡Una persona sola en toda esa máquina! ¡Toda esa energía desperdiciada! ¡Qué cosa más triste, qué soledad! –Luciente se sonó la nariz.

–No llores, mamá –dijo Aurora, besándole la mejilla–. ¿Por qué entristecerse? Parece una estupidez, nada más.

–¡Todas esas personas en cajas de metal, solas y aisladas!
–Luciente sacudió la cabeza–. ¿Cómo iniciar una conversación? ¿Hacer amistades? Una vez, cuando regresaba de visitar a mi familia de la infancia, de repente me enfermé. Me subió la fiebre y me sentía fatal. Una persona me ayudó a bajar la fiebre y el deslizador cambió su ruta para llevarme al hospital... Viajando siempre he conocido a personas con las que intercambiar placeres: una comida, una conversación, un acoplamiento, interverse, hacer música marcando el ritmo mientras tocaban la guitarra... Dentro de una caja de metal, ¿cómo habría podido establecer contacto? Los accidentes que tenían eran metal chocando contra carne. Nuestros accidentes son carne chocando contra carne, las vidas que se rozan...

–¡Shh! –Connie se tiró al suelo. Un coche de policía se acercaba a una velocidad inferior a la habitual. Siniestro en su perezoso patrullar. Se encogió contra el suelo con un sudor helado. Cuando se alejó, empezó a reptar alejándose de la carretera–. Vámonos de aquí.

Cuando llegaron a su árbol, Luciente ya había enviado a Aurora de regreso. Luciente le cogió la mano y la sostuvo entre las suyas.

–Aurora es demasiado joven para comprender por qué amas a per. Pero nos también te amamos.

Connie quería hablar de la noche que pasó con Abeja, pero no podía. Bajó la vista, apenada por no poder expresar sus sentimientos.

–Yo... yo... –fue lo único que pudo tartamudear–. Yo... *pues...* quiero que sepas...

Luciente esbozó una amplia sonrisa.

–He encontrado agua y también cerezas del bosque y moras. El agua es impura. Tiene residuos de plomo, cadmio, cobre y estroncio 90. Pero el agua que bebías en tu espacio también estaba sucia. El contenido bacteriano de esta agua es ligeramente superior. ¿Quieres beberla?

–Claro.

Recogió sus zapatos y la bata y siguió a Luciente. El agua brotaba de la tierra a un kilómetro y medio de allí, cerca del límite de la arboleda. Era marrón oscura y le daba miedo, pero tenía la boca seca y dolorida, la garganta le quemaba otra vez. Sumergieron una botella de cerveza y un tarro en la pequeña corriente y las llenaron con el agua más limpia posible; así, cuando hubiera bebido hasta llenarse, despacio, como le había advertido Luciente, se llevaría el resto consigo.

Las moras crecían en grandes zarzas arqueadas en las lindes más lejanas del bosque. Solo algunas estaban maduras y al tocarlas caían en su mano con un peso

suculento y jugoso. Eran dulces, como vino en la boca. Una vez hubo comido, bebido y cogido algunas para más tarde, Luciente le señaló una saponaria, de bonitas flores color rosa pálido que parecían haberse escapado de un jardín.

–Usa las hojas como jabón.

–Tengo jabón de verdad. –Rescató los restos del bolsillo de la chaqueta tejana y al fin se lavó, despacio y a conciencia, en las aguas marrones del manantial.

Después Luciente le mostró media docena de otras hierbas comestibles, de las que cogió muestras obedientemente pero sin mucho entusiasmo. A medida que el crepúsculo se hacía más espeso, más densa era la nube de mosquitos que zumbaban a su alrededor. A Luciente la dejaban en paz.

–Saben que no soy real –dijo–. Espero que no haya sido una mala idea haber traído a Aurora. Siente cierta inclinación por los actos heroicos. Debería haber consultado a mis comas... Ya es el atardecer. ¿Crees que podemos arriesgarnos a encender una pequeña hoguera?

–Lo que sea... ¡Mírame los brazos y las piernas!

Tenía el cuerpo lleno de bultos por las picaduras. Los bichos se instalaban sobre ella en colonias, como grúas Derrick perforando y extrayendo petróleo. Se alejaron del manantial de regreso al pinar, pero las siguieron los mosquitos. Finalmente, arrancó del mapa la parte occidental

de Nueva York y, junto con unas ramas secas caídas y unos palitos, hicieron un fuego que se encendió a la cuarta cerilla.

–Puedes asar tus patatas.

–Las había olvidado. –Se acomodó contra el árbol–. Quizás ya no me estén buscando. Si estuviera en su lugar, buscaría a Dolly. Después de todo, tendré que ir donde ella para pedirle dinero.

–Ese dinero les complica la vida.

–Pero ustedes tienen esos créditos.

Luciente se acomodó frente al fuego con las piernas cruzadas.

–Los lujos son escasos. No hay tanto burdeos, tanto caviar, tanto queso gris del Altiplano. Las necesidades básicas no escasean. Cultivamos comida suficiente. Pero hay cosas que nadie necesita y que la gente disfruta. Intentamos repartirlas. En nuestra región, se reparte a cada persona una cantidad fija de créditos de lujo. Podemos gastarlos todos en algún lujo realmente raro –como una botella de vino añejo Porto Vintage del 2098 para mi cumpleaños– o podemos darnos muchos caprichos pequeños. También podemos ahorrarlos hasta dos años. En la región de Parra, Texas del Sur, lo hacen por productividad. Tienen una cantidad fija de créditos por región, y adjudican puntos a las aldeas según la

cantidad que producen por encima de lo estimado. Creemos que se cansarán de ese sistema. Crea rivalidad.

–Yo gastaría mis créditos en ropas.

–Pero eso no tiene sentido, Connie. Los atuendos circulan. Los vas cogiendo cuando quieres. Los polillas, todo el mundo los puede diseñar. Un polilla es tan bueno como puedas imaginar.

–Pero ¿no son unas ropas mejores que otras?

–Todo el mundo tiene cálidos abrigos y buenos equipos impermeables. Ropa de trabajo que envejece bien. El vestuario es una labor de amor que la gente ofrece a la comunidad cuando quiere crear algo bonito. A veces me gusta vestirme elegante. Otras, me gusta vestirme de manera divertida. A veces quiero encarnar una fantasía, una idea, un sueño. A veces quiero recordar a un ancestro, o expresar una verdad sobre mí... como, por ejemplo, que tengo un carácter muy tozudo –rio Luciente.

–Entonces, ¿para qué usas tus créditos? ¿Esos tambores tallados que vi que llevabas?

–¡No, no! Esos me los hizo Nutria para mi cumpleaños. A mí me gusta el oporto. Me encanta el vino dulce alemán, especialmente el Mosels y el Saars y el Ruwers. Y me gusta hacer regalos. Casi siempre los hago yo, lo que hace que sean un doble regalo, como solemos decir. Pero a veces me gusta

regalar algo bonito y exótico. Siempre se me ocurren más cosas en las que gastar los créditos que los que tengo.

–¿No te gustaría tener más?

–A medida que aumentemos la producción, a nivel mundial, a medida que pongamos menos energía en reparar daños del pasado, pondremos más energía en producir lo innecesario... lo encantador, lo gratificante. Acabará ocurriendo.

Connie sonrió, removiendo distraídamente el fuego con un palo que se chamuscó en la punta.

–Te pregunto por ti y me contestas en plural.

–Connie, nacemos gritando «ay» y «yo». El don está en crecer para cuidar, conectar, cooperar. Todo lo que aprendemos intenta hacernos sentir fuertes, en conexión con todo lo vivo. Como en casa.

–Aquí estoy como en casa solo porque tú me has ayudado.

–Pero este también es un paisaje humano. Mira, alguien plantó estos pinos blancos. Espaciados de forma regular. Mira atentamente el suelo. Entre la pinocha verás marcas de antiguos surcos. Terreno cultivado. Desde mucho tiempo antes de ti, tanto como el que ha pasado hasta llegar al tiempo en que vivo yo, aquí ha habido cultivos. La tierra vive, si no se la mata.

–Esta noche tengo que seguir. No puedo quedarme aquí.

–¿Dónde irás?

–Siguiendo por la carretera, a unos quince kilómetros de aquí, hay una ciudad relativamente grande. No estoy segura de hasta dónde he llegado. Allí tiene que haber una estación de autobuses. Caminaré durante la noche y por la mañana iré a la estación. Entonces iré hasta donde pueda llegar con cinco dólares. Usaré lo que me quede para comprar comida y algunas ropas en una tienda de segunda mano. Un vestido, unos zapatos de segunda mano, una cartera. Una vez que haya llegado a Nueva York, me imagino que ya estaré segura.

Luciente necesitó definiciones de tienda de segunda mano, billete, cartera, y aun así se la veía dudar.

–Sumergiendo el zumaque en agua obtendremos una cataplasma para tus pies.

Cuando Luciente terminó de preparar aquel pegote, Connie lo presionó contra las plantas de sus pies. Luego Luciente le dio un beso, le deseó éxito y se marchó. Las patatas asadas estaban harinosas y casi incomibles sin sal, pero se las comió igualmente, poco a poco. Una patata sin sal asada en libertad puede saber deliciosa. Después se acostó sobre la bata, pero no se durmió. Su cerebro no llegaba a desconectar. Solo dormitó un poco. El fuego se

había apagado dejando unos débiles carbones que aún soltaban algo de humo, un poco de calor.

Los embriones nadaban en la incubadora y le cantaban, una canción de peces que no hacían burbujas, sino que vibraban directamente dentro de su cuerpo, en su vientre; se movían de arriba abajo y se juntaban en cardúmenes y le cantaban serenatas. Todos le prometían que serían su próximo bebé, serían su bebé esta noche, mañana, el domingo quizás. Sería comadre, volvería a tener un bebé propio para dar de mamar, para llevarlo en brazos, para acunarlo a la hora de dormir. Su cuerpo robado se retorció para coger uno.

Estaba presenciando un nacimiento. Las tres madres, vestidas de rojo, recibían un baño ritual en una casa de baños-sauna y las llevaban hasta la incubadora en una procesión de familiares y amistades. Una de las madres era Sojourner, la anciana de la familia de Luciente con ojos de carbón; otra de las madres era Liebre, y la tercera era Connie. Todas se tomaban de las manos y ella iba en medio. Las túnicas eran pesadas, cubiertas de bordados. La de ella tenía palomas y huevos. Todo el mundo llevaba ramos confeccionados con las últimas flores del verano, margaritas y polemonios y lirios blancos con vetas carmesí, anchos como platos de los que emanaba un fuerte aroma, ramos de caléndulas y capuchinas.

Algunas personas tocaban tambores y, en la cola de la procesión, una criatura iba tocando una de esas flautas que a ella le sonaban conmovedoras y tristes, aunque la melodía era bastante alegre. Sentía el corazón tan henchido que no le cabía debajo de la túnica. Apretó con fuerza las manos de sus comadres, fuerte, muy fuerte, hasta que Sojourner le pidió amablemente que no la exprimiera tanto, mientras Liebre le devolvía el apretón con otro más fuerte aún. Justo detrás, Luciente marcaba con sus tambores tallados una marcha rápida y sincopada. Abeja le hizo un gesto de reconocimiento. Llevaba un manojo de audaces girasoles amarillos, dorados y rojos.

Mientras se aproximaban a la incubadora, todo el mundo se fue quedando atrás excepto las tres comadres, que entraron. Se quedaron de pie bajo el esterilizador, se ayudaron a quitarse las túnicas y las colgaron en unos ganchos que había a los lados. Entraron sin ropas al centro de la recámara, donde las esperaba Barbarrosa, el natalista. Vestido con el uniforme amarillo y azul de la incubadora, abrazó a cada una de ellas. Mientras Connie bajaba la vista sobre su propio cuerpo, sintió que sus pechos, hinchados por las inyecciones, empezaban a gotear calostro. Liebre y ella serían quienes amamantarían. Sojourner explicó que había decidido no probarlo.

–No tuve mi primera criatura hasta los cincuenta y cinco –dijo–. Luché en la batalla de la Plataforma Espacial Alfa. Y en las batallas de Arlington y Fuerte Bragg. Mucho, mucho

antes de que tuviéramos incubadoras, me hice esterilizar para no caer en la tentación de dejar de lado la batalla. Pensé que había dejado mi sexo atrás. Ahora tengo setenta y cuatro años y mi familia me hace el honor de creer que aún tengo vida suficiente para ser madre por segunda vez.

Las tres se arrodillaron, la anciana agachándose lenta pero obstinada sobre sus rodillas nudosas. Barbarrosa se colocó frente a ellas como un sacerdote oficiando misa.

–Sojourner, ¿deseas que nazca este bebé?

–Yo, Sojourner, deseo ser madre de esta criatura.

–Liebre, ¿deseas que nazca este bebé? –Y luego–: Connie, ¿deseas que nazca este bebé?

Ella contestó suavemente:

–Sí. Yo, Connie, deseo ser madre de esta criatura.

Barbarrosa se giró. Su asistente, la (¿el?) adolescente torpe que había conocido en la incubadora, extraía al bebé del extraño canal contraído, mientras Barbarrosa, de pie a su lado, cortaba el cordón y lo sostenía mientras chillaba, se retorció y gritaba. Una pequeña niña negra con la piel resplandeciente como cera brillante.

–Sojourner, ¿aceptas a esta criatura, Selma, para ser su madre, amarla y luego dejarla marchar?

Sojourner extendió sus brazos negros y viejos hacia el bebé, lo cogió y lo acomodó contra ella.

–Seré tu madre, te amaré y te dejaré marchar, Selma.

–Liebre, ¿aceptas a esta criatura para ser su madre, amarla y luego dejarla marchar?

Liebre recibió el bebé de manos de Sojourner.

–Seré tu madre, te amaré y te dejaré marchar, Selma.

Finalmente Connie cogió al bebé y la pequeña boca rojo rubí se cerró sobre su pezón, chupando con fuerza. Negra, como Abeja: estaba segura de que este bebé se le ofrecía por su tiempo con Abeja, un bebé negro y aterciopelado con ojos inmensos para beberse el mundo.

Se despertó en la oscuridad. El fuego estaba apagado y frío. Unas nubes cubrían el cielo. Se frotó las piernas hasta que las sintió menos adormecidas. Después se puso los zapatos, ya secos, se arregló lo mejor que pudo y se dirigió a la carretera. Se movía a tientas, atravesando la maleza torpemente e incapaz de encontrar la carretera durante largo rato, hasta que casi tropezó y cayó frente a un coche que pasaba.

Luego consiguió orientarse y empezó a caminar por la cuneta. En esta parte era poco profunda y no se sentía lo bastante oculta.

–¡Nacimiento! ¡Nacimiento! ¡Nacimiento! –parecía cantar Luciente en sus oídos–. ¡No sueñas con otra cosa! Nuestra dignidad viene del trabajo. Todo el mundo cría a las criaturas, ¿no te das cuenta? Romance, sexo, nacimiento, criaturas: eso es a lo que te aferras. Pero ya no son cosas de mujeres. Son de todo el mundo.

Un camión diésel sin carga pasó zumbando, dando bandazos por el centro de la carretera. Olor a combustible quemado. Se puso otra vez de pie con esfuerzo.

–Mira por ejemplo a Zorra Gris. El mes pasado presidía el concejo de planificación económica de Massachusetts–Connecticut–Rhode Island. Lo que normalmente hace Zorra Gris es piscicultura en el vivero vertical. Ese es su trabajo, su centro. Pero después de un año en el concejo económico y nueve meses presidiéndolo, Zorra Gris podría llegar a identificarse con ese trabajo. Un trabajo que afecta a las vidas de muchas personas. Podría llegar a sentir que es parte de la esencia de Zorra Gris el tomar decisiones importantes mientras otros elevan la mirada hacia per. Puede llegar a sentir que ser Zorra Gris implica ser quien toma las decisiones, ser una persona visiblemente emprendedora. Así que ahora mismo Zorra Gris está en un turno de pastoreo de seis meses. Después de un tiempo de servir en algo que parece importante, servimos en trabajos que habitualmente desempeñan personas jóvenes que están esperando empezar una formación o que han cruzado el límite y están expiando un crimen. Al asumir un trabajo de

coordinación, pronuncias este juramento: «La necesidad existe. Sirvo a la necesidad. Después de mí la necesidad seguirá existiendo y alguien le servirá. Permítanme hacer bien lo que otras personas han hecho y harán igualmente bien. Permítanme asumir el puesto y luego dejarlo».

Esa voz en sus oídos, bondadosa, regañándole: Luciente como una fracción de su mente, como una voz de otro yo, hablando con ella en la noche. Quizás estaba loca. Quizás simplemente rondaba el agotamiento y estaba afectada por la abstinencia de barbitúricos y Thorazine. Continuó su fatigada marcha, deseando que hubiera un reloj en el cielo, un reloj de pulsera. Deseando una luna visible que le indicara la hora. Ni siquiera sabía si era una luna menguante o creciente; Luciente siempre sabía esas cosas. La luna parecía colgar sobre Mattapoisett igual que las farolas colgaban sobre El Barrio hasta que los niños las apagaban a pedradas. La noche era húmeda. Oyó truenos por el oeste y temió que lloviera, pero no pasó nada.

Caminó durante toda la noche. Las ampollas de los pies se le reventaron y empezaron a sangrar, pero continuó caminando. La mayoría del tiempo iba descalza, con los lamentables zapatos en la mano. Cada vez que sus pies tocaban el suelo, la tierra se le incrustaba en la carne viva. No se detuvo. Ya no podía pensar más, no podía preocuparse. Una falsa aurora hizo clarear el cielo y luego el sol se alzó detrás de unas nubes bajas. El cielo se volvió rosa y después amarillo. No podía decir con exactitud dónde se

alzaba el sol detrás del muro de nubes. Continuó andando fatigosamente.

Llegó a una zona con edificios en la que ya no podía esconderse cuando pasaban los coches. Se puso los zapatos y siguió andando. Pasó por tiendas y gasolineras y pequeñas fábricas y una maderera, cruzó vías de trenes, pasó por un concesionario de Volkswagen y un Dairy Queen. Aún no había nada abierto. En todas las gasolineras, aún cerradas, probó a abrir las puertas de los lavabos, pero estaban todas cerradas con llave.

Al final vio una gasolinera abierta y caminó muy despacio hasta que entró un coche. Entonces cruzó hacia la oficina como si viniera del coche y pidió las llaves del lavabo de mujeres. Dentro bebió y bebió agua, se alivió la diarrea, se lavó entera con toallas de papel. ¡Si al menos tuviera un peine! Con agua y la ayuda de los dedos intentó arreglarse el pelo lo mejor posible. Sus ropas parecían exactamente como las de alguien que hubiera dormido vestida. El espejo le devolvía una imagen desaliñada y cenicienta. Después de un verano ingresada, su piel no era oscura, pero tampoco se veía blanca. Eso importaba en estas ciudades. Se encogió de hombros. ¿Qué podía hacer al respecto? Dejó la llave en el lavabo y se escabulló por la parte trasera del edificio.

Caminó lentamente hacia lo que esperaba que fuera el centro de una pequeña ciudad, hasta pasar la señal que indicaba su final. Ahora había más tráfico. Era lunes por la

mañana, la gente iba en coche al trabajo. El estómago le borboteaba de hambre. En el primer lugar para desayunar que pasó solo había hombres dentro, con sus camiones aparcados fuera, y sintió que la mirarían con demasiada atención.

Se prometió desayunar. Entonces se sentaría. Sus pies sangrantes dejarían de sufrir aquella tortura. Pero tenía que escoger un lugar para desayunar con mucho cuidado. Así sobornaba a su cuerpo agotado, dolorido, mareado de hambre, que se rebelaba por haberle dado de comer solo hierbas y moras y verduras podridas. El siguiente sitio parecía demasiado residencial, demasiado elegante. Y en el siguiente había un coche de policía aparcado fuera. El tráfico era cada vez más denso. Las nubes se separaron en grandes coágulos atravesados por un pálido azul aquí y allá. Iba cojeando por una acera, pasó un centro comercial, el inmenso aparcamiento estaba casi vacío.

Ahora caminaba por un barrio de fábricas y de nuevo, cuando veía alguna cafetería, solo había hombres. Nadie más andaba por aquí. Sentía que llamaba la atención, una presa sangrando en sus zapatos chancleteados, con las suelas que se despegaban de la cubierta a cada paso. Mareada. No podía recordar un solo momento en que no se hubiera sentido mareada, en el que tuviera la cabeza normal, un momento en que las drogas o la ausencia de drogas no la hubieran hecho sentir cambios en los nervios y la sangre. Iba avanzando penosamente por un distrito de

casas pequeñas con patios más pequeños, casas separadas entre sí por una distancia que una persona cubriría estirando el brazo, amianto, revestimientos de madera, tejas, cubiertas de aluminio. El tipo de barrio en el que vivía su hermana Teresa en Chicago. Clase trabajadora, aunque todas las familias dirían, como decía su propia hermana (hasta el cuello de impuestos y deudas y compañías financieras), que eran clase media porque estaban pagando una casa propia.

La primera vez que había recurrido a la asistencia pública había sido un trago amargo, como un vómito. Incluso después de que Eddie, su segundo marido, desapareciera del mapa, abandonándola y dejándola sola con Angelina, Connie se las había arreglado. Le daba veinte dólares por semana a una vecina para que tuviese a Angelina encerrada todo el día en un apartamento, junto con otros cinco críos berreando alrededor, instalados frente a la tele. No le gustaba nada, pero no había ninguna guardería pública diurna y los centros privados eran carísimos.

Había trabajado durante un tiempo en una fábrica de cajas, allá en el Bronx. A pesar de que odiaba pedirle ayuda, había ido a hablar con Luis, que le había dado un sermón sobre el fracaso que ella era como mujer, incapaz de conservar un marido y con una hija como único mérito que presentar. Pero le había dado trabajo en su vivero. Los venenos que rociaba le daban asco, pero lo peor era el viaje, tres horas hasta Nueva Jersey de ida y otras tantas de vuelta.

Llegaba a casa demasiado cansada como para coger a Angelina y jugar con ella.

Sin embargo, de un modo u otro siempre se las había arreglado hasta que la habían arrestado. Después vino la asistencia social, las colas de espera, las preguntas humillantes, las intromisiones, el escaso, escasísimo subsidio. Ensayos de la vida como interna, tutelada por el Estado, presa.

Mareada, mareada. Poco a poco las calles empezaron a oscilar a su alrededor. Se le llenó la vista de puntos negros, luego se disiparon. El tráfico volvía a escasear. El cielo estaba casi limpio de nubes, un azul desteñido y brumoso manchado de amarillo. Las aceras estaban polvorientas. Empezaba a hacer calor y se sentía ridícula con la chaqueta tejana, pero estaba más limpia que su vestido. Ningún árbol. Una calle que no estaba hecha para la gente.

Casas pequeñas. En cada una, una tele, uno o dos teléfonos, uno o dos coches en la puerta, una tostadora, una lavadora, una secadora, un secador de pelo, una afeitadora eléctrica, una manta eléctrica, probablemente un fonógrafo, una filmadora, un proyector de diapositivas, una sierra circular eléctrica, una moto de nieve en el garaje, una plancha de vapor, una cafetera eléctrica. Y, seguramente, en cada una de ellas, un artilugio con patas yendo de un lado a otro con dos o tres o cuatro niños, mientras pasaba la aspiradora y la tele atronaba con algún concurso.

Había envidiado a esas mujeres, se había esforzado por ser una de ellas. Había tenido la esperanza de que casarse con Eddie la transformara en un ama de casa de ese estilo que viviera en ese estilo de casa. Había tenido la esperanza de que al fin estuviera tomando una decisión práctica al escoger al hombre estable con un salario estable. Le había mentido a Eddie sobre su edad. En aquel entonces aún podía aparentar menos años de los que tenía: tenía veintiocho, pero había dicho que tenía veinticinco. Había empezado a envejecer después de que la arrestaran. Le avergonzaba haber mentido, pero había hecho todo lo que siempre le habían dicho que hiciera: las pequeñas mentiras, las risitas. Su modestia natural sutilmente manipulada por dedos nerviosos para transformarla en algo dado por hecho, algo que se exhibe. Cualquier cosa con tal de estar a salvo. ¡Cualquier cosa con tal de tener al fin un lugar al que pertenecer!

Estaba pasando por una tienda de electrodomésticos, ya abierta. En su interior, un vendedor abría y cerraba la puerta de un congelador vertical, sin dejar de hablar ni un momento. Al lado había una pequeña cafetería. El bullicio matinal, algunos rezagados desayunando, otros pasando el rato con una taza de café mientras leían el periódico. Abrió la puerta y se sintió terriblemente visible. Encima de la puerta, vibraba un aparato de aire acondicionado. Eligió un taburete del fondo y cogió la carta. ¡Ay! ¡Sentarse al fin! Casi se desmayó de alivio.

Pestañeó ante los precios y el miedo se apoderó de su estómago. Tuvo que agarrarse al mostrador. No parecía una cafetería elegante; la gente sentada a la barra parecía de lo más normal: aquel hombre de los pantalones gastados y una camisa con los puños deshilachados, aquella mujer con unos zapatos de plástico blanco que se agrietaban en la punta, una cartera de plástico rayado, un vestido arrugado en las costuras. ¿Tanto habían subido los precios en los pocos meses que había estado hospitalizada? No había desayunado en una cafetería desde... desde cuando Claud. No era algo que pudiera permitirse con el subsidio. Hizo un amago de levantarse y salir, pero ver a la gente comiendo hizo que se le disolvieran las rodillas. ¡Cuántas cosas! ¿Cómo podía escoger? No había podido elegir desde hacía meses. Si solo tomaba dos huevos y café (venía con tostadas), aún serían 1,59 dólares, y ese era el especial. Sus diez dólares se encogieron en el puño hasta no ser más que una bola húmeda y arrugada.

Así y todo, pidió su desayuno agarrada a la barra. La camarera la miró con desaprobación, evaluando de un vistazo su pelo, su cara y la chaqueta tejana.

–¿Cómo se llega a la estación de autobuses desde aquí?
–preguntó, y la camarera respondió entre dientes tan rápidamente que no consiguió entenderla y tuvo que volver a preguntar.

–¿Qué pasa, no habla inglés?

Entonces intervino la mujer con la cartera de plástico blanca. Solo estaba a unas diez u once manzanas. La mujer parecía conmocionada por que Connie tuviera la intención de ir andando, pero le explicó pacientemente cómo llegar.

El reloj daba las diez y once minutos. Los huevos llegaron recocidos y el café, amargo de tanto estar sobre la hornalla, pero se lo comió todo, despacio y agradecida. Se lo comió todo a pequeños bocados, hasta la última miga de tostada untada con los últimos restos de huevo que quedaban en el plato, y hasta la cajita con la etiqueta de mermelada de uva. Después pagó y salió aprisa, porque no podía dejar propina.

Intentó no cojear, no hacer nada que pudiera llamar la atención. Se fijó en las señales y contó las manzanas. Reconoció la estación de autobuses en cuanto la vio.

En la ventanilla de los billetes intentó decidir qué hacer. Había dos horarios distintos para dos líneas distintas, y en ninguna ponía los precios. No tenía más remedio que preguntar. Era una situación incómoda; el joven de detrás del mostrador estaba aburrido. Tenía que averiguar hasta dónde podía llegar en dirección a Nueva York lo más rápidamente posible y con cinco dólares.

El joven estaba leyendo un libro. No consiguió ver el título. Quería volver a su libro lo más pronto posible y mantenía un dedo entre las páginas mientras le hablaba. Le irritó tener que soltarlo para ir a sacar los horarios. Puso un lápiz entre

las páginas. En la portada, dos mujeres desnudas se abrazaban mientras un hombre de unos dos metros y medio vestido con cuero negro hacía restallar un látigo. ¿Por qué alguien leería un libro obsceno sentado detrás del mostrador de una estación de autobuses? ¿Podría tener un orgasmo ahí metido? ¿O se iría al lavabo? Le dio vergüenza pensar en esas cosas mientras observaba su joven rostro sin expresión, amarillento bajo las luces fluorescentes.

–¿No sabe adónde quiere ir, señora?

Al final, acabó con un billete con destino a la terminal de la Autoridad Portuaria, en un bus que salía a las doce y media. Se sentó a esperar. Eran las once y dieciocho. Alguien había dejado un periódico sobre una silla y empezó a leerlo, desde la primera página en adelante. Pronto estaría en Nueva York. Andando por las calles. Otis, primero intentaría encontrar a Otis, el viejo amigo de Claud. Luego a Dolly. Siguió leyendo. Llegó a un artículo de la sección para mujeres en el que se describía el régimen que seguía la condesa Rataouille –una belleza de una sencilla familia de banqueros de Park Avenue, Seal Harbor, Palm Beach y Monterrey– para mantenerse siempre fantástica; incluía llevar a cabo ejercicios isométricos, no darse nunca baños calientes por encima de la cintura y frotarse a diario fresas frescas sobre la piel. Mientras se le hacía la boca agua al pensar en las fresas frescas, una sombra le oscureció la página y una mano le amarró el brazo.

–Usted, podemos ver su identificación.

El joven del libro obsceno al que había interrumpido la había entregado. Para las doce y media ya estaba de vuelta en su pabellón del hospital.

TRECE

–¡Pero usted dijo que podría compartir habitación con Sibila! –protestó Connie.

–Eso fue antes de que la cagaras –dijo Valente con firmeza–. Mira, si hubierais intentado gastarme esa jugarreta, os habría metido a las dos en aislamiento antes de que hubierais podido decir ni mu. A mí no me engaños ni por un segundo, no lo olvides.

–¿Cómo pudiste firmar la autorización? –le preguntó el Piernas en cuanto se fue Valente–. ¡A mí nunca me harían firmar!

–Porque no tienes veintiún años. No necesitan que la firmes.

–Tampoco necesitaban que la firmaras tú. Lo hizo tu hermano. ¿Por qué te rendiste?

Connie se encogió de hombros.

–Tenía miedo de lo que podían llegar a hacerme en Rockover si no firmaba. Imaginé que, de todos modos, ya tenían la autorización firmada. Quiero que piensen que me he rendido.

–¿Acaso no es así? –El Piernas se alejó por el ancho pasillo contoneándose con ostentación.

Los habían trasladado al Instituto Neuropsiquiátrico de Nueva York, en Washington Heights, a un pabellón del octavo piso especialmente habilitado y en el que habían reforzado la seguridad. Era el pabellón más espacioso, amueblado y equipado en que había estado nunca. Tenían habitaciones dobles, como la que ahora compartía con Tina Ortiz, con una cama para cada una, y hasta tenía una colcha y una ventana propia, aunque no podía abrirse. Sibila estaba en la habitación de al lado, con la señorita Green. Los hombres estaban a un lado de la sala de enfermería y las mujeres al otro. En medio había una gran sala de día con televisor a color, mesas para jugar cartas, una alfombra verde sobre el suelo y hasta algunas butacas y un par de sofás. En el extremo más alejado del ala que alojaba al pabellón, los médicos tenían su sala de conferencias y su ordenador, sus laboratorios y oficinas. Los primeros días, los

pacientes merodeaban por el pabellón sin dejar de hacer comentarios sobre su nuevo alojamiento.

–Esta no es una jaula de locos cualquiera –dijo el Capitán Pomada–. ¡Esto es un Hilton!

El Capitán Pomada era un corredor de apuestas, de piel clara y nacido en Trinidad que creía ser un héroe de cómic. Hasta los médicos le llamaban Capitán. Era esbelto y meticuloso y hablaba con un deje y una gracia que conseguían que Connie olvidara que era estrábico.

Sibila resopló.

–¡Puedes estar seguro de que es para su conveniencia, no para la nuestra! ¡Son unos caballeros importantes! Hasta los ratones de laboratorio tienen jaulas limpias y bonitas. –Sibila había recuperado algo de energía.

El Capitán Pomada, Sibila y Tina Ortiz se habían juntado con Connie cerca de la puerta de entrada para ver qué le hacía Tony, el nuevo auxiliar de los hombres, al Piernas. Tony, inclinado sobre el Piernas con unas tijeras, iba cortando sus finos rizos marrones, que caían sobre toallas blancas.

–¡Ay, Dalila, me traicionas! –canturreaba el Piernas.

Los cabellos iban cayendo con cada tijeretazo. Parecía como si fueran a reclutarlo. Su gran cráneo, de aspecto

curiosamente vulnerable, asomaba grisáceo. A ella le harían lo mismo cuando llegara el momento.

–¿Me darán una peluca, Tony?

–Solo a las mujeres, mariconas –gruñó Tony–. Estate quieto, o te corto las orejas.

–Como Van Gogh. Él también estaba loco. Pero él se lo hizo él mismo. ¿Por qué no me dejas las tijeras y así puedo hacerlo yo también? –El Piernas intentó cogerlas, medio en broma medio en serio.

Tony le dio un golpe en el pecho y el Piernas cayó hacia atrás, tosiendo.

–Deja ya de intentar hacer perder tiempo a los doctores.

Tijeretazo, tijeretazo, por la oreja izquierda, hacia arriba. Solo quedaba una mata de rizos pegada a sus mejillas. Tony acabó de raparlo y luego barrió los rizos. Cuando regresó con la rasuradora, el Piernas dejó de bromear. No le habían dado desayuno. Pronto lo llevarían a un hospital cerca de Columbia, donde Redding y Morgan le taladrarían el cráneo y le insertarían electrodos por el agujero. El Piernas volvería violado.

Connie estaba con Tina y Alvin mientras se llevaban al Piernas en silla de ruedas. Tenía los ojos abiertos, sin expresión. Cuando la puerta exterior se cerró tras él, los

pacientes se quedaron allí, como si por mirar fijamente a la puerta pudieran leer algo de lo que estaba pasando.

–¿Te cae bien ese chico, eh? –le preguntó Tina. Su nueva compañera de habitación tenía más o menos su misma edad y un largo historial de redadas antidrogas, desorden público y reclusiones.

–Me dejó dinero para llamar a *mi sobrina*, aunque sabía que no podría devolvérselo.

–Le sobra para prestar. Es fácil ser amable cuando te lo puedes permitir, ¿no? Aunque supongo que ahora tiene un grave problema, como todos nosotros.

Tina era de Puerto Rico, nacida en el Bronx, delgaducha salvo por un poco de carne extra alrededor de las caderas. Hablaba rápido pero a menudo no terminaba las frases, como si no esperara que la fueran a escuchar. Era peleona, no era de las pacientes que terminaban portándose bien. Nunca dejaría de odiar el hospital. «Una manera más de estar presa», decía, mirando la habitación con rabia. Era la primera, después del personal, en hacerse con cualquier periódico que llegara al pabellón, aunque solo leía la primera sección, las noticias, murmurando con desprecio como si a ella no pudieran engañarla: «¡Delincuentes, criminales!».

Se fueron juntas a visitar a Alice, que yacía en su cama mirando al techo, como hacía ahora casi todo el tiempo.

Parecía diez años más vieja de lo que era, aparentaba su verdadera edad y algo más, todo el descaro y la energía purgados de su largo cuerpo.

–¡Ey, Alice! ¿Sabes lo que nos están intentando hacer esos idiotas? –preguntó Tina, intentando despertarla.

Pero Alice solo negó con la cabeza. Tenía la negra peluca de estilo paje torcida, y no se molestaba en enderezarla. Si se le caía, no volvía a ponérsela. Cuando la auxiliar la veía en el suelo, regañaba a Alice, diciéndole que era una desagradecida. Alice, tumbada en la cama, solo parpadeaba.

La única vez que Connie la vio actuar como antes fue cuando uno de los médicos vino a hacer una demostración para un visitante. Entonces le brillaron los ojos, se le inyectaron en sangre y entonó una larga cadena de amargas maldiciones hasta que el médico apretó el botón que la hacía callar. Ahora que el doctor Morgan ya no la temía, había algo horrible en sus demostraciones. Le gustaba estimular especialmente el punto que producía en Alice una excitación sexual, hasta que una vez ella le besó la mano y le dijo lo bien que la trataba.

–Tengo que engañar a esos sabelotodo –les dijo–, o me van a meter más agujas. Nomás tengo que entretenerlos.

Pero no parecía creérselo. Cuando intentaba resistirse a la fuerza, el monitor le apagaba la rabia y la dejaba confundida.

Alice parecía más cercana a la locura de lo que había estado nunca. Inventaba historias para explicar lo que hacía, porque no sabía lo que haría la próxima vez. Sin embargo, se sentía como si fuera ella quien estuviera tomando las decisiones.

–Esperen y verán –decía, guiñando un ojo soñoliento– ya verán quién acaba ganando al final.

I

–Te has escapado porque quieres volver a la sociedad –le estaba diciendo Acker, su barba cuadrada meneándose sobre la barbilla–. Pero lo que no entiendes es que eso es exactamente para lo que queremos ayudarte.

Desde que se había escapado, Acker se había interesado especialmente por ella. Tenía la sensación de que Acker era un incómodo engranaje sobrante en el proyecto, el psicólogo añadido para algún tipo de demostración. Inventaba razones en términos no exclusivamente médicos para lo que hacían los demás. Connie solo entendía eso, pero podía ver su incomodidad, cómo se movía en terreno resbaladizo en comparación con los médicos. Hasta el socio más joven, Morgan, lo trataba con condescendencia. Ahora Acker se había interesado por ella. Estaba orgulloso de haber conseguido que firmara las autorizaciones, pero no aflojaba su presión.

–Lo que no ves, Connie, es que si no fuera por nosotros, te enfrentarías a pasar el resto de tu vida donde te encontramos. Ahora bien, eso no es lo que quieres, ¿no es cierto? –Esperaba una respuesta. Estaba sentado con las manos flexionadas sobre las rodillas extendidas.

Como parecía preparado para esperar todo el día, al final Connie masculló:

–No, no quiero pasar el resto de mi vida aquí. ¿Y usted?

–Desde luego, yo no. Entonces, Connie, quizás puedas ver que estamos trabajando por tu bienestar. Después de todo, ¿por qué iba a importarle a la sociedad? Has demostrado que no puedes vivir con los demás. Te encerraron donde no puedas hacerte daño, ni a ti, ni a los demás. ¿No es así?

–Pero aquí sí que pueden hacerme daño. ¿No es así? Ella movió la cabeza desafiante.

–Estás lo suficientemente cuerda como para darte cuenta de lo que pasa con los pacientes antiguos, cómo se aclimatan a la vida en el hospital. Después de un tiempo ya no pueden funcionar fuera. Es una vida segura.

–Quizás lo sea para usted.

–Sabes cuándo será tu próxima comida. Tienes una cama, un techo sobre tu cabeza. De acuerdo, dices que no quieres esa seguridad. Que quieres volver a la sociedad.

–¡Quiero volver a mi vida!

–¿Acaso esta no es tu vida? No es la primera vez que te ingresan. Creo que si no te ayudamos, es probable que esta sea tu vida de aquí a unos años. En lugar de tenerte como en un depósito, estamos preparados para ayudarte. Es la primera vez en tu vida que tienes una atención médica de calidad. La gente pudiente contrata a psiquiatras, pero tú nunca has tenido un tratamiento en condiciones. Queremos que vuelvas a estar integrada, pero sin el riesgo de cometer actos descontrolados. Sin el peligro de que vuelvas a atacar a un niño, o a otra persona cercana o querida.

Connie apretó los dientes.

–Cualquier persona que no esté en una silla de ruedas puede herir a alguien. ¿Usted nunca le pegó a nadie? ¿Nunca en la vida?

–Connie, te estás resistiendo. Tú eres la paciente. Sabes por qué estás aquí. Cuanto más te resistes, más te castigas. Porque cuando luchas contra nosotros, no podemos ayudarte.

Los camilleros trajeron de regreso al Piernas después de dos días fuera del pabellón. Acker se fue corriendo a ver los resultados y la dejó en paz durante un rato.



–Piensa en las historias heroicas de personas prisioneras que intentaban escapar una y otra vez –dijo Luciente, dándole palmadas en la espalda con cariño–. Una derrota no es nada. Tienes que seguir buscando fallos en su seguridad.

–¡Si al menos pudiera salir con un permiso de fin de semana! Sé que podría escaparme fácilmente de Dolly. Hasta Luis tiene que dormir de vez en cuando.

–¿Por qué no? ¡Pero inténtalo! Eres importante para nos, queremos que sobrevivas y te escapes. Un intento, un fracaso: eso tienes que darlo por hecho. ¿Qué funciona a la primera? ¡Uf! Cuando estoy agarrotándome en una tarea, puedo fracasar veinte, treinta veces hasta conseguir el equilibrio genético adecuado. Cada vez descuido algún factor crucial. ¡Pero al final florece! De la misma manera, tú también tienes que trabajar la huida. Ahora eres más fuerte gracias al ejercicio físico, y tus pies, ahora que están curados, serán más resistentes.

–Pero me han quitado el dinero. Están todo el rato vigilándome. Cada vez que me acerco a la puerta, me están mirando.

–Tienen un montón de cosas que hacer además de vigilarte. Ahora tienes que vigilarlos tú. Mantén vivo tu coraje.

–¡Piedad, Luciente! Parece fácil. Pero estoy atada de pies y manos. No lo entiendes. Nunca en tu vida has estado desamparada, bajo la suela de alguien. Nunca has vivido donde te controlan tus enemigos, donde controlan tu vida o pueden barrerla de un plumazo. No puedes entenderlo. ¡Por eso te quedas ahí, llenándome la cabeza de eslóganes vacíos!

Luciente inclinó la cabeza.

–Tu criti es justa, Connie. Lo siento. Intentaré ver tu situación con más claridad y hacer menos ruidos molestos en tus oídos.

↓

Después de jugar con el Piernas, los médicos no quedaron satisfechos. Los electrodos que desencadenaban actos de violencia no hicieron que intentara atacarlos, como había pasado con Alice. En lugar de eso, se apartó de ellos, le dio un puñetazo a la pared y empezó a darse cabezazos contra ella. Antes de que los auxiliares consiguieran retenerlo, la sangre goteaba por entre las vendas.

–¡Así no sirve! –dijo el doctor Argent frunciendo el ceño, pasando la mano levemente por entre sus bucles canosos–. No traigan a ningún visitante VIP para inspeccionar a este. Hmmm. –Él siempre estaba al mando, pero cuando algo iba

mal se alejaba de los otros, sus hombros, su espalda parecían desdeñarlos.

–Empezamos con los intentos de suicidio. Podríamos estar poniéndoselo en bandeja a un masoquista, ¿eh? –El doctor Redding miró de reojo al doctor Argent, intentando que se uniese a su bromita–. Mm... Comentaremos el caso hoy con el equipo. Quizás sean recomendables otros procedimientos.

El doctor Argent se cogió las manos detrás de la espalda y se balanceó sobre las puntas de los pies.

–No es mala idea. No servirá dejarlo en estas condiciones. Los federales estarán aquí la semana que viene para hacer una visita al recinto. Si queremos que nos renueven la financiación, será mejor que lo tengamos todo limpio y ordenado.

El doctor Morgan pareció despertar.

–¿Procedimientos quirúrgicos?

El Piernas preguntó a gritos:

–¿Vais a quitarme esto?

–Si nuestras pruebas indican que es lo mejor para tu dolencia, hijo, a lo mejor sí –dijo el doctor Redding–. Haremos lo que sea más conveniente.

–Tío, si te crees eso es que piensas que estoy realmente loco.

Cuando se giraron para marcharse, Connie salió volando desde donde estaba, al lado de la puerta, para sentarse en la sala de día. Cuando los médicos y Acker pasaron, todos discutían amigablemente entre sí.

–Muchos talentos de su campo están trabajando para refrenar la inversión sexual con electrochoques conectados con diapositivas y películas –comentaba Redding a Acker–. Pero la tasa de reincidencia no es muy prometedora. Si pudiéramos curar la inversión con cirugía, seríamos pioneros de todo un campo.

–No nos alejemos tanto del sendero, caballeros –dijo el doctor Argent–. Podemos llevar a cabo algunas pruebas, pero nuestra principal preocupación es la violencia. Nuestra financiación es bien específica. Dentro de esos parámetros, por supuesto, tenemos cierta libertad para jugar un poco.

–Entre seis mil y ocho mil por una operación, frente a cientos de miles para mantener a un invertido bajo tratamiento o recluido durante décadas. No puede decirme que no es rentable. –El doctor Redding se arriesgó a tocar amigablemente al doctor Argent en el hombro–. Algo que adoran tanto los contribuyentes como los funcionarios. Si el dinero destinado a la delincuencia callejera se acaba, esto es algo que debe tenerse en cuenta.

El doctor Argent miró la mano posada sobre su hombro.

–Quiero resultados en esto, doctor. –El trato formal sonó como un navajazo–. Soy un hombre viejo ya. Es ahora o nunca. Por su bien, más vale que sea ahora.

↓

Se volvieron a llevar al Piernas al otro hospital. Cuando lo trajeron de vuelta, le habían quitado los electrodos, pero le habían hecho otra cosa. Habían coagulado una parte de su sistema límbico, fuera eso lo que fuera. La palabra que usaron fue «amigdalectomía». Al día siguiente Connie fue a verlo. Tenía un aspecto terrible, el rostro marchito. Sus ojos estaban apagados, inyectados en sangre.

–¿Por qué quieres saber cómo estoy? ¿A ti qué te importa?

–¿No te acuerdas de mí, Piernas? Soy Connie. Tu amiga. Me dejaste dinero para llamar a mi sobrina.

–Algunos dan y otros toman. Y hay quienes lo cogen todo.

–¿Te duele? La cabeza, digo...

–Dicen que si pierdes una pierna, cuando te la cortan (lo llaman una extirpación, tienen nombres para todo) la pierna te sigue doliendo.

–Al menos no juegan contigo, como hacen con Alice.

–Son juegos distintos.

–¿Qué temas que te hagan ahora?

–¿Por qué tendría que tener miedo? ¿Quién dice que tenga miedo? Ya verás.

–No lo decía con mala intención, Piernas. –Connie le tocó la mano.

El Piernas quitó la mano con brusquedad, como si la de Connie le hubiera quemado.

–No trates de seducirme. Ahora ya no me engaña nadie. Dar y tomar, y al final no queda nada.

!

Liebre le estaba mostrando un puñado de... ¿de qué? ¿Imágenes oníricas? ¿Esculturas de luz? ¿Figuras que se transformaban en otras figuras? Se sentía incómoda al observarlas al lado de la persona que las había hecho, el artista, que las estaba creando allí mismo. Temía dar la impresión de no apreciarlas o no decir las cosas adecuadas, o no verlas correctamente, y que él pensara que era estúpida. Pero Luciente estaba a su lado, comiendo uvas blancas de una canasta trenzada y emitiendo gruñidos de puro placer, como si se tratara de un programa de televisión. Si intentaba pensar en lo que significaban las imágenes, se

sentía fatal. Pero si observaba con los ojos bien abiertos y dejaba que pasaran, no podía evitar sentirse atraída.

El holo que le estaba mostrando ahora no tenía palabras, ni historia, a diferencia del que había hecho con Bolívar. Eran imágenes que tenían que ver con el océano, el sexo y el poder; no poder sobre las personas, sino poder natural, energía. Límites disolviéndose. El mar alzándose, rompiendo contra la tierra. Bajo un frío cielo azul celeste, el mar golpeaba sobre sí mismo y se transformaba en espuma que se extendía sobre la orilla. Olas con dientes que centelleaban y cabellos que se enmarañaban, se sacudían y se arrojaban revueltos contra sí mismos. Olas rompiendo sobre olas mostraban vientres oscuros arqueándose antes de derrumbarse en forma de espuma y deslizarse sobre la arena, exhaustas, goteando y siseando al retirarse.

El taller de Liebre estaba cerca del molino, lo bastante cerca para escuchar la rueda girando. Allí, el río molía cereales y maíz y hacía funcionar una serie de bombas. Cuatro veces al día, un reloj de mareas hacía girar el mecanismo de ruedas, siempre fijado correctamente según la corriente del río. Cuando Liebre no opacaba la ventana y dejaba que se colara la luz solar, se formaban pequeñas olas en el alto techo. Le explicó a Connie que él podía escuchar la rueda del molino, las olas rompiendo sobre la orilla, justo debajo. El taller estaba construido unos metros encima del río, y había un porche estrecho sobre el lado que daba al agua.

–Liebre ya tiene dos estudiantes –dijo Luciente desde afuera, reclinada sobre la barandilla a la que daba la puerta abierta mientras Connie miraba los dibujos y grabados que le enseñaba Liebre.

–A Débora y Orión no les gusta que vaya a cumplir el turno de defensa. Estuvieron chicoteando sobre eso toda la semana –se quejó Liebre, enredando la mano entre sus cabellos ensortijados.

–¡Escandaloso! –dijo Luciente sin emoción–. Sabían cuando te eligieron que no habías cumplido tu turno de defensa. No tuvieron que esperarte como profe. Que hagan trabajo comunitario seis meses.

–Su chicoteo me entristece –dijo Liebre, intentando hacer cosquillas a Connie en las costillas mientras ella se daba la vuelta sobre las sábanas rígidas–. El ritmo de mi vida interponiéndose en los ritmos de mis estudiantes. Sienten que están creciendo y quieren volar más deprisa.

–¿No puedes trabajar en solitario? No siempre estudiaste con profes. –Luciente se quitó los zapatos y se sentó con los pies desnudos colgando del porche, sin llegar a tocar el agua.

–¿Por qué tienes que cumplir el turno de defensa? –Connie dejó las páginas–. No puedo mirar más. Lo siento... es que no puedo asimilar más.

–Tengo que cumplir el turno de defensa y quitármelo de encima antes de empezar a ser madre. Sería una estupidez hacerlo al revés, cachái...

–Parece que tu sociedad no tiene gran consideración por el arte y los artistas y todo eso, ¿no?

Connie apartó la mirada del radiante desnudo masculino que colgaba en la pared más alejada, junto a otras veinte pinturas, dibujos, grabados y más cosas variopintas. Un cuerpo masculino desnudo colgado así –y con eso colgando– la avergonzaba. No parecía algo que debiera observar con detenimiento, aunque aquellos colores resplandecían, y la piel brillaba desde dentro. No podía dejar de mirarlo, nerviosa, por el rabillo del ojo. Era hermoso aun cuando no debía serlo: como Martin, su primer marido. No podía imaginárselo dejando que alguien lo retratara así, aunque si lo hubiera hecho alguien con talento, su piel habría lucido así de resplandeciente. El modelo del dibujo no era ni Liebre ni Bolívar. A menos que fuera Bolívar siete años atrás, con una barba tupida...

Luciente se giró y acomodó la espalda contra uno de los postes de la baranda.

–¿Por qué dices eso, Connie, amor? La mayoría de nos se dedica a alguna forma de arte, y a veces a más de una.

–Pero es algo *amateur*. Me refiero a artistas de verdad. Como Liebre. No sé nada de esto, pero puedo ver que es de verdad. Aun así, tiene que trabajar en los campos y cumplir turno de defensa y cocinar y todo eso.

Luciente sonrió.

–Pero yo, por mi parte, soy genetista de verdad y tengo que defender y plantar patatas y cocinar y todo lo demás. También como y tomo decisiones políticas y confío en quienes están en el frente para defenderme... igual que Liebre. ¿Pos?

–Comprendo –dijo Liebre con un ligero gesto de la mano–. En el tiempo de Connie pensaban que las personas que eran buenas para algunas cosas, como algunas artes y ciencias, no tenían que hacer nada más.

–Eso seguramente las haría personas bastante estúpidas –dijo Luciente–. Bastante simples..., ¿cachái? ¡Y vanidosas!

–Esa gente tendía a sentir que otro tipo de trabajo degradaba su escultura o su física o lo que fuera. ¿No es así, Connie? –Recorrió el brazo de Connie con los dedos cariñosamente.

Ella retiró el brazo, otra vez avergonzada.

–Bueno, si alguien puede hacer algo... importante, ¿por qué tendría que picar cebollas y quitar orugas de las tomateras?

–¿Comer no es importante? –dijo Luciente con una mueca de estupor.

–Connie, ¡nos pensamos que el arte es producción! Pensamos que pintar un cuadro es tan real como cultivar un melocotón o fabricar equipos de buceo. Ni más ni menos real. Es útil y bueno a un nivel diferente, pero es producción. Si ese es el trabajo que quiero hacer, no tengo que pasar una prueba o encontrar un mecenas. Pero sigo teniendo obligaciones familiares, políticas, sociales, como toda la peña. ¿Cómo si no?

–¿Todo el mundo? ¿Y qué pasa con Bolívar? Está siempre de viaje.

–Bolívar se da el atracón un par de veces al año. En la plantación de primavera, ¡persona cumple la cuota anual y más! Cumple dos semanas completas de preservación en agosto o septiembre.

–Pero, ¿cumplir el turno de defensa no es peligroso?

Ambos rieron a carcajadas, esa risa alegre que les nacía del estómago.

–¿Cómo si no? –preguntó Luciente–. El enemigo no es numeroso, pero tiene determinación. En su día gobernaron todo este mundo, tenían un poder sin igual, más incluso que los emperadores romanos, las riquezas se agotaban por doquier. Ahora tienen el poder de exterminarnos, y nos también. Tienen una base tan limitada –la luna, la Antártida, las plataformas espaciales– para una población mayoritariamente de androides, robots, cibernautas y humanos parcialmente autómatas, que se trata de una guerra de desgaste, pequeñas acciones en zonas en disputa, con incursiones casi en todas partes. Vivimos con ello. Son los últimos residuos. Les tememos, pero hasta ahora hemos prevalecido y creemos que venceremos... Si no se invierte la historia. Es decir, el pasado es un área en disputa.

–¡No entiendo! ¡Me marea todo esto! Pero si Liebre va al ejército, lo pueden matar. ¡Hay gente que merece no arriesgar su vida! ¿O no?

–Muéstrame a alguien que merezca arriesgarla –dijo Luciente–. ¿Qué persona no es preciada para sí misma? ¿Cómo podemos decidir a quién perder y a quién salvar?

–El riesgo, el peligro... no los vemos como algo malo –dijo Liebre lentamente–. No doy brincos por ir. Cierto que no quiero retornar. Pero no quiero ser ignorante. La criatura que está dentro de un cascarón es una babosa débil, como un gusano. ¿Quién debería protegerme? ¿Bolívar? ¿Luciente? ¿Abeja? ¿Halcón? ¿Quién se interpondrá entre la

muerte y yo, la enfermedad y yo, el ahogamiento y yo? Tengo que servir al talento que me utiliza, la energía que fluye a través de mi ser, pero no debo hacer que otras personas me sirvan. ¿No ves la diferencia?

–¿No lo echarás de menos? Debe importarte que se vaya, ¿no? –preguntó a Luciente.

–¿Importarme? ¿Cómo si no? Como también me importa que aún estemos en guerra. Me importa que no podamos disfrutar de la paz y poner todas nuestras energías en lo que las personas necesitan y desean. Echaré de menos a Liebre, cierto. Y me parece muy injusto extrañar a Abeja primero y luego a Liebre, el mismo año... –Luciente miró a Liebre, los ojos húmedos y sombríos. Entonces su rostro se iluminó–. Pero me emociona la maternidad de Liebre. Soy vinculante. También dejaré de madrar... –Luciente volvió a concentrarse en el correr de las aguas–. Débora y Orión deben decidir si van a continuar trabajando aquí en solitario seis meses sin ti, o si tendríamos que cerrar tu taller hasta que regreses.

–Aún tienen una semana para decidir. –Liebre cogió a Connie de la mano–. ¿Por qué actúas tímidamente conmigo? ¿Qué hago que te tensa?

–¡Nada! –Connie taladró a Luciente con una mirada suplicante.

–Entonces, ¿por qué retiras la mano así?

–¿Y tú por qué quieres... cogerla?

Liebre sonrió.

–Cuando vuelva del turno de defensa me comportaré de forma más madura. Entonces ya no te actuarás tan tímidamente conmigo. Abeja es agradable, pero yo soy igual de agradable. –Puso una exagerada cara de coqueteo, haciéndole ojitos–. ¿No te doy pena, en el exilio durante seis meses? ¿No quieres consolarme?

–No coquetees así con Connie. –Luciente le mostró un puño–. ¡Prometiste no tontear con persona!

–¿No te gusta que tonteen contigo? ¿Al menos un poquito?

–Cuando seas madre –dijo Connie, riendo por primera vez en mucho tiempo–, entonces podrás tontear conmigo.

█

–Si tuvieras dolor en la región abdominal y te diagnosticaran una apendicitis, podrías temer la operación, pero no te resistirías. No intentarías irte del hospital, porque sabrías que estás enferma y necesitas ayuda. –Acker había vuelto a arrinconar a Connie en la sala de día, donde había estado viendo una serie de abogados. Detrás de Acker, Tina le hacía muecas para darle apoyo–. Ahora bien, tú no puedes

ver tu cerebro. Pero puedes ver los resultados de la máquina de EEG. No puedes leerlos, porque no tienes los conocimientos pertinentes, pero tus médicos sí. Tampoco puedes verte el apéndice. Pero puedes aceptar la opinión de un experto en ambos casos, o condenarte a estar cada vez más enferma.

–Aparte de por la falta de ejercicio y la comida asquerosa y toda esa medicación que me deja atontada, me siento bien. Caminé más de treinta kilómetros, ¿no?

–Y volviste con abscesos en los pies. Esos sí que puedes verlos. Pero no puedes ver los abscesos de tu cerebro, como si dijéramos. Connie, nos lo agradecerás. Porque gracias a la ciencia médica moderna, no estás condenada a pasarte la vida en una unidad psiquiátrica.

–Mire, supongo que es más barato mantenerme con la asistencia social que tenerme aquí. Pero me iré a casa mañana. Me mataré por conseguir un trabajo. ¡Lo prometo! Fregaré suelos, ya no me importa. ¡Prefiero hacer la limpieza de señoras blancas que estar aquí!

–Por supuesto. Y nosotros queremos que seas capaz de volver al trabajo útil, volver a la sociedad de forma segura: segura para ti y para los demás. Pero ese es el tema, Connie: nadie se fía de ti. Si tuvieras fiebre tifoidea, no pensarías que te dejaríamos ir sin tratarte para que fueras por las calles de Manhattan contagiando libremente a todo el mundo. ¿A que

no? –Acker esperó, sonriendo, las manos sobre las rodillas levemente separadas. A su espalda, Tina hacía mímicas de una muerte espantosa.

–No creo que tenga tuberculosis ni fiebre tifoidea...

–Estaba haciendo una comparación.

–¡Eso ya lo entiendo! –¡Pensaba que era una estúpida!–. Pero no creo que esté enferma. Igual que usted, he hecho cosas de las que me arrepiento y cosas de las que no. Como soy pobre, no puedo contratar a un abogado para que me solucione las cosas cuando quebranto la ley.

–Siempre lo de la mala suerte. Siempre una historia desafortunada. Al escucharte, suena a que no has aprendido nada. Pero yo creo que eres más sensata que todo eso, Connie, y que solo te estás resistiendo. Cuando te plantees tu situación con claridad, en lugar de a través del miedo irracional, verás que nosotros somos tus únicos amigos de verdad... Fíjate en el Piernas. Creo que va camino a recuperarse. Su actitud ha cambiado desde la operación. Está haciendo un esfuerzo, Connie. Y ese esfuerzo habrá valido la pena, espera y verás. Pronto volverá a insertarse en la sociedad, a ser un individuo productivo, curado de sus enfermedades, listo para construirse una vida.

Tina, que se había puesto a tocar un violín, dejó caer las manos rápidamente cuando Acker se giró para marcharse.

Connie le dio vueltas a lo que había dicho sobre el Piernas. Era verdad. El Piernas había cambiado. Repetía como un loro todo lo que le decían, les decía que estaba agradecido. Cuando se lo llevaron a hacer pruebas con fotos de homosexuales, no tuvo lo que ellos llamaban reacciones negativas. Lo que quería decir que no se había empalmado. El Piernas le había dicho que se sentía muerto por dentro. Ellos estaban encantados con él, iban a escribir sobre él en una revista de medicina.

El Piernas quería irse. Le prometieron que así sería. Connie se preguntó si iban de verdad a dejarlo escapar de sus garras. Ya le habían quitado las vendas y el pelo le había empezado a crecer otra vez. Deambulaba por el pabellón, ayudando a los auxiliares. Jugaba a su juego. Aún era un juego, lo presentía; aún quedaba un resto de férrea voluntad reservada en su interior y dándole impulso. Connie había intentado escapar a su manera, el Piernas lo estaba intentando a la suya, pero lo habían desgarrado por dentro. Ese ser hermoso y rápido estaba reducido a cenizas. Le dolía verlo. Habían «reparado» al Piernas porque era demasiado hermoso y los tentaba. Ya no se movía como antes, ahora andaba con torpeza. Era como si finalmente hubiera accedido a imitar la chabacanería de los médicos, su torpe masculinidad, durante un tiempo; pero lo que en ellos era dominio, en él era humildad. Se movía como un robot mal soldado. Sin embargo, no era un robot, daba igual lo que

ellos creyeran haberle hecho. Connie podía sentir la voluntad aún ardiendo en su interior, el deseo de liberarse.

–¿Te estás quedando con ellos, no? –Connie se le acercó mientras el Piernas fregaba la sala de día.

–¿Por qué no?

El Piernas había vuelto a ser amigable con ella, pero ya no flirteaba ni le contaba sus delirantes historias. Estaba entumecido, reducido a un hilo de voluntad que Connie aún podía sentir. No lo habían quemado todo ni arrancado tanto como ellos pensaban, o al menos esa era su esperanza. Algo del Piernas seguía vivo.

CATORCE

Liebre se fue a cumplir el turno de defensa. Luciente pasó una semana sumida en un estado de baja energía que les hizo difícil conectarse, hasta que se tomó un día de retiro en Boophis y se apareció a Connie.

El almuerzo de aquel día en Mattapoissett consistía en una espesa sopa amarilla con trocitos de camarones, cangrejo, almejas y pescado. Halcón estaba comiendo allí otra vez, después de pasar unas semanas con la familia de su compa Centellas.

–No tenía gracia sentarse a la mesa con famis con quienes no podía hablar. Ahora que ya ha acabado el tabú, he vuelto. Creo que me dará calidez estar con nuestra familia. Miren, hoy traje a una persona invitada para comer.

Connie había visto con frecuencia a otras visitas además de ella, la mayoría personas de aldeas cercanas o que estaban de paso, de viaje por distintos asuntos. A veces, una compañía entera de músicos o actores se quedaba una semana entera. Viejas amistades o antiguos famis venían de visita. Luego estaban las personas sin aldea, llamadas educadamente nómadas y, menos educadamente, ráfagas. Una vez había visto a un hombre con un pequeño tatuaje en la palma de la mano: Luciente le explicó que era la marca de un crimen de violencia. A diferencia del resto de las visitas, los nómadas normalmente se sentaban aparte. La gente parecía incómoda con ellos. A veces parecían conocerse entre sí, y una vez que Connie pasó junto a ellos, escuchó una jerga que no supo reconocer.

¿Por qué Halcón había invitado a esta persona a la mesa? Connie pudo distinguir que tenía el mismo tatuaje en la mano, aquella marca de advertencia. Era un hombre de unos cuarenta años, enorme, enjuto y de huesos grandes.

–¡Waclaw acaba de terminar sus estudios con el pueblo Cree! –Halcón hablaba con mucho entusiasmo.

–En el río Attawapiskat. Desemboca en la bahía de James, desde el oeste. –Hablabla con vacilación con una voz que le salía de lo más profundo de la bóveda del pecho.

–¿Cuánto esperaste para estudiar allí? –preguntó Halcón–. ¿Tuviste que esperar mucho?

–Seis años –dijo Waclaw–. Tuve suerte de que al final me admitieran.

–¡Seis años! –El rostro de Halcón mostró un gran desánimo–. ¡Eso es un bajón!

–Si admitieran a toda la gente que quiere estudiar allí, sería muy agobiante –dijo Waclaw con sensatez–. La mayoría de gente no espera tanto, así que no tienen que decir que no a nadie.

–¿Valió la pena, esperar tanto? –preguntó Halcón, aún gimoteando de desilusión.

Waclaw asintió.

–Me puso firme. Casi me quedo. Voy a visitar mi antigua aldea y decidiré. Dijeron que puedo volver si así lo decido, al Attawapiskat.

En cuanto hubo acabado el almuerzo, Connie preguntó a Luciente:

–Es un criminal, ¿no es cierto? He visto el tatuaje.

–Ya no. Persona desagravió. Estuvo estudiando en el norte.

–¿Los Cree, dijo? Como los indios. ¿Aún tienen indios de verdad?

Luciente asintió.

–Esas tierras están fuertemente protegidas, bajo su control. Solo continúan con la caza, la recolección y algunas actividades científicas... El pueblo Cree mantiene un estilo de vida mixto. Cazan y pescan, han creado algo de agricultura del Lejano Norte, artesanías, fabricación limitada. Tienen que tener cuidado, porque la tierra es frágil.

–¿Qué se estudia ahí?

–Una disciplina, un sentido de la integridad. Algo antiguo. Con frecuencia se dedican un poco a la caza o la recolección, un poco al chamanismo y un poco a la ciencia.

–Pero ¿ese fue su desagravio? ¿Ir al norte y vivir así?

–¡Lo preguntas en serio! –Luciente lanzó una carcajada desde el estómago–. Eso es un gran privilegio. Por eso Waclaw tuvo que esperar seis años. No sé qué hizo persona para desagraviar. Pregunta, si necesitas, pero normalmente no lo hacemos. Sentimos que es algo cerrado..., sanado. ¡Olvida!

Connie siguió a Luciente de cerca hasta los campos experimentales donde estaba grabando comentarios sobre el rendimiento.

–Esto ya está. Creo que hemos encontrado unas buenas cepas en las que trabajar el año que viene.

–¿Cómo es que ustedes dejan tanto bosque? –preguntó Connie–. Me acuerdo de aquella discusión en el concejo. En Boca de Mattapoissett nomás veo zonas de bosque, prados, pantanos, ciénagas. Podrían despejar mucha más tierra.

–Tenemos muchísima más tierra con cultivos de alimentos que la que había en tu tiempo. Pero, Connie, aparte de la capa freática, tendrías que pensar en cada área boscosa como un banco de genes salvajes. En tu tiempo, miles de especies estaban en peligro de extinción. Necesitamos ese material genético para reproducirlo. Esa es solo una respuesta desde el estrecho punto de vista de mi propia ciencia.

Abeja las saludó con un gesto mientras guiaba a un grupo de criaturas a través de los campos, en lo que parecía ser una combinación entre una inspección de bichos y una clase sobre la vida de los insectos.

–¡Buena suerte en Oldtown! –les gritó–. ¡Impúlsanos!

Connie miró su ancha espalda reluciente, desnuda, la camisa atada alrededor de la cintura.

–¿De qué habla?

–Tengo que caer luego por Oldtown a presentar nuestros nuevos reques.

–¿Reques?

–Medio palabra, medio broma. Son nuestra lista de requerimientos pero ojalá fueran requisiciones, cachái. Para lo que queremos hacer científicamente este invierno.

Connie hizo una mueca. Dejó parlotear a Luciente durante un rato sobre la controversia del Modelado, pero al final estalló:

–¡Me cuesta muchísimo pensar en ti como científica!

–¿Cómo así? No comprendo.

–Quiero decir... Mmm... Es que el único científico que conozco es el doctor Redding... Supongo que nosotros somos su experimento. Pero ¿cómo iba a conocer a un científico, quiero decir, en el este de Harlem, por ejemplo? Tampoco es que quisiera.

–¿Cuál es la diferencia entre conocer a una persona científica y a una buceadora de vivero?

–Mira a mi hermana Inez, que vive en Nuevo México. Su marido bebe, tiene siete hijos. Después del sexto, fue a la clínica a que le dieran la píldora. Ya sabes... ¡No! ¿Cómo vas a saber? Para una mujer como ella –una católica de verdad, quiero decir, no una ex practicante como yo–, que depende de un marido que no para de hacerle un hijo tras otro, es tan difícil gritar «basta ya» y pedir la píldora... Mira, ella creyó que iba donde un médico. Pero el tipo tenía puesta la gorra de científico y se puso a experimentar. A ella le pareció bien

que le dieran la píldora gratis. Pero no: era una pastilla de azúcar. El médico ese no le dijo lo que estaba haciendo. Así que volvió a ponerse gorda con su séptimo hijo. Nació con problemas. La pobre estaba agotada, exhausta de hacer bebés. Ya sabes, cuando tienes demasiados no nacen tan fuertes. Los quieres, pero hay algo que va mal. Así que este, Richard, nació mal. Ahora tienen toda esa preocupación y problemas de dinero. Tienen que darle al niño una medicación y mandarlo a una escuela especial, pero es cara. Y todo porque Inez pensó que había ido a un médico, pero era un científico.

–¿Todo esto es realmente así? –Luciente miraba con los ojos negros endurecidos por el asombro.

Connie apartó la vista y miró hacia el río, que en esa parte era una pequeña corriente de aguas color café. Se dirigían de regreso a Mattapoissett, pasando como siempre junto a gente anciana, criaturas, personas jóvenes trabajando aquí y allá, quitando malas hierbas y dando de comer a los animales, sacando escarabajos de entre los cultivos, plantando, discutiendo con gestos y refunfuños, correteando bajo el peso de objetos brillantes en cestas equilibradas sobre la cabeza, o en unas alforjas, o en canastas a la espalda, con bebés bajo el brazo, la cadera o la espalda.

–Les gusta probar nuevos medicamentos con gente pobre. Especialmente gente morena y negra. Con reclusos,

también. Entonces... ustedes también tienen que usar a gente para probar medicamentos, ¿no?

–Usamos computadoras para los modelos biológicos. La mayoría de los medicamentos se descartan mucho antes de la etapa de prueba. En tu tiempo, creo que la gente hablaba de efectos y efectos secundarios, pero eso no tiene sentido.

–¿Cómo? Cuando tomo Thorazine, por ejemplo, los efectos me controlan, me dejan medio muerta, pero tengo un montón de efectos colaterales, créeme, como dolor de garganta y... estreñimiento, mareos, hablo raro...

–Pero Connie, flor, ¡todos son efectos! Las empresas farmacéuticas de tu tiempo etiquetaban como efectos secundarios las cosas que no querían resaltar como ventajas. Es una manera rara de ver las cosas, como un caballo con anteojeras.

Connie elevó el mentón.

–Pero hay una diferencia. El efecto principal es el objetivo por el que haces algo.

–¡Pero Connie! El mundo no sabe eso. ¿No lo ves? Vamos por aquí: hoy han soltado a las abejas.

Atravesaron el complejo de Goat Hill, donde peces criados en tanques calentados con energía solar fertilizaban el agua que luego se utilizaba para cultivar verduras. Dentro de las

cúpulas de piscicultura, hombres y mujeres brillando de sudor trabajaban vestidos solo con unos pantalones cortos. En el exterior había una piscina especial para refrescarse, con gente chapoteando y nadando.

–Ejemplo: una fábrica hace un producto. Pero ahí no acaba todo. Tenemos que dar cuenta de cada gramo de acero que usamos: pensar si lo que se ha hecho es necesario y verdaderamente deseado. Es un gramo menos para otra cosa... Cojamos una bici.

–Tienes que pedalear por mí. –Connie se sentó atrás.

–Cierto, te llevaré como a un bebé. Vamos a Oldtown. –Pedaleando en un tándem, Luciente parloteaba por encima del hombro, casi sin aliento–. Una fábrica también puede contaminar y dejarnos sin agua potable corriente abajo. O matar peces que no podemos comer. Enfermedades, defectos genéticos... Todo eso también es producto de esa fábrica. Una fábrica utiliza agua, energía, espacio. Utiliza tiempo, las vidas de quienes trabajan allí. Si el trabajo es aburrido y alienante, produce gente aburrida, enfadada...

–No me has contestado en quiénes se prueban las drogas. Quiero saberlo. ¿En criminales?

–Lo siento. Empecé a discursar. Nos ofrecemos voluntariamente.

–Apuesto a que sí. Lo mismo dicen de las cárceles. Decían que Claud se había ofrecido como voluntario para la hepatitis. Pero, en la cárcel, por un dólar al día matarías a tu mejor amigo. Porque no tienes otro modo de tocar dinero. Todo lo que hay en la cantina hay que pagarlo. O te pasa que tu familia tiene problemas. Quieres salir antes. Te dicen que a lo mejor te dan la condicional, si cumples. Así que te ofreces como voluntario.

–Pero aquí nadie tiene carencias. Lo único que consigues si te ofreces voluntariamente es un poco de prestigio. Los concejos locales pueden darte créditos de lujo o sabáticos extra. Tiempo libre, sobre todo. Si no hay suficientes personas que se hayan ofrecido voluntarias para algo, lo descartamos. A veces la gente escoge este tipo de proyes para desagraviar, pero esa es una cuestión entre quienes desagravian y quienes hayan sufrido el daño.

–¿Alguna vez te has presentado como voluntaria?

–Para medicamentos, no. No me gusta tomar drogas, ni siquiera cuando tengo que hacerlo. No las usamos mucho. Hacemos curas coop, cuando una persona sanadora te ayuda a mejorar hábitos para prestar atención, comer mejor o cargar bien la espalda.

Pedaleaba a un ritmo constante. Ya habían pasado Mattapoissett, el dique; Lucero, que estaba cargando cajas de almohadas y edredones en un barco, paró para saludarlas.

Pasaron el puente para Cranberry y pedalearon hacia los muelles de Oldtown.

–Me he ofrecido para probar aparatos nuevos. Me rompí la escápula probando un aerobote solar. Nos admiramos mutuamente por arriesgarnos por el bien común. A todo el mundo le ondea que lo admiren, ¿cómo no? Más amor, más atención. Además, todo el mundo anhela siempre tiempo extra. La vida es corta, ¡y hay tanto por hacer!

Dejaron el tándem en uno de los soportes y caminaron por un sendero de Oldtown, donde estaba el puerto principal. Era una aldea portuguesa cuyas principales actividades eran la construcción y reparación de barcos, la pesca de mariscos y la pesca submarina.

–Se levantan a las tres o cuatro de la mañana cuando salen las barcas, así que se libran de las reuniones nocturnas. Tienen sus encuentros por la tarde, por eso tengo que presentar reque a las tres p.m. ¿No es hermoso este lugar? ¡Algunos de estos edificios tienen cuatrocientos años!

Habían adaptado los edificios antiguos, aunque entre ellos había los mismos prados y plantaciones que en todas partes. Un anciano de barba rala recogía moras sin prisa, en lo que una vez habría sido el jardín de un complejo hotelero; comía alguna de vez en cuando, pero la mayoría las metía en una cesta que sostenía en su brazo marchito. Estaba con una criatura que comía más de lo que cogía y que cantaba con el

anciano, unas veces al unísono y otras con marcado contrapunto, pasatiempo que interrumpía constantemente con preguntas que el anciano contestaba despacio.

–¿Por qué la vida es corta? –preguntó Connie–. Las personas ancianas aquí son sanas, están seguras, no viven aisladas. Pero envejecen. Y mueren, no mucho más tarde que nosotros. ¿Por qué no vivir más tiempo?

–Decidimos no intentarlo.

–¿Quiénes?

–Los concejos. Los encuentros municipales. Así es como se deciden las cuestiones generales sobre la dirección de la ciencia.

–¿Te refieres a personas como yo? ¿Cómo podría decidir yo si habría que hacer una bomba atómica o lo que sea?

–Por supuesto que podrías decidir. Te afecta, ¿cómo si no? Una persona repre de la base es quien habla. A nivel local para un proye pequeño. Pero si se trata de un proye mayor, como sería investigar para prolongar la vida, entonces decide todo el mundo. Para empezar, cuánto costaría. Cuántos recursos y mano de obra necesitaría. Todo eso habría que definirlo. Cuáles serían las consecuencias en el yin y yang del asunto, las que pudiéramos prever o suponer.

–Pero ¿cómo sabría si tú eres una buena científica o no? No sé nada de nada sobre genética. Para cuando lo entendiera, ya sería vieja.

–Eso no lo sabrías. Pero podrías decidir si mi base debería agarrotarse con la cría de calabacines resistentes a perforadores, patatas resistentes a la sarna o maravillosos lirios comestibles. En cuanto a los resultados, si los experimentos son o no válidos, todas las personas que nos dedicamos a la investigación científica dedicamos un tiempo a revisar mutuamente nuestro trabajo. Se hace por sorteo.

–Pero suena como una especie de dictadura. Quiero decir, en nuestro tiempo, la ciencia se mantenía... ¿pura, quizás? Solo los científicos podían juzgar a otros científicos. Hay todo tipo de historias sobre científicos perseguidos por la iglesia o los gobiernos, solo porque se dedicaban a la ciencia.

–Pero Connie, en tus tiempos solo las grandes corporaciones y el Pentágono tenían dinero suficiente para pagar por la gran ciencia. ¿No crees que eso tenía un efecto sobre aquello en lo que trabajaba la gente? ¡Dulces petunias! Lo que hacemos recae en todo el mundo. Utilizamos una gran cantidad de recursos con factores de confusión. Materiales escasos. Energía. Tenemos que considerarlo todo. Solo hay una masa de aire que respirar. Las personas que se dedicaban a la neurología extinguieron la aplysia por usarla en sus experimentos, ¿cachái? ¡Hicieron casi lo mismo con los chimpancés! ¡Cuánta arrogancia!

–Pero ¿por qué ustedes no prolongan la vida? ¿La gente anciana también votó en eso?

–Cierto. Más adelante hicimos un desglose por edades para asegurarnos de que la gente joven no estuviera votando contra extender la edad, olvidando a las personas ancianas. Creo que la cuestión se resume en que aún estamos reduciendo la población. Cuanto más viven las personas, se hace más difícil reemplazarlas con cierta frecuencia. Pero casi no hay peña que no desee la oportunidad de madrar. Por eso tenemos que volver a la tierra. Tenemos que morir. Al final, la gente se cansa. Después de un tiempo, tus compas de miel, tus compas de mano, mueren en accidentes o por enfermedades, lo que sea. Al corazón también le llega la vejez.

–Bueno, te rindes.

–Somos parte de la red de la naturaleza. ¿No te parece hermoso?

–¿Como si fuéramos animales? ¡No! ¿El polvo al polvo y todo ese rollo?

–Celebramos cientos de ceremonias sanadoras por el mundo en que vivimos con tantos otros seres. Escucha...

–Luciente saludó con la mano al niño y al anciano, que habían acabado de recoger moras. Cantaron al unísono mientras se preparaban para marchar:

Gracias por la fruta.

Cogemos lo que necesitamos.

Otros animales comerán.

Gracias por la fruta,

por llevar la semilla.

Lo que ofreces es dulce,

¡vive mucho y multiplícate!

–Aprendemos en la infancia a cantar eso a cada árbol o arbusto del que cogemos frutos.

Con o sin Secobarbital, esa noche no durmió. A la mañana siguiente venían a por ella; la llevarían al hospital donde hacían las nuevas operaciones. La noche previa a la silla eléctrica. Clavó la mirada en la penumbra. Las luces estaban encendidas en el vestíbulo de la sala de enfermería, donde el personal nocturno del fin de semana jugaba al *bridge*. Estaban en medio de una partida en la que la enfermera de noche jugaba como compañera de Stan el Hombre, y la auxiliar de mujeres, Jean, era compañera del camillero Chris. La enfermera y Stan el Hombre eran diez años mayores que Jean y Chris, y llamaban al juego Brecha Generacional. Se pasaron toda la noche bromeando y bebiendo cerveza.

A pesar de que era una partida ruidosa, aquello no era lo que la mantenía despierta, no más que los suaves ronquidos que escapaban de la boca entrecerrada de Tina, acostada en la cama de al lado, sino la mañana que se avecinaba. Al día siguiente le implantarían una máquina en el cerebro. Ella sería el experimento. Violarían su cuerpo, su cerebro, su ser. Ya no podría fiarse de sus propios sentimientos. No sería ella misma. Sería su monstruo experimental. Su juguete, como Alice. Su herramienta. No tenía ganas de cruzar a Mattapoissett esta noche; quería saborear los últimos vestigios de su identidad antes de que se los arrebataran.

Acostada en la penumbra, sintió que la rabia se inflamaba dentro de ella como un viento amargo. ¡No había tenido suficiente! ¡Y no quería decir suficientes cosas materiales, no! No se trataba de poca comida para comer, ni de ropas para llevar, ni nada de eso. Sino que no había... hecho suficientes cosas. Ni disfrutado lo suficiente. La fealdad la había rodeado, la había hecho prisionera durante toda su vida. La fealdad de los apartamentos de alquiler, las chabolas, El Barrio (en El Paso, Chicago o Nueva York), las paredes mugrientas, las calles apestosas, el aire nauseabundo, los oscuros pasillos que olían a pis y aceite rancio, la vida como una llaga abierta, todo eso le había ido quitando fuerza.

Los dueños de este lugar, de estas ciudades, de esos resplandecientes edificios de oficinas acristalados en pleno centro atiborrados del ronroneo del dinero facturado; los

dueños de esas refinerías sobre el río en Jersey, con las llamaradas de sus chimeneas lamiendo el aire; esos, esos no daban nada a cambio. Tomaban y tomaban y dejaban que su basura estrangulara el aire, el río, el mismo mar. Que la estrangulara a ella. Una vida de desperdicio. Desperdicio humano. Había tenido muy poco de lo que su cuerpo necesitaba y demasiado poco de lo que su alma podía llegar a imaginar. Había sido capaz de hacer muy poco en sus años de vida, y ese poco había sido mal pagado o castigado. Todo lo demás era escoria.

¿Quién podría llegar a pagar por el sufrimiento de parir a una criatura en medio de la basura y el dolor? Nunca sería suficiente. No le habría podido dar nada de lo que hubiera querido, ni siquiera ella misma, nada de lo que habría deseado ser con ella, para ella. Nada de lo que podía desear para ella se haría realidad. ¿Quién podría pagar por el dolor de levantarse día tras día, año tras año, en una habitación oscura bailando con las cucarachas, en una calle que no era más que la cloaca de una muerte lenta? Toda su vida había sentido que moría célula a célula: gotas de esperanza, alegría, amor, lucecitas que se iban apagando una tras otra. Cuando su cuerpo fuera solo dolor, ¿moriría? ¿Moriría y envenenaría la tierra como la víctima de una plaga, como toneladas de plomo?



Fuera, la sequía hacía que los árboles mudaran antes de tiempo. Las ramas de los pinos terminaban en ramilletes marrones de pinocha muerta. Arces y robles mostraban unas ramas ya doradas, como una versión apagada del color otoñal. El cielo era de un azul brumoso, casi *beige*, inundado de polvo. Cuando se la llevaron al otro hospital, a eso de las nueve, ya hacía calor para ser septiembre.

No le cortaron el pelo ni le afeitaron la cabeza hasta que estuvo en el nuevo pabellón. Valente le había dicho al doctor Redding que eso disgustaba a las pacientes. Sintió el frío roce de las tijeras en la nuca, en la oreja, con su peso estremecedor como un tiburón que nos tocara con la nariz al pasar. Su pelo iba cayendo con cada repiqueteo de las tijeras, amontonándose en el suelo como si fuera basura. Algo que barrer y tirar. Ninguna zarzamora crecería de la esquilada de su cabeza. Rico en nitrógeno y oligoelementos: Luciente siempre estaba diciendo cosas así. Pero Luciente no estaba con ella esa mañana.

Sibila se había quedado de pie en la puerta para verla marchar, revelando en el rostro sus esfuerzos por no llorar. En su mente podía ver cómo caía el pelo caoba de Sibila, los largos y hermosos cabellos de un delicado rojo natural que variaba en cada mecha. Muchas veces cepillaba el pelo de Sibila y siempre le maravillaba cuánto amarillo y marrón y bronce y zanahoria y avellana había en el pelo caoba de Sibila, un espectro de colores cálidos.

Mientras le afeitaban la cabeza, intentó pensar en Abeja, cuya inmensa cabeza bien moldeada se veía tan bonita rapada. Pero no creía que ella fuera a verse tan fuerte y atractiva cuando le robasen el cabello. No le habían dado nada para desayunar. Le habían administrado un calmante muy fuerte pero no la habían dejado inconsciente. Le dijeron que no estaría realmente consciente, pero sí que lo estaba. Podía escuchar a los camilleros haciendo bromas mientras la llevaban a la sala de operaciones.

Se había preparado para todo tipo de horror. Todo menos aburrimiento.

Primero, el doctor Redding le perforó el cráneo. No dolía; simplemente era terrorífico. Podía sentir la presión, el hueso cediendo, el taladro penetrando. Después los vio coger una aguja para insertar algo. No entendió qué era, porque no sentía nada. Parecían esperar a que le hiciera efecto, fuera lo que fuera, y ella también esperó con una ansiedad que le quitaba el aliento, hasta que escuchó hacer referencia a una «solución radiopaca». La habían dejado calva y la estaban tiñendo. El juego de palabras se quedó colgando en su cerebro penetrado.

Después le colocaron una máquina encima, a la que llamaron máquina estereotáctica, y se la encajaron en la cabeza con tres pernos de metal afilados, como si fuera una pared en la que estuvieran incrustando un abrelatas. Tac, tac, tac. Parecía que intentaban resolver en qué punto iban

a concentrarse, según sus palabras. Se sentía rara, a punto de desmayarse. Flotaba a kilómetros por encima de su cuerpo desvalido, apuntalado sobre sábanas verdes y toallas en una especie de silla operatoria, como un sofisticado sillón de dentista. Estaban usando una máquina de rayos X. Hablaban de estructuras destino y el doctor Redding alardeó:

–Menos de 0,5 milímetros de factor de error.

El terror atravesó el velo de la droga como una aguja penetrando en el hueso que protegía su frágil y esponjoso cerebro. ¿Cuánto de ella estaba comprimido en ese espacio? Si se les resbalaba la aguja, quizás podían llegar a borrar el recuerdo de Claud. Sentía el cerebro muy atontado, pero no así el corazón, que golpeaba fuerte y agitado en el esternón como un pájaro cautivo. Oculto en su jaula de huesos, creyéndose a salvo.

Quería llorar, gritar. Pero estaba contenida en un globo que tenía metido bien dentro del cráneo, flotando hacia el exterior por el agujero que le habían hecho, suspendida sobre ellos, más liviana que el aire. Qué amables eran por haber tenido la paciencia de utilizar tanto de su valioso tiempo médico en decidir dónde presionar. Qué maravilla que no hubieran usado un gran abrelatas, sin más, y le hubieran arrancado la tapa de los sesos para rebañárselos con una cuchara. Hay gente que come sesos.

–Se los pueden comer. Fritos –dijo de repente.

Los ojos de Morgan se ensancharon encima de la mascarilla.

–¿Qué ha dicho?

–Algo sobre comer –dijo la enfermera de cirugía.

–No hay duda de que hemos estimulado uno de los centros del apetito –dijo el doctor Redding–. Estamos ahí abajo. Cuanto más alto se cauteriza, más se ven involucradas las facultades intelectuales. No creo que este tipo de pacientes tengan mucho que les sobre en esa zona. Estamos buscando los centros de agresión, las emociones primitivas descontroladas.

Ahora miraban fotografías, como las que los astronautas tomaban de la luna. Ese preciado país desconocido que era su cerebro. Jugeteaban con otra máquina que decían que era un simulador, similar a la que tenía pegada al cráneo como un mosquito a punto de chuparle la sangre. Le habría encantado probarla con ellos. De repente, se dio cuenta de que esos hombres consideraban los sentimientos como una enfermedad, algo que había que extirpar como un apéndice podrido. Fríos, calculadores, ambiciosos, creyéndose racionales y superiores, iban a la caza de la hembra de animal agazapada, atravesándole el cerebro con un bisturí. Desde pequeña le habían dicho que lo que sentía no era real,

que no tenía importancia. Ahora estaban a punto de meterle algo que programaría sus sentimientos como un termostato.

Tiempo... tiempo. Sí, lo que le sorprendió fue el aburrimiento. Podría haberse quedado casi dormida, allí encorvada. Las mascarillas verdes, como si fueran ladrones, les cubrían la cara, pero podía distinguir fácilmente al doctor Redding del doctor Morgan. Redding era brusco, controlado y animado. Morgan era todo remilgos, preocupación, cada uno de sus movimientos parecía un procedimiento burocrático evaluado por todo tipo de normas, internas o externas.

De pronto distinguió un objeto nuevo sobre el que empezaron a jactarse. Las enfermeras se acercaron para observar. El juguete nuevo. Era un disco de metal labrado, como una moneda no más grande que la de veinticinco centavos, y llevaba anexados unos tubos y una bolsa de diálisis en miniatura. Se transformaría en un monstruo andante, con una pequeña computadora en su interior y una dosis anual de drogas para mantenerla atontada. El aparato entero cabía en una mano; se lo insertarían bajo la bóveda craneal, como un mosquito posado cómodamente en su cerebro.

Sintió algo desagradable en la cabeza mientras se lo colocaban. Todo era desagradable. Quizás volviera a sentirse bien. Lo estaban cerrando con cemento. Una medida temporal. Dijeron que querían monitorear la lectura durante

un mes o dos, por si querían cambiar los químicos que le iban a dar mediante la bolsa de microdiálisis. Le ponían un tapón de pegamento para no cerrar puertas.

Después de aquello sintió que le iba a explotar la cabeza. Le dolían hasta las muelas. No quería moverse. No le importaba nada. Tirada en la cama, sus ojos entrecerrados ignoraban a los pacientes y a las enfermeras que veía pasar por el pabellón de neurología.

Cuando la devolvieron a su propio pabellón, permaneció indiferente y aturdida durante una semana. Acker vino a hablar con ella. Intentó hacerle unas pruebas y que contestara unas preguntas, le trajo diagramas y lo que ella siempre había llamado sus juegos infantiles. ¿Por qué iba a contestarle? Estaban esperando a que se curase para jugar con ella, eso sintió.

El Piernas, que se había transformado en un buen paciente, le trajo comida en una bandeja. Por educación, no la miró; estaba más desnuda que si le hubieran quitado toda la ropa.

Tina le leyó el periódico, intentó entablar conversación. Sibila vino y se sentó a su lado pacientemente, la dejó sola y volvió, como a la espera. La voz de Tina, alzándose como una abeja indignada, la penetró como un zumbido. No era capaz de hablar. Le daba igual. Era una naranja que se pudría y se ponía cada vez más verde. La única persona que le

interesaba ver era el Piernas, en su ir y venir limpiando el pabellón y haciendo recados para los auxiliares y otros pacientes. Iba vestido con sus ropas de calle; el pelo castaño le había crecido un poco, por partes. Parecía más joven y más viejo al mismo tiempo: más joven por su angulosidad, su recién estrenada torpeza; más viejo por la cautelosa falta de expresión del rostro. No podía dejar de sentir que la voluntad del Piernas era como un cuchillo oculto, y le daba envidia que hubiera conseguido retener ese poder. Cuando se atrevía a pensar, se preguntaba cómo haría él para conservar su voluntad escondida.

Habían decidido operar a Alice la semana próxima. Decían que sabían exactamente qué tejido de su cerebro tenían que coagular, dónde había que hacer un agujero en aquello llamado Alice. Luego le quitarían los electrodos, habían prometido, igual que al Piernas. Se habían cansado de jugar con Alice, que se había vuelto pasiva y taciturna. A veces se sentaba al borde de la cama y se reía un montón, como si estuviera borracha, aturdida. Para hundirse enseguida en un pozo vacío.

Al Piernas le habían concedido permiso para salir del pabellón. Iba a la cantina y traía rosquillas, bollos, golosinas o cigarrillos para cualquier paciente que pudiera pagarlos. Los médicos tenían su propia máquina de café en la sala de reuniones, y hasta a los pacientes se les permitía a veces hacer café por la tarde en la pequeña cocina que usaba el personal de menor rango. Dolly había venido a visitarla justo

después de la operación, pero no la habían dejado entrar. Había depositado algo de dinero para Connie. Connie fingía pedir golosinas de la cantina igual que los demás. Recordando las insistencias de Luciente, retiraba algo de cambio para hacer un pedido, pero luego le decía al Piernas, por lo bajo, que no le trajera nada. Setenta y cinco centavos cada vez; así iba juntando capital para escaparse. Al menos aún le quedaba energía para eso.

El miércoles el doctor Redding le anunció al Piernas que le iban a conceder un permiso de fin de semana, en voz bien alta, para que todo el mundo lo escuchase. Podía ir a casa con sus padres desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde. El doctor Redding hizo el anuncio teatralizando a conciencia, diciendo que si el Piernas demostraba que se comportaba, este sería el primero de muchos permisos, el primer paso hacia su reinserción en la sociedad. Todos tenían que envidiar al Piernas; todos lo envidiaron. Los médicos casi habían acabado con él, a menos que se demostrara la necesidad de otra intervención quirúrgica, una frasecita que añadieron.

El Piernas dijo que estaba agradecido y que les demostraría que podía llevar bien una visita a casa. Se quedó ahí encorvado, perdida su elegancia con esos pelos esquilados que recordaban a barracones, al ejército, y mirando a Redding a los ojos le dijo que se iba a portar muy bien, que era su niño agradecido, que ya estaba curado.

Sintió un espasmo extraño, como si algo tironeara dentro de ella.

El viernes, mientras el Piernas se organizaba para ir a casa y esperaba a que lo vinieran a recoger sus padres, Connie se levantó por primera vez desde la operación, salvo por las veces que se levantaba para ir al lavabo y regresaba a la cama, y se puso la bata. Temblando, se ató el cordón y se dirigió dando tumbos al pabellón de hombres. Se sentó en la cama del Piernas y esperó a que se le pasara el mareo. No tenía permitido hacer eso, pero los auxiliares todavía no habían llegado.

El Piernas la miró, con los ojos cautelosos y agotados inyectados en sangre.

–Hola, monstruo –dijo él en voz baja.

–Hola, monstruo –contestó ella, y sonrió por primera vez desde la operación–. Queda muy poco de ti y demasiado de mí.

–¿Lo notas dentro?

–Me siento podrida. Colocada.

–Te admiro por haber intentado escapar, ¿sabes? Ojalá lo hubieras conseguido.

–Si tengo oportunidad, volveré a intentarlo –dijo de forma casi inaudible.

–Pero... con esa cosa en la cabeza, igual te mueres.

–O igual se le acaba la batería o lo que sea que le hace funcionar y se para. O se gasta toda la droga. Conozco a un tipo, Otis, que tiene una clavija de metal en la rodilla desde Vietnam.

–Creo que a lo mejor algo en el cerebro es más peligroso... Pero ¿por qué no morir en el intento?

–Hoy sales de aquí.

El Piernas esbozó una mueca.

–Al hogar, con mis amorosos progenitores. De regreso de la fábrica donde me enviaron a reparar, en período de prueba. Cuando se rompe, se manda a arreglar. Si se tuerce, se endereza. Si se arruga, se plancha.

–Pero aún tienes la voluntad de luchar contra ellos, puedo sentirlo.

–Algo han ganado. Ya no tengo ganas de follar con nadie. Ni de amar a nadie. No siento nada de amor. Me siento como si fuera un bloque de hielo.

Tony pasó silbando, la vio sentada sobre la cama y entró. Connie se levantó antes de que la tocara.

–Cuídate, Piernas.

–Así lo haré. –El Piernas le devolvió una sonrisa llena de tristeza. Después la besó levemente en los labios–. Sigue intentándolo. –Tenía los labios fríos y duros. Tímidamente, Connie le devolvió el beso.

Tony hizo obscenos ruidos de besuqueo.

–Venga, corten el rollo. Nada de contacto físico. Ya veo que te arreglaron bien lo de ser maricón, ¡pero estás igual de loco!

Atravesó pesadamente el pabellón de vuelta a su cama tan rápido como consiguió mover sus piernas anegadas, con el cuerpo mareado cabalgando su propia tormenta.

Era domingo por la noche y el Piernas aún no había regresado. El lunes, el rumor ya se había extendido por el pabellón al ritmo del boca a oreja. El domingo por la mañana, el Piernas se había rajado la garganta con un cuchillo eléctrico, en la cocina de la casa de sus padres. Habían escondido las hojas de afeitar, las pastillas para dormir, las aspirinas, pero no habían pensado en el cuchillo eléctrico para trinchar el pavo.

Sibila le susurró a Connie que había escuchado que su padre se había enfadado con el doctor Redding y lo había llamado matasanos. Le había escuchado decir que era inaceptable que el hospital hubiera enviado al Piernas a matarse en su cocina.

Se levantó de la cama y se paseó agotada por el pabellón, con Sibila a su vera. Mientras se enfrentaba como podía a los vaivenes del pasillo, pensó que los doctores Redding y Morgan tenían razón al pensar que habían curado al Piernas. Antes solo había sido capaz de intentar suicidarse: gritos de auxilio tallados en la piel. Ahora, le habían curado el titubeo, la indecisión. Le habían enseñado a actuar. Le habían enseñado el valor de una muerte rápida y limpia.

QUINCE

–¡Aala! ¡Nunca había guipado alguien tan lanudo! –La mujer se apoyaba sobre una cama rodeada de espejos: espejos en el techo, en el respaldo de la cama y en uno de los lados.

Connie se hallaba en medio de la habitación sin ventanas, desconcertada, mirando incrédula a su alrededor. Había intentado una y otra vez establecer contacto con Luciente, pero había sido incapaz de sentir su presencia en todo el día. Al final, se lanzó hacia adelante con una furia tenaz, reclamando a Luciente que la recibiera.

La mujer lucía un cabello con mechuras malva y platino peinado en una intrincada torre de rizos y pequeños bibelots, con perlas goteando como en un tocado de novia.

Llevaba un vestido largo de una sustancia resbaladiza que tintineaba y cambiaba de color cuando se movía; tenía una raja a un lado y cortes aquí y allá, de manera tal que a veces le asomaban los senos o el ombligo aparecía y se escondía y volvía a aparecer. Cuando Connie se había materializado, la mujer estaba recostada contra un cúmulo de almohadones apelotonados; fumaba en pipa y masticaba lo que parecían nubes de azúcar anaranjadas que iba cogiendo de un bol colocado sobre el peludo cubrecama. La habitación tenía el aire acondicionado encendido.

–Alguien me está gastando una broma, enviándome una transfe privada. Creo que no tiene ni pizca de gracia. Cuando lo descubra, ¡te arrepentirás! Cash no lo va a dejar pasar. ¡Y tiene medios para encontrarte, friki cutre, seas quien seas!

Saltó de la cama de un brinco y se puso frente a Connie, temblando de rabia. Tenían más o menos la misma altura y el mismo peso, pero la mujer era más joven y su cuerpo parecía una caricatura de la feminidad, con una cintura diminuta, enormes pechos puntiagudos que sobresalían como los sostenes que Connie había llevado en los años cincuenta. Solo que la mujer no llevaba sostén. Tenía el estómago plano, pero las caderas y los muslos eran de una dimensión exagerada, con curvas audaces. Cuando dio unos pasos arrastrando los pies, parecía que apenas pudiera caminar, por la exuberancia de los pechos y el culo y el entrechocar de los muslos.

–Pero ¿cómo te colaste aquí? En este complejo solo meten a chicas con contrato y agentes de nivel medio, a nadie más. Está estrictamente S.V.

–¿S.V.?

–Segregado y vigilado. ¿Estás programada? ¿Cómo entraste aquí, eh?

Daba pisotones de aquí para allá con sus pies pequeños, ridículamente pequeños. Parecía como si en cualquier momento fuera a perder el equilibrio y caerse, con esos pies y los tobillos y las muñecas diminutas, la cintura también diminuta, la cabeza pequeña con la torre de Pisa encima.

De algún modo, Connie había acabado en el lugar equivocado. En lugar de en Mattapoissett, había caído en algún otro lugar en el futuro.

–Quizás esté en el lugar equivocado, pero me dejaron pasar. Ya lo ves. Entonces, ¿dónde estoy?

–No te dejaron pasar. ¡Ja! Nadie te tomaría por una contrata. Ni siquiera te has hecho los primeros injertos. Si alguna vez te has hecho una ope de belleza, la has revertido. ¡Jamás te dejarían esos pelos y esa piel! Eres tan morena... Quiero decir, yo también era así. Pero, fijo, ¡me hicieron todo el *pack*! A los quince me seleccionaron, y todavía estoy con las inyecciones y las re-opes.

–Pero ¿dónde estoy? En Mattapoisett no, eso es obvio.

–A ver, cutre, estás en Nueva York. ¿Dónde si no?

–¿Dónde en Nueva York? –Buscó una ventana, pero no había ninguna–. Me llamo Connie. Siento haber llegado aquí por error.

–Ya lo creo que lo sientes. Estoy de contrata para un SD de nivel 4. –Batió las pestañas, de dos centímetros y medio, y esperó a ver la reacción que provocaría lo que acababa de decir. Sus ojos tenían tendencia a entornarse bajo el peso de los párpados–. Estamos en la 168 con Archivo General, y todo este complejo está reservado para contratas y agentes de nivel medio. Aquí no hay nadie salvo agentes médicos, legales, de seguridad y de transporte de nivel medio. Sea como sea –sacudió la cabeza con sumo cuidado mientras hacía temblar la torre de sus cabellos–, soy Gildina 547–921–45–822–KBJ. Será mejor que me des una expli de cómo entraste aquí porque estoy a punto de pitar.

–Viajo en el tiempo.

Connie sonrió con sofisticación. Era casi divertido. Se imaginó cómo se habría sentido Luciente dejando caer aquella increíble verdad en oídos ingenuos. Ahora era ella la visitante de otro lugar. De alguna manera, hablar con Gildina era como hablar con Dolly cuando iba colocada de anfetaminas, y un poco como conversar con un caniche.

–Es que hay un proyecto.

–¿Sí? –Gildina intentaba decidir si debería fingir que lo sabía o no–. Cash sabe de esas cosas..., después de todo, es un nivel cuatro. ¿Y eso qué tiene que ver con que hayas aparecido en mi depa?

–Todavía hay fallos. He estado en 1976. Tenía que acabar aquí de vuelta, pero no en tu depa, créeme.

–¡Ja! Eres una cutre y además pareces vieja; ¡debes de tener veinticinco o veintiséis! También eres fem, aunque no te hayas hecho una ope. Nunca te habrían seleccionado para viajar en el tiempo. ¡Habrían pillado a un Cibo o un Asesino!

–Nací en 1938. ¿Quieres ver mi carné de la seguridad social? –En realidad, por supuesto, no lo llevaba encima; estaba en el hospital.

–¿Qué es «carné»?

–Lo que enseñas... una tarjeta para que sepan quién eres.

–Pero todo el mundo lleva implantes. ¿Para qué les sirve saber quién eres, si no saben cuándo ni cómo? –Gildina se tiró en la cama–. Uy, mucho Éxtasis. Me paso un montón con el Éxtasis. Cash dice que me meto demasiado. Pero es que me hace flotar.

–No soy una alucinación. –A Connie le entró la risa. Se le hacía rarísimo estar convenciendo a alguien de aquello–. ¡Tócame!

–No seas lesbi. No tienes contrato conmigo.

–¿Qué es un contrato?

–¡Igual sí que eres de un pasado remoto! ¿Me lo preguntas de verdad?

Ella asintió, sentándose con cuidado sobre un objeto redondeado que parecía estar relleno de aire.

–Todos los agentes hacen contratos. Contratan sexo. Significa que accedes a abrirte de piernas por tanto tiempo por tal cantidad. ¿Entiendes? Como yo, que tengo un contrato de dos años. Algunas chicas nomás tienen de una noche o mensual, eso es lo estándar. Pueden darte una patada a final de mes con solo un día de antelación. Eso no es vida. Fijo que a veces alguna protuberante superior acaba con un contrato de diez años. Yo no conozco a ninguna, pero he oído hablar de ellas.

–Pero ¿y si antes te cansas del agente?

–Entonces te puede demandar. Además, no puedes deshacerte de un contrato a no ser que lo hayas comprado, que pagues lo que te pidan para quedar libre. A no ser que hayas ahorrado lo suficiente, ¿y quién gana tanto? Fijo que

si él lo rompe, si no puede demostrar negligencia o adulterio, entonces lo tienes pillado y te tiene que pagar, o al menos instalarte. Mi contrato tampoco es solo manutención. Me da lo suficiente para mantener mis inyecciones y re-opes y ropa y un poco para el Éxtasis y otros subidones que me gustan.

–¿Qué pasa cuando se te acaba el contrato?

Gildina se encogió de hombros, nerviosa.

–A veces renuevan. La primera vez que tuve uno de un año, el agente aquel me lo renovó: era un tipo que hacía transporte terrestre de rango inferior. Si te botan, a veces te sale un candidato. A veces vas tirando con contratos de una noche o de fin de semana hasta que aparece un candidato. Pero es agotador. Siempre preocupándote si vas a acabar en un puticlub. A veces no te da para seguir con el mantenimiento, y entonces te quedas sin opciones hasta para un agente de nivel bajo.

–¿Puedes casarte?

–Esto es. A ver, ya sabes, los ricachones se casan a la vieja usanza. He escuchado que calculan el pedigrí de las generaciones anteriores. Pero para nosotras, es así.

–¿Y si tienes un bebé?

–Si lo dice el contrato. Nunca tuve un contrato que pidiera un bebé. Esos los tienen las mamás. Ya sabes, están

programadas para hacer bebés todo el rato. ¡Puaj! ¡Están tan gordas!

–Pero ¿y si quieres un bebé?

–¿Qué haría con un bebé? Un bebé no podría vivir aquí, en casa de Cash. Él no aguanta el ruido y no puedo solicitar vivienda. ¿Quién supondría una contrata viviendo sola?

–¿Y tu madre?

–En el Geri. ¡Tenía más de cuarenta! Estuve un año o así recibiendo transfes sin parar, pero hace siglos que no recibo ninguna, así que supongo que la habrán cenizado.

–¿Cenizas? ¿Está muerta?

Gildina palideció.

–¡Esa lengua! ¿De qué hablas? No te he escuchado. Recuerda que es de mi madre de quien estamos suponiendo.

–Pero cuarenta... ¿eso no es joven?

–Tendría unos cuarenta y tres. ¿Cuánto supones que vivirás? Solo los ricachones viven más, está en sus genes. Ya sabes lo que dicen: los genes lo son todo.

–¿Cuánto viven los ricachones?

–¡Oh! Igual unos doscientos años. Depende de lo que puedan pagar..., ya sabes, los médicos, los órganos. En realidad nunca he conocido a ninguno, obvio, nunca he estado fuera de la superficie...

–¿A qué te refieres con fuera de la superficie?

–¡El piso de arriba! Las plataformas espaciales. Los ricachones no viven aquí abajo. Demasiada... densidad. El aire está muy denso, dicen. No aquí dentro, obvio. Los agentes medios y superiores están todos acondicionados. ¡Pero si vieras dónde nací! Naces tosiendo y te vas al Geri tosiendo, como dicen. Siempre había creído que el cielo era amarillo hasta que vine aquí. Ahora sé que en verdad es azul grisáceo claro, el color más bello. Me teñí el pelo de ese color durante unos meses, cuando llegué aquí, qué tonta era... Aunque parezcas una cutre, no estás nada mal para charlar. Qué gracioso, hablar con alguien de día.

–¿No sales nunca? ¿No invitas a tus amigas?

–¿Salir dónde? Cash me tiene aquí sellada casi todo el tiempo, es un tipo celoso. Cosas de ser SD, supongo. No se fía de nadie. Además, aquí tengo todo lo que necesito. No puedes salir del complejo, por seguridad. ¡Afuera es muy peligroso!

–¿Ni siquiera puedes ir a dar un paseo?

–¿Un paseo? –Gildina pareció avergonzada, como si hubiera hecho un comentario sobre necesidades fisiológicas–. ¡Oye, que soy nivel medio! Supongo que los cutres caminan. Yo ya ni me acuerdo.

–¿Los cutres están por debajo de los agentes de nivel bajo? ¿Son personas pobres?

–Es que no son personas. Están enfermos, todos, no son más que bancos de órganos con patas, como dice Cash, y la mitad de las veces tienen el hígado podrido. Es como que no tienen ninguna utilidad. Quiero decir, a algunos los diseccionan para funciones sencillas, pero viven como animales ahí fuera donde no está acondicionado. Menudo espectáculo..., si pudieras ver a lo lejos, se extendería hasta el infinito. Es una suerte que no puedas ver más allá de unos pocos metros.

–¿Pero no tienes ninguna amiga que venga a visitarte? ¿Aunque sea de un apartamento a otro?

–¿Para qué? Tengo todo lo que necesito. ¿Quieres Éxtasis? O lo que sea que te haga flotar. Guipa esto: tengo un buen surtido. Señaló un dispensador de pastillas automático que había junto a la cama.

–¿Drogas?

–Subidones, tranquilizantes, adormilantes, despejantes, euforizantes, pastillas de la pasión, de todo. ¿A qué le das tú?

–Ahora mismo a nada, gracias. Últimamente he estado bastante drogada.

–Así no te cruzas, ¿sabes? ¿Reacciones mezcladas? Tienes que chequear las combis en la Digietiqueta. Un montón de fems se cruzan y todo por no chequear. A mí una vez casi me da un cruce, cuando era pequeña. ¿A que nomás lleva un minuto chequear la Digietiqueta?

–Ya no tienes que ir al médico para las pastillas, ¿eh?

–¿«Ir» al médico? –Una vez más Gildina parecía avergonzada—. Solo soy nivel medio. He estado en una clínica medimática, sabes, como todo el mundo de nivel medio. Esperas en fila y después hablas con la computadora. ¡Pero ir al médico! Bueno, aquí hay médicos de servicio para reparar las clínicas medimáticas y las medimats. Supervisan la recolección de órganos. Hacen las extracciones, y también el sellado al vacío, para transportarlos arriba. Pero nunca he «ido» de verdad a un médico. Son agentes de nivel alto y algunos hasta viven arriba. He visto mucho sobre ellos en el HG, obvio. Algunos de mis shows preferidos van de médicos. La lucha contra la senilidad. Arremetiendo contra las fronteras de la vida. Todo ese rollo. Pero están demasiado ocupados prolongando la vida para andar por aquí, sabes.

–HG. ¿Eso es un... hológrafo? –Probablemente tenían la misma cosa que en Mattapoissett llamaban holos–. ¿De vez en cuando tienen un ritual o una historia tridimensional?

–Puede verse las veinticuatro horas si te suscribes. Pero tenemos un Siente–todo. ¿Ves? –Gildina señaló lo que Connie había tomado por un sofisticado secador de pelo suspendido sobre la cama–. Esto es mucho mejor. Si no costara un corazón y un riñón, estaría conectada todo el día. Pero Cash me tiene a raya por la factura de hace dos meses. Es mucho más real. Porque estás dentro. ¿Nunca lo probaste?

–Nunca.

–Te vitaría pero Cash me tiene a raya, como te dije. Es como soñar, solo que despierta, es superemocionante. O sea, mira el catálogo.

Gildina le alcanzó un catálogo de Siente–todo del mes de septiembre bastante manoseado. Estaba lleno de anuncios de drogas, cosméticos y artilugios, servicios y burdeles, diseñadores corporales y dispositivos de protección. Esto no podía existir simultáneamente a Mattapoissett. Imposible. Eso, o estaban en guerra y de alguna manera ella había acabado en el campo enemigo. Quizás esa fuera la guerra que estaban librando. Se obligó a calmarse, practicando los neuros que le había enseñado Luciente, y después se puso a ojear el catálogo.

«*HOT DOG*»: Una contrata protuberante se entretiene con un perro bóxer de gran tamaño mientras su hombre está fuera. HD 5.

«*TEMBLORES EN LA PLATAFORMA TEXAROYAL*»: Un hombre SD de alto nivel va tras el Asesino que se llevó su zec. Otra extravagante del Macho Buenorro Pajeador con un harén de contratas, destripamientos, muchas explos y sexo lesbi. FD 20.

–¿Qué es eso de FD 20?

–Hora y precio... ¿qué supones?

Connie continuó leyendo:

«*SORRINDA 777*»: Historia de un amor imposible entre una auxiliar medimática de nivel bajo y un médico al servicio de una familia de fisión nuc; su lealtad, su sufrimiento, su amor radiante: ¿hará ella el sacrificio final de entregar su corazón para reemplazar la distrofia coronaria de la contrata legal del médico? FD 15.

«*PARA COMÉRSELA*»: Protuberante de nivel alto ignora las advertencias de su familia y se divierte en las Tierras Áridas. Es capturada por mudos. Violaciones masivas, tortura

(primeros planos al milímetro con Siente–todo integral).
Primeros planos de detalles de escenas caníbales extremas.
DD 25.

«CUANDO LAS FEMS SE LANZAN A SER HOMBRES»: En la Era de los Alzamientos, dos liber fems se enfrentan en combate: kung–fu, taichi, judo, lucha libre. La más fuerte viola a la débil con un dildo. Se cuele un hombre SD, lucha contra las dos (primeros planos, gore total), doble violación, doble asesinato, Siente–todo integral. HD 15.

«CONTRATO ANULADO»: Una cutre chantajea a un técnico de re–opes para una serie de opes de belleza, inicia carrera de trepa social de nivel a nivel (vestuario por Rang–up, Siente–todo integral) hasta que se enamora de Dirk, Asesino del Puerto Espacial Golfomóvil. FD 15.

–Los hombres y las mujeres no han cambiado tanto –dijo, pensando en Times Square. Estaba sorprendida de lo deprimente que parecía todo.

–Así que, ¿para qué salir? –continuó Gildina, rebotando un poco sobre la cama–. A no ser que alguna contrata forrada de créditos me pase su Siente–todo. Te lo digo: el HG no está mal. Miro muchas transfes.

–¿Me enseñas el resto de tu apartamento?

–¿El resto? –Gildina parecía perpleja–. ¿Dices el limpia?

El baño era más grande de lo que hubiera sido en su tiempo, con más dispositivos: dispositivos para limpiarse los zapatos y lo que probablemente era un aparato para limpieza en seco. No había bañera, sino una ducha con un montón de potentes chorros de agua que daban en diferentes partes del cuerpo, y un medidor para programar la cantidad de agua. La ducha tenía una luz desinfectante y boquillas extras por las que salía aire caliente a chorro. El retrete era grande y sofisticado, pero un retrete, al fin y al cabo. Sobre el lavabo colgaba un dispositivo para secarse el pelo en un instante. Pero en el baño no había ventanas.

Del otro lado del espejo, a lo largo de la cama, las paredes eran de un material con pequeñas protuberancias y la alfombra, espesa y verde, era una imitación de césped. Ahí finalmente vio una ventana. Estaba a nivel del suelo, y por ella se veía un lago con sofisticadas lanchas que se deslizaban rápidamente de aquí para allá, y muchas personas con deslumbrantes trajes de baño metálicos tomando el sol y saltando dentro y fuera del agua.

–¿Ahora hay un lago en Manhattan? Quiero decir, ¿aparte del de Central Park?

–¿Qué pasa contigo? Hablas como una cutre de las Tierras Áridas. Mira, es un cuadro. Tenemos cinco.

Activó un interruptor y la escena cambió a una montaña con esquiadores y motos de nieve ultrarrápidas sobrevolando la nieve y un aerodeslizador planeando en el aire brillante. Gildina volvió a accionar el interruptor y un grupo de hombres vestidos con túnicas romanas empezaron a cazar a un montón de mujeres y a arrancarles la ropa. Accionó otra vez: combate cuerpo a cuerpo con espadas de personajes en trajes medievales, manos ensangrentadas volando por los aires. La última escena era una manada de cebras pastando, acosadas por unos leones, pero algo funcionaba mal y todo iba a cámara rápida y a saltos.

–Ese está roto. –Volvió a poner el lago.

–¿Puedes ponerlo para mirar fuera? Me encantaría ver cómo está Nueva York ahora.

–¿Qué pasa contigo? ¿Fuera, dónde?

–¿Eso no es una ventana?

–¿Qué es eso?

–Para poder ver fuera. Un cristal.

–¿Como un ojo de esos panorámicos? Hay uno en el salón. Y desde la plaza solar se puede mirar alrededor. Hay cristal

en todos los lados. Al principio me mareaba muchísimo, necesitaba agarrarme a algo. Todo ese espacio. Pero hice como si nada. No quería que me criticaran por ser una cutre porque nunca antes había visto el sol. Fijo que nunca estuve al sol. Me asustaba, pero hice como si me pasara todos los días al sol. Tenía un bronceado de mi última re-ope, así que ¿ellos qué iban a saber?

–Nosotros teníamos ventanas, todo el mundo tenía. Simplemente era cristal para dejar pasar la luz.

–¿La luz? ¿Cómo? ¿De fuera? Oh, supongo que cuando subes lo bastante alto... Este solo es el piso ciento veintiséis. Pero incluso arriba, en la plaza solar, lo único que se ve es el sol, y solo puedes mirarlo fijamente un rato antes de empezar a ver manchas raras; igual unos cinco o diez minutos. El cielo es agradable cuando te acostumbras; es de ese color gris claro tan alucinante. De vez en cuando hay algunas nubes climáticas de verdad. Podría ponerme con ellas, de verdad: me dan un subidón. Pero si te quedas guipando demasiado rato, los agentes piensan que eres inferior. Tienes que fingir que lo tienes requetevisto.

–¿Y no se puede ver la ciudad?

–Se pueden distinguir algunas torres de este mismo complejo. Pero no se ve nada hacia abajo ni lo de lejos. ¿Cómo ibas a poder? Es denso. Es aire. ¿Cómo podrías ver a través del aire?

–¿Dónde está la cocina?

–¿Eh?

–¿Dónde se cocina?

–¿Cocinar?

Gildina la llevó cerca de la puerta exterior, hasta un rincón que parecía la cámara de un banco. No había nada en el rincón que pudiera reconocer como una nevera o una cocina. Una cajonera se abrió automáticamente al presionar un botón y dispensó paquetes transparentes que Gildina cogió como prueba. Abrió uno y se oyó el siseo del aire, que, al entrar, parecía empapar lentamente la masa interior. Se sorprendió al ver que empezaba a humear.

Ante la invitación de Gildina, probó la comida en un pequeño plato brillante. Estaba muy condimentada, pero era gomosa y dejaba un regusto insípido.

–¿Qué es?

–Cena de jamón Vito–chuches.

–¿Se supone que esto es jamón?

–¿Qué es jamón? Eso es el nombre del sabor.

–Pero no sabe para nada a jamón.

–¿Jamón? –Gildina puso cara de no entender–. Todo viene en paquetes. Está hecho de carbón y algas y derivados de la madera.

–¿Ustedes son vegetarianos?

–¿Qué es eso?

–¿Solo comen verduras?

–¿Quién es venduras? –Gildina salió del rincón haciendo aspavientos de fastidio–. No eres más que una tipa cutre, así que no te hagas la supertop conmigo.

–Cosas que crecen en plantas. ¿Sabes? Como zanahorias y guisantes. Frijoles. Maíz.

Gildina se encogió de hombros, moviendo sus manos con uñas de más de dos centímetros de largo y pintadas de malva y amarillo.

–Sé que los ricachones comen cosas muy raras, tipo... crudas. Cosas de, ya sabes, cosas vivas. Se las comen vivas, prácticamente. No puedo suponer que eso pueda ser bueno, no tenemos los estómagos hechos de Cibernall. Yo nunca he probado nada de esas... cosas raras. ¿Intentas que me crea que tú has probado comida de ricos? ¿Esas cosas vivas?

–Claro. La gente pobre no podía comprar mucho, pero todo el mundo come de eso a veces.

–Ya tenemos suficientes problemas. Yo misma tengo malacosis de colon crónica y Cash tiene tumores ulcerosos. No entiendo cómo sobreviven los ricachones. He escuchado que hasta comen tejidos animales. Me mareo de solo pensarlo. Bueno, quiero decir, salvo si lo pienso como algo sexi. Quiero decir, lo he visto en Siente–todo, pero no me flota.

–Entonces, ¿de dónde viene la comida de ustedes?

Gildina se encogió de hombros.

–De las Tierras Áridas, grandes granja–industrias multinacionales. La extraen, te suscribes y te la reparten a casa todas las semanas. –Gildina le retiró el plato y los utensilios de plástico y los puso en una caja que había en la pared, por donde desaparecieron sin dejar rastro.

–¿Dónde han ido a parar?

–¿Cómo voy a suponerlo? –Gildina parecía estupefacta–. Es un servicio. Todos los complejos de nivel medio tienen *platos*. Coges las cosas limpias y metes las cosas sucias. Mira, te enseño. –Abrió otra puerta corrediza. Pero no pasó nada. Volvió a presionar un botón en la pared–. Bloqueo doble. Se ha vuelto a romper. Espero que lo hayan arreglado para cuando Cash llegue a casa, solo digo eso. Ay, bueno, le pediré que me lleve al mutuo de la planta. O quizás incluso allá arriba, si es que está en tipo gastar.

–¿Un restaurante? ¿Como un lugar donde come todo el mundo?

Gildina asintió.

–Pero si decido hacer eso, será mejor que empiece a prepararme.

–¿A qué hora llega a casa?

–No hasta dentro de dos horas, pero lleva todo ese rato, si vas a ir de muestra. Lo que importa es pintarse.

–¿Quieres decir maquillarte la cara?

–No, pintarse las piernas. Cuesta un corazón y un riñón, pero si intentas hacerlo tú sola, acabas con una pinta ridícula. Tienes que ir a un artista de verdad. Hay una fem en este piso que me lo hace incluso a última hora. Le flashearé una transfe.

–¿Cómo es que te lo hace?

–Me lo debe... Sé ciertas cosas sobre ella. Se saltó un contrato. Está en tipo loco, hasta pinta sus paredes, pero trabaja bien, baratito, sin cita pre. ¿Tendría que entregarla al banco de órganos? ¡A mí qué me importa! Dicen que los ricachones se llevan a las que son realmente buenas a las plataformas.

–Gildina, los ricachones... ¿quiénes son, realmente?

–Los mismos que en tu tiempo: los Rockemelons, los Morganfords, los Duke–Ponts. Son antiguos. Quiero decir, algunos estaban vivos en tu tiempo, supongo, si es que estás diciendo la verdad. Espera a que te guipe Cash. Él sabrá qué hacer. –Gildina pasó como desfilando, sonriendo con aires de superioridad–. Tiene un CA, ¿suponías eso?

–¿Qué es cea?

–Control Agudizado, de verdad. Ha pasado por control mental. Puede apagar el miedo y el dolor y la fatiga y el sueño, como si tuviera un interruptor. ¡Es casi como un cibo! Puede controlar las fibras de su médula espinal, controlar la temperatura corporal. Es una máquina de luchar, como dicen. Quiero decir, no como un cibo de verdad, pero tan bueno como se puede llegar a ser sin ingeniería genética o reemplazo de órganos. Igual sigue siendo un lanudo, como nos llaman los ricachones y los cibos a los que todavía somos tejido animal. Pero tiene muchas mejoras. Tiene en el cerebro esos superneurotransmisores listos para activarse que lo transforman casi en un Asesino. Quiero decir, no uno de verdad, él es nivel cuatro, pero va en esa dirección, si guipas bien.

–Recuerda que solo soy una cutre del pasado. Aún no me han explicado mucho de esas cosas.

–Ya. La Era de los Levantamientos y todo ese rollo. Antes de que automatizaran el quinto pino: los antiguos países subdes, cuando tenían todos esos animales inútiles y plantas silvestres y gente estúpida y demás.

–Pero ¿quiénes son los Asesinos?

–¡Sh! No se habla de ellos. –Gildina miró a su alrededor–. Obvio que estamos monitorizadas como todo el mundo, así que SG sabe que te estoy hablando. O sea, que si hago algo malo, nos frenarán.

–¿Monitorizadas?

–Desde el Segurcentro, ¿de dónde si no? Por acciones y conversaciones subver. Te pescan y te ponen un escáner y así pueden saber lo que piensas cuando te preguntan, aunque no hables. Por los impulsos eléctricos en tu cerebro. No les puedes mentir, a no ser que seas un SD entrenado o un Asesino. Los Asesinos trabajan para los ricachones. Así es como ajustan cuentas entre ellos cuando no se ponen de acuerdo. Cada clan de ricachones y todas las multis tienen ejércitos de luchadores modificados genéticamente. En vez de instinto sexual, tienen un instinto asesino básico y obedecen al centro. No puedes saber a ciencia cierta qué son: algunos son lanudos genéticamente especializados. Otros son cibos de verdad. Sin tejido animal. Completamente mejorados.

De repente, la puerta se abrió con un ruido que cortó el aire y un hombre irrumpió en la habitación. Medía más de dos metros, y no tenía ni un pelo visible. Llevaba un brillante uniforme azul grisáceo y su voz era como un ladrido extremadamente profundo, por debajo del registro humano normal, con unos matices tan extraños que le cerraron la boca del estómago. El miedo le clavó las garras en el vientre. Tenía que hacer los neuros que le había enseñado Luciente, tenía que volverse consciente de su respiración y relajarse.

–¿Quién eres? No te muevas. Contesta correctamente.

–Mi nombre es Connie y viajo en el tiempo. ¿Supongo que nos has estado escuchando?

–No existen los viajes en el tiempo. Serás escaneada. Y a ti volveré a sellarte aquí dentro –dijo el hombre, dirigiéndose a Gildina–. Ya nos ocuparemos luego de ti. Esta es una cutre, pero has estado hablando con ella durante una hora.

Gildina empezó a balbucear.

–Ya, pero ¿cómo pudo entrar aquí si tú no la dejaste? Pensé que era un proyecto especial. Todos antes de la gran división, todos eran cutres y lanudos. ¡Todo el mundo lo sabe! ¿Cómo consiguió entrar si no la dejaste?

–Eso no es problema tuyo. Ahora irás a parar al banco de órganos –dijo el hombre con un gozo salvaje en aquella voz extraña, artificialmente profunda–. Tú, ven. –Agarró a

Connie del brazo con dedos que se le hincaron en la carne y la magullaron.

–Solo puedo estar aquí a través de ella. Gildina tiene un poder mental especial, aunque ella no lo sepa.

–Incorrecto. Nació cutre. Solo es una contrata con añadidos. Todos los cutres tienen deficiencias cerebrales por la escasez de proteínas en la vida fetal y la infancia. Tienen una IRP de entre menos cuarenta y menos quince. Sus pruebas de escáner psíquico muestran valores de menos veinticinco. No tiene más capacidad mental que un simio genéticamente mejorado.

–Así y todo es receptiva. ¡Supongo que eso no lo miden! Me he alojado en ella. Si rompes mi contacto con Gildina, desapareceré.

Era maravilloso sentirse tan segura de sí misma enfrentándose a una especie de poli. Eso es lo que era, un superpoli, con un cinturón lleno de armas en la cintura y una mano modificada para hacer de ella un arma–herramienta.

–Cuando hayamos acabado de jugar contigo, desearás haber desaparecido. Y luego desaparecerás. –Una sonrisa de lustrosos dientes esmaltados, más blancos que azulejos de baño recién fregados–. Solo es una *chica*, exactamente lo mismo que pareces tú. Cosméticamente modificada para uso sexual. Como las que hay en cualquier puticlub.

–¿Y tú cómo lo sabes? –Gildina se apartó con una furia impotente, de niña mimada–. ¿Qué sabes tú de un puticlub? Ni siquiera estás equipado.

–Tampoco tengo apéndice. –El guarda esbozó aquella sonrisa sin alegría, de un blanco cegador–. Por eso ahora ya no nos hacen falta tantos coños inútiles como tú. No tenemos nada que no sea esencial. Puro, funcional, fiable. Encarnamos el ideal. Podemos ser destruidos –no por ustedes, cutres– pero no pueden evitarnos, ni desviarnos, ni distraernos nunca. Ninguno de nosotros ha sido nunca desleal a la multi de la que somos propiedad.

Connie preguntó:

–¿Qué es una multi?

Ahora se lo veía aturdido, serio.

–La multi es todo.

–¿Pero por qué se llama «multi»?

–Por lo que es –dijo él secamente.

–¿Como estados, países?

–Eso era antes –dijo Gildina–. Las multi son dueñas de todo el mundo...

–Era irracional –dijo el guarda–. Jurisdicciones superpuestas. Ahora todos pertenecemos a un cuerpo corporativo. Multis. Igual que esta contrata a la que pronto desmontarán en un banco de órganos, yo pertenezco a Chase–World–TT. La multi que nos posee. –El hombre hizo una leve reverencia con la cabeza. Luego la levantó con brusquedad, entrecerrando los ojos–. ¿Por qué no tienes miedo?

Connie se intentaba zafar de sus garras, sin éxito. Aquella garra de metal se le incrustaba en la piel.

–¿Cómo sabes que no tengo miedo?

–Mis dispositivos de sensibilidad monitorean tus reacciones salientes. Identifico adrenalina pero ninguna intervención del sistema nervioso simpático. ¿Sientes rabia pero no miedo? –La mano apretó con más fuerza–. Una cutre no puede reaccionar así, después del programado y la modi de comportamiento. No tienes implante para monitor. ¿Vas de alguna droga que no puedo escanear? Acetilcolina no. Algo va mal. Me miras a los ojos, no como una fem. Todas las cutres tienen daño cerebral y modi. ¡Eso quiere decir que solo estás disfrazada de cutre! –Se llevó la mano libre bruscamente al cinturón.

Decidió que era mejor desaparecer. Cerró los ojos, se soltó de Gildina y trató de desaparecer. Pero aquella garra aún le mordía el brazo. ¡Vamos, vamos! Empujó con la mente, hizo

fuerza contra la garra de metal. Centró la mente en su propia cama –¡había llegado a considerar como propia a una cama de hospital!–. Se propulsó de regreso bruscamente y la garra empezó a desvanecerse.

Mareada, sudando por todos los poros, yacía de espaldas sobre su cama. Sibila, Tina y Valente estaban inclinadas sobre ella. Le dolía el brazo. Tenía un dolor de cabeza espantoso. Algo la castigaba por la rabia que sentía; esa cosa en la cabeza la castigaba con un dolor agudo y le lanzaba chorros de una droga que la atontaba. Sentía que la cabeza se le partiría como un coco abierto a martillazos. Podía sentir la raya por donde el cráneo estaba a punto de partirse en dos.

Connie no les contestaba, pero al ver que estaba consciente, Valente se marchó. Entonces les guiñó un ojo a Sibila y Tina, que la miraban fijamente, confundidas pero aliviadas. Connie tenía que quedarse acostada, respirar profundamente, relajarse. Así que ese era el otro mundo que podría llegar a ser. Esa era la guerra de Luciente, y Connie se había alistado.

DIECISÉIS

Connie era un objeto. Iba donde la colocaban y ahí se quedaba. Oyó al vuelo que Acker le decía la frase «pasivo-agresiva» a su novia, la señorita Moynihan. Exactamente, pensó. La has clavado, Barba Bamboleante: ahora carga con ello. No se levantaba hasta que la levantaban. Comía solo si le daban de comer. Se sentaba cuando la colocaban en una silla y se ponía de pie cuando le tiraban de los brazos.

Aunque estaba orgullosa de haber viajado en el tiempo por su cuenta, tenía miedo de volver a intentarlo. No quería acabar en ese otro futuro. La droga que se vertía en su cerebro gota a gota la atascaba, la ralentizaba; y, en cuanto se enfadaba, su cerebro la apagaba. En esos momentos, le

dolía algo en su interior; una temible ansiedad salida de la nada la atacaba con una leve convulsión y tenía que quedarse inmóvil. Observaba el pabellón disimuladamente y aprendía lo que podía del hospital.

Se sentía distanciada de su propia vida, como si todo hubiera acabado con el implante de la microdiálisis. No podía reanudar su vida. Por tanto, Connie ya no existía. Sin embargo, todavía estaba viva. Distante, desvelada, cabizbaja en la pesadez de la droga, permanecía inmóvil. Había dejado de fumar. Por primera vez en su vida, había dejado de fumar. El antojo de un cigarrillo era el gusanillo que quedaba de haber sido Connie. Al menos levantaba algo de polvareda en el desierto de las horas, ese viejo gusanillo.

Nunca sabía cuándo aparecería Dolly. Un par de veces, su sobrina prometió que vendría pero no apareció, y después venía sin avisar, resplandeciente como un periquito, emperifollada con algún vestido nuevo y el pelo de ese rojo chillón, con las gafas de sol puestas, las manos húmedas por las anfetaminas. El personal animaba a Dolly a venir porque Connie hablaba con ella. Dolly le daba algo de dinero a escondidas pero no traía a Nita. Cuando preguntaba por Nita las respuestas de Dolly eran vagas.

–Le va bien, bien. Todo bien.

Se acercaba el cumpleaños de Nita, el quince de octubre. Conny imploró a Dolly que le comprara un regalo por ella.

Algo *precioso*. Unas hermosas pantuflas, pequeñas, con conejitos, o un animalito de peluche. Dolly le prometió que lo haría, pero Connie no tenía forma de obligarla. La siguiente vez que Dolly se pasó en una de sus visitas relámpago, dijo que Nita había pasado un cumpleaños maravilloso. Mamá le había hecho una fiesta con pastel y velas, y helado. Eso quería decir que Carmel todavía tenía a Nita.

Connie empezó a hablar sin querer, como si la lengua tuviera voluntad propia:

–Dolly, eres tú la que necesita a Nita. Tu *mamá* la cuida bien, vale. Pero la necesitas contigo. Sin ella, no te quieres a ti misma. Te tratas como si fueras un trapo para limpiar la calle. Usas el cuerpo para ganar dinero, y el dinero para aturdirte la cabeza con esa porquería que te va a matar.

–Estoy bien, Connie, superbien. Escucha, Papi y Adele dicen que vendrán a visitarte. ¿Qué te parece?

–*Sin duda*. El día que llueva dinero en Harlem.

–*Fíjate*, te traje un perfume. Y aquí tienes para pagarte un café, algo para la cantina. –Dolly le dio un beso en la mejilla y le metió cinco dólares enrollados en la mano–. Huele el perfume, es de verdad. Colonia Arpege. ¿Rica, no? Venía en un *pack* con el perfume. Ponte un poco ahora. ¿Es rica, no? Hueles a rosas. Me quedo con el perfume, aquí no lo puedes

tener, el personal te lo birlaría. Me lo regaló un cliente. Tiene una farmacia en Teaneck, dice que es el encargado.

–Dolly, estás flaquísima... ¿Comes algo?

–Tú también has perdido peso. Las dos. Si te arreglaras el pelo donde me lo arreglo yo, te verías diez años más joven, Connie. Te invitaré cuando salgas. Ahora se lleva el pelo corto. Gano un montón de dinero ahora, ya verás. ¿Te gusta el Arpege? Es bueno estar flaca, es chic. –Lo pronunció con che–. Cuando salgas, estarás superbién y conseguirás un hombre enseguida. ¡Pero esa peluca es un andrajo! ¿Cómo es que te dieron una peluca tan ridícula? Te conseguiré una buena, de pelo de verdad.

–Dolly, no te preocupes por la peluca. ¡Por favor, sácame de aquí! Déjame que vaya a visitarte.

–Bueno, Connie, no te preocupes. Te verás superbién, te llevaré a mi peluquera. Está bien que hayas perdido peso, ¡y sin tomar pastillas! Pero esa peluca, ¡pareces una *jíbara*! Te conseguiré una mejor para que no te dé vergüenza. –Dolly le dio un beso–. Tenía algo para darte. ¿Qué era? ¡Ah! Un perfume...

La parte del brazo donde Dolly le había puesto colonia olía como su antigua asistente social, la señora Polcari. Un caso que se había quitado de encima. Quizás había sentido cierta atracción por la señora Polcari, al mismo tiempo que la

ofendía su juventud (a pesar de que tenían la misma edad), su trabajo, su dinero, su hogar, sus hijos, sus aires de tener, gentil pero firmemente, siempre la razón. Se sentía sofisticada por pensar así de su asistenta social; influencia de Luciente. Quizás había querido comerse a la señorita Polcari con una cuchara bien larga, como una copa de helado, un *sundae* de piña con nata montada y una cereza. En su vida anterior, antes de que la transformaran en su monstruo.

¿Y si alguien le dijera que podía intercambiar su vida por otra? Pero ¿quién querría la suya? Solo alguien como el doctor Redding la compraría en una subasta, barata, en lotes de a docenas junto a cinco mil chimpancés. Ahora era un chimpancé que olía a Arpege. Era probable que le robasen la colonia. Aunque este era un pabellón cerrado, había estado entrando y saliendo gente durante todo el día: investigadores y médicos, además del personal, camilleros y asistentes, voluntarios que se colaban por todo el hospital, estudiantes, universitarios, residentes, internos, el jefe de residentes, el subdirector de investigación de Argent, visitas, técnicos y hasta un paciente de otro pabellón, que había entrado corriendo para decirle atropelladamente a Tina que estaba muriéndose de cáncer pero que nadie le creía.

Cerrada como una ostra, pasaba el día sentada en una de las sillas verdes de la sala de día y dejaba que el chismorreo del pabellón gotease lentamente sobre su mente dolorida. En algún lugar de este cúmulo de insignificantes fragmentos

de basura con olor a camarón podrido y lechuga mustia, tenía que haber una pista sobre cómo volver a encontrarse a sí misma, cómo luchar. Se sentó mirando a la placa de bronce colgada en la pared que llevaba inscrito el nombre del pabellón: Señora John Sturgiss Baylor. Baylor era el segundo nombre del doctor Argent. De hecho, era el nombre de su madre, según Valente. Su primera esposa también había fallecido, y la segunda, Elinor, tenía treinta y muchos..., una mujer guapa y afable que parecía extrañamente transparente. Connie nunca podía recordar su aspecto una vez que se había marchado. Parecía completamente *beige* y color miel y aparecía por el pabellón a toda prisa para hacer alguna consulta momentánea al doctor Argent, dando zancadas como si atravesara una cancha de tenis y sin mirar a nadie, alegre y completamente indiferente a todos ellos. Era la única esposa que venía al hospital. Estaba en una especie de comité que tenía que ver con la recaudación de fondos y la administración del voluntariado. Al final, en algún momento empezó a hablar con el doctor Redding cuando se lo encontraba, esbozando una sonrisa comedida, pero nunca saludaba al doctor Morgan.

El doctor Morgan se había casado con una enfermera que se quedaba en casa con los niños, en Rye. A la enfermera Roditis le caía bien y mantenían largas conversaciones por teléfono, sobre el doctor Morgan y su carácter y sus vanidades y sobre si tenía o no un lío con una secretaria del pabellón llamada Pauline. A Connie le costaba imaginar al

doctor Morgan teniendo un lío con alguien, aunque por lo que pudo oírles sus infidelidades eran frecuentes y sin importancia, como un tic nervioso.

Pero ni los pacientes ni el personal chismorreaban sobre el doctor Redding, que tenía cuatro hijos y siempre había estado casado con la misma mujer a la que nadie había visto nunca. Se sabía más sobre los niños, porque hablaba de ellos. Chaz Junior estaba haciendo su residencia en urología. Betsey estaba casada, encinta. John estudiaba física. Con Karen, la más joven, estaba resentido. Decía que era una malcriada y que la había enviado al psiquiatra. Se había escapado de casa, de la escuela, de él.

Los pacientes y el personal hablaban sobre los médicos constantemente. ¿Qué podía sacar de este poso de café de chismes? Que la familia de Redding tenía una casa en Vermont para el verano y la temporada de esquí y que normalmente todos iban y venían excepto él. Que el doctor Argent era episcopaliano y siempre iba corriendo de un banquete a otro o a una cena para recaudar fondos para un senador o a una boda que saldría en el *Times*. Que a Elinor no le gustaban los veranos ni los inviernos de Nueva York, y que el doctor Redding pensaba que el doctor Argent se tomaba demasiadas vacaciones.

El doctor Redding quería que el doctor Argent lo invitara a un encuentro anual, un puñado de hombres que iban a la antigua cabaña de caza que tenía su familia en las

Adirondacks para disparar a pájaros o a ciervos o a lo que fuera que cazaran. No es que el doctor Redding quisiera ir porque le gustara disparar a cosas. Parecía que no le gustaba nada excepto su trabajo. Quería ir por los hombres que estarían allí, bebiendo y disparando. El doctor Morgan admiraba y envidiaba al doctor Redding, del mismo modo que el doctor Redding envidiaba pero no admiraba al doctor Argent. El doctor Morgan era un entrometido nervioso que se aferraba a las normas del trabajo, alguien a quien le encantaban los procedimientos y la metodología y otras palabras por el estilo. Lo que le encantaba al doctor Redding eran el poder y la sensación de éxito. Decía que al doctor Argent le gustaba demasiado ser un hombre de mundo. No tenía idea de qué podía gustarle al doctor Argent, pero ahora que estaba a un paso de retirarse se impacientaba por llevarse un premio final. Redding tenía una úlcera, Argent un problema cardíaco y Morgan mentía a su mujer sobre con quién pasaba las noches.

El martes, mientras la llevaban al baño, de repente sintió a Luciente dentro de ella como un alarido. Luciente la atravesó como una inmensa herida abierta de golpe hasta hacerla desplomarse en el suelo del pabellón. Luego Luciente desapareció. Sin embargo, sintió el rastro de su aura. Sabía que su amiga había estado con ella, que había aparecido y desaparecido como un rayo. La auxiliar la levantó del suelo.

Después de la cena, se acostó mientras las pacientes aún iban de un lado a otro conversando, mientras las luces aún

estaban encendidas en todo el pabellón, mientras las risas del televisor sonaban como bolos cayendo en una bolera. Al principio, Eddie y ella habían vivido al lado de una bolera en el Bronx; ¡oh!, quizás solo a veinte manzanas del apartamento de Carmel y del salón de belleza. Había estado embarazada en ese apartamento: recordaba estar tumbada en la cama con el sordo repiqueteo de la bolera tronando a través de las paredes... Sintió que Luciente se aproximaba otra vez. Otra vez era un acercamiento fugaz, salvaje, lleno de dolor, y casi se resistió asustada; pero ¿qué habría de temer Luciente? Algo debía ir mal. Tenía que averiguarlo. Se fue con la ola de dolor, empujando hacia adelante, y se encontró abrazada a Luciente.

Luciente tenía el rostro inundado de lágrimas, retorcido de agonía.

–¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

–¡Persona ha muerto!

–¿Quién? ¿Quién ha muerto?

–Liebre –dijo Abeja tras ella, apoyando su gran mano en el hombro de Connie.

–¿Te enteraste hoy? ¿Cuando te sentí en mi mente por un instante?

–No sabía que había tocado tu mente –murmuró Luciente con la voz cansada–. Lo he hecho ahora porque Abeja sugirió que quizá desearías asistir al funeral. –Luciente se soltó suavemente y se apartó, con los hombros abatidos.

Acarició la mejilla de Luciente.

–Te agradezco que hayas venido a buscarme. Sí. Quiero acompañarlos.

–Sentimos que eres familia –dijo Abeja–. Pensamos que debías compartir, si era tu deseo.

–Lo supe hoy –dijo Luciente, y empezó a llorar otra vez–. Ocurrió ayer.

Se dio la vuelta temblando. Arañó el aire con las manos. Se le arqueó la espalda y pareció que iba a desmoronarse. Abeja la cogió. Ella empezó a golpearlo, a retorcerse, se dio la vuelta y lo abrazó con fuerza, presionando la cara contra su pecho.

Abeja sostuvo a Luciente hasta que dejó de temblar y después la ayudó a caminar, sosteniéndola con el brazo.

–Ven. A la casa de encuentros. El velorio comenzará.

–¿Está... tienen el cuerpo?

–Sí, trajeron a Liebre en inmersor esta tarde y dispusimos el cuerpo. Sus famis lloramos a Liebre esta tarde. Ahora es el momento para todo el mundo.

La sala era redonda y la mitad del tamaño que había tenido para el holo. La mayoría de la gente joven estaba sentada en colchonetas, mantas, almohadones en el suelo, mientras que la gente mayor estaba sentada en sillas. La sala estaba llena en el momento en que entraron y se dirigieron hacia el centro del círculo, donde Bolívar estaba sentado en el suelo al lado del cuerpo, la espalda como un mástil. Liebre yacía en un tablón dispuesto sobre unos caballetes; lo cubría una manta de lana de tonos azules claros y oscuros, bordada con diseños de conejos y helechos. Solo se le veía la cabeza. Le habían cerrado los ojos y en su rostro se dibujaba una mueca extraña, pero obviamente era él: obviamente Liebre, obviamente muerto. Parecía más muerto que los cadáveres embalsamados de su propio tiempo, su madre pintada con colores estridentes como una puta en la funeraria, un maquillaje escandaloso.

Había globos de luz en la parte de la cabeza y a sus pies. A su alrededor, había objetos dispuestos como ofrendas infantiles: botas usadas, ropas, una gorra de cuero, un ancho sombrero de paja de juncales con el emblema de una gaviota, dibujos, una navaja, pilas de papeles y cartuchos cuidadosamente ordenados, cubos brillantes, una almohada, un poncho de lana, una hebilla grabada con la técnica de *intaglio* en un cinturón delicadamente trabajado,

algunos libros, cartas, un anillo con una piedra amarilla... Por lo que sabía de Mattapoissett, suponía que estaba frente a todos los bienes terrenales de Liebre, ordenados a su alrededor en la sala apenas iluminada.

Toda su familia se había reunido ahora en el círculo más cercano: Luciente, Abeja, Barbarrosa, Lucero, Sojourner, Halcón, Aurora, Nutria, Luxemburgo, todos excepto el bebé de Barbarrosa. Sintió un extraño desplazamiento, como si su tierra interna temblara. ¿A qué se refería al decir que eran su familia? Bueno, a algo cálido. La habían llamado para compartir su pena. Eran la familia más cercana que tenía ahora.

Todos a su alrededor llevaban esas túnicas ceremoniales, como vestidos largos. Bolívar, otras dos personas jóvenes, tres de mediana edad y otra muy vieja estaban sentadas también en el círculo más cercano de dolientes. Algunas personas empezaron a servir café en tazones de cerámica. Estrella Roja, la mecánica de pelo amarillo, les sirvió un sabroso café caliente antes de que empezaran a servir a los demás y, cuando ya todo el mundo tuvo su café, regresó para ofrecer más.

–No llevo las ropas adecuadas. Mi bata de noche...
–murmuró Connie.

Bolívar cogió un largo atuendo entre los varios que había amontonados junto al cuerpo y le ayudó a ponérselo. Era

demasiado largo para poder caminar, pero estaba bien para estar sentada.

–Persona lo escogió para lucirlo en una ceremonia que llevamos a cabo en la aldea de Red Hanrahan el mes pasado. Desatendió la devolución de los atuendos a la biblioteca. Persona era a menudo descuidada. –Hablaba de forma monótona, con la cara enrojecida y en tensión.

–¡Oh, Bolívar! Esta es tu segunda pérdida. Tu madre Safo y ahora Liebre –dijo Luciente. Se le acercó y apoyó la frente sobre la de Bolívar–. Bolívar, estás acostumbrándote a la pena, y tu dolor debe ser inmenso, por recordarte el antiguo dolor aún no disipado.

–Nadie se acostumbra a la pena. Aun así, siento el cuerpo entumecido.

–Antes de que acabe la noche, tu dolor se aflojará y disminuirá. –Dijo Erzulia, que lucía una túnica azul cielo–. Ya puedo guiar este ritual. Bolívar, tú y Liebre hicieron tantos holos en este lugar. Tantas veces nos dieron placer y sanaron conflictos, pulieron aristas afiladas, nos mostraron esa visión que nos eleva y nos lleva. Ojalá seamos capaces de acompañarte a lo largo de la noche. Tus compas de miel y de mano, colegas de la base y antigua familia y famis. Intentaremos con todas nuestras fuerzas hacer que el paso de Liebre sea tan bello como los retornos que hizo persona.

Comenzamos. Lo haremos en la verdad y la belleza y la generosidad.

Al decir la última frase su voz resonó, profunda. Por un momento, su voz llenó de color el aire y se quedó suspendida en la estancia.

–Ahora vamos a hablar y recordar a nuestra amistad. Vamos a hablar de lo bueno y lo malo que hizo Liebre. Vamos a recordar a Liebre en compañía.

Una niña se levantó. Empezó a cantar:

Una mano cae sobre mi hombro.

Me giro hacia el viento.

Te veo andar por los senderos.

Cuando te alcanzo

persona tiene otra cara.

Toco tu boca en sueños.

Cuando nuevas amistades me preguntan por mi vida

hablo de ti

y las palabras son guijarros

en mi lengua.

Me alejo de ellas

hacia el viento...

Connie apenas pudo escuchar el final porque la niña empezó a llorar antes de acabar.

–Liebre era mi profe. ¡Me sentía tan cercana a per! Me enfadó que persona decidiera cumplir su turno de defensa mientras yo estaba aprendiendo a torrentes.

Luciente rompió otra vez a llorar, pero Bolívar permanecía sentado como un espantapájaros. Sus pecas atraían todo el color del rostro y el resto de su piel estaba pálida.

–Soy Arturo de Ribble, aldea de Lancashire en Fall River.
–Una persona fornida, de unos cuarenta años y con el cabello corto y claro se levantó–. Liebre era mi criatura. Me dio alegría y grandes preocupaciones. Persona corría en siete direcciones al mismo tiempo desde los cinco años. Tanta belleza. ¡Qué raudal de comienzos! Liebre quería hacerlo todo. Persona no podía escoger, no quería. En vez de eso, Liebre empezaba a tejer una alfombra, iniciaba un complicado experimento genético, empezaba a estudiar las arañas, comenzaba a pintar con veladura un namelon, insistía en que se le enseñara cómo funcionan los holos, empezaba lecciones de cartografía, todo en una semana. Un mes más tarde, la alfombra era un bello fragmento, el

namelon había sido abandonado a medio hacer, persona sabía algo sobre las arañas, algo sobre el funcionamiento de los holos, había tomado tres clases de cartografía y había abandonado el experimento de genética en la tercera generación de moscas de la fruta. ¡Persona me enloquecía! Empezaba a chillarle y rugirle y mi criatura se enfurruñaba y se cerraba. Pero persona me perdonaba: sí, esa es la forma de darle cuerpo. Con luminoso entusiasmo, mi criatura –entonces llamada Peonía– me perdonaba y venía y me decía cuánto deseaba aprender teoría de la energía eólica, construir un molino, aprender litografía, estudiar japonés y anatomía vertebrada. Invitaba a Peonía a escoger algo. Demasiada presión. Me agotaba solo de escuchar. No cachaba que ese probar asignaturas y roles también era aprender. Cuando Peonía empezó a pensar seriamente en buceo de vivero, le forcé a asumir un compromiso. Hice que Peonía se obsesionara con avergonzarse de la inconstancia –que no era más que un exceso de curiosidad–. No hice esto en soledad. Otras personas reaccionaron igual. Incluyendo la dirección de la casa infantil. –Arturo se sentó.

La persona anciana se puso de pie; aún era robusta, con un cuerpo piramidal y achaparrado que remataba una cabeza de grises cabellos color hierro recogidos en un nudo.

–Me convertí en madre de Peonía cuando la criatura tenía ocho años. Peonía chocaba con su madre original, Elima. A Elima le desbordaba la energía de Peonía y había empezado a aborrecer de verdad a su criatura. Entonces Peonía y Elima

llevaron el problema al concejo. Soy una antigua vinculante y hablé, y dije que me ondearía mucho tener a Peonía como criatura. Yo ya era mayor entonces. Ahora tengo setenta y nueve. En nuestra aldea no es común que la gente mayor de sesenta años madree. Pero a Peonía le gustó la idea.

Arturo volvió a hablar, sonriendo.

–Peonía saltaba de un lado a otro, gritando: «¡Sí, Tasunka Witko es para mí!».

–Soy persona endurecida. Pasé diez años en la guerra. Me agarroté por toda Latinoamérica trabajando en reparaciones: estaba en uno de los equipos que desarrollaba los detalles, en aquellos días en que aún se propagaban enfermedades endémicas. Después, durante un año entero no pude digerir grasas. No me instalé en Fall River hasta que tuve cincuenta y cinco. Había tenido una criatura a los quince, nacida de mi propio cuerpo, y vi a mi bebé morir de tularemia cuando soltaron las plagas sobre nos... Peonía –Liebre– fue como el vino para mí. No le importaban lo correcto y lo incorrecto. Imagino que creces a través de las cosas. Aún recuerdo que siempre tenía hambre en la infancia, constantemente. Qué hermosa persona era: torpe, de piernas largas, difícil, pero vivaz como un potro y con un gran don para dar alegría. Madré solo durante tres años pero fueron años que amé. No me importaba ni caspa que Peonía fuera irresponsable. Cada persona acompañaba a Peonía de maneras opuestas. No es raro que persona enloqueciera en

el nombramiento. Yo devoraba cada broma como si fueran golosinas y aquí Arturo presionaba para llevar a per por el camino recto...

–¿Y la tercera madre? –preguntó Abeja.

–Está en Oregón ahora. Amable, de pocas palabras. No pudo ayudar a Peonía con nuestros tirones en una y otra dirección –dijo Tasunka Witko–. Así y todo, Liebre creció fuerte, y los tiempos duros pueden poner cualquier cuerpo a prueba. Nunca he conocido a una criatura que me gustara más.

Arturo negó con la cabeza.

–Liebre solía dejarse caer para ver a Tasunka Witko cada vez que persona trabajaba cerca de nos, y conversábamos. Hasta el año pasado aún estábamos discutiendo. Por lo que fuera; nunca pudimos dejar de discutir. Amaba a Liebre, aunque creo que debí pasar el noventa por ciento del tiempo que compartimos insistiendo en que persona estaba equivocada. Recortando, amarrando. –Arturo se sentó de golpe y se sonó la nariz en un gran pañuelo anaranjado.

Alguien se levantó al fondo y tocó una triste melodía en la flauta. Tocó durante unos diez minutos, acompañado por una guitarra, un instrumento chato y vibrante y un tambor. Después de que los demás dejaran de tocar, la guitarra tocó una canción a la que se unieron muchas personas con ese

sonido borroso y amortiguado que emite la gente cuando no intenta cantar al unísono:

Me siento como hierbas secas
peinadas por el viento, el viento.

Me siento como hierbas viejas
rastrilladas por el viento del mar.

Mareas reptan por la ciénaga,
suben las aguas,
bajan las aguas,
pero las hierbas viejas siempre se quiebran
bajo el peso del viento.

Cuando el canto se difuminó en el silencio y todos estuvieron sentados durante un rato, Roble Blanco se levantó.

–Vine aquí hace catorce años para trabajar en la base de genética vegetal que recién empezaba a afianzarse. Liebre y yo tuvimos amistad desde que persona llegó aquí, seis meses después, para estar con Bolívar. Liebre comía con nos a veces, decidiendo a qué familia unirse. Compartíamos especialmente el amor por el mar. Lo que quiero contar es

algo de dos..., no, tres años atrás. Bien, ya saben que mi amor con Susan-B no iba bien. Nunca en equilibrio. Todo el mundo hizo criti de eso y lo intentamos, pero nunca voló y al final yo siempre sentía que no me valoraba. Susan-B ahora ya no está y confieso que para mí es más fácil ahora que persona vive en Portsmouth. Durante mucho tiempo no pude desear que me amara nadie, esperando que Susan-B quisiera estar tan cerca de mí como yo de per. Un largo entristecer. Cuando Susan-B se marchó, tuve que hacer frente al fracaso de toda esa larga lucha. Me aislé aún más. Trabajé duro...

-Cierto, día y noche -dijo Abeja-. Coordinabas y hacías el trabajo de tres.

-Temía la cercanía. Mi familia sugirió una sanación, pero yo tenía demasiado orgullo. Pos, un día Liebre y yo cogimos el bote verde y pasamos la tarde entera en la bahía. Era agradable: el viento, la sal, el agua. Sentí que me soltaba. No había tomado un día libre desde hacía meses. Sé que Liebre sentía mi humor, porque persona podía sentir los cambios fácilmente. Puertas que se abren, puertas que se cierran. Todo el mundo había comido. Rapiñamos las sobras y Liebre vino a mi espacio. Qué fácil e insinuante podía llegar a ser. Sin haberlo decidido, aun tratando a Liebre en mi mente como si persona fuera una criatura, aquella noche acabamos acoplándonos. Después, busqué la antigua atadura, y se había fundido. Solo la sensación de que había actuado muy tontamente. Desdeñé lo fácil, el afecto de mi propia familia,

por lo que no podía tener. Desde entonces he intentado ser más simple, mejor... No es que Liebre abriera las puertas a la sanación, pero sí que soltó la atadura que el orgullo mantenía tensa. Suelta la atadura, no veía el momento de ligarme de nuevo. Hasta yo pude actuar con sensatez. –Roble Blanco sonrió y se sentó. Posó la mirada en la pared.

–La manera que tenía persona de insinuarse para ir a la cama de otras personas no siempre era productiva –dijo una persona joven, levantándose sobre un solo pie–. Liebre vino a mí una vez después de un baile y luego nunca más. Me sentí como una manzana de la que persona hubiera mordido un bocado para luego escupirlo.

–Persona era tan curiosa; empezaba muchas más amistades de las que podía mantener –dijo Bolívar secamente, sin levantar la cabeza.

–¿Cómo pueden seguir dándole vueltas a algo tan insignificante? –estalló Connie–. ¿No pueden perdonarle por algo pequeño cuando ni siquiera tenía intención de hacer daño? –Ligada a Luciente, ¡con qué fuerza sentía su dolor golpeándole el esternón en toda su crudeza!

Abeja habló con su voz profunda, amable, despreocupada.

–Recordamos lo que podemos. Lo bueno y lo malo, lo hecho y lo deshecho. Queremos mantener a persona íntegra en nuestras mentes antes de entrar lentamente en el olvido.

Un hombre bajo y moreno se levantó.

–El año pasado estudié Historia del Jazz en Oxford. Incluso allí, en Mississippi, tenían una pintura de Liebre viajando de aldea en aldea. Es de mi hogar, les dije, y sentí orgullo.

Luciente se alzó, tambaleándose. Las palabras caían como gotas de lluvia.

–Fue bueno estar con Liebre. Fui egoísta, egoísta con ese bien. Ahora ya no está. ¡Persona ya no está!

–¿Cómo hacía sentir, Luciente? Habla de Liebre –ordenó Erzulia, cuya fuerte voz se proyectó por la sala.

–Persona me hizo capaz de ser... negligente. De hacer tonterías.

–¿Eso fue bueno o malo, Luciente?

–Al principio temí que malo. Calambraba por olvidar reuniones, experimentos, problemas. Poco a poco sentí que ese relajamiento me daba energía. Liebre era agua, y yo podía flotar. Liebre era vino, embriagándome y haciéndome feliz por cada momento. Siempre estábamos riendo. Nunca dejábamos de flirtear. Persona estaba llena de gracia. Persona me hacía desear saber cosas que por mi cuenta nunca habría rumiado. Ahora, nada... –Luciente se detuvo, atragantándose con las lágrimas. Permaneció de pie, las

manos dibujando formas en el aire, pero sin poder articular palabra. Nutria la sentó con un movimiento suave.

Después de unos minutos de suaves llantos y movimientos, una criatura se puso de pie.

–Liebre trabajaba mucho conmigo, enseñándome cómo llevar un barco y nadar. Persona no siempre chupaba paciencia, pero se reía un montón... y no de mí. Persona hacía que... hasta quitar de las zanahorias las orugas de cometa negra fuera divertido. Persona les hacía sacar los cuernos... ¡Extrañaré mucho a Liebre!

Otra criatura se levantó.

–Persona estaba enseñándome a trabajar con holos. Ahora nadie, cachái, nadie confiará en mí cuando no sea capaz de hacer lo que quiero. Persona me hacía sentir que mi... que las pinturas que veía en mi cabeza eran buenas incluso cuando salían... ¡tan estúpidas! –La criatura se sentó de golpe, con la cara enrojecida.

Magdalena de la casa infantil avanzó descalza, pequeña como una niña y negra como el más negro de los gatos.

–Creemos que la gente vieja tiene un emparentamiento especial con las criaturas. Pero a veces la gente joven mantiene un sentido bien arraigado de cómo era antes, permanecen en contacto con su criatura interior y, así, con otras criaturas. Así era Liebre. Disfrutaba de las criaturas

como personas y quería trabajar con ellas. Encontraba interesantes sus ideas, reales sus visiones, interesantes sus problemas... Me preocupaba la sexualidad errante de Liebre. Persona conocía mi desconfianza y se burlaba de mí. Siempre me llevaba la delantera. Ahora que Liebre se ha ido muchas más criaturas de las que hablarán esta noche le extrañarán, ¡yo también extrañaré a Liebre! Un holo bien potente es una poderosa herramienta para aprender. Muchas personas artistas que hacen holos ceremoniales y artísticos, si se ponen a hacer holos instructivos, lo hacen como un medio menor. Condescendiente. Simplifican... en las dimensiones equivocadas. Las criaturas sienten la falsedad y se retiran, aburridas. Los holos que nos hizo Liebre los usaremos mucho tiempo después de la vida que per debería haber vivido.

Un hombre corpulento, calvo con algunas pocas canas, se puso de pie.

–Pez Negro, de Provincetown, yo enseñé a Liebre. No hay placer más genial, o más dudoso, que tener de estudiante a alguien que sabes que te superará. No puedo quedarme, tengo que regresar esta noche en el inmersor, estamos en mitad de la cosecha. Pero ¡qué pérdida! Persona no hizo nada de lo que podría haber hecho. Para nada. Ahora nos hemos empobrecido.

Una persona vestida con un mono con manchas marrones y verdes se levantó y habló con potente voz.

–Quiero contarles cómo murió Liebre. Luego yo también tengo que marchar. Ojalá pudiera quedarme durante la noche... La lucha está siendo encarnizada. Tienen nuevos ciborgs voladores, pueden ir a velocidad de cohete y cruzar veinte kilómetros... Hemos sufrido graves pérdidas... –La persona de verde y marrón hizo una pausa para mirar a su alrededor como si intentara recuperar su propósito–. En este momento, a partir del último grancon todo el mundo cacha que más de nos tendremos que ir luchar durante un tiempo... Liebre no había nacido para la guerra. Persona hubiera sido más feliz quedándose en casa. Pero luchó bien. Liebre sufrió una herida al trasladar un escudo sónico para proteger nuestro emplazamiento. Estaba muriendo cuando llegamos a per. El daño en el pecho y los órganos estaba demasiado extendido como para poder salvarle la vida. Bloqueamos el dolor. Liebre murió en el espacio de quince minutos. Grabamos un último mensaje. ¿Lo pongo?

Erzulia espetó:

–Ponlo ahora.

Sonidos de alguien peleándose con el equipo. Luego la inconfundible voz de Liebre habló con frases breves, cortadas, medio enfangadas entre crujidos y ruidos de fondo.

–Luciente: llora y trabaja. Fue bueno. Tienes que ayudar a la gente a prepararse... Bolívar: ábrete. Pide ayuda a Diana.

Acaba nuestro holo con marrones, rojos, verdes. Incandescencia en torbellino. La tierra misma en movimiento. Ejércitos de árboles. ¿Los ves? Ejércitos de árboles... Abeja: ayuda a Luciente a cruzar. Nunca llegué a madrar. Hazlo por mí... Corola: lamenta lo que ya no se fusionará... Orión: ten fe en las visiones y paciencia con la materia... –La voz se atragantó en mitad de una frase. Solo siguió un chisporroteo.

La persona de uniforme continuó en tono de disculpa:

–Liebre quería dejar más mensajes, pero no pudo. Nos dimos cuenta de que persona tenía la intención de hablar a más de ustedes... Al principio intentamos salvarle. Deberíamos haber cachado a tiempo que las heridas eran demasiado graves. De esa manera habiéramos empezado a grabar antes. Perdimos tiempo mientras no quisimos admitir que Liebre estaba muriendo. Nuestra tardanza les privó de mensajes a gran cantidad de ustedes.

Abeja dijo:

–Hicieron bien. Habríamos preferido tener a Liebre antes que ningún mensaje.

La persona de uniforme hizo una pequeña reverencia y se marchó. Una voz empezó a cantar:

El árbol se agita

húmedo

cuando no hay viento.

Coneo hacia ti.

La luz me atraviesa los párpados

como flechas.

Connie dejó de escuchar y cogió al vuelo la mirada que Erzulia dirigía hacia Bolívar, quien tenía los ojos entrecerrados, secos, y el rostro taciturno. Estaba rígido, sentado con las piernas cruzadas y la cabeza levemente inclinada sobre el mástil de la espina dorsal. Sus ojos irradiaban fuego. Sus manos yacían abandonadas sobre los muslos como los guantes gastados de un niño.

Otros iban enunciando sus recuerdos, recordando anécdotas, con vergüenza o nostalgia. Nutria dijo:

–Recuerdo cómo nos agarrotábamos toda la noche cuando se aproximaba un huracán, para meter la cosecha, para proteger todo y cerrar las escotillas. Cómo Liebre hizo que siguiéramos cantando y consiguió que todo fuera divertido, aun cuando las olas eran como una pared sobre el mar y teníamos auténtico miedo.

Diana y Erzulia deliberaron. Diana se levantó y volvió con tres mujeres de su médula. Amantes, hermanas, hijas de la

luna, llevaban las túnicas de las sanadoras, blancas y hasta las rodillas. Tenían los cabellos recogidos hacia atrás e iban decoradas con una luna creciente. Ese día cargaban con un chelo, una flauta y un tambor. Después de afinar, empezaron a tocar, sentadas al lado de Diana, de pie para cantar... o plañir. Su voz comenzó suave, casi en un sollozo, sin palabras pero rítmica, utilizada como un cuarto instrumento más agudo que el chelo pero más grave que la flauta. Su pelo caoba le caía sobre un hombro. Se mecía alta e imponente. Su voz empezaba suave, se elevaba, ululaba, aullaba y se lamentaba al ritmo del tambor. Finalmente, Erzulia se levantó. Se desprendió de la túnica azul y se quedó con algo que parecían mallas de bailarina, tan negras sobre su negra piel que al principio Connie pensó que estaba desnuda. Se quedó inmóvil y luego pareció que se hacía más alta.

Empezó a bailar, pero no como la había visto bailar Connie la noche del banquete. No bailaba en trance, sino consciente, y no bailaba como si fuera ella. Bailaba Liebre. Sí, se transformó en él. Era alta, huesuda pero grácil, arrastraba los pies, flexible, joven y desmañada y hermosa, talentosa y torpe, se desparramaba en cuatro direcciones al mismo tiempo, dando saltos, brincando, embistiendo y saltando hacia atrás.

La cabeza de Bolívar se alzó lentamente de su pecho. Estaba observando. De pronto, Erzulia-Liebre bailó acercándosele, lo levantó y lo arrastró. Lenta,

mecánicamente, como hipnotizado, Bolívar empezó a bailar con él/ella. Erzulia, poseída deliberadamente por el recuerdo de Liebre, dirigió a Bolívar dando vueltas y vueltas. Él bailó con más fervor, respondiendo, su cuerpo se volvió fluido y elegante, como había bailado aquella noche del banquete con Liebre; aquella noche que ella había pasado con Abeja. Lentas lágrimas corrieron por sus mejillas, quizás más por el Piernas que por Liebre, quizás por los dos, quizás por pérdidas antiguas y también por él y, por encima todas las cosas, por Luciente y la pena que la desgarraba.

La música cesó y Bolívar abrazó a Erzulia. Se quedaron de pie durante un rato, fuertemente enlazados, y luego el cuerpo de Erzulia se relajó. Bolívar dio un salto hacia atrás.

–¡Pero sentí a per! –aulló.

–Tú recordando –entonó dulcemente, secándose la frente.

Bolívar se desplomó en un espasmo de llanto tan repentino que por un instante nadie se movió para consolarlo. Luego Abeja y Tasunka Witko lo sostuvieron con dulzura, susurrando.

–Bien. Al menos ya ha aflojado tu dolor.

Erzulia hizo una seña a la gente que servía el café y empezaron a ofrecer jarras de vino y vasos y a recolectar las tazas de café. Esta vez sirvieron a los demás primero, para dejar que entre los allegados se fuera relajando la emoción.

El vino era fuerte, intenso, con un embriagador perfume a uva. Las jarras eran de un galón y con la etiqueta «Vino fortificado para después de cenar Egenblick de Cayuga», y se distribuyeron en gran cantidad. La suficiente para que todo el mundo se emborrachara a gusto, pensó, al darse cuenta de que había muchas más jarras esperando. De hecho, la tensión parecía alivianarse. La gente conversaba en voz baja, se sonaba la nariz, se secaba las lágrimas, se guardaba los pañuelos, se abrazaba y hablaba. Bolívar se sentó y lloró en espasmos cortos pero cada vez más espaciados. Su columna se había relajado. Tenía el rostro arrugado. La cabeza, recostada sobre el muslo de Tasunka Witko.

Erzulia dijo algo a las tres músicas que acompañaban a Diana y estas empezaron a tocar un tipo diferente de melodía, agridulce, dulce y amarga. Erzulia y Diana comenzaron a cantar a dúo, sus voces girando y surcando el aire como golondrinas. La voz de Diana era más profunda, la de Erzulia más dulce y penetrante. Se entrelazaban y se separaban en contrapuntos simples en la canción que Connie recordaba de la guardería:

Nadie sabe

cómo flota

al pasar.

Nadie sabe
dónde sube
al flotar.

Aquella nana. Todo el mundo se puso a cantar, todos parecían conocerla. Un suave canto se elevó en una ola lenta sobre la que las voces de Erzulia y Diana se alzaban y caían en picado.

Nadie sabe
cómo elige
cómo crece...

Se unieron los niños, meciéndose hacia delante y hacia atrás mientras cantaban aquellas palabras que les resultaban familiares, de la niñez, de madrar y cuidar a la gente joven. La flauta irrumpió con un nuevo ritmo danzante que se elevó sobre las voces, y Erzulia y Diana se replegaron para escuchar. Desde diversos lados de la sala, empezaron a unirse otros instrumentos. La improvisación elevaba su intensidad, se apagaba, parecía detenerse y luego volvía a empezar con una guitarra o una flauta dulce.

Finalmente, la canción fue desvaneciéndose. Barbarrosa habló pensativo.

–El holo de Liebre que más me llenó de afecto fue el que hizo para el equinoccio verde, con todo el crecimiento acelerado de las plantas. Durante días, estuve recordando los pequeños brotes de las semillas que se retorcían, cómo los tulipanes se desplegaban y se cerraban y se abrían y se cerraban. Era divertido y hermoso a la vez. Esas imágenes no paran de venirme a la cabeza cuando estoy trabajando y entonces sonrío. Me produjo un buen sentimiento de conexión.

–La sonrisa de las *korai*, las jóvenes y las doncellas, la sonrisa arcaica. A Liebre le... emocionaba esa sonrisa –caviló Bolívar. Había dejado de llorar y su rostro parecía aligerado. Se apoyó en Abeja, que cabeceaba como una criatura con sueño–. Era mi sabático y Liebre aún no se había asentado. Fuimos a Grecia tres meses. Persona tenía quince años, más un grillo que un conejo. Puros huesos. Persona podía comer y comer y no se le notaba nada. Era primavera..., finales de marzo. Flores silvestres por todas partes. Creta fue terciopelo para nos. Trabajamos en reforestación, nos quedamos con personas pastoras, y Liebre iba dibujando a todo el mundo y regalándoles los dibujos. Recuerdo amapolas bermellón bajo olivares verde grisáceo, cabritas blancas y negras que querían que les frotasen en la frente donde iban a salirles los cuernos. Orégano de Creta creciendo por todas partes. La fábrica de pigmentos donde nos quedamos durante una semana, haciendo trabajos sueltos aquí y allá. Nos enamoramos de las pinturas murales

minoicas. Un edificio anexo en Minos tenía unos ridículos pájaros imaginarios en los murales. Maravillosos. Puro terciopelo. Decidimos que también inventaríamos criaturas imposibles en holos que ya entonces empezamos a planificar. Decidimos construir una casa, una casa como la de Minos. A cierta distancia del resto y con vistas a los viñedos y las montañas. Llena de pinturas y abierta al sol.

Bolívar sonrió débilmente.

–Unos días después, estábamos viajando a Dictis en burro cuando vimos aquellos pájaros. Se llaman abubillas. Allí estaban, los mismos pájaros de la casa de invitados de Minos. De color marrón rosáceo con las alas y la cola con rayas blancas y negras, como cebras voladoras, exhibiéndose por un instante mientras pasaban ondulantes, lentamente, atravesando claros entre aleteos. Sobre sus cabezas llevaban un copete de jefe indio, con plumas moteadas marrones y negras que levantaban a voluntad. Reímos tanto que nos caímos de los burros. Y ellas se fueron batiendo sus alas lenta y seductoramente, reprochándonos el no haber creído en ellas. ¡Puuh!, ¡puuh!, nos gritaban. ¡Ah! ¡Qué imaginación tenían esos antiguos cretenses!, dijo Liebre, y durante años esa frase fue una muletilla entre nos...

Suspiró, encogiéndose de hombros.

–Vimos el trabajo de una persona que hacía holis en Agios Nicolaus y nos hizo vibrar. Su trabajo tenía una fluidez

especial. Una persona de gran renombre dedicada al espectáculo que guiaba a ocho estudiantes. Vi que Liebre tenía tentaciones. Eso me obsesionó de celos, ya que me veía como profe de Liebre tanto como amante. Me amarré aún más a los celos cuando Liebre se acopló con per. Había creído, había deseado, que Liebre también sintiera atracción solo por cuerpos masculinos, y así seríamos similares. Recuerdo aquellos meses tan vívidamente, cada uno de aquellos días. Nunca estuvimos tan cerca. Sin embargo, las diferencias resaltaban. Siempre quise que Liebre fuera más como yo de lo que realmente era. Eso debe haber sido una de las fortalezas de la amistad de ustedes, Luciente, que tú nunca quisieras que fuera como tú. Eso era casi único para Liebre.

–¡Ah, Bolívar! –Luciente se movió como intentando despertarse–. Cada quien amó a Liebre y tuvo gran riqueza y gran placer, y ahora en nuestras palabras resuena el dolor. ¿Qué más podíamos querer? ¡Salvo que durara! Pero lo que tuvimos...

Circulaba el vino, los porros empezaron a pasar de mano en mano, marihuana y muchas otras hierbas que fumaban, las bandejas con delicados papeles y pipas talladas. Una de las sanadoras tocaba otra vez la flauta y Diana cantaba. Luciente estaba apuntalada de costado sobre Diana, tarareando con ellas. La presión de su pena se iba aliviando gradualmente. Connie podía sentir que la pena de Luciente

fluía como una corriente, en lugar de azotarla como una cascada.

Algunos niños se habían quedado dormidos. A veces un adulto o un niño más mayor cargaba en brazos a una criatura dormida o la acompañaba a casa. Unos cuantos adultos habían sucumbido al sueño y estaban desparramados en el suelo sin vergüenza alguna. De tanto en tanto, empezaba una canción, alguien recitaba una poesía o se ponía de pie con un recuerdo.

–Recuerdo un día de banquete, quizás era en los Mártires de Haymarket o Halloween. Liebre me ayudó a diseñar un polilla de ensueño. Era una mariposa luna, de color verde pálido con venas amarillas y bordes de lavanda, con una antena plumosa –dijo Luxemburgo.

Arriba entre las viñas

alguien toca la flauta

y la canción

me llama por mi nombre.

Entre racimos de uvas

escondido entre las hojas

como palmas haciéndome señas,

alguien con la boca
dulce como uvas maduras,
espera.

Su tacto me hace sangrar
como púrpuras uvas maduras
en la prensa.

Estoy en la cama con otra persona.

La inquietud me dominaba.

Me enredo con la persona equivocada,
la noche entera aún por atravesar
larga como un túnel a Francia.

Por toda la colina amantes se acoplan.

Aquí estoy entre las redes
de la persona equivocada
mientras me llamas
entre las viñas.

Las canciones, los poemas empezaron a ser más alegres: canciones de amor, canciones para beber, para trabajar, poesías sobre navegar y el viento soplando en las velas, ingeniosos cánticos políticos, canciones sobre tópicos que no alcanzaba a entender. Circulaban pasteles. Más gente se quedó dormida y algunas se fueron a casa. Erzulia y Abeja cantaban en otro idioma, acompañándose con tambores y las risas de quienes entendían la letra.

Cuando todo volvió a quedar en silencio, Luciente habló en voz baja.

–Conocí a Liebre por Diana. Liebre se había retirado a la casa de la locura en Boophis. Fui a visitar a Diana, que no paraba de tentarme pero no se acostaba conmigo. A pesar de que Liebre se estaba quedando en nuestra aldea, no había llegado a conocerle bien. Tan solo me había dado cuenta de que persona no paraba de cambiarse el nombre, y eso me chocaba un poco. Liebre se había hundido, pero en el momento en que fui de visita, había vuelto a ser una persona íntegra. Diana realizaba una danza de la luna, allá en el césped. Era luna verde, la luna después del equinoccio verde, y al principio luchaba con los celos, Diana se fusionaba con sus famis y a mí solo me miraba. Y entonces dejé de sentir celos.

–No fue como la primera vez que persona enloqueció –dijo Diana con su hermosa voz ronca, apartando el pelo de Luciente de la frente–. No fue un hundimiento total.

Básicamente, Liebre había empezado a sentir que Bolívar le absorbía. Quería trabajar contigo –dijo Diana a Bolívar–, pero también trabajar en solitario. Para ser más libre y crecer como persona. Tú sabías tanto, habías viajado tanto, habías creado tu propio estilo, labrado una reputación. Liebre sentía como si su propio trabajo y sus visiones desaparecieran en las tuyas..., quizás como ya había pasado donde Agios Nicolaus. Liebre carecía de centro. En su lugar, había un enorme ímpetu visionario y mucha hambre de experiencia. El equilibrio le llegaba de otras personas. Es necesario que alguien te equilibre. Yo también sentía que Luciente había sido sensatez al completo durante demasiado tiempo. –Tiró a Luciente del pelo.

–Sin embargo, tanto Liebre como yo nos dimos cuenta de tu plan –dijo Luciente con enfurruñada dignidad.

–¿Qué bien les hizo? Mi plan era sanar, vieja amistad.

Luciente reclinó la mejilla en el hombro de Diana.

–Habría pasado de cualquier manera, cuando Liebre hubiera regresado a la aldea, pero entonces habría durado menos. Persona murió bien. Esa es una buena muerte, útil. Solo que... ¡tan temprana!

Una voz grave cantaba suavemente:

Sueño con un bebé

flotando entre otros

como una trucha contra la corriente.

Sueño con un bebé

cuyos inmensos ojos

se cierran ante promesas secretas.

Sueño con un bebé

que va a la deriva en el palpitante

corazón de la incubadora

creciendo cada día

más bello,

cada vez más cerca de mí.

–Ha salido el sol –dijo Erzulia, y señaló las puertas para que las abrieran de par en par–. Tenemos que dar nuestra amada amistad a la tierra. El día ya está aquí. Este velorio acaba.

En la sala se levantó un leve revuelo, como un perro que despierta y se sacude. Las personas presentes se despertaban unas a otras. Las tazas, los vasos, los jarros, vacíos o casi vacíos y los aún llenos..., se lo llevaron todo.

–Quien quiera una membranza de Liebre, que venga y la coja. Familia y compas de miel primero –invitó Erzulia. Se reunieron en silencio alrededor del pequeño círculo de objetos. Luciente cogió un libro gastado–. Liebre solía recitarlos. Cada poema me recuerda a tiempos y ocasiones pasadas.

Bolívar cogió el anillo con la piedra amarilla.

–Se lo encargué a una persona artesana cuando Liebre cumplió los quince.

Se lo llevaron todo, excepto las cartas y lo papeles personales, que Erzulia colocó bajo la manta. Luego Abeja, Bolívar, Barbarrosa y Luciente se prepararon para cargar el cuerpo. Fueron a trabajar quienes pudieron despertarse, los que no se fueron a dormir. Unas treinta personas fueron en procesión hasta la tumba.

La campana tañía otra vez sobre Mattapoissett. Caminaron lentamente por los senderos de la aldea, mientras las amistades de Diana tocaban una marcha fúnebre. Las hojas estaban empezando a cambiar de color, los arces se tornaban rojos y un joven retoño ya se había vuelto bermellón, como si lo hubieran sumergido en sangre brillante. Sería un día despejado. El aire era frío. El rocío humedecía las piedras y hacía resbalar a Connie. Crisantemos y margaritas resplandecían a lo largo de los senderos. Aquí aún no había llegado la helada. Tomates

verdes y rojos aún encorvaban las ramas de las altas tomateras. Calabazas plantadas en los bordes de los jardines crecían entre el césped o trepaban por entre el maíz. Sojourner se puso a su lado y preguntó si podía recostarse sobre su hombro, pues se sentía agotada por la larga noche. Caminaron sin prisa casi al final de la procesión.

Una tumba profunda y estrecha se abría como una boca oscura en las lindes del bosque. Se agruparon alrededor y utilizaron cuerdas para bajar a Liebre, con sus papeles y la manta, hacia el fondo del agujero. Mientras lo bajaban, Erzulia acomodó la manta para cubrirle el rostro. El cuerpo alcanzó el fondo con un golpe seco que hizo estremecer a Connie. Unos pocos, Luciente, Abeja, Tasunka Witko, rompieron otra a vez a llorar suavemente, pero Connie podía sentir cómo casi se les había agotado el llanto. «Solo en nos viven los muertos».

–Amistades, estamos en duelo por camarada Liebre, que murió defendiéndonos. «En nos viven las muertes que nos crearon. El agua fluye colina abajo, atravesándonos. El sol se refresca en nuestros huesos. Estamos en unión con todo lo vivo en una melódica red de energía. En nos viven las muertes que nos crearon. En nos viven las criaturas que aún no han nacido. Respirando el mismo aire, bebiendo la misma agua, comiéndonos la carne mutuamente: así crecemos, como un árbol que surge de la tierra». Se nos arroja a la tierra y seguimos nuestro camino. Debemos seguir trabajando hasta retornar los cuerpos. Adiós, Liebre.

–Erzulia cogió una pala y arrojó un poco de tierra. Luego le pasó la pala a Abeja.

Cada uno, por turnos, dijo adiós y arrojó un puñado de tierra; luego regresaron caminando a la aldea. Un joven árbol de azafrán, en posición vertical y con las raíces envueltas en yute, esperaba para ser introducido en la tumba. Una vez que todos hubieron terminado con el ritual de arrojar tierra, Erzulia permaneció con dos personas voluntarias para terminar de cubrir la tumba. Luciente, que había esperado junto a Connie, le entrelazó el brazo y se apoyó en ella mientras caminaban.

–Ahora vamos a la incubadora –dijo.

Connie pudo sentir cómo su pena se distendía. Aún estaba allí. Era una pena que se iría disolviendo lentamente en su interior. Pero la primera negación había acabado. Viviría con ese dolor y viviría su vida. Connie también se sentía aliviada, agotada pero liberada, más liviana que el aire, pero con las extremidades pesadas por la fatiga. Sentía como si hubiera llorado años de aflicción.

Abeja, Barbarrosa, Nutria, Sojourner, Halcón y Bolívar también esperaban a las puertas de la incubadora. Luego, todos entraron en grupos de cuatro a través de las puertas. Sacco–Vanzetti los esperaba.

–Venimos a pedir el inicio de un nuevo bebé, para reemplazar a Liebre, que ha muerto y a quien ya hemos enterrado –dijo Abeja.

–Tengo nuevas. –Sacco–Vanzetti balbuceaba por la emoción, intentando hablar con dignidad–. Tengo maravillosas noticias. Quiero decir, cachái, que el concejo se ha reunido. Decidieron honrar a Liebre. Esa combinación genética renacerá.

Hubo un momento de silencio. Luego Luciente habló.

–Agradecemos al concejo. Aunque nunca sepamos dónde o en quién, sabemos que una parte de Liebre vive.

Cuando volvieron al sol que se inclinaba resplandeciente sobre los prados, las cabañas, el montículo amarillo de la incubadora, Connie preguntó a Luciente:

–¿Qué fue eso? No entiendo.

–¿Qué...? ¡Ah!, la decisión. –Luciente se balanceó un poco–. Muy raramente se hace. Cuando alguien con talento inusual muere joven, se otorga su mezcla genética exacta a un nuevo bebé, como una especie de homenaje viviente. Nunca se sabe dónde. Nadie lo sabe. No se guardan registros. Sabemos que la crianza cuenta más poderosamente que la genética una vez erradicados los genes negativos, pero así y todo es un homenaje. Relaja la

mente de manera extraña el saber que un bebé Liebre volverá a nacer en algún lugar, de aquí a nueve meses.

–Supongo...

–Ya me agota seguir enviando, Connie, dulzura mía. Debo dormir. Tú igual. –Luciente la abrazó–. Vámonos.

Sintió cómo se hundía lentamente en su cama. Una enfermera estaba sentada a su lado y, en cuanto se movieron sus párpados, la enfermera llamó.

–Está volviendo en sí. Rápido, avisad al doctor Morgan. Está durmiendo al final del pasillo.

Su habilidad para permanecer en el futuro la alucinó. Habían estado intentando reanimarla desde la noche anterior. Esta vez, amarrada a Luciente, ni siquiera los había sentido. Observó el alboroto por entre los ojos entornados. Estaban asustados. Podía sentir el miedo del doctor Morgan quejándose como una sierra cortando madera. Lo que le habían metido en la cabeza era experimental y no querían una muerte.

Morgan y Redding no dejaban de murmurar, y Argent, cuando se dejó caer al final de la mañana, se veía abatido y nervioso. La miró de reojo, haciendo breves preguntas a las enfermeras, frunciendo el ceño una y otra vez. Redding iba de un lado a otro y murmuraba; más tarde entró con una

jeringuilla y un anestésico local y cambió la medicación de la bolsa de diálisis que goteaba en su interior.

–Con esto debería solucionarse –dijo Redding animadamente, pero mirándole el cráneo con una mueca, como si quisiera desmontarlo.

La rodeaba una nueva sensación de alerta. Se sintió mal al ver a Tina y Sibila realmente preocupadas. Tina le dio la lata para que comiera e iba moviéndose entre la puerta y la ventana como una mosca enfadada. Cuando Tina se fue a la sala de día, Connie intentó tranquilizar a Sibila.

–¡Que estás bien! ¡Estuviste inconsciente durante doce horas! ¿Cómo puede ser eso estar bien?

–¡Sibila, no te preocupes! Por favor. Lo único que me pasa es lo que me han metido en la cabeza. Y estoy haciendo lo que puedo para sacármelo. Créeme.

–Están asustados. –Sibila tenía los ojos sombríos–. Pospusieron los implantes programados para el lunes, hasta que sepan lo que te pasa.

–¡Bien! Esa es mi primera victoria. Tina estaba programada para el lunes.

Con ayuda de Luciente, quizás pudiera volver a asustarlos. ¿Qué más podía hacer? Era la única manera que veía de luchar.

DIECISIETE

Llevaba una semana intentando invocar a Luciente todos los días, pero sin éxito. Una vez sintió que resbalaba hacia aquel otro futuro hasta que retrocedió con horror. ¿Por qué no conseguía llamar a Luciente? Desde que le habían implantado la microdiálisis, no había sido capaz de cruzar por su cuenta, no al futuro correcto, al que ella deseaba.

Estaba un poco menos dopada y el tiempo se difuminaba de forma más sutil. A Tina la pillaron intentando escapar del pabellón en un carro de la lavandería y la metieron dos días en aislamiento. Cuando la dejaron salir, mareada y crispada por las drogas, Connie se levantó con el cuerpo tembloroso y le tocó el hombro.

–Qué lástima que no lo hayas conseguido –le susurró–. Vuelve a intentarlo.

–Solo me quedan cuatro días. Estoy programada para el lunes.

En el salón naranja y *beige* de los pacientes, Alice estaba sentada frente al televisor con una sonrisa muerta. Miraba cualquier cosa que se moviera delante de ella. Connie pensó que si se acercaba sigilosamente para apagar el aparato, Alice seguiría mirando la pantalla vacía con la misma sonrisa vacía. El personal no paraba de decirle a Alice que pronto le darían el alta, pero que iban con cuidado por lo del Piernas. Alice comía muchísimo. No empezaba a comer hasta que la auxiliar la hacía empezar, pero luego se lo comía todo metódicamente. Estaba ganando peso.

El lunes siguiente, después de que se hubieran llevado en silla de ruedas al Capitán Pomada y a Tina para ponerles los implantes, se echó en la cama y se lanzó hacia Luciente, sin importarle cómo ocurriera el tránsito. El cruce al otro lado fue escabroso. Durante un tiempo el pabellón se volvió opaco y así y todo no llegó al futuro. Se desmayó. Fue como quedarse inconsciente más que dormida. Pero al final consiguió estar de pie frente a Luciente, que apoyaba las manos sobre sus hombros, en un pequeño claro del bosque. Farallones de un verde grisáceo. Pinochas por doquier, volando a la deriva contra las rocas. Luciente llevaba un mono de uniforme verde y marrón.

–¿Dónde estamos?

–Cerca del frente –dijo Luciente–. Nos hemos alzado.

–¿Por eso no podía alcanzarte?

–Comunar ha sido más difícil. Algo provoca interferencias. ¿Probabilidad estática? Solo podemos cachar los vectores temporales de forma muy primitiva. Intenté alcanzarte antes de que zarpáramos, pero desde entonces he tenido mucho atasco.

–¿Dónde está tu cóner? –Reparó en una franja más clara en la piel morena del antebrazo izquierdo de Luciente.

–En el foco. Nos los quitamos por temor a usarlos sin pensar. Pueden localizar las frecuencias. Usamos estos como localizadores–comunicadores. –Luciente tocó un pequeño huevo recubierto con una red que llevaba alrededor del cuello–. Yo, por mi parte, debo confesar que me siento al desnudo sin mi cóner. Es parte de mi cuerpo. Solo me lo quito para acoplarme o dormir.

–¿Y si se pierde?

–Perdería dos tercios de mi memoria. Caléndula de Boophis tuvo un accidente que le destrozó el brazo izquierdo y el cóner. El brazo pudimos restaurarlo, pero el cóner no. Caléndula se suicidó. Para algunas personas solo es una comodidad. Para otras es parte de su psique.

Abeja se aproximaba a buen paso hacia ellas por una senda, cargando una pieza de equipo a la espalda. Aquí parecía más alto que nunca, inusualmente alerta. Su sonrisa aún hablaba de calmas lujuriosas y un vigor luminoso.

–Buena luz, Sal y Pimienta. La última vez olvidé decirte que deberías cambiar esa peluca por un puercoespín.

–Está empezando a crecer. Pica un poco.

Se quitó la torcida peluca castaña de un tirón y le enseñó su corte de estilo militar. Podía sentir una zona sin pelo donde estaba el tapón de pegamento, pero en el resto del cuero cabelludo los cabellos le crecían como púas.

Abeja y Luciente rieron sin malicia y le acariciaron la cabeza, comentando lo rígido y pinchudo que se sentía el pelo de un centímetro. No le importaban sus bromas porque eran afectuosas y, además, sabía que se veía muy graciosa. En el baño de este pabellón había un espejo de verdad.

Abeja le dio unos golpecitos sobre el tapón del cráneo.

–Esto no puede ser bueno. ¿Qué tienen ahí dentro?

–Algo para controlarme. Una máquina.

Abeja pareció agotado por la tristeza, la misma expresión que tenía al empezar el funeral de Liebre.

–Estamos en guerra. Tú eres persona prisionera de guerra. Ojalá te liberes. –La abrazó suavemente.

Ella ríó apenas, separándose.

–¿Cómo?

–¿Puedo ofrecerte tácticas? –Abeja volvió a acercarla cogiéndola de la barbilla–. Siempre hay algo que puedes negarle a quien te oprime, como mínimo tu lealtad. Tus creencias. Tu cooperación. Incluso a veces, aunque el desequilibrio de poder sea muy marcado, puedes encontrar o forzar una oportunidad de devolver el golpe. Hasta que eso deviene un poder.

–Pero ustedes todavía están luchando. ¡Aún no ha terminado!

–¿Cómo iba a terminar nunca? –Luciente movió la mano, como rechazando la idea–. Con el tiempo, el sol deviene nova. Big bang. ¿Qué más? Nos renovamos, regeneramos. O morimos.

–Pero realmente no parece que ustedes crean «más»..., ni en más personas, ni en más cosas, ni siquiera en más dinero.

Luciente se apoyó contra un pino; sus dedos jugaban con la corteza rugosa.

–Algún día la gran reparación se habrá realizado. Habrá equilibrio en los océanos, los ríos fluirán limpios, los humedales y los bosques florecerán. Ya no habrá enemigos. No habrá un Ellos y un Nos. Podremos discutir alegremente sobre importantes cuestiones del arte y las ideas. Los vestigios de las antiguas costumbres se desvanecerán. No puedo conocer ese tiempo: no más de lo que tú puedes llegar a conocernos. Solo podemos conocer lo que podemos imaginar de verdad. Al final, lo que vemos viene de nos.

–¿Crees que no te conozco, Luciente?

–Como persona, cachái. Quiero decir que no puedes comprender completamente nuestra sociedad, no más de lo que yo puedo comprender otra cien años posterior a nos. ¿Qué nuevas artes inventarán las personas que sean nuestras tataratataranietas? ¿Qué artes antiguas descubrirán? ¿Qué instrumentos musicales fabricarán? ¿Qué juegos? ¿Qué autoconocimiento? ¿Qué nuevas comidas, qué estilos de cocina? ¿Qué ciencias ahora inimaginables? ¿Qué nuevas formas de sanar? ¿Navegarán lejos en nuestra galaxia? ¿Viajarán en los estratos submicroscópicos? Cuando cada región haya alcanzado la autonomía alimentaria, cuando hayan acabado las reparaciones, ¿entonces qué? A veces... ¡a veces quisiera vivir para siempre! –Luciente echó la cabeza hacia atrás–. Pero sé que encontraré mi muerte llegado el momento. Desearé tumbarme, yo, cabalmente, y haber acabado. Pero ahora me gustaría viajar hacia delante, a ese futuro como

viajas tú hacia nos. Sé que no tiene sentido. El ahora es suficiente. Sin embargo, para mí es un placer ir conociéndote, Connie.

Se oyó un silbido extraño y agudo atravesando el aire, cada vez más cerca. Abeja y Luciente se quedaron petrificados; después le hicieron señas y empezaron a correr velozmente por donde había venido Abeja.

–¡Rápido! ¡Corre! –Luciente formó las palabras con los labios y por encima de su hombro, sin llegar a hablar. Abeja se retrasó y la urgió a avanzar mientras huían.

El chillido agudo y penetrante creció aún más y más. Le perforó el tímpano y parecía chirriar y dar vueltas y más vueltas en su cerebro. Un dolor la taladraba hasta el tuétano, ya no parecía entrarle solo por los oídos: sus huesos parecían vibrar en una frecuencia demasiado aguda como para poder soportarla. Se sentía como un diapasón temblando de dolor.

–¡Corre, Connie, corre! –urgió Abeja–. Los barridos sónicos matan. Los reflectores están al otro lado del puente. ¡Corre!

Intentó seguir el ritmo, pero no podía correr tan rápido. Jadeando, con punzadas en los costados, se fue quedando cada vez más rezagada. Se detuvieron para esperar a que Luciente volviera corriendo para tirar de ella. La aguda perforación del aullido la sacudió. Se desplomó en el suelo, agarrándose la cabeza.

–¡Sigue tú! ¡Ponte a salvo!

–Ahora. Se le han movido los párpados. Está volviendo en sí.

Abrió los ojos. La enfermera estaba inclinada sobre ella. Una asistente se marchó corriendo afanosamente con un mensaje.

–¿Qué intentabas decir cuando recuperaste la conciencia?
–La enfermera Roditis se inclinó más cerca–. Algo sobre seguir.

–No sé. –Cerró los ojos.

–¿Estabas alucinando?

–No tiene historial de alucinaciones. –Acker daba vueltas a los pies de su cama.

–La inyección funcionó. Al doctor Morgan le complacerá saberlo. Pero no sé qué harán si esto continúa ocurriendo.

La enfermera Roditis sonaba severa y sentenciosa. Se puso a chasquear la lengua con desagrado mientras acomodaba las mantas sobre Connie.

Luciente le agarró el brazo y la arrojó al búnker. Detrás de unas pantallas decorativas y de pequeñas piezas de equipo, algunas similares a las que llevaba Abeja en la espalda, el

suelo había sido excavado entre las rocas. Sus amigos ocupaban un leve promontorio sobre el arroyo.

–Pantallas acústicas y reflectores –explicó Luciente de forma escueta–. ¡Manténgase abajo! Atacarán nuestro frente.

–¿Dónde está todo el mundo?

–Estamos en el flanco derecho. El frente traza una curva a nuestra izquierda y llega hasta el río.

Nutria se acurrucaba en el refugio junto a Connie; observaba una hoja de vivos colores caída de uno de los arces que crecían a lo largo del riachuelo. Unos pinos se erguían a sus espaldas, y frente a ellos resplandecía una hilera de arces. Sus hojas doradas y rojas caían en oleadas sobre la ribera y luego eran arrastradas por el riachuelo rocoso, en el que se iban acumulando en manchas coloridas en cada remolino y remanso.

–¿Te conmueve esto? –preguntó Nutria y leyó en voz alta–:

Una hoja

parda y oro

revoloteó hasta mis pies:

frágil ala de polilla,

muerta.

Miró a Nutria, confundida. Nutria vestía con el mismo mono moteado, el cabello dividido en dos largas trenzas. Se la veía orgullosa de sí misma, desde la ancha nariz hasta los brillantes ojos rasgados. Connie preguntó:

–¿Es un mensaje codificado?

–¿Codificado? Es un poema: un cincúan. ¿No te gusta?

–Pero... ¡cómo puedes escribir poemas sobre hojas en este momento!

Nutria arqueó las cejas.

–¿Cómo no? Estamos cerca de la muerte. Por tanto es natural escribir poemas, ¿no? Y caemos como hojas...

–Aquí vienen –dijo Luciente con calma, y todos tomaron posición de alerta con sus armas.

El suelo tembló violentamente bajo sus pies, aunque Connie no escuchó ninguna explosión. En efecto, nada parecía causar lo que estaba ocurriendo, pero el suelo volvió a temblar y Connie se mareó. Una vez más tembló el suelo y un árbol se partió y se derrumbó frente a ellos. Otros árboles caían, mientras una roca se desprendía y rodaba quince metros hasta acabar en una pequeña ensenada. Sobre ellos cayó una lluvia de piñas provocada por los pájaros que huían

graznando de terror, los arrendajos emitiendo su estridente grito de alarma. A su derecha alguien chilló.

Entonces vio venir al enemigo: altas figuras completamente enfundadas en uniformes metálicos de una pieza que sonaban con estrépito cuando se desplazaban, con cascos que les cubrían íntegramente la cabeza. Venían del otro lado del riachuelo, y zigzagueaban de los árboles a las rocas, de las rocas a los arbustos.

–Alto el fuego –susurró Luciente.

Connie se dio cuenta de que sujetaba algo que parecía un revólver, aunque para apuntar había que aplicar el ojo a una mira y enfocar la vista. Lo probó, nerviosa. El aparato respondió al instante, pero no conseguía pillarle el truco a cómo se detenía. La idea era bloquearlo en una posición antes de dejar de mirar por el objetivo, pero siempre lo paraba demasiado tarde.

Más y más figuras de metal pululaban con torpeza entre los árboles, preparándose para cruzar el río y atacar en bloque.

–Alto el fuego –volvió a susurrar Luciente enérgicamente–. Escojan a los que crucen el talud de la represa. –Luego agregó, como si entonara una plegaria–: Perdónenme, si están vivos y los mato.

Abeja y Nutria entonaron una plegaria similar, antes de que Nutria susurrara:

–¿Creen que algunos de ellos son personas?

Las tropas se estaban concentrando en la parte más alejada del bosque, preparándose para salir de su escondite y atacar. Cada vez eran más lo que se colocaban en posición. Finalmente, salieron en medio de aquel ruido metálico, corriendo de forma caótica en oleadas hacia el talud de baja altura para vadear el riachuelo. Se aproximaban en silencio, salvo por el ruido de sus piezas metálicas. No daban alaridos ni se animaban.

De repente, estaba en medio del salón del apartamento donde vivía con Martin. Calor. El sudor le corría por la espalda y se le acumulaba bajo los pechos. El aire era tan denso y sulfuroso que empezó a toser. Estaba asustada, el estómago le dolía de miedo. ¿Por qué? Martin estaba abajo, en algún lugar. Sí, en la calle, levantando barricadas detrás de coches vueltos del revés, arrojando botellas y piedras contra la policía. Las fuerzas especiales, la TPF, armadas con fusiles y rifles y pistolas y gas lacrimógeno y granadas de gas, venían ruidosamente por la calle, rígidas y mecánicas. Pero el eco de sus voces contra las casas estaba henchido de un gozo rabioso: *¡Latinos de mierda negratos cabrones!*

Se quedó mirando por la ventana, con el vestido de verano de flores estampadas, agarrándose el pecho con los brazos.

Martin estaba por ahí en alguna parte, gritando con rabia desamparada y a punto de que lo matasen, mientras la policía derribaba a tiros a un niño de catorce años que decían que había robado un coche: eso había desencadenado los disturbios. Entonces uno de los policías se giró y, al verla en la ventana, alzó su arma y le disparó. La ventana se hizo añicos. Aterrorizada, gritó y cayó al suelo entre los cristales rotos. Estuvo sacándose trozos de cristal de los brazos durante dos días. Pero no le dieron. Esa vez tampoco le dieron a Martin.

–Creo que vuelve en sí, doctor.

–Patty, ¿has encontrado a Redding? Venga. Encuéntralo.

–Doctor, su secretaria dice que está en camino.

–Si perdemos este implante, quedaremos bastante mal –masculló el doctor Morgan–. ¿Cuándo dijo que salió?

–Hace diez minutos, doctor.

–¿Dijo que venía directo hacia aquí?

–No lo aclaró, doctor.

–Y usted no preguntó –dijo con una amarga satisfacción, encantado de encontrar a alguien a quien echarle la culpa de algo–. ¿Y el doctor Argent?

–No pude dar con él, doctor. Esta mañana está como profesor invitado en una clase de patología del doctor Sanderman. Su secretaria cree que estará en su despacho a eso de las once y media.

–¡Cree! ¿Por qué no mueve el trase..., va ella misma hasta allí y le da el mensaje? Vuelva a llamarla y le dice que acelere. Puede hablar con él en cuanto acabe la clase. Estas mujeres son tan vagas que ni se levantan de la silla, se pasan el día empolvándose la nariz. Dígale que le dé el mensaje a Argent personalmente.

La enfermera Roditis se aclaró la garganta.

–Doctor, ¿tengo que hacer algo con respecto a la sala de operaciones del centro?

–Eso tiene que ser decisión de Redding... ¿Dónde está? Apuesto que ha parado por el camino a tomarse un café con alguno de los de la universidad. Se pasa todo el santo día tomando café, es un milagro médico que aún tenga riñones. Yo tomo litros cuando estoy con él. Si continúo así, acabaré con úlceras, como él. ¿Dónde demonios está?

–Si la quiere operar, ha desayunado esta mañana, pero no ha tomado nada desde entonces. –La enfermera Roditis le puso un termómetro a Connie bajo la lengua–. Ahora no vayas a morderme, buena chica.

Halcón aferró los controles del flotador. Luciente estaba encorvada, preparada para disparar el arma de la parte delantera y Connie estaba en el asiento de atrás con otra arma, montada para girar ciento ochenta grados en cualquier plano.

Halcón remontaba el flotador con brusquedad. Estaban encima del mar; a muchos metros por debajo, las olas grises parecían las escamas de un gran pez. El cielo estaba cubierto; los vientres hinchados de las nubes estaban suspendidos sobre ellos. Sobrevolaban justo por debajo, esquivando bancos de niebla. El flotador oscilaba como un corcho en las corrientes de aire. Se sintió un poco mareada. Halcón parecía feliz a los controles, cantando algo que Connie recordaba haber escuchado antes, sí, la noche del banquete. Connie había estado caminando con Abeja, que le rodeaba los hombros con el brazo. De repente, su carne recordó su gran mano cálida, el pulgar rozándole suavemente el pecho desnudo bajo el polilla.

–¿Cómo alguien puede cantar sobre la lucha en una noche como esta?

Él le había respondido que en una noche como aquella la gente moría luchando, como en cualquier otra.

Qué bien luchar a tu lado

amistad de nuestra gran mesa

madre de mi criatura.

Halcón trinó con su voz fina y aguda y el flotador escoró, descendió en picado y dio un salto mientras el estómago de Connie temblaba y se desplomaba. Las gaviotas cruzaban volando debajo del flotador. La niebla se cerraba en el horizonte. Solo se veían nubes y, de vez en cuando, otro flotador que aparecía de entre las nubes y volvía a desaparecer, como si navegara en un mar invertido, hecho de un espeso aire gris.

Un ejército de amantes no puede perder,

¡un ejército de amantes no puede perder!

Halcón trinó en su agudo soprano, alegre en la cabina cerrada, haciendo que el flotador se ladease justo cuando se adentraba en una nube que se fundió a su alrededor, clausurando el mundo hasta que todo fue pelusa de algodón gris y Connie ya no podía distinguir entre arriba y abajo. Mareada, se agarró con fuerza de las palancas que controlaban su sofisticada arma.

Luciente le sonrió por encima del hombro.

–¡No empieces a disparar a las nubes, dulzura! Relájate. ¡Disfruta del viaje! ¡luuuu!

–¿Disfrutar? ¡Tengo el estómago en la boca! ¿Es necesario moverse así de rápido y boca abajo?

–Somos como las gaviotas, dejándonos llevar por el viento
–gritó Halcón–. ¿Cómo puede ser que no te guste volar?

–¿Te mudaste esta semana, Halcón? –interrumpió Luciente con diplomacia.

–Le he dado mi antiguo espacio a Amapola. Es tamaño infantil, la cama y las sillas son pequeñas. Amapola ha esperado dos meses para tener un espacio. Planeaba ir al concejo para pedir material de construcción si no salía algo pronto. Pero yo ocuparé el antiguo espacio de Liebre y Amapola puede coger el mío. –Giró el flotador noventa grados y cruzó un claro (un desfiladero que caía hacia el mar) a toda velocidad hacia otra masa de suave vacío–. Mi antiguo espacio es genial para una criatura. Amapola tiene diez años. Está lo bastante cerca de la casa infantil, así que puedes ir cuando te apetezca si no quieres pasar la noche en soledad. Pero el puerto del flotador está más a mano de donde me mudo. Me encanta el sonido del agua... ¡Lo siento! Ya sabes cómo es. Lo siento mucho –dijo, dirigiéndose con torpeza a Luciente.

–Hoy continuamos la lucha de Liebre. –Luciente se mantuvo ocupada con su arma. Estaba al mando de un jizer y Connie, en la cola, controlaba el escáner.

–Si sobrevivimos –dijo Luciente en un tono jovial cinco minutos más tarde–, ¿has lucidado qué harás ahora que eres

una persona adulta? Abeja dijo que sueñas con viajar. ¿Te instruirás por tu cuenta?

–Prefiero trabajar con flotadores a cualquier otra cosa. Pero quiero viajar durante un tiempo. Nunca he saltado más allá de la cima de la bahía. Centellas y yo hemos estado rumiando ir a vagabundear... una vez que esta fase de la guerra haya terminado, por supuesto.

–¿Cómo sabes que acabará? –preguntó Connie–. ¿Esperan ganar en poco tiempo?

–¿Ganar? Viene en rachas. –Luciente hizo una mueca por encima de su hombro–. Como las manchas solares.

–Hemos pensado que iremos hacia el sur. Creemos que tenemos algunas habilidades útiles para intercambiar y siempre podemos agarrotarnos en cualquier trabajo pasajero. Centi tiene una gran habilidad para polinizar. A mí se me da bien la mecánica. No me refiero a vagabundear para siempre, como ráfagas. Sin familia, sin base. Nunca podría volar. Pero antes quiero salir a ver mundo.

–Cuarenta grados al nordeste –la voz de Luciente surgió de repente–. A sesenta metros por debajo de la elevación actual. Combate aéreo. Diviso ocho objetos.

Halcón escoró la nave, después se movió abruptamente a través de la masa gris en una dirección que Connie supuso que era el nordeste. Aumentaron la velocidad hasta que

Connie se sintió mareada y asustada otra vez. Durante la conversación había olvidado sentir ansiedad. Ahora nadie hablaba. Halcón maniobraba con brusquedad. Luciente revisaba su arma. Después se desabrochó el cinturón y extendió el brazo por encima del asiento para hacer unos ajustes en su simulador. Luego se volvió a abrochar el cinturón y rápidamente comprobó su posición en los instrumentos.

–Casi encima –dijo en voz baja, aunque obviamente nadie podía oírlos a través de las paredes de la cabina–. Quiten los seguros. ¡Al ataque!

El flotador surgió bruscamente de entre las nubes y avanzó directo hacia el altercado. Cuatro de los flotadores estaban decorados como la maquinaria de Mattapoissett. Los otros cinco (contó nueve, no ocho) estaban decorados en color kaki y eran más angulosos. Sus motores hacían mucho ruido y dejaban un rastro de gases oscuros cuando se elevaban.

Halcón los condujo directamente al medio del tumulto. El ruido la ensordeció. Se agarró al simulador. Cuando vio que se aproximaba uno de los flotadores kaki, disparó el arma y esperó tener suerte. Un relámpago salió disparado formando bucles de luz. Halcón no paraba de dar vuelcos, elevarse, lanzarse en picado; dio un giro de ciento ochenta grados y volvió a girar una y otra vez hasta que Connie no tuvo ni idea de qué era arriba y qué abajo. Un flotador cayó al mar envuelto en llamas, pero no distinguió de quién era.

Eran rápidos, muy fáciles de maniobrar. Parecía una batalla de colibríes. Una riña entre libélulas que centelleaban y zumbaban, dando vueltas y más vueltas sobre sí mismas, armadas con terribles garras y dientes. Los flotadores eran bellos hasta en combate mortal. Los suaves vientres de peluche de las nubes colgaban sobre la batalla. Las escamas de gélido gris del flanco del mar se erizaban y se doblaban a los lados. A veces, Halcón los hacía descender tan bajo que Connie podía ver la espuma en la cresta de las olas, y también la mancha que se iba extendiendo desde donde había caído el flotador.

Dirigidos hacia la muerte por una criatura de doce años, pensó. Atrapada entre las nubes y el ancho mar que se perdía en un banco de niebla, se sintió diminuta. Se habían reducido al tamaño de insectos, jejenes y mosquitos dando vueltas en el aire. Entonces miró a Luciente y recuperó su sentido del tamaño y la proporción.

Con un pañuelo rojo atado alrededor de la cabeza, para mantener sus rebeldes cabellos fuera de los ojos, Luciente estaba tranquila, concentrada en el jizer. Aguantaba los giros y los vuelcos, las caídas en picado y las sacudidas del ascenso del flotador con evidente placer, como si montara un caballo brioso. Su cuerpo se movía grácil, no se congelaba de pánico como el de Connie, que se esforzaba inútilmente por mantener algún punto de referencia. Luciente oscilaba y rodaba, ajustando constantemente el objetivo.

Halcón los llevó otra vez al centro de la batalla. Por su lado cayó otro flotador, hecho pedazos, ardiendo. Esta vez pudo ver que era una máquina kaki. Intentó contar los flotadores a medida que iban apareciendo. Quizás había uno menos de cada bando.

Luego se escoraron para entrar y salir de entre los flotadores, escupiendo rayos bifurcados. Connie apuntó y disparó intentando no perder la trayectoria entre los giros y vuelcos. De repente, un flotador kaki se lanzó directo hacia ellos desde el sureste como si fuera a embestirlos. En cuanto estuvo a una distancia similar a la longitud de una sala de hospital, el enemigo giró bruscamente y se quedó suspendido en el aire como un mosquito gigante, preparando el jizer para abrir fuego sobre Connie, al tiempo que ella también apuntaba y disparaba. Alcanzó a ver brevemente al enemigo a través de la burbuja de cristal: las gruesas gafas, la nariz aquilina, la brillante mirada azul de satisfacción del doctor Redding, mientras enérgica, eficazmente, disparaba el jizer.

Las ráfagas se cruzaban en el aire, parecía que el mismo aire cedía y se detenía el tiempo, encrespado en una ola que aún no podía romper. Connie vio que el piloto del flotador enemigo era el pálido doctor Morgan, que se aferraba a los controles con los nudillos blancos y humedeciéndose los labios con disimulo. Agitándose en el asiento de atrás, intentando inútilmente hacer funcionar el simulador, el meticuloso doctor Argent, vestido con chaqué, elegante

hasta en el clavel rojo que llevaba en la solapa, se revolvía los cabellos plateados fulminándola con una mirada de odio.

Connie miró a su alrededor y vio que todos los flotadores enemigos les apuntaban a ellos, como si hubieran sido convocados para este ataque. Al mirar a izquierda y derecha, vio entre los pilotos y la tripulación al juez Kerrigan –el que le había quitado a su hija–, la asistente social señorita Kronenberg, la señora Polcari, Acker y la señorita Moynihan, todos los asistentes sociales y médicos y propietarios y polis, psiquiatras y jueces y orientadores infantiles, informantes y auxiliares y camilleros, los abogados de oficio sugiriendo que se declarase culpable, las jefas de enfermería y los técnicos de EEG, y todo el resto de agentes del poder que la habían limitado y desanimado y encerrado y medicado y sedado y castigado y condenado. Todos cerraban filas, las armas disparando metralla. Entonces el aire estalló en llamaradas doradas y rojas y escuchó cómo alardeaba el doctor Redding:

–Justo en el clavo. Ya está. Hala, a la ambulancia.

La enviaron de urgencia otra vez al hospital universitario y la pincharon para la operación. Le afeitaron la cabeza para quitarle aquella mata erizada y una vez más quedó calva como una cebolla.

La operación duró menos de la mitad que la anterior. Le quitaron la microdiálisis por completo y cerraron la herida

con pegamento de dentista. Iban a dejarla en paz por un tiempo. Pero no habían acabado con ella, eso podía sentirlo.

Dos días más tarde, estaba de regreso en el pabellón, con la cabeza calva vendada y con la máquina maligna fuera de su cuerpo y de su alma. Emitió un agradecimiento a Luciente, si es que aún vivía. ¿Habría muerto Luciente en el flotador en llamas? No consiguió dar sentido a la escena. Aún le dolía la cabeza y le costaba recordar con exactitud.

En cualquier caso, había aprendido algo, sin duda. Aunque la guerra bramaba ahora fuera de su cuerpo, fuera de su cráneo, el enemigo continuaría presionándola y violando sus fronteras en cuanto decidieran su próxima ofensiva. Estaba en guerra.

Hizo grandes esfuerzos por comportarse como una buena paciente. Cooperaba, sonreía y daba caba al personal. Jugaba al juego de la paciente agradable, educada, entusiasta y humilde tanto como era capaz de hacerlo, porque quería esa maldita máquina fuera de su cabeza.

–Sí que creo que me ha venido bien –mintió a Acker con entusiasmo–. Me siento mucho más tranquila. Esos desmayos me asustaban.

–No volverán a ocurrir. Intentamos una vía de tratamiento, pero estamos preparados para cambiar a otro mejor si el primero tiene efectos colaterales inesperados –dijo Acker

con aires de importancia, haciéndose el doctor delante de la señorita Moynihan, que estaba detrás de él—. A veces un paciente puede manifestar alergia a la penicilina. Entonces tenemos que utilizar otro antibiótico. De la misma manera, has demostrado ser, digamos, alérgica a la microdiálisis...
—Su voz se fue apagando al ver al doctor Redding en la puerta de entrada, arqueando las cejas.

—¿Alérgica, eh? —dijo—. ¿Cómo se encuentra hoy nuestro problema?

—Me siento bien —dijo Connie, desesperada—. ¡Cada vez mejor!

Redding dejó la taza de café humeante que traía en la mano, la miró a los ojos y le dio un golpecito con el dedo.

—Hay pruebas de que la estimulación repetida de ciertos centros en la amígdala puede producir ciertos resultados —murmuró—. Aún así... probablemente son temporales.

Connie se levantó en cuanto se marcharon y se sentó en la sala, lista para entablar conversación con todo el mundo. Se peinó la peluca y se arregló la ropa. Se comió su comida, puso interés, habló con deferencia y cortesía al personal. Se sentó con Tina, a la que nunca, nunca dejaba de dolerle la cabeza. Cogió la pequeña mano morena de Tina, flácida, callosa, llena de cicatrices de quién sabe cuántos trabajos y batallas y a la que le faltaba la punta de un dedo. Tina se

incorporó para decir con voz pastosa que se le había quedado atrapado en una máquina, en una fábrica de cajas. Era un trabajo temporal, así que no le habían dado ningún tipo de indemnización. Al contrario: la habían despedido.

–¡Ay! ¡Cómo me duele la cabeza! ¡Diles que me den algo! ¡Ve y pídeles algo!

El personal se sentía aliviado de que Connie estuviera otra vez en pie. Había dado mucho más trabajo cuando no estaba en contacto. Ahora no solo cuidaba de sí misma, sino que se ofrecía constantemente como voluntaria. Al final a Tina le dieron morfina o algo parecido, dejándola a la deriva en el paraíso de los dopados, ese plácido lugar en las alturas al que tantas veces había entrado cuando estaba herida o vencida. Después de eso, Tina estaba tan lejos de aquella habitación como si hubiera muerto.

–Estás mucho mejor –dijo la enfermera Roditis a Connie con un gesto de aprobación, y sonrió con sinceridad–. Ahora quieres ponerte mejor.

–Oh, sí. –Forzó una sonrisa rígida–. Ahora quiero ponerme bien.

Guerra, pensó, estoy en guerra. No más fantasías, no más esperanzas. Guerra.

DIECIOCHO

–Mírenla, ahí va la Paciente Modelo, matándose por una palabra amable de la señorita enfermera –dijo Sibila entre dientes al pasar por donde Connie estaba barriendo la sala de día.

Connie, dolida, se mordió la lengua, pero la injusticia la corroyó por dentro. ¿Cómo podía haber perdido su amiga la esperanza? Quiso darse la vuelta y gritarle que cuando ella, Connie, había intentado escapar, Sibila había tenido miedo de acompañarla. Pero a Sibila la habían metido en aislamiento por ayudarla. A Sibila todavía no la habían tocado. El personal observaba atentamente al Capitán Pomada y a Tina para comprobar el funcionamiento de los implantes antes de continuar con más, a pesar de que eso retrasaba las intervenciones programadas. Así y todo, en el pabellón estaban presentes todas las etapas: antes, durante

y después; las bajas, los experimentos y el material fresco. Cinco mil chimpancés en sus jaulas.

–Ya no sueño –se quejó el Capitán Pomada–. ¿Por qué no puedo soñar? Falta algo.

Tina iba colocada de calmantes y solo se quejaba cuando se retrasaban las píldoras mágicas.

Mostrando un interés precavido y astuto, ofreciéndose voluntaria para todas las tareas clasificadas como trabajo de mujeres –limpiar, fregar, ayudar a otros pacientes, recoger la ropa, llevar y traer cosas para las enfermeras–, Connie iba calibrando su oportunidad para escapar.

Este era un sofisticado hospital universitario, no tan lúgubre, menos abarrotado y mugriento que Bellevue o Rockover. La mayoría de los pacientes eran de corto plazo y ningún otro pabellón estaba cerrado con llave. Si el hospital no podía ocuparse de los pacientes en un par de meses, los enviaban a hospitales públicos o privados, dependiendo de los medios de cada cual. La mayoría parecían ser personas blancas de clase media con problemas matrimoniales o laborales. Todos llevaban sus propias ropas y tenían médicos asignados.

Este era el único hospital psiquiátrico donde había estado en el que los médicos pasaban visita en condiciones. No tenía ni idea de en qué consistía. La primera vez que la

habían ingresado, cuando creyó estar verdaderamente enferma, había esperado recibir un tratamiento. Un médico amable y de aspecto anodino, una especie de Marcus Welby de la mente, se sentaría detrás de un escritorio y le haría preguntas con una voz erudita pero tranquilizadora, explicándole exactamente en qué había fallado. Ella lloraría y comprendería. Confesional. Sacerdotes que sanaban. Pero lo único que le preguntó el médico en los cinco minutos que le habían asignado fue el nombre del presidente, la fecha y por qué creía ella que estaba allí. Después, le había pedido que contara hacia atrás desde cien de siete en siete.

Esa cuenta atrás le había costado muchísimo. Al cambiar de escuela de Texas a Chicago, debía de haberse perdido algo de aritmética. Nunca había sido capaz de calcular una propina o darse cuenta de si la cajera de la tienda de la esquina la timaba con el cambio, a pesar de volver a contarlo, mirándose la palma con atención para que la cajera pensara que sabía lo que hacía. A ver: cien, noventa y tres, ochenta y seis, setenta y nueve, setenta y dos... La pellizcó un espasmo de miedo. ¿No tendría que ser setenta? Se había vuelto a equivocar. Siete por diez era setenta, eso lo sabía. Se había vuelto a equivocar...

Si era capaz de atravesar la puerta cerrada del pabellón, estaba convencida de que conseguiría escapar del hospital. Había un guardia haciendo su turno en el vestíbulo, pero casi nunca paraba a nadie. Muchos pacientes ambulatorios iban y venían, y los permisos para los internos eran habituales.

Supo que lo conseguiría, una vez pasada la entrada al pabellón. Pero como ya se había escapado, la vigilaban mucho más de cerca que a las demás. Cada vez que deambulaba cerca de la puerta, las auxiliares o la enfermera le preguntaban qué creía que estaba haciendo. Se había quedado sin excusas. A veces daba vueltas alrededor de la sala de enfermería y entablaba conversación con el personal para poder vigilar la puerta, intentando diseñar un plan para franquearla, pero si miraba la salida con demasiada atención enseguida sospechaban. Entonces tenía que redimirse ofreciéndose a prepararles café. Los médicos tenían una sofisticada máquina de café en un rincón, a la salida de la sala de conferencias. Redding tomaba entre diez y catorce tazas al día, y la secretaria Patty o alguna de las asistentes hacían café cada dos horas. El personal de menor rango a veces tomaba el café de los médicos, pero casi siempre usaban una cafetera eléctrica que había en la pequeña cocina. En ocasiones, a los pacientes se les permitía usar la cafetera eléctrica o tomarse una taza de café por la tarde. A Connie eso le venía muy bien, pues la mantenía lo bastante despierta como para tramar y pensar.

–Siento que no te dejen salir –le dijo a Tina mientras se preparaban para ir a dormir.

Tina no contestó durante un rato. Después dijo con voz suave, remota:

–Mi hombre, el único hombre que he amado de verdad, hasta la tuétano. Hasta la boca del estómago. Treinta años, le metieron. Casi una vida entera. Voy a visitarlo dos veces al año. Quince minutos a través de una reja. Se está haciendo viejo rápido ahí metido. Se le está cayendo el pelo, y los dientes... ¡Para eso, mejor le hubieran dado la perpetua!

A la hora de dormir, mientras Connie chapoteaba en el oscuro sueño de la droga, el Piernas cruzó sin hacer ruido las salas del pabellón y se detuvo a los pies de su cama. En la muerte le había crecido el pelo y había recuperado la gracia de sus miembros flexibles.

–Ven –la llamó por encima de la figura dormida de Tina–. ¿No vienes? ¡Vente conmigo, querida mía! No dejes que te roben lo mejor de ti.

¿Sería su educación católica lo que le impedía pensar en el suicidio? Del mismo modo que los anticonceptivos siempre le habían parecido un pecado más grave que acostarse con alguien. De alguna manera, eso no iba con ella.

–Lo voy a hacer a mi manera –le dijo al Piernas, murmurando en el patio trasero del sueño, en medio de una corriente de aire que soplaba a través de pantallas color sepia desde el gélido confín del mundo, donde apilaban los cadáveres.

Bajo la lóbrega luz de la luna susurró al Piernas:

–Yo también estoy luchando. Ahorita mismo, cuando me doblego, como tú, y les lamo los pies, y me arrastro e imploro, estoy esperando el momento. Espera, ya verás lo que hago.

Durante el almuerzo (macarrones con un poco de queso), le dijo a Sibila:

–¿No confías en mí? ¿No me conoces, después de tanto tiempo?

–¿Cómo puedo reconocer a mi amiga cuando la veo postrándose ante la Inquisición? –Sibila sorbió la leche como si fuera vino, bajando la mirada desde su nariz arqueada y huesuda.

–Estamos en guerra, Sibila, ¿no lo ves?

–¡Guerra! Más bien una masacre –resopló Sibila–. Pronto me quemarán en la hoguera, la hoguera pequeña. Más económica, como dice el gran maestro.

–Es una guerra, Sibila... Si consigo un permiso para salir, sé que lo conseguiré. La ciudad está tan cerca de aquí... Una vez fuera del pabellón, ¡ya está! Hay gente entrando y saliendo del edificio todo el día..., pacientes ambulatorios, voluntarios... ¡Si al menos consiguiera llegar hasta los ascensores!

–Hay mucho más ir y venir, sí –dijo Sibila, pensativa–, pero también más personal. Nunca he visto la sala de enfermería vacía.

–Tú también has estado vigilando...

Sibila sonrió.

–Las voluntarias, algunas son universitarias. La hippie esa que viene los jueves, ¿Mary Ellen? La enfermera Roditis le dijo, textualmente, que yo me «creo» una bruja y voy por ahí echándole maleficios a la gente. Entonces, Mary Ellen vino y me preguntó, así como suena, si estaba metida en temas de hierbas.

–¿Y qué le dijiste? –Se sintió cercana a su amiga.

–Le dije que donde estaba metida es en este pabellón, en contra de mi voluntad. Pero que me interesan las hierbas y que las había usado para algunas sanaciones.

–¿Se estaba burlando de ti?

Sibila negó con la cabeza.

–Me contó que muchas de sus compañeras de universidad están interesadas en las hierbas. Conversamos sobre la valeriana, el tomillo, el romero, la consuelda... Al final me preguntó si de verdad era bruja, y cuando se lo aseguré, se quedó bien contenta. Dijo que a muchas de sus amigas «les

mola» la brujería. Dijo que estaba intentando conseguir un permiso para que me visitara una de sus amigas.

–¿No crees que estaba... riéndose por dentro, como hacen siempre?

–No, Consuelo. Se había leído un herbario y había curado una infección en una pierna con compresas de apio de monte. Fue la conversación más civilizada que he tenido en siglos. Bueno, además de contigo, claro. Estuve muy preocupada por ti después de que te metieran esa cosa en la cabeza.

–¡Ay! Si no sé distinguir hierbas de maleza... –Pensó en Luciente dándole de comer aquel follaje silvestre y abrió la boca para contárselo a Sibila. La cerró enseguida; luego, después de un momento, dijo–: Mi abuela conocía hierbas para curar. Pero hasta mis padres se reían de eso. No era tan científico ni moderno como ir a un hospital y morir de una infección.

–Imagínate, chicas universitarias estudiando brujería. Dijo que había una clase en una facultad de mujeres. Nunca he oído nada igual. ¡Ay! Si hubiera podido ir a la universidad, Consuelo... Me eduqué yo sola. Quería ir a la facultad, ¡tenía tantas ganas!

–Yo también. Conseguí ir casi dos años.

–Yo empecé a tiempo parcial. Iba a clases nocturnas. Pero era caro. Volvía tarde a casa y después tenía que madrugar para ir a trabajar... Tendría que haber seguido, Consuelo. ¡Tendría que haber tenido disciplina!

–Hace falta algo más que disciplina. Hace falta dinero. Hace falta un buen transporte público.

–¿Quién les dará clases de brujería? ¡Imagínate! –la voz de Sibila le acarició el oído, haciéndole cosquillas como una lengua cálida–. ¡Una red secreta de aquelarres por toda Nueva York! ¡Imagina los barrotes destrozándose en las ventanas! ¡Los médicos desmayándose por los pasillos! ¡Los candados derritiéndose hasta el suelo como si fueran sopa sin chicha!

–No se entretengan con la comida, chicas. Vamos, apurando.

Tony el camillero les metió prisa, balanceando las llaves al ritmo de su transistor. Se pasaba el día envuelto en música para aislarse del hospital, de los pacientes, del aburrimiento.

–Tu–tu–rú, venga, todas marcando el paso.

–Podemos imaginarnos todo lo que queramos. Pero tenemos que hacer algo que sea real –dijo Connie lamentándose–. Solo estoy intentando conseguir una oportunidad lamiéndoles el culo.

Sibila negó con la cabeza ante la expresión.

–Si encontramos cómo hacerlo, estoy dispuesta.

↓

Dolly entró como una explosión, vestida de amarillo.

–Hola, Connie cariño. Oye, he hablado con papá. Dice que a lo mejor te dejará salir de visita. ¿Qué te parece? –Besó a Connie, envolviéndola en una nube de perfume–. Y dice que él y Adele van a venir seguro a visitarte.

–¿Qué, tiene que firmarles otra autorización?

–Dice que quiere verte. El hospital le dijo que estabas mejor. Mira, te traje una peluca superchic. Negra, como dijiste que querías. ¿Pues, Tía? Dame una sonrisa.

Valente, Sibila, la señorita Green y hasta Tina, que daba cabezadas al borde de la cama, se reunieron alrededor de ella y de Dolly. La mayor parte de la preciada visita de su sobrina la desperdiciaron con la peluca. Se la pusieron y le ordenaron, entre exclamaciones, que se mirara al espejo. Los ojos empañados inyectados en sangre, los labios agrietados y mordidos, la piel cenicienta, todo eso asomaba por debajo de unos tirabuzones de pelo brillante, bien peinado, negro y elegante. La peluca le pesaba y sentía como si su corto cuello cargara con una corona.

–¡Dolly, por favor! –Aferró a su sobrina del brazo–. Sácame de aquí. Déjame ir a casa a visitarte. No quiero pasar Acción de Gracias aquí. Por favor, habla con ellos para que me dejen ir a casa contigo para Acción de Gracias. Te cocinaré, *hermana mía*. ¿Te acuerdas cómo cocinaba? ¡Buscaremos a Nita y tendremos un verdadero día de Acción de Gracias!

–A lo mejor, Connie. Tengo una convención dentro de poco. Me hace falta la lana.

–¿El día de Acción de Gracias? No te estorbaré. Puedo esperar en la biblioteca. Podría llevar a Nita al cine. O al zoo. Podría llevar a Nita al zoo de Central Park a darles cacahuetes a los monos.

–No te preocupes, Connie. Papi dice que a lo mejor puedes ir a visitarlo. Habla con papi. Ojalá no tuviera que trabajar los festivos, pero así es este negocio. ¡Pero ahora te ves diez años más joven!

Cuando se llevaron a Tina para realizarle unas pruebas, Sibila se sentó en su cama y suspiró.

–Buen intento con tu sobrina. Pero es verdad, la peluca puede ser útil. Te cubre el agujero ese. No irías muy lejos con la cabeza así.

–¿De qué me sirve si no puedo salir de aquí?



La noche siguiente, hacía cola frente a la sala de enfermería.

–Enfermera, por favor, ¿puedo llamar a mi hermano? Tengo el cambio justo.

–¿Adónde quieres llamar?

–Bound Brook, Nueva Jersey.

–Es otro estado, no se puede.

–Pero tengo el cambio. Solo a mi hermano. Mire, vea, por favor, está en mi lista de visitas.

–¿Ha estado por aquí?

–No, pero lo prometió.

–¿Por qué quieres llamarlo?

Su vida era asunto de todo el mundo y todos podían hurgar.

–Solo quiero saber cómo está la familia. Decirle que estoy mejor. Igual también para saber si vendrán a verme para Acción de Gracias.

–Vale. Pero no quiero líos. Nada de incordiar a tu familia desde aquí.

Había una cola tremenda para el teléfono, nueve personas delante de ella. Hablar con Luis nunca era un placer, pero tenía que convencerlo de lo de Acción de Gracias. Tenían que dejarla salir para el festivo, sí o sí. Le importaba un pepino el pavo relleno; podían rellenoarlo de dólares y rociarlo con salsa de Arpege. Pero tenía que aprovechar la oportunidad de escapar antes de que la operasen. Una oportunidad más escasa que el pelo negro que le quedaba bajo la peluca.

Estuvo de pie haciendo cola durante una hora y veinte minutos, ahora sobre un pie, ahora sobre el otro. Sudaba de pánico al pensar que llegaría la hora de hacer cola para la medicación de la noche y no habría conseguido ni tocar el teléfono. Al final consiguió marcar. Que no esté ocupado, imploró. Santa María, por favor, que estén en casa y que no esté comunicando y que Luis conteste el teléfono de buen humor. ¡Por favor, te lo ruego!

–¿Diga?

Sin dudarlo, pronunció el nombre en inglés, como a él le gustaba.

–¿Luuis? Hola, ¿eres Lewis?

–Ajá, ¿quién es? ¿Con quién hablo?

–Soy Connie. Tu hermana.

–¿Ah, sí? –Un silencio bien pesado, como una avalancha de lodo, arremetió a través del teléfono.

Desesperada, continuó hablando con determinación.

–Llamo desde el hospital. Dicen que estoy mucho mejor. Lewis, dicen que estoy mucho mejor y es verdad, me siento súper bien.

–Qué bien. Ahora estás en un buen hospital, ¿lo sabes? De primera clase. Si tuvieras que pagarlo, no podrías ni pasar por la puerta, ¿lo sabes, no?

–Claro, Lewis. ¿Cómo está la familia? ¿Y Adele? ¿Cómo están Mike y Susan?

Durante un horroroso instante creyó que se había equivocado con el nombre del nuevo bebé. Solo había estado una vez en casa de Luis desde que había nacido. ¿Y si no era Susan?

–Mike está bien, ahora no para de hablar, dame esto, dame aquello... Es hijo de su madre, está claro. A Susan le están saliendo los dientes, así que se la pasa chillando, pero es preciosa. Es rubia de verdad, pelo rubio y liso como una tabla. Esta va a triunfar en la vida.

–Qué bien, Lewis, es maravilloso. Me encantaría poder ver a Susan. Me encantaría poder verlos a todos. ¿Cómo está Adele?

–Bien. Se compró un abrigo nuevo, de piel de zorro. Está guapa. Quería de visón pero lo va a seguir queriendo durante mucho tiempo, si el negocio no remonta. Es mala época para los viveros, en todas partes. La gente no está gastando como antes, hace dos, tres años, la construcción está bajando. Menos los árboles frutales. Un montón de gente está plantando árboles frutales en sus jardines de urbanización. Hemos triplicado las ventas de frutales. Pero es algo ocasional. La gente no compra manzanos nuevos todos los años.

–Dolly vino a visitarme, me dijo que a lo mejor vienen ustedes...

–Claro, Connie. Nomás que está difícil encontrar el tiempo. Solo podría ser los fines de semana y el tráfico es horrible.

–Entonces a lo mejor puedo ir yo a visitarlos, Lu... Lewis.
–De la emoción estuvo a punto de equivocarse y llamarle Luis–. Quizás para Acción de Gracias los puedo ir a visitar... No les supondría ningún esfuerzo. Podría ayudar a Adele. Me encantaría ver a los niños.

–¿Sí? –No agregó nada más, hasta que interrumpió el operador. Connie metió más monedas. Había ahorrado una buena cantidad.

–Al menos por un día, Lewis, para Acción de Gracias, ¿quizás nomás esa noche? Los días festivos en el hospital me siento muy sola. Un festivo en familia de verdad. Todo el mundo se va a casa. El médico dice que estoy mucho mejor. Puedes hablar con él, el doctor Redding. Por favor, Lewis.

–Ya veremos. Tendrías que volver el sábado por la mañana porque por la noche damos una fiesta. Pero igual podrías ayudar en casa. Tendremos comida para alimentar a un ejército, como siempre.

–Podría ayudar a Adele a cocinar y limpiar. Ya sabes que cocino muy bien, ¿te acuerdas, Lewis? Puedo ayudar a preparar la fiesta. Es mucho trabajo para Adele.

–Bueno, viene una mujer a ayudarla una vez por semana.

–Pero para los festivos es mucho trabajo. Puedo ayudar y no me importa volver el sábado. No me importa para nada. Sería tan lindo, ir y verlos a todos por Acción de Gracias.

–Bueno, puede que sí. Hablaré con el doctor.



–¡Doctor Redding, doctor Redding, por favor! –Iba casi trotando a su lado para llamar su atención–. Hablé con mi hermano, y él y su esposa me invitan para Acción de Gracias. ¿Puedo pasar Acción de Gracias con ellos? Estaría muy bien. Usted ha dicho que estoy mejor.

–¿Y su hermano quiere que vaya?

–Dijo que sí. Ha dicho que sí. Dijo que podía ayudar a su mujer. –Siguió trotando a su lado–. Dijo que lo llamaría para hablar del tema.

–Pues no ha llamado. Ya veremos. –Se la quitó de encima con una brusca inclinación de cabeza–. Morgan, ¿le ha hecho Moynihan alguna lectura esta semana? Quiero que siga bajo supervisión.

Mientras el doctor Morgan se la llevaba a la máquina de EEG de la señorita Moynihan, le hizo un comentario sobre la colonia.

–¿Se la ha puesto por mí? –le dijo, riéndose de ella como si fuera una idiota–. ¡Qué amable! –Se burlaba de ella constantemente porque no le tenía miedo; era demasiado pequeña para asustarlo, no como Sibila o Alice.

Para las pruebas de EEG, la sacaron del pabellón y se la llevaron dos pisos más arriba. Siempre que iba en el ascensor, el corazón le retumbaba en el pecho y se imaginaba yendo hacia abajo en lugar de hacia arriba,

saliendo a la calle con sus alcantarillas anegadas por las lluvias torrenciales de noviembre. La señorita Moynihan le hizo quitarse la peluca y dejar la cartera, pero todavía podía huir si encontraba el momento, o una puerta.

La señorita Moynihan iba a usar la segunda sala hoy, con la máquina de diez canales. Connie estaba tan acostumbrada a la rutina que se sentó dócilmente como si estuviera en un salón de belleza, mientras la señorita Moynihan le separaba los pocos pelos que tenía y marcaba los blancos, utilizaba el gel y la cinta para pegar los electrodos y después le estampaba un trozo de gasa encima. Los cables conducían al tablero de una máquina colocada cerca de su cabeza. Connie se recostó mientras la señorita Moynihan le ponía una toalla enrollada bajo la nuca. Después, la señorita Moynihan atenuó las luces. Soltaba siempre el mismo rollo con el que supuestamente pretendía relajar a los pacientes.

–Bien, vamos a por ello. Ahora ya es usted veterana en esto. Simplemente, relájese. Pero no se me duerma. Solo relájese y échese una siestecita reparadora.

La señorita Moynihan se sentó fuera del cubículo de la máquina, cuyos diez marcadores garabateaban con entusiasmo mientras un acordeón de pilas de papel salía a toda prisa de la cara cubierta de diales. La señorita Moynihan le hablaba en un tono de voz cuidadosamente uniforme. «Cierre los ojos... Abra un poco la boca... Abra los ojos...». Y, mientras los marcadores corrían a toda prisa,

tomaba unas notas incomprensibles que a Connie siempre le parecían muy sospechosas.

Ahí recostada tuvo su fantasía preferida. Llamaban a la señorita Moynihan. La llamaban al teléfono. Una urgencia familiar. ¿Tenía familia? Sí, según el cotilleo de los pacientes, su madre había muerto, su padre trabajaba en el metro, su hermano mayor era inspector de construcciones y su hermano pequeño todavía iba a la escuela.

–Intente no mover tanto los ojos o tendré que pegarlos con cinta adhesiva. Relájese. Abra la boca otra vez, un poco, manténgala así.

Llamaban a la señorita Moynihan al teléfono y ella se incorporaba enseguida, apagaba los electrodos y pasaba sin hacer ruido junto a los dos escritorios que había en la sala exterior, donde a veces había una mujer y a veces no había nadie, giraba a la derecha y bajaba a toda prisa las escaleras del final del pasillo. Podía verse haciéndolo una y otra vez.

–Intente relajarse, señora Ramos. Déjese llevar. Relájese.

Se iría caminando hacia el sur, hacia Harlem, en medio de una lluvia limpia y preciosa. El padre de la señorita Moynihan no aguantaba a Acker, según los pacientes. Romeo y Julieta. Un romance condenado. La señorita Moynihan tenía unos hermosos ojos color gris claro en los que todo parecía disolverse. Se movía afanosamente, era eficiente,

trabajadora, vivaz, pero en sus ojos se arremolinaba el caos. Connie decidió que la señorita Moynihan estaba deseando quedarse embarazada. Con tantas camas en el hospital, sería fácil para ellos hacer el amor. La señorita Moynihan dio unos golpes a la máquina, golpes firmes, como si pudiera leerle la mente. A veces hacía eso. No entendía por qué. ¿Pensaba la señorita Moynihan que se estaba quedando dormida? ¿Y si de pronto cruzara a Mattapoissett? ¿Qué mostraría la máquina de la señorita Moynihan? ¿Había muerto Luciente? ¿Por qué ya no la sentía?



Era la semana anterior a Acción de Gracias. Al Capitán Pomada le habían hecho la última operación y pasaba el día sentado, con el vendaje alrededor de la cabeza. Tenían que vestirlo y comía tan despacio que Tony se volvía loco. Engullía casi tanto como Alice. Al mirarlo, Connie tenía la sensación de que podría pasarse el día comiendo a ese mismo ritmo enloquecedor mientras le pusieran comida enfrente. Seguiría haciendo cualquier cosa que estuviera haciendo. Si lo llevaban al baño, se quedaba ahí sentado hasta que alguien se acordaba y lo traía de vuelta. Alice, demacrada, siniestra, se dejaba caer en un sillón del vestíbulo y ahí se quedaba. Orville, con un implante, hacía bromas que no le hacían gracia a nadie más y no paraba de reírse. Alvin los llamaba los Tres Chiflados, pero a él tampoco le hacía gracia. Alvin tenía programada la intervención el

lunes siguiente, junto con la señorita Green. Los habían programado para antes, pero el doctor Redding había conseguido que lo invitaran a la cabaña de caza del doctor Argent y se había tomado libre un fin de semana largo.

Connie intentaba por todos los medios ser una paciente modelo. Hacía puzles, veía la tele, participaba en todas las conversaciones, pedía consejo y daba la razón, mantenía la peluca enderezada sobre el cuero cabelludo a pesar de que le picaba y cuidaba de ella como si fuera un caniche de exhibición. Se ofrecía como voluntaria una y otra vez. Era el ama de casa del pabellón. La siguiente vez que pidió permiso para llamar a su hermano, no le costó casi nada.

Un solo pensamiento parecía crepitar a lo largo de la cola, más larga que el día anterior; todos tenían el mismo problema, todos gimoteaban, rogaban, intentaban engatusar. Cuando le tocó su turno, el maldito número daba ocupado. Para cuando volvió a la cabeza de la cola, ya era hora de apagar las luces.

La noche siguiente, después de una hora y diez minutos de espera, lo consiguió.

–Lewis, soy yo, Connie otra vez. Estaba pensando en lo de Acción de Gracias...

–¡Ah! Sí, igual para Navidad. ¿Cómo estás?

–El médico dice que estoy mejor; ¿has hablado con él? ¿Por qué no Acción de Gracias? Queda muchísimo para Navidad... –Para Navidad ya la habrían operado–. ¿No te acuerdas de que iba a ayudar a Adele a cocinar y limpiar y preparar la fiesta? Por favor, Lewis, ¡por favor!

–Nunca has sido muy trabajadora, Connie. Hay mucho trabajo. Igual nos va mejor contratar a la mujer de la limpieza un día extra.

–Trabajaré, Lu..., Lewis, ¡trabajaré! Pregunta por aquí a ver cómo limpio todo el pabellón. Cómo barro y friego el suelo y quito el polvo. He aprendido la lección, por favor, déjame que te lo demuestre. ¡Me muero de ganas de salir para Acción de Gracias!

–Me imagino que se está muy sola en el hospital, ¿eh, Connie? –Jugaba al gato y el ratón.

Empezó a sudarle la mano sobre el auricular grasiento. La manteca gris de la ansiedad humana.

–Por favor, hermano, déjame que los visite. Déjame ayudar a Adele. Déjame ver a mis sobrinos. Cocinaré, limpiaré. Lavaré los platos. ¡Dejaré la casa reluciente!

–Nunca fuiste una gran ama de casa, a menos que te hayan enseñado algo. Además, estamos decorando la casa con un motivo tropical, vamos a poner plantas por todas partes. No

te gusta trabajar en el vivero, ¿te acuerdas? Decías que los aerosoles te daban dolor de cabeza.

–¡Eso era hace años! Trabajaré tan duro que tendrías que contratar cuatro hombres para igualar el trabajo que te haré yo. Tú déjame salir de aquí un par de días. ¡Solo déjame estar contigo un rato!

–Ya me lo pensaré. No vuelvas a llamar. Avisaré al hospital si decido darte una oportunidad. –Y colgó.

Temblando de ira, se alejó de la cabina. Se despreció por haber suplicado que le dieran el privilegio de fregar el suelo de Luis en Bound Brook. Claud habría dejado de hablarle si hubiera escuchado esa conversación; habría salido disparado como una bala. Pero es la guerra, pensó. Estoy llevando a cabo operaciones encubiertas. Estoy detrás de las líneas enemigas y tengo que llevar una máscara sonriente. No pasa nada si ahora suplico y me arrastro y me deshago en halagos porque estoy en guerra. Ya verán cómo perdono. Eso la hizo sentirse más fuerte.

Sibila la estaba esperando en el vestíbulo.

–¿Qué te ha dicho?

–Dijo que a lo mejor. No iba a darme el gusto de decirme directamente si sí o si no

Sibila le tocó el hombro con suavidad.

–Bueno, Acción de Gracias juntas... Las he tenido peores.

↓

Solo a Alice, al Capitán Pomada y a Connie les dieron permiso para ir con sus familias en Acción de Gracias. Connie se puso el viejo vestido turquesa que le iba un poco grande y se ajustó la peluca nueva a la cabeza. Todo el mundo hacía aspavientos de admiración a su alrededor menos Sibila, que se había quedado apartada, y Alice, que estaba sentada en la sala como un paquete envuelto para regalo, esperando. Sibila consiguió coger a Connie un momento para susurrarle:

–Espero que... vuelas lejos.

–Lo intentaré.

Brevemente, antes de que el auxiliar las viera («¡Nada de CF!» Contacto físico, el eslogan del pabellón), se besaron.

–Espero no volver a verte –susurró Sibila–. Querida amiga, ¡huye!

↓

La casa de Luis tenía una planta alta, una planta baja y una planta en medio; sobre todo había espacios diáfanos sin paredes ni puertas, como un gran pabellón de hospital. Habitaciones y más habitaciones. La condujeron por unas

escaleras cubiertas con una alfombra dorada –que sin duda se ensuciaba fácilmente– a una habitación en la planta alta. Tenía un baño para ella sola, con ducha, retrete, lavabo y espejo, un espejo de cuerpo entero detrás de la puerta. No se había visto de cuerpo entero desde hacía meses. El lavabo era como un tocador, todo blanco y con ribetes dorados.

La habitación tenía camas gemelas y se mareó solo de pensar cuál escoger. Durante un instante, las lágrimas le quemaron los ojos. Pestañeó. ¿Por qué la hacía llorar una cama? Durante meses no había escogido nada. Luis tiró sobre una de las camas el pequeño bolso en el que había metido sus cosas para pasar la noche, así que decidió dormir en la otra. Se sintió aliviada. Tanto espacio a su alrededor casi daba miedo. La mareaba, la distraía como si aquello fuera la libertad y no una prisión más sofisticada.

La habitación tenía una ventana cubierta con finas cortinas azules y blancas y persianas venecianas. No tardó ni un minuto en abrir dos de los postigos para curiosear. ¡Ay! ¡Qué lástima! Miraba desde una tercera planta sobre un área pavimentada e iluminada por un foco desde lo alto de la casa. Había una parrilla exterior instalada en uno de los lados, justo donde el jardín empezaba a descender hasta confundirse con unos arbustos. Por esta ventana no había salida.

El jardín trasero era de diseño elegante, con parterres en zigzag dispuestos entre grupos de pinos y enebros, pero en

la fría noche solo se veía lóbrego. El suelo estaba desnudo y cubierto por la helada. El resplandor que rodeaba la casa para protegerla de los ladrones le impedía distinguir si la noche estaba nublada o despejada. ¡Ojalá no nevara! Eso haría más difícil escapar. Deseó que Luis la hubiera invitado otras veces, así conocería más la zona. ¿Hacia dónde tenía que ir para coger el transporte público? Tenía que averiguarlo.

Adele abrió la puerta sin llamar.

–Si quieres poner la mesa, tomaremos café y pastel antes de ir a dormir.

Estaban locos, porque era justo lo que hacían: tomar café de una cafetera eléctrica de color azul y blanco justo antes de irse a la cama, acompañado de un pastel de manzana comprado. El pastel estaba delicioso. Podría habérselo comido entero. Unas ganas terribles de comer y comer le atenazaban la garganta. Comida con sabores. Desde la silla, si se inclinaba un poco hacia la derecha en dirección a la cocina, podía ver la nevera marrón dorado, enorme. No dejaba de captar su mirada adormilada, todo ese espacio dorado rebosante de comida. La había visto al ir a buscar el sucedáneo de crema de leche que le echaban al café. Había visto el pavo puesto a descongelar. Había visto el congelador atiborrado de bistecs y asado y costillas, de verduras en cajas brillantes. Había visto los cajones de verduras repletos, garrafas de leche, medio kilo de mantequilla, salsas para

ensalada a medio usar, huevos de verdad, cartones de zumo de naranja. Imaginó que se levantaba lentamente de la silla y se arrastraba al ritmo del Thorazine –ese día los preparativos para el permiso habían incluido un dopaje especialmente alto–, que se abría camino hasta la nevera, se sentaba en el suelo e iba sacando las cosas de una en una hasta comerse todo lo que había dentro de la caja dorada. Todo lo llamaba con sus maravillosos cantos de sirena: las grandes piezas de fruta, redondas y brillantes; el pastel de chocolate que había en la bandeja de los lácteos; el tarro de olivas, la manteca de cacahuete, el salami, el paquete abierto de *liverwurst*, el tarro de cerezas marrasquino, el queso cheddar, los tubos de salsas, el beicon, los huevos, los refrescos.

Parecían comer muy aprisa. Luis hablaba sin parar sobre su día. Hablaba mucho y rápido y no le gustaban las interrupciones: en eso era igual al hermano que había tenido toda la vida. Pero ese hombre de negocios gordo y de mediana edad, con ese traje gris oscuro y la corbata ancha a rayas finas, la cara redonda como una luna con su abultada papada, la frente que le llegaba hasta la mitad del cráneo, con el anillo de logia en los dedos gordos, que mantenía sujetos a la mesa mientras hablaba como si temiera que salieran volando... a ese hombre, ¿lo conocía de algo?

–«Todos tienen manchas marrones en las hojas», me dijo. «No sirven. Te he pagado seiscientos para que me decores el recibidor y todos tienen manchas marrones». «Entonces

te hice precio», le dije. «Ahora valen el doble». «Están todos llenos de manchas marrones», dijo. «Mira» le dije, «me habría valido con plantas de plástico». «Tenemos un surtido muy bonito en plástico. Pero las querías vivas. Esto es así: el mundo está lleno de plagas y bichos. ¿Por qué no te apuntaste al plan que te ofrecí? Mis chicos vienen cada mes, como un reloj, barren las hojas, exterminan los bichos, echan fertilizante... Lo mantenemos. Si alguna se marchita, la reemplazamos. Es como un seguro. Pero no te interesaba. Ahora te quejas de no sé qué plaga. Pues claro que hay plagas. ¿Qué pensabas, que podías poner un cartel que dijera “Prohibido el paso a insectos”? Si no mantienes la inversión, es tirar el dinero». –Se le veía satisfecho contando la historia–. Que el idiota ese pinte las hojas de verde. Intentando recortar gastos conmigo. Cuando hago un trabajo a un precio así de competitivo, espero que contraten el plan de servicio.

Adele mordisqueaba su pastel y asentía en la silla mientras emitía pequeños sonidos que acompañaban el estruendo de su voz sin interrumpirle: «ya», decía Adele, «ajá», «¡ay, Dios!», «mmm». Examinaba sus uñas con ojos críticos. La mayoría del tiempo mantenía los ojos cerca de la cara de Luis, mientras su mente flotaba como una cometa a la deriva de otros vientos. En una ocasión sonrió brevemente, una cara levemente seductora, luego volvió a suavizar los rasgos.

Adele se difuminaba en Shirley, la esposa italiana de Luis, la segunda, responsable de que se hubiera iniciado en el

negocio del vivero de su familia. No sabía cómo, pero Luis había salido del matrimonio con parte de la empresa. Él era así. Shirley tenía el pelo castaño, labios carnosos siempre listos para estar de morros y un temperamento a punto de estallar. Le había durado tanto gracias al negocio. Sin embargo, ella también había pasado muchos años ahí sentada diciendo ¡ay, Dios!, *ajá, mmm*. Y antes de ella, Carmel. Las mujeres de Luis acababan sonando todas igual, siempre asintiendo, solo que cada vez eran más elegantes y más pulidas. Cada vez tenían la piel más clara. Cada vez gastaban más dinero. Carmel había sido para los tiempos duros. Shirley para dar los primeros pasos en el mundo empresarial. Adele, para ganar dinero a montones y gastárselo.

Cuando Adele sintió que Luis se había cansado, dijo:

–Esta vez nada de gardenias. Tienen un olor demasiado fuerte. Me da dolor de cabeza.

–Bueno, nada de gardenias. Es verdad, huelen a jabón barato.

Luis asintió, con aspecto complacido. Coleccionaba distinciones, juicios, siempre lo había hecho. A los once años iba diciendo, todo serio: «¿Sabías que un Cadillac es mejor que un Chrysler?». El viejo Ford gris de la familia había dado paso a un Hudson color óxido un poco menos viejo. Su padre había conducido lo que quizás fuera el último Hudson del

mundo. Era de color chocolate y la carrocería ya estaba medio despedazada por el óxido cuando lo compraron. Parecía una mierda de perro sobre ruedas.

Una hora después de que todos se fueran a dormir, se levantó. Entonces se dio cuenta de que Luis la había encerrado. Empujó la puerta una y otra vez. Intentó meter un peine entre la puerta y el marco para forzar el pestillo. Pero no lo consiguió. Volvió a la cama y se desvistió lentamente. Solo era la noche del miércoles. Aún le quedaban el jueves y el viernes. Quizás Luis se olvidaría de cerrar la puerta. O ella encontraría una llave que encajara. Quizás él se descuidara. Un cuchillo podría funcionar. Agotada, aturdida por las drogas, se dejó caer en aquella cama blanda y extraña y se disolvió en el sueño.

1

–Eres lentísima –se quejó Adele–. Mi mujer de la limpieza hace eso en cuarenta y cinco minutos.

–Es por la medicación. Me hace andar así, lenta. Me dieron una dosis tan alta que apenas puedo moverme.

–Pues a mí me da que cuando se trata de comer te mueves bastante rápido.

Adele consultaba una lista. Tenía listas por todas partes: de la compra, de la tintorería, de tareas, de llamadas por

hacer... Durante toda la mañana, mientras Connie limpiaba y preparaba los postres a partir de unos libros que le había encajado su cuñada, que no se fiaba de que cocinara sola por más que supiera hacerlo perfectamente, Adele no había hecho otra cosa que escribir listas en un escritorio que tenía al fondo de la cocina. Cada lista significaba más trabajo. Connie sujetó el tubo de la aspiradora hasta que le dolió la mano; respiró profundamente y no se permitió decir una palabra. Aspiró la moqueta amarilla del salón mientras delante de ella el pez tropical de Luis no dejaba de nadar de un lado a otro en su cárcel de cristal, bajo el murmullo del dispensador de burbujas.

El desayuno había consistido en tocino y huevos con mermelada de fresas y litros de café de verdad preparado en la cafetera eléctrica azul y blanca. Llevaba toda la mañana colándose en la cocina para hacerse café a escondidas. ¡Qué bien se sentía! El almuerzo fue el otro de los grandes momentos. Adele estaba hablando por teléfono y le dijo que se sirviera lo que quisiera de las sobras. Primero se comió un bocadillo de jamón y salami con una gran taza de café, claro y dulce como a ella le gustaba. Antes, calentó la leche. Después, comió más queso y salami sin pan, para no llenarse demasiado rápido.

Cada vez que abría la puerta de ese paraíso de doradas posibilidades, se sentía zarandeada ante tantas opciones. Decidir era tan difícil que apenas podía mover la mano. Sentía que iba a llorar de felicidad. Iba y venía de la barra de

desayuno a la nevera, llevando cada vez un nuevo tesoro: un trozo que había quedado del pastel de manzanas; más queso, ese azul y blanco como la cafetera y que olía tan fuerte; una deliciosa manzana *golden*; ensalada de pollo en un bol. Al final, cinco llamadas de teléfono más tarde, Adele irrumpió en la cocina:

–¿¡Todavía estás almorzando!? ¿De verdad? Lew me dijo que estabas aquí para ayudarme, ¡y tengo que estar controlándote todo el rato, como si fueras la mujer de la limpieza!

Connie preparó el pavo según la receta que Adele había recortado de una de esas revistas de moda para mujeres, y lo rellenoó con una mezcla de nueces, harina de maíz, setas, pimienta verde y uvas pasas. Adele la hizo envolver la pobre ave con papel de aluminio, aunque Connie sabía que eso la echaría a perder y arruinaría la piel. Pero obedeció. Se sentía atorada de comida. Tanto café le alteró la noción del tiempo. El mundo parecía haberse ralentizado mientras ella se aceleraba. En el pabellón, pasaban las horas y nunca sabía adónde habían ido a parar. Ahora sentía que se la pasaba corriendo de un lado a otro y, cuando miraba el reloj una hora más tarde, solo habían pasado quince minutos. Se sentía colocada y acelerada; la droga y la cafeína libraban una lucha interna.

¡Camotes confitados de lata! Como si ella no supiera formas buenas de cocinar camotes. A Eddie le encantaba el

camote. Se acordó de cuando le había contado a Luciente que, con un poco de dinero y una cocina decente, ¡ella era una gran cocinera! ¡Cuántas maneras de cocinar había aprendido en su vida! Comida mexicana, puertorriqueña, platos negros del sur y lo que el profesor Silvester llamaba continental. Toda buena comida. Ojalá pudiera preparar un festín para Luciente y Abeja. Se imaginó que estaba preparando una gran cena de Acción de Gracias para la familia de Luciente al completo, y también para Sibila y Tina Ortiz. Se encontrarían todos y se sentarían juntos a compartir el gran festín y beberían vino y harían bromas y quizás (solo por respeto a la ocasión, pero con gran sentimiento) besaría a Abeja por última vez. Quizás esta vez fuera ella quien advirtiera a Luciente que esa comida no era nutritiva, que no era real, ¡que estaba fuera de su tiempo!

Connie y Adele pusieron los tablones de la mesa del comedor, para alargarla, y después la cubrieron con un mantel de lino blanco como la nieve y dispusieron los platos de porcelana y plata auténtica, los salvamanteles bañados en plata para el pan y los bollos y las copas de cristal, excepto para los niños, que tenían vasos ahumados de color rubí para la leche. Luis entró para abrir el vino él mismo con grandes aspavientos, un rosado espumoso.

Ahora Luis estaba sentado a la cabecera de la mesa en una silla con reposabrazos, trinchanto el gigantesco pavo con un cuchillo eléctrico que manejaba de forma temeraria. El extraño relleno ya estaba amontonado en un gran bol. A su

derecha y a su izquierda tenía a Mark y a Bob, los hijos de su segundo matrimonio. Al lado de Bob, Dolly, ataviada con un traje pantalón verde jade y una blusa color cobre con volantes, luciendo maravillosa y tan comprimida que la cabeza amenazaba con salir disparada de su cuerpo en cualquier momento. Los nervios le hacían tictac en la garganta, como una bomba. Cogía olivas verdes delicadamente de un plato de cristal. Obviamente, no estaban ni Shirley, ni Carmel, abandonadas a su suerte. A Luis le gustaba obligar a sus hijos a asistir a Acción de Gracias, Navidad y Pascua, ya que tenía el dinero suficiente para respaldar sus órdenes. Tampoco estaba Nita. Carmel había insistido en que estaba demasiado enferma para ir. Después estaba Celeste, la hija de ocho años del primer matrimonio de Adele, luego Connie y después Susan, el bebé, en su trona, al lado de Adele, y del otro lado de Adele, el bebé Mike.

Luis, henchido de placer, reinaba sobre su plato lleno y los platos de los demás.

–Mike, coge más patatas. No me extraña que estés tan flaco. Te hace débil. Por eso no te va bien en el fútbol. Oye, prueba la lucha libre. Escúchame: en la lucha libre puedes ser flaco. Compites con los de tu peso, ¿me oyes?

Mark se puso colorado y se le cayó el tenedor.

–Mira a Dolly. No necesita comer para engordar. Con mirar las patatas ya engorda, ¿a que sí?

–No estoy gorda, papi. He perdido todos los kilos que tenía de más.

–No va a durarte mucho. Es hereditario. Mira a tu madre. Si yo no trabajara tanto, estaría tan gordo como ella.

Luis estaba gordo. Hacía veinte años que estaba gordo, pero se negaba a reconocerlo. Hablaba sobre el peso constantemente. Quería que sus mujeres estuvieran delgadas para él, pensó Connie, preguntándose si era ya el momento de pedir un poco más de pavo o si tenía que esperar a que le ofrecieran. Dolly esperaba en la silla, preparada para otro ataque de Luis. Había crecido convencida de que sus padres estaban casados; después había venido la época en que se había demostrado legalmente que Luis nunca había estado casado y que, por tanto, ella era una bastarda. Los padres de Shirley nunca la habrían dejado casarse con un hombre divorciado. Entonces Dolly se había transformado en la hija de su primer matrimonio, y desde que tenía dieciocho años se suponía que tenía que llamarle papi. Adele era blanca y a los anglos les daba igual cuántas veces te hubieras casado, mientras fuera legal. Así fue como Dolly había caído a la categoría de hija legal por anticipado. ¡Qué feliz sería Luis si hubiera podido divorciarse de Connie, su hermana, o hacerla ilegítima!

–Mira a tu tía Connie, atiborrándose otra vez. Come como si no hubiera un mañana. Mark, así entrarías seguro en el equipo de fútbol. Bob, ¿por qué no comes más camote? Son la mejor parte.

–No. No me gustan, pa. Saben raro.

–No saben raro. A tu edad no sabes lo que es bueno. Celeste, ¿qué estás haciendo?

Celeste dio un brinco. Había estado removiendo su plato mientras silbaba, convirtiendo los camotes, la salsa de arándanos y el brócoli en una papilla multicolor. Lo había aplastado todo y luego le había dado forma de castillos con el tenedor.

–Nada.

–Adele, otra vez está jugando con la comida. Es una costumbre asquerosa. Deberíamos ponerte eso de sombrero.

Adele parpadeó desde el capullo de serenidad y sonrisitas que la envolvía. Connie la miró de reojo: iba colocada de algo, seguro. No cabía duda de por qué Adele se llevaba tan bien con Luis. Casi nunca estaba en la misma habitación que él, no más que sus olominas nadando tras el cristal. Atendía a sus pequeños con sonrisa distraída y un aire ausente, perdida en algún lugar, follando con ángeles de bronce de más de dos metros de altura sobre nubes crepusculares. No

podía dejar de pensar de qué iría colocada Adele. Podría estar tremendamente fumada, pero Connie no lo creía: estaba demasiado ida. Tranquilizantes, seguramente.

–¿Susan? –Adele se concentró en el bebé de la trona–. Ay, pero si se porta de maravilla. ¡Se ha acabado todo el pastel!

–Es Celeste, otra vez. ¡Está haciendo pasteles de barro con la comida!

–Ah, Celeste –dijo Adele con una sonrisa–. Ya jugarás después. Sabes que eso hace enfadar a tu padre. –Su mano larga y fina, cargada de anillos, flotó como un chal y cayó para aterrizar junto a su plato, casi intacto.

Dolly no quiso repetir, aunque Luis intentó persuadirla, seductor, diciéndole que lo de antes solo había sido una broma. Mark aún jugueteaba con su primer plato. Bob, el de doce años, comía carne oscura y más carne oscura, ignorando a todo el mundo con determinación. Era regordete y más moreno que todos los demás (salvo por ella), de barbilla pequeña, ojos negros y una nariz india. En cierto momento, al hacer un barrido visual por la mesa, Connie le regaló una sonrisa relámpago; los ojos del niño se abrieron sorprendidos y le devolvió la sonrisa. Básicamente, parecía fingir que nada era real, salvo él y el pavo. Levantaba una fuerte pantalla de protección entre él y su padre, sentado a su derecha. ¡No me harás daño! ¡No lo conseguirás!, decía la pantalla. De hecho, Luis parecía sentir

la barrera y lo dejaba bastante tranquilo. Solo lo intentó una vez.

–Ese tal César Chávez, he visto que lo han vuelto a meter en la cárcel, ¿eh? ¿Todavía tienes su foto en la pared de tu habitación?

Después de mucho insistir, Bob se limitó a responder:

–Me gusta. Tiene una cara bonita.

Connie volvió a sonreír ante la actitud de tipo duro de su sobrino, quien iba a una escuela parroquial italiana y tenía una foto de Chávez en la pared. En la mesa estaban los que forcejeaban contra Luis y los que estaban fuera de combate, como Bob, Adele y ella misma. Bob y Connie competían con Luis en cuánto comían y en su placer en el comer. Adele picoteaba educadamente. Le daba toquitos al bebé en la cara con la servilleta, y lo arrullaba, mientras en el fondo de su mirada parecía flotar en una hamaca colgada del cielo.

Después del pastel de calabaza, el helado de nuez de arce y el café, Luis los condujo en manada hasta el salón, decorado bajo su supervisión con macetas de crisantemos amarillos y rosas, flores en forma de telaraña y tan grandes como la cabeza de Susan. Mark, Bob, Celeste y Mike salieron corriendo en tropel hacia la habitación familiar de la primera planta para ver la tele, pero Luis se puso a servir tragos a los adultos en el salón. A Connie se la dispensó para que

empezara a recoger. Dolly se ofreció a ayudar. Connie sabía en qué consistiría su ayuda, pero tenía ganas de que le hiciera compañía.

–No –dijo Luis–. Connie puede limpiar sola. Tú quédate con nosotros. No veo a mi niña mayor a menudo, ¿eh?

Dolly miró de reojo su pequeño y enojado reloj de pulsera, y después el reloj amorfo y sin números que había en la pared y que Connie no entendía. Vic debía recoger a Dolly y llevarla de vuelta a la ciudad, cuando hubiera terminado la cena de Acción de Gracias con su madre en un restaurante cercano a la comunidad de jubilados Leisure World.

Connie ya había metido los vasos y los platos en el lavavajillas y estaba a punto de hacer la segunda carga cuando Dolly irrumpió llorando en la cocina. Luis había estado metiéndose con ella por haber dicho que iba a casarse con Gerald y que al final no hubiera pasado nada.

Después de llorar sobre el hombro de Connie como tantas, tantas otras veces, sonarse la nariz y arreglarse el maquillaje capa a capa en el pequeño baño que había al fondo de la cocina, se sentó.

–¿Por qué tenías tantas ganas de pasar Acción de Gracias aquí? –le preguntó Dolly–. Si no tuviera que venir por obligación, no vendría.

–¿Y por qué estás obligada? ¿Por qué no te fuiste a casa de Carmel? Por lo menos ella no te hace llorar.

–Sí, se mete conmigo todo el rato, me vuelve loca.

–¿Cómo es que no trajiste a Nita? ¿Es verdad que está enferma?

–Carmel es una mentirosa. Lo que pasa es que no quiere quedarse sola para Acción de Gracias. Nita está resfriada, apenas; mocos, nada más. Carmel dice que se la queda el resto del tiempo, para las vacaciones. Solo lo hace para fastidiarlo. Y yo estoy en medio. Tengo que volver al trabajo. ¡Es que siempre quiere que nos juntemos todos como una atracción de feria! –Tardó solo unos segundos en ponerse a lloriquear otra vez–. ¿Cómo puede decir que estoy gorda? ¿Cómo puede...? ¿Sabes que Adele es solo nueve años mayor que yo? ¡Justo lo que nos llevamos Mark y yo!

Después de acostar a los pequeños, Adele se puso a dar vueltas por la cocina, donde Connie y Dolly estaban sacando las cosas del lavavajillas y colocándolas como les parecía mejor.

–¡Pusiste el cristal bueno en el lavavajillas! –Ahora estaba de mal humor, tensa–. ¡Lo podrías haber roto todo! No hay que hacer eso con el cristal. Hay que lavarlo a mano, por supuesto. ¿Tan vaga eres? O igual es que no habías visto unas piezas de cristal bueno en la vida.

Hablaba para sí misma. Iba de un lado a otro de la cocina con una rabia mustia de baja intensidad. Dolly reía por lo bajo; Adele parecía no oírla. No somos tres mujeres, pensó Connie: somos subidones y bajones y potentes tranquilizantes metidos en esta cocina completamente electrificada, haciendo rebotar nuestros lados oscuros como en una colisión de píldoras relucientes.

Escondió un cuchillo para el pan en el dobladillo del vestido y se fue con cautela escaleras arriba, consciente del cubierto oscilando, chocando contra su piel. Luis volvió a cerrar la puerta con llave. Se puso a rebuscar entre los cajones vacíos del armario y las estanterías del botiquín. Encontró aspirinas, pasta de dientes, desodorante, champú, un ambientador. La ventana de la habitación estaba clausurada con un aire acondicionado. Durante una hora, intentó forzar la ventana del baño con el cuchillo, pero solo se abrió unos cincuenta centímetros. Se asomó al vacío: dos plantas que acababan en cemento. Ni una enredadera, ni una escalera de incendios oportunamente situada, ni un porche, ni el techo de un garaje para caer encima. Seguía atrapada. Intentó abrir la puerta del pasillo metiendo el cuchillo bajo el marco de la puerta hasta que estuvo empapada de sudor, pero fue en vano.

Viernes. Un arduo día de trabajo y también el último que pasaría entero fuera del hospital. El sábado le tocaba limpiar por la mañana y después la llevarían de regreso a Manhattan, mucho antes de la fiesta. El viernes por la

mañana lo pasó cocinando platos para el bufé del sábado: tres grandes tartas y dos *mousses* de postre. A las dos Luis volvió a casa a recogerla, para llevarla al vivero y los invernaderos. El resto de sitios eran solo tiendas minoristas. Aquí había trabajado durante tres meses trasplantando, fumigando.

Luis la llevó en su Eldorado blanco, que parecía tan grande como el vestíbulo de los pacientes. Tenía la radio encendida, pero después de un rato la apagó para atacarla. Connie suspiró e intentó mantener la calma para soportarlo.

–No hablas mucho esta vez. No pareces la vieja Connie. ¿Al final te dieron una lección y te enseñaron a mantener la boca cerrada?

–He ayudado a Adele. ¿No he trabajado duro?

–Mucho más de lo habitual. Si a eso lo puedes llamar trabajo. Te gustó la comida de ayer, ¿eh? –Soltó una risita.

–La cociné yo. ¿No hice un buen trabajo?

–Con Adele supervisando, claro. Y escondiéndote el chile. Sí, te has moderado bastante, se te bajaron mucho los humos. Apuesto a que ahora te encantaría tener un trabajo en el vivero.

–Claro que sí, Lewis. Si firmas para que me den el alta, vengo a trabajar mañana mismo.

Estiró el cuello, intentando adivinar dónde estaban y a qué distancia se encontraba el transporte público. Quizás pudiera escaparse desde el vivero. Sabía exactamente cómo volver a Manhattan desde ahí; lo había hecho cada día durante tres meses. Había sacado sigilosamente el dinero de su cartera, por si acaso Luis se la quitaba, y lo había escondido en el sostén, sintiéndose una espía, un agente secreto. No era muy cómodo. El papel le raspaba el pecho. El vivero estaba igual que cuando ella trabajaba allí, solo que ahora era invierno y afuera no había tantas plantas colocadas en filas, solo las que cultivaban ellos. La mayoría del material lo traían en primavera en camiones desde el sur, de Ohio o incluso de Texas.

Los invernaderos estaban llenos. El hombre de confianza de Luis, Richie, y su secretaria corrieron a recibirle en cuanto atravesó la puerta. Luis se giró hacia Gino, el italiano canoso de sesenta años que dirigía los invernaderos, y le dijo:

–Mantenla vigilada. Está loca como un cencerro y puede intentar escaparse. No quiero ser responsable ante el hospital si se escapa. Así que no le quites ojo a la puerta. Me llevo su abrigo y lo voy a poner bajo llave, así no podrá llegar muy lejos. Ahora, quiero que se pongan a seleccionar unas cuantas plantas buenas para mi casa, para la fiesta. Haremos un diseño tropical. Nada de gardenias. Y quiero especímenes perfectos. Ni hojas arrugadas, ni mordidas de bichos, nada. Las revisan y miran bien. Quiero unas treinta, de las mejores. Nada de plantas de plástico. Cojan una araucaria grande. Ni

cóleos, ni begonias. También algunas amarilis holandesas. Todo lleva etiquetas, Connie, por si no te acuerdas. Cojan una piña grande y algunas otras bromelias de las sofisticadas. Miren bien a ver si hay algún arce en flor que esté bien. ¡Nada de cactus! Siempre hay algún idiota que se cae encima. Gino, las orquídeas las coges tú. Lo colocan todo en la zona de carga para que se lo lleve el camión. También quedarían bien algunas higueras más bien grandes. Miran bien y le quitan cualquier brote, o si tiene alguna fruta. Hay algunos cítricos en miniatura. Fíjense si han salido las blancas mariposa. Igual un cafeto. Nada de venus atrapamoscas, ninguna de las siniestras. Siempre hay algún imbécil que le mete un cigarrillo adentro. Ahora, a moverse. Y usen los ojos. Igual estás drogada, Connie, porque te mueves como si tuvieras plomo en el trasero, pero quiero que uses los ojos. Solo lo mejor, ¿de acuerdo?

Gino se metió una pastilla para la tos en la boca y no dijo nada. Cuando Luis se fue, la miró con ojos entrecerrados y le preguntó con su voz ronca:

–Tú ya trabajaste aquí, ¿no?

–Sí, hace cinco años. Por un tiempo.

–¿Te acuerdas de dónde están las cosas? Bien. Coges lo que ha dicho y lo pones en la zona de carga. Yo revisaré que esté todo bien. Escucha, aquí no tenemos mosca blanca. Tenemos el invernadero más limpio de Nueva Jersey.

–Escupió en un pañuelo brillante que le recordó a Luciente–. Tengo miles de cosas que hacer aparte de preocuparme por la fiesta del jefe. Así que tú coges las plantas y yo las reviso cuando hayas acabado. Bien. Si te quieres escapar sin el abrigo, estamos a menos ocho grados ahí fuera y entonces es que estás loca de verdad. Así que mejor te pones a trabajar. No llegarás a pasar el portón a menos que sepas volar.

Escogió las plantas que se veían más hermosas, las que tenían las hojas más brillantes, el follaje más grácil, las flores más llamativas, las frutas más exóticas. Cargó con ellas hasta las puertas cerradas de la zona de carga lo mejor que pudo. Un par de veces tuvo que pedir ayuda a gritos hasta que Gino, a regañadientes, consentía en que durante cinco minutos la ayudara alguno de los otros empleados mal pagados y explotados del invernadero. Antes los pesticidas le sentaban fatal. Había trabajado durante muchas horas hasta que le dolía la espalda, día y noche, y le había costado tanto ir y venir en transporte público que no le quedaba tiempo para estar con su única hija. Todo por dos dólares la hora y unos terribles dolores de cabeza. Los venenos podían matarla si los respiraba, o con solo rozarle la piel. Hasta cuando llevaba una máscara le hacían daño.

Había empezado a nevar; remolinos de pequeños copos se movían de forma caótica en el aire y se iban acumulando en las horquillas de los árboles sin hojas alineados afuera. Lo único que encontró fue un guardapolvo de algodón fino,

pero se lo puso. ¡Cogería un resfriado! Su abrigo estaba guardado en la oficina de Luis, pero se iría como estaba. Se dirigió despacio, casi sin querer, hacia la puerta. Pero en cuanto puso un pie fuera, Richie gritó:

–¿Adónde crees que vas? –Una y otra vez esperó para hacer la jugada, pero Gino, Luis o Richie siempre estaban al acecho.

Sin pensarlo, volvió al cobertizo donde guardaban el veneno. El armario estaba cerrado, pero sabía que detrás de la puerta estaba la llave, colgada de un gancho. Siempre había pensado que parecía una broma, como tener una caja fuerte y escribir la combinación en la pared. Cogió las llaves. Abrió el armario. Algunos de los venenos eran nuevos, no los conocía. Estaban los fungicidas de siempre: zineb, Captan, azufre. Los pesticidas: Sevin, malatión, Kelthane. Algunos venían ya mezclados y otros eran polvos o aceites. Había paratión: en los viejos tiempos era el más letal del vivero. Gino le había advertido que llevara guantes para manipularlos, pero las chicas contaban historias de gente que se moría solo por tocar el paratión. Nunca lo había utilizado. No estaba autorizada. Pero había visto a Gino usando el líquido aceitoso.

Cogió una botella pequeña y la llenó de aquel aceite marrón con manos temblorosas. Lo vertió despacio, conteniendo el aliento. Quizás el solo hecho de tenerlo tan cerca podía llegar a matarla, pero es que la iban a matar de

todos modos. Esto era un arma, un arma poderosa que venía del mismo lugar que los electrodos, el Thorazine y la microdiálisis. Una de las armas de los poderosos, de los que estaban al mando. Nadie podía disponer de este veneno sin una licencia. En esa pequeña botella estaba robando un poco de su veneno. Volvió a colocar el gran tarro negro en su sitio, cerró el armario; después se lo pensó mejor, lo volvió a abrir y limpió todo con el dobladillo del vestido. Huellas dactilares. Luego, antes de regresar afuera, se guardó la botella en el bolsillo de la bata, hasta que tuviera oportunidad de ponerla en su vieja cartera de plástico.

Rápidamente volvió al trabajo y siguió seleccionando plantas. El temblor en las manos no cesaba. Se preguntó si sería el primer síntoma de envenenamiento. Quizás se estaba muriendo envenenada. Quizás manipular la botella podía llegar a matarla. Sentía la siniestra influencia que a su alrededor irradiaba aquel aceite marrón.

Nunca había hecho algo así, apropiarse de un poco de poder, coger un arma. No quería seguir el camino del Piernas. Sí, había robado un arma. Guerra, pensó otra vez. Devolvería el golpe. Pero las manos no dejaban de temblarle y sintió que se le aflojaban las rodillas hasta que apenas podía ocuparse de la planta que tenía delante, grande y coriácea, casi tan alta como ella, cuyo nombre había olvidado.

La cena consistió en sobras. Adele jugueteaba con su comida, sonriendo otra vez.

–¿Has tenido un buen día? Ay, qué mal. Sí. Mm. Claro, desde luego, sí, se está haciendo mayor. Ajá.

Connie examinaba cuidadosamente a Luis. Cuando fuera a la cocina a buscar el café y el postre, podría echar algo de veneno en el café. Era marrón y aceitoso. Podía funcionar bien en el café. Por toda la mezquindad que Luis había vertido sobre ella durante toda su vida, por Dolly, por Carmel. Tenía el bolso al alcance de la mano. Podía hacerlo.

Luis se reía de su propio chiste, echando la cabeza hacia atrás. En ese instante, al verlo por un momento fuera de control, casi un niño, Connie reconoció a aquel hermano mayor al que, por mucho que odiara recordarlo, había adorado. Hasta los diez años, había amado a Luis con todo su corazón. Le parecía un príncipe, el maravilloso pavo real que siempre sería a ojos de su madre. Sabía luchar, sabía meterse en problemas y salir de ellos, sabía hablar inglés mejor que nadie, hasta (si quería) podía protegerla. Sí, Luis, el chico callejero que ella adoraba. Luis, el joven vándalo que le había tocado el corazón y lo había encajado en un molde. Algo de lo que había amado en Martin, algo de lo que había amado en Claud: la gracia, la rabia, el orgullo herido, el rechazo a tragarse un insulto. El ejército lo había cambiado.

Cuando volvió, estaba resentido, odiaba a todo el mundo. Su rabia y su orgullo descontrolados se habían canalizado hacia un deseo de triunfar, de conseguir dinero como fuera, de tener éxito, como un anglo.

¿Quién sabe cómo habría afectado a Martin, si aún estuviera vivo, el hecho de ser pobre y moreno? Quizás se habría endurecido como Luis. Le costaba creer que su ternura se hubiera transformado del mismo modo, aunque es cierto que recordaba a Luis a los catorce años, robando una bufanda de colores chillones en la tienda de cinco centavos para que ella se la pusiera el domingo de Pascua, riendo mientras se la sacaba por debajo de aquella chaqueta de cuero que nadie sabía de dónde había salido. Se le veía tan hermoso, el destello de los dientes en la cara morena, los ojos hirviendo de rabia o alegría, la arrogancia sobreactuada de los hombros. Jesús había tenido miedo de que se echara a perder, de perderlo en las calles. Nadie habría imaginado que se lo llevarían los anglos.

Después de la cena, despegó con vapor la etiqueta de un elegante champú de hierbas y la colocó en su botella. Cuando se secó, la etiqueta se quedó pegada. Se la llevaría cuando volviera al hospital, dentro de la caja de zapatos con cosméticos viejos que le había regalado Adele: lápices de labios de colores escarchados que ya no se llevaban, máscara de pestañas de un color que no la favorecía, un frasco a medio terminar de crema con aceite de palma. También le había dado una gabardina *beige* con encajes de

flores, encogida de tantos lavados, un par de medias de nailon y una pila de *Vogues* y *New Yorkers* viejos. Le recordaban al tipo de cosas que la gente te da cuando les limpias la casa. No llegó a probar los manjares que había cocinado para la fiesta, pero, en la báscula del baño de la habitación principal, descubrió que se las había arreglado para engordar dos kilos desde el miércoles por la noche hasta el sábado al mediodía. Le daba igual. Cómo pasé mis vacaciones: comiendo.

Sentada en el gran Eldorado blanco de Luis, abriéndose camino lentamente entre el denso tráfico, se dio cuenta de que habían pasado muchas semanas desde que había cruzado al otro lado. ¿Habría muerto Luciente? No podía soportar la idea. Ella era la que estaba muerta. Ya no era receptora. Se estaba endureciendo como lo había hecho Luis, pero no por dinero. Para triunfar en su guerra. Para devolver el golpe. Cerró los ojos y vio su arma, disfrazada de champú.

DIECINUEVE

Ese lunes, Acker anunció que Alice y el Capitán Pomada serían enviados el viernes a albergues de beneficencia. Se llevaron a Alvin y a Orville para operarlos. Sibila, la señorita Green y Connie fueron sometidas a otra batería de pruebas físicas y psicológicas y les programaron visitas con los médicos para el miércoles.

–Eso quiere decir que seremos las próximas –dijo Sibila disimuladamente mientras esperaban de pie en la cola de la medicación.

–Solo quiere decir que eso es lo que ellos quieren.

Connie y Sibila esperaban una oportunidad para ir juntas a la lavandería. Más tarde, le preguntó a Sibila:

–Si se te presentase la oportunidad, ¿estarías dispuesta a intentarlo?

Sibila asintió.

–Tina lo intentó en un carro de la lavandería. He estado dándole vueltas; ¿hay alguna manera de empezar un fuego?

–¿Crees que podrás arreglártelas fuera?

–Estoy dispuesta a intentarlo, Consuelo. No voy a dejarles que me operen si tengo una manera de impedirlo. Es como morir.

–No vuelvas a casa. Sé que nunca has vivido en ningún otro lugar, pero allí estás en un... círculo vicioso, estarán siempre intentando quitarte de en medio.

–¿La voluntaria aquella que te conté, te acuerdas, Mary Ellen? Una amiga le dio un periódico, un periódico solo para mujeres, que tenía un artículo sobre brujas. ¡Aquelarres de verdad donde practican la Wicca! Imagínate, Consuelo. Había una dirección. Si consigo... salir, les pediré ayuda.

–Eso suena mucho mejor que volver a Albany, está claro.

A la mañana siguiente, cuando la señorita Green estaba en el baño y Sibila se hacía la cama, Connie entró como un rayo.

–Toma. ¡Coge esto! –Presionó los billetes arrugados que le había dado Dolly en la palma de Sibila, menos lo que se había gastado en llamadas telefónicas. Llegaban a treinta y un dólares y sesenta y dos centavos.

Sibila se sentó al borde de la cama y se la quedó mirando.

–¿Qué vas a hacer? ¿Por qué me das esto?

–Shh... Escóndelo.

–No te rindas, Consuelo. ¡Solo porque no te pudiste escapar de casa de tu hermano!

–No me preguntes qué voy a hacer. Pero mañana miércoles tienes que estar preparada para escapar. Por la tarde, cuando me visiten los médicos, se montará un lío padre. Aprovecha para escapar. ¡Huye y no dejes que te atrapen nunca más!

Valente se detuvo en el pasillo y miró dentro. Connie se marchó enseguida a hacerse la cama. En el desayuno, Sibila le dijo en voz muy baja:

–Consuelo, me asustas. No te rindas. ¡Por favor, no te rindas!

–No me rindo. Para mí esto es la guerra. Tengo que pelear como puedo. Para detenerlos. No me preguntes más. –La voz se le quedó atascada en la garganta–. Te deseo una

buena vida, Sibila. Ódialos más de lo que te odias a ti misma, ¡y seguirás siendo libre!

El martes por la noche permaneció despierta a pesar de las pastillas para dormir, los ojos casi en carne viva de tanto mirar las formas borrosas. Dio vueltas en la cama, hundió la cabeza en la almohada, contó e intentó dejar la mente en blanco. Los pensamientos le daban vueltas y más vueltas, como perros atrapados detrás de una reja, yendo y viniendo sin cesar hasta dejarle una raya sin pelo en la cabeza.

Intentó abrir la mente a Luciente. Fatigada por el aburrimiento, llena de miedo por el día siguiente y necesitada de algo agradable, lo intentó. Tenía la mente cerrada, oxidada. No conseguía abrirla. Se forzó, lo intentó una y otra vez. Sudor en la frente, sudor que se amontonaba bajo los brazos, bajo los pechos. Durante un momento casi sintió algo, una presencia. Eso hizo que continuara esforzándose mentalmente. Tirada en la cama, jadeaba como si hubiera subido corriendo un tramo de escaleras. ¡Por favor!, imploró, ¡por favor! Lo que había sido tan fácil resultaba difícil y doloroso, tan duro como morir. Morir en la distancia. Donde antes solo había aire, ahora había algo sólido, sólido como el hueso, como las paredes de una prisión. Pero continuó. ¿Qué otra cosa tenía que hacer esa noche? ¿Qué más, aparte de manosear sus miedos como cuentas de un rosario frío, grasiento, una y otra vez? Siguió intentándolo.

Al final, sintió el roce de una presencia, áspera, áspera y abrumadora. Sin embargo, esta vez sintió casi enseguida que el dolor venía de Luciente. No, el dolor lo producía el terrible esfuerzo. Luciente también forcejeaba hacia ella. Juntas consiguieron un débil contacto.

–Temí que hubieras muerto –pensó hacia Luciente.

–Temí que te hubieran hecho algo... definitivo. Lo intenté... ¡muchas veces!

–¡Llévame ahí!

Luciente lo intentó durante un largo rato.

–Muy difícil... necesito ayuda. Un momento. Llamaré a Diana, o Parra, o Zuli... ¡Espera!

Por fin, a duras penas, apareció temblando en la casa de encuentros. Como durante las noches del banquete y del velorio de Liebre, había muchas personas circulando, pero ahora iban vestidas con ropas corrientes. Sus voces eran tenues.

Luciente la abrazó con fuerza.

–¡Cuánto tiempo! Te extrañamos a fondo. Llegar a ti ha sido... ¡como intentar atravesar las paredes!

–¿Y tú? ¿Cómo conseguiste salir del flotador en llamas?

–¿Qué?

–En el frente. Con Halcón.

Luciente la miró con atención.

–No comprendo. Halcón está ahí. –Señaló con el dedo–. ¿Qué guisado es ese de flotadores y frentes?

–¿No estábamos todas juntas en el frente? ¿Luchando?

–En mi vida, Connie. No en este continuo... Con ese dispositivo en tu cerebro, quizás fue una visión. Has estado lucidada para visionar durante los últimos meses, cachái, con todo lo que ha estado pasando.

–*Pues...* no importa. Se sentía tan real... ¿Cómo estás, Luciente?

–Siento en ti una gran decisión. ¿Planificas alguna acción?

–No quiero hablar de ello. Háblame de ti. De Abeja. De Aurora. Cómo están todos.

–La controversia por el Modelado aumenta. Creo que convocaremos un grancon este marzo para decidirlo. Me estoy quedando sin argumentos. Una cosa es cultivar zanahorias para nuestro uso; sobre todo si dejamos intactas las reservas de genes silvestres y variantes. ¡Otra muy distinta es cultivarnos para algunos usos o para usos

imaginarios! Por lo que sabemos, se aproxima una nueva edad de hielo y sería mejor procrear personas con pelaje que con habilidades matemáticas. ¡Estoy discursando! Pasando... –Luciente volvió a abrazarla–. Temí no volver a verte. Muy duro traerte. Estamos perdiendo el contacto.

–¿Cómo está Abeja?

–¡Mira! –señaló Luciente–. Abeja está explicando sobre agronegocio, cultivos comerciales y hambre.

–¿Está dando una clase?

–Un homenaje. Esta noche. –Luciente hizo un gesto con la mano hacia las casetas, las mesas, los holos y los objetos allí expuestos–. Son los juegos de invierno. Personas viajeras del mundo del espectáculo nos visitan esta semana. Todo el mundo actúa. Nos dividimos en gente rica y pobre, patronales y colonias. Durante dos días, las personas que hacen de pobres por sorteo ayunan y solo comen la mitad de ración durante dos días más. Las que hacen de ricas comen hasta saciarse y tiran el resto al compost. Sé que en la historia no lo hacían así, mi flor, pero no está bien destruir, somos sencillamente incapaces. Hemos estado experimentando una sociedad de clases donde la mayoría de las personas trabajan, algunas controlan y muy pocas disfrutan. Tuvimos prisiones, policía, espías, ejércitos, tortura, jefes, hambre... ¡Ah, ha sido fascinante! Ahora

estamos discutiendo cómo tener más sensatez antes de continuar.

–¿Celebran algo? –Observó atentamente a la gente merodeando por la sala y en la plaza exterior, deteniéndose a examinar objetos, mirando holos, discutiendo sobre gráficos y exposiciones.

–No, no, es un homenaje. Nada que celebrar, cierto. En invierno nos tomamos tiempo para estudiar, comunar. A veces las aldeas envían un grupo itinerante que va de un sitio a otro hasta que se agota de estar en la carretera. Estuvimos rumiando –Abeja, Nutria, Roble Blanco y yo– si nos íbamos por ahí con una sátira del Modelado. *Estatroupe* viene de Garibaldi, en Mystic, donde cultivan viñedos y hacen pasta y chispis informáticos. Un lugar hermoso, dice Nutria. Cuando persona tenía dieciocho años, estuvo un mes durante la cosecha trabajando y acoplándose con Vittorio, que está con la *troupe*. Nutria enloquece de placer por volver a verle.

Iban paseando de la mano entre las casetas. Abeja estaba utilizando un proyector de holos muy pequeño que en cierto momento emitió una caja de cereales de desayuno de su tiempo llamada Melosas, y luego una imagen de *braceros* recogiendo lechugas. Se le veía tan serio, frunciendo el ceño ante la caja de Melosas y emitiendo un ruido sordo desde lo más profundo de su pecho, y al mismo tiempo tan a gusto, con el delicado tatuaje de abeja

ondulándose sobre su brazo, que perdió el hilo de lo que le explicaba Luciente.

Halcón se acercó hacia ellas esquivando gente. Saludó a Connie y luego exclamó:

–¡Luciente! Decidido. Es hora de viajar. Me voy con esta *troupe*. Centi viene conmigo.

Luciente posó las manos sobre los pequeños hombros de Halcón.

–¿La *troupe* está de acuerdo?

Halcón temblaba de emoción.

–Dicen que podemos aprendernos los papeles de dos personas que quieren volver a su hogar. Aprenderé italiano y visitaré ciudades, y cuando encuentre una que me acoja, me quedaré y trabajaré.

–¿Cuándo se van?

–El jueves a la mañana. Mañana harán una ópera. Dicen que canto lo bastante bien para el coro, si empiezo a practicar la música.

Connie recordó a Halcón partiendo para su semana en los bosques.

–¿Cómo van a viajar?

–En deslizador. Luego, cuando vayamos más al sur, en bici.

–¿Tienes bici propia?

–¿«Propia»? ¿Como cuando digo «arrojar piedras a mi propio pie»?

–Una bici que sea tuya.

Halcón se rascó la oreja.

–Puedo usar cualquier bici que no esté en uso. ¡Mañana me despediré de todo el mundo! –Halcón se balanceó sobre un pie–. ¿Crees que a Abeja le gustará el dibujo que le hice? No está... superbién, pero tiene un montón de colores.

–¿Cómo no? –Luciente le besó la mejilla–. Si persona está tan ciega como para no quererlo, yo lo quiero.

–Qué bien que se haya acabado el tabú, así puedo despedirme de mis madres como corresponde. No le digas a Abeja que me voy; quiero decírselo yo, ¿aguantas?

–Aguanto.

Luciente y Halcón se dieron un apretón de manos y Halcón se marchó dando saltos.

–Me encanta el invierno –dijo Luciente mientras continuaban paseando–. Comer y engordar, ir en trineo y sobrevolar la nieve. Charlar, charlar y charlar. Estoy

lucidando chino, dulzura, quince horas por semana, hasta Abeja está aprendiendo un poco de tanto escuchar. Además, en nuestra base, estamos monitoreando los resultados del año pasado en toda la región. Y toco en un nuevo grupo de mojai los viernes por la noche; el viernes pasado estuvimos tocando casi hasta el amanecer. Mojai es música que suena así... –Luciente empezó a marcar dos complicados ritmos superpuestos con ambas manos sobre el borde de una mesa.

–¡Shh, Luciente! –le regañó Lucero–. Estamos escuchando.

–Estoy parloteando. –Luciente se llevó a Connie lejos de allí–. La rigidez de tu mente esta noche me hace cotorrear más de lo habitual. Tengo miedo por ti.

–Pero fuiste tú, tu gente, quienes me enseñaron que estoy luchando en una guerra.

–Entonces, ¡lucha bien, Connie!

Salieron al aire frío, limpio, puro. Luciente hizo una pausa para coger una chaqueta y se la colocó a Connie sobre los hombros. Grandes discos de nieve flotaban dando vueltas hasta caer sobre el espesor ya acumulado; las esquinas se redondeaban y se suavizaban las líneas rectas, y toda la plaza era una extensión de blancura en la que solo los juegos de los niños dejaban alguna marca.

Luciente le tocó el hombro.

–Quieres preguntar si aún estoy de duelo...

–¡Nunca lo preguntaría!

–Lo sé. Pero deseas sentir cómo estoy. Sí, estoy de duelo. Pero también trabajo. Duele, pero no puedo dejar que me ate la pena. Diana ha ayudado. Nutria ha ayudado. ¡Abeja carga conmigo! No quiero más amantes y temo la primavera. ¡Pero, mira!

Luciente señaló con el dedo: una guerra de nieve se desarrollaba alrededor de la estatua, un extraño pájaro que bailaba sobre una pata, y de una barricada de bancos. Durante un instante, Aurora atravesó a la carrera un haz de luz, gritando de alegría y saludando con la mano.

Copos perezosos le caían a Connie sobre la manga de la chaqueta prestada.

–Luciente, ¿crees que siempre es malo matar?

–Vivimos gracias a comer seres vivos, sean vegetales o animales. Sin clorofila en la piel, no tenemos elección.

–Luciente recogió unos copos con la palma extendida.

–Me refiero a matar a una persona.

–¿Cómo puedo hacer frente a algo tan abstracto?

–Matar a alguien con poder sobre mí. Que quiere acabar conmigo.

–El poder en sí es violencia. ¿Cuándo se lo destruyó pacíficamente? Todo el mundo lucha cuando está contra la pared..., o para derribar la pared. Sabes que matamos a personas que han escogido hacer daño a alguien dos veces. No es que pensemos que está bien matarlas. Solo que es conveniente. Nadie quiere vigilar a nadie.

–En mi tiempo la gente está deseosa de vigilar. Es un trabajo. Supongo que también es poder.

–¿Le estás dando vueltas a la idea de matar a alguien, mi compa?

Ella asintió y se soltó de Luciente para rodearse el pecho con los brazos. Sintió que una ola de orgullo y vergüenza la atravesaba. *Mala*, la mujer que actuaba. Arrojarle al mundo de cabeza. Luciente estaba hablando, pero, ahogadas por el tumulto de su sangre, las palabras murmuraban como piedras en el lecho de un río. Lentamente, la gente fue saliendo de la casa de encuentros y empezó a coger palas y escobas de los cobertizos que había en la plaza y por los senderos. Las palas chocaban contra las piedras con un ruido metálico, la madera raspaba. La noche empezó a llenarse de risas y sonidos de paladas. Los niños abandonaron la pelea y se pusieron a quitar nieve. Aurora, vestida con pantalones rojos y una parka azul oscura, empuñaba una escoba y

caminaba detrás de Nutria, cuya única y ancha trenza se balanceaba rítmicamente sobre su espalda. Abeja estaba quitando nieve del sendero que llevaba al comedero cuando Halcón apareció corriendo y deslizándose por la nieve para trabajar junto a él. Su aliento se elevaba en volutas blancas mientras hablaba y hablaba con Abeja a toda velocidad.

Oía que Luciente decía algo, pero ya no podía distinguir las palabras bajo el fragor de su sangre. Apenas le llegaba el ruido del metal rasguñando la piedra. Los labios se movían como si la gente estuviera cantando. Aurora las miró por encima del hombro acolchado. Sonrió y las saludó y, presumiendo, empezó a barrer con tanto brío que levantó un fino polvo blanco. Los copos descansaban livianos en la cúpula negra de sus cabellos, la capucha de la parka echada hacia atrás. Un copo se posó un instante sobre la punta de su nariz, delicada y con una curva sensual, nieve en su hermosa nariz maya a la que Connie se imaginó dando un beso fugaz.

Yacía tumbada en la cama, sin aliento, como si la hubieran arrojado de las alturas.

–¿Qué pasa? –Tina se sentó, despierta–. ¿Estás bien?

–Sí...

–Pegaste un grito. ¿Qué pasa, un mal sueño?

–Uno bueno, Tina, soñé con mi hija, feliz, a salvo, en otro lugar.

Aún podía ver el rostro de Angelina enrojecido por el juego, sus pequeños brazos regordetes dentro de la parka blandiendo la escoba casi con frenesí, mientras el copo de nieve se le derretía en la nariz.

–¡Si al menos me hubieran dejado algo! –susurró.

Todavía temblando, pensó: si al menos me hubieran dejado a Martin, a Claud, a Angelina, o aunque fuera a Dolly y a Nita, me habría ocupado de mis asuntos. Habría agachado la cabeza y agachada se habría quedado. No nací ni fui criada para librar batallas, sino para ser modesta, sosegada, amable. Una sola persona a quien amar. Apenas un pequeño rincón de amor para mí. Solo por ese amor, lo habría soportado todo y nunca habría devuelto el golpe. Habría obedecido. Habría aceptado estar harta, harta de ser pobre, harta de estar enferma, de tener hambre, de estar sola y de que me roben y me utilicen. ¡Pero fuisteis tan avariciosos, tan crueles! ¡Uno de ellos, aunque fuera uno solo, me podríais haber dejado! Pero no tengo nada. ¿Por qué no habría de contraatacar?

Aun así, sus manos temblaban de miedo. Yació helada y tiritando, toda la noche.

–Esta operación está diseñada para ayudarla –dijo el doctor Morgan–. Para permitirnos devolverla a la sociedad. Será capaz de tener un trabajo.

–Me siento mucho mejor. ¿Por qué necesito esta operación ahora? Fui a casa de mi hermano para Acción de Gracias. Trabajé muy duro ahí. He sido buena y he cooperado en el pabellón.

–Has estado mejor otras veces, Connie –dijo Acker. Hoy la señorita Moynihan no estaba sentada a su lado, sino al otro extremo de la sala, junto a su jefe, el doctor Morgan. La señorita Moynihan y Acker evitaban mirarse. Sus ojos grises estaban enrojecidos y marcados por las ojeras. Se notaba que había estado llorando, que no había dormido. Patty le pasó una nota, ella sacudió la cabeza con amargura y se puso aún más tensa. Acker parecía más nervioso de lo habitual. Tenía una marca oscura en la mejilla izquierda, como un moretón. ¿Quién le había golpeado? ¿La señorita Moynihan o alguno de sus hermanos?

–Sabemos que no puedes evitar hacer lo que haces. Es como si experimentaras un cortocircuito que te conduce a un nuevo episodio de rabia incontrolable.

–No he hecho nada malo en meses. Estoy mucho mejor. ¿Por qué necesito esta operación ahora, si estoy bien?

–Ya ha tenido períodos de calma con anterioridad –señaló el doctor Redding. Juntaba los dedos de las manos como formando un chapitel sobre su taza vacía–. Períodos largos. Pero siempre acaban igual. ¿No es así, Connie?

–No es lo mismo. De verdad, por favor, ¡no lo es! Mire, he hecho algo de lo que me avergüenzo, lo de mi hija. ¡Pero he pagado por ello una vez y otra y otra! Infinitas veces. ¿Cómo puedo ser incontrolable? Ustedes han estado controlándome.

–Tú no quieres hacerle daño a un ser querido otra vez, ¿no es así, Connie? Tienes una enfermedad recurrente, como alguien que tuviera malaria recurrente –dijo Acker, sintiéndose encantado consigo mismo. Miró de reojo al doctor Redding en busca de aprobación, pero Redding estaba diciéndole algo al doctor Argent al oído. Los dos habían estado ojeando las páginas de un documento que parecía una propuesta, y Argent revisaba el presupuesto línea a línea y escribía pequeñas notas en los márgenes de la página.

–Pero quizás la otra cosa funcionó. ¡Quizás no necesito una operación!

–Tenemos una autorización del hermano, ¿no? –preguntó Redding a Patty.

Patty, sin levantarse de la silla, se inclinó ligeramente sobre un documento que había encima de la mesa.

–Sí, doctor.

El doctor Argent dejó la propuesta, se quitó la pipa de la boca y miró a Connie con una sonrisa pícaro.

–Señora Ramos, usted está asustada ante la idea de una operación. ¿No es así?

–¡Claro que estoy asustada! Ahora estoy bien, doctor. Mire las notas del pabellón.

–Su madre murió después de una operación. ¿No es así, señora Ramos?

¡Ay de mí!, el doctor estaba jugando al psiquiatra. Iba a tener que decir que sí.

–Doctor, ¿puedo tomar una taza de café, por favor? Me siento un poco confundida, un poco dormida. He pasado una mala noche porque esto me tiene muy preocupada. –Se puso de pie, pero se quedó como suspendida sobre la silla–. Por favor, doctor, ¿puedo servirme una taza de café?

Argent arqueó una de sus cejas plateadas; su interés se disipó.

–Se siente usted confundida muy a menudo, ¿no es así, señora Ramos? –Volvió a coger la propuesta, buscando su bolígrafo.

–Puede tomarse el café cuando salga. Aquí ya casi hemos terminado –dijo el doctor Redding, estirando sus largas piernas debajo de la mesa–. A todos nos vendría bien una taza de café. Esta es la última, ¿no?

–Sí, doctor –dijo Patty, consultando su agenda.

–Connie, comprendemos que tenga miedo. La sociedad también tiene miedo de usted... y con más razón, podríamos decir. Esta operación es menos complicada que la que le hicimos en octubre. Ahora bien, usted está de acuerdo en que está mejor gracias a la operación. –Redding hablaba rápido, las palabras la atravesaban a toda velocidad–. También estará mejor gracias a este procedimiento quirúrgico. Después, igual que Alice, será dada de alta. Sin duda, no quiere usted pasarse la vida en un hospital psiquiátrico, ¿no es así?

–¡Pero la otra vez me mejoré y me dejaron ir sin hacerme ninguna operación!

–Y aquí está usted otra vez. ¿No es así? Su hermano... ¿cómo se llama?

–Lewis Camacho –leyó Patty–. De Bound Brook, Nueva Jersey.

–Su hermano en... eh... de Nueva Jersey... el señor... ¿Coman–chii? ha firmado la autorización. El procedimiento se llevará a cabo el lunes. Dentro de un mes le daremos el alta. Piénselo, señora Ramos, y se dará cuenta de que sus miedos son tan irracionales y tan comunes dentro de la pauta de comportamiento de su enfermedad como sus episodios de hostilidad. Bien, ¡hagamos una pausa!

El personal se recostó en sus asientos y se miraron entre sí mientras Connie se ponía de pie, todos menos la señorita Moynihan, que la rozó al pasar a su lado como una flecha. Tenía el rostro desencajado y salió corriendo al baño de mujeres del personal. Tony estaba esperando fuera, fumando a hurtadillas y envuelto en la burbuja de música de su transistor.

–¿Han acabado contigo? –le preguntó.

–¡No lo sé! –Connie levantó las manos–. No entiendo qué están haciendo. Pregúntales tú. No dejan de hablar de mi hermano Luis. No sé qué quieren que haga yo.

–Espera aquí. Un momento.

Tony metió la cabeza en la sala, y Connie vio detrás de él cómo los médicos empezaban a levantarse de las sillas e iban conversando en corrillos. Argent y Redding tenían las cabezas juntas e inclinadas sobre la propuesta, conspirando. Morgan daba vueltas, ignorado por los demás y nervioso.

Redding asentía enérgicamente sobre las pequeñas notas. ¿Otros cinco mil chimpancés? ¿Presos? ¿Mujeres en la asistencia social? La habían despachado.

–Dijeron que podía tomarme un café –dijo en voz alta, y se fue de prisa hacia el rincón donde estaba la máquina de café grande y brillante.

Rápidamente tiró el café viejo, echó una medida de café en el filtro y presionó el botón «preparar». Después, cogió la botella de su cartera y echó unas gotas del líquido aceitoso en la jarra de cristal mientras empezaba a llenarse de café. Esperaba que se dieran cuenta de que era recién hecho, y que no lo tiraran para hacer más.

Cuando Tony salió, el agua aún estaba cayendo.

–Vamos, Ramos. Ya han acabado contigo. Deja en paz el café de los doctores, no la lées. Puedes tomarte uno en el ala de los pacientes.

–¿Ya no me necesitan? –Parpadeó confundida.

–¿Qué crees, que necesitan todo el día para saber qué hacer contigo? Son doctores importantes. Ese Redding, su foto sale en el *Times*. Me la mostró Patty, que tiene un álbum de recortes de él. El doctor Argent fue a Washington a testificar al Congreso, a decirles cuatro cosas. ¡No creerás que van a perder todo el día pensando en qué hacer contigo!

Fue al baño y se lavó las manos, y se las volvió a lavar, y otra vez.

–Acabo de matar a seis personas –dijo al espejo, mientras se lavaba las manos, porque el veneno la aterrorizaba–. Los he asesinado. Porque son ellos los que tienen tendencias violentas. Suyos son el dinero y el poder, suyos los venenos que entumescen la mente y marchitan el corazón. Suyos son los poderes de la vida y la muerte. Los he matado. Porque esto es la guerra.

Sus manos temblaban como una rama de sauce de las que usan los zahorís en Texas, una rama de sauce atraída por el agua de las profundidades de la tierra.

–Ahora yo también soy una mujer muerta. Lo sé. Pero les hice frente. No estoy avergonzada. Lo he intentado.

Rompió la botella bajo el grifo abierto, sin tocarla, y lavó las piezas bajo la ducha. Seguramente las encontrarían, pero fue lo único que se le ocurrió. Después se lavó las manos una última vez y fue en busca de Sibila. Cuando la encontró en el vestíbulo solo le dijo:

–¡Queda poco!

Sibila se la quedó mirando. Una lágrima se asomó y se le quedó suspendida en el ojo. Después bajó la mirada y no dijo nada, alerta, recogida, preparada. Connie fue a su

habitación. Cuando pasó junto a Valente, que estaba tejiendo, la auxiliar la saludó con la cabeza.

Pensó en Luciente, pero ya no pudo alcanzarla. Ya no podía ser receptora. Había templado su mente y ya no era una mujer receptiva. Se había endurecido. Pero pensó en Mattapoisett.

Por el Piernas, por Alice, por Tina, por el Capitán Pomada y por Orville, por Claud, por ustedes que renacerán de mis mejores esperanzas, a ustedes les dedico mi acto de guerra. Al menos uno en el que luché y gané.

Al cabo de un rato, escuchó la conmoción y vinieron con camillas: cuatro. El doctor Morgan estaba intentando dejar el café, y la señorita Moynihan se había quedado vomitando en el baño del personal. No lo siento, pensó mientras el corazón le palpitaba desbocado; y se sentó en la cama, esperando.

VEINTE

Extractos de la historia clínica de Consuelo Camacho Ramos

Estado de Nueva York – Departamento de Higiene Mental

Hospital de Bellevue

RESUMEN CLÍNICO

IDENTIFICACIÓN: Mujer católica de 35 años, mexicoamericana, separada de su marido Edward desde hace tres años y con una hija, Angelina, de 4 años de edad.

La paciente ha estado en el programa de Ayuda a Niños Tutelados desde el pasado mayo.

PROBLEMA QUE PRESENTA: La paciente trajo a su hija a emergencias al N.Y.U., diciendo que le había roto accidentalmente la muñeca. La niña tenía hematomas. Interrogada por la trabajadora social, admitió sin duda haber golpeado a su hija, bajo los efectos de las drogas o en estado de ebriedad. La paciente se mostraba incoherente, lloraba y exhibía un comportamiento excéntrico.

HISTORIAL: Individuo de entorno social desestructurado cuyo deterioro se ha visto incrementado desde su ruptura matrimonial. Paradero del marido, desconocido. La paciente tiene problemas con la ley desde hace dos años. Condenada por instigar y secundar a un carterista, con suspensión de condena y un año de condicional el pasado mes de abril. Refiere un aborto ilegal, seguido de hemorragia grave y complicaciones, por el que se le practicó una histerectomía en el Metropolitan. Tiene problemas recientes con el alcohol y los barbitúricos. Se muestra hostil y resistente a la autoridad. Falta de control y de tolerancia a la frustración. La paciente tiene tendencia a tratar los problemas de manera violenta demostrando un comportamiento hostil y extrapunitivo.

ESTADO MENTAL: La paciente tiene aspecto desarreglado y aparenta más edad de la que declara. Reconoce que necesita ayuda. Se muestra cooperativa pero confundida y

en ocasiones reticente. No ha tenido un comportamiento agresivo en la consulta.

FLUJO DE ACTIVIDAD MENTAL: La paciente muestra incoherencia. El pensamiento de la paciente es extremadamente concreto.

REACCIONES EMOCIONALES: El humor general de la paciente es de ansiedad, exhibe una culpabilidad extrema. Su comportamiento afectivo es inapropiado, caracterizado por llanto sin motivo.

CONTENIDO DE LOS PENSAMIENTOS: Niega pensamientos suicidas. Niega delirios o alucinaciones.

PERCEPCIONES SENSORIALES, COMPRENSIÓN Y CAPACIDAD MENTAL: Percepciones sensoriales claras. Orientada X3. La memoria reciente y remota parece débil. La paciente tiene cierta lentitud mental y da respuestas deficientes.

DIAGNÓSTICO: Esquizofrenia, indif. tipo 295.90.

Estado de Nueva York – Departamento de Higiene Mental

Hospital Psiquiátrico Público de Rockover

RESUMEN DEL ALTA

Dr. Messinger

HISTORIAL: Mujer mexicoamericana de 35 años, católica, madre de una hija, hospitalizada en Bellevue por maltrato infantil, problemas con el alcohol, confusión y comportamiento extraño, ingresada el 8 de febrero.

ESTANCIA HOSPITALARIA: La pac. responde bien a la medicación, aunque con pronunciados efectos colaterales, lengua inflamada, etc. Su comportamiento tiende a normalizarse y la pac. exhibe síntomas y signos psiquiátricos decrecientes.

ESTADO MENTAL ACTUAL: Alerta, cooperativa, coherente, competente, sin anormalidades en el flujo de la conciencia o el contenido del pensamiento. Percepción normal. Orientada X3.

CONDICIÓN FÍSICA: Ambulatoria, sin anormalidades físicas. Puede cuidar de sí misma.

PLAN DE TRATAMIENTO: Pac. dada de alta en albergue de beneficencia hasta que la asistencia social le encuentre vivienda. Tiene que presentarse a control semanal en el dispensario de Bellevue.

MEDICACIÓN:

1. Thorazine 200 mg. 1/24h – 5 P.M.
2. Prolixin 1 cc IM cada 2 semanas.
3. Artane 2 mg 3/24h

CONDICIÓN: Mejoría.

DIAGNÓSTICO: Esquizofrenia paranoide, tipo 295.3.

DE LAS NOTAS DEL INGRESO EN BELLEVUE: A última hora de la tarde esta mujer puertorriqueña de 37 años de edad, obesa, atacó presuntamente a un pariente y a su pareja con una botella. En el examen la pac. fue encontrada tirada en el suelo, gimiendo de manera incoherente, y demostró estar desorientada en relación al tiempo y al espacio. Mantuvo conducta hostil, no cooperativa y amenazadora. Comportamiento de maltrato contra pariente y pareja del pariente. Ingresada. Thorazine 1000 mg IV. Contención.

DE LAS NOTAS DEL INGRESO EN ROCKOVER: Paciente de 37 años mexicoamericana, católica, madre, separada de su marido Edward, con hija puesta en adopción a través de la

agencia estatal. Con historial de episodios psicóticos violentos, incluyendo hurtos, asalto y maltrato a menores. Hace once días, la paciente atacó a su sobrina Dolores Campos y a su novio. La paciente ya nos es conocida, habiendo estado ingresada en Rockover con anterioridad. Traslada aquí después de diez días en Bellevue. Permanece en estado agudo de psicosis. Durante su hospitalización, ha permanecido muda y taciturna con estallidos ocasionales de violencia. Ha mantenido un comportamiento no cooperativo, rechaza la medicación y no tiene percepción de su enfermedad. Manifiesta delirios persecutorios hacia la pareja de su sobrina y acusa al estado de Nueva York de haber «asesinado» a su novio de color. La paciente se queja constantemente por que su hija haya sido dada en adopción. La paciente no tiene nociones consistentes sobre el bien y el mal. Manifiesta que no bebe desde hace dos años. Fuma un paq. al día. Niega cualquier adicción a las drogas, aunque admite el uso de barbitúricos en el pasado. Afirma no haber mantenido relaciones con hombres durante los últimos tres años. Tampoco reconoce ningún tipo de afición a las mujeres. La paciente es un individuo socialmente inadaptado sujeto a disforias periódicas acompañadas de miedo, que la llevan a episodios de violencia y agresiones. Ingresada en el Pabellón L-6. Medidas de seguridad por riesgo de violencia.

INFORME DE FUGA: Después de una pelea con otra paciente del mismo pabellón, que le causó una contusión

leve, la paciente vagó fuera del hospital y estuvo perdida en el bosque durante dos días y dos noches. Fue recuperada en una estación de autobuses de Fairview con una gran confusión y sin saber dónde quería ir. Estaba infectada de picaduras de mosquitos. Se decidió mantenerla bajo estrecha supervisión.

FRAGMENTO DE LAS NOTAS DEL INSTITUTO NEURO-PSIQUIÁTRICO DE NUEVA YORK: Mujer de 37 años sin dificultades motoras aparentes. La pac. parece haber aprendido a caminar y hablar a la edad normal. Se solicita partida de nacimiento a Texas. Paciente nacida con comadrona. Sin documentación clara de parto prematuro o trauma de nacimiento. Historial de desvanecimientos y episodios violentos en los que la paciente sentía que perdía el control de sí misma. ... El señor Camacho es un hombre bien vestido (traje de negocios gris) que aparenta unos 40 años. Tiene un vivero mayorista/minorista y una actitud confiada, integral. Le considero un informador fiable que manifiesta una preocupación genuina por su hermana...

LISTA DE PROBLEMAS Y PLANES DE TRATAMIENTO:

1. Hospitalizaciones reiteradas
2. Sínt. psicóticos
3. Violencia episódica

4. Falta de percepción

5. Falta de motivación

6. Dolor de muelas

7. Costilla rota

8. Negatividad

ORIENTACIÓN: Completamente orientada.

MEMORIA REMOTA: Intacta.

MEMORIA RECIENTE: Levemente desequilibrada.

CAPACIDAD DE RETENCIÓN DE INFORMACIÓN Y MEMORIA INMEDIATA: Intacta.

PROCESO DE MEMORIA INMEDIATA Y RETENCIÓN: Intacto.

CÁLCULOS Y MEDICIONES: Deficiente (error en test sustracción seriada de sietes).

LECTURA: Lee sin dificultad.

CONOCIMIENTOS ESCOLARES Y GENERALES: Proporcional. Refiere haber cursado dos años de universidad (?). Registros de asistencia social indican solo 1 año y 3 meses en instituto de estudios superiores.

ÍNDICE INTELIGENCIA: Promedio.

DESARROLLO ENFERMEDAD MENTAL: Proceso de deterioro.

CAPACIDAD ABSTRACCIÓN: Deficiente.

CAPACIDAD PARA MANTENER EXPECTATIVAS Y SOCIABILIDAD: Intacta.

... Después del implante, la paciente demostró una marcada mejoría, sin episodios durante dos meses. Luego síntomas recurrentes. Amigdalectomía indicada pero no practicada por incidente...

Había ciento trece páginas más. Todas ellas siguieron a Connie de regreso a Rockover.

AGRADECIMIENTOS

La escritura de este libro ha precisado la ayuda de muchas personas, aunque a ninguna de ellas debe hacerse responsable de lo que he escrito. He contraído una gran deuda de gratitud con Michael Galen y todo el personal de RT: A Journal of Radical Therapy; con Nancy Henley, Phyllis Chester y Michael Brown; con Mary Waters y otros miembros del Frente de Liberación de los Pacientes Mentales. Al doctor Paul Lowinger, mi más profundo agradecimiento. Gracias también a Jon Levine; a Mary Lou Shields; a Rosario Morales; a Frank Mirer de Harvard y a Bernie Bulkin de Hunter College, quienes me ayudaron en lo concerniente al envenenamiento; y a todo el personal de HEALTHPAC y del Proyecto de Salud para la Mujer de

Somerville, quienes me proporcionaron información y me ayudaron con los contactos.

Por encima de todo, le estoy agradecida a todas esas personas cuyo nombre desconozco y que me ayudaron a colarme en los lugares que quería entrar, así como a los pacientes o expacientes de las instituciones mentales que, dentro o fuera de ellas, compartieron conmigo sus experiencias. Gracias a los estudiantes de la Old Rochester Regional High School, quienes se mostraron divertidos por mi interés en Mattapoisett pero no por ello dejaron de ayudarme. Por último, estoy en deuda con los habitantes de Mouth-of-Mattapoisett, que tanto se esforzaron por hacerme comprender y que, por más que yo les pareciera lenta de mollera, siempre me dijeron que al menos lo intentaba.

M. P.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

Estamos más cerca de la distopía del capítulo 15 que de la utopía de Mattapoisett, somos más Gildina que Liebre, más Connie que Luciente.

¿Qué hemos aprendido?

Esto es la guerra, Carita.

«Un ejército de amantes no puede perder».

Despierta, Connie, despierta.

- En Mattapoisett no existe el género, por lo que procuramos utilizar género no binario en todo el libro, salvo cuando los personajes hablan en masculino o femenino, como se indica en el original. {El lenguaje no sexista es posible}

- Hemos traducido los nombres de los personajes, salvo cuando son nombres de personajes históricos.
- Hemos traducido los nombres de los lugares, salvo cuando existen en la geografía política.
- Los personajes latinos, negros y del futuro hablan una mezcla de español, inglés y latino de un lugar que no es uno, sino muchos, y por tanto no utilizan el «vosotros/vosotras», sino el «ustedes»; los personajes blancos hablan español del reino de España. {El «español neutro» no existe}
- La traducción ha sido difícil; la corrección, dolorosa. Ambos han sido procesos colectivos: Hedda Katarina Olsson en la traducción, Arrate Hidalgo y Miguel Alpuente en la corrección. {El lenguaje es campo de batalla de la xenofobia y el racismo}

CRÉDITOS

Imagen de la cubierta original

Carla Berrocal (1983) estudia ilustración y diseño gráfico en Madrid.

Escribe en *La Guía del Cómic* reseñas sobre tebeos, y colabora sobre el mismo tema en el programa radiofónico del Círculo de Bellas Artes. En 2004, publica su primer cómic y arranca su carrera profesional como ilustradora. En 2011 publica su primera novela gráfica *El Brujo* (Edicions de Ponent) y en 2016 *Epigrafiás*, un cómic experimental inspirado en la vida de Natalie Clifford Barney. Colaboradora de numerosas cabeceras y antologías, desde el año 2017 publica de forma habitual en el periódico del Ayuntamiento de Madrid *M21 Magazine*.

Traducción

Helen Torres es socióloga, educadora y traductora. Su trabajo se articula alrededor de la idea del lenguaje como tecnología de código abierto que genera realidad. Se ha especializado en Donna Haraway, sobre cuya obra imparte talleres y seminarios. Ha traducido al español *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio: HombreHembra@_Conoce_Oncoratón*® (1997) y «Manifiesto Chthuluceno desde Santa Cruz» (2016). Ha desarrollado intervenciones en el espacio público a través de narrativas sonoras geolocalizadas, paseos literarios y cartografías emocionales.

helenatorres.wordpress.com/



ACERCA DE LA AUTORA

MARGE PIERCY es autora de diecisiete novelas, diecinueve libros de poesía, cuatro de no ficción y una autobiografía aclamada por la crítica. Nacida en Detroit y formada en la Universidad de Michigan, ha recibido cuatro doctorados *honoris causa*. Ha participado activamente en gran parte de las batallas políticas progresistas más importantes de nuestro tiempo, incluyendo el movimiento contra la guerra de Vietnam y el movimiento feminista; de

forma más reciente, ha participado activamente en la resistencia a la guerra de Irak. Piercy es elogiada como una de las pocas escritoras norteamericanas reconocidas tanto en poesía como en narrativa, y una de las poetas más vendidas en los EE. UU. También es experta en muchos géneros: novela histórica, ciencia ficción (ha sido galardonada con el Premio Arthur C. Clarke del Reino Unido), novela social y de entretenimiento. Ha dado clases y conferencias sobre su trabajo en más de quinientas universidades en todo el mundo.